This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

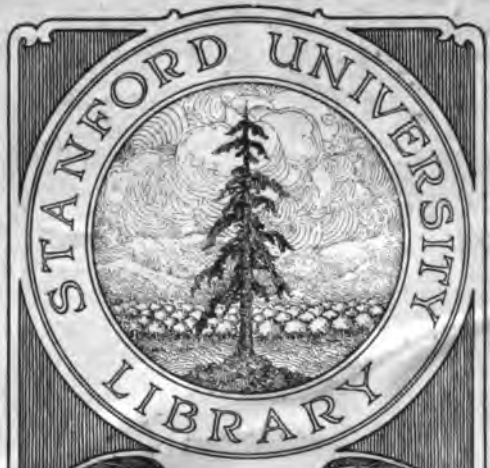
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

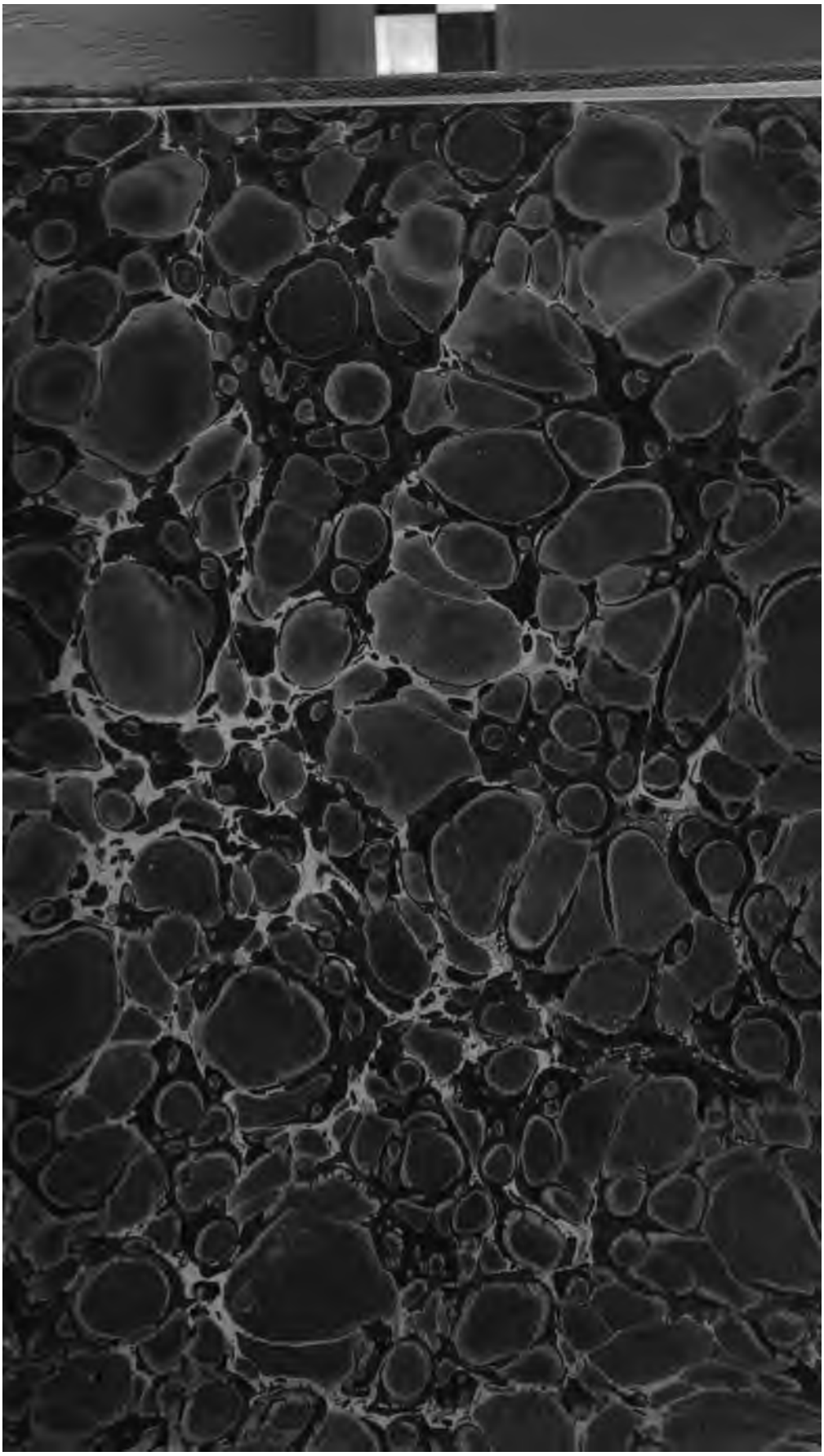
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



Gift of

Charles W. Drees



972.07
M464aL

MEMORIAS

DE

MAXIMILIANO

IMPRENTA DE I. ESCALANTE Y C°., BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUM. 1.

Lit. de Salazar

Fernando Maximiliano

RECUERDOS DE MI VIDA

MEMORIAS

DE

MAXIMILIANO

TRADUCIDAS

POR

DON JOSÉ LINARES Y DON LUIS MENDEZ

TOMO PRIMERO

MÉXICO
F. ESCALANTE, EDITOR.
1869

Esta obra no puede reimprimirse sin permiso de sus traductores.

348457

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR FRANCES

Pronto hará un año que la muerte de Maximiliano fué conocida entre nosotros. En un país, y en un siglo en que los hombres y las cosas pasan tan velozmente, en que los hechos más graves de la historia se suceden con rapidez tal que el acontecimiento del dia es arrojado á la sombra y al olvido por el acontecimiento de mañana, ¿será tiempo aún de ofrecer al público la traduccion de las amables páginas en que el caballeroso descendiente de Cárlos V se nos descubre de un modo tan atractivo, tan simpático, y nos ha legado, por decirlo así, su alma entera? Es permitido esperarlo. Maximiliano pertenece en cierta manera á la Francia: su nombre y su muerte han llegado á ser rasgos demasiado profundos de nuestra historia nacional; la intervencion francesa en México será una página demasiado conmovedora de nuestros anales contemporáneos, para que no haya un interes duradero en todo lo que de cerca ó de léjos concierna al héroe de este lúgubre drama.

¿No parece, además, que desde los acontecimientos extraordinarios que recientemente han cambiado la faz de la Europa, y alarmado justamente nuestro patriotismo,

las simpatías de la Francia se han vuelto unánimemente hácia esa antigua y gloriosa casa de Austria tan cruelmente herida por la suerte? ¡Qué serie de pruebas en tan pocos años! ¡La campaña de Italia; la guerra de 1866; la horrorosa y repentina muerte de varios miembros de la familia imperial; la catástrofe de Querétaro; el lamentable destino de esa noble princesa, tan «digna, como se ha dicho, de la elocuencia de un Bossuet,» y que no recobra su razon extraviada sino para conocer y sentir en toda su amargura la inmensidad de su desgracia. ¿En dónde hallar en otra casa reinante semejante encadenamiento de desgracias? ¿No será necesario acaso, para descubrir un ejemplo análogo, remontar hasta aquellas fatalidades implacables, hasta aquellos regios infortunios cuya fabulosa memoria nos ha trasmitido la poesía antigua?

Las *Memorias* de Maximiliano se imprimieron por primera vez en Viena en 1862, se tiraron solo unos cincuenta ejemplares destinados por el archiduque á los miembros de su familia, á varios príncipes y princesas de las cortes extranjeras, que eran sus parientes por consanguinidad ó alianza, y á sus amigos íntimos. El pensamiento de darlos a la publicidad no vino al autor, sino poco tiempo ántes de ser llamado al Imperio, corriendo el año de 1863. Confió la vigilancia de esta impresion á los cuidados tan inteligentes como solícitos del baron Münch-Bellinghausen, tan conocido en la literatura Alemana bajo el seudónimo de Federico Halm, el brillante autor de *Griseldis*, del *Hijo del Desierto*, del *Gladiador de Ravena*, y de *Poesías* muy estimadas. La edicion

nueva se comenzó en Leipzig, porque Maximiliano no quiso que sus obras fuesen publicadas en su patria.

Consideraciones de cierto órden hicieron interrumpir, hácia el fin del año, el trabajo de los editores, que continuó en 1866. El Emperador se ocupaba por sí mismo en México de la revision de su obra, indicando correcciones, adiciones, y *especialmente supresiones* motivadas en gran parte por las circunstancias políticas que sobrevinieron entónces, y que acabaron por hacerle aplazar una vez mas la publicacion. Las cosas permanecerian aún en tal estado, si durante el último estío, cuando fué conocida en Europa la muerte de Maximiliano, el emperador Francisco José, por un movimiento espontáneo de piedad fraternal, no hubiese dado órden de continuar y concluir la impresion de las *Memorias*, cuyos primeros volúmenes parecieron en el mes de Agosto, y los últimos en fin de Octubre.

El libro se intitula *Aus meinem Leben, Reiseskizzen. Aphorismen, Gedichte*. «Recuerdos de mi vida. Bosquejos de viajes. Aforismos. Poesías.» La edicion alemana contiene siete volúmenes; es decir, que no hemos reproducido íntegramente el texto original, puesto que nuestra traduccion solo contendrá dos. No hemos elegido sino lo que nos ha parecido susceptible de interesar por cualquier título al lector frances, y lo mas propio para caracterizar el espíritu y la imaginacion del autor, ó de dar á conocer sus relaciones con los soberanos extranjeros. El último volúmen termina con una coleccion de poesías, que en su mayor parte tienen gracia, armonía y elegancia, pero que perderian mucho de su valor en una

traduccion: por lo mismo nos hemos abstenido de reproducirlas. Hemos dado, al contrario, casi por completo la coleccion de *Aforismos*, ó pensamientos sueltos, consignados en el papel de dia en dia (1851-1862) y relativos á motivos varios de política, de religion, de literatura y de moral. En esta parte es en la que el autor mismo habia creido deber hacer mas supresiones: tal reflexion, tal juicio que habrian parecido naturales en la pluma del archiduque, no podian convenir ya al Soberano; y por otra parte, sus ideas sobre los hombres y las cosas de su siglo se habian modificado sensiblemente desde los últimos acontecimientos. [1]

Nos ha parecido que con ayuda de estos *Recuerdos*, se puede reconstituir una fisonomía infinitamente amable y tierna, y este es el sentimiento que nos ha inducido á traducirlos. De este carácter que pertenece ya á la historia, el lector delineará los contornos, y hallará por sí solo los rasgos principales: una alma entusiasta y ardiente, un corazon ardiente y amante, una inteligencia abierta á todo lo bello y noble, á todas las ideas generosas, una imaginacion poética, soñadora, esencialmente *romántica*, nótese bien esta última palabra, es aquí capital, es un epíteto con que el príncipe se honrará mas de una vez á sí mismo, y es tambien el que acaso le convie-

1 De sentir es que no haya sido comprendido en estas Memorias, el primer escrito de Maximiliano, la relacion de su *Viaje á Grecia* y al Asia Menor, que tan profundos y bellos recuerdos le habia dejado. Esta obra ha aparecido recientemente en Leipzig, en casa de los mismos editores, bajo el título: *Mein erster Ausflug Wanderungen in Griechenland von Maximilian I. Ferdinand Maximilian, Erzherzog von Oesterreich. Duncker und Humblot, 1863.*

ne mejor. Aquella imaginacion tan impresionable y tan viva, aquella direccion de espíritu romanesca y romántica que desde su infancia [1] pudieron observarse en él y fueron hasta el fin su cualidad dominante y característica, bastarian por sí solas para explicar su extraño y trágico destino.

Mucha severidad ha habido en efecto en algunos juicios producidos sobre Maximiliano. No podria entrar en nuestro humilde papel de traductor el ensayar una apología de este príncipe cuya muerte heróica y sublime hubiera debido desarmar á ciertos jueces prevenidos: otros mas autorizados que nosotros emprenderán esta tarea ó la han emprendido ya. Mas hay un reproche dirigido á su memoria que no podemos impedirnos de combatir de paso: se ha querido hacer de Maximiliano un soñador ambicioso que sintiéndose estrecho en las condiciones de existencia en que la suerte lo habia colocado, se apoderó ávidamente de la primera ocasion de ceñirse una corona. ¿No se tienen, pues, en cuenta las aprehensiones, los escrúpulos, las repugnancias profundas que le hicieron vacilar tanto tiempo ántes de aceptar el imperio que se le ofrecia? ¿Y se ha olvidado acaso que rehusó varias veces, que al fin no se decidió sinó conformándose con la opinion de las potencias de Europa, y cuando, despues del voto de la asamblea de los notables mexicanos debió creerse sinceramente llamado por la voluntad nacional?

Esas vacilaciones, esas luchas, esas angustias de su al-

2 Consúltese sobre esto un estudio recientemente publicado en Alemania: *Kaiser Maximilian I von Mexico, von T. A. Liegel. William Onken. Hamburg, 1868.*

ma, las hallamos elocuentemente reproducidas en algunos versos infinitamente curiosos y tiernos que la casualidad ha presentado á nuestra vista. Hé aquí cómo se expresaba el desgraciado príncipe la víspera de tomar la decision fatal que debia conducirle á México.

—«Será pues preciso separarme para siempre de mi « querida patria,—del hermoso país de mis primeras ale- « grías!—Quereis que abandone mi cuna dorada,—y que « rompa el lazo sagrado que me une á ella!

«La tierra donde he vivido los años risueños de mi « infancia,—donde he sentido las emociones del primer « amor,—debo abandonarla por fines inciertos—de am- « bicion que excitais en mi corazon?

« Quereis seducirme con el incentivo de una corona,— « quereis deslumbrarme con locas quimeras:—debo pres- « tar oído al dulce canto de las sirenas?—desgraciado de « quien se fia en sus halagadoras promesas!

« Me hablais de cetro, de palacios, de poder;—abrís « delante de mí una carrera sin límites:—debo seguiros « hácia lejanas riberas,—mas allá del vasto Océano?

« Quereis tejer de oro y de diamantes—la trama de « mi vida;—pero podeis tambien darme la paz del alma? « —y la riqueza á vuestros ojos es, pues, la felicidad?

« Oh, dejadme seguir en paz mi tranquilo camino,— « el sendero oscuro é ignorado entre los mirtos!—creed- « me, el trabajo de la ciencia y el culto de las musas « —son mas dulces que el brillo del oro y de la diadema.»

¿Es este el grito de una alma atormentada por la pasion del poder y devorada por la ambicion? ¿No parece despues que se han leido estos versos, que de poco de-

pendió que el destino fuese otro para él, y que poeta y artista siguiese su feliz existencia en medio de los encantos de Miramar?

En fin, los que en fe de algunas páginas llenas de un entusiasmo juvenil é ingénuo por las glorias históricas de su casa, se sintiesen aun tentados de atribuir á Maximiliano preocupaciones monárquicas, y de creerlo infatuado de su grandeza de príncipe, y de los privilegios de su raza, harán bien en suspender su juicio hasta que hayan leido los *Aforismos* que contiene nuestro segundo volúmen. Hallarán en ellos la expresion de un liberalismo sincero, y pensamientos que no desdeñarian los espíritus mas independientes y mas ilustrados de nuestra época.

La fisonomía de Maximiliano es de las que ganan en ser vistas de cerca. Ella revive en cada página de estas *Memorias*, y por dichosos nos tendriamos en que no hubiese perdido demasiado de su simpática gracia en la traduccion que ofrecemos hoy.

Biblioteca Universitaria

ITALIA

CAPÍTULO PRIMERO

NÁPOLES Y EL REY FERNANDO

Rada de Trieste, 30 de Julio de 1851.*

El 30 de Julio de 1851, a las siete de la noche, veía yo en fin cumplirse uno de mis mas queridos deseos, un deseo acariciado hacia mucho tiempo, el de emprender un gran viaje marítimo. Dejaba con algunos de mis amigos mi hermoso país de Austria: el momento era solemne para mí, porque aquella era la primera vez que abandonaba mi patria para hacer una larga permanencia en la mar. La chalupa nos llevó rápidamente, y cerca de las ocho de la noche, en medio de los acordes del himno nacional, subiamos a bordo de nuestro palacio flotante, la fragata la *Novara*, cuyo nombre para un austriaco era ya de buen agüero. Se despidieron de nosotros las personas que nos habian acompañado, se levantaron las escaleras móviles y quedaron interrumpidas las relaciones con la tierra; apenas tuve tiempo para enviar algunas líneas escritas apresuradamente en el camarote del capitan. Comenzaba a declinar el dia y era preciso levantar la última ancla; esta operacion fué laboriosa y reclamó los mayores esfuerzos: un nuevo sistema francés adaptado a la máquina, entorpecia el movimiento y

* Habiendo nacido Maximiliano el 7 de Julio de 1832, tenia en esta fecha diez y nueve años y veintitres dias.

ocasionaba detenidas perpétuas. Durante la maniobra, un hombre recibió un golpe tan fuerte en el pecho, que fué preciso trasladarlo a la enfermería. La corbeta de vapor la *Lucía*, nos sacó a remolque, y por fin, a las nueve pudimos ponernos en marcha. Arreglé lo mejor que pude mi camarote, que era grande y cómodo; pudiera decirse que era bonito, si un contraste demasiado desagradable entre el color de los muebles y el de las cortinas, no hubiese denunciado el mal gusto de la decoracion del arsenal. A las diez tomamos el té, despues de lo cual, me tendí en mi hamaca para disfrutar del reposo y del sueño de la noche.

Fragata imperial la "Novara," 31 de Julio de 1851.

De las ocho a las doce de la mañana he montado hoy mi primera guardia: la mar estaba agitada, el buque cabeceaba fuertemente, y no tardó en caer una lluvia violenta y fria. Las personas de mi comitiva experimentaron un fuerte malestar; en efecto, para el primer dia la prueba era bastante dura. Al cabo de algunas horas, el viento se hizo de tal manera contrario, que fué preciso renunciar al remolque de la corbeta y bordear hácia tierra. Estábamos a la vista de las costas de Istria; pero el cielo estaba tan brumoso y el tiempo tan malo, que ningunos detalles interesantes se pudieron descubrir.

1.° de Agosto de 1851.

Desde las primeras horas de la mañana percibimos el monte *Ossero* y algunas islas del *Quarneros*. El tiempo estaba bastante hermoso y la mar ménos agitada; pero todos se resentian del malestar de la noche. Monté mi guardia a las ocho: una somnolencia de plomo me agobiaba, sentia los piés cansados dentro de las botas demasiado estrechas, y tuve que hacer esfuerzos increibles sobre mí mismo para sostenerme, hasta *la hora de los espíritus*. Las nubes se aglomeraban a lo léjos, los relámpagos y el rayo dirigian sobre el buque pálidas claridades, y como nada velaba el horizonte, y el agua reflejaba la luz, la vista se sentia en ratos dolorosamente cegada. Semejantes espectáculos que se desarrollan majes-

tuosamente en un teatro inmenso y grandioso, no son dados mas que al que recorre las vastas llanuras de la mar.

2 de Agosto de 1851.

Hoy se observan las costas del reino de Nápoles y la cima de los Abruzzos. Nos acercamos a ocho millas de la ribera italiana, y se distingue con la simple vista, la pequeña ciudad de Viesti. El país es boscoso, montañoso y está surcado de fajas amarillas de tierra. La ciudad, bastante insignificante, se eleva sobre una de estas colinas amarillentas. Un poco mas léjos se perciben viejas torres, como se encuentran tambien a todo lo largo de la costa: fueron construidas en otro tiempo para servir de defensa contra las invasiones de los turcos. Delante de Viesti cruzamos numerosas barcas napolitanas de velas caprichosas. El calor ardiente del sol nos advierte que hemos llegado a las regiones del Mediodía. Absorto en la contemplacion de la mar que desarrollaba a mi vista su azul profundo é infinito, yo evocaba con gusto queridos recuerdos de un tiempo feliz, los de mi hermoso viaje a Oriente.

3 de Agosto de 1851.

Solamente en los Alpes y sus sombríos lagos de rocas ó en la extension infinita de la mar, se vé lo que puede la naturaleza, de qué fuerzas dispone, cómo se levantan las aguas, cómo combaten el aire y las nubes. Conmovido el hombre, siente entónces su nada; pero el valor y el orgullo renacen en él, cuando piensa que su espíritu ha domado las olas y arrebatado el rayo a los cielos. Esta noche nos ofrecia uno de esos momentos sublimes, que subyugan el corazon y el alma, y todos estábamos conmovidos: era una lucha grandiosa entre los elementos; los relámpagos derramaban una claridad mas brillante que la luz del dia, el rayo resonaba en truenos incesantes y formidables, violentas borrascas hacian oir silbidos agudos, la lluvia caía a torrentes. Me levanté cerca de las cuatro, me vestí apresuradamente y subí al puente para gozar de este espectáculo tan poco comun. La misa anunciada para las diez no pudo tener lugar, porque el capellan estaba enfermo y el cabeceo del buque era demasiado violento; sin embar-

go, se pasó revista y hubo música, como de costumbre, de diez a once.

Las costas napolitanas aparecieron de nuevo: estábamos a dos millas de la tierra, de manera que pudimos distinguir fácilmente la ciudad y el cabo de Otranto; ni la una, ni el otro tienen nada de notable. Se siguen viendo las viejas torres de que hablaba hace poco: el país es inculto y amarillento: esperamos que las riberas famosas del otro lado del cabo serán mas atractivas; de otra suerte, la antigua y admirable Grecia conservaria la palma de la hermosura, y las riberas de Nápoles tan encomiadas, tendrian dificultad en igualar los golfos magníficos de Patras y Lepanto. Un porvenir próximo nos revelará la verdad de las cosas en este particular, y ya tengo impaciencia por conocer el juicio que me voy a formar. Al caer el dia cruzamos el cabo *Santa María de Leucca*, donde se percibe una iglesia célebre por la peregrinacion de que es objeto. A la luz de la tarde, este país nos presenta un aspecto mas favorable: el sol se puso chispeante y radioso en una mar color de púrpura. El crepúsculo brillaba con tintes deslumbrantes, y este esplendor meridional me calentaba el corazon y me confortaba.

4 de Agosto de 1851.

Tuve necesidad de levantarme a las tres, porque me correspondia la guardia de cuatro a ocho. Un azar feliz me envió para mi primera *matutina*, una salida de sol magnífica.

Pronto descubrimos las costas de Calabria: son rocas desnudas como las presentan con demasiada frecuencia las regiones del Sur; pero la luz brillante del sol, está allí para revestirlas con una incomparable poesía. Desgraciadamente la fragata estaba muy léjos de la tierra para que pudiésemos distinguir claramente sus detalles. Almorzábamos de muy buen humor, cuando repentinamente un ruido sordo en la mar y los saltos de la espuma contra las paredes del buque, nos dieron un presentimiento siniestro: nos lanzamos al puente donde resonaba este grito horroroso: *¡Un uomo è caduto in acqua!* Una agitacion indecible se extiende al punto: corro al castillo de popa y percibo con dolor a un desgraciado marinero que habia caido de la gran cofa, luchando contra las olas y es-

forzándose por aproximarse al buque, que se alejaba siempre mas. Se contiene el remolque, las velas son arriadas y violentamente se lanza una chalupa a la mar; el *salva uomini* habia sido mal arrojado, solo el aparato de alumbrado habia partido, y saltaba y humeaba detras del buque. Aquellos momentos fueron de una mortal agonía, de un terror indecible: a cada instante nos preguntábamos si el infortunado podria resistir, si tendria fuerza para mantenerse sobre las olas. En fin, á fuerza de remos, la chalupa avanzó y alcanzó al marinero: le vimos levantarse y apoderarse del borde.... gracias a Dios se habia salvado. Le llevaron a la enfermería: no habia perdido el conocimiento, y salió del riesgo sin grave daño.

Hoy esperábamos al viejo Etna como al Mesías: acechábamos, buscábamos, haciamos mil conjeturas; pero en vano: el solemne anciano no quiso mostrarse, ó mas bien, permaneció siempre fuera del alcance de nuestra vista.

5 de Agosto de 1851.

Hice mi guardia de cuatro a ocho. Aquellos fueron momentos de un interés sublime, momentos durante los cuales una parte importante de la historia del mundo se desarrolló en cuadros ante mis ojos: de los vapores de la mañana se desprendia el viejo Etna, ese venerable testigo de tantos siglos que han desaparecido, de tantas épocas florecientes, de tantas decadencias de valientes naciones: en el seno del crepúsculo color de púrpura resplandecian las montañas de Sicilia, al pié de las cuales se cometieron tantos atentados famosos. De repente una luz brillante se extendió sobre los montes de la Calabria: el sol ardiente de Italia, ese envenenador de la sangre siciliana, lanzó sus rayos de fuego sobre la altiva Mesina, cuyos castillos, palacios y torres se destacaban relucientes sobre la rica verdura de los jardines. Era aquella ciudad que fundó en otro tiempo el genio sutil é inquieto de la Grecia, aquella ciudad en que el poeta hace llorar a la hermana *desposada* sobre dos cadáveres queridos, en que el puñal sumergido en un corazon francés, dió la señal de las *Vísperas Sicilianas*, y en que apénas hace diez años, fué ahogada una lucha sangrienta entre un soberano y un pueblo. Pero Dios ha pronunciado su juicio so-

bre aquella ciudad culpable, y sus palacios están ahí para dar testimonio de la terrible sentencia; porque despues de los famosos temblores de tierra, los mas hermosos de aquellos no han conservado mas que un solo piso, y los pisos que desaparecieron, hoy solo se hallan reemplazados por los techos.

El sol en su carrera victoriosa arrojaba las sombras de la noche y disipaba la niebla: el Faro se nos aparecia con toda su magnificencia; los contornos de la tierra firme comenzaban á dibujarse con la luz del dia, y al pié de las montañas de la Calabria, salia sonriente de las olas azuladas, la amable ciudad de Reggio, engastada en la vegetacion exuberante del Mediodía. Los palmeros, sacudiendo sus nobles cimas, los limoneros y las parras, se desplegaban con alegría; un aire fresco y ligero nos traía los perfumes de las plantas meridionales. En segundo término, sobre las dos riberas se elevaban las montañas volcánicas de líneas pintorescas y claramente acentuadas. Los colores tenian esa ardiente brillantez tan querida al alma y á los ojos del hombre del Sur, y que reanima tambien el corazon de los hombres del Norte. Nos deslizábamos suavemente sobre una mar tranquila: la perspectiva cambiaba con frecuencia, porque no nos era dado poner el pié sobre aquel suelo clásico. Mesina se dibujaba en contornos cada vez mas acentuados: con el auxilio de un anteojo se distinguian claramente los fuertes y las iglesias, y pude leer yo mismo, sobre un largo edificio situado al borde de la mar, esta inscripcion: *Palazzo di Citta.* Lo que entre nosotros, con nuestra modestia alemana, designamos con el nombre de casa, el enfático italiano no vacila en decorarlo con el pomposo título de «palacio». Entre los monumentos observamos, sobre todo, un campanario cuyos órdenes de ventanas se elevaban en espiral. La ciudad es grande y está adornada con jardines magníficos. La comarca desarrollaba ante nosotros un panorama espléndido: todo era armonía en la calma sublime de la mañana; el Etna mismo respiraba suavemente, el humo salia de su cráter como un ligero aliento.

Las riberas comenzaban á estrecharse: nos aproximábamos á un nuevo teatro de acontecimientos históricos, llegábamos al estrecho famoso, tan celebrado por los poetas, de Caribdis y de Scylla. El horror que penetra á traves de los cantos de Homero, el

espanto que nos hace sentir el *Buzo* de Schiller, desaparecian ante la realidad. A la extremidad de una lengua de tierra árida, donde se encuentran una ciudad bastante importante y un faro macizo, poco elevado, está Caribdis, cuya boca quedó para nosotros pacíficamente cerrada. En fin, al pié de la montaña, junto á la orilla de la mar, se levantan los dientes de una negra roca, coronada con una fortaleza y enlazada por un puente á la tierra firme: es Scylla. Pasamos fácilmente, y sin piloto indígena, el estrecho muy poco temible que hizo temblar en otro tiempo al rey de Itaca y costó la vida al noble y hermoso jóven de la leyenda. Mi oído no pudo percibir mugidos ni aullidos, y la hija de los reyes no va ya á inclinarse sobre la punta de la roca para buscar las huellas del nadador intrépido.

Pronto nos volvimos á encontrar en plena mar, bajo el encanto de las riberas admirables que acababan de desarrollarse á nuestra vista. Tomé un librito de mi biblioteca y volví á leer los famosos versos:

"¿Connais tu la contrée où les citronniers fleurissent?" *

. . . . . .

Y sin embargo, lo confieso, por magnífico que fuese el aspecto de Mesina, el de los golfos de Patras y de Lepanto me parecia mas magnífico aún.

Percibimos a la izquierda las islas Vulcano, Lipari y Panaria, y ante nosotros se elevaba Stromboli, de formacion enteramente volcánica, como lo prueba ya su configuracion. El fuego interior de la isla Vulcano está apagado hace muchos años; Stromboli, al contrario, aun humea y arroja lavas abundantemente. Ninguna de estas islas tiene grandes dimensiones; pero el Stromboli alcanza una altura de dos mil piés y se parece bastante á un pan de azúcar con la punta deprimida; su escarpe desciende á pico a la mar, y solamente algunos pescadores pueden encontrar abrigo en él. A algunas leguas del Faro llamamos por señales al capitan de la *Lucia*, quien despues de haber almorzado con nosotros, se despidió de mí y se volvió a su bordo: el vapor ejecutó diferentes maniobras bastante brillantes, los hombres subieron á las vergas y

* ¿Conoces la comarca en que los limoneros dan flor?

lanzaron once hurras: la *Lucía* singló primero en direccion del Faro y muy pronto desapareció: vuelve a Trieste adonde llegará dentro de cinco ó seis dias. Nuestra marcha se hizo mas lenta desde que el buque-vapor dejó de remolcarnos. Por la tarde distinguimos claramente el humo del Stromboli; pero este fenómeno ofrecia poco interes, porque ningun fuego salia del cráter. Esperamos que el Vesubio haga en nuestro honor mas gastos que sus dos camaradas.

. . . . . .

6 de Agosto de 1851.

El tiempo está soberbio, la mar en calma: quedamos desagradablemente sorprendidos al subir a cubierta, viendo otra vez el Stromboli a una pequeña distancia; el buque casi nada adelantó en toda la noche. Por la mañana se observan las costas de Policastro.

Hice mi guardia de seis a ocho de la tarde. La puesta del sol habia sido espléndida: el disco de fuego se abismaba majestuosamente en la mar tranquila y color de púrpura. Las montañas de Salerno, de color gris como las del Asia Menor, se recortaban nítidamente en el espacio; mas por muy poético que fuese este aspecto, era mortificante para el marino, porque la calma *chicha* habia descansado sobre nosotros sus alas de plomo, y el buque permanecia inmóvil como una isla solitaria en medio de la mar tersa. Apénas la última tinta de fuego se extinguió en el poniente, cuando la luna derramó sobre las olas sus plateados rayos: actualmente está en creciente y tendremos el plenilunio durante nuestra permanencia en Nápoles.

7 de Agosto de 1851.

Poco habiamos adelantado en la noche; porque cuando el tiempo se descubrió cerca de las diez, el Stromboli aun se levantaba frente a nosotros; pero esta vez, a lo menos, teniamos la compensacion de que de su cráter se escapaban nubes de humo en abundancia. Le perdoné, por esto, su proximidad y encendí mi cigarro para fumar como él. Parecia sufrir una agitacion violenta, los vapores aumentaban siempre sobre su cabeza, y formaban en el cielo

un penacho mas y mas espeso. A medio dia se levantó un poco el viento, de suerte que cerca de las tres ya percibí el Vesubio.

8 de Agosto de 1851.

Como los griegos delante de Troya, nosotros nos encontrábamos detenidos a la entrada de Nápoles. Todos los dias creíamos poder llegar; pero jamas teniamos un viento favorable. Esta mañana la mar está tersa como un espejo, y solamente nos encontramos a la altura de Nicosa: se distingue bastante claramente la ribera, y se percibe sobre una colina una pequeña ciudad, Nicosa misma tal vez. Las montañas son muy altas y descienden a poco hasta la mar, pero están desnudas y no se puede decir que sean precisamente hermosas. Durante todo el dia el calor es sofocante.

Fragata imperial la Novara,
9 de Agosto de 1851.

A las siete de la mañana me levanté para admirar los magníficos contornos de la isla de Capri. Esta ciudadela de rocas se levantaba majestuosamente del seno de la mar y dibujaba sus dentellones románticos sobre el cielo del Mediodía. Cerca de la ribera principal se empinaban, como las obras avanzadas de una fortaleza, arrecifes escarpados, de los cuales uno perforado por una y otra parte, forma sobre las aguas una puerta natural. La isla, a pesar de su suelo rocalloso, está habitada y es fértil: es la tierra productora del famoso vino de Capri. Por cualquier lado que se la contemple es siempre noble y pintoresca: ya son llanuras inclinadas cubiertas de verdura, ya paredes de rocas que bajan a pico hasta las olas, ya sobre las alturas aparecen formas de ciudadelas: por todas partes hay una admirable diversidad.

Percibimos por fin a Ischia y Prócida, islotes de formacion rocallosa, pero verdes y románticos: comenzábamos a entrar en el famoso golfo de Nápoles. Desgraciadamente el dia no estaba muy puro, pero el panorama se desarrollaba lentamente delante de nosotros: las montañas dibujaban sus contornos, los grupos de casas se desprendian poco a poco; nos aproximábamos mas, y algunos colores resaltaban del conjunto general: despues las formas de las

casas se acentuaban a su vez; nos interrogábamos mútuamente y nos mostrábamos los puntos notables; estábamos provistos de anteojos y éramos presa de esa agitacion interior, de esa emocion que se siente siempre al aproximarse a un lugar célebre que no se ha visto jamas. Yo me acercaba con cierto sentimiento de desafio: durante mi viaje a Grecia me habian tantas veces descrito a Nápoles como superior a lo que entonces recreaba mi vista, y uno de mis compañeros la habia elevado tanto sobre todo lo que él habia conocido, que yo estaba resuelto a no encontrar aquí mucho gusto. Cuando se toma semejante resolucion, se apresura uno a juzgar a primera vista. Me pareció pues la ciudad demasiado pequeña, las alturas que la dominan demasiado bajas; habria preferido verla al pié del Vesubio cubierta de nubes espesas; en general hubiera retocado muchas cosas. La atmósfera, ya lo he dicho, no estaba muy limpia; las colinas no dibujaban claramente sus contornos, la claridad de la luz meridional no animaba los colores, el cielo y la mar no tenia ese azul oscuro, de una belleza incomparable, y que nunca se olvida cuando una vez se ha visto. Nos acercábamos siempre: ya distinguiamos el castillo de San Telmo, el castillo del Huevo, la *Villa Reale* y otros puntos notables, y sin embargo, mi admiracion permanecia en suspenso. Preferia con mucho el lado del Vesubio y mas allá el que alcanza a Castellamare y Sorrento, donde se elevaban grandes montañas y se extendia un país verde y exuberante, de aspecto verdaderamente pintoresco. De repente la fragata vira de bordo y voltea el castillo del Huevo que se avanza en la mar: el Palacio Real aparece con sus formas macizas, sus verdes azoteas y su situacion majestuosa; las hileras de casas se desarrollan, las cúpulas se levantan, los palacios se desprenden.... comienzo a comprender que Nápoles es una gran ciudad y que es verdaderamente hermosa.

Arrojamos el ancla y esperamos con impaciencia la *pratica* que debia darnos la autorizacion para saltar en tierra; pero este favor se hizo desear mucho tiempo: habiamos descuidado tomar en Trieste una *patente de salud*, por cuyo motivo las doctas autoridades de Nápoles no quisieron permitirnos desembarcar y fué preciso esperar cinco horas. Se aclaró el tiempo, y un panorama admirable se presentó a nuestros ojos. A la derecha se elevaba en el borde

de la mar el altanero Vesubio con sus sombríos misterios y a sus piés la ciudad de Portici; mas léjos se extendia hasta frente de Capri una cadena de montañas de formas accidentadas, cuyos pliegues graciosos dejaban percibir a Castellamare, que se ostentaba sonriente en medio de un bosque de naranjos y su castillo real *Qui si sana*, Sorrento, cuyo nombre ha consagrado la poesía, y la pequeña ciudad de Masa. A la izquierda del volcan, cubierto aún con un ligero penacho de humo, se extendia una llanura inmensa y magnífica, hasta la ciudad apoyada en montañas sembradas de jardines. A pesar de lo larga que es la costa, apénas se interrumpe la serie de habitaciones hasta Portici.

En Nápoles las masas de las casas son irregulares y variadas, por ninguna parte se ven esas líneas monótonas y fastidiosas de las ciudades modernas. Muchos puntos interesantes eran los que mas resaltaban: el Palacio Real, imponente y macizo, con sus ladrillos de color claro, sus cenadores de naranjos, sus bóvedas de follaje enhiestas y ligeras, como los jardines de Semíramis; el castillo de San Telmo, cuyas construcciones piramidales coronan una altura en el centro de la ciudad; el castillo del Huevo que se levanta del seno de la mar como una obra avanzada a la izquierda del Palacio Real, y no está unido a la ciudad mas que por un puente; el castillo Nuevo con su ciudadela gris de los príncipes de Anjou, antiguo castillo-residencia de Nápoles; el macizo palacio Capo di Monte, del estilo italiano mas puro, levantándose en medio de las casas de campo y de los numerosos jardines que dominan a la ciudad, y construido por Cárlos III para que sirviese de residencia de verano a los reyes napolitanos. Sobre la masa confusa de las casas se elevaban las cúpulas de las iglesias, cubiertas con tejas vidriadas que brillaban con el sol, así como la gran torre que está contigua al castillo *del Carmine*. Desde el lugar en que estábamos al ancla, el castillo del Huevo ocultaba las largas calles de la Villa Reale, así como la hilera de casas llamada *Chiaja*, el Corso de los Napolitanos. Detras del castillo se eleva sobre un terrado construido en la mar, un pequeño palacio real llamado *Chiatamone*, rodeado de árboles cuyas masas de verdor refrescan la vista.

A la izquierda de la ciudad, la costa describe un semicírculo

análogo al de la derecha: sobre las colinas de toba en forma de terrado, se escalonan numerosas y soberbias casas de campo. En la extremidad de esta cadena tan característica, en medio de la cual se ha formado la gruta famosa de Pausilipo, se percibe el puerto de Pouzzoles, con su fuerte coronado por un castillo y la fortaleza de Baja; las islas de Prócida y de Ischia vienen a cerrar este panorama admirable. Miéntras que contemplábamos con curiosidad todas estas cosas, tuvimos como una fruicion anticipada de las costumbres populares napolitanas: numerosas barcas pasaban alrededor de nosotros en la mar espumosa, y veíamos ya a los lazaroni y a los pescadores con su tez aceitunada, sus fisonomías animadas, sus gorras rojas cayendo sobre el hombro, y su traje tan próximo al estado de la naturaleza. Uno de ellos sin consideracion ninguna, en medio de sus camaradas, se cambió de camisa a la vista de la fragata.

Al cabo de cierto tiempo llegó una chalupa trayendo a nuestro embajador, el mariscal de campo teniente Martini, quien desde su embarcacion entabló un diálogo con el capitan, pero no habiendo llegado aún la *pratica*, regresó á tierra para esperarnos. Expuesto sin defensa á los ardientes rayos del sol, aprisionado en un uniforme de gran parada, yo me ahogaba de calor. Cerca de las cinco en fin, pude bajar á una barca para hacerme conducir a la ribera. Miéntras que remábamos con direccion al muelle de Santa Lucía, entre el castillo del Huevo y el Palacio Real, la fragata envió un saludo de veintiun cañonazos que le fué contestado al punto por una batería de tierra. A medida que la barca se aproximaba, comenzábamos a distinguir los detalles de la ciudad: las casas están oprimidas unas con otras, son muy altas y muy estrechas, algunas no tienen mas que una ventana en su frente. Los techos son de terrado: cada ventana tiene su balconcito de hierro. ¿Y qué no se vé en aquellos balcones? ¿Qué no se encuentra de divertido ó de extravagante en ellos? El balcon es un elemento esencial de la vida meridional: aquí en Nápoles, cuelgan en él sábanas y banderolas, en él se dan aire con el abanico, y en él se ostentan las flores y los monjes, todo con una *franqueza* italiana.

Saltamos por último al muelle despues de nueve dias de viaje por mar; y como por el golpe de una varita mágica, nos encon-

tramos trasportados a un mundo enteramente nuevo, un mundo tan agitado y tan confuso, que nuestros oídos y nuestros ojos necesitaron de algun tiempo para acostumbrarse a él. Desde nuestros primeros pasos en la tierra de Nápoles, nos vimos rodeados por los representantes de la vida popular: por aquí avanzaban gravemente por la calle dos capuchinos con grandes anteojos sobre sus venerables narices, para examinar mejor a los recien llegados; por allá se agitaba, en medio de la multitud ardiente y chillona, el tricornio gigantesco de un clérigo italiano, por todas partes acudia el ejército de los lazaroni rodeando en triunfo al tímido extranjero: era una animacion, una confusion, un tumulto, inauditos para oidos germánicos. Comenzábamos a tener vértigos, y esta embriaguez de sensaciones aumentó cuando subimos con nuestro embajador en un vehículo indígena para recorrer la famosa calle de *Toledo*, la grande arteria de Nápoles; entre nosotros se habria tomado esta agitacion por una sublevacion popular, ó cuando ménos, por una mascarada en la época del carnaval: aquí es una algazara de todos los dias. Mi estupor era tan grande, que en medio de este extravagante desórden, un pequeño número de figuras solamente pudieron grabarse en mi memoria.

Aquí el pueblo *vive:* no está moralmente atrofiado ni replegado sobre sí mismo como en las otras ciudades; todos sus hechos y ademanes se ejecutan al aire libre, porque su actividad se despliega en la calle, y esto forma para el viajero recien desembarcado, un espectáculo de un atractivo sin igual, una maravillosa diversion. Las tiendas están al aire libre y descubiertas, los comestibles están amontonados en las calles: en medio de los mas hermosos productos del Mediodía, se ven los carneros y los marranos, los perros y los niños que juegan y se atropellan en el mas completo estado de naturaleza; los últimos, verdaderos pequeños Murillos, van y vienen atrevidamente con su traje primitivo entre los puestos de macaroni y los figones, y se apoderan de su comida en donde pueden, ó en caso necesario, en un muladar. En todas las esquinas de las calles se ven cajas de madera pintadas de colores, sobre las cuales se levanta una glorieta de columnas, adornada con hojas y naranjas, y circundando la imágen de una madona. Detrás de estas columnas se encuentran unos barrilitos

largos, puestos horizontal ó verticalmente, segun las circunstancias, de los cuales sale agua fresca: los hombres que hacen maniobrar este sencillo aparato son los famosos *aquajoli.*

Los carruajes populares deben contarse en el número de las curiosidades principales de Nápoles. Son en su mayor parte carretas de dos ruedas tiradas por uno, dos, ó hasta tres caballos; estos tienen un penacho puntiagudo en una de las orejas y un arnés extravagante adornado de laton y casi siempre provisto de cascabeles; detras del caballo y casi sobre la grupa, va sentado el conductor; entre las ruedas se halla un asiento propio para dos ó tres personas: pero los napolitanos se arreglan de manera que doce ó catorce individuos oprimidos en este corto espacio, se hacen llevar al trote por un mal caballejo.

No puede decirse que la famosa calle de Toledo sea verdaderamente hermosa: las casas y la calle misma están en el desórden mas grandioso, y se hallan cubiertas de una grasa poéticamente pintoresca. A la mitad de esta calle, en el centro de la ciudad, se encuentra una hermosa plaza de extension média, llamada *Largo del Mercatello*, y cerrada a un lado por un edificio semicircular, que pertenece á los jesuitas: el carácter de los propietarios se reconoce fácilmente en el estilo de la arquitectura. La calle de Toledo sube poco á poco hácia la colina: llegamos por un puente elegante á la region de los jardines.

Apénas habiamos dejado el interior de la ciudad, cuando el camino estaba ya limitado por esas calles soberbias, cuyo verdor deja descansar la vista tan agradablemente, y que son uno de los mas bellos adornos de Nápoles. Despues de algunos rodeos, nos encontramos cerca de una gran reja de hierro guardada por centinelas; estábamos enfrente del magnífico palacio *Capo di Monte,* que es un edificio colosal, como todas las construcciones italianas del siglo pasado; las columnas y las ventanas son de piedras enormes y parduscas, lo mismo que las vastas puertas de la fachada: las pilastras de estas puertas sostienen en el interior las gruesas paredes del palacio, y dan acceso á grandes y espaciosos corredores, en los cuales se puede andar fácilmente en coche. Las paredes son de ladrillos descubiertos, cuyo color forma con el gris de las piedras un excelente contraste. El castillo está rodeado por un jardin in-

glés que ahora tiene secos sus prados; pero donde en cambio se ven pequeños palmeros y laureles-rosa maravillosamente floridos.

Entré en coche por uno de aquellos hermosos y espaciosos arcos del palacio, para hacer una visita a mi tia Clementina: la encontré de luto riguroso por su marido el príncipe de Salerno, que habia muerto hacia pocos meses: su hija la duquesa de Aumale, estaba a su lado. Hablamos largo rato de los parientes de Viena y del buen tiempo antiguo! Las piezas habitadas por mi tia son de un tamaño extraordinario, con ventanas y puertas gigantescas, el pavimento de ladrillos encarnados y un menaje bastante mezquino, verdadera instalacion italiana. Quise tambien visitar al conde de Aquila, que habita en una casa inmediata al palacio; pero no lo encontré, como tampoco a su hermano Trapani, que vive en el palacio mismo. Dimos un paseo por el parque que se extiende mucho detras del castillo: está trazado conforme al antiguo estilo italiano, atravesado por grandes calles rectas, no formado con rígidas paredes como en los jardines a la francesa, sino con glorietas regulares. Los árboles están casi todos rodeados de espesa hiedra, los bosquecillos se ven incultos y abandonados a la naturaleza ó dispuestos en líneas rectas, lo que les comunica un encanto particular, y les da algo del noble carácter italiano de las personas que los han plantado: la vista penetra con delicia en los numerosos cruzamientos de estas largas calzadas de árboles, cuyo follaje ofrece un abrigo impenetrable a los rayos ardientes del sol. Aquel hermoso parque, que está lleno de liebres y faisanes, solo sirve para las cazas reales, y su entrada se permite únicamente a un corto número de privilegiados.

Volvimos al interior de la ciudad por los famosos *ponti rosii*. El camino que de subida nos llevó a *Capo di Monte*, bajándolo por la parte opuesta, nos condujo a la llanura que se extiende entre Nápoles y el Vesubio: es una série no interrumpida de jardines adornados con pinos gigantescos, viñas exuberantes, y los paisajes de que se goza en la calle de los coches son admirables. El sol estaba al fin de su carrera, el tiempo era muy claro y Nápoles con sus alrededores parecia querer mostrar todo el encanto que puede ejercer sobre el corazon del extranjero: en el mio, lo confieso, la victoria fué completa. En el fondo del cuadro se levantaba majestuosamente

el Vesubio, y a sus piés la llanura magnífica se extendia hasta las montañas de Caserta; a la derecha, la ciudad bajando en suave declive nos daba por primera vez una idea de su inmensidad; delante y detrás de nosotros se desarrollaban las riquezas de una vegetacion meridional: a lo léjos, en el azul del crepúsculo, se percibian las montañas de Massa y de Sorrento, delante de ellas se dilataba el vasto golfo. Seguiamos la *strada dei Ponti Rossi*, llamada así por dos acueductos construidos con antiguos ladrillos encarnados de orígen romano, bajo los cuales pasa el camino de coches; pero no son estas antigüedades las que hacen célebre a este camino, sino las perspectivas admirables que se presentan en él á los ojos del viajero. ¡Por último, quedé convertido, y me declaré para siempre un admirador entusiasta de la hermosa Parthenope! Por bella que sea la Grecia, por magnífico que pueda ser el golfo de Lepanto, faltan en aquellas comarcas el encanto soberano de una vegetacion verde y los detalles siempre diversos y siempre nuevos de la perspectiva. Al bajar de la colina se entra a la ciudad por la *strada Foria:* el primer edificio que se encuentra es el Grande Hospital con su maciza y soberbia fachada, que ha recibido el nombre de *Reale Albergo dei Poveri;* es obra de Cárlos III. Todo lo grandioso que se ha construido en Nápoles y en sus inmediaciones se remonta a este monarca, el cual comenzó estos trabajos gigantescos como soberano de las Dos Sicilias y los hizo acabar por su hijo, cuando habiendo subido al trono de España, tuvo a su disposicion los inmensos recursos de aquel país.

Habiamos regresado apénas a la ciudad cuando nuevos cuadros de la vida napolitana se ofrecieron a nuestra vista. Elegantes carros cubiertos como calesas pasaban al trote por las calles con direccion al campo; ¿cuál podria ser su cargamento? Eran pobres muertos, que segun la costumbre del país, tan luego como exhalan el último suspiro son abandonados por sus familias y trasportados al *Campo Santo.* Uno de aquellos carros iba rodeado de niños vestidos de querubines, acomodados en pequeños asientos dispuestos en la parte exterior y llevando en las manos antorchas encendidas. Encontramos tambien, una de esas famosas cofradías napolitanas, larga fila de personajes vestidos de blanco y que avanzan de dos en dos siguiendo a un cruciferario y a un eclesiástico. Aque-

llos hombres, muy semejantes a las sombras, iban cubiertos con ve los, y no se distinguian mas que sus ojos brillantes, tras de la tela blanca que desde la cogulla puntiaguda les caía sobre el rostro. Cada clase de la sociedad posée una cofradía de este género, la cual, a expensas de la comunidad, proporciona sus auxilios a los enfermos y cumple con los últimos deberes respecto de los muertos.

Observamos en esta calle algunos puentecitos completamente en seco; sirven para las lluvias que con frecuencia caen con tal abundancia, que la calle entera se convierte en un torrente: el sencillo napolitano, incapaz sin duda, de cortar el mal en su raíz, no ha podido descubrir para los casos urgentes ningun otro medio de comunicacion. Desembocamos en la calle de *Toledo*, en el ángulo del *Reale Museo Borbonico:* este último, majestuoso y gigantesco edificio, está construido con piedras grises y con ladrillos descubiertos, segun el antiguo estilo italiano; ahí están guardados los tesoros artísticos del reino de Nápoles.

Llegó la tarde, trayendo como por encanto el movimiento y la vida. Hasta ahora habiamos observado a las clases populares, nos faltaba estudiar a la multitud elegante de la buena sociedad, que despues de la siesta de costumbre salia a la calle a saborear la frescura de la tarde. En la parte de la calle de Toledo que se extiende mas allá del *largo del Mercatello,* los coches estaban literalmente encabritados. En Viena, donde reina sin embargo una animacion tan grande, se tomaria esta aglomeracion confusa de carruajes por un embarazo ocasionado por algun accidente que hubiera sucedido, ó cuando ménos se temeria que sucediese; mas aquí no es otra cosa que la diversion de todos los dias, y no obstante los gritos de angustia que se oyen por todas partes, no obstante los coches que se adelantan oprimidos como unas cuñas dentro de otras, no se produce ninguna confusion durable ni acontece desgracia alguna. Al salir de esta batahola capaz de romper los oídos, los carruajes se separan para sumergirse al punto en una nueva confusion. Este desórden recuerda bastante el *fresco* de Venecia, en el cual en el gran canal las góndolas se oprimen unas con otras, con la sola diferencia de que allá las fuerzas motrices son remeros, y aquí son caballos. La algazara se aumenta todavía con los gritos de los mercaderes y de los mendigos: los primeros anuncian sus mercancías

de la manera mas cómica y mas ruidosa, y acompañan sus vociferaciones con la mímica mas extravagante. Los mendigos de todo el reino parecen haberse reunido en Nápoles: en la calle *dei Ponti Rossi* principalmente, nos vimos sitiados por importunos que mostraban sus enfermedades de todas maneras, y que se aproximaban a los coches con una presteza maravillosa, para recoger algun dinero, con el agregado de una profusion increible de gesticulaciones y de palabras. De la calle de Toledo nos dirigimos a casa de nuestro embajador, que habita la *Chiaja*, detrás de la Villa Reale. Dejamos en su casa nuestros uniformes y nos dimos el placer de contemplar algun tiempo el aspecto tan animado del Corso: esta es una ancha calle que se extiende entre la de la Villa Reale al borde de la mar, y una hilera de casas simétricas de construccion moderna. Aquí otra vez los coches se oprimian unos con otros, ginetes y amazonas se paseaban vestidos con trajes elegantes, todo era alegría y movimiento. Este lugar parece ser el *Prater* napolitano.

Volvimos á subir en coche para ir por la *Chiaja* al camino de Pouzzoles, que sigue el borde de la mar. Los carruajes así como los tocados, tienen ciertos detalles bastante hermosos, pero el conjunto no es feliz, ni de verdadera elegancia: se ven magníficos coches con cocheros sucios que llevan las manos desnudas, rostros de viejas engastados en bonitos sombreros de la última moda. En suma, no se puede encontrar ninguna fisonomía femenil que reuna la nobleza á la hermosura: sus facciones tienen siempre algo de morisco.

A poca distancia de la casa del mariscal de campo Martini, encontramos en faeton a un grueso jóven de cabellos rojos, conduciendo él mismo a la inglesa, y que se quitó ceremoniosamente su sombrero cuando vió al embajador. Pregunté quién era, y supe con admiracion que mis ojos habian visto una de las celebridades del dia, una de las potencias de este mundo, uno de los personajes mas importantes de nuestro siglo, una de las estrellas de oro del cielo europeo.... ¡el jóven y gran Rothschild de Nápoles!

Desde el camino de Pouzzoles que seguiamos, la mirada se extiende sobre agradables perspectivas. Por una parte se elevan las montañas de Toba sembradas de jardines y de villas: los pobres lazaroni habitan en cavernas que han abierto en sus costados: se

ven tambien altas bóvedas formadas en la piedra suave que sirven tal vez de entrada a grandes almacenes. Por el otro lado del camino, el terreno desciende a pico hasta la mar, y en muchos lugares, sin embargo, está cubierto de villas. Como este camino da la vuelta a la rada, desde él se puede ver la ciudad en toda su extension con sus torres pintorescas y sus colinas de verdura, así como la vasta llanura; el majestuoso Vesubio y las montañas de Sorrento que se elevan en anfiteatro. No se sácia uno jamas de contemplar este panorama admirable. Las curiosidades mas notables en el mismo camino, son: las parduscas ruinas de un gran palacio comenzado en otro tiempo en la mar por el virey de España, y que quedó sin concluir desde entónces, ruinas que se llaman muy impropiamente, «el palacio de la reina Juana de Nápoles;» y un palmero gigantesco, cuya cima majestuosa se eleva de en medio de un jardin y parece volar sobre el camino. He visto los palmeros de Aténas y los de Nauplia; su tamaño es mas enorme, pero ninguno de ellos es tan opulento de formas, ni tan hermoso; ninguno de ellos se eleva con tanta nobleza y majestad; por esto no viene pintor a Nápoles que deje de copiar su imágen, sus hojas son abundantes y de una longitud inmensa, se inclinan a la tierra formando arcos elegantes. El palmero es el árbol de la imaginacion, una forma maravillosa tomada de algun sueño divino, cuyo tallo enhiesto se levanta majestuosamente en los aires, mientras que los sacudimientos ligeros de sus hojas, se parecen a un baile de las Gracias. El sol habia desaparecido hacia largo rato: innumerables luces aparecian por todas partes, y a la vida del dia sucedia otra nueva mas animada y mas interesante, la vida nocturna de Nápoles. Las iluminaciones se reflejaban a lo largo de los muelles en el espejo de la mar y dibujaban surcos de fuego sobre las olas ligeramente agitadas; despues apareció en los cielos la luna llena y radiante que elevó su luz a la altura de lo ideal, derramando sus rayos misteriosos y plateados sobre la tierra y las aguas. Mi corazon palpitó de alegría, me confesé vencido, é incliné humildemente la cabeza ante el viejo poeta que ha cantado estos versos siempre jóvenes:

"Connais tu la contrée où les citronniers fleurissent?"

. . . . . .

Yo tambien sufria la suerte de todos los alemanes que van al Mediodía: al principio se admiran, se asombran y de repente quedan sobrecogidos y fascinados por el encanto soberano de Italia!

Al volver del paseo nos detuvimos a la entrada de la Villa Reale, y recorrimos a la luz de la luna las magníficas calzadas de olivos, de adelfas y de encinas siempre verdes; pero esta vegetacion admirable no es el único atractivo de estos lugares: algunas copias en mármol de las obras maestras famosas de la escultura antigua dibujaban sus brillantes contornos en el sombrío follaje; estanques adornados con fuentes elegantes, con estatuas y con plantas acuáticas hacen oir el misterioso murmurio de sus aguas: en medio del mas célebre está sobre una roca un grupo de mármol maravillosamente esculpido que representa el rapto de Europa por Júpiter: desgraciadamente el lugar estaba demasiado sombrío para que se pudiesen distinguir todos sus detalles. Otro estanque de mayores dimensiones está formado de un solo trozo de granito rojo extraido de las canteras de Pestum: le llaman la fuente de Salerno, por haber sido trasladado a aquella ciudad primeramente el pedrusco despues de su descubrimiento. Se vé tambien en medio de los árboles un templecito con el busto del Tasso: un amigo mio me contaba que allí habia siempre un centinela para invitar a los que se acercan a quitarse el sombrero delante del poeta: yo me dirigí al busto y el centinela apareció en efecto, pero fué para decirme sencillamente que no me detuviese demasiado cerca del grande hombre. Si el pobre Torcuato que durante su vida fué con tanta frecuencia y tan amargamente ofendido, pudiese saber con cuánta etiqueta se le rodea despues de su muerte, su grave y noble rostro de piedra se iluminaria con una sonrisa irónica. Quizá tambien el centinela no tiene otro objeto que recordar la antigua cautividad del desgraciado poeta.

Salimos de las calzadas para llegar a un terrado que domina a la mar y en él percibimos unas figuras negras recostadas en los zócalos de las balaustradas: al principio nos parecieron estatuas egipcias de formas misteriosas; pero acercándonos mas, vimos que eran buenos napolitanos, respirando en un *dolce far niente*, la brisa refrescante de la mar. Desde este punto avanzado la vista volvia a ser nueva, admirable, encantadora: el camino de Pouzzoles

que habiamos dejado hacia poco, se desarrollaba magníficamente con sus cavernas habitadas.

El nombre de *Villa Reale* pareceria desde luego que debia designar una residencia de verano ó una real casa de campo, y no es en realidad mas que un paseo rodeado de rejas con calzadas, bosquecillos de flores, palmeros y garitas en sus diferentes puertas. Ahí no se ven mas que paseadores regularmente vestidos, en razon de que está prohibida la entrada al pueblo bajo. Nos detuvimos un instante en la reja de hierro que dá el frente á la ciudad para refrescarnos en los *aquajuoli*, y seguimos despues por el muelle de Santa Lucía, cuartel en que los lazaroni tienen establecido su imperio. Las calles están llenas de cajas en que se hallan reunidos los mas extraños productos de la mar, protegidos del sol por unos tejadillos inclinados: alrededor de los figones hay montones de fruta y unas mesitas en que se venden bizcochos de forma anular, están iluminados por una masa de lucecitas, y se ven invadidos por una multitud impaciente y chillona. Las mujeres y los niños nos molestaron con sus ofrecimientos importunos, nos sitiaron los mendigos, y aun teniamos que poner cuidado para no atropellar á los lazaroni que dormian tendidos en el suelo. Al bajar una escalera que conduce al pié del muelle, muy cerca del borde de la mar, nos sorprendió un nuevo aspecto de la vida napolitana. Hay centenares de asientos sobre la húmeda arena, en los cuales están acomodados en negligente desórden, elegantes y personas mal vestidas, eclesiásticos y legos: ¿qué vienen a hacer aquí estas gentes, acaso están tomando café ó helados? Nada de eso; están bebiendo una agua sulfurosa purgante, que los lazaroni hembras distribuyen a la concurrencia en grandes vasos, y comiendo de los bizcochos de forma anular de que hablé hace poco: estas son, segun me dijeron, *le delizie di Napoli*. Este es el caso ó nunca de repetir el conocido proverbio: «sobre gustos nada hay escrito.» La fuente sulfurosa que produce esta execrable bebida, se encuentra bajo una bóveda del muelle, inmediatamente al pié de la calzada de los coches. La visitamos; el suelo es húmedo, la mampostería gris está sostenida por cierto número de pilares; en el fondo hay una escalera que conduce á la parte inferior, donde se oprime el pueblo lazaroniano con sus vasos para recoger el

néctar brotante, y llevarlo despues a los desgraciados mortales instalados en el muelle. Esta fuente parece ser propiedad exclusiva del pueblo bajo que la explota abundantemente.

Enfrente del muelle se encuentra tambien en la mar, otra particularidad de la ciudad: son horribles barracas de madera unidas a la costa por un angosto pasillo y que llevan el suntuoso nombre de *Bagni di Mare;* pero el agua de estos baños está tan turbia y tan sucia, el aspecto de las barracas es tan repugnante, que no tuvimos tentacion de visitarlas. Sin embargo, sus balcones están cubiertos de personas de ambos sexos, sentadas y estrechadas unas con otras, como en un café, y que parecian instaladas allí para entregarse a los placeres de la conversacion. Despues de haber saboreado ampliamente los encantos de esta noche magnífica; despues de haber, en cierta manera, impuesto a nuestros sentidos una actividad excesiva para tan cortos instantes, subimos en el bote para regresar tranquilamente, bajo la radiante claridad de la luna, a nuestro palacio flotante. La ciudad se extendia delante de nosotros en anfiteatro, con sus mil luces y sus muelles chispeantes, y por largo tiempo aun oímos los alegres clamores del pueblo napolitano.

Despues de una comida reparadora, nos fuimos a gozar del reposo de que debiamos ser económicos en atencion al corto tiempo que habiamos de permanecer en Nápoles.

Rada de Nápoles,
10 de Agosto de 1851.

A las dos y media de la mañana dejábamos nuestras hamacas, porque el grito de guerra para hoy, era: «¡El Vesubio!» Ibamos a hacer nuestra visita al patriarca napolitano, a la mas curiosa maravilla de la naturaleza en estas inmediaciones. A las tres y media nos trasladamos a la chalupa para hacernos conducir a Portici, donde debiamos encontrar al teniente del capitan con los caballos en que debiamos subir la montaña; pero como partimos sin piloto indígena, llegamos a la costa sin conocer el punto en que era preciso desembarcar. Buscamos largo tiempo en la oscuridad, preguntando a los bateleros y a los pescadores; pero unos y otros

hablaban el napolitano, y el napolitano no es el italiano, de manera que estábamos en riesgo de perder las mas bellas horas de la mañana, cuando repentinamente apareció la luz de una antorcha, dándonos a entender, por medio de señales, la direccion en que debiamos remar. Seguimos aquella direccion y pronto nos encontramos en puerto seguro. Al subir en nuestras monturas, experimentamos la deliciosa sensacion que siempre se tiene al montar a caballo despues de haber pasado en el buque toda una semana. Nuestros caballos eran tan pequeños, que en lugar de ir sentados como se acostumbra, pasamos mil trabajos para sostenernos en equilibrio sobre los estribos; pero nos alentaba un buen ánimo y nos pusimos alegremente en marcha.

Atravesamos desde luego a Portici y a Resina, donde habia una enorme masa de banderas enarboladas en las calles, en espera de una de esas procesiones religiosas que son tan frecuentes en Italia. Pronto cabalgamos en medio de jardines llenos de granados magníficos, de viñas elegantes, de cactus gigantescos, todo del mas fresco verde, a pesar de la sequedad y del calor devorante del verano. Un poco mas léjos el camino comienza a subir, y se llega a una hermosa y ancha calzada que el rey actual ha hecho construir y que conduce á la Ermita: este camino sigue las ondulaciones de la montaña y está limitado a trechos por castaños y por parras. A cada vuelta la perspectiva de la mar, la ciudad y la llanura crece mas. Nos hallábamos todavía bajo la sombra del Vesubio, y el sol iluminaba ya con sus rayos dorados la comarca que se extendia a nuestros piés. La llanura estaba manchada por nubes que, sin dificultad, se hubieran tomado por lagos ó porciones de mar, en medio de las cuales, a veces aparecian las aldeas con sus campanarios y sus prados como otras tantas islas flotantes. Esta vista me pareció mas hermosa que las que habia gozado la víspera: verdaderamente solo en el seno de esta frescura y de esta vegetacion exuberante, se puede uno formar idea de la riqueza infinita de la naturaleza y de los dones que el Creador, en su munificencia, ha derramado sobre este afortunado rincon de tierra, como sobre un país de predileccion. El contraste, ó mas bien, el complemento de este cuadro incomparable, está formado por la opulenta ciudad, que no se encuentra como las demas, separada

del campo por murallas ó por líneas trazadas, sino que se enlaza con los alrededores por una série contínua de villas y de jardines.

Para colmo de magnificencia, este país encantado, esta ciudad tan animada, están bañados por las olas de un vasto y admirable golfo, de tal manera, que la tierra y la mar, extendidas a nuestros piés, parecen unir sus esfuerzos y rivalizar en seducciones para componer la imágen admirable y única, sin duda, de un nuevo Eden. En semejantes lugares me gusta pasar rápidamente las distancias, para llegar mas pronto al objeto deseado y descansar entónces en una pacífica contemplacion. Excitamos con la espuela a nuestros mezquinos caballejos y trepamos el volcan, unas veces al galope y otras al trote largo, aumentando nuestro buen humor este violento paso.

Pronto observamos a derecha é izquierda campos de lava, pero ésta aun se hallaba cubierta de verdura: la vegetacion ha obtenido la victoria sobre la materia inerte, y el terreno formado por la lluvia de ceniza está sometido al trabajo del hombre. Esta ceniza que al cabo de cierto número de años se hace fértil, es de una finura extraordinaria y de un color pardusco: en Pompeya, sepultada bajo sus masas, las exploraciones ejecutadas actualmente son muy fáciles, miéntras que el descubrimiento de Herculano, que fué cubierto por una espesa capa de lava, presenta las mayores dificultades. Nos acercábamos a la *Ermita:* la parte baja del volcan en que estábamos se hallaba revestida de una vegetacion exuberante y se iba haciendo cada vez mas estrecha; repentinamente y al hacer el camino una vuelta, percibimos entre las colinas inferiores del Vesubio, un gran torrente de lava, producido por las últimas erupciones. La masa inerte y lúgubre, de un gris oscuro y amarillento, de un aspecto repugnante y horrible, se extiende en lontananza como un rio petrificado que todo lo ha aniquilado a su paso, ahogando toda vida: este es un espectáculo a que nada en el mundo puede compararse. Se observa cómo estas olas de lava, ahora fria, han arrebatado en su curso irresistible todas las cosas entre sus brazos de fuego y no se han satisfecho hasta reducir a la muerte su presa. Las aguas de un rio que se desborda son fecundas: al principio lanzan la devastacion y la ruina sobre los campos; pero llega un momento en que bajan, y el país, destruido por

aquel cruel azote, aparece de nuevo a la luz del dia: las olas incandescentes que vomita el Vesubio, abisman y sepultan todo; la lava se enfría y forma una costra dura é infecunda sobre el suelo cubierto ántes de verdor; millares de años se necesitan luego para que la tierra vegetal se forme otra vez, y para que nuevas plantas puedan germinar. Las riberas de aquel horroroso Leteo, estaban cubiertas de vegetacion, y nosotros caminábamos aún por una tierra cultivada.

Llegamos a la Ermita, punto tan interesante en la historia de los viajeros. Una casita y una pequeña iglesia están como colgadas en un cono de verdura: las olas de fuego líquido suben alguna vez hasta la iglesia, pero el torrente se divide en la casa de Dios, y la morada del ermitaño permanece intacta en medio de la destruccion universal. La edad de esta solitaria habitacion se reconoce por los tilos venerables que la protegen con su sombra. La iglesita está apoyada a la derecha sobre la casa y domina a un bonito jardin, desde el cual se descubre una vista magnífica: la mirada se extiende con admiracion sobre aquella hermosa comarca, aquel país bendito por Dios y sobre las olas azuladas de la mar. Tambien se disfrùta en aquel lugar del risueño aspecto de la vida, en el vapor luminoso dorado por los rayos del sol. Habia yo deseado siempre ver con mis propios ojos un ermitaño, y este capricho no se habia realizado jamás; muchas veces habia visto ermitas desiertas y aun algunas cabañas elegantes que se decoraban con este nombre; habia leído con frecuencia en historias sombrías descripciones maravillosas de esos piadosos personajes, y tenia grande empeño en ver uno de esos séres solitarios vestido con su oscuro sayal. Es verdad que hasta muy léjos ha llegado la noticia de que el ermitaño del Vesubio, es un alegre compañero que tiene en sí algo de la naturaleza incandescente del volcan que habita; pero ¿qué me importaba? no por esto dejaba de ser ermitaño, con su traje talar y su barba flotante, y era lo que me bastaba; pero mi esperanza quedó burlada: el famoso ermitaño, el dispensador del *lacryma Christi* se habia ido con su romántica poesía *ad patres*, y era reemplazado por la vil prosa de todos los dias. Pronto vimos aparecer al nuevo habitante de la ermita: ¡ah! qué desencanto! Nada de sayal cubriendo un cuerpo fatigado, nada de barba

flotante como una bandera de esperanza delante del cansado peregrino, nada de cuerda ciñendo una cintura enflaquecida: teniamos la frente una figura descarnada y vulgar, la levita y los *inexpressibles*[1] de aquel desgraciado, estaban rotos, que daba miedo. El infortunado, previendo una numerosa sociedad de viajeros, habia retardado su misa y nos ofreció decirla a nuestro regreso, de lo que le quedamos muy agradecidos, porque de otra manera habriamos tenido que cumplir con el deber de oirla en Portici. Miéntras admirábamos aquella perspectiva, un cantor alado, cosa admirable en aquella estacion, hizo oir los acentos mas armoniosos y mas puros; quizá celebraba el antiguo tiempo romántico en que los ermitaños no bebian *lacryma Christi*, en que el hombre vivia muy cerca de la naturaleza y encontraba en ella su recompensa.

Despues de haber tomado algunos instantes de descanso, nos volvimos a poner en camino para llegar mas pronto al objeto del viaje. Aun pudimos andar a caballo por el cono de verdura; pero el espacio entre los lechos de lava se hacia cada vez mas estrecho y la vegetacion mas escasa. Un excelente camino nos condujo al Observatorio Real, hermosa y sólida construccion revestida con adornos de lava y comenzada hace diez años: abajo se extiende en forma de terrado, un jardincito, en medio del cual hay unas cavernas de lava que encierran una coleccion bastante interesante de la flora vesubiana. Este edificio fué construido por el actual rey, y abre a la ciencia un extenso horizonte, proporciona una posicion favorable para hacer observaciones que en otra parte serian imposibles: desgraciadamente está desierto y ningun sabio lo habita. Vivir a tan grande altura, en la morada de la lava, es un sacrificio que los napolitanos no pueden hacer a la ciencia; puede ser tambien que su saber sea demasiado superficial para ocupar dignamente semejante santuario.

Algo mas allá, la lengua de tierra cultivada se pierde en un océano de lava: el reino vegetal solamente se vé representado por algunas herbáceas y zarzales; los cauces de lava se reunen, el caeco de los caballos resuena en un suelo de rocas volcánicas y se llega al valle que separa a *Monte Somma* del Vesubio. La hermo-

1 Así llaman las inglesas mojigatas á los calzones.

sa vida terrestre no se muestra ya sino en raros intervalos y uno se vé rodeado por la imágen incolora de la nada universal. Sombrías murallas, enormes pedruscos grises, negras masas, montañas de ceniza movediza y de lava calcinada, se levantan por todas partes y envuelven al pequeño grupo de pobres viajeros que se aventuran en medio de aquel reino de la muerte, inmenso y lúgubre, en medio de aquella devastacion de la naturaleza en aquel valle de la melancolía. Las dos cumbres de *Monte Somma* y del Vesubio estaban reunidas en otro tiempo; pero se levantaron las entrañas del globo, la montaña se abrió y del hondo abismo se derramaron olas de lava, que mas tarde se enfriaron y formaron la mar inanimada, petrificada, incolora, rodeada de un polvo de leve ceniza que separa las dos cumbres. La mirada se detiene con angustia sobre esas masas monótonas que abortó la montaña y ante las cuales ha huido toda vida. Solamente por intervalos se perciben a lo léjos, como raras luces en medio de noche tenebrosa, algunos fragmentos de paisaje, la ciudad de la alegría, las plateadas olas de la mar, la risueña y fértil llanura. Envuelto así por la muerte, el viajero piensa involuntariamente en esas almas destrozadas, a las cuales no quedan mas que hermosos recuerdos, que en otro tiempo estaban frescas como las demás; pero que separadas de la fe, privadas de los auxilios de una religion consoladora, se han abismado en una melancolía profunda, y cuyo estudio, si puede tener algun atractivo para el psicólogo, nos llena el corazon de una tristeza infinita.

Es curioso estudiar el progreso de la muerte sobre la naturaleza: la antigua lava, la que ha salido hace millares de años, está cubierta de verdura; sobre la lava que solo tiene algunos siglos, brotan en la fina ceniza, mezquinos arbustos y plantas que pueden vivir sin un suelo generoso; en la lava mas reciente, al pié del Vesubio ó a lo largo de la montaña, se encuentran muy raros vegetales. La naturaleza quisiera cubrir el suelo con sus verdes adornos; pero las masas arrojadas por la explosion terrible de las luchas interiores no se lo permiten.

Nuestros caballos trepaban con mucha destreza por entre los peñascos y los trozos de lava, y pronto llegamos al pié del Vesubio. El valle que separa las dos montañas no es muy extenso; pero cuan-

do se piensa que no es mas que una grieta que se abrió en la cumbre, junta en otra época, queda uno aturdido en presencia de la accion formidable y omnipotente de las fuerzas naturales. Todas las grandes erupciones que han devastado las inmediaciones, hasta la última que tuvo lugar en Febrero de 1849, han dejado sus huellas en aquel valle. La lava se ha extendido por anchas grietas sobre los costados de la montaña, con direccion á Resina y Portici, ó por el otro lado, con direccion a Pompeya. El Vesubio propiamente dicho, es el que ha producido las pequeñas erupciones, pues Monte Somma ha permanecido tranquilo desde los tiempos de Pompeya y Herculano, y la naturaleza comienza ya a extender amorosamente su capa de verdura sobre aquellas pendientes áridas. Llegamos al lugar donde debiamos confiarnos a nuestros propios pies y a los brazos de los guias: atamos los caballos y despedimos a los gendarmes que nos habian acompañado desde la Ermita, temiendo un ataque de los bandidos. Se nos presentaron algunos hombres, provistos de cincurones de cuero, que pretendian cargarnos y remolcarnos; pero en tales ocurrencias y cualquiera que pueda ser mi torpeza, siempre prefiero servirme de mis piés. Aquí se vé lo que el hombre puede hacer cuando se le presenta un fin importante: si no se viese á la vista el cráter y sus llamas, quizá no se subiria con tanta parsimonia y tranquilidad aquel camino tan penoso. Subimos desde luego por una pendiente muy rápida, con los piés hundidos en la ceniza fina y movediza, teniendo esta empresa bastante analogía con los ascensos que, segun la antigua mitología, se sufrian en los infiernos: se sube con esfuerzo, se cree haber alcanzado un punto mas elevado: repentinamente cede la ceniza y el pie se introduce de nuevo en la masa gris, de manera que para dar tres pasos adelante se necesita dar dos para atrás. Sin embargo, nosotros nos unimos por el lado agradable los disgustos de la ascension, y esto nos los hizo mas fáciles de soportar.

Pasábamos jadeantes y con el sudor en la frente, de un trozo de lava a otro: el calor subterráneo parecia estimular en nosotros esfuerzos, y a pesar de esto, caminábamos alegremente con los ministerios del cráter sobre los que del espíritu. La capa de cenizas disminuye en líneas rectas desde la cumbre de la mon-

taña hasta el valle, y forma en toda su extension numerosos montecillos. Cada paso que dábamos en el polvo movedizo, nos parecia peligroso, porque miéntras mas subiamos, nos creíamos en mayor riesgo de rodar hasta el pié de la montaña, con el acompañamiento de los pedazos de lava sobre los cuales andábamos. A cada instante cedia el suelo bajo nuestros piés con un ruido sordo y siniestro; pero al punto otra piedra detenia a la que resbalaba, dejándonos así el tiempo necesario para saltar a la siguiente. Cerca de la mitad del camino, despues de haber dominado dificultades innumerables, comenzamos a sentir un aire mas puro y un ligero olor de azufre. Las nubes que cubrian la cima del Vesubio, pasaban, desaparecian y volvian de nuevo; mas a esto no le prestábamos grande atencion, porque no era semejante espectáculo por el que emprendiamos aquel camino. A medida que llegábamos al fin, se redoblaban nuestros esfuerzos; ya uno de nuestros guías se encontraba en la cumbre: un poco de valor, un poco de trabajo y todos habremos llegado.

Nos hallábamos en la grieta que divide las dos puntas. ¡Qué golpe de vista! ¡Qué sensacion inexplicable! Los escarpes estaban revestidos de azufre blanco, el suelo de lava era enteramente negro, la ceniza gris y algunos trozos de azufre amarillo y rojo yacian diseminados. Vapores hirvientes se escapaban debajo de los grandes peñascos de lava; el cono de la montaña nos ocultaba el panorama de Nápoles y el de la mar. El vapor y la niebla velaban el firmamento, el aire era unas veces frio y áspero, otras era sufocante y se sentia sobrecargado de azufre: todo respiraba muerte y destruccion. Adivinábamos bajo nuestros piés la accion de fuerzas poderosas y desconocidas; veíamos colores que no habiamos visto jamás; nos sentiamos envueltos en una atmósfera enteramente nueva, y no creíamos vivir ya en nuestra hermosa tierra, sino en el seno del caos, en medio de los elementos primordiales con que Dios creó al mundo, entre los vapores envenenados que volaban sobre el abismo, antes de que el aire y el agua hubiesen sido separados, antes de que el sol hubiese secado y animado todas las cosas. Era una de esas perspectivas que no pueden describirse, y que se necesita haber contemplado para formarse una idea del trabajo de la naturaleza y comprender cuán pequeños son el hombre y la

ciencia! Aun no llegábamos al cráter, cuando ya estaba yo impresionado por la vista de lo que me rodeaba, como no lo estuve jamás por ninguna otra cosa en el curso de mi vida.

Todo viajero tiene ciertos movimientos estereotipados cuando llega a un lugar célebre: en el borde de la mar se recogen conchitas con una curiosidad infantil, en las comarcas del Sur se toman ávidamente todas las frutas desconocidas; en el Vesubio uno se precipita con encarnizamiento cómico, sobre los pedazos de azufre de mil colores que se presentan a la vista. El hombre tiene una inclinacion natural é irresistible que le induce a coleccionar, para despreciar en seguida lo que ha recogido; se carga gustoso con un peso inútil; mas no importa, siempre que su codicia quede satisfecha. Adan en el paraíso debe haber coleccionado ya. Nosotros cumpliamos concienzudamente con este instinto, y a cada instante llenábamos nuestras bolsas con lo que recogiamos de las cenizas. Examinando uno de esos trozos por entre los cuales se le escapa el vapor hirviente por pequeñas rendijas, observé que la arena de lava fina y húmeda que lo rodeaba, estaba tan caliente que no me permitia poner la mano sobre ella. A cada paso se encuentran estas grietas que deben comunicar con el interior del volcan: algunas veces los vapores que se exhalan no tienen olor, como sucede con el vapor de la agua hirviente; pero otras, tienen un aroma sulfuroso y que produce comezon en el pecho y obliga a toser.

Dejamos aquel valle tan imponente, a pesar de su pequeñez, y seguimos un angosto sendero maravillosamente practicado en la ceniza movediza, sobre el costado del cono principal. Este camino no está bueno para las personas que padecen vértigos: a la derecha se levanta la pared exterior del gran cráter, guarnecida de rocas de lava de extrañas formas, cubiertas con un azufre rojo y brillante, que deja escapar por intervalos emanaciones de vapor húmedo; a la izquierda, la montaña de ceniza desciende a pico hasta el valle que existe entre Monte Somma y el Vesubio; el viajero tiene que avanzar por este sendero peligroso entre la movible ceniza; pero aquel sendero conduce al cráter, y todo se olvida. Si se tiene valor para dirigir una mirada al valle, queda uno recompensado por aquella vista incomparable: se vé a lo léjos el camino que se abrió la lava en la erupcion de 1849; enormes masas

de lava y ceniza se encuentran amontonadas en grandioso desórden; se perciben valles y colinas de un color sombrío y lúgubre que han sido teatro de inmensos incendios; pero en ninguna parte se vé un abismo bastante profundo, la erupcion ha destrozado el suelo, ha vomitado lava y piedras, é inmediatamente ha cubierto las grietas con las mismas materias que volvian a caer. El torrente de fuego corrió entónces por la entrada del valle opuesta a la Ermita, y siguiendo la llanura de Pompeya tomó la direccion de Castellamare, sepultando bajo sus olas de lava la villa y los magníficos jardines de un príncipe napolitano.

Desde el lugar en que estábamos se goza de una perspectiva admirable sobre la vasta llanura; pero es de temer que otras muchas veces sea visitado por aquella plaga terrible, pues el último punto de erupcion en esta extremidad del valle está mucho mas cerca que el anterior del lado de Nápoles. El fenómeno se anuncia con largo tiempo de anticipacion por el humo y las llamas que salen del cráter, y hasta despues de esta advertencia siniestra es cuando la devastacion se extiende por el valle.

El sendero subia siempre mas rápido: pasábamos con prudencia y sangre fria por los puntos mas peligrosos, y de repente se desarrolló delante de nosotros en toda su majestad tremenda el anchuroso abismo: por una parte el escarpe de la montaña, por otra el cráter con sus sombrías emanaciones. Nos hablan en la infancia de grandes montañas de fuego con abismos siniestros; los libros dedicados a la juventud y las narraciones de viajes, se esfuerzan en dar al lector la descripcion de estos cuadros grandiosos: la imágen del Vesubio vaga incierta ante los ojos del espíritu, se toca en la oscuridad, se sospecha algo de la realidad; pero ninguna plúma ha conseguido dar una idea de lo que aquí se vé y se siente. Es porque no hay palabras para traducir semejantes impresiones, ni hay imaginacion humana bastante poderosa para poder formarse de ellas una idea que se aproxime a la realidad. Semejante aturdimiento me estaba reservado tambien: frecuentemente he oído hablar del cráter a muchos amigos que lo han visitado; sin embargo, su aspecto me hizo una impresion de todo punto diferente de la que yo me esperaba. Un boqueron inmenso se abria anchuroso delante de mí; su vasto corenamiento presenta una forma irregular

y variada, segun la altura de los diferentes puntos: la cumbre superior es muy estrecha, en razon de que la espesura de las paredes va disminuyendo; los escarpes son tan rápidos que con frecuencia no hay lugar mas que para una sola persona. Por la parte exterior de la montaña, no se ven mas que cenizas grises y lava; en el interior, cubren las paredes de ceniza y las rocas puntiagudas, vastos campos de azufre de colores brillantes y chillones. Las tintas principales son, el amarillo ordinario de azufre y el mas vivo bermellon que comunmente forma venas en las superficies amarillas; en los lugares que dan paso al vapor hirviente, el azufre toma tambien colores violáceos y verdosos; estos puntos son ordinariamente de un calor intolerable, húmedos hasta trasporarse el agua y cubiertos de una materia blanca muy semejante a la escarcha. Con estas diversas coloraciones el cráter recibe un aspecto extraño y extravagante; y aunque los tintes son muy brillantes, carecen de frescura: el conjunto es en general frio y melancólico, y el contraste que forman estos vivos colores con el gris mate de la ceniza y de la lava es demasiado grande para ser agradable.

La configuracion interior del cráter, es precisamente inversa de la forma exterior de la montaña. El Vesubio es un cono levantado sobre su base; el cráter es la cavidad. Grandes masas de vapor emanan del abismo, y como de los costados de una pira de carbon, salen columnitas de humo por todas las paredes de aquel embudo: en el exterior tambien, cerca de la cumbre, la montaña exhala algunas nubes ligeras. Ya he dicho que aquellos puntos humeantes se encuentran debajo de los grandes peñascos de lava y están revestidos de flores de azufre de los colores mas variados. La espesura de las nubes impedia distinguir claramente el interior del volcan; pero la masa de vapor se levantaba por momentos, y la mirada podia sumergirse en las profundidades del abismo: la inmensa boca parecia descansar entónces de una respiracion penosa. Aquel abismo tiene realmente boca; pero una boca semejante a las de los dragones de las leyendas: aquellos son los reflejos de sus escamas invulnerables, aquellos son los colores con que la imaginacion se complace en revestir a esos monstruos fabulosos; el interior del cráter exhala aquellos mismos vapores envenenados y hú-

medos que en otro tiempo cubrian de terror y de muerte a los caballeros cazadores del dragon.

A la altura en que yo estaba sobre el borde del abismo me sentia como perdido; creía estar en los confines de otro planeta, en el umbral misterioso de un mundo extraño y nuevo. Me sentia abandonado en medio de aquella soledad, en el seno de aquel caos silencioso; estaba como rodeado por los terrores de los mundos de las leyendas: sin mis amigos que estaban a mi lado, un indecible espanto me hubiera arrojado de aquellos lugares, y habria huido ante las fuerzas primordiales, mudas y adormecidas de la naturaleza. No me sentia bastante fuerte para resistir semejantes impresiones, estaba como subyugado por el encanto misterioso de aquellas potencias infernales. Espectáculos ménos extraños hacen temblar al hombre cuando está solo: un cerco de hielo ó de granito, la caída de una cascada de roca en roca le hacen creer con frecuencia que el agua lo encanta y lo atrae, que el murmullo siniestro le habla; y si entónces viene á rugir una borrasca en el cielo, si el huracan muge, si el relámpago envuelve en una red de fuego al pobre abandonado, su corazon palpita y se estrecha, dirige alrededor miradas de angustia, como si el trueno amenazara su alma desfallecida, como si cada rayo le estuviese destinado. Hay verdad en estas impresiones: es el lenguaje de la naturaleza que llena de pavor la conciencia del hombre y le hace ver su nada; es la fuerza misteriosa y profunda de los elementos que el hombre frívolo no considera cuando están adormecidos, y cuyas advertencias le parecen tanto mas temibles cuando momentáneamente despiertan. ¡Qué terror no debe pues causar el aspecto del Vesubio, cuando se siente que una débil capa nada mas nos separa de aquellos abismos sombríos, y que una costra ligera, á través de la cual brotan sufocantes vapores, es el único obstáculo que oculta el radiante fuego, costra que á cada instante puede romperse y ceder á la presion de las fuerzas desencadenadas! Mas al punto que hay varias personas reunidas, el sentimiento de la debilidad desaparece con el del aislamiento, se siente uno mas atrevido y avanza deliberadamente en el *camino de los terrores.*

Para que nos formásemos una idea del calor que reina alrededor de las grietas por donde el vapor se exhala, los guías introdujeron

en el azufre hirviendo unos huevos que un hombre habia traido con algunas botellas; en pocos instantes quedaron cocidos, y los comimos con pan rústico. Hacia mucho tiempo que un almuerzo improvisado no me habia parecido tan bueno, y juzgué que el viejo Vesubio era el mejor de todos los cocineros para el cocimiento de los huevos. Con un vaso de *lachryma Christi*, bastante agrio por cierto, dije algunos brindis por mis queridos amigos: segun el uso antiguo y solemne, la botella circuló entre la concurrencia, despues de lo cual la arrojamos al abismo, donde la oímos rebotar y romperse estrepitosamente. Nuestro *cicerone* y otro de los guías se aventuraron hasta cierta profundidad en la pared interior del cráter, el primero para ofrecernos el espectáculo de un trozo de lava rodando hasta el abismo, y el segundo para traernos algunas formaciones sulfurosas de brillantes colores. Los trozos de lava rebotaron, dejando tras de sí un ruido semejante al de un trueno lejano, el eco resonó largo tiempo contra las paredes, y acabó poco a poco por perderse, haciéndonos pensar que aquella inmensa inmensa boca debe abismarse en las entrañas de la tierra.

El *cicerone* nos propuso explorar uno de los caminos que giran alrededor de los dos grandes cráteres en la cima del Vesubio: aquel en que nos encontrábamos es de formacion reciente, el otro ha permanecido tranquilo desde 1839. Avanzábamos por la angosta cumbre, pero nuestro valor no tardó en vacilar, el vapor sulfuroso nos envolvia y ofendia nuestros pulmones; por un momento sentimos la mas horrible sufocacion, una angustia indecible se apoderó de nosotros, y como medio supremo de salvacion llegué a pensar en precipitarme por las cenizas por el revés exterior de la montaña, para buscar una atmósfera mas pura y mas propia para la vida. Mis compañeros de viaje eran de opinion que regresáramos y me suplicaban que diera la señal de retirada; pero no pude resistir al deseo de dar la vuelta al cráter, y decidí que debiamos llevar la prueba hasta el fin. Tomé entónces la delantera y mi pobre acompañamiento tuvo que seguirme con voluntad ó sin ella; iba yo trás del guía, y los demas inmediatamente trás de mí. Luché como pude, me puse el pañuelo en la nariz y en la boca entretanto que pasábamos por en medio de las nubes de vapor que el viento arrojaba violentamente. Dos ó tres veces estuvo a

punto de abandonarme el valor; me detenia, aspiraba el aire con todo mi pulmon, y las sombras negras de los viajeros se volvian a poner en marcha a través de las nieblas del mundo subterráneo.

En fin, despues de largos esfuerzos, obtuvimos la victoria y llegamos al objeto; al punto cesó todo sufrimiento, y pudimos contemplar el espectáculo que se extendia ante nosotros. La cumbre superior y regular de este segundo cráter tenia, como la del precedente, de veinte a treinta toesas de diámetro; el abismo se estrechaba como un embudo, y las paredes estaban revestidas igualmente de formaciones sulfurosas mas brillantes si es posible. Una de las particularidades mas curiosas de este cráter es que puede vérsele el fondo; las piedras que arrojábamos, resonaban como un trueno del cielo, y luego las veíamos llegar hasta abajo, adonde me parece que se podria bajar sin muchas dificultades, por medio de cuerdas, si no se tuviese que temer la accion sufocante de los vapores sulfurosos: tambien puede ser que la temperatura del suelo sea demasiado elevada, porque el lugar en que estábamos, se sentia tan caliente en ciertos puntos, que era imposible permanecer largo tiempo sin movernos. Hace ya algunos años que aquel abismo ha entrado en una faz de reposo, y pudimos dar la vuelta sin obstáculo. A medida que las nubes de la cima del Vesubio se dividian y se disipaban en los aires, veíamos porciones del magnífico panorama que se extendia a nuestros piés flotando en medio de un vapor blanco como la imágen de un sueño. Nos sentiamos encadenados por un poder mágico sobre aquel teatro de la destruccion, desde donde admirábamos en lontananza, en un mundo sobrenatural y digno de las hadas, la mar chispeante y sus encantadas riberas.

A proporcion que las nubes pasaban delante de nuestra vista, las imágenes desaparecian para dar lugar a otras nuevas: era como una cámara oscura cuyas perspectivas fantásticas nos compensaban de cuando en cuando, de la vista admirable que habriamos disfrutado con un cielo mas sereno. Antes de dejar el borde del cráter, el *cicerone* descendió con una audacia increible a una roca interior que salia sobre el abismo, é introdujo su baston en una de las numerosas grietas que perforaban el suelo, anunciándonos que la madera iba á encenderse con las llamas del fuego subterráneo. No pude resistir al deseo de seguirle y avanzar con él sobre aquella

punta vertiginosa: muchos bastones fueron introducidos en los agujeros; y el guia, despues de haber dado algunas vueltas al suyo por cierto tiempo, lo retiró efectivamente hecho una brasa: luego, con un atrevimiento inaudito, descendió corriendo por una parte de la pared interior, como si hubiera estado en un risueño prado en la pendiente de una colina, y sin embargo, bastaria un paso en falso para precipitarlo; no habria sido la primera víctima que el mundo subterráneo hubiese tragado.

Era ya imposible permanecer mas en aquel punto, porque las suelas de nuestras botas comenzaban a quemarse. Dirigimos una última mirada al anchuroso abismo, en cuyo seno brillan de una manera tan viva las formaciones de azufre amarillo y escarlata; por última vez en el silencio de una admiracion muda se recogieron nuestras almas ante la grandeza infinita de la naturaleza, y bajamos apresuradamente a una pequeña hondonada, donde el humo no salia sino en raros intervalos, para tomar algun descanso y un almuerzo frugal entre los peñascos de lava y los montones de ceniza. Lo que tiene vida parece hallarse en tan poca armonía con el Vesubio, que se siente una sorpresa involuntaria al observar en medio de estas masas grises, desechos de alimentos y restos de comidas: las almendras de la fruta, las cortezas de los limones y de las naranjas forman un contraste casi cómico con la soledad silenciosa en que se encuentran; y sin embargo, no toda vida abandona al pobre volcan: algunos insectos zumban por ahí, algunos lagartijos se aventuran sobre la lava y el azufre, y yo mismo encontré el despojo mortal de muchos escarabajos. En cuanto á saber, como refiere la leyenda, si el Vesubio arrojó en efecto cuando su última erupcion, una cantidad innumerable de animalitos rojos de formas desconocidas, es una cosa que no puedo decidir, aunque en mi opinion la singular y misteriosa montaña, es muy capaz de semejante capricho. Concluido el almuerzo regresamos al punto de que habiamos tenido que subir ántes ahogados y con el sudor en nuestras frentes.

Allí nos esperaba una diversion de las mas raras, un placer que yo jamás habia sentido. Por el mismo camino que nos habia costado tantos esfuerzos, íbamos a regresar; mas no sobre nuestras piernas, sino a volar como sostenidos por alas invisibles, hasta

llegar, rápidos como el rayo al valle que separa a Monte Somma del Vesubio; sentados en la ceniza, íbamos a ejecutar la famosa *resbalada* del volcan. En mi país habia oído hablar de esto muchas veces, y no me habia podido formar una idea muy exacta; hasta que ví que la ceniza comenzaba a desplomarse delante de mí, comprendí el placer que me estaba reservado. Con una alegría frenética me lancé, dando saltos desordenados, a la masa gris y movediza, y toda la concurrencia me siguió. Cree uno al principio que va a descender la montaña con una velocidad terrible y de un solo golpe, sin poder moderar ni contener su carrera; pero los piés se introducen suavemente en la ceniza que cede, y echando el cuerpo hácia atrás, puede uno detenerse aun en lo mas fuerte del impulso. La sensacion es indescriptible: se cree tocar a los confines del vuelo y se sospecha cuál debe ser la satisfaccion orgullosa del pájaro de presa que se precipita desde la altura de los aires al fondo de los valles.

Nuestra concurrencia se parecia en aquel momento, *salvo el debido respeto*, a un rebaño de cabritos, a quien despues de largos meses de invierno, llevan por primera vez al pasto: aquellas son cabriolas entónces, el rebaño no cabe en sí de placer y de alegría. Así sucedió con nosotros; reíamos hasta ahogarnos, y apostábamos a quién daria saltos mas enormes. Con una especie de delirio y de cómica desesperacion, saltaba yo frecuentemente toesas enteras en la ceniza. Algunos momentos me detenia para hacer durar aquel placer que era tan rápido, para tomar aliento y reir despues a carcajadas, viendo a mis compañeros en las diferentes fases de su descenso furibundo. ¡Eramos tan felices al poder una vez por casualidad convertirnos en niños, de una manera tan permitida y dar a nuestra alegría un libre curso en medio de las chanzas mas agradables!

A veces, en lo mas fuerte de la carrera, esperábamos tropezar en algun obstáculo ó herirnos con un trozo de lava puntiaguda; pero la ceniza se dividia de repente rodeando el pié que se sumergia con suavidad como en una masa líquida. Volábamos, corriamos, saltábamos y nadábamos, todo al mismo tiempo, sobre la movible ceniza; y si cada uno de estos ejercicios corporales, separadamente es agradable, ¿qué encanto dejará de tener éste que los

comprende á todos? Nos precipitábamos por los costados de la montaña como furias desencadenadas; pero furias que en lugar de maldicion y de terrores, no traían consigo mas que la locura y la alegría. Apénas algunos minutos habian pasado y estábamos ya en la base del cono.

Antes de montar otra vez en nuestros caballos, desenterramos de la ceniza algunas plantas delicadas para trasladarlas vivas a un suelo menos ingrato: desgraciadamente se cayeron en el camino y se perdieron. Salimos en fin del valle sombrío: de cuando en cuando volvia la cabeza para contemplar al viejo Vesubio, ese laboratorio de la naturaleza, donde es permitido al hombre aproximarse á las fuerzas primitivas. Una imágen triste y desnuda se levanta delante de la mirada, con colores de otro mundo, con una majestad imponente y terrible: se cree uno trasportado a la época en que la raza pecadora no habitaba este suelo que encerraba en su seno los gérmenes de la vida, y en que la suave masa de arcilla no habia sido tocada aún por el aliento omnipotente. El espíritu de Dios parece volar sobre la tierra y las aguas, meditando sobre la materia inerte antes de pronunciar la palabra de vida, el *fiat* creador que debia resonar como un trueno a través de la naturaleza. El Vesubio es una porcion del caos que sobrevive, sin otro color que el gris pálido y muerto que es el tinte fundamental de todas las cosas.

Esto nos enseñan aquellas épocas primitivas en que nos hace pensar la montaña gigante; pero al mismo tiempo nos permiten levantar el velo del porvenir. De la misma manera que Dios ha creado, destruirá; de la misma manera que los diferentes colores han sido engendrados por el gris, estos colores admirables, testimonios vivos de la mirada omnipotente, se borrarán un dia para volver al tinte fundamental. Como el fuego purifica, como la naturaleza ha salido del humo y de las nubes, tan hermosa que Dios mismo se ha complacido en su obra y ha dicho: «es buena,» un dia vendrá en que las nubes y el humo sustraerán de nuevo el viejo globo podrido, de la mirada fecundante del Creador. Poseídos de estos pensamientos temibles, pedimos un asilo en la pequeña iglesia de la Ermita, para implorar en ella el perdon de nuestros pecados. Cuando toda la concurrencia estuvo reunida, el capellan

nos dijo la misa, y volvimos á emprender el camino de Resina a través de ricos viñedos. El cielo se habia despejado, la perspectiva era aun mas risueña que por la mañana: en medio de una verdura incomparable y bañada por las luminosas olas de la mar, Nápoles aparecia en toda su magnificencia a nuestros ojos deslumbrados.

Gozosos y satisfechos de nuestra espedicion, descendimos el camino al galope. Aquella alegría fué suspendida un instante por el tránsito de un muerto á quien llevaban en unas angarillas descubiertas, al bonito cementerio de Resina: como aquí todo se hace francamente y al aire libre, el despojo de los muertos entre las clases populares, no es aprisionado en un ataúd. Rendidos de cansancio y con nuestros vestidos singularmente maltratados, llegamos a la barca que nos esperaba en Portici para conducirnos a la fragata. Apénas tuve tiempo de tomar algun reposo, cuando me fué preciso ponerme el uniforme, para asistir en Capo di Monte a una comida de familia en confianza con mi tia y mi prima. El dia era espléndido y caliente: la ciudad irradiaba con un orgulloso esplendor.

Nos esperaba un coche en la escalera de Santa Lucía: en él nos refugiamos, atravesando un enjambre de figuras humànas de las mas extravagantes, y ensordecidos ya por el tumulto de la multitud. Es necesario ir á Nápoles para formarse una idea de esta algazara perpétua, de esta incesante agitacion.

Ayer, la calle de Toledo, con sus aspectos tan variados y sus escenas tan extrañas, me ocupó de tal manera que olvidé mencionar el Palacio Real y la plaza que se extiende delante de él; sin embargo, este palacio, en el punto de vista de la arquitectura, es el monumento mas curioso de la ciudad. La fachada que mira a la plaza es de piedra gris y ladrillo, y tiene un carácter imponente: bajo el balcon de en medio se extiende una ancha calzada custodiada por militares de diferentes cuerpos. Las flores de lis, este adorno tan prodigado en Nápoles, aparecen aquí en todas partes como puntas de lanza, destinadas a rechazar y a retirar la multitud, y os advierten que la rama antigua lateral de los Borbones, cuya rama principal está próxima a extinguirse, reina todavía en estos lugares. Todo, desde el objeto mas grande hasta el mas pe-

queño; desde el Museo Borbónico, hasta la última garita de un centinela, y hasta el pedazo de mantequilla elegantemente modelado del dinástico *Café de Europa*, está revestido con el real emblema, que parece haberse elevado, gracias a la influencia borbónica, desde el simple adorno del «lirio de los campos» de Salomon, hasta los esplendores de las mas altas dignidades. Aunque se haga aquí un grande abuso de esta flor, yo no dejo de apreciar estos emblemas que son un noble adorno y testifican un antiguo poder.

Enfrente del palacio se eleva una grande iglesia coronada con una cúpula griega y enlazada por ambos lados a vastos pórticos que circundan una parte de la plaza: fué construida en *ex voto*, por Fernando I, cuando recobró sus Estados, de que los franceses lo habian despojado. Enemigo como soy del estilo griego aplicado a la arquitectura cristiana, esta iglesia me desagrada por su destino: como edificio pagano, no se le puede negar una imponente armonía y que es un admirable ornamento para la plaza que domina. A la derecha está otro palacio pequeño que sirve de mansion a los príncipes extranjeros que vienen de viaje: en él me habian destinado un departamento; pero preferí mi cómoda habitacion flotante. Por otro lado se levanta el palacio del duque de Salerno, al que han hecho célebre su situacion y sus agradables jardines: desde la mar se le vé dominar los techos con sus masas de verdura. No habiendo dejado mi tio heredero varon, esta morada deliciosa ha vuelto a poder de la corona, a su muerte. Hay en medio de la plaza dos estatuas ecuestres de Cárlos III y de Fernando I, que han adquirido ya ese color un poco vago, gris azulado, que el arte humano no puede imitar y que solo el cielo y los años pueden dar al bronce.

Atravesando de nuevo la ruidosa calle de Toledo, con su agitacion y su vida, llegamos a la altura de Capo di Monte, cubierta con rica verdura. En una encantadora comida, *en la intimidad*, hicimos recuerdos del tiempo antiguo, trajimos a la memoria la dulce vida de otras épocas, y aunque esto produjo alguna tristeza y amargura, no dejamos de estar contentos y satisfechos: ¡los corazones que se comprenden laten en armonía lejos del país natal! Tuve que responder sobre mil cosas, é hice a mi vez mil preguntas sobre mis parientes de Italia: muchos pensamientos afectuosos

fueron consagrados a difuntos queridos; muchas horas alegres nos vinieron a la imaginacion y fueron celebradas de nuevo. Despues de comer recorrimos las grandes habitaciones desiertas del palacio. El gusto y la comodidad, la vida y la propiedad para los usos domésticos, están desterrados de estas piezas inmensas: en todàs partes las líneas y la estirada ornamentacion de la época imperial francesa han borrado el carácter original de los tiempos pasados, y han descompuesto las hermosas proporciones del interior.

Hay en el palacio una galería de cuadros extranjeros, destinada a fomentar el arte napolitano, demasiado debilitado: representan objetos terribles, tomados de la mitología y de la historia antigua; héroes y heroinas espirando; anchas heridas y deformes cadáveres cubren las paredes del desgraciado *Castillo de Verano,* que no parece tener otra relacion con estas repugnantes cosas que el traje singularmente ligero de los personajes, propio a la verdad para la estacion mas caliente: en mi vida habia yo visto semejante coleccion de desnudeces, y ¡qué triste pintura! A juzgar por aquellas muestras, el arte ha caido hasta muy abajo en el hermoso reino.

Mi tia me invitó a dar un paseo en coche con ella y con su hija. En medio de un campo hechicero, entre hermosas calzadas y risueños jardines, subimos sobre la altura de Capo di Monte a la *Villa Regina Isabella,* propiedad de la reina madre, y célebre por su admirable situacion. Siguiendo una larga calzada limitada por adelfas, rosales y parras, llegamos á una plataforma descubierta, sobre la que se eleva una casa de estilo greco-romano. Bajamos del coche para entrar al patio: nos recibió un ente macilento y enflaquecido, envuelto en una bata verdosa, y que por su tonsura y sus zapatos dejaba conocer que era el capellan de la casa. Nuestra llegada turbaba visiblemente su indolente reposo: nos condujo, atravesando las bonitas piezas del piso bajo, á un terrado, desde donde se disfruta sin duda de una de las mas bellas perspectivas que existen en el mundo: es uno de esos puntos maravillosamente escogidos en que la mirada no emplea su admiracion en los detalles del cuadro; pero en que todas las seducciones, todos los efectos de luz se reunen y se confunden en un conjunto armonioso, que ejerçe en el alma un encanto irresistible.

Desde un terrado superior a donde nos llevó despues nuestro

tonsurado guía, el panorama es aún mas extenso. Del mismo modo que las últimas obras de un artista arrebatado por la muerte en el apogeo de su grandeza, son las mas hermosas y las que se ven mas impregnadas con su genio y su alma, el sol nunca derrama tintas mas vivas, colores mas brillantes y encantadores, que cuando va a desaparecer y deposita su último beso sobre la tierra; al declinar posee el secreto de despertar una vaga y lánguida aspiracion y de suscitar en el corazon del hombre un ardor que le impulsa a lanzarse sobre sus huellas; deja trás de sí una firme esperanza, un imperioso deseo de ver aparecer de nuevo su imágen radiante; porque el aspecto de la muerte en este mundo, hace nacer la ansiosa esperanza de la resurreccion en otro. Una tarde semejante, misteriosa y sublime, transfiguraba con sus matices dorados el hermoso golfo de Nápoles.

La villa está situada en un lugar elevado y descubierto; delante de él el terreno desciende a pico hasta la mar, y esta posicion es la que hace tan grandiosa la perspectiva. Un vapor azulado envolvia al Vesubio y a las pintorescas montañas de Sorrento; al pié de ellas brillaban como otras tantas perlas en una concha bañada por las olas las aldeas y las ciudades, y la fértil llanura se extendia como un rico tapiz entre Nápoles y aquel fondo del cuadro. Los últimos rayos del sol doraban aún los techos y las cúpulas de la gran ciudad coronada de villas, y las alturas del Pausilippo sembradas de jardines. Tras de nosotros se elevaban las colinas de *Camaldoli* con su famoso monasterio; a nuestro frente un palmero balanceaba muellemente su cima majestuosa, a nuestros piés se desarrollaban la Chiaja y los bosques de verdura de la Villa Reale que iban á perderse en el inmenso y límpido espejo de la mar. Cuando uno se abisma en la contemplacion de esta perspectiva encantadora; cuando se admira esta naturaleza siempre jóven, en que la fresca verdura de Europa se mezcla a la vejetacion exuberante de los Trópicos; cuando se ve este ardor de la luz meridional y este brillo incomparable del cielo de Oriente, se piensa en el altivo adagio de los napolitanos, y uno repite dentro de sí mismo: *Napoli é un pezzo del cielo caduto in terra.* «Nápoles es un pedazo de cielo caido en la tierra.»

Las habitaciones de la Villa Regina tienen el sello de una exis-

tencia en partida doble: dos mundos estuvieron aquí reunidos que deben respetarse mútuamente cuando están separados; pero que forman una asociacion desagradable y discordante cuando se encuentran confundidos. A la muerte del difunto rey, su viuda la reina Isabel, se casó con un hijo del país, despues de lo cual, en lugar de retirarse con su nuevo esposo á algun rincon del mundo, compró esta bonita casa para vivir en ella con un pié en la corte y otro en la vida privada. Queria gozar del descanso y los placeres de una mujer comun, sin renunciar al brillo de la grandeza real. Hace poco ha muerto dejando esta mansion del capricho á su marido, que está sirviendo todavía como coronel en el ejército de su hijastro y que vive en el cuartel. La *Villa Regina Madre* esta ahora desierta, y no recibe la visita de su propietario sino en raros intervalos. Producia en mí un efecto singular ver en la casa de un particular los retratos de las mas familiares cabezas de príncipe de Europa. Las comodidades que se han procurado en todas partes no han borrado aún el carácter del antiguo esplendor. Entre los muebles preciosos que se conservaban allí, observé con admiracion una especie de trono de rica tela de terciopelo con franjas de oro; pregunté su orígen al capellan que nos acompañaba, envuelto con una franqueza enteramente italiana en su mala bata, aunque bien debia saber quiénes eran mi tia, y mi prima; y me respondió que aquel mueble habia sido regalado a la reina madre por la señora *Roschilde:* tuve que hacerme repetir muchas veces este nombre, que sonaba de una manera extraña en lábios italianos, para reconocer al fin su designacion hebraica.

En el piso inferior de la casa, se encuentra una especie de coleccion universal, un pequeño museo en que se vé un poco de todo y nada en suma, que sea bastante notable. Dimos las gracias á nuestro guía por la complacencia con que nos habia conducido, y volvimos a montar en el coche para continuar nuestro paseo.

Hice entónces conocimiento con uno de los principales ornamentos de la ciudad, con los anchos caminos que se extienden sobre las alturas de Capo di Monte; son obras del rey actual que los ha adornado con hileras de árboles, cuyo follaje se eleva formando magníficas glorietas. Recorriendo aquellas calzadas gigantescas, se creeria uno fácilmente en algun parque inglés, mas bien que

en los caminos de los alrededores de una ciudad: ¡qué noble lujo para un soberano rodear su residencia con una verdura tan hermosa! Era el dia del descanso: la vida se ostentaba en todas partes; el pueblo se agitaba en el placer y la alegría, la algazara de las calles llegaba a nuestros oídos. Los carruajes populares se cruzaban en todos sentidos: son simples carretas de dos ruedas, que contienen una reunion de doce ó catorce personas llevadas al trote por un infeliz caballejo; los representantes de las clases mas diversas se ven allí amontonados: en la masa confusa de viajeros se percibe el tricornio gigantesto de un ministro de Dios, la bandolera reluciente de un soldado suizo, los listones de color de una calabresa, la gorra encarnada de un lazarone, el abanico siempre en movimiento de alguna vieja de la ciudad. En cuanto al problema de hacer caber catorce personas en un vehículo destinado primitivamente para contener cuatro, se resuelve como ya he dicho: en las banquetas del coche, en lugar de ponerse las gentes de dos en dos, se encajan hasta cuatro, el cochero se agita sobre la lanza, y junto a él la juventud se acomoda como puede en las varas; los estribos no están desocupados, tienen el ancho de un pié y esto basta; hay quien vaya en ellos haciendo ejercicios de fuerza, de gimnástica y de equilibrio: detras de las banquetas con la espalda vuelta al tiro, va uno muy bien colocado para admirar el paisaje que huye al frente, aunque es verdad que este goce se obtiene a costa de ir en un asiento demasiado estrecho. En fin, entre las ruedas y bajo el coche hay todavía lugar de que sacan partido: por medio de cadenas y de cuerdas se suspende un gran cesto que ocupan algunos viajeros que se hacen sacudir agradablemente. Se colonizaria una isla con la poblacion de semejante vehículo, que podria dar soldados, sacerdotes, paisanos..... sin que faltaran los mendigos. Los clamores, el sonido de los cascabeles y muchas veces el canto ó los alegres acordes de una música instrumental, anuncian desde lejos la llegada de estos curiosos carruajes.

Otras cien apariciones cómicas se encuentran en estas animadas calzadas: los *abbati*, sobre todo, admiran prodigiosamente al extranjero; mi sorpresa por esta profusion de trajes eclesiásticos, hacia reir a carcajadas a mi tia y a mi prima: un jóven abate ca-

balgaba sobre un pobre rocinante con su gran tricornio, su sotana levantada y un azote de corto mango; otro conducia negligentemente un carruaje de dos ruedas. En el camino de Roma pasamos junto al *Campo*, hermosa y vasta llanura donde se dan fiestas militares; a la orilla ha mandado levantar la reina una pequeña construccion, donde puede asistir a las revistas. En la *Strada del Campo* pasamos cerca del Hospicio de Pobres, sobre el camino de hierro de Pompeya, para ir a los grandes muelles que se extienden delante de Nápoles. Gozábamos de la perspectiva admirable de la llanura y del Vesubio, cuyos contornos se dibujaban en el crepúsculo color de púrpura.

Caía el dia cuando llegamos á la ciudad. Es la hora en que comienza una vida nueva y redoblada, en que la música y los alegres clamores parecen festejar la desaparicion del sol. Millares de lucecitas aparecen por los muelles reflejándose en la mar, ó formando guirnaldas en honor de las diferentes fiestas titulares de las numerosas iglesias; se conmueve el aire con los fuegos artificiales, los cohetes se elevan en el firmamento, y ruedas provistas de luces de todos colores circundan a las madonas; los teatros abren a la multitud sus salas deslumbrantes, la voz chillona de los títeres llama a los lazaroni a los espectáculos populares, ciertos figones ostentan sus riquezas a la viva luz de las llamas palpitantes ó a la semioscuridad de las linternas sordas. El pueblo hambriento obtiene por uno ó dos *bajochi*, y los mas malignos grátis, la facultad de pescar en un caldero de macaroni, y cuando siente lleno el vientre, saborea con delicia la vida ociosa, al aire libre, bajo la bóveda azulada, en la atmósfera voluptuosa de la noche.

Sobre la animacion alegre de la ciudad, sobre esta vida ruidosa y agitada, se levanta calmada y pura en los cielos la luna llena y majestuosa, antiguo testigo de la vida nocturna de estas gentes, y contempla con dulce ironía ese ardiente delirio de los hombres, que con el brillo de sus lámparas innumerables y con su ruido atronador, pretenden conseguir, en esta mitad de la existencia consagrada al reposo, la luz y el movimiento del dia. Las mil lucecitas se borran y no aparecen mas que como débiles chispas ante la reina de las noches que cubre la montaña y la llanura con sus rayos misteriosos: ella conserva aún el rojo ardor que la ha-

cia tan bella cuando aparecia tras las brumas del Vesubio, de las cuales se ha desprendido para contemplar su claro é inmaculado rostro en el espejo tranquilo del vasto golfo; domina radiante en el seno del firmamento como una altiva y noble señora, segura de su victoria y de su imperio inviolable; y como la hermosura reviste todo con su prestigio, Nápoles por la magia de este astro encantador, alcanza el apogeo de su encanto nocturno.

La luna tiene la virtud maravillosa, no explicada y magnética, de envolver la naturaleza y el alma humana con un velo de plata, vaporoso y ligero. El sol es el astro de la vida fresca y nueva, del pensamiento ardiente; calienta y rejuvenece: a su desaparicion el corazon se siente transido de una vaga y lánguida angustia; pero la luna es el astro de los recuerdos y de la melancolía deliciosa: despierta los sueños del pasado, y en su puro y poético espejo pasan con lentitud y en contornos flotantes apariciones de tiempos felices que traen a la memoria dulces instantes, queridas imágenes que no deben aparecer jamás ó piensan en el silencio de su corazon en las que están ausentes. La luna es el lazo misterioso y vagamente presentido que une el presente al futuro y al pasado. Mira con una dulce languidez en el ojo que la contempla; sus melancólicos rayos acarician muchas tumbas frias, se deslizan de hoja en hoja sobre la hiedra de las paredes, para reposar moribundos a lo largo de muchas ventanas solitarias, para recordar a los que dentro están sentados, que en una ribera lejana ó en la mar inmensa, hay un corazon entristecido que sufre amargamente el mal del país.

¡Qué hacen semejantes ideas en la ciudad del placer y de la alegría! Los italianos no comprenden todo lo que puede sentir un pobre corazon aleman, a quien con frecuencia acusan de frialdad. Los que consumen su vida en el aturdimiento y la embriaguez, son quizá mas dichosos: ¡los felicito!

Consagré el fin del dia, ó mas bien, el principio de la noche, a una de las curiosidades mas famosas de Nápoles, al teatro *San Carlo*. Este edificio fué construido en el reinado del brillante y fastuoso Cárlos III, que lo hizo acabar en el espacio de doscientos setenta dias, en 1738: la inauguracion tuvo lugar el dia de San Cárlos, fiesta titular del fundador. Cuarenta años mas tarde fué pre-

ciso reconstruirlo, y en 1816, un incendio lo destruyó de arriba abajo. Fernando lo hizo renacer de sus cenizas sobre un plan nuevo y grandioso. Habitualmente se oye decir que San Carlo es el teatro mas grande de Europa: no he medido el número de piés y de pulgadas que contiene; pero desde mi entrada en la espaciosa sala espléndidamente iluminada, puedo decir que me pareció el mas imponente y el mas hermoso que he visto en mi vida. Seis pisos magníficos de treinta y dos palcos cada uno, están adornados con profusion de columnas y de ricos dorados, dibujándose sobre un fondo escarlata. El foro es de una amplitud y una altura extraordinarias, se extiende a derecha é izquierda hasta los palcos, para formar una bóveda inmensa, cuya cima toca en la cumbre del mismo edificio. El dorado de los adornos ha perdido algo de su frescura, lo que da a la sala un aspecto mas majestuoso; los adornos están dibujados conforme al fastuoso gusto del siglo pasado; el alumbrado está en relacion con lo demás, y no tiene ese exagerado brillo de nuestros teatros modernos, que es tan dañoso para la vista.

Enfrente del foro, sobre la entrada principal se encuentra, bajo un magnífico dosel sembrado de flores de lis, el palco de la corte majestuosamente sostenido por dos palmeros de oro; sabido es que el palmero tiene la antigua forma de la columna egipcia. Desde este punto central y fastuoso, el lujo de los adornos irradia y se extiende por los innumerables palcos. En la izquierda de la entrada, muy cerca del foro, se han reunido cuatro palcos en uno solo para el uso de la familia real. Cuando algun príncipe de la sangre asiste al teatro, un soldado, conforme a la costumbre muy extravagante que reina hasta hoy, se adelanta sobre el foro con su fusil, y en presencia del público se dirige al augusto vástago, presentándole las armas, en cuya postura permanece con la vista fija, hasta que lo vienen a relevar, lo cual se verifica cada cinco minutos: yo distinguí perfectamente al centinela que esperaba detras de bastidores. Al observar semejante singularidad, el viajero no puede dejar de repetir el adagio: «Cada país tiene sus usos;» viejo proverbio que jamás se deberia olvidar.

El teatro se llenaba más y más; en el patio y en la orquesta los abanicos se agitaban con un ligero sacudimiento; pero no vaya a

creerse que el bello sexo era quien se servia de ellos, no; eran las manos groseras de los hombres, a quienes el calor del país obliga a armarse con este instrumento de la coquetería femenil. La mas débil mitad del género humano se hallaba excluida del patio y de la orquesta; costumbre moral, cuya introduccion seria de desear en otras ciudades. Dos cosas tienen necesidad de restauracion en este teatro: el techo, decorado con figuras mitológicas, y la cortina que representa tambien una escena mitológica: las dos causan la impresion de esas viejas pinturas retocadas, guardadas en una bodega y sobre las cuales hayan tendido las arañas sus telas grises; mas, a pesar de estos puntos accesorios, el conjunto tiene mucho atractivo, y sin conocerlo, se siente uno impresionado por la imponente belleza de la sala. ¡Qué lastima, decia yo dentro de mí mismo, no poder trasladar este magnífico teatro a nuestra querida capital!

El noble genio del siglo de Luis XIV ha dejado sus huellas sobre estas paredes que levantaron las manos de sus descendientes y donde se respira algo del espíritu creador y fastuoso de aquel gran rey. Las obras que aquel espíritu inspiró han quedado en pié; pero el espíritu mismo desapareció con su época; y en cuanto a San Carlo, muy pocos monumentos conozco que sean dignos de comparársele. ¡Qué efecto admirable, si en semejante teatro resonasen derepente aplausos entusiastas, vivas patrióticos y los acordes ardientemente acogidos del himno nacional! Pero esta noche daban una de esas óperas italianas que me agradan tan poco; así fué que despues de haber contemplado algun tiempo los esplendores de arquitectura verdaderamente real, me retiré agobiado de calor y rendido de fatiga.

Rada de Nápoles,
11 de Agosto de 1851.

Apénas habíamos descansado algunas horas, cuando fué preciso ponerse de nuevo en camino. Con una soberbia mañana, nos dirigimos en chalupa al puerto interior consagrado á la marina de guerra, donde el conde Aquila, hermano del rey, nos esperaba á bordo del vapor la *Fieramosca*, para llevarnos á Gaeta. Aquila me recibió oficialmente sobre cubierta, rodeado de su estado mayor.

Yo no le habia visto nunca: es un hombre de pequeño cuerpo, un poco robusto para su edad, lo que no quita a su fisonomía la nobleza de facciones de los Borbones; manda en gefe la marina, y cumple sus deberes con un celo extraordinario, y conocimientos especiales y profundos. Ha tenido la fortuna de hacer dos viajes al Brasil: el segundo tuvo por objeto acompañar a su hermana la emperatriz, y traer a su propia novia, hermana del emperador. Durante mi permanencia en Nápoles, tuve ocasion de hacer con él un amplio conocimiento y de apreciar su talento y sus modales infinitamente agradables: su sencillez, llena de gracia y de atractivo, le atrae el corazon de todas las personas que se le acercan. Es marino hasta el fondo del alma, y tiene pasion por los caballos: sin haber estado jamás en Inglaterra, ha conseguido introducir la caza del zorro en el suelo napolitano. Lo que a mi modo de ver corona estas excelentes cualidades, es que no se descubre en él ninguna huella del carácter italiano meridional.

El *Fieramosca*, a pesar de su corta edad, tiene ya una singular historia. Encargado a Inglaterra por los revolucionarios sicilianos, Palmerston, cuando el gobierno de aquellos fué quebrantado bajo el fuego de las bombas reales, y ondeó de nuevo la bandera blanca sobre las murallas de Messina, no quiso dejarlo salir, bajo el pretexto de que no habia sido concluido hasta despues de la derrota de los rebeldes; pero la firmeza del gobierno napolitano consiguió al fin recobrarlo como legítima presa de guerra, y es hoy uno de los mas hermosos buques de la flota real. Oficiales y marineros tenian un aspecto excelente, y el órden ejemplar que reinaba en todas partes demostraba el valor de la marina napolitana.

En la direccion del bauprés, se percibian los contornos indecisos de la montaña que domina a Gaeta; a poco las líneas se marcaron, se disipó el vapor de la distancia para no aparecer mas que como una gasa ligera, y no tardamos en distinguir algunos grupos de casas; la salida de rocas que sirve de base a la fortaleza, se mostraba claramente, y a sus piés, en el borde de la mar, se distinguia de las masas confusas. ¡Gaeta, asilo de los príncipes fugitivos, abrigo protector de las coronas vacilantes! Fácil es comprender mi impaciencia por ver aquella ciudad, cuyo nombre glorioso han inscrito en los anales de la historia, los acontecimientos del

año de 1848, aquel puerto en el cual la barca de Pedro arrojó el ancla para ponerse al abrigo de las tempestades del mundo. Ya las anchurosas puertas del infierno se lisonjeaban de haber vencido a la tiara tres veces santa, ya creían caído al gefe de la cristiandad para no levantarse jamás, cuando de repente entre nubes sombrías y terribles relámpagos, resonó el trueno y conmovió los cielos, y los viles secuaces del príncipe de este mundo, oyeron trémulos una voz que exclamaba: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra construiré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella." El Pastor de las almas encontró en su fuga un asilo seguro sobre las rocas de Gaeta, y las puertas del infierno tragaron de nuevo la turba espumante, y cayeron sobre sí mismas ante la fuerza del Omnipotente.

Detrás de la ciudad se extiende una ancha bahía, circundada por altas montañas, a un lado de la cual aparece el gracioso *Moladi Gaeta.* El sol dirigia sus rayos sobre la roca desnuda y pintoresca, a cuyo pié resplandecian con un vivo esplendor muchos grupos de casas. Habíamos entrado al puerto, pero mis ojos no podian descubrir la morada del rey, buscaban en vano una villa que al ménos fuese bonita: Aquila me mostró al fin, dos casitas unidas y apoyadas sobre la muralla de la fortificacion, sobre la cual se veían muchas ventanas cerca de los techos: tal es el palacio en que habita el rey Fernando. El dueño de Nápoles vive en el seno de un país árido, en dos casas escondidas tras un bastion erizado de cañones y que apénas tiene la capacidad bastante para contener su numerosa familia. ¿Quién creeria que este mismo príncipe, posée el palacio mas admirablemente situado que existe en el mundo y que Capo di Monte, esa corona de Nápoles, Caserta, Portici y Quisisana le pertenecen, residencias que podrian envidiarle los monarcas mas poderosos? y sin embargo, él ha establecido su casa de recreo sobre ese nido de rocas. Así es el mundo: se poseen los lugares mas bellos, mas admirables, aquellos que envidiarian los ricos de la tierra, y se huye a un rincon silencioso, donde se encuentran en la soledad nuevos encantos que los artesonados dorados y los sillones de terciopelo no son capaces de ofrecernos.

El pacífico *Retiro* de Gaeta posée sin duda cualidades que han sabido ganar el corazon de la augusta pareja. El rey tiene grati-

tud a esa roca donde ha encontrado el reposo su cabeza fatigada, donde su corona y la corona de la cristiandad han hallado apoyo, y sobre la cual su trono se ha vuelto a levantar con mayor solidez. Este fué el lugar en el que, como piadoso cristiano, dobló el primero la rodilla ante el representante de Dios sobre la tierra, y cual otro Abraham recibió humildemente al huésped sagrado y le indemnizó derramando sobre él las bendiciones de Dios.

El rey se ocupa mucho en la organizacion militar, para lo cual tiene aquí sobrado tiempo, y fortifica cada dia más la formidable posicion de la ciudadela. La reina se complace viviendo en la calma de la familia, de que puede gozar mas íntimamente en Gaeta. A estas diferentes razones se atribuye que la real pareja prefiera aquella estrecha mansion sobre los magníficos palacios de Nápoles.

Muchos buques de guerra se encontraban en la bahía en aquel momento y saludaron nuestra llegada. En medio de las armonías de una música militar y los hurras de los marineros, se arrojó el ancla, y una chalupa tripulada por oficiales superiores cubiertos de condecoraciones nos recogió de la fragata y nos condujo a tierra cerca de una poterna practicada en la muralla de recinto, donde fuimos recibidos por algunos personajes de la corte. Detrás de la estrecha poterna habia un caminito bastante sucio por donde llegamos hasta la entrada de la residencia: la escalera es empinada y angosta. En el segundo piso vimos venir hácia nosotros a un hombre grande y fuerte con el pelo y la barba cortos, gran cordon en el hombro y tricornio galoneado en la cabeza. Mi buen genio me inspiró que aquel era el rey, y creo que verdaderamente esto fué una inspiracion divina, pues yo me habia figurado a Fernando muy diferente. Aun tenia vagamente en la memoria al jóven de veintiseis años que habia visto en Viena en 1836. Ahora sin duda tenia cuarenta y uno; pero se hubiera creído de mas de cincuenta; tal vez era efecto del clima ó tambien de la revolucion que ha hecho sufrir demasiado al rey. Cuando mas tarde tuve ocasion de considerarlo despacio, recordé sus facciones de otro tiempo; pero su hermosa cabellera negra estaba ya encanecida y su rostro surcado por las arrugas. Llevaba el sencillo uniforme de uno de sus regimientos de granaderos, al cual prefiere, segun se dice, desde el

tiempo de la revolucion: al hombro llevaba la órden austriaca de San Estéban.

El noble príncipe me hizo la acogida mas amable, y al punto me presentó con la reina, quien hace veinte años que no ve nuestro país: cuando dejó el hogar paterno estaba seductora por su gracia y su juventud; hoy la hija de los príncipes alemanes se ha hecho italiana y es madre de nueve hijos; ya con esto, se puede imaginar el cambio que ha tenido. Es una mujer pequeña, delicada y fina; y aunque tiene cierta semejanza con su padre y sus hermanos, predominan en ella los rasgos de la fisonomía de los Nassaus: tiene un aspecto calmado y serio, no parece vivir mas que para sus hijos, y manifiesta un gusto pronunciado por la soledad.

Gustaba el rey en otros tiempos de las fiestas y de los placeres; pero desde su segundo matrimonio, y sobre todo, desde la época de la revolucion, las grandes habitaciones de gala solamente se abren para las fastidiosas recepciones oficiales en los dias de aniversario de nacimiento y en los de año nuevo: en estas solemnes ocasiones el rey y su familia reciben las felicitaciones de los grandes del reino y de los altos funcionarios; y tanto las mujeres como los hombres, cumplen con la formalidad del *baociamano*. No puedo dejar de notar aquí la admiracion profunda que experimenté viendo por la primera vez a los mas grandes personajes arrodillándose delante de mí y tendiendo su mano derecha sobre la mia, como si esta fuese una fuente de agua bendita: este movimiento reemplaza el acto material de besar la mano. Nada acostumbrado como yo lo estaba y mucho ménos preparado para semejante costumbre, aquella ceremonia me causó una impresion de las mas desagradables; me excusaba, por lo mismo, de la manera mas cómica y trataba de evitarla. Algunas buenas personas entendian de razones; pero otras muchas se obstinaron en querer darme aquel testimonio de respeto. Apénas hubimos cambiado las urbanidades de costumbre y la reina me habia invitado a tomar asiento en un sofá, cuando apareció la numerosa familia del rey por una puerta lateral: nueve hijos, de los cuales seis son varones y tres niñas. Solo el príncipe real es fruto del primer matrimonio de su padre: es un jóven de quince años, niño aún por su traje y sus modales, y muy parecido á su primo el duque de Módena: sus ojos pardos anuncian bondad y

sus facciones tienen mucha dulzura. Los otros niños dejan percibir algo de su orígen austriaco, especialmente los varones que tienen un aspecto muy despierto. Las niñas poseen fisonomías dulces y graciosas; pero ninguna es precisamente bonita. El rey tiene un gusto particular que parece no agrada mucho a la reina, y consiste en hacer cortar a todos sus hijos el pelo casi hasta la raiz.

Para la augusta pareja era yo un personaje, hasta cierto punto nuevo; y como se sabia poco de las últimas condiciones de Austria, tuve que sostener exclusivamente la conversacion que algunas veces fué interrumpida. Finalmente, el rey me hizo la gracia de conducirme personalmente a las piezas que me habian sido preparadas, y tuve facultad para disponer de mí hasta la hora de la comida. Las habitaciones de la pareja real son pequeñas y de una sencillez que podria llamarse excesiva, sobre todo, en lo que concierne al menaje; se les podria tomar por piezas de algun funcionario que no estuviese muy altamente colocado; los muebles son de los mas ordinarios, los veladores están cubiertos con carpetas usadas, y de las paredes, tapizadas con papel, cuelgan grandes grabados ingleses que representan la caza del tigre y del oso, como se pueden ver en las habitaciones de nuestros celibatarios. Cada ventana tiene su balcon formado de verjas de hierro muy unidas, y acercándose a él se vé desde luego la calle sucia y estrecha, y mas arriba el bastion de la fortaleza cuyo aspecto me oprimiria demasiado, si tuviese que hacer de aquella casa mi mansion habitual. Desde mis ventanas, en la parte nueva de la residencia se vé una antigua y fea casa, cuyas raras ventanas dejan percibir los detalles poco atractivos de un menaje de aldea, y de cuando en cuando el arrugado rostro de alguna vieja. Es verdad que aquella casa muy pronto deberá ser derribada y se prolongará el bastion; entónces se podrán ver las habitaciones de la reina, la bahía y las calvas montañas. Detrás de la casa, por el lado que dá el frente a la gran roca, subiendo al piso superior, se llega a un terrado de jardin, donde vegetan penosamente un cenador de parras y algunos árboles: los tiestos no contienen plantas notables, y sin embargo, este pequeño espacio es para mi gusto, el principal atractivo de la casa. El jardin no tiene perspectiva;

pero se escalona graciosamente por toda la roca, y las vides lo enlazan de una manera agradable con las murallas y con el patio. El cuerpo del edificio en que estoy instalado, se une con la parte antigua por algunos escalones de piedra, y mis piezas, si no están amuebladas con lujo, no carecen de gusto y elegancia.

Aproveché el tiempo que me quedaba hasta la hora de comer para hacer una visita al príncipe real. El pobre jóven es muy tímido, lo que tal vez sea resultado de la educacion severa que ha recibido: lo tienen completamente alejado de la sociedad y se empeñan en mantenerlo en una especie de estado infantil. El año venidero será mayor de edad, entónces tendrá un acompañamiento independiente, y estará cerca de su persona un cierto conde de Ludolf, que pertenece al corto número de entes presentables de la corte de Nápoles. Embajador del reino cerca de la Santa Sede, vino a Gaeta en 1849, agradó a la real pareja, y desde entónces vegeta, como una especie de *administrador del placer*, en esta corte, cuyo nivel intelectual debe ser bastante primitivo para que haya podido llamar la atencion un personaje como Ludolf, cuyo talento consiste en soltar sobre todo lo que se ofrece, un flujo de chistes capaces de hacer dormir. En las comidas y en el paseo, este digno hombre tiene por única mision divertir a la reina y obsequiarla con inocentes anécdotas sacadas de los recuerdos de su carrera política.

El rey trabaja mucho; y como sucede frecuentemente a las gentes ocupadas, otorga su preferencia a personas ordinarias é insignificantes. Era tambien máxima de un gran político frances, el cual, cuando le preguntaban cómo podia frecuentar una sociedad tan completamente insignificante, tenia costumbre de responder: «Descanso.» Ludolf es pues la única persona que forma excepcion aquí, y por ese motivo sin duda lo agregan al acompañamiento del príncipe real. La costumbre que ha adquirido de moverse como diplomático en las mas diversas circunstancias, no dejará de serle muy provechosa en sus nuevas funciones.

En la comida figuró parte de la comitiva compuesta de las fisonomías mas extrañas. La cocina, exclusivamente italiana, era bien poco de mi gusto; el platillo mas interesante para mí eran los eternos *macaroni:* ricos y pobres los toman aquí todos los dias; hasta

he llegado a tener sospechas de que los habitantes del bello reino han sustituido en el pobre nuestro este alimento al pan de cada dia.

Despues de la comida, con gran sorpresa de mi parte, el rey me dió cigarros y me obligó, a pesar de nuestra resistencia, a fumar delante de la reina. Supongamos que hace medio siglo algun profeta ó algun gitano, de los que dicen la buenaventura, se hubiese deslizado en la orgullosa corte de Nápoles y hubiese murmurado al oído de los Borbones: «A pesar tuyo, raza antigua, vendrá un dia en que los hijos de Capeto invitarán al extranjero de lejanos países a fumar la hoja prohibida en las riberas del antiguo mar, y en presencia de la hija de los Hapsburgos.» Ellos, trémulos, habrian exclamado: «¡Grande, siete veces grande es nuestra culpa, porque nuestra raza ha sido condenada a la ceguedad!» ¡Oh tiempos, oh costumbres! Nuestros viejos padres no existen, han desaparecido en la tumba con el viejo tiempo: sus hijos han levantado aquella prohibicion, y sobre los mismos tronos de donde partió en otra época la excomunion contra la nicotina, fuman hoy los monarcas del nuevo siglo. Así camina el mundo.

Hacia algunos instantes que el tiempo se habia descompuesto; una fuerte borrasca se desencadenaba a través de las montañas, y en la ribera opuesta se amontonaban sombrías nubes, que bien pronto se rompieron, derramando sus benéficas aguas: con esto se refrescó un poco la atmósfera; pero no era posible ejecutar el proyecto de hacer una excursion a la ciudad.

Cuando disminuyó la lluvia, el rey me invitó a dar un paseo en coche por la fortaleza. La reina quiso ser de la partida: durante mi permanencia en Gaeta no cesó de manifestarme la mayor benevolencia, y llegó hasta dirigirme constantemente la palabra en nuestra lengua materna, lo que no le aconteció sino rara vez. El rey, la reina, los tres hijos mayores y yo tomamos asiento en una ligera carretela y el resto de la concurrencia nos siguió en otros varios carruajes. Tomamos a lo largo de la muralla del recinto de la ciudad hasta llegar a la puerta que da al campo: encontrábamos en el camino numerosos presidarios, vestidos de encarnado, cargados con pesadas cadenas y trabajando en la reparacion de las murallas. Son condenados militares que sufren aquella pena por graves delitos.

Fuera de muralla y cerca de la puerta, esperaba un destacamento de artillería: escolta habitual del rey en sus paseos en coche. Hay, en torno una sala, toda la despulla, inmovilizada una sola con la mano. Nos hallábamos en una longa de tierra angosta y desnuda que sirve de comunicación entre la ciudad y la mayor eminencia de este lugar, desde donde parecía, nuestros no alcanzar por tierra, la fortaleza, sino una defensa natural de rocas a pico, que la circundan por el lado de la mar hasta la entrada de la bahía. Esta última, al mencionado está defendida por formidables baterías por la mano del hombre, que se extienden a lo largo de la ribera, cubriendo las casas de la ciudad.

Aquella lengua de tierra vio dos veces en un mismo año un gran concurso de personas. La primera, fueron el pueblo de las nacionalidades y las tropas napolitanas que estaban reunidas. La pobre ingenua, desde lo alto de la ciudadela, en un lugar marcado después con una lápida de mármol que tiene una inscripción, les daba el último adiós que le habían dejado los hermanos del mundo, y que todas criaturas humanas quieren recibir aun, a pesar del horror de sus enemigos: la bendición apostólica. La segunda vez, Pío IX apareció de nuevo sobre la roca, y pronunció en alta voz su omnipotente bendición: la dada entonces a una multitud que le prometía un próximo auxilio: eran las tropas españolas enviadas contra los rebeldes por la reina católica, y que acababan de desembarcar en Gaeta para recibir la bendición pontificial, a fin de pasar al combate con el alma fortificada de esta manera.

Testigos oculares me afirmaban que fue un espectáculo muy imponente ver al príncipe de la Iglesia levantándose sobre las murallas, con su sencilla zaga blanca, y pronunciando con voz calmada y firme las palabras sagradas sobre la multitud de los fieles, que alineados en un orden recogimiento, inclinaban ante él la cabeza. El lugar parecía maravillosamente escogido para un acto tan sublime y tan solemne.

Volvimos a pasar la muralla de recinto para visitar las diferentes baterías que están en reparación reciente y que parecen tener efectivamente una grande importancia estratégica. El rey, por un sentimiento filantrópico de los más humanos, ha hecho plantar árboles en la árida roca, como lo hizo antes en las alto-

dedores de Nápoles. Aquella roca, segun tuve ocasion de observarlo posteriormente, ofrece gran semejanza con la fortaleza mas formidable, la invencible Gibraltar. En una de las calzadas recien plantadas, la mujer de un presidario que llevaba un niño en los brazos, se precipitó al coche del rey y se apoderó de él delirante, sin querer soltar su presa, a riesgo de ser atropellada por las ruedas; fué preciso que un soldado la separase tomándola del brazo: la pobre mujer, desesperada, dejó caer a su hijo medio desnudo y se inclinó sobre él aullando de dolor. La escena era triste, y muestra cuán vivos y hasta exagerados son los sentimientos de los meridionales. Observé en Gaeta y en Nápoles tambien muchas veces, que el pueblo ocurre al rey y a los príncipes directamente arrojando solicitudes a sus carruajes. Sobre la muralla de recinto que da al campo, hay un convento perteneciente a una órden de San Francisco, desconocida entre nosotros, y el rey quiso que fuésemos a él. A la entrada se encuentra una capilla en que la familia real se arrodilló é hizo una corta oracion: dirigiéndonos a la segunda capilla pasamos por un largo *via-crucis*, y mis augustos guías se santiguaron haciendo piadosas reverencias delante de cada cuadro. Fuimos despues a ver en la roca una grieta de cerca de cuatro piés de anchura, que se extiende, para arriba, desde la mar hasta la cima de la montaña, y que se dice que fué formada por el temblor que sobrevino cuando la muerte de Cristo. Aquella grieta extraña, angosta y profunda es seguramente la mayor curiosidad de Gaeta: yo no sabré decidir si debe su orígen realmente a un milagro, y dejo a los incrédulos que sonrien, el trabajo de explicar como puedan aquel raro fenómeno.

Una escalera atraviesa el estrecho paso, y conduce a una iglesita construida en una bóveda formada sobre la grieta. En la pared izquierda de la roca se observa la marca de cinco dedos, los de un mahometano, que oyendo referir antiguamente el orígen maravilloso de la grieta, manifestó su desprecio por esta débil piedra é hirió la roca con la mano, conservando aquella, segun cuenta la tradicion, la marca de los dedos. Vencido por este milagro, el infiel se hizo bautizar con agua que brotó de repente de la pared: el agua corre aún hoy, y las gentes devotas se hacen con ella la señal de la cruz, como con el agua bendita.

Hicimos una corta oracion en la iglesia, donde está expuesto el santo sacramento. Por la derecha del altar, a través de los vidrios de una ventana, se ve el agua de la mar que llena el entrepaño y la mar misma: pretenden que a las órdenes de Napoleon, un ejército frances quiso tomar la ciudadela por la grieta; pero ántes el comandante de la plaza, príncipe de Hessen-Philppsthal, murió repentinamente herido por una bala enemiga; el desórden se introdujo en la guarnicion, y ésta capituló al punto. Se ha levantado un monumento a la memoria del valiente comandante, cerca del lugar en que Pio IX dió su bendicion solemne.

Antes de dejar el convento, el rey se arrodilló de nuevo delante de la capilla, con su mujer y sus hijos. Entre nosotros, estas frecuentes genuflexiones tal vez parecerian ridículas; pero aquí, en este país meridional todos los sentimientos se expresan con fuerza, y de la misma manera que los grandes doblan la rodilla delante del rey y de su familia, el rey la dobla ante el único ser superior a él. Regresamos a la ciudad para ver una batería nuevamente construida. En aquella me enseñaron una casa de modesta apariencia, pero que se ha hecho célebre por la hospitalidad que dió al Santo Padre: se encuentra inmediatamente contigua a la posada en que ya no habia lugar cuando el Papa llegó secretamente, vestido con un sencillo traje de clérigo; por esto descendió en aquella humilde habitacion particular. El embajador de Baviera, conde Spauer, que le acompañaba, dirigió al punto una carta al rey de Nápoles: apénas el sol se habia levantado sobre las montañas de Gaeta, un vapor arrojó el ancla enfrente de la ciudadela, y el rey se precipitó con su mujer y sus hijos a los piés de aquel que es el representante de Dios sobre la tierra. Habia recibido la noticia en medio de la noche, y por la mañana dejaba a Nápoles para ir a recibir al padre de la cristiandad y conducirlo a una casa que él habitaba en otro tiempo cuando iba a Gaeta.

No tardaron en llegar nuevos fugitivos: entre los mas ilustres, el gran duque de Toscana y su familia; la casa que habitaron se encuentra al lado de la batería de que hablaba yo hace poco, y se distingue por una inscripcion latina, como los otros puntos que se han hecho históricos. El gran duque se dirigió despues a *Mola di Gaeta*, donde habitó la villa del gran Ciceron. Apénas podia conte-

ner Gaeta los huéspedes que afluían por todas partes: personas de la corte, diplomáticos y cardenales venian a buscar aquí un refugio. En semejantes circunstancias, obtener un cuarto soportable era obtener una gran fortuna; el conde Ludolf me contaba que en su pieza, cuyos muebles consistian en una cama y dos sillas, recibió una noche a seis cardenales de visita.

En la batería mencionada mas arriba, y que protege por una salida los principales edificios de la ciudad, observé muchos hermosos *Paixhans*, nueva especie de cañones con que se pretende fortificar abundantemente la ciudadela. Nos dirigimos luego a una altura donde se encuentra una casa de educacion militar, fundada por el rey. Los jóvenes alumnos, cuyo número asciende a mas de ochocientos, estaban todos formados en el camino y tenian un aspecto de contento y de salud que daba gusto ver.

Tan luego como aquel establecimiento fué creado, por todas partes dirigian solicitudes al rey los militares para que sus hijos fuesen admitidos; el rey, que gusta tanto de los soldados, no se atrevia a rehusar, y de esta manera el número de los alumnos pronto llegó a una cifra enorme, aun ántes de que se hubiese terminado la organizacion interior que debia reglamentar su educacion.

De lo alto de las rocas en que estábamos, una escalera adornada con tiestos, enredaderas y festones de parra, nos condujo, por el jardincito, a la casa del rey. Ya para nosotros era tiempo de regresar; me despedí de la augusta pareja, dándole las gracias por la cordial acogida que habia recibido, y en ménos de cuatro horas llegamos a Nápoles, donde nos dejó el *Fieramosca* a la caida del dia. Con excepcion de algunos momentos dedicados a la cena, estuve, durante toda la travesía, sobre cubierta, ocupado en platicar con mi amable pariente Aquila, que me contó las cosas mas interesantes.

Rada de Nápoles,
12 de Agosto de 1851.

El *Museo Borbónico* es uno de los raros edificios de Nápoles, cuya arquitectura no es imponente: sus paredes, como las de Capo de Monte, son de ladrillo descubierto y de piedra gris, y el estilo

es neo-romano, como el de casi todos los monumentos de Italia. El duque de Ossuna, lugarteniente del rey de España, fué quien puso la primera piedra, destinándolo entónces para que sirviese de escuela de equitacion. Los vireyes subsecuentes lo continuaron, y en 1616, bajo el gobierno de Don Pedro de Castro, se estableció en él la universidad. Hasta 1816, despues de haber servido de tribunal y cuartel, este edificio fué dedicado por Fernando I a su actual objeto, reuniendo en él todas las antigüedades del reino, dispersas en diferentes lugares. Nos hacia falta el tiempo, y recorrimos apresuradamente las salas mas interesantes, para ocuparnos con preferencia de las antigüedades romanas: la edad média, y los cuadros, fueron enteramente sacrificados.

El gran tesoro artístico del museo, son las pinturas murales de Herculano y de Pompeya. En ellas se descubre cómo los romanos han sido verdaderos maestros en el arte del dibujo, llenos de vigor y de originalidad. Aquella coleccion incomparable, encierra las pinturas clásicas mas graciosas, los cuadros de historia mas curiosos, y hasta objetos domésticos maravillosamente combinados. El arte antiguo se me desvelaria repentinamente bajo una fas nueva: muchas veces habia yo sentido que las pinturas de los antiguos no hubiesen llegado hasta nosotros, cuando hé aquí que me encontraba trasportado en medio de ellas, y aturdido de sorpresa y de admiracion. Carecíamos de tiempo para estudiar cada cosa en detalle: pero yo veia bastante para que se hiciera una revolucion completa en mis ideas, y para comprender en fin, que los romanos, por más que sean discípulos de los griegos, tienen tambien derecho a nuestra admiracion en este ramo del arte. ¡Qué maestros, en efecto, deben haber sido sus mejores artistas de aquella época, si poblaciones tan pequeñas como Herculano y Pompeya, poseian tan bellas cosas!

Entre los mas bonitos frescos, debemos colocar las célebres bailarinas, dibujadas sobre fondo oscuro de una manera tan vaporosa y tan poética. ¡Qué talento magistral en el movimiento de las figuras! ¡qué gracia y qué delicadeza en el arte del ropaje! Un cuadro que tiene por objeto una cigarra dirigiendo un carro tirado por un loro, nos muestra que los graves romanos se ocupaban ya de la caricatura: segun parece, es el emperador Neron, con-

ducido por Séneca, su preceptor, que está representado por aquel insecto.

Habian dado las doce, y nos dirigimos a la modesta estacion de la vía férrea que conduce a Portici y Nocera. Tomamos asiento en los carritos muy poco elegantes de aquel camino de hierro en miniatura, para atravesar por medio del vapor, los mas bellos alrededores que existen seguramente en el mundo. A la derecha está la mar y sus riberas encantadas; a la izquierda la rica y vasta llanura; despues las alturas del Vesubio, cuyos costados de lava están sembrados de viñas encantadoras y de risueñas villas que, felices con vivir, parecen desafiar la eterna espada de Damocles, la amenaza incesante del fuego destructor. Al salir de un estrecho desfiladero practicado en la lava, se vé uno en medio de un nuevo y admirable valle, de un paraíso terrestre que se extiende entre la mar, las alturas de Castellamare y el Vesubio; es el pequeño valle de Nocera, donde se encuentra al pié del volcan, la antigua Pompeya, que se ha hecho tan famosa por su catástrofe y por su resurreccion.

El dia era magnífico, el sol se ostentaba soberbio en lo alto del firmamento y reflejaba su imágen radiosa en el espejo tranquilo de la mar. Partenope desplegaba todos los recursos de su coquetería en favor del pequeño grupo de extranjeros, y en un voluptuoso abandono le descubria el tesoro de sus hechizos: parecia querer, con su fuego meridional, conseguir la victoria sobre los frios habitantes del Norte y enlazarlos en sus encantos de sirena, para despertar en ellos una embriaguez y unos deseos desconocidos.

En las riberas de este golfo incomparable todo es vida y alegría; y sin el aspecto siniestro de los torrentes de lava del Vesubio, verdaderamente se creeria uno trasportado al Eden.

El tren se detuvo, y nos acercamos con una impaciencia mezclada con cierta emocion religiosa a la vieja ciudad de los romanos. Como la han sacado de las cenizas, está tan baja respecto del nivel del suelo que no se puede ver ántes de llegar a sus puertas. Por una calle estrecha y que tiene a ambos lados monumentos fúnebres, se llega a la plaza del Foro, donde se halla la Basílica, así como otros varios templos. La Basílica tiene grandes dimensiones y aun se vé el lugar destinado a los jueces en la extremi-

dad del peristilo: esta especie de edificio era en cierta manera la *bolsa* de los antiguos. La composicion de las columnas me llamó la atencion, todas son de ladrillo revestidas de estuco, lo que prueba que los romanos practicaban ya este modo de construccion mezquina completamente desconocido de los griegos.

Cerca de la Basílica está una casa notable por su situacion y por la vista que desde ella se descubre; la visitamos en detalles. Como todas las habitaciones de Pompeya, tiene piezas tan pequeñas, que se tiene trabajo en comprender como era posible moverse dentro de ellas. Las alcobas están dispuestas alrededor de un patio abierto ó *atrium*, adornado con mosaicos como las otras partes de la casa, y en medio del cual se encuentra un pequeño hundimiento, destinado a recibir las aguas pluviales y llamado *impluvium*. A pesar del poco espacio, los habitantes estaban extrictamente separados: los hombres tenian su *andronitis*, las mujeres su *gynecæum*, adornado con un *peristylum*, y habia por último los *cœnacula* para los esclavos; las bodegas, las cuevas y las cisternas estaban bajo el *atrium*. Esta disposicion es casi la misma en todas las casas; algunas son un poco mas grandes, otras están adornadas con bonitas fuentes de conchas y de pequeños mosaicos; en la mayor parte de las paredes se ven aún restos de ornamentacion y preciosas pinturas. La pequeñez de las proporciones hace suponer que los habitantes de Pompeya, como hoy los de Nápoles, vivian mucho al aire libre. Tenian sobre todo su *Forum*, hermosa y ancha plaza con templos a derecha é izquierda, a la cual el Vesubio parecia dirigir una mirada amenazadora: allí se goza plenamente de lo que forma el grande encanto de Pompeya, la maravillosa perspectiva.

No puedo encontrar en esos templos ni en esos monumentos públicos carácter alguno de grandeza ni de nobleza: el Acrópolis de Atenas, con su arquitectura tan ligera y sin embargo tan imponente, está todavía demasiado presente en mi memoria. Verdad es que se cometeria una injusticia respecto de Pompeya, si se olvidase que no era mas que una ciudad de muy poca importancia, y que debe su actual celebridad a las cenizas del Vesubio. Gracias a aquella catástrofe, se ha conservado un fragmento de la antigüedad con todos sus detalles, los cuales nos revelan de una manera casi in-

discreta un cuadro vivo de la existencia antigua. Es verdad tambien que lo que se ha trasladado de Pompeya al *Museo Borbónico* nos muestra solamente el esqueleto de la vida romana; puesto que a esos objetos se les ha quitado su alma, descomponiéndolos prosaica y doctamente, quizá con un pleno derecho científico.

Aun se distinguen las tiendas de las casas, y se pueden leer en las paredes algunos nombres trazados negligentemente con pincel; se ven todavía en las calles las rodadas de los coches y las piedras que servian para cubrir los arroyos, todo eso como un misterioso *memento mori*. Pompeya es encantadora en sus ruinas; pero al mismo tiempo es lúgubre: sus pequeñas habitaciones resplandecen con vivos colores, como cadáveres cubiertos de afeites; las paredes están impregnadas con la vida de ayer, que ha tenido necesidad de una noche de cerca de dos mil años para venir a ser la vida póstuma de hoy. Fácilmente se creeria uno en el teatro de algun vasto incendio, mas bien que en un lugar descubierto por exploraciones minuciósas, y esta impresion perjudica mucho a la grandeza del efecto. Casi todos habiamos perdido nuestras ilusiones. Cuando se ha visto esta ciudad una vez, en cierta manera ya se tiene bastante, miéntras que las antigüedades de Grecia se contemplan siempre con un placer nuevo. Pompeya es un comentario instructivo para uso de los eruditos; Aténas es una epopeya agradable y seductora. Hasta hoy no se conoce mas que una cuarta parte de la ciudad, y se tiene esperanza de descubrir todavía una gran cantidad de cosas interesantes.

Hicieron una excavacion en honor nuestro: la ceniza fina se desbarató y aparecieron algunos vasos y una concha de mármol; pero fueron bastante..... generosos, porque no sé de que otra expresion servirme, para no darnos en memoria ningun trozo. Con el pensamiento veía yo figurar las conchas en mi pequeño jardin, porque habia leído siempre que jamás se rehusaba a los extranjeros algunos de los objetos descubiertos en su presencia: este desengaño, como era natural no contribuyó mucho a hacernos agradable la excursion de hoy.

Dos cosas solamente me hicieron impresion: las *arenas* construidas de piedras macizas, y la ciudad de los muertos, la *calle de los Sepulcros*. Las arenas, aunque mucho más chicas que las de Vero-

na y de Pola, no dejan de tener un carácter grandioso, son ruinas sombrías, como a mí me gustan, cubiertas a trechos por una fresca verdura, y rodeadas de una perspectiva verdaderamente celestial, que la tarde del Mediodía con sus tintes paradisaicos, revestia con una suave y melancólica poesía. La calle de los Sepulcros en medio de la oscuridad que comenzaba a llegar, era grave y majestuosa, sin tener nada de siniestro. Entre aquellos sarcófagos misteriosos encontré a Pompeyo, tal como me lo habia figurado: la tarde envolvia todas las cosas con una discreta semioscuridad, dejando a la imaginacion el campo libre para adivinar y suplir lo que faltaba. La semioscuridad conviene al pasado y a la muerte, miéntras que la clara luz del sol descompone muy claramente los objetos y deja percibir demasiado los detalles y las faltas: una antorcha ó bien la luz de la luna es lo que conviene a las tumbas, y Pompeyo no es otra cosa.

Rada de Nápoles,
13 de Agosto de 1851.

La mañana de hoy estaba consagrada a la prosa interesante, a la útil é instructiva realidad; íbamos a visitar la escuela de marina, los arsenales, los navíos y el Petrarsa, ingenio recientemente establecido para la construccion de máquinas; prosa excelente, que en estilo nítido y conciso, y en lenguaje enérgico, enseña al extranjero que allí donde está la voluntad, la accion no puede faltar. Los arsenales no son en todas partes mas que actividad y trabajo; en todas partes el martillo hiere, y el hierro es forjado; en todas partes se pueden ver aplicar los descubrimientos más modernos de la ciencia militar.

La grande creacion del rey, el objeto de su predileccion por excelencia, es el Petrarsa, que ha hecho construir al borde de la mar, entre Nápoles y Portici. Este establecimiento es grandioso, relativamente á la importancia del reino: puesto en movimiento por el vapor, los brazos de las máquinas trabajan sin descanso; en todas partes se ve y se siente el ardor de la flama diligente que rivaliza en intensidad con el sol del mes de Agosto, y en medio de esta actividad devoradora del siglo de las máquinas, se extienden calzadas elegantes adornadas de verdura y de flores; el agua que sirve

para la fabricacion de algun instrumento de guerra, riega al mismo tiempo el mirto y la adelfa, y alrededor de las fuentes y las columnas de fundicion, las plantas enredaderas enlazan sus graciosos festones. La poesía quiere asociarse aquí al trabajo material, pero no lo consigue sino a médias; a pesar de las rosas y del rumor de las fuentes, el carbon siempre despide humo y el vapor silba.

Dos cosas han llamado mi atencion en los establecimientos que visitábamos hoy: la enorme cantidad de presidarios, vestidos de encarnado, arrastrando con el pié sus pesadas cadenas, que nos rodeaban por todas partes, y los innumerables bustos y retratos del rey. No me gusta que una baja lisonja multiplique en cada lugar la imágen del soberano, para cambiar despues sus retratos, a su muerte, como un par de guantes. El juicio pertenece a las generaciones subsecuentes, y a ellas toca trasmitir a la posteridad la imágen verdaderamente digna de gloria.

Si la mañana nos habia ofrecido una prosa instructiva, la tarde nos procuró el goce de una suave y melancólica poesía. Seguiamos una larga calzada: a derecha é izquierda, las fértiles llanuras de la *Campagna* eran regadas por ruedas hidráulicas, que pobres asnos hacian girar con una paciente y sencilla obediencia; por el polvoso camino pasaban los mas extravagantes carruajes, resonando con su batahola y su música; los mendigos y los ciegos, erraban titubeando a nuestro alrededor: todo era vida y movimiento. Mas hé aquí, que despues de haber pasado una puerta de piedra, nos encontramos trasladados entre mirtos y laureles, rosas y cipreses: en una nueva ciudad adornada con pequeñas casas griegas y egipcias, góticas y romanas, con pequeños templos y obeliscos, monumentos é inscripciones; hácia el centro, una elegante cúpula y un monasterio, todo en el seno de la mas fresca verdura, del mas embalsamado océano de flores, y embellecido con la perspectiva mas admirable sobre Nápoles y su golfo encantado! En semejante morada, se siente uno tentado a exclamar con el Apóstol: "¡Señor, levantemos aquí nuestras tiendas!" Y sin embargo, ¿quién lo diria con toda su voluntad?. . . . .¡Habíamos llegado al cementerio de Nápoles! cementerio sensual y florido; pero grave é imponente.

Los innumerables templecitos que llenan las calzadas, son de un estilo enteramente pagano, y no se comprende esa manía de adornar su tumba venerable con murciélagos, columnitas y lámparas egipcias como un templo de Apis.

Pero el *Campo Santo* tiene un punto central, verdaderamente cristiano, que infunde en el corazon una dulce melancolía, y es el claustro de los Capuchinos con la celda de un monje que nos servia de guía. Este monje tenia una fisonomía hermosa y noble, y sus palabras estaban impregnadas de candor y mansedumbre; palabras de un verdadero religioso, que semejante a un ciprés plantado a la orilla de una tumba, con sus raíces penetra la tierra húmeda, miéntras su copa se eleva tristemente al cielo en busca de luz y de rocío. El digno hermano, no era de esos monjes que se asen con angustias al árbol de la cruz; su rostro juvenil y hermoso, radiaba de inteligencia y de saber, y su mirada limpia y profunda, parecia ser el espejo de una alma superior. No creí nunca encontrar una figura tan sublime en Nápoles, país de placer tumultuoso y de la eterna alegría. Verdad es que nosotros estábamos en la ciudad de los muertos; pero, ¿cómo la muerte es tratada en Italia? Tan luego como una pobre alma entra en agonía, parientes y amigos la abandonan, y el difunto es llevado a toda prisa al cementerio, que se tiene cuidado de que esté lo mas léjos posible, con el fin de no dejar ningun *memento mori* a la vista de los vivos entregados a los placeres y a la embriaguez de la vida. En seguida se levantan, en honor de los difuntos, monumentos artísticos, y sus despojos se encierran en elegantes templetes; pero todo esto es frio y pagano, y no vale las piadosas lágrimas con que entre nosotros se riegan las flores de las humildes tumbas.

Subiendo a la azotea del convento, se goza de una perspectiva verdaderamente incomparable.

La tarde estaba tranquila y pura; el sol se hundia en el horizonte, y delante de nosotros se extendia Nápoles y su mundana magnificencia, con sus palacios y sus museos, sus casas de campo coronadas de flores y de verdura, y toda ella con su fisonomía alegre y sensual. Las aguas doradas del golfo bañaban las riberas encantadas de Castellamare, y en medio de bosques de naranjos, aparecia la poética Sorrento, la ciudad de las mujeres hermosas. Un

vapor violado envolvia el Vesubio: la rica y fértil *campagna*, se desarrollaba a nuestros piés; y formando la atmósfera que nos rodeaba, el perfume de las flores, el susurro de los cipreses y de los laureles, y las voluptuosas caricias de la brisa de la tarde, en medio de fastuosos monumentos de mármol, la muerte extendia su imperio. ¿Qué alcanza, alegres napolitanos, vuestra agitacion sensual? ¿adónde vais así bailando? Vais a la tumba, y bien pueden los mirtos esparcir su perfume, y ostentar la rosa sus brillantes colores, y las adelfas y los laureles armoniosamente estremecerse, resplandecer el mármol y ostentar orgullosas inscripciones... La tumba, la fria tumba, es el siniestro término de la terrestre peregrinacion.

«La paz sea con vosotros.» Tal era el presentimiento que parecia exhalarse de la humilde celda del monje capuchino. Algunos tiestos de albahaca, un piano viejo, una jaula con un huésped solitario, formaban el adorno de esa mansion, pero a través de la gótica ojiva, la mirada podia extenderse sobre la voluptuosa perspectiva. Una celda semejante en el silencioso jardin de la muerte, con la vista sobre el vasto mundo, entre la púrpura de la tarde y sobre el mar infinito, elevan al corazon que se ha conservado sencillo y puro, hácia esas serenas alturas, a pesar de las tentaciones del mundo que lo rodean. El bello monje y su celda, me recordaron dos encantadoras pinturas que en otro tiempo habia visto: la una representaba a un pajarillo revoloteando a los piés de un buen religioso; en el otro se veía al hombre de la soledad sentado delante de un órgano, y creíase oír la poderosa melodía resonando en los campos, escapada a través de las ventanas góticas. Así tambien mi corazon estaba inundado de melodías inefables. No hay mas que un instrumento capaz de producir sonidos semejantes, y es, el arpa eólica con sus acordes llenos de melancolía y de dulce languidez..... ¡Ah! que no pueda el alma humana, delirante y enferma, de esta manera tambien exhalarse en la muerte!

¿Por qué, llenos aún de estas poéticas impresiones, encontramos, al volver, en la oscuridad de la noche, el carro fúnebre? Asemejábase esto a una horrible mascarada; pero la Italia, en lo general, no es otra cosa, que un personaje disfrazado, vestido de colores brillantes, recamados de oro, con una máscara triste y sombría, y bajo esta máscara unos grandes ojos de fuego.

A poco las sombras y los terrores de la muerte habían acabado para nosotros, porque de vuelta en la ciudad, nos vimos envueltos en el torbellino tumultuoso de su vida popular. Luces y antorchas por todas partes, y en todas direcciones alegres cantos y gritos de regocijo: el *maccaroni* formaba una cadena no interrumpida entre los calderos y las hornillas: las frituras chisperean en todas las tiendas. Con su indolencia proverbial y en continua agitación, el pueblo de Nápoles consumía su corto salario en el lugar mismo donde en otro tiempo el rey de los lazzaroni era llevado en triunfo y volvíase loco con su demasiada prematura gloria. Nosotros recorríamos las calles lentamente, porque mucho nos divertía su aspecto tumultuoso. Veíamos al pueblo comer los maccaroni, operación poco graciosa, pero una de las mas cómicas y en la cual los napolitanos no pueden calificarse de mejor manera, que con la palabra francesa *plumeur*.

Terminamos nuestro día y nuestros estudios de costumbre con la visita a dos teatros pequeños de ínfima orden, a uno de los cuales se da el nombre de San Carlino, en el que se representan farsas en dialecto popular. Pulcinela hacía allí el principal papel, con su voz áspera y chillona, y bien pudo haber regalado a su pequeño auditorio con juegos de palabras chistosos, en concepto de que no me hubieran parecido menos difíciles de comprender que ese flujo de articulaciones desagradables, que a pesar de mis conocimientos del italiano clásico no pude comprender, porque la representación era en lenguaje napolitano. Dos cosas me parecieron muy extravagantes en San Carlino: la primera, que hay necesidad de bajar de la calle al teatro, absolutamente como una cervecería subterránea; la segunda fue que los animales eran tan grandes y tan numerosos que con ellos se podían imitar todos los gritos: en cuanto a que tuviese alguna semejanza con San Carlo, como me habían dicho, no hay que pensar equivaliera a tanto como comparar un hermoso caballo con un perro dogo, por la única razón de que ambos tienen dos ojos y cuatro pies.

En el otro teatrillo, que por sus dimensiones liliputienses sería ridículo llamar teatro, se parodiaba al célebre prestidigitador Philippe, que había estado en Nápoles hacía poco tiempo. En cierto momento una mujer vestida con un pequeño pantalón blanco,

magnetizada por uno de sus compañeros, se acostó balanceándose en una delgada barra; aquello produjo una explosion general de entusiasmo y los aplausos estallaron por todas partes.

Rada de Nápoles,
14 de Agosto de 1851.

Se ostentaba el sol radiante en el cielo y dirigia sus rayos sobre la mar chispeante, cuyas olas doradas cortábamos rápidamente en un buque de vapor. Ibamos a Capri, la mansion encantadora del voluptuoso Tiberio. Esta travesía a que da tanto atractivo la vista del golfo incomparable, fué aun mas preciosa para mí por la amable conversacion del conde Aquila. Un bote nos llevó hasta la fresca arena de la ribera que se levanta en forma de pintoresco anfiteatro y cerca de la cual nos esperaban caballos y asnos para conducirnos a las ruinas del palacio imperial.

Mi real guía, que teme demasiado el calor fuerte, se quedó en el buque, y queria hacerme llevar un quitasol; pero yo rehusé estoicamente, sosteniendo que los hijos del Norte soportamos mejor el calor que los habitantes del Mediodía.

Subimos al galope la altura que se encuentra al costado de la ribera, ya entre rocas de formas pintorescas, ya en medio de jardines y de casas de campo, con una perspectiva admirable sobre la mar, cuyas aguas trasparentes permitian adivinar sus brillantes y misteriosos abismos. De todas las regiones del golfo, Capri es la que tiene mas pronunciado el sello de su naturaleza meridional. Esta isla es el luminoso asiento del poder del sol, tal como lo he visto en mi bella y admirable Grecia: esto no es Italia, es algo mejor que Italia; las puntas de las rocas resplandecen con la caliente y sublime luz de los rayos *absorbidos*, y en las costas pedregosas aparece ya la vegetacion exuberante de una zona mas ardiente; a sus piés espira la suave y armoniosa Italia con sus dulces cantos del Petrarca, para hacer lugar a una naturaleza mas salvaje, a una pasion mas intensa. Italia es un soneto voluptuoso, cantado por bocas afeminadas: esta isla es como las riberas del golfo de Lepanto, un poema inflamado y mágico, en el que se reflejan todos los ardores terrestres. Si yo fuese un rico napolitano,

estableceria mi habitacion en Capri, y me bañaria con ese sol, que miéntras en Nápoles debilita, aquí fortifica. Los habitantes participan de la naturaleza del clima: son bellos y vigorosos; sus ojos brillantes y negros expresan la pasion; sus dientes son los mas hermosos que pueden verse en el mundo.

Cabalgaba yo tranquilamente atravesando los jardines, cuando de repente percibí, galopando delante de mí en un asno pequeño, a un anciano vestido con un sayal oscuro, y que llevaba en los brazos unas alforjas de limosnero, completamente llenas: era un buen fraile, y como por costumbre me gusta conversar con esas gentes, aguijonée mi caballo y lo alcancé.

Mi fibra romántica fué singularmente excitada, cuando comprendí que el personaje en cuestion, era un ermitaño, el primero que yo habia visto en mi vida. Ya he manifestado, al referir nuestra ascension al Vesubio, mi deseo de ver uno de estos séres, y este deseo se veía hoy satisfecho de la manera mas extraña y mas cómica: ¡el que en su asnillo cabalgaba a mi lado, era un piadoso solitario que me sonreía amistosamente! Hablando con verdad, a primera vista su aspecto era ridículo: el paso precipitado del buen hombre, las orejas largas de su cabalgadura, cuyos costados eran continuamente sacudidos por las sandalias y por los pliegues flotantes del sayal, las alforjas golpeando sobre la grupa del animal, y el ginete, que para conservar su equilibrio, tenia que hacer ciertos ejercicios de volatin, que descubrian un pié contrahecho y notablemente pequeño; todo eso formaba un contraste singular, con la fisonomía tranquila y grave que los novelistas atribuyen ordinariamente a estos séres retirados del mundo.

Nos dirigíamos al mismo punto, pues venimos a descubrir que el ermitaño habitaba justamente las ruinas del palacio de Tiberio. Los vestigios del antiguo esplendor imperial, se reducen a poca cosa: algunas paredes desplomadas, bóvedas sin adornos, mosaicos medio borrados, y el principio de una vía subterránea que debió servir de comunicacion secreta al emperador, entre el palacio y la mar. Estas ruinas, llenas de plantas salvajes, espesas y pintorescas, son insignificantes, y sin embargo, inspiran una grande admiracion por la inteligencia de Tiberio. Aquel príncipe escogió para su residencia, uno de los mas bellos sitios del mundo, y

esta es una sabiduría, que rara vez se encuentra. No temia subir, y por esto se pudo proporcionar desde lo alto de sus terrados, el espectáculo del golfo encantador, del imponente Vesubio con su columna de humo que sube misteriosamente hasta los cielos, de la profunda filosofía de la mar inmensa, y todo a la distancia conveniente que fundia los detalles y los transfiguraba. ¿Se puede imaginar vista mas hermosa y algo mas bello que tenerla en su casa? El dueño del mundo tenia aquel placer: ahora disfruta de él un ermitaño, que parece haber establecido su retiro en estos lugares, mas bien a causa de los numerosos extranjeros que vienen, que por una piadosa repugnancia a las cosas de la vida: sus pensamientos parecen exclusivamente dirigidos hácia la tierra. El nos confió que el aire de que goza en aquella altura hace treinta años, si no me equivoco, le daba un apetito maravilloso, que satisfacia muy imperfectamente con los escasos donativos de la aldea. A la sazon, regresaba precisamente de una excursion de esta naturaleza. No es enemigo de los obsequios metálicos, y un anuncio en frances, fijado en su celda, advierte a los extranjeros que a él le den la piadosa ofrenda, y no al *cicerone*. Un sér de esta última categoría, nos acompañaba naturalmente: era un tipo bastante travieso de viejo malicioso; habiéndole preguntado alguno de la comitiva, si el ermitaño vivia siempre solitario, respondió malignamente: "*Non si sa.*" El pobre calumniado nos trajo el mal vino de Capri, y un registro de extranjeros. Nos sentamos, y él se puso a tocar en la flauta, canciones poco edificantes: desapareció entónces toda dignidad; y el sayal, las sandalias y los modales malignos y sensuales, hacian un efecto diabólico. ¡Cuán diferentes deben haber sido los ermitaños de la Tebaida!

Nos enseñaron la roca desde donde el tirano precipitaba en las olas a los desgraciados de quienes queria deshacerse: allí se ve la mar límpida y trasparente como un grande ojo tranquilo; pero este ojo tiene, como el del hombre, sus profundidades misteriosas. Muestran tambien a los extranjeros una torre blanca, a la cual subia el déspota para observar las estrellas: es que las almas turbadas, leen frecuentemente la desgracia y la amenaza del peligro en las eternas y silenciosas órbitas de esos mismos astros en que otras almas toman el consuelo.

Nos reunimos en una bonita casita, entraron algunas hermosas hijas de Capri, y el espectáculo que nos dieron, me inspiró los versos siguientes: [1]

¿Qué se oye resonar en las rocas de Capri?—¿Qué se oye resonar alegremente en los aires?—Es en las manos flexibles y ágiles,—el pandero rápidamente agitado.

El ruido aturde cada vez mas.—¿Qué es pues ese loco torbellino? —Es la Tarantella de Nápoles—en la ardiente luz de un cielo luminoso.

Gozan en alegre cuadrilla—las vírgenes de Capri, esbeltas y ligeras;—bailan con una gracia encantadora—que el arte no ha viciado aún.

En las bocas risueñas resplandecen,—como las perlas los dientes hermosos y blancos;—los ojos de las mujeres brillan,—y el corazon de los hombres late ardientemente.

Las manos reemplazan a las castañuelas,—con ellas tocan el pandero;—y el chasquido de los dedos rivaliza—con el pequeño instrumento español de madera.

Ora grave, ora mas fogoso—gira el círculo de flores vivas;—ora con fuerza, ora mas suavemente—resuena el pandero para la danza.

Entónces se vuelve a abrir a los acentos de la juventud,—un corazon hace tiempo encerrado en el pecho;—el pobre viejo *cicerone*—es excitado de nuevo por el deseo de bailar.

1 Las Memorias de Maximiliano, ademas de algunas poesías selectas insertadas en el último volúmen, contienen otras compuestas sobre diferentes objetos. (San Telmo, el Alcázar de Sevilla, los Sepulcros de los reyes moros, etc.) Reproducimos aquí, como muestra, y para que el lector se forme idea exacta del texto original, esta composicion traduciéndola palabra por palabra. (Nota del traductor francés.)

Un ardor juvenil le despierta,—su vejez se siente reanimada;—y con nueva fuerza pretende—mover sus miembros entorpecidos.

El pandero hace oír un compás mas rápido,—los ojos de las muchachas brillan chispeantes:—y siempre mas fogosas resuenan las cuadrillas—en la ola vertiginosa de la Tarantella.

Los habitantes de Capri eran para mí una nueva prueba viva de esta verdad, que el carácter de un pueblo se manifiesta maravillosamente en sus bailes: bailaban la Tarantella con un fuego apasionado; pero que en su embriaguez salvaje, era a la vez de una belleza superior y de una noble sencillez. Me gusta la locura en los bailes nacionales, como tambien los instrumentos nacionales, y la Tarantella acompañada del pandero satisfacia en mí esta doble inclinacion. Entre las mujeres que bailaban, habia una voluptuosamente hermosa, notable por la expresion inflamada de sus miradas y la salvaje audacia de su sonrisa de bacante: sus dientes parecian dos hilos de perlas, y miéntras yo la contemplaba, alguno murmuró á mi oído una aventura novelesca en que se mezclaba un nombre augusto. Durante el baile hicieron circular un refresco de todo punto campestre, higos de cactus (tunas) despojados de sus espinas. Finalmente, cada uno montó en lo que habia venido, ya fuese en caballo ó en asno, y acompañados por las bailarinas, nos batimos en retirada, llenos del humor mas jovial.

En el camino pasamos por delante del patio y la calzada principal de una casa a que daba sombra un magnífico palmero: yo entré por un instante al jardin para admirar de mas cerca a este poeta del reino vegetal. Antes de regresar al buque de vapor, nos dirigimos al terrado de una posada, donde pudimos saciar otra vez mas nuestros ojos con la perspectiva siempre admirable de este rincon de tierra tan fecundo en bellezas naturales; y gustamos la fruta deliciosa que la comarca produce en abundancia.

Transcurrieron algunos instantes y el buque nos condujo á los bordes de la isla; allí se apoderaron de nosotros unas barquitas en miniatura mas rápidas que el viento: parecia que como en tiempo de la fábula, una varita mágica iba a abrirnos esos retiros

misteriosos y a darnos acceso a un templo de las hadas. No era un sueño: una estrecha rendija penetraba el escarpe, y despues de algunos golpes de remo, bogábamos ligeramente, como empujados por el soplo de los Elfos, bajo la bóveda de piedra: detrás de nosotros se cerraba el mundo habitado con sus agitaciones terrestres y la luz del sol, y conducidos en las alas del céfiro, nos deslizábamos sobre las olas azules entre profundidades centellantes, bajo los vapores de mil colores de un artesonado fabuloso. Reflejos plateados, semejantes a los de los rayos fantásticos de la luna, jugueteaban en la penumbra azulada, teñian el cristal de las estalacticas y acariciaban las trasparencias del mármol: nos encontrábamos en el amoroso retiro de la ninfa de Capri: pequeñas crestas de plata coronaban las olas ligeras, el agua murmuraba dulcemente: y una frescura deliciosa se extendia por todas partes. Pero la ninfa estaba ausente, por fortuna nuestra: porque ¿cómo habriamos podido soportar las pruebas de Ulises? Así es el mundo: por todo el tiempo que las diosas habitaron aquel asilo, ningun mortal pudo descubrirlas, y cuando los hombres penetraron allí, aquellas habian desaparecido. La luz misteriosa de la gruta es lo único que queda como un encantador reflejo, como un poético recuerdo de las náyades que se mecian dulcemente sobre las olas argentadas.

Aquella hechicera mansion ejercia sobre mi alma un atractivo voluptuoso, y yo envidiaba la suerte de los boteleros que se deslizaban como pescados de plata en el pálido azul. Cada ola parecia iluminada con un brillo fantástico.

Mas el remo ligero nos condujo demasiado pronto a la salida de la gruta: el retiro de la ninfa se desvaneció, quedó roto el hechizo, y la luz del dia nos envolvió con su brillo luminoso, como si las esplendores de la tierra quisieran rivalizar con las claridades del mundo fantástico, y las bellezas de la realidad vieja con los encantos misteriosos del sueño que habia huido. Delirante de entusiasmo, exclamé: «¡Por Cristo, que el sol es hermoso!»

Rada de Nápoles,
15 de Agosto de 1851.

Puesto que vivimos en el siglo del vapor, preciso será dejarnos arrebatar por el torbellino, como todas las gentes, y confesar, a fuer de honrado aleman, que todo en este mundo tiene su lado bueno, aun los caminos de hierro, ese símbolo materialista de nuestro siglo material. Necesario es marchar adelante y esto nos venia hoy muy bien. Devorábamos el espacio atravesando la hermosa y fértil llanura, cuyo bellísimo verdor contrasta maravillosamente con los puntos mas elevados; pero que vista de cerca y en detalle es bastante monótona y fastidiosa.

Por temor del *mal aire* que en aquella época del año reina en las comarcas bajas, se nos aconsejó dormir durante el camino; y como felizmente no habiamos almorzado, no tuvimos necesidad de luchar con el sueño y llegamos sanos y salvos a Caserta, donde se halla el palacio mas grande de las Dos Sicilias.

Nada tiene de notable en el exterior: la calzada está abandonada, y tiene mas bien aspecto de cuartel que de palacio: el conjunto parece como si estuviese destruido. Quizá tenia yo demasiado presente en la memoria mi hermoso castillo de Schoenbrunn, con el cual han querido comparar a Caserta, aun dándole la ventaja a este último: no importa, Schoenbrunn siempre es Schoenbrunn.

Mas al entrar en el vestíbulo de Caserta el efecto es grandioso. Cuando se ven los cuatro patios inmensos y sus pórticos gigantescos elevándose como majestuosos palmeros para sostener con sus arcos audaces las enormes paredes; cuando se vé la imponente escalera que se presenta como una montaña de mármol y parece destinada a que la transiten los dioses; cuando se vé el jardin recostado en la colina, con su cascada gigante, parecida a un real manto de terciopelo verde con franjas de armiño y bordados de plata, entónces se conoce que Caserta, aunque haya sido creado por un esfuerzo del arte en la region ménos hermosa ó quizá en la única desgraciada de las inmediaciones de Nápoles, no es un capricho de príncipe, sino una maravilla real inspirada por aquel espíritu de grandeza soberana que ha dejado sus huellas en todas las obras de Cárlos III, y no podia florecer mas que en una época que

dió a luz a Luis XIV y su genio. Las paredes de la doble escalera parecen revestidas de damasco de mármol; tan juntas así están las lápidas que forman como una tela contínua, tan maravilloso es el gusto con que los colores están combinados: aquella escalera se considera como la obra maestra que existe en su género. Las ricas venas se entretejen haciendo ingeniosas figuras, para formar el tapiz mas grandioso y mas sólido que se haya dispuesto alguna vez por manos de artista para el ornamento de un palacio.

La escalera[1] de Caserta es verdaderamente digna de la majestad real. ¿Qué cosa mas magnífica que figurarse al soberano colocado en la parte mas alta y como resplandeciente con el brillo del mármol que le rodea y dejando llegar hasta él a los humanos? La multitud sube respetuosamente, el soberano envia miradas graciosas, pero que caen de arriba: él, el poderoso, el que manda, se adelanta hasta ellos con una sonrisa de augusta bondad. Que Cárlos V, que María Teresa aparezcan en lo alto de esa escalera, y yo quisiera ver al que no inclinase la cabeza ante la majestad que ha recibido de Dios el poder. El fundador de Caserta ha indicado bien que todo poder viene del cielo, porque el vestíbulo octógono conduce inmediatamente a la capilla, santuario de aquel inmenso edificio. Los tiempos varian y los hombres con ellos. Yo me imagino que en medio de esas montañas de mármol pulido y de esa sinfonía de colores formada con la piedra, los fracs negros deben hacer la misma figura que las efímeras sobre un manto de púrpura. Yo tambien, pobre efímera, sentí brotar en mí el orgullo, como lo habia experimentado ya en el palacio de los duxes de Venecia, y pensaba cuán agradable debe ser en ciertos momentos, demasiado solemnes para ser frecuentes, estar en la cumbre de una escalera semejante y poder dejar caer la mirada sobre los demás, sintiéndose uno el primero, como el sol en el firmamento.

El parque está en completa armonía con aquel carácter grandioso: los prados, las plantas y los árboles están marcados con la misma no-

1 Los dos párrafos siguientes, relativos á la escalera de mármol del parque de Caserta, están tomados de los artículos sobre Maximiliano y sus obras póstumas, publicados por "Mr. Th. Dubois, en El Tiempo." Habiéndose citado muchas veces este pasaje en la forma elegante que tiene, creemos un deber reproducirlo aquí. [Nota del traductor francés.]

bleza que habla, por decirlo así, a través de la escalera. ¡Qué descenso majestuoso el de aquellas cascadas y el de aquellos canales! Aquellas fuentes y aquellas estatuas, aquellos paveses de árboles formados en calzadas paralelas; cómo se conoce que todo eso se hizo para zapatos con hebillas y trajes con tontillos. ¿No es verdad que aquello ha sido nivelado y arreglado para que la naturaleza no opusiese obstáculo al andar mesurado de una corte rodeada de aureola y de majestad? ¿Esas cascadas no murmuran a compás? ¿No se presentan esos árboles con etiqueta respetuosa, para dejarse pasar revista por su señor? ¿No se respira por todas partes un espíritu de grandeza, que ha sometido a la naturaleza misma a su poder, espíritu superior, sin duda ninguna, al de nuestros jardines modernos con sus revueltas, sus escondrijos y sus arroyitos, con su naturaleza mutilada y no subyugada, con sus senderos retorcidos y sus zarzales que son mucho mas hermosos en el verdadero campo? Creemos embellecer y mejorar la naturaleza, y disminuimos sus proporciones, y le quitamos su carácter: la convertimos en una pobre y mezquina muñeca, miéntras que nuestros antecesores reunieron sus fuerzas, las utilizaron, y las fundieron con su talento en los jardines; supieron hacer de ella una gran señora, tal vez un poco tiesa y demasiado acicalada, pero señora de primera clase, imponente aún en su vejez, y que desde su altura domina el espíritu travieso de la jóven criada. El parque de Schoenbrunn, es el imperial hermano del jardin real de Caserta, y yo hubiera querido ver a los dos en el tiempo de su mayor esplendor, en el tiempo del polvo de haba y de las pelucas. ¡Con cuánta grandeza las cortes de María Teresa y de los Borbones debieron caminar por esas calzadas!

Rada de Nápoles,
16 de Agosto de 1851.

Dedicamos la mañana de hoy a las antigüedades de Baias y de Pouzzoles: para vergüenza mia, debo confesar que fué la única que me pareció fastidiosa en el curso de mi permanencia en Nápoles. Sin embargo, nadie soñaba en las antigüedades tanto como yo; pero el cuerpo, como el espíritu, debe estar dispuesto para la admiracion, y el mio estaba cansado por nuestras furibundas ex-

cursiones, y fatigado por el calor intolerable del sol; me sentia, pues, enfermo, y estaba en muy mala disposicion para apreciar dignamente los monumentos de la grandeza y de la tiranía romanas, que además, me parecieron muy inferiores a mis hermosos recuerdos de Grecia.

Comenzamos nuestra excursion por el sepulcro de Virgilio, cuyo lugar está indicado por una larga inscripcion latina a la entrada del Pausilippo. El sepulcro mismo se encuentra en una eminencia, a la cual se sube tropezando con las parras, para llegar a una casita insignificante, rodeada de unos bosquecillos de laurel.

Allí ha descansado por largo tiempo el autor de la *Eneida*: una inscripcion francesa refiere insulsos comentarios sobre la gloria del grande hombre, y le hace el honor insigne de proclamarlo *Príncipe de los poetas*. Es costumbre llevar de aquí algunas hojas de laurel, ó hasta una rama si es posible, que diaque sirve de talisman poético en la vida. Lo que me pareció de una suprema impropiedad, es que se haya transformado este lugar en un cementerio, ó mas bien, en un lugar de entierro para los que no son católicos: lápidas con epitafios alemanes, franceses y judíos, son holladas por los extranjeros que hacen su peregrinacion al sepulcro del gran pagano.

Siguiendo la costumbre general, corté el emblema de la victoria de la tumba del poeta, y volvimos a montar en coche para ir a visitar la gruta de Pausilippo.

Fragata imperial la "Novara,"
31 de Agosto de 1851.

Todos nos pusimos nuestros vestidos de gala y nos dispusimos para oir la misa que debia celebrarse a las diez, por el aniversario del nacimiento de nuestro muy amado emperador. A la izquierda de la batería se formó con pabellones sostenidos una tienda en que se elevaba un altar de gusto sencillo y severo, pero muy propio para las circunstancias. Oficiales y marineros estaban formados militarmente, y por todas partes reinaba una gravedad imponente y un religioso silencio. El capellan del buque, excelente y digno jóven, nos dijo la misa con grandeza recogimiento, y despues

se cantó el *Te Deum*. Durante la ceremonia, la música se hizo oir repetidas veces, y en el *Te Deum* se cantó el himno siempre hermoso: «*Dios conserve a nuestro emperador*».....

Me sentí triste miéntras duró la fiesta; era la primera vez que no pasaba este bello dia al lado de mi hermano. Estaba solo, completamente solo, en una mar lejana, bajo un cielo extranjero, y pensaba con dolor en uno de mis mas queridos parientes de Viena, cuya salud me inspiraba las mas vivas inquietudes. Estaba sumergido en uno de esos estados del alma en que se experimenta un lánguido abatimiento, una dulce melancolía, una suave desesperacion. Ansiaba ardientemente volver á ver mi hogar doméstico. Los mios me habian hecho la vida demasiado feliz en mi patria; pero es bueno que semejante existencia acabe, y momentos como estos, en su saludable amargura, son un precioso remedio. No dijo en vano Salomon aquellas sábias y profundas palabras: «¡Nada dura eternamente!»

La tarde, sin embargo, me trajo algunas horas agradables que me espantaron el mal del país. Habia invitado á mi mesa al capellan y á los oficiales del buque. La música hizo oir hermosas melodías nacionales: todos estábamos de grande uniforme, y por modesta que fuese la pompa, el corazon estaba en ella, y todo pasó de una manera digna de la solemnidad.

Luca, 17 de Agosto de 1851.

Dedicamos la mañana a las inmediaciones de *Marlia*. Visitamos la villa *Bellardin*, cuyas construcciones y parque son del verdadero estilo italiano del siglo pasado. Todo lo que tiene una marca característica y nacional me agrada singularmente. ¡Qué gravedad y nobleza en esas grandes y melancólicas líneas de árboles siempre verdes! ¡Qué silencio imponente en esas calzadas sombrías! ¡Qué armonía entre esos prados regulares y esa arquitectura grandiosa! ¡Qué gracia majestuosa en esos surtidores de agua y en esas grutas misteriosas que ofrecen un abrigo impenetrable por los rayos del sol! Verdaderos *caprichos de gran señor*.

La aristocrática altivez, el estilo elevado y profundo de los hermosos tiempos antiguos, han marcado con su sello esas villas mag-

níficas, en que se vé hoy a los vástagos decaidos de aquellas nobles razas, andar tristemente errantes, como sombras inquietas que parecen temblar ante aquellos restos de un antiguo esplendor.

Sus tristes figuras perjudican generalmente a la perspectiva del cuadro; pero uno debe llamar en su auxilio a la imaginacion, esa amiga siempre bien dispuesta, y apartando los ojos de esas imágenes enervadas y débiles del material presente, contemplar el pasado al través del prisma de poesía. Debe uno ver con su pensamiento al Tasso paseándose en las frescas florestas de laureles; debe figurarse a la bella Leonor de Este entre los mirtos discretos, ver a su dulce compañera la condesa de Santivale, cortando azahares, y tener vanidad de que haya sido un aleman, el gran Goëthe, quien con su mano de poeta, ha dado vida a esas figuras del pasado, tan impregnadas con el encanto siempre jóven de Italia.

CAPÍTULO SEGUNDO

FLORENCIA Y LAS BELLAS ARTES

Pisa, 23 de Agosto de 1851.

Nuestra primera salida por la ciudad, fué para ir á ver el *Campo Santo*. Es una de aquellas obras poéticamente hermosas, como solo podia crearlas la fe ardiente de la edad média. Alrededor de una ancha alfombra de verdura, se extiende un elegante pórtico de columnas ligeras y bóvedas atrevidas. Los muros macizos tienen por adornos, frescos de Giotto, monumentos fúnebres, y una especie de museo que absolutamente se halla bien colocado en semejante lugar: en medio del césped, hay una cruz de piedra, alrededor de la cual, las rosas enredaderas han enlazado sus festones.

Los frescos datan de la primera época del arte italiano, y ya se nota en ellos, en lo atrevido del dibujo, en el movimiento y la naturalidad de los grupos, la transicion del estilo arcaico al estudio perfeccionado de las formas corporales. En cuanto a mí, prefiero con mucho este período primitivo, en que el arte comienza a desprenderse del formalismo simbólico, y camina hácia un porvenir mas hermoso, el siglo de Rafael, a aquellas escuelas de decadencia de los siglos últimos en que el genio de los tiempos clásicos palidece y muere, y en las que no se sacrifica ya sino al ídolo único de la belleza sensual. Estas escuelas son el triste antípoda del período infantil: aquí el arte despierta lleno de vigor y de sávia; aquellos son, en la historia del arte, un voluptuoso sopor. ¿Mas cómo nuestra época material y sin fe podria interpretar los subli-

mes misterios del cristianismo? ¿Un artista que se burla de la religion puede hacer otra cosa que pintar a la toesa y por tantos sacos de escudos, figuras profanas, copiadas de modelos vulgares, para rodearlas en seguida de una aureola, cubriéndolas, segun el pedido, de un nombre cualquiera tomado del calendario? Los frescos del *Campo Santo* tienen la sencilla energia de las épocas primitivas. Es un espantoso vandalismo el haber sellado pesados monumentos fúnebres sin valor y sin gusto, sepulcros paganos bajo un pórtico de la edad média, en medio de pinturas italianas. El furor de nuestro *cicerone* era divertido: el buen hombre se indignaba de que bárbaros *Tedeschi* se atreviesen a ridiculizar aquel monstruoso consorcio del arte, y a admirarse altamente de hallar un grifo antiguo, imágenes de idolos, y aquel fárrago de museo en un cementerio católico. Pero en Italia se usa abrigar, bajo un mismo techo, la santurroneria y el paganismo.

Las famosas pinturas del *Campo*, contienen mas de una produccion de exuberante fantasia, cuya ruda sencillez raya casi en lo cómico: era el gusto original de aquellas épocas primitivas, y lo es todavía de nuestras almas enérgicas y vigorosas, el expresar crudamente y sin ambajes, las imágenes de su pensamiento infantil. El nacimiento de Eva, por ejemplo, está representado con un candor completamente bíblico, sin velo ni aliño; el reino del principe de este mundo, está figurado con toda la atrocidad del tiempo: la manada de lobos aullantes, de extrañas y grotescas formas, es completamente diabólica. Los pobres humanos son atormentados del modo mas bárbaro; asados en las llamas, ó descuartizados al antojo. Entre los desgraciados que ardian en los infiernos, noté buen número de cabezas tonsuradas: el pintor no parece haber sido, en general, grande amigo de las gentes de iglesia, porque se ve a varias de ellas en situaciones muy críticas. El ingénuo pincel del artista, representa al alma humana en el momento de dejar el cuerpo, en forma de un *homunculus*, que un ángel ó demonio, segun las circunstancias, saca de la boca del moribundo. Las mas veces es cómico ver con qué trabajo debe abrirse la boca para dejar pasar al alma: probablemente las almas mas fuertes son las que necesitan mas espacio. Pero, ¡oh terror! ¿Qué es, pues, aquella negra figura que preside a la extorsion violenta de una

alma de monja? No puede ser un ángel de luz: ¡gran Dios! Noto dos cuernezuelos, ese ángel es un agente de Satanás . . . .El arte era entónces libre en Italia, y podia serlo sin peligro, porque se habia señalado a sí mismo sus límites, los límites de la fe.

Los Pisanos se complacen en reconocer en la cabeza de un personaje que pertenece ya al infierno . . . . la cabeza de Napoleon. Esto no es sino muy natural. Es uno de los caractéres mas comunes de la naturaleza humana, el de condenar al enemigo aborrecido y caído, y regocijarse de su ignominia: en este juego no se corre ningun peligro, porque el enemigo caído es impotente. Miéntras la cara infernal del cementerio de Pisa se llamó *rey de Italia*, parecia que no habia bastante oro para iluminar su apoteosis; pero el dios de un momento fué precipitado del Olimpo, y la gloriosa aureola ha sido reemplazada por un nimbo infernal. *¡Sic transit gloria mundi!*

Antes de dejar el Campo Santo con su pasado lleno de juventud y de vida, con su poesía de los tiempos primitivos y sus veleidades modernas de panteon, debo mencionar aún la *tierra* de su suelo que tenía para nuestros piadosos antepasados, una virtud rústica, un encanto omnipotente. Se pretende que fué traída de Jerusalen por los Cruzados, y que ademas de este sagrado carácter que la hacia tan preciosa a los ojos de los fieles, poseía tambien una propiedad maravillosa, que un fresco nos representa de un modo caprichoso: vése en él al genio protector de la antigua república considerar con anteojos un cadáver en tres fases sucesivas de descomposicion. En la primera, no falta mas que el alma que acaba de desprenderse; en la segunda, el festin de los gusanos está en plena actividad; en la tercera, el esqueleto aparece muy limpiamente despojado. La virtud de la tierra sagrada consistia, pues, en producir estas tres fases en tres dias, al cabo de los cuales no quedaba ya mas que la blanca osamenta del cuerpo humano. Este fenómeno sonreía a la inocente imaginacion de los Pisanos. En cuanto á mí, esta rapidez espantosa de la destruccion no me inspira sino repulsion y horror.

Del Campo Santo nos dirigimos a la catedral. Qué imponente y magnífico aspecto el de este espléndido edificio, con su extensa nave, a cuya extremidad se levanta, como un gigantesco dosel, la al-

ta cúpula, revestida de mármol blanco como el cimborio de la soberbia *Salute*, y ornada como el Bautisterio con una cintura de elegantes columnas admirablemente esculpidas. Es hermoso para mí el que sea necesario subir varios escalones para llegar al pórtico de una iglesia y que la casa de Dios no se encuentre al mismo nivel que el café y el teatro, lo que en el sentido figurado es caso demasiado frecuente en Italia. Nosotros, alemanes, empleamos la palabra *elevado* [*erhaben*] para designar algo grande: lo que está destinado a producir un efecto imponente debe ser colocado *alto*, es el voto natural del hombre elevar siempre lo que desea que eleve su alma. La generalidad de los mortales se ennoblece subiendo, miéntras que solo es propio de los grandes descender, y esto toma entónces el nombre de condescendencia. Pues bien, la religion es la que principalmente despierta este instinto, la que provoca esa tendencia a elevarse: en la misa para orar, dirigimos arriba nuestra mirada; y en la comunion, esa confusion mística del cielo y de la tierra, el poder soberano condesciende y baja hasta nosotros en forma de pan. Lo que es verdad de la iglesia y del altar, lo es tambien del trono, y en general de todo lo que, segun las leyes de este mundo, debe parecer elevado. Grados deben separar siempre al vulgo de lo que es superior y selecto.

Florencia.

Despidámonos de la amable y grave Pisa, y de su poético cementerio. El vapor hierve, y el wagon va a partir: un chiflido mas y somos arrebatados para siempre a los sueños del pasado, para entrar en la prosa de lo material presente, y pisar un suelo clásico y trillado. El hermoso país de Toscana tiene un aire de abundancia y de riqueza. Un adagio popular dice que Nápoles es *un pedazo del paraiso caido en la tierra;* y que esa ciudad bajó de las nubes como un hijo de la fortuna: el trabajo de los hombres ha convertido en paraíso el país florentino: es un hijo de la tierra que un trabajo tenaz ha elevado al mayor grado de prosperidad.

Mas hé aquí ya la risueña llanura de Florencia, rodeada de sus montañas. Una cintura graciosa de quintas, aldeas y jardines, ciñe la ciudad de las artes como con una corona de flores. La cú-

pula del *duomo*, con su cruz de oro fulgurante, nos envia de léjos su saludo por encima de las casas que se pierden en la verde llanura, y se levantan suavemente hácia las montañas, para enlazarse con los infinitos puntos blancos de las aldeas. No es un panorama grandioso ni imponente, sino un cuadro impregnado de calma y de *sociabilidad*. Nápoles es la ciudad del placer y de la primavera de la vida; Florencia la de almas fatigadas y soñadoras; la ciudad del Vesubio conmueve y agita al alma; la de las orillas del Arno, la mece dulcemente.

Al salir de la estacion del camino de fierro, penetramos en las graves y nobles calles de Florencia. Experiméntase siempre una sensacion extraña al entrar en una ciudad célebre que aun no se ha visto: una imágen confusa flota delante de los ojos del espíritu lleno de impaciencia; quiere uno explicárselo todo, cree uno adivinarlo todo, y en la cabeza bullen mil impresiones fugitivas. Pero la hora de la experiencia llega, las cosas se aclaran poco a poco, y se produce la luz; los grupos y los contornos se coordinan y se dibujan: demasiado pronto se descubren las maravillas y se aprende a conocerlas y amarlas, para verse obligado a abandonarlas al cabo de algunos dias. Apénas tiene uno tiempo bastante para mirar lo que es bello sin poder gozarlo a su satisfaccion; no se ve sino precisamente lo bastante, para echar de ménos lo que se ha visto . . . . Es lo que yo tambien experimenté en la noble ciudad de las Musas. Desde luego no comprendí nada de lo que veía: sabia solo que pasaba el Arno, cuyo conocimiento habia hecho en Pisa, y tambien que miraba con éxtasis por encima de sus magníficos puentes: uno de ellos construido de mármol, es de arquitectura elegante y poética; el otro sostenido por pilastras macizas, carga un pequeño mundo de casuchas y de tiendas, extravagante fantasía del arte de la edad média.

Quise hacer de prisa una visita al palacio *Pitti*. Me llenaba aún la impresion de la Madona de San Sixto, aquella tranquila y victoriosa Vírgen de mirada profunda y llena de melancólica dignidad. ¡Cómo comprende la naturaleza sobrehumana del Niño que lleva en sus brazos, y que sus manos son el trono augusto del Hijo de su Dios! Se lee en su mirada que se honra a sí misma como el instrumento inmaculado de la omnipotencia creadora, que

siente toda la grandeza de sus deberes, la grandeza de sus sufrimientos; pero tambien el esplendor infinito de su glorificacion. Por esto se avanza sobre las nubes como la noble Reina de los ángeles, y muestra a la multitud de los que esperan, a su Hijo, el Salvador del mundo. Ella oye el hosanna de las mil y mil bocas que cantan de alegría; pero su oido parece percibir tambien los lejanos rumores del pueblo que pide la crucifixion. Ninguna aureola rodea su cabeza; ninguna joya realza su simple y modesto vestido: la Madre de Cristo no necesita en este cuadro de ningun adorno brillante, de ningun accesorio que aparte la vista del objeto principal, como los que emplean con tanta frecuencia los artistas de nuestros dias, para dividir y distraer la atencion del espectador. El mas hermoso adorno de la Madona de San Sixto, es el divino Niño, y la mas santa aureola, el brillo de sus grandes ojos limpidos que llenan de piadosa confianza el corazon de los que los contemplan. Hay en aquellos ojos consuelo, verdad y profundidad infinita: la serenidad del cielo se refleja en ellos como en un tranquilo lago. ¡Y qué admirable creacion la de ese Niño que reposa en sus brazos! Se adivina en él al Redentor del mundo: en sus facciones, llenas de gravedad, se presiente la obra divina que debe cumplir. Bajo sus lucidos rizos, se abren dos ojitos negros que miran con fiereza el sombrio mundo del pecado, como si quisiesen decir: «Temedme, pecadores endurecidos: soy el Dios del Niño que os juzgará un dia y os castigará.» Se inclina hácia atrás, levanta sus hombros como para prepararse, en actitud reposada y serena, a la lucha con el mundo.... Esta grande imágen se cernia delante de mis ojos, y yo queria hacer ahora, aunque fuera de prisa, un primer conocimiento con las Madonas del palacio Pitti.

Cuando voy por primera vez una obra de arte célebre, experimento un embarazo singular, y se verifica en mi una lucha entre el deber de admirar lo que las sufragios de los siglos han consagrado, y mi propio sentimiento que vacila en transformarse en juicio. Me enojo conmigo mismo, y me avergüenzo de no sentirme arrebatado desde luego, de no poder en el acto abandonarme a una admiracion sin reserva. Esto es precisamente lo que me sucedió en la primera y bien corta visita que hice a la Madona della

Seggiola, y a la Madona *del Granduca;* me fué imposible apreciarlas como convenia a primera vista, y la *Sixtina* se mecia siempre victoriosa ante los ojos de mi espíritu, porque veía en ella, bajo una sola y misma forma, a la Madre augusta del Cristo y a la sierva del Señor; miéntras que la Madona *de la Silla*, no era mas que la madre feliz y floreciente, y la *del Gran Duque* la humilde y piadosa sierva. Pero una segunda visita mas larga y reposada, modificará, así lo espero, esta impresion.

Florencia, 29 de Agosto de 1851.

Mi primera salida por la mañana fué para volver a ver la galería Pitti. La visita de este palacio es, para quien tributa culto al arte, una marcha triunfal, un baño del alma en la atmósfera de un mundo superior. Para fundar semejante coleccion en una mansion, se requeria aquel juvenil entusiasmo por las bellas artes que sopló tan poderosamente en el mediodía de Europa hace dos siglos, y la inspiracion de un ideal superior en el goce estético. Los Médicis recibieron esta inspiracion, conformaron á ella todos sus actos, y fueron así los inmortales creadores de los grandes é imperecederos monumentos de su época; tuvieron la gloria de enlazar a las musas de la Grecia con el arte cristiano.

Varias salas del museo estaban cerradas aquel dia por causa de reparacion; pero las ví al dia siguiente, de manera que puedo mencionar desde ahora las obras que contienen. En la primera sala en que entramos habia numerosos artistas ocupados en copiar la *Vírgen de la Silla*. ¡Cómo deben fastidiarse aquellas pobres Madonas de ser eternamente copiadas por la multitud ininteligente de los embadurnadores! Felizmente que son santas mujeres a quienes la vanidad no atormenta.... ¿Por qué, pues, no podia evitar que al contemplar ese cuadro de Rafael, volviese siempre a mi memoria la Madona de San Sixto? Sin duda dependia de lo parecido de los rostros: ambas tienen el mismo cuerpo; pero no tienen el mismo espíritu, la misma expresion, la misma manera de ser iluminadas por la luz, que para la una es luz celeste, y para la otra luz de la tierra. La *Sixtina* es una vision que se eleva, una

imágen transfigurada despues de la prueba del combate y del dolor; la Madona de la *Silla* es una mujer de la tierra para la que no ha sonado aún la hora del sufrimiento; está sentada tranquilamente, y, si me atrevo a expresarme así, cómodamente en aquella silla que su gloria futura no ha transformado aún en trono; los pliegues de un turbante le caen por la espalda, sus vestidos son escogidos. Se inclina dulcemente sobre su Hijo y lo estrecha en sus brazos: mira al espectador con grandes ojos reflexivos como Rafael solo pedia pintarlos, que como la luna en una noche tranquila y serena, derraman en el corazon enfermo rayos de una dulzura inefable y de profunda calma. Los tintes de este cuadro tienen el velo misterioso, la mate frescura, la animacion delicada, que no pertenecen mas que a este incomparable artista y solo a un pequeño número de sus obras maestras.

Rafael ha pintado la Madona de San Sixto con intuiciones celestiales; la Seggiola con inspiraciones de un amor profundo; la Madona del Gran Duque con un sentimiento ideal de pureza infantil; la última tiene todavía algo del estilo arcáico, de la sencillez de las escuelas primitivas; se parece mas a una Vírgen alemana que a una hija de Israél: es una sosegada y silenciosa oracion; miéntras que la *Sixtina* es un éxtasis, y la Seggiola expresa la admiracion de las obras del Creador dirigida a él mismo en la persona de su divino Hijo.

Habria deseado detenerme horas enteras delante de la *Vision de Ezequiel:* es un cuadrito dorado, de pié y medio de largo sobre uno de ancho, que encierra el cielo en su magnificencia y su inmensidad. Sí, es en efecto a Dios Padre a quien vemos aquí, al Dios Creador y soberano Señor del mundo! El Rey del universo está sentado delante de nosotros en su trono de nubes sostenido por los misteriosos símbolos de los Evangelistas; el Dios del Antiguo Testamento, Jehovah, en cuya presencia se humilla uno temblando en el polvo, abismado en la adoracion y al mismo tiempo fortificado por el pensamiento consolador de que cada uno de nosotros ha sido creado a su imágen, y que el alma inmortal, aprisionada en esta corteza efímera, emana de Aquel que era, que es, y que será. Si me atrevo a expresarme así, despues de lo que precede, diré que la cara del Omnipotente tiene algo de las facciones del ha-

hitante augusto del Partenon, del Júpiter tonante; semejanza a la que contribuye tal vez el águila simbólica del apóstol San Juan. Mas el Dios del universo, el objeto final de toda fe desde el orígen de las cosas hasta la eternidad, la inmortal Esencia que no se halla en Júpiter y en Odin, están aquí confundidos. La cabellera gris ondea majestuosamente, la barba imponente flota alrededor del rostro radiante de grandeza divina y de potencia creadora; los brazos, extendidos para bendecir, se elevan por encima de las nubes que no están reunidas allí para formar un punto de apoyo y de reposo, sino un trono glorioso. Es un deleite celestial el meditar delante de este cuadro y abismar su alma en aquella sublime contemplacion: cree uno entrever el instante supremo en que verá un dia al Maestro cara a cara. El arte de un Rafael era el único capaz de producir semejante efecto y hallar su recompensa en su propia creacion.

Volví a encontrar tambien a mi querido Van-Dick, y esto en su tema mas admirable, la real é infortunada pareja de Inglaterra. No son mas que dos bustos: con dicha reconocí la imágen vaporosa y poética de la noble reina, algo diferente de la que posée el museo de Dresde; pero llena de un encanto original y de una suave melancolía. Vése allí a Cárlos y a Enriqueta, vestidos de luto, tristes y amables, melancólicos y desgraciados. El tiempo ha tendido como un velo sobre las sérias facciones de Cárlos: fué una víctima del órden mas elevado que no cometió mas falta que la de someterse a su destino con demasiada resignacion y dulzura: pecó por debilidad; debió ser infinitamente gracioso y ménos inflexible que Luis XVI. Cupo a ambos, si no vivir, a lo ménos morir enérgicamente. ¿Por qué sus mujeres fueron tan seductoras y tan bellas? ¿Por qué fatalidad lo que es tierno y exquisito es siempre oprimido y destrozado? Habia ligado conocimiento en Dresde y en Insbruck con María Antonieta y María Enriqueta; he soñado siempre en la primera; Van-Dick solo me ha enseñado a amar y a admirar a la segunda. Nunca he visto retrato que me haya fascinado de un modo tan magnético como el de la noble esposa de Cárlos I: el noble y dulce rostro, de una blancura de lirio descansa noblemente sobre un cuello esbelto y fino: la carnacion y las facciones tienen la delicadeza y la brillantez del marfil, y bajo una

frente deslumbradora, adornada con pequeños bucles ligeramente caidos, se abren dos ojázos negros, a los que la desgracia y la melancolia podian solas dar aquel atractivo inefable y aquel celestial brillo. La *gracia* es la palabra que conviene para María Antonieta: la *melancolia* para María Enriqueta.

La capilla de Miguel Angel, en *San Lorenzo*, es uno de aquellos santuarios del arte italiano, consagrados, a lo que parece, a una admiracion eterna. Allí están los famosos monumentos de Julian II de Médicis y de Lorenzo, duque de Urbino, lo mismo que el *dia* y la *noche* del grande artista: dos estatuas delante de las que tantos se extasian. Por lo que a mi toca, confesaré que esta capilla me disgusta soberanamente, y me produce una impresion de las mas desagradables, un efecto glacial y repelente. Aquí reposan en el sueño de la muerte, corazones para siempre despedazados; y su vana filosofia, levantándose a sí misma este sepulcro, solo logró expresar el malestar de la conciencia. Si Miguel Angel ha tenido de su época un conocimiento exacto y profundo, este monumento le salió maravillosamente bien: y las estatuas indecentes que lo rodean, desprovistas de gracia y de alma, si puedo explicarme así, muestran con demasiada claridad de qué lado soplaba el espíritu que frecuentaba aquellos lugares. La postura, medio sentada y medio acostada de los grandes Médicis, expresa, bajo una forma sensible y material, toda la aversion que una filosofía orgullosa y frívola tiene al reposo de la muerte: parecen resistirse y rechazar el sudario que ninguna criatura humana ha levantado todavía, pero que cubre en la paz los restos del creyente. Estos monumentos llevan la impresion de una lucha enfermiza de la grandeza terrestre contra la nada: pero el mármol permanece frio, y bajo aquella cubierta de piedras, la mente parece reirse sarcásticamente y burlarse de la vida: la palabra paz no podria pronunciarse en aquellos tristes pavimentos que ningun soplo cristiano calienta, y que están penetrados del calofrio glacial de una pretension mitológica. Ademas, las estatuas de Miguel Angel, me parecen demasiado grotescas, y llevan ya el gérmen del estilo rococo. La Capilla de los *Príncipes*, el famoso templo del triunfo y del apoteosis de los últimos Médicis, comenzada bajo el reinado de Fernando I é inacabada todavía hoy, no me agrada mas. Los

muros de este santuario, cubierto de una cúpula de frescos muy medianos, están revestidos de una pesada capa de mármoles preciosos, parecida a un vestido de arlequin. Una riqueza fría y abrumadora se despliega en todas partes sin poesía y sin gracia; el espíritu burlado piensa involuntariamente en aquella noble magnificencia de la escalera de mármol de Caserta. Los sarcófagos están orgullosamente cubiertos de blasones iluminados: citaré únicamente los de Cosme II y Fernando I, levantados contra el muro y rodeados de una profusion de colores, que convendria tal vez a otros usos, pero que está fuera de lugar y es absurda en una *sala mortuoria* (no podría decirse una capilla, porque no hay altar en esta orgullosa morada de la muerte). La muerte es extraña a semejante lujo de colores, y las flores son el único adorno que puede figurar en una tumba. Suprímanse los dos sarcófagos y dése al conjunto el nombre de "Sala de fiesta," y aquella ornamentacion hallará su razon de sér, su frescura y su alegría; y aquella frialdad desoladora, aquel vacío siniestramente irónico harán lugar a la animacion y al movimiento de la vida.

Constantinopla habia caído en las manos de los musulmanes; la filosofía y el arte greco-bizantinos, y las bellas ciencias del Oriente hallaban en Italia, en la corte fastuosa de los altivos Médicis, asilo y proteccion, y en cambio daban á la dinastía nueva un lustre maravilloso. Llevaba la tiara un Médicis, y los tesoros de la Ciudad eterna, descuidados hasta entónces, se veían enlazados con los recuerdos de la Grecia, y daban nacimiento a un nuevo período del arte, el período mitológico cristiano. El culto era celebrado en los templos paganos; Vénus recibia los mismos honores que la Madre del verdadero Dios; habia complacencia en asociar los usos de la antigüedad a los de los tiempos modernos, y a esto se llamaba *filosofía*.

Vióse entónces producirse un vuelo poderoso y audaz: los hombres descubrieron que los dioses de la antigüedad eran representados en forma humana; y el orgullo sensual, que en su orígen, produjo grandes cosas en el arte y en la ciencia, se apoderó de los corazones, depositando en ellos el gérmen del ateismo. Los príncipes, dando el ejemplo, se consideraron como divinidades, y despreciaron al Dios de sus padres, a su antiguo Dios; no prote-

gieron ya a la religion sino como una institucion cómoda para el uso de sus súbditos.

En Francia, Francisco I introdujo el culto de la sirena, que cubrió con el nimbo fascinador de las artes de Italia; Catarina de Médicis se mostró harto celosa en servirles de Afrodita, y Luis XIV se jupiterizó completamente. La vanidad insaciable y la divinizacion de la sensualidad fueron la filosofía favorita de los soberanos. José II, el protector de los pueblos, entró tambien en el movimiento. Las bellas inteligencias que recibian pensiones de los reyes, y cuyo tipo debe verse en Voltaire, se encargaron de poner a los pueblos en estado de sacar las consecuencias prácticas de sus ideas. La Francia medio salvó a la Italia concentrando en Versalles el nimbo mitológico; pero pagó esta gloria con su mas pura sangre.

Los sepulcros de los Médicis no provocan mas que pensamientos repugnantes y siniestros.

El *Palazzo degli Uffizi* es un edificio conocido en el viejo estilo italiano, abriéndose en ángulo recto sobre la plaza del *Palazzo Vecchio*, y sostenido por pórticos, en los que se ven las estatuas de los grandes hombres florentinos, entre otras la de Cosme I, el fundador de este magnífico palacio. Una hermosa escalera, igualmente adornada de estatuas, conduce por un vestíbulo al primer piso, que consiste en dos galerías longitudinales y una galería trasversal que da sobre el Arno; allí es en donde bajo el nombre de galería *degli Uffizi*, se encuentra la más hermosa coleccion de objetos de arte que existe en el mundo.

En el primer vestíbulo me detuve con el más vivo interes delante de los bustos de los Médicis, iniciadores del último é incomparable renacimiento artístico segun las tradiciones de la antigüedad. Esta ilustre familia, ofrece con los venecianos un ejemplo, único en la historia, de comerciantes que han creado y fundado para siempre grandes cosas, y que han sabido rodearse de una aureola de inmortalidad con su influencia en el dominio de las artes. Los Médicis, como la aristocracia veneciana, han sido una prueba viviente y gloriosa de que los hombres dedicados al comercio pueden tener otro culto que el de Mammon, y que se puede subir en este mundo por la riqueza sin ser un advenedizo: esos opulentos banqueros se elevaron por su fortuna al rango de

los príncipes, y los hijos de los reyes de la Europa no tardaron en pretender la mano de las bellas princesas de la Etruria.

Penetramos luego en la sala de *Niobe*, y contemplamos con admiracion aquel grupo maravilloso, una de las obras maestras de la escultura antigua. Un decreto de los dioses ha hecho transmitir y eternizado en el mármol esta memorable tragedia en su momento mas conmovedor y mas augusto, y como petrificado la expresion viva y dolorosa de aquella alma, para conservarla a la posteridad. Niobe y sus hijos eran de una belleza demasiado divina para que sus nobles formas pudiesen caer en polvo; el arte los ha hecho inmortales como la venganza de Latona. Este grupo fué descubierto en 1583, cerca de la puerta de San Pablo, en la ciudad eterna: instalado primero en la villa Médicis, Pedro Leopoldo (Leopoldo II de Austria) lo hizo transportar en 1775 al museo de Florencia: no podia ser peor colocado que en medio de aquella gran sala sin elegancia y sin gusto, rodeada de paredes blanqueadas, pues una obra importante y bella exige un cortejo apropiado.

Este trozo, que un pasaje un poco vago de Plinio, ha hecho atribuir a Scopas, el maestro de Fidias y de Praxiteles, decoraba el friso de un templo, como lo indican evidentemente las proporciones respectivas y el movimiento de las diferentes figuras. La madre con la mas jóven de sus hijas; un jóven que se adelanta y que trata de cubrirse con el brazo derecho; la hija que se inclina y con el brazo izquierdo se hace de su manto un escudo contra los dardos de la diosa; estas tres figuras son incontestablemente las mas bellas de esta obra maestra incomparable. La desesperacion y la angustia de la muerte, la vista de la sangre que corre de la herida de su hermano, han hecho arrodillarse a la mas jóven de las hijas, que se apoya en su madre como en una columna: sus cabellos sueltos flotan sobre sus espaldas y su esbelto talle; su brazo se levanta con un movimiento lleno de angustia, miéntras que la madre la estrecha sobre su seno y va a conocer por la muerte de su hijo mas jóven, el apogeo del dolor humano. En las otras dos figuras se admira tambien el movimiento, la estructura admirable de los miembros, la delicadeza exquisita de las formas, y el arte magistral del vestido. Noble es la sangre que derraman los dardos de Apolo y de Diana, y con dignidad sublime sucumben Niobe y sus

hijos bajo los golpes vengadores del destino: es un drama augusto é incomparable el que aquí vemos representado en el mármol. La parte superior de los muros está tambien decorada con un cierto número de cuadros, entre los cuales se notan dos Rubens: Enrique IV en la batalla de Ivry, y su entrada en Paris. Rubens despliega en ellos todos los recursos de su imaginacion, y aquel maravilloso talento de manejar las masas que nadie igualó nunca: ¡qué desgracia que prodigue tanto la carne y las formas exuberantes!

Este defecto, que en rigor es ménos impropio en semejante asunto, se hace notar principalmente en la *Bacanal*, que encontramos ahora en la sala del *Barroccio*: hallaríamos, segun creo, su explicacion en los dos excelentes retratos de sus dos mujeres, Isabel Brand y Elena Forman, cuyas formas opulentas y resplandeciente frescura, han debido servir de tipo al pincel de Rubens. Por lo demas, soy entusiasta admirador de los retratos de este maestro. Son mas que retratos, son obras vivientes en las que se pueden hacer estudios de fisonomías: su mérito no se limita solamente á la semejanza corporal: la expresion de la vida y del alma, el poder y la energía de la mirada, son de un efecto imponente y mágico. Aquellas figuras son de interesantes personajes en quienes se puede fijar libremente la vista y contemplarlos al antojo, que se tiene placer en mirar cara á cara, y en cuya sociedad está uno á su gusto y *sans gêne*.[1] mientras que las curas de Van-Dyck son como seres de una naturaleza superior que nos imponen el recogimiento y el respeto.

En las *salas de los retratos de los pintores* halla mas tres estrellas favoritas del cielo de la pintura: Rafael, Rubens y Van-Dyck. Serio y soñador, consumido por un ardor profundo, su energía viril, pero su debilidad humana, especie de ser intermediario y melancólico, que solo tiene de la tierra una fuerza delicada y nervosa, medio quebrado, medio genio, con una mirada profunda, llena de una dulce languidez, así se nos aparece Rafael en un retrato admirable que responde mejor al espíritu de sus obras, que el cuadro de la galería de Florencia. Es su rostro, el joven que ves mas alto que todos los demas, que en el estudio del amor mas

(1) En franceses en el texto.

ardiente, expresó con la pintura una filosofía profundamente religiosa, y que en el exceso mismo del sentimiento no perdió nada de la severidad inteligente y de la fuerza.

Van-Dyck es grande y hermoso como sus admirables personajes: es el pintor de los príncipes y de los grandes de este mundo; un artista aristocrático y dinástico, y su retrato nos lo representa perfectamente bien, lleno de dignidad, de nobleza y de genio.

Rubens, nos ha dejado su cara; semblante voluptuoso y casi impudente; de mirada atrevida que ha saboreado ya muchas cosas; un bigote finamente retorcido, una expresion sana y vigorosa: pintaba con jovialidad, amaba la plenitud de las formas y la frescura de las carnes rodeadas de guirnaldas báquicas, y este mismo hombre era capaz de crear con una fe enérgica un Francisco Javier sublime, y un imponente Loyola: todo esto está expresado y se lee en las facciones del vividor.—Rafael sucumbió al ardor que lo consumia lentamente; Rubens, florecia en el seno de los goces y de las alegrías de la vida, y de ellos tomaba su fuerza para producir grandes obras.

En medio de la primera de estas dos salas de retratos, se halla una de las obras maestras de la escultura antigua, el *Vaso de Médicis*, que pertenece a la grande época del arte griego y ha sido tallado en el mármol mas hermoso: un gracioso feston de pámpanos encuadra un admirable bajorelieve que representa el sacrificio de Ifigenie. Este vaso, cuyos detalles, no ménos que su conjunto, son de una gracia y de una nobleza exquisitas, nos ha llegado en estado maravilloso de conservacion. Segun dicen los conocedores, habrá servido, como todos los otros vasos del mismo género, para mezclar el agua y el vino en las comidas, y no es otra cosa que lo que se llamaba una crátera. Este ejemplo, además de tantos otros, nos muestra hasta qué punto los antiguos, y sobre todo los griegos, sabian rodearse de un lujo artístico, rico y distinguido a la vez, que es desconocido en nuestra época: digo «sobre todo los griegos,» porque entre los romanos empezaban ya a prevalecer la exuberancia y el recargo, y la decadencia fué rápida. Mas ¡qué fiesta para los ojos, la de trabajar ó entregarse á la alegría de los festines en presencia de formas tan bellas!

Dos salas contienen las obras maestras de la escuela veneciana.

Para conocer y apreciar la riqueza de dibujo, el colorido siempre fresco, luminoso y vivo de estos maestros, es necesario haber estudiado despacio *l'Academia delle Belli Arti* de Venecia; es necesario haber visto los palacios de la ciudad de los mares, donde a la gravedad diplomática de la Europa se une la originalidad pintoresca y el fanatismo del Oriente, para comprender la imponente mezcla de nobleza y de belleza, de gravedad apasionada y de ardor profundo que ha dejado su sello en sus cuadros, y les da tan gran carácter. Ticiano, Pablo Veroneso, Páris Bordone, Palma, solo pintan *nobili*, personajes aristocráticos cuyos nombres están inscritos en el libro de oro, y que nos miran con una sonrisa llena de condescendencia y de orgullo. Se necesita deslizarse dulcemente en góndola a través de las lagunas de Venecia, en aquella atmósfera tibia y suave, en medio de los vestigios del antiguo esplendor aristocrático, para comprender y juzgar las obras de estos pintores.

Florencia posée una perla inestimable de la escuela Veneciana, la Flora del Ticiano, belleza soberbia y opulenta, altiva y seductora a la vez: el óvalo gracioso de la cara descansa plácidamente entre las ondas doradas de la cabellera, un velo trasparente dibuja los contornos de un seno deslumbrante de blancura, y en la mano izquierda tiene las flores de que viene á esta obra maestra el nombre de Flora: pero es mas bien una bella aristócrata educada en la púrpura y el oro, una hija de dux, que una graciosa diosa de la primavera; las flores no son mas que un juguete en sus dedos, no son ni el objeto de sus cuidados, ni el atributo de su persona. Llegábamos por fin al templo de los templos: un estremecimiento de alegría se apoderó de nosotros.... acabábamos de columbrar las puertas de la *Tribuna*. Solo teniamos que atravesar una sala de la escuela italiana, en la que nuestra impaciencia únicamente nos permitió admirar una cabeza de Medusa, de energía estremecedora, llena de terrores petrificantes, obra del Caravaggio—y con una emocion religiosa penetramos en ese santuario del mundo artístico, en aquella coleccion siempre jóven de las flores mas exquisitas que hayan visto abrirse los siglos, y que el grande espíritu de los Médicis recogió para formar la mas bella y la mas perfumada de las coronas.

La sala octogonal, tendida de rojo oscuro, está cerrada por una cúpula adornada de brillante nácar: tres puertas conducen a ella, una que da sobre un corredor lleno de estatuas, las otras dos dan sobre salas adyacentes. Una luz favorable cae de arriba por una serie de ventanas dispuestas circularmente, y por medio de cortinas puede concentrarse en ciertos puntos: el pavimento de mármol, es de un dibujo complicado. La arquitectura de la Tribuna, que debemos a Bernardo Buontalenti, produce ya por sí sola una impresion de calma misteriosa y de gravedad que elevan el alma a las regiones superiores; de la cúpula desciende una luz delicada que ilumina maravillosamente el objeto que se quiere ver, y envuelve todo lo demas en media sombra. Las obras maestras de la pintura consagradas por la admiracion de los siglos, reinan majestuosamente en cuadros dorados de una gran riqueza, a los que los años han hecho perder, sin embargo, lo que su brillo podia tener de demasiado vivo: estos cuadros se destacan en un fondo de púrpura, color de los reyes y de las altas dignidades de la Iglesia, que, sin turbar ni distraer la mirada, hace resaltar el objeto principal, y esparce alrededor de él un nimbo de austeridad. Una claridad dulce y discreta envuelve tambien la otra série de obras maestras, la corona de flores de la estatuaria antigua, cuyas nobles formas se desprenden luminosas como un sueño en una noche de estío, y parecen reunirse para el baile de los dioses. El efecto de la Tribuna es de rara y filosófica armonía: las escuelas mas diversas, los ideales de todas las edades se hallan allí asociados por un poder que penetra y armoniza todas las cosas, el poder del arte; un ambiente de nobleza superior se derrama sobre vos en el momento de entrar en aquel santuario, y sin cegaros, porque el arte verdadero no ciega nunca, os fascina con su encanto mágico y misterioso.

Pasé el umbral con el sentimiento de que me acercaba a algo de extraordinario; me decia a mí mismo: «¿Qué vas a descubrir? ¿Hallarás lo que se te ha prometido?» Y paseaba a mi rededor miradas furtivas y ansiosas. Además, me sentia sobrecogido de una cortedad singular en presencia de lo que se llama la indecencia del arte, en presencia del libre desnudo: temia que no me dejase gozar a mi sabor de la calma y aspecto puro de la belleza, y que no

me permitiese mas que miradas furtivas. Pero, de repente, me encontré delante de la *Vénus de Médicis*, y en el momento despertó en mí el verdadero sentimiento del arte, el entusiasmo del arte que no conoce nada deshonesto, que no vé mas que lo superior, lo transfigurado, y mi confusion desapareció. Afródita salia risueña de la espuma del mar: bajo el cielo del mediodía, levantadas por el zéfiro, las olas doradas bailaban y saltaban hácia la ribera: sus perlas húmedas se unieron y fijaron, y del seno de las ondas murmurantes, acariciada por las brisas embalsamadas, brotó, como una flor cubierta de rocío, una mujer demasiado bella para ser nacida de carne y de sangre, una idea poética dada por el elemento líquido á la realidad. Este sueño de la imaginacion. Cleomenes, hijo de Apolodoro el ateniense, lo soñó en mármol. La hija de las olas, la diosa del amor y de la seduccion se nos aparece completa desde su nacimiento, cubierta de amable é inconsciente pudor: el sol acaba apénas de secar con sus besos el rocío del mar en aquellos miembros graciosamente redondeados, que ningun velo importuno oprime, que los brazaletes y las cadenas no embarazan todavía. Está desnuda; y sin embargo, la armonía de su belleza, nacida de los elementos mas puros, no deja ver ningun defecto; es ella demasiado perfecta para permitir el análisis de la mirada. El mármol en esta estatua deja de ser mármol: las manos delicadas separadas del cuerpo, están como penetradas de vida; en aquel seno virginal se agita un aliento primaveral; los flexibles miembros se inclinan muelle y tímidamente hácia delante; el pié derecho se levanta dulcemente, y Afródita acaba de salir de la onda para deslizarse ligeramente por las flores.

Esta preciosa perla del arte plástico, fué descubierta en Tívoli en la Villa Adriana, pero quebrada en trece pedazos que una mano hábil reunió tan bien, que las suturas no molestan en manera la vista. Por el año de 1680, bajo el pontificado de Inocencio XI y el gobierno de Cosme III, la Vénus de Médicis fué comprada con el *Apollino* y trasladada a Florencia; bajo Napoleon, debió seguir a Paris a los ejércitos franceses, víctima del entusiasmo forzado por las bellas artes, que enriquecia entónces la capital del mundo. ¡Profanacion monstruosa! Fué reemplazada durante su ausencia por la Vénus de Canova, y la diosa de ópera, fruto de una

espuma de olas de papel, fué la sucesora de la bella Afrodita hija de la onda amarga! Pero Napoleon cayó: la juventud de Venecia pudo saber á su vez en la plaza de San Márcos lo que es un caballo, y la Vénus de Médicis volvió a su trono al medio de sus antiguos amigos.

El grupo de los *Luchadores* está lleno de verdad y de vida; es una imágen fiel y atrevidamente concebida de la fuerza y de la belleza antiguas: nos traslada á los tiempos de los juegos olímpicos, hácia aquella juventud del mundo en que el cuerpo no sucumbia como hoy bajo el desbordamiento enfermizo de las fuerzas intelectuales, en que habia armonía entre lo físico y lo moral, en que el hombre no era completo sino a condicion de ser sano y vigoroso. Vése a los atletas asirse animados por los aplausos de una muchedumbre entusiasta: la lucha está indecisa, la asistencia palpitante los contempla y se pregunta quién será el vencedor; ambos son de una fuerza hercúlea; los ojos brillan, los músculos se tienden, se les tomaria por dos leones en un combate encarnizado; de repente caen en la arena del Circo, una ligera nube de polvo los sustrae á las miradas, pero pronto reaparecen: el vencido quiere levantarse, pero el otro lo agarra ya por el hombro, y apoyándole sobre el flanco su rodilla nervosa, hace inútiles todos los valientes esfuerzos de su brazo: en medio del entusiasmo universal, espera así triunfante la corona del vencedor. La Grecia entera ha asistido al combate: he allí su recompensa. Este momento, el mas interesante de la lucha, cuando el vencedor tiene a su adversario tendido bajo de él, es el que el artista ha fijado en el mármol y conservado a la posteridad.

El ciclo de la estatuaria habia sido recorrido. Despues de haber contemplado las mas nobles formas, despues de haber admirado la vida poderosa que el arte antiguo sabia dar a la piedra, quedaba ahora que contemplar la magnificencia mas serena de los colores. Quisiera poder reunir con el recuerdo mis sentimientos de entónces, y tratar de expresarlos con la mayor exactitud posible. Ya he hablado del desarrollo de Rafael, del nacimiento de su mundo ideal y florido, de la melodía, de la armonía cada vez mas arrebatadora de sus sinfonías de colores, de la revelacion progresiva de su alma de artista, como gran discípulo primero, y en fin, como maestro

presa de un ardor sublime que lo consume lentamente. Esta progresion gloriosa, esta subida al cielo, nos las hace estudiar la Tribuna en una série notable de escalones infinitamente preciosa para la observacion del pensador: de cuadro en cuadro llegamos a la obra maestra de las obras maestras, a la deslumbradora Fornarina.

Ábrese la série por una *mujer florentina* con un anillo en el dedo, una pequeña cruz de oro en el cuello, y una larga cabellera que cae sobre sus hombros: amable y dulce imágen llena de inocencia algo arcaica todavía, de contornos un poco duros como los de una figura cincelada. Si Rafael hubiese permanecido siempre a este nivel, difícilmente habria obtenido la entrada en la Tribuna. En el cuadro de la *Vírgen del Jilguero*, las figuras comienzan a moverse rafaelícamente: los miembros se dibujan, el cuerpo y las facciones adquieren flexibilidad, el delicioso Niño Jesus se apoya graciosamente en la floreciente Madre, y vuelve afectuosamente la cabeza hácia su primer amigo, el pequeño San Juan. Rafael despierta, pero es todavía un despertar terrenal, despues de un sueño encantador y benéfico: esta obra lleva la impresion de la felicidad y de la paz; mas yo la encuentro demasiado agradable, como lo seria por ejemplo, un cuadro del Correggio: esta faz de su talento es peligrosa para Rafael: ¿no es de temerse que se complazca en esta paz encantadora, en este idilio voluptuoso y florido y que se deje adormecer por el perfume demasiado suave de estas flores? ¿no debe temerse que su ardiente fuego palidezca para desvanecerse y deshacerse en un crepúsculo de rosa? Pero no, las grandes almas tienen su camino trazado, y saben arrojar léjos de sí los dulces lazos que las detienen: el idilio solo es vida para los débiles: para los grandes y los fuertes, es un juego.

La otra Madona, la que llaman *Madonna del Pozzo*, indica ya, por lo profundo de la expresion, por el mayor vigor del colorido, que el maestro ha recibido como revelaciones de un mundo superior, aunque aquí los movimientos sean demasiado precipitados y bruscos, y todavía no aparezca la calma celeste, imponente y victoriosa. El jóven *San Juan* en el desierto pertenece al período de la ciencia y del ardiente entusiasmo. El triunfo del color, la filosofía del arte se manifiestan ya en este cuadro; y sin embargo, no

me causó, como tampoco el retrato del *Papa Julio II*, profunda impresion; acaso provenga esto, por lo que hace al primero, de una restauracion desgraciada que ha dado a la pintura algo de duro y de demasiado barnizado; verdad es tambien que lo deja en la sombra el cuadro vecino a que ahora llegamos, el cuadro que abre la gloriosa carrera del periodo luminoso, ardiente é inflamado, la obra incomparable que engendró el amor inmenso del grande artista.

Abismados en la contemplacion y embriagados de amor, los grandes ojos melancólicos de Rafael se dirigian del objeto amado a la imágen que pintaba. El amor conducia el corazon y la mano, el amor daba los colores y dibujaba las facciones; un beso del alma insuflaba en la obra creada el espíritu inmortal, y el tipo ideal de Rafael, la pensativa y soberbia Fornarina, era transmitido para siempre a la posteridad. En este cuadro el maestro alcanza por primera vez la perfeccion: necesitaba poseer aquella perla de belleza femenil, para entrar como Dante en el paraíso, conducido por su Beatriz. La Fornarina es uno de aquellos melancólicos y encantadores rostros, cuya dulzura serena ejerce una seduccion infinita. Grandes ojos morenos, ardientes y distraidos; largas y rectas pestañas, acaso demasiado pronunciadas; frente deslumbradora, ancha y poco elevada como el tipo antiguo, radiante de nobleza y majestad; hermosa nariz recta, ancha y fuerte en su nacimiento, indicio de un carácter firme y enérgico; boca graciosa, de labio inferior ligeramente grueso, y animada de melancólica sonrisa; una vivísima carnacion impregnada de los calientes y vivificantes rayos del sol de Roma; abundante cabellera castaña adornada con una guirnalda ligera de hojas de oro; seno palpitante bajo un corpiño de terciopelo azul, del cual se desprende una túnica trasparente y vaporosa; mano fina, y sin embargo vigorosa que termina un brazo soberbio y que juega con la muelle pelliza que cae del hombro; todo esto expresado con los tintes mas calientes, é impregnado de un ardiente lustre meridional por el genio creador de Rafael, forma un conjunto maravilloso, una obra maestra verdaderamente incomparable; y así como la Vénus de Médicis es el mas hermoso diamante de la Tribuna, se puede decir que la Fornarina es su rubí mas resplandeciente. Volvia con frecuencia á este cuadro para abismar en él mi alma,

para sumergir en él todo mi sér, y siempre experimentaba nueva embriaguez, nueva seduccion. El rango que la Madona de San Sixto ocupa en el mundo celeste de la pintura, lo ocupa la Fornarina en el mundo terrestre.

Hallé tambien dos cuadros de mi amigo Van Dyck: *Juan de Montfort*, vestido de negro, fisonomía hermosa y expresiva, y llena de nobleza y de vida, verdadero pasaje histórico; y *Cárlos V* montado en gran caballo español con su armadura completa, y una águila majestuosa que sostiene sobre su cabeza una corona de laurel. El que quiera comprender al gran emperador y su gloriosa carrera; el que quiera conocer al altivo monarca, en cuyos estados no se ponia el sol; al que hacia retumbar como un trueno mas allá del Océano el famoso *plus ultra*, y hacia esculpir como emblema en los monumentos de su grandeza, el fuego del rayo olímpico al lado de las columnas de Hércules, acérquese a este cuadro, y un estremecimiento de respeto y entusiasmo penetrará hasta lo mas íntimo de su ser en presencia de aquella suprema majestad. El *derecho divino* refulge en aquella frente imperiosa y grave. Demasiado grande para sentirse lisonjeado por los homenajes de los hombres encorvados ante él en el polvo, el altivo Hapsburgo, revestido de armadura de hierro, con la mano apoyada en un baston de mariscal, reina sobre un noble corcel de vigorosas formas, que parece tener conciencia de su gloriosa carga, incomparable pedestal para un soberano guerrero. El águila, emblema de los Hapsburgos, y como tal símbolo de la victoria, se cierne sobre Cárlos para coronar de laurel su noble cabeza. Decia hace poco que Van Dyck habia pintado la historia eternizando en sus austeros colores el inmortal espíritu de los grandes hombres: él lo ha mostrado del modo mas eminente en este cuadro, que era tal vez la tarea mas difícil que un artista de su siglo pudiese proponerse; porque, ¡cómo pintar al que se siente el primero en el mundo: al que, exceptuando a su Creador, no reconoce superior; al que se atreve con un orgullo indomable a sitiar al Papa en su castillo de San Angel; al que cuenta a un rey de Francia en el número de sus prisioneros, y al que recibe de las inspiraciones de su genio, el gran secreto de que no es bueno esperar en el trono luminoso el pálido crepúsculo para morir con la muerte de los mortales!

Rubens tiene suyo en la Tribuna *al Hércules* en presencia de su doble camino; robusta y enérgica figura, sana y fresca como todo lo que ha creado el vigoroso flamenco: este cuadro desgraciadamente está colocado demasiado alto. El grande artista, segun yo, ha hecho cosas muy superiores que darian mas alta idea de su talento en medio de aquella coleccion de obras maestras.

Lo mismo sucede con el Ticiano, cuyas dos *Vénus acostadas* son seguramente mujeres hermosas; pero mujeres que no tienen nada absolutamente del puro y noble espíritu de la diosa. Admíranse en ellas los contornos voluptuosos, los miembros demasiado redondeados y de una molicie seductora, cuya anatomía sanguínea está ejecutada con una delicadeza y un modelado maravilloso; pero estas dos figuras quedan mas bien como tipos incomparables de belleza femenina, que como imágenes en que se refleja un pensamiento noble y elevado. Dícese que una de ellas tuvo por modelo a la amiga del Ticiano, hija de Palma Vecchio; de esta manera se explicaria fácilmente la falta de ideal de la cabeza.

De sentirse es que no se halle aquí para representar al Ticiano su *Dinero de César* del museo de Dresde. En este cuadro nos hace ver al Cristo como hasta hoy ningun otro pintor ha logrado representarlo, reuniendo en un solo y mismo ser, las dos naturalezas, divina y humana, con una expresion de melancolía y de nobleza superior, con una mirada que confunde el mal, que descubre y ensalza el bien; con una mirada a la vez penetrante y llena de dulzura que parece decir: «dad a Dios lo que es de Dios, y a César lo que es de César;» y confunde y anonada a los astutos fariseos. El artista ha expresado con ayuda de las dos figuras principales un contraste como yo no lo habia visto nunca: a la derecha está el principio de la mayor pureza que haya existido en la tierra, la alta é imponente figura del Salvador, de facciones materialmente delicadas y moralmente enérgicas; a la izquierda el astuto y grosero fariseo, de tez morena y rojiza, el mas vulgar de los tipos judíos; la pieza de oro, el lazo pérfidamente tendido acerca las manos de los dos personajes; el puño negro y huesoso del malvado tiene la pieza brillante, y la mano derecha de Cristo, blanca, delicada, destinada únicamente para partir el pan y para curar por virtud sobrenatural, la muestra con el dedo. El que sabe

comprender y apreciar la filosofía profunda y la palpitante verdad de este cuadro, sentirá siempre que el autor de semejante obra maestra solo esté representado en la Tribuna por las dos mujeres desnudas.

Tampoco han sido olvidados nuestro viejo Dürer, ni el rosado y duro Cranach, y se ha dado ancha parte a nuestro antiguo arte nacional. Las obras de estos viejos maestros «me inspiran [1] una admiracion mezclada de cierto deseo de sonreir, como lo haria, por ejemplo, la vista de un anciano demasiado decrépito. Alberto Dürer especialmente, me impone como el representante de la legitimidad en el arte: personaje lleno de noble dignidad que inspira confianza. Sus obras resúmen el carácter del estilo gótico; hacen nacer tal estado de inocente, y sin embargo serio ensueño, que provoca en la sombra de las antiguas bóvedas, aquellas mil audaces fantasías, en que la piedra, trasformada en encaje, en follaje, en ojiva, reviste tintes sangrientos, y produce la imágen de un mundo sobrenatural.» Si las obras de Dürer son algunas veces duras y un poco ásperas, siéntese en ellas, sin embargo, la inspiracion de una alma bella. El patriarca de la pintura alemana está representado aquí por una *Adoracion de los Magos*, exquisita creacion llena de gracia infantil y concebida en el estilo mas elevado. En fin, el enérgico y vigoroso pincel de Lúcas Cranach nos ha representado á nuestros primeros padres en el estado de naturaleza: aquel Adan y aquella Eva, son ciertamente la mas noble pareja de la raza mas noble de animales.

Que un príncipe felizmente dotado de espíritu superior, emprenda un dia reunir en las salas suntuosas de su palacio una sociedad perteneciente a las condiciones y a las especialidades mas diversas, a las edades mas diferentes, a las creencias mas opuestas, haciéndolo con la sola mira de establecer entre todos un vínculo moral, el vínculo del gusto y del sentimiento delicado, y esa sociedad, a despecho de los contrastes y de la etiqueta, producirá una pasta excelente que, con el auxilio de una ligera fermentacion moral, compondrá un plato de los mas sabrosos y mas exquisitos.

[1] Estas pocas líneas están tomadas de un pasaje muy fielmente traducido por M. C. Saidan, en su estudio titulado: JUICIOS DE MAXIMILIANO SOBRE LAS BELLAS ARTES.

Se entregarán a las conversaciones mas interesantes, sin incidir nunca en irritantes discusiones; se excitarán mutuamente sin hacerlo demasiado; la fria y mortal seriedad será proscrita severamente, y jamás el fastidio hará contar las horas. La coleccion de las obras maestras de la Tribuna se parece a semejante sociedad: Adan y Eva, monarcas y Madonas, Vénus y Apolo, bacantes, niños Jesus, faunos sumergidos en la embriaguez, los tiempos de Rafael y de Praxiteles, todo esto está confundido y armonizado por el sentimiento verdadero y el gusto del arte. Este gusto desgraciadamente hace falta en muchas colecciones que se titulan colecciones artísticas, y que os hacen deplorar las fatigosas horas que les habeis consagrado. Aquí los Médicis estuvieron felizmente inspirados: les debo horas que contaré siempre entre las mas hermosas de mi vida. La sociedad reunida en la Tribuna, merece por sí sola que se haga un gran viaje á Florencia, y sentí amargamente el no poder permanecer en esta ciudad mas que cinco dias.

Liorna, 1º de Setiembre de 1851.

Fuí a comer por última vez en familia al palacio Pitti; luego el camino de hierro me lanzó léjos de mis parientes, léjos de aquella ciudad que me era tan querida, de aquel dulce valle de la paz. Mi corazon estaba profundamente triste, porque hacia largo tiempo que no me habia acontecido el pasar semejantes horas consagradas al arte y en la contemplacion de la naturaleza; horas tan saludables para el alma y llenas de un goce tan noble. Allí me habia iniciado en la amistad íntima del grande arte, y habia visto desarrollarse delante de mí en la progresion ascendente de sus obras, las carreras luminosas de los mas bellos genios; habia aprendido a conocer su orígen y a comprender su término; habia seguido la obra incesante de los siglos conducida é inspirada por el sentimiento entusiasta del arte.

Florencia en el valle del Arno es como una alma bella y sensible, habitante inmaculada de un cuerpo jóven y hermoso: une en una florescencia maravillosa, la nobleza y la pureza virginal a la ele-

vacion de la inteligencia y a la generosidad del corazon. ¡Cómo quereis que un jóven prendado de la belleza ideal no se inflamase en místico amor por aquel ser de una naturaleza superior, no se sintiese atacado de un mal delicioso, que no le penetrase de una aspiracion inefable unida a una admiracion entusiasta, que no se sintiese feliz a su lado abismado en el éxtasis, y que la ausencia del objeto amado no lo llenase de dolor y de amargura! Nápoles no se le presentaba sino como una belleza sensual, como una mujer encantadora y voluptuosa, destinada a la embriaguez y al deleite de un momento: no necesitaba sino de los abrazos de Partenope para pasar en la embriaguez las deliciosas horas del presente; miéntras que debe comprender a Florencia para adorarla y para aprender a conocer a los piés de este ídolo, el presente por el estudio del pasado.

Miraba con frecuencia fuera del wagon, y veía desaparecer con demasiada rapidez la ciudad y sus altas cúpulas. El hombre es ávido de emociones: le sucede con frecuencia prolongar de una manera inconsciente los dolores del adios; con deleite amargo bebe a grandes tragos el dulce veneno de la melancolía.

Tambien me era muy penoso dejar a mis queridos parientes de Pisa. ¡Cuánto reconocimiento no les debo por el afecto fraternal que no cesaron de manifestarme durante el tiempo desgraciadamente cortísimo que pasé entre ellos! ¡Con qué felicidad los hubiera seguido a Marlia! Pero la fragata tenia sus momentos contados, y su itinerario, de que no podiamos apartarnos. Llegamos de noche a Liorna, el 2 de Setiembre: alcanzamos en barca a la Novara, que momentos despues levó anclas, y las riberas amadas de la Italia se alejaron lentamente. Por largo tiempo todavía ví desde mi camarote las cimas de las montañas que flotaban sobre las olas, y hubiera querido tener alas para hendir como el pájaro los campos azulados del aire é irme a reposar a sus piés.

¡A España! es, sin embargo, un llamamiento seductor que resuena en el corazon como una melodía dorada y llena la imaginacion de cuentos románticos, del perfume de las rosas y de sueños moriscos: el buque nos llevaba en su rápida carrera, y no debiamos detenernos ya sino en las costas bañadas por el sol de Andalucía.

Y sin embargo, ¡singular contradiccion de la naturaleza humana! me sentia penetrado de tristeza, y como atacado de no sé qué mal del país: esto turbó un instante el placer del viaje. El cuerpo y el espíritu estaban sin duda mal dispuestos; pero España me curará con el bálsamo de sus flores.

ESPAÑA

CAPÍTULO TERCERO

SEVILLA Y LA ANDALUCIA

Cádiz, 12 de Setiembre de 1851.

La travesía de Liorna a España duró del 1.º al 12 de Setiembre. Los vientos contrarios de los primeros dias retardaron nuestro viaje; pero desde el cabo Palos el buque surcó con admirable rapidez hasta hilar doce millas por hora.

La isla de Elba desapareció pronto a nuestra vista: por largo tiempo vimos el país natal de Napoleon, con sus montes escarpados y su capital Bastia, brillando al sol en lontananza, y mas léjos aún las montañas del país que fué teatro de la actividad excesiva y férvida del grande hombre; pero las costas de Francia no aparecieron mas que un instante.

El aspecto mas curioso fué en seguida el de Gibraltar, de esta poderosa columna de Hércules, sobre la que el dios de la fuerza física grabó prematuramente el *non plus ultra:* súbitamente aparece una roca, ó mejor dicho, una montaña que se lanza atrevidamente hácia el cielo, colocada como terrible centinela entre dos mares eternamente espumantes y eternamente navegados: aquella no es una forma engendrada por la naturaleza; es mas bien un monumento misterioso y singular, elevado por la mano de un dios, y de un dios de la fuerza: tomaríasele á veces por un coloso que surge bruscamente del medio del mar, a veces por un animal

carnicero que descansa bajo los rayos de un sol tropical, ó ya como una enorme y puntiaguda pirámide que se eleva en las nubes y desafia las tormentas de los siglos: es una imágen sin formas fijas; pero imágen del reposo eterno y de la fuerza majestuosa.

A los piés del Esfinge se extiende la vía marítima mas frecuentada del globo, la cinta argentina que atravesaban en otros tiempos las embarcaciones fenicias para aventurarse en el inmenso é ignoto océano, y que los hijos de Albion surcan hoy con sus *steamers* tan rápidos como la flecha, como si fuese un juego, un paseo, y como si el Mediterráneo no fuese mas que un lago agradable en el parque de las naciones, creado y conservado por ellas.

La otra orilla del Stretto no tardó en presentarse. Era una nueva parte del mundo, la tercera que veía en el curso de un año, la ardiente y cálida Africa con su blanca Ceuta, hermana gemela y muy poco imponente del majestuoso Gibraltar. ¡Siempre es agradable el poder anotar en el diario una nueva parte del mundo, aun cuando no se arribe a ella! Comprendí entónces, cuán necesario es, en general, el ver las cosas por sí mismo para rectificar sus ideas: dos imágenes de mi cosmos ideal se modificaban totalmente en presencia de la realidad: las costas de Africa y el estrecho de Gibraltar. Mi fantasía habia revestido a las primeras con el tinte pajizo y monótono de una naturaleza arenosa y desierta, miéntras que a la vista ofrecen montañas de tintes violados y azulados; en cuanto al estrecho, me lo habia figurado tan ancho, que no seria posible percibir las riberas sino en tiempo claro y sereno, y ahora veía, a pesar de que la atmósfera no era muy pura, perfectamente dibujadas las líneas de ambos continentes.

Un viento favorable nos hizo pasar rápidamente el estrecho, y desplegóse a nuestra vista el magnífico océano en su inmensidad. ¿Era una ilusion? No lo sé; pero las olas me parecian mas altas y fuertes, y de un tinte mas pálido. Por fin mis ojos podian contemplar no ya un simple mar, sino un océano sin límites que se extiende hasta el nuevo mundo, y gozaba de la dicha tan grande para un marino de haber pasado las columnas de Hércules, y de hacer resonar sobre las olas del Atlántico el soberbio *plus ultra*.

Navegábamos a lo largo de las costas de España: Tarifa acababa de desaparecer, y nos hallábamos en el campo de honor, inmor-

talizado por la victoria de Nelson, en las aguas famosas de Trafalgar, en donde la Inglaterra, bañada en sangre francesa, se levantó formidable y soberana absoluta de los mares. Por fin, en la brillante luz de una mañana radiante, apareció como un mirage, una ciudad deslumbradora, erizada de torres y torrecillas, una segunda Venecia, una imágen fantástica de la antigua y poética ciudad de los Dux. Cádiz se levantaba delante de nosotros sobre un promontorio en la llanura del mar: su primer aspecto es majestuoso ó imponente; pero acercándose mas, se convierte en alegre y gracioso, sin perder nada de su noble belleza. Hicieron llegarse para guiarnos a un piloto del país, y el dia siguiente, 12 de Setiembre, a las tres de la tarde, entrábamos en el puerto, y anclábamos en la ribera española. En la rada mostraban su gallardía los navíos, las fragatas y los bergantines de la marina real, y delante de ellos los buques de vapor y las embarcaciones mercantes: numerosas barcas cruzaban en todos sentidos; era aquel un movimiento de actividad sin igual.

Tocamos tierra en la *punta del mar*, en medio de multitud de hombres de tez morena, de ojos negros, de talle elegante, de facciones nobles y enérgicas, de cabellos de ébano, cubiertos con el sombrerito de terciopelo en forma de plato, y con polainas de cuero bordado. Pasamos la muralla exterior y nos encontramos en las calles de la antigua ciudad comercial, a la que el oro *envenenado* de la América llegaba en tiempos pasados a montones. El oro ha desaparecido y con él el antiguo esplendor, no que la ciudad no tenga hoy cierto aspecto de prosperidad y bienestar; pero no ha conservado ninguno de los monumentos de otros dias. Ya no hay en ella mas que calles largas, estrechas, y con frecuencia irregulares, formadas por casas de un blanco vivísimo con numerosos balcones cubiertos de grandes jaulas de vidrio, y llenos de loros, de flores y de lindas mujeres: la parte inferior de las casas está ocupada por tiendas que dan alguna animacion a aquellas mal empedradas calles, por las que rara vez pasan los coches y el pueblo circula de modos muy distintos, a pié, a caballo ó en mula.

En España, como en todos los países meridionales, se pasa la vida al aire libre, bajo la bóveda del cielo, con la diferencia de que aquí no hallamos aquella ruidosa agitacion, aquella batahola casi

bestial que reinan al pié del Vesubio: la seriedad y la gracia, la decencia y la dignidad, son aquí patrimonio del pueblo, lo mismo que de los grandes. Mas ¿cómo describir a las mujeres españolas? Casi todas visten de negro, color que hace resaltar mejor la belleza femenil: el velo cae elegantemente por la espalda, y se casa graciosamente con la mantilla ajustada al moño; el abanico juega constantemente entre lindos dedos flexibles y ágiles. Viejas y jóvenes llevan el mismo traje, y a unas y otras asienta muy bien el color negro: las viejas, en general, son excesivamente gordas, las jóvenes son esbeltas y ligeras, de chispeantes ojázos negros, de cabellera magnífica, de tez de marfil, de miembros finos y elegantes: en cuanto a sus piés tan ponderados, los hallé en verdad cortos, pero un poco anchos; pisan demasiado derecho al andar. Las españolas son pequeñas, pero llenas de dignidad y decencia en sus movimientos: no tienen la frivolidad de las mujeres de otros países, y saben hermanar la seriedad y la jovialidad. Este pueblo no conoce la palabra vulgaridad: mas sabe lo que es la altivez.

La vida de las calles y la lisura propia de los países meridionales se hallan aquí, con un matiz de originalidad española, y revelan a los ojos del espectador mas de un cuadro de género interesante. Como en las ciudades italianas, encuéntranse por todas partes frutas en abundancia: el asno paciente y bonachon y la vigorosa mula, son las bestias de carga preferidas: pasean por las calles sus harapos y su mugre los mas hermosos niños del mundo, verdaderos pequeñuelos de Murillo. Tres cosas me divertian principalmente en aquella multitud abigarrada: los clérigos con sus sombreros negros de una longitud espantosa que podrian servir de barquichuelo a los muchachos; los negros que ejercen el oficio de limpiabotas, y cuya presencia en este país es un indicio de frecuentes relaciones con las colonias de América . . . . y en fin, los gatos descolados que en su mayor parte estarán sin duda destinados a terminar sus dias, en lugar de liebre, en la famosa *olla podrida*.

Siendo las iglesias la primera cosa que debe verse en una ciudad extranjera, comenzamos por visitar las catedrales nueva y antigua. La nueva es un vasto é imponente edificio de estilo romano, construido todo de piedra amarilla: observamos en ella,

por la vez primera, una disposicion que es propia de las iglesias españolas, y difiere esencialmente de lo que se ve entre nosotros. El coro forma un cuadro delante de la entrada principal, abierto únicamente del lado del altar mayor, y cerrado por los lados con pared de piedra; el altar es muy elevado y está rodeado de columnas que sostienen una cúpula; a través de los arcos, se perdiben en el fondo de la nave, las diferentes capillas que contiene. El conjunto concebido en grandes y majestuosas proporciones, produce un efecto imponente y religioso.

13 de Setiembre de 1851.

Tratábase hoy de ir a Sevilla, capital de la bella Andalucía.

Como el barco no debia partir sino a las once, dimos todavía una vuelta por la ciudad y, bajo un sol ardiente y un calor tropical, visitamos el *Salon de Cristina*, paseo favorito de los habitantes de Cádiz, situado sobre un bastion que domina al mar. Son los paseos públicos, llamados ordinariamente *alamedas*, uno de los recreos de la vida española: las ciudades mas insignificantes tienen la suya; lo mismo que plazas para las corridas de toros; pero estos lugares de reunion, solo son frecuentados por las tardes. Cuando el sol inclina al horizonte su disco de fuego, levántase en el aire una brisa benéfica, y las hijas de España, dejando sus frescas moradas y sus elegantes patios sembrados de laurel-rosa y de naranjos, van, del brazo de sus adoradores, con la mantilla en la cabeza y el abanico en la mano, a pasearse en las calles de árboles que empieza a envolver una sombra misteriosa.

Nos embarcamos a bordo del «Rápido,» buquecillo que hace la travesía de Cádiz a Sevilla; el mar empezaba a agitarse, y era muy divertido ver el bamboleo de las barcas que rodeaban el buque, y observar las figuras de los pasajeros que subian al puente. Fué primero una gruesa matrona izada con todas las precauciones imaginables, agitándose entre el cielo y el agua con una emocion de las mas cómicas; siguióla una señora, pálida y lánguida, que habia sentido ya en la barca el mal precursor de la futura travesía; poco despues una familia inglesa recibia una rociada de impetuo-

sa espuma; un pobre papagayo atacado tambien en su jaula, y sin comprender nada del malestar que sufria, mascaba lastimosamente sus barrotes; un hermoso pájaro de las islas, de brillantes colores, echaba a su rededor miradas ansiosas; toda especie de animales domésticos gemian prisioneros; dos bonitos habaneros, de pelo largo y sedoso, se acurrucaban tímidamente en el fondo de una elegante canasta; todo esto se veía agrupado en pintoresca confusion alrededor de una montaña formidable de bagajes y de cofres. Procuréme un rinconcito desde donde pude contemplar a mi gusto el mundo de pasajeros que se acumulaba sobre el puente, con quienes debia hacer el viaje del Guadalquivir. Ví entónces presentarse una mujer alta y bella, de talle animado, de ojos negros y brillantes, de cabellera de ébano; estaba llena de alhajas, y llevaba la mantilla tradicional sobre magnífico túnico de raso: un abanico de laca completaba su traje, y se adelantaba triunfante en medio de un enjambre de dandys españoles, vestidos con esmero, de finos bigotes retorcidos en punta, de manos de mujercilla armadas de cañas de junco. Con dignidad de reina fué ella a sentarse en el lugar mas visible; y los señoritos que mariposeaban a su lado, la rodearon como a una diosa, felices y orgullosos con parecer encadenados por el irresistible encanto de su mirada. Al principio tomamos aquel extraño grupo por una sociedad de artistas dramáticos; mas, ¡cuál seria despues nuestra sorpresa, al saber que la mujer de vestido azul era una de las mas grandes señoras del reino, la duquesa de Medina Celi, que hacia el viaje de Sevilla con su esposo, uno de aquellos jóvenes elegantes! En San Lúcar, pequeña ciudad de las márgenes del Guadalquivir, se le reunieron la madre y una hermana muy bonita. Varias señoras, de floreciente obesidad, que pronto tuvieron que luchar con el mareo, varios eclesiásticos en vestido secular, y un número prodigioso de turbulentos y chillones muchachos acabaron de sobrecargar el espacio ya demasiado lleno.

Levóse por fin el ancla, y a poco empezaron a bailar las riberas: los dandys se pusieron pálidos y silenciosos, y se engolfaron en profundas meditaciones sobre el movimiento de las olas; las gruesas señoras se tendieron sobre los bancos de los camarotes en las posturas mas cómicas: la duquesa, al contrario, se mantuvo valien-

te y victoriosa. Nosotros tomamos con toda comodidad un excelente almuerzo en medio de los gemidos y lamentos de nuestros vecinos: nos extasiábamos delante de una pálida y soberbia española, que con los ojos cerrados é inmóbil estaba pintorescamente instalada en una butaca, medio acostada y medio sentada, y nos dejaba contemplar a sabor su admirable y blanca cara, y su elegante talle: como permanecia siempre sin cambiar de postura, la llamamos la bella muerta. Cerca de ella los perritos falderos, libres ya de su canasta, daban inquietos la guardia, como finos protectores de su ama dormida. De repente, una oleada se introdujo por la escotilla y fué a rociar a uno de los pobres dandys, que contempló tristemente su pantalon mojado.

Pero las angustias cesaron: Cádiz desapareció a nuestros ojos, y entramos en el Guadalquivir, cerca del cual un bosquecillo de palmeras se nos presentó como mensajero de calma y de paz. En la desembocadura del rio, las orillas del mar tenian aquel aspecto que mi cosmos ideal habria atribuido a las costas de Africa: eran amarillas, bajas, monótonas, y accidentadas solo por algunos oasis con casuchas de un blanco de creta: las aguas del Guadalquivir eran abundantes y terrosas, como en mi imaginacion me figurara las del Nilo. Pronto llegamos a San Lúcar, pequeña ciudad situada en un punto de la ribera, célebre por su frescura en los meses de estío. La sociedad elegante de España va allí por salud, como entre nosotros se trasporta a Hietzing ó a Ischl. Además de las dos parientas de nuestra amable duquesa (cuyo esposo supe despues tiene conmigo un vínculo de parentesco, gracias a la circunstancia de que los Medina Celi deben su orígen a un capricho de corazon de un Hapsburgo español), nuestra pobre embarcacion se vió literalmente inundada en esta estacion por una multitud de nuevos viajeros.

El calor era sufocante, la batahola y la falta de espacio nos incomodaban singularmente: empezábase apénas el viaje propiamente dicho del majestuoso rio, vieja arteria de la caliente Andalucía que unia la capital de los moros con el mar trayéndole las riquezas del país, y que por la profundidad de sus aguas permitia á los grandes barcos mercantes llegar hasta las puertas de la ciudad. Otra vez ví burladas aquí mis esperanzas: mi imaginacion, dema-

siado fecunda me representaba un Guadalquivir embellecido por los esplendores y todas las seducciones meridionales: la realidad me trasladó á las monótonas llanuras del país de los Magyares. Riberas desnudas, poco elevadas, arenosas, color de ocre, detrás de las que se extienden hasta perderse de vista vastos espacios, sin árboles ni arbustos, pobladas de avutardas, de patos, y de vez en cuando de grandes cigüeñas, verdaderas sabanas por las que se ve uno que otro gitano bastante parecido á los Caibais, con el sombrerito de terciopelo redondo, y el pesado capote de saco cuadrado con un agujero en medio para pasar la cabeza, forman un cuadro de desoladora uniformidad y de mortal melancolía. Si aquella comarca estuviese regada por las aguas fecundas del río que la atraviesa, podría organizarse en ella, como en Hungría, un cultivo regular y grandioso; pero el andaluz no trabaja mas que para satisfacer las necesidades imperiosas de la vida: recibe de Dios gratuitamente la subsistencia diaria, y en su serena indolencia no pide mas que unos higos y granadas, baila su bolero, y alimenta su alma con las apasionadas emociones de la *corrida de toros*.

Ya al fin del viaje, cuando llegó la tarde y apareció una fresca deliciosa, llegamos á percibir señales de cultura y de verdor vegetacion. Soberbios bosques de naranjos, que descendian hasta el agua de la orilla, refrescaban la vista con su sombrío follaje; verdes pradizos alternaban con ellos: un gitano en traje nacional, con la rica chaquetilla y las polainas bordadas, montado en silla alta sobre un ligero caballo enjaezado á la antigua usanza española, seguia la orilla del río: las montañas de la Sierra nevada aparecian en lontananza, y la vida parecia brotar por todas partes. El país era mas fértil, y nuestra impaciencia iba creciendo á medida que el Guadalquivir serpenteaba en sinuosidades mas numerosas, porque sentíamos que nos acercábamos al término del viaje. En seguida apareció sobre los bosques de verdura la inmensa cúpula de Sevilla, y llenos de entusiasmo cantamos con el adagio popular: «Quien no vio á Sevilla, no vio maravilla.» Una vuelta mas del río, y la ciudad se desplegaba por completo á nuestros ojos: á la derecha la soberbia catedral gótica, con su *giralda* elevándose en espiral sobre las casas y los palacios, y á su derredor, las ciudades del antiguo esplendor moresco y español, la ciudad de

la espada y de la guitarra, la ciudad de la sangre y de las flores: sobre la ribera las *Delicias*, paseo favorito de las bellas andaluzas, el palacio de San Telmo, magníficamente restaurado por el duque de Montpensier, cubierto de flores de lis de oro que reflejaban los últimos rayos del sol; la *Torre del Oro*, gran torre almenada en donde se guardaba el oro traido de América; en el rio algunos barcos descansando en agua dulce de las fatigas del mar, y mas allá el hermoso puente monumental de la reina Isabel; a la izquierda la *Triana* renombrada por sus crímenes y sus sombríos misterios, el barrio de los gitanos y de los bandidos, y a su lado, el triste término de los esfuerzos y de la actividad del hombre, un vasto cementerio con grandes cipreses y majestuosas palmeras, símbolos melancólicos de paz y de reposo.

El buque tocó tierra entre la *Torre del Oro* y el palacio de San Telmo, y entramos en la ciudad por la extremidad de las Delicias: algunas monedas nos excusaron la enojosa visita de los empleados del portazgo. La luna heria con sus rayos misteriosos y mágicos el centro de las estrechas calles, y derramaba su romántica claridad sobre las altas puertas, los ricos cornizamientos, y los adornos delicadamente esculpidos de la antigua catedral, delante de la que pasé con un sentimiento de admiracion y de respeto: una claridad misteriosa y sobrenatural dibujaba en contornos acentuados las formas mas diversas, y sin el prestigio de los colores, hacia resaltar con limpieza y a la vez con suavidad, la grandeza y la armonía del conjunto. Despues de haber dado un vistazo a la casa del Barbero de Sevilla, de quien el guia queria a fuerza hacer un personaje histórico, llegamos a la Plaza de la Constitucion ó del *Ayuntamiento*, embellecida por el magnífico edificio del mismo nombre, para dirigirnos a nuestro hotel, la *Fonda de Europa:* esta es, en toda la extension de la palabra, una construccion española, con su patio tradicional, su pórtico elegante, su ancha escalera ricamente techada, y sus pequeños cuartos con el enlosado de ladrillo, cuyas ventanas están cubiertas de bonitas esteras de paja: de estos cuartos, se sale a un gracioso balcon para oir los conciertos de la guitarra y los cantos del ruiseñor, para respirar el dulce perfume de los jazmines y de los mirtos, y para contemplar el pintoresco aspecto de la estrecha calle, en la que en cente-

nares de balcones, hay sentadas lindas mujeres, conversando y abanicándose medio ocultas a la vista por las cortinas y las flores. Una de las principales distracciones en las posadas, consiste en mirar las imágenes que entapizan las paredes. Gracias al gusto desarrollado por las bellas artes que caracteriza nuestra época, hállanse hoy en toda la Europa y aun en las otras partes del mundo, grabados que representan la historia de Genoveva de Brabante, las hazañas de Guillermo Tell, y las aventuras de ultramar de Pablo y Virginia. En las paredes de mi cuartito halle, *horribile dictu*, la historia del Judío Errante, con explicaciones en francés y en español. Así, pues, ha penetrado hasta en la Península dorada el veneno de la Francia, que semejante al mercurio siempre brillante y siempre agitado, cambia el noble y puro metal en una masa gris y sin lustre. No he leído el Judío Errante, ni le leeré nunca, porque no alcanzo el provecho de estas obras inútiles que ponen al alma en tortura: ellas no pueden procurar ni recreo, ni instrucción: no causan mas que una excitación momentánea, y solo sirven para la relajación del espíritu y del corazon. Pero qué remedio, ¿no están de moda? y los dignos posaderos españoles, no deben hacer ver al público de sus huespedes, que en el capítulo de la literatura moderna, saben estar al nivel de los hombres mas ilustrados? Continuad, y buen animo. ¡Eugenio Sue enriquecerá vuestras almas, y el odio al clero y el apoteosis de la inmoralidad, hará prosperar a vuestro país!

Desde nuestra llegada, el mozo del hotel nos anunció que al siguiente dia habia corrida de toros: estas corridas son la mayor y mas notable de las fiestas nacionales españolas: la perspectiva de ver una me llenaba de impaciencia y de alegría. Cenamos agradablemente en el encantador patio; y bajo el elegante pórtico rodeado de fresca verdura é iluminado por la dulce luz de la luna y de las lámparas, aprendí a admirar la arquitectura morisco-española. Digo «morisco-española,» porque un gran número de casas de Sevilla estan construidas en este estilo, y datan, como muestra *Fonda*, de la postrera época de los moros, o por lo menos han sido durante espulsos de esta arquitectura ligerísima y ligera, en cuanto a la forma general, si no en cuanto a la riqueza de ornamentacion. Sus patios interiores presentan un abrigo delicioso contra el

calor del dia, un lugar paradisaico en donde el pacífico habitante puede gozar a sus anchas el retiro y el reposo. Si al contrario, quiere gozar del aspecto animado de la calle, no tiene mas que salir a los balconcitos exteriores, ó abrir sencillamente la puerta y las cortinas del patio, dejando cerrada la reja de hierro que separa la calle de la casa.

Para los paseantes es un placer sin igual el echar una mirada furtiva a traves de los barrotes de esta reja hasta las profundidades misteriosas del patio, a aquel centro encantado de la vida interior; vénse entónces graciosos pórticos con piso de mármol deslumbrador, pequeños saltos de agua cuyo polvo húmedo y plateado cae ligeramente en elegantes estanques, laureles-rosas y naranjos en flòr, y en medio de todo esto a las mujeres mas bellas alumbradas por una luz dulce y velada durante el dia, y en la noche por la discreta de las lámparas ocultas en el follaje. El patio es el verdadero retiro de los graves españoles; es un producto oriental, una flor del Oriente, es el centro de la existencia interior en el palacio de los reyes como en la habitacion mas humilde; pero las casas españolas tienen una ventaja sobre las del Oriente; poseen esos balconcitos cuyo uso no podria conciliarse con las costumbres celosas y el carácter retirado de la vida árabe. Salí al mio con un *cigarrillo de papel* en la boca, y en medio del perfume de las flores, de los conciertos de la guitarra, bajo la bóveda resplandeciente de un cielo estrellado, contemplé enajenado la animacion alegre de la calle.

14 de Setiembre de 1851.

Visitamos hoy el Palacio del *Ayuntamiento* situado en la Plaza de la Constitucion. Es un hermoso edificio del siglo XVII, de columnas adornadas con arabescos y bajorelieves; desgraciadamente ha quedado sin concluir como tantos otros monumentos notables del pasado: me pareció que se ocupan poco de su conservacion. Los muros y las columnas son de creta; la arquitectura pertenece al último estilo del renacimiento que puede llamarse todavía bello y se halla en el límite de la decadencia. Aquí encontré ya recuerdos de familia, recuerdos de una época en la que la Es-

paña, bajo las alas del águila de dos cabezas, estaba en el apogeo de su grandeza, y era el imperio mas vasto del mundo, un imperio en que el sol no se ponia nunca; de una época en que el mas grande de los Hapsburgos pronunció el famoso *plus-ultra*, y abrió por las columnas de Hércules un camino al porvenir. El águila majestuosa y las columnas con la altiva divisa cubren todavía hoy las paredes del Ayuntamiento.

De esta plaza se dirige uno por una calle estrecha y horriblemente empedrada, a la catedral, la verdadera maravilla de Sevilla, y uno de los mas hermosos monumentos del arte cristiano. La gravedad del estilo gótico reina aquí bajo esas bóvedas misteriosas é inmensas recargadas de adornos y de graciosas blondas, estremeciéndose bajo el soplo de la fe; los elegantes arcos corren de pilar en pilar como otros tantos florones de una soberbia diadema; las altas ventanas de forma ojival se lanzan hácia el cielo, y sus sombrías vidrieras que solo dejan pasar una luz amortiguada y misteriosa, completan aquel conjunto verdaderamente incomparable. Vénse tambien arcos moriscos ovalados y decorados con aquella prodigalidad de adornos que caracteriza las obras de los maestros árabes y les da un carácter tan vaporoso y tan ligero; los arcos dobles con sus columnitas de mármol colocados en la mayor parte de la giralda, indican que fué construida casi en su totalidad bajo la dominacion musulmana.

A la extremidad de la nave pasamos la reja de una capilla bastante grande y de construccion nueva. Detrás del altar, una cortina encarnada cubria el sepulcro de San Fernando, mi patron. Confieso que no habia sabido nunca, ó por lo ménos habia olvidado, que este piadoso monarca estuviese sepultado en Sevilla; por lo tanto, grande impresion me produjo que el sacristan me dijese de repente que allí reposaban los huesos de aquel con cuyo nombre fuí bautizado, de quien tengo el honor de descender y a quien la Iglesia ha constituido mi principal defensor ante el trono de Dios. El sepulcro con la cortina roja está en medio, vénse á derecha é izquierda grandes nichos, y en cado uno, bajo un dosel de terciopelo, un ataúd cubierto con un paño, una corona y un cetro de oro. Dos hijos de Fernando reposan allí. Alfonso por sobrenombre el Sabio, y una de sus hermanas. Me producia una

impresion extraña el ver aquellos sepulcros adornados y expuestos a la vista del público, como si hubiesen sido depositados ayer, llevando, sin embargo, las señales de la mas alta antigüedad. Era aquel un cuadro de una gravedad imponente é impregnado del carácter augusto de la antigua monarquía cristiana. El santo y sus hijos se hallan reunidos en la casa de Dios, que arrancaron de las manos de los infieles, eligiéndola para sepultura comun; son tumbas revestidas de dignidad y de majestad religiosa, que en nada se parecen a aquellos monumentos de estilo sensual y pagano desprovistos de las insignias de la fe, como los que se levantaron los orgullosos Médicis y como se encuentran con demasiada frecuencia en Italia, en donde la vanidad humana se imagina que puede reemplazar a la simple y divina grandeza de la religion, con esculturas y epitafios ambiciosos. Aquellos monumentos son los de una piadosa familia cuya majestad y grandeza se humillaba ante el signo augusto de la cruz.

Muéstranse en la catedral dos obras maestras de Murillo: un *San Francisco* en éxtasis, y un *Angel Custodio*. El primero es ciertamente una creacion sublime; jamás se ha llevado tan léjos la mágia de la pintura. El santo en éxtasis está arrodillado, con los ojos vueltos al cielo; atraido por la fuerza de la oracion, baja el Niño Jesus de nube en nube y se detiene delante de él para bendecirlo: estas nubes vaporosas forman una corona de alegres angelitos. Me parece que la figura del Niño es un poco amanerada; defecto que se halla con frecuencia en este gran maestro. Tambien me agradan medianamente los angelitos, que saltan, caen, suben y se acuestan en tormentosa confusion; no soy partidario de las anatomías demasiado arriesgadas, como las que el Corregio se permite exageradamente. Pero la figura del santo es de incomparable belleza: la piedad, el fervor expresados en aquellas facciones, en toda aquella postura, son de un efecto maravilloso; es en efecto, un gran santo, un ser inspirado por Dios, el que tenemos delante. En cuanto al *Angel Custodio* con el Niño, imposible me es hallar en ellos algun carácter de elevacion y de grandeza. Manifiéstanse en Murillo los mayores contrastes, no solo entre un cuadro y otro, sino frecuentemente en una misma obra: la belleza, la gracia, la nobleza, se ven al lado de lo comun

y de lo rústico; deliciosas Madonas al lado de Niños Jesus vulgares.

Las capillas situadas a derecha é izquierda de las puertas laterales, son famosas por la riqueza extraordinaria de su ornamentacion gótica.

Celebróse la misa mayor detras de las rejas doradas del coro. La catedral se mostraba en su imponente majestad; llegaba el momento supremo de la elevacion: las graves y patéticas voces del órgano resonaron bajo las bóvedas góticas; las cabezas de los fieles se inclinaron al sonido de las campanas; una columna de incienso subió como vaporosa nube al altar para saludar el sacrificio augusto, que hacia descender entre nosotros al Señor del mundo, al Hijo de Dios: es uno de aquellos momentos sublimes, conmovedores, solemnes, que solo pertenecen a la verdadera religion católica, y arroban en adoracion y éxtasis el corazon del hombre.

Cuando hubo acabado la misa, emprendimos una visita al *Alcázar*. Tambien esta es una obra de un pueblo creyente; pero que no conoció la verdadera luz. Su sensualidad que juega tan gran papel en la vida musulmana, ha impreso su sello en este maravilloso edificio. Se asombra uno, se admira, y sin embargo no siente mas que una excitacion agradable de la imaginacion: la gravedad superior falta completamente.

La entrada principal del palacio se halla en una elegante y pintoresca fachada iluminada con variados y vivos colores, y cubierta de una red de adornos, de una guirnalda de arabescos graciosamente combinados. Pequeñas columnas y alegantes arcos soportan la bóveda a la manera oriental: las paredes exteriores están tejidas de hilos de oro y de seda como una alfombra del Oriente: este edificio es ligero y fantástico como el poético espíritu del pueblo que lo construyó. Sobre la puerta, en el patio exterior situado delante de la parte principal del edificio, se lee una sentencia del Coran.

Entramos al jardin por una avenida lateral, é inmediatamente se desplegó a nuestra vista un mar deslumbrador de verdura y de flores. Cierra uno de sus lados un alto muro guarnecido de grutas, de estatuas y de pórticos. Conchas y mármoles preciosos dibujan en la piedra adornos en mosaico, miéntras que elegantes terrados,

adornados con paños barnizados, soportan la superficie unida y límpida de un estanque cuyas aguas riegan el jardin: elévase en medio del estanque una estatua en bronce de Mercurio.

Conduce de este punto elevado a un jardin interior, dividido por terrados y muros de naranjos, una escalera cuya parte inferior abriga una nueva gruta de conchas, con su agua dormida y misteriosa, y cuyos escalones están rodeados de festones de rosas trepadoras. En medio de platabandas cortadas en figuras regulares, se levantan dos columnas coronadas de estatuas: angostos y bonitos paseos rematan en un pequeño sitio, en el que hay una elegante fuente. Una puerta abierta en el follaje, conduce a un nuevo y mas amplio compartimiento de aquel bosque de naranjos; por doquier las grutas y las estatuas, las magnificencias de la piedra y del mármol, atestiguan el antiguo esplendor de este eden creado por Don Pedro.

La fachada del palacio que cae de este lado se liga con el jardin, descansando sobre una bóveda que rodea el vasto estanque en donde el rey de Aragon, acariciado por las brisas de la tarde y embriagado en los suaves perfumes de los naranjos y los mirtos, se bañaba con su amada, la bella María Padilla, miéntras que desde un estrecho calabozo, que todavía existe, la desgraciada reina se veía obligada a presenciar los placeres criminales de su esposo. Cosa extraña, sin embargo: Pedro *el Cruel* y el feroz Felipe II son acaso los monarcas de España que han gozado de mayor popularidad: ellos han dejado en su país gloriosos recuerdos históricos y de este modo han llegado a ser para los españoles los reyes por excelencia. En un compartimiento lateral hay otra puerta rodeada de preciosas flores, llegándose a ella por un laberinto de verdura.

El mas bello adorno de este mágico jardin es un pabellon morisco construido por Cárlos V, príncipe de mi casa, tan querido de mi corazon, en el cual tenia el grande hombre costumbre de tomar sus comidas; un pórtico rodea la elegante sala, en la que se ve aún una pequeña fuente dispuesta para recibir el chorro de agua que ahora le falta. Las paredes están decoradas con ricas piedras labradas barnizadas, que llevan en relieve el águila de dos cabezas y la doble columna: en las losas del suelo está grabado el año 1546.

Cuando volvimos al jardin, soltaron, a pedimento nuestro, al-

gunos de los antiguos chorros de agua: las grutas se llenaron de un polvo de plata, del piso de las calles brotaron profusamente elegantes fuentes cuyo gorjeo derramaba por los aires un voluptuoso murmullo.

¡Qué delicia debe ser la de pasearse y vivir en medio de semejantes encantamientos! ¡Cuán maravillosamente cuadra aquel murmullo de las aguas a las noches serenas de España alumbradas por la luna! El jardin interior no pertenece a la misma época que el palacio morisco; pero los vencedores cristianos, en su sensualidad poética, supieron ponerlo en armonía con el edificio que vamos a visitar ahora.

La escalera es ancha y majestuosa; las esculturas de madera del techo, son de una belleza que arrebata; allí ha dejado su huella el genio grandioso de Cárlos V. Las salas superiores sufren grandes reparaciones, porque el tiempo y la mano bárbara de los hombres las han deteriorado; pero hay que ver todavía en ellas muchas cosas notables: parece que el espíritu de los antiguos califas habita aquellos lugares, y los siglos no han podido borrar las encantadoras creaciones de su imaginacion soñadora y fantástica. El Alcázar es una tienda real y magnífica, cuyas elegantes columnas sostienen soberbios brocados de Damasco, tapices de la India y velos de encaje de maravilloso tejido.

Mira uno, y se pregunta si los tibios soplos del viento no van a levantar el velo de encaje, si los tapices dorados no comienzan a ondular movidos por las brisas de la tarde: ¡ilusion maravillosa, producida por la mágia del arte oriental! Los siglos han pasado, las generaciones se han sucedido bajo aquellas hechiceras bóvedas, y los tapices de la India están aún suspendidos de las mismas columnas de que los colgaron en tiempos atrás los califas: la tienda fantástica que los reyes del Oriente armaron a orillas del Guadalquivir, está toda construida de piedra y sólidos materiales. Aquellas ricas tapicerías, aquellas ingeniosas combinaciones de figuras regulares, que dan testimonio de la ciencia de los maestros que las dibujaron, no son mas que un mosaico de ladrillos pintados y de piedras delicadamente esculpidas: esos velos de encaje que encantan nuestra vista son el trabajo en claro mas ligero y mas fino que mano humana haya jamas hecho con mortero y

arcilla. Enlázanse por todas partes sentencias ó *suras* del Coran en caprichosos y fantásticos arabescos.

Cada sala tiene sus bellezas particulares y mereceria un largo estudio: algunas de las piezas principales tienen la altura de dos pisos y están coronadas por galerías elegantes desde las cuales se pueden contemplar las magnificencias que se desarrollan a los piés. En el ala derecha se nos mostró una capilla, medio gótica y medio morisca, que alcanza a la época de Isabel de Castilla. Un arte admirable ha unido aquí las líneas austeras é imponentes del estilo gótico a la riqueza de la ornamentacion oriental: la ojiva creacion mística del genio cristiano y germánico, tiene por adorno la granada morisca fina y graciosamente cincelada; la invencion original de los mahometanos, el ladrillo barnizado, se ve empleado en un uso cristiano y forma la parte superior de un altar representando la *Anunciacion*. Cerca de allí hay una pieza, cuyo techo de madera maravillosamente esculpido en relieve recuerda ya la época moderna. Se atribuye á Cárlos V, uno de los últimos monarcas españoles que hayan habitado aquel encantado palacio.

La sala de los embajadores es la obra maestra del arte morisco. Allí se ha desplegado para deslumbrar y fascinar la vista el mas prodigioso lujo de ornamentacion que pueda acumular la mano del hombre. Ancha puerta conduce del patio a esta sala; a derecha é izquierda, y abriéndose sobre las piezas laterales, se elevan elegantes pórticos cubiertos de los mas delicados adornos. A la altura del primer piso, hay tribunas dispuestas a lo largo de las paredes: el techo dorado forma cantidad de pequeñas y brillantes cúpulas cuyas líneas regulares se elevan y juntan en pirámides. Estas cúpulas alternan a su vez con pirámides de oro trastocadas, formando tantas elegantes estaláctitas cuantas podian adaptarse exactamente en los huecos de las pequeñas bóvedas. Este tablero de pequeñas cúpulas que nacen unas de otras, cruzando y cortando a cada instante sus aristas, parece mas bien producto de una cristalizacion fortuita que obra de mano humana: el azul, el rojo y el verde brillan aún en las molduras con un lustre casi tan vivo como si acabasen de ser dados. Las paredes están cubiertas desde el friso hasta una altura de hombre, de bordados de estuco de delicadeza y complicacion increibles; centenares de años han tras-

currido, y el oro y los colores resplandecen todavía con arte misterioso y mágico para formar el mas brillante y bello esmalte.

Uno de los adornos mas graciosos empleados en este palacio son las hojas de vid delicadamente esculpidas en la piedra. Ellas nos prueban que los moros emplearon en su decoracion no solo las líneas geométricas, sino tambien las ricas y vivas formas de la naturaleza. El Coran prohibe á los mahometanos la reproduccion de la forma humana: los cristianos fueron quienes en tiempos posteriores establecieron, en la sala de los embajadores, en los intercolumnios, los retratos de los reyes de España, entre los que tambien se muestra á los extranjeros la bella y noble figura de María Padilla: las facciones de esta soberbia mujer expresan su altiva gravedad. Bajo cada retrato está el blason del personaje, con una inscripcion que indica su nombre, y además, en los de los reyes, el año del advenimiento y el de la muerte. Los cortes practicados sobre las entradas para dar acceso al aire y á la luz, son de una delicadeza y de un gusto maravilloso. Nunca vi en ningun otro pais del mundo cosa semejante, ni nunca vida un delicado y tan seductor. Los entretejidos de esos ligeros recortes son de gracia y nobleza incomparables, y solo merced á largos estudios y á un sentimiento artístico de los mas exquisitos, se pudo lograr formar semejantes dibujos por el simple entrecruzamiento de líneas rectas. Revélase su arte perfeccionado hasta en los arabescos de color de los dinteles barnizados cuyo matiz principal es siempre el verde, color del Profeta. El primer aspecto nos hace ver una mezcolanza de matices confusos; pero mirando mas de cerca se descubren las figuras mas maravillosas, que se extienden sobre el muro, desde el piso hasta la altura del hombre, y se confunden para formar una figura única y principal que se repite por todo el palacio, y pone en armonía los patios, las paredes y las galerías.

La gran capilla del Alcazar, de estilo completamente moderno, no ofrece mas interés que el de haber servido en otro tiempo de habitacion á la famosa Padilla, y comunica por una escalera secreta al departamento de Don Pedro.

Desde lo alto de una galería cubierta contemplamos el aspecto interior del patio, doble arquería á cada un el piso bajo y en el principal: los arcos están sostenidos por ligeras columnas: los arc-

bescos matemáticos de los ladrillos barnizados adornan las paredes de la galería inferior, y en medio del patio se levanta una doble fuente de mármol de la que salta un chorro de agua. En la galería de arcos del piso bajo, del lado derecho del patio, se levantaba en otro tiempo el trono en que se sentaban los reyes moros para recibir el tributo de las cien hermosas jóvenes que le pagaba anualmente el país. En esos lugares en que florecieron el esplendor y el brillo del despotismo oriental, solo reina ahora la calma de la muerte, y solo el paso del extranjero resuena en aquellas salas en que los ricos tejidos de cachemira protegian los piés de los Califas del frio del mármol, en donde los vapores ligeros del ámbar ascendian graciosamente bajo las bóvedas doradas, en donde las rosas cubrian con sus festones las columnas de jaspe, y en donde el sonido del laúd y el murmullo de las aguas resonaban en la calma de las noches alumbradas por la luna.

El poético espíritu de Cárlos V respetó aquella morada que la espada de Fernando habia sabido arrancar a los descendientes del Profeta; pero el dulce cielo de España enervó la raza de los reyes alemanes y franceses, y el sentimiento de lo grande, el genio creador se eclipsaron poco á poco.

Siguiendo la galería a lo largo, se llega por una puerta sobre la que hay pintadas tres cabezas de muertos, á una sala magnífica que en tiempos pasados conducia por una escalera secreta a la habitacion de D. Pedro. Las paredes están cubiertas de soberbios arabescos en relieve, en los que se nota la figura de un esclavo encadenado; pero encadenado de modo que debe tener a su vista el contínuo aspecto de una cabeza de muerto. Sobre la puerta principal se nota un pedazo de pared blanqueado; allí es donde D. Pedro se habia hecho representar con su querida en una postura indecente: Isabel de Castilla al llegar a instalarse en el Palacio, hizo borrar aquella pintura.

Las otras salas, adornadas con todo el esplendor y la magnificencia orientales, llevan ya las trazas de la dominacion cristiana; así vénse figurar entre los adornos el águila de dos cabezas y las columnas de Cárlos V.

En el piso bajo, enfrente de la entrada principal, se halla una sala de honor que comunica con las arquerías por una gran puer-

ta de madera magnificamente esculpida. Desgraciadamente los arcos moriscos, tan originales y tan graciosos, han sido reemplazados casi en su totalidad por puertas modernas. La sala de los Embajadores, vista de abajo, no pierde nada de su prestigio: a traves de las elegantes arcadas cubiertas de tejidos de adornos calados se perciben las piezas laterales. Desde uno de los balcones de esta sala, es desde donde D. Pedro el Cruel tuvo con su hermano D. Fadrique un altercado premeditado, a consecuencia del cual le hizo dar de puñaladas a una señal convenida. En la pieza lateral de la derecha hay una inscripcion que indica todavía el lugar donde la víctima cayó al suelo. D. Pedro castigó por sí mismo uno de sus crímenes de un modo raro. Habia asesinado durante la noche en las calles de Sevilla a un hombre, y se imaginaba que nadie le habia visto; pero una vieja que pasaba de casualidad por allí con una linterna sorda, lo habia reconocido en su cojera. Al dia siguiente encontróse a la víctima; el alcalde corrió adonde se hallaba el rey para pedir justicia: éste, sin sospechar nada, prometió que el culpable seria decapitado y su cabeza expuesta públicamente. El alcalde entónces, informado por la vieja, declaró a D. Pedro que habia sido reconocido. El rey, como se supone, no se dejó decapitar en persona; pero para no faltar completamente a su palabra, hizo esculpir su cabeza y exponerla detrás de una reja en una calle de Sevilla, en donde se la ve todavía hoy.

Visitamos además algunas salas reparadas con mas ó ménos inteligencia y gusto, y despues de haber recompensado por sus servicios al viejo *cicerone*, salimos del Palacio por las grandes y magníficas puertas de la fachada, envidiando la suerte de aquellos a quienes cupo ver este edificio incomparable al principio del siglo, cuando todos los muros resplandecian todavía con el brillo de mil colores. Fué en efecto por el año de 1820 cuando un inglés, inspector del Alcázar, cometió el crímen inaudito de blanquear los deliciosos adornos de la fantasía oriental, de manera que hoy solo se puede juzgar de la antigua magnificencia por algunas partes felizmente preservadas. No hay expresiones bastante fuertes para calificar semejante vandalismo, y solo es de sentirse que el culpable haya muerto impune é innominado.

Antes de abandonar este palacio, debo tratar de resumir mi impresion en globo.

El Alcázar no tiene el carácter grandioso de las antigüedades de Grecia y Roma, ó de los monumentos de la edad média: no es uno de aquellos edificios que obran poderosamente en el alma por sus dimensiones gigantescas; no despierta grandes recuerdos como el Acrópolis de Aténas, cuya sola vista trae a la memoria la historia de un pueblo entero: es la amable y arrobadora creacion de una época poética y sensual, un edificio elegante y ligero que carece del pensamiento de la eternidad. El Islamismo no permite a sus fieles sino habitaciones pasajeras, campamentos en el camino de la peregrinacion terrestre: el ideal del mahometano es el de una conquista sin descanso hasta que la espada del Profeta haya acabado la conquista del mundo, y por esto en las ciudades orientales la mayor parte de las casas son de madera. En el Alcázar, parece que los califas quisieron realizar con la piedra el ideal del *Palacio de un instante*, una tienda guerrera destinada para servir de modelo a las generaciones futuras y para eternizar con ella el tipo de la arquitectura provisional y ligera.

La fatiga de la vista, indisposicion tan comun en los viajeros entusiastas, empezaba ya a hacerse sentir, y sin embargo, teniamos que visitar todavía la iglesia de Santa Catarina para ver Murillos. Cuatro lienzos son principalmente notables: dos grandes que representan una *Cena* y un *Moisés*, y dos mas pequeños; un *Cristo* y un *San Juan Bautista niño*. Estos dos últimos pertenecen al estilo mas vigoroso del gran maestro; son verdaderos hijos del pueblo, naturalezas enérgicas y fuertes, revestidas de carnes flexibles y firmes. Rafael y Van-Dyck son pintores aristocráticos; Murillo es el pintor popular: sus figuras, convengo en ello, carecen de gracia ideal, pero en recompensa, tienen la fuerza, poseen una rara potencia vital; no podria desconocerse en él un generoso esfuerzo, una tendencia a elevarse a regiones superiores y aun celestes. Pero en general, la vulgaridad de sus modelos españoles lo encadena a la tierra. Solo un corto número de sus Madonas y de sus santos, como por ejemplo el *San Francisco* de la catedral de Sevilla, están penetrados de inspiracion verdaderamente ideal. Y sin embargo, a mi entender, esta inspiracion no anima nunca

por completo a Murillo, miéntras que las mas grandes obras de Rafael, parecen haber sido tomadas de las esferas celestiales; solo pongo por ejemplo, la Madona de San Sixto del museo de Dresde, y la vision de Ezequiel del Palacio Pitti.

Contentísimos subimos a un coche guarnecido de rojo, como los de los cardenales, para hacernos llevar a las arenas de *las Corridas:* es un vasto edificio de forma circular, situado en una plaza descubierta. En la entrada daba la guardia un piquete de hulanes.

Queriamos entrar por la puerta de en medio, pero nuestros billetes nos hicieron tomar la puerta lateral. Subimos una primera escalera que remata en un estrecho pasadizo: allí tuvimos que franquear aún algunos escalones, y de repente nos hallamos en las galerías, en el interior de un circo inmenso é imponente.

Nos condujeron a un banco de piedra al cual se habia agregado, en honor nuestro, un respaldo de madera. Este banco se encontraba entre dos columnas cerca de una balaustrada de fierro. Forzoso fué acomodarse allí como pudimos entre el hierro y la piedra. De ordinario me horripila el sentarme en un espacio tan reducido en medio de una numerosa reunion; pero, ¡qué sacrificios no se harian para gozar del espectáculo que nos esperaba! Me instalé, pues, lo mejor posible; me puse a observar por menor la disposicion de la plaza; teniamos delante el vasto recinto vacío todavía debajo y detrás de las galerías.

El edificio, cuyo plan es bastante semejante al de las arenas antiguas, solo tiene una mitad construida de piedra. Todo lo demas es de madera. El techado, soportado por ligeros arcos, abriga a los espectadores de los rayos del sol, a lo ménos de un lado. En medio de la parte de piedra se levanta el palco real, adornado con una corona y descansando sobre una gran puerta abovedada.

Enfrente, del otro lado del Circo, está el palco del *Empresario de la corrida,* tambien sobre una ancha puerta. El recinto interior en donde se libra el combate es ovalado; una barrera de planchas, bastante elevada, pone al público al abrigo de los peligros de la corrida. En diferentes puntos de esta barrera hay practicadas aberturas disimuladas detrás de ligeros burladeros de madera sobre los que están pintados los emblemas de la corrida; son refugios para los combatientes.

Una indecible angustia se apoderó de mí al pasear mis miradas por aquel vasto recinto y pensar en lo que seguia. ¿Tendré ánimo para contemplar el juego sangriento que se prepara? Me veo tentado un momento de alejarme del Circo, un impulso secreto parece querer lanzarme de mi lugar; pero las galerías se llenan mas y mas; y el atractivo de este espectáculo triunfa de la turbacion que me agita.

Vestidos de fiesta de todos colores llenan los palcos y las galerías; diríase que es aquello una exposicion de flores colocadas sobre gradas. Distínguense por su agitacion los hombres, bien formados, cubiertos con el sombrerito redondo, vestidos de chaquetas bordadas y fajas rojas en la cintura; es aquello un movimiento perpétuo, una batahola que aturde; la multitud grita, aulla, silba, atruena, ¡y esto no es mas que el preludio de lo que vamos a oír durante la corrida! Acompaña a este tumulto el chis chas de millares de abanicos; las ricas usan abanicos de laca de China, iluminados con los mas vivos colores; las pobres y el sexo fuerte, que no hace de ordinario uso de este instrumento de la coquetería femenina, se procuran fresco con abanicos de junco y de papel comprados en el dia y decorados con viñetas y versos de actualidad.

Un pueblo entero de mujeres de cabellera de ébano y ojos centellantes cubre las gradas de piedra; cubre sus hombros la mantilla tradicional; es un murmullo general de cuchicheos y alegres conversaciones. ¿Aquellos labios de rosa hablan acaso de placeró de baile? ¿Aquellos ojos llenos de fuego se ocupan acaso de pasar revista a los danzantes que entran en un salon? Nada de esto. ¡Las hijas de Sevilla solo se interesan por la lucha sangrienta que va a empezar!

Algunos oficiales de rico uniforme entraban por la puerta situada tras de nosotros, y con ellos una de las mas graciosas y bellas criaturas que se me hayan aparecido bajo el cielo español. Llegó a sentarse cerca de nosotros, de manera que pude contemplar cómodamente el juego de su fisonomía y el menor de sus movimientos. Por lo pronto, no me pareció ocuparse de otra cosa que de chancearse y reir con uno de sus adoradores; pero me propuse no perderla de vista cuando la sangre corriese.

Los clamores de la muchedumbre aumentaban con su impaciencia: los abanicos y los sombreros se agitaban mas y mas. Dominaban el tumulto general las voces agudas de los vendedores de refrescos. ¿Os imaginais acaso que los lindos lábios de las andaluzas no toman mas que sorbetes. y que sus dientes de perla consienten apénas en pulverizar bizcochos? . . . . . Léjos de esto. Así como los españoles son salvajes en sus placeres, así son primitivos en la satisfaccion que dan a su paladar: agua pura, simples buñuelos, hé aquí todo su regalo: estos últimos tienen un nombre característico, *viento de España* (spanischer wind), cuya etimología no necesita comentarios.

Al fin habíase llenado el vasto recinto. El sol inundaba con sus rayos una parte del edificio, no sin duda para mayor placer de los que recibian sus abrasadores besos. El cielo, de un azul oscuro y profundo, extendia su inmensa bóveda sobre aquella escena abigarrada. La muchedumbre mas y mas turbulenta, golpeaba con furor sobre las planchas de madera, y ejercia el derecho que se ha arrogado con los siglos de dirigir el espectáculo con sus gritos. Todos sentian que el gran momento se acercaba, y yo mismo, presa de una exaltacion inexplicable, participaba de la impaciencia del público. A poco sonó una trompeta: la puerta del gran palco que teniamos enfrente abrióse de par en par, la batahola se hizo universal como las olas del mar enfurecido: todas las miradas se dirigen á un hombre que se presenta en la arena montado en hermoso caballo andaluz.

Nuestro *sirviente de plaza* italiano nos dá a conocer a este personaje y las particularidades de la escena que empieza: es el empresario de las corridas que viene a recibir de manos del alcalde, sentado en el palco principal, la llave que sirve de señal al principio de la fiesta: de ordinario quien la arroja es el Duque de Montpensier en persona; pero el príncipe estaba ausente hoy. El empresario detuvo su caballo en medio de un hurra inmenso. Los españoles, como en general los meridionales, se apoderan con avidez de las mas ligeras ocasiones que se les presentan para sobreexcitarse y dar libre curso a la expresion de sus sentimientos. Esta ceremonia de la llave se ha convertido para la multitud en objeto de las manifestaciones mas ruidosas de su aprobacion ó reprobacion.

¿Recibe el empresario la llave en su sombrero? descárganse furibundos aplausos: ¿la deja caer a la arena? llueven risas y silbidos. El empresario saludó; del balcon fué lanzada una llave ricamente encintada; pero por desgracia cayó en la arena, y los silbos y las risas estallaron por todos lados.

Oyese nuevo toque de trompetas; recorre a la asistencia un estremecimiento de entusiasmo. Entran solemnemente y con paso firme y ligero las *espadas* con sus cuadrillas, los *picadores* y los *banderilleros* vestidos ricamente a la usanza española. Síguenlos hermosas mulas soberbiamente enjaezadas, con cascabeles y copetes, destinadas para llevarse los animales muertos en el combate. Era la vieja España la que se adelantaba a nuestra vista, con sus antiguos usos, su magnificencia en el vestir y su andar imponente.

Llenos de confianza en su valor y seguros de la victoria, los combatientes entran con arrogancia en el vasto circo. Aclamaciones entusiastas los saludan por todas partes, y millares de miradas se fijan en ellos. ¡Qué comitiva tan fastuosa y tan admirable! No era ciertamente el miserable móvil de nuestra época, la plata, el que los impulsaba, no: la confianza en su propia fuerza era la que daba a aquellos hombres su dignidad. ¡Qué riqueza en los trajes de las espadas y de sus cuadrillas! ¡Qué bien hacen resaltar la elegancia de sus formas! Sus primorosas chaquetillas de seda están cubiertas de bordados de oro y plata, de lentejuelas, de franjas y de adornos de toda clase, especialmente en las espaldas, en las que la tela desaparece bajo un hacinamiento de arabescos: sus cuellos, libres y despejados, no tienen ni el embarazo de la corbata. Sus nobles facciones están contorneadas por abundante cabellera echada hácia atras, terminando en una bolsita adornada con una borla negra. Inclínase sobre la oreja una gorrita de terciopelo (*montera*), y ancha faja de color ciñe sus cinturas: el calzon corto, bordado tambien de oro y plata, es del mismo género que la chaqueta: ajusta la flexible pierna una fuerte média de seda color de rosa ó blanco; y, por último, llevan capa tejida de lana y seda graciosamente echada al hombro.

Los picadores ó combatientes a caballo tienen de comun con los otros la rica chaquetilla, la faja y el peinado; pero en lugar de la montera, llevan sombrero gris, de anchas alas, de copa baja, y coro-

nado con una enorme mota, sombrero tantas veces reproducido por la pintura, que los cabellos recogidos por detras mantienen horizontalmente en la cabeza del ginete; las piernas de éste están protegidas de las cornadas del toro por grandes botas bajo sus pantalones de cuero amarillo. Los picadores están armados de lanzas que terminan en punta de una ó dos pulgadas de largo: este fierro no puede herir peligrosamente al enemigo: pero basta para irritarlo y contenerlo. La silla es muy alta por delante y por detras; los estribos de madera forman anchos zuecos como los estribos turcos. Un largo acicate de hierro, agudo como un puñal, arma el talon del ginete: para dirigir caballos medio muertos las mas veces, no bastaria el acicate ordinario. Aquellos caballos son pobres bestias asmáticas y enflaquecidas, lo que fácilmente se comprende pensando en la triste suerte que se les reserva.

Despues de hacer su entrada en la arena, en medio de los aplausos de la muchedumbre, dividiéronse los fieros combatientes, y cambiaron sus capas por otras mas a propósito para el combate. Los tiros de mulas desaparecieron por una puerta lateral; callóse la música, y un toque de corneta dado enfrente del palco principal anunció el gran momento.

Ábrense las puertas de par en par, la agitacion redobla, y la impaciencia es indescribible. El toro, el negro hijo de la torada, se lanza a la arena en poderosos saltos acogido por inmenso hurra de entusiasmo universal. Ya está herido en la nuca, ya lleva el primer dardo lleno de cintas. Súbitamente se detiene como petrificado. Con mirada feroz contempla largo tiempo las mil y mil formas humanas; mide majestuosamente el espacio de combate y de muerte. Los nobles combatientes, los *chulos*, lo rodean haciendo flotar a sus ojos los pliegues de sus capas. Párte sobre ellos a ojos cerrados: pero esquivan el choque con rápido y gracioso movimiento. Vuelven a flotar las capas, y vuélvese a lanzar sobre sus agresores: creese que ya va á alcanzarlos en su carrera desesperada, que va a hundirles los cuernos en el flanco: pero ellos con ligereza increible y gracia maravillosa, saltan la barrera del circo, ó se refugian detrás de los pequeños abrigos de madera.

El arte consiste ahora en dirigir el furor del animal, de modo que se arroje furioso sobre los picadores que lo esperan a caballo.

Vacila por un instante; y luego, de súbito, párte sobre ellos rabioso: espérase algo espantoso; pero los piquetes de las garrochas, hábilmente lanzadas sobre el lomo, lo hacen rebotar. El toro está herido; corre la sangre; la lucha empieza verdaderamente. Mi agitacion, mi inquietud cesan, y una sensacion extraña, un poderoso atractivo las reemplaza. Cada movimiento del toro es acogido por las exclamaciones y los silbos de la multitud. Contemplaba a mi derredor a las bellas hijas de España: gran calma reinaba en sus semblantes; la vista de aquellas sangrientas heridas no las hacia estremecerse. Por segunda vez veíase el furioso animal rodeado de la tropa de agresores que lo excitan agitando sus capas: los persigue con rabia; pero cuando el peligro es inminente, arrojan las capas a los piés del animal: éste las pisotea, las hace trizas, y deja a los hombres tiempo para esquivarse; ó bien es un chulo el que se lanza de un brinco cerca del animal, haciendo revolotear delante de él su capa, y atrayéndolo en otra direccion.

Los picadores esperan de nuevo al toro que se precipita y recibe una garrochada; pero esta vez, en lugar de huir, hunde sus cuernos aguzados en el vientre de un caballo. La pobre bestia recibe una herida mortal. El picador cae: el interés de la lucha crece mas y mas. Miéntras que el hombre se levanta y se lanza de nuevo sobre su ensangrentada montura, el toro hunde sus cuernos con rabia sublime en el vientre de otro caballo. Las pobres bestias deben cargar a sus ginetes miéntras que puedan tenerse en pié. Ya les salen las entrañas y las arrastran por la arena: uno de ellos flaquea y se arrastra agotado, moribundo; pero una nueva cornada lo levanta y lo arroja sobre la arena, hasta que al fin, con aplausos frenéticos de la multitud, cae tendido a los piés de su enemigo.

El drama, mas y mas conmovedor, triunfaba de todas mis angustias. El toro ha dado varios golpes mortales; pero, a Dios gracias, ningun picador ha sido herido. Oyese nuevo toque de cornetas, que anuncia la llegada de los banderilleros: son estos, hombres de una habilidad maravillosa, que deben plantar en los cerviguillos del toro, largas flechas que terminan en lengüetas de hierro, y están cubiertas de recortes de papel: estas flechas se llaman *banderillas*, y están destinadas para reavivar el furor del animal dán-

dole el grado de exasperacion necesaria para que se presente bien a la espada del matador. Deben ponerse dos banderillas a la vez, y esta operacion no deja de ser bastante peligrosa. Los picadores se alejan. ¡Con qué limpieza y ligereza los nuevos combatientes plantan sus flechas en la carne del toro! Va a alcanzarlos; mas una conversion rápida y graciosa los pone instantáneamente en seguro. El animal está furioso, y se agita en todas direcciones; miéntras mas se defiende y se voltea, mas lo irritan las banderillas, golpeándole la cabeza.

Ha recibido ya seis ú ocho. Las trompetas tocan de nuevo. Lucas Blanco, el hermoso matador, se adelanta en medio de las aclamaciones entusiastas del pueblo. Dirígese al palco principal, saluda a las autoridades, y les pide permiso para dar al toro el golpe mortal. Ya el famoso paño escarlata, la *muletilla*, flota sobre su brazo; ya tiene en la mano la hoja acerada. Por tres veces, y para anunciar la sentencia fatal que va a ejecutar, agita horizontalmente su sombrero, paseando sus miradas por toda la asamblea: despues, con paso firme y soberbio, marcha al enemigo: las cuadrillas excitan al animal con sus capas: Lucas hace revolotear su paño escarlata, sobre la que el toro se precipita ciegamente: un movimiento rápido le basta para evitar el empuje de la fiera. Este juego, que repite varias veces, excita hasta un grado inaudito la emocion general.

De repente, el toro toma la posicion que el matador desea; se detiene a algunos pasos enfrente de éste, levanta con sus piés nubes de polvo, baja la cabeza y párte con todas sus fuerzas sobre el ligero paño. Ha llegado el gran momento: la concurrencia entera se levanta como un solo hombre; y sin terror, sin angustia, espía el golpe mortal con mirada embriagada. Este movimiento general, eléctrico, es uno de los espectáculos mas grandiosos que puedan ofrecerse a los ojos de un extranjero, y prueba hasta qué punto han pasado las *corridas* a la sangre y al temperamento del pueblo. Lucas permanece inmóbil, intrépido y arrogante, y como clavado por una hechicería: de repente blande su espada, apártase la muletilla, un relámpago argentino pasa con la rapidez del pensamiento entre los dos cuernos, el toro vacila y se postra en la arena. El entusiasmo de la muchedumbre no conoce ya límites: agitan re-

ciamente el aire los aplausos y los gritos. Yo me siento arrebatado; una embriaguez salvaje, indefinible, se apodera de mí: el drama sangriento me transporta; mis manos envian al bravo espada merecidos aplausos. Él pasa triunfante por delante de los palcos, saluda a los mil y mil espectadores que lo contemplan: es el rey del momento: electrizó a la multitud. Por todas partes le arrojan, en señal de felicitaciones, sombreros que vuelve a lanzar con gracia a las galerías.

Lo observé todavía con mayor admiracion en las escenas siguientes. ¿Pero cómo el espacio de un cuarto de hora puede cambiar de esta manera los sentimientos de un hombre? ¡Al llegar, me sentia lleno de inquietud y de malestar, y ahora estoy lleno de entusiasmo!

La música militar tocó la muerte del toro; las mulas lo arrastraron fuera del circo con los caballos muertos. El pueblo prorumpió en nuevos gritos de alegría: el segundo toro aparecia en el circo, y la noble lucha volvia a empezar. El animal era ménos fuerte que el primero; el combate fué ménos sangriento. Un media espada, llamada José Carmona, jóven de notable hermosura, fué muy inferior a Lucas Blanco en el modo de introducir la espada: el primer golpe no hirió la espina dorsal y el toro no cayó. Tratábase, pues, de sacar la lámina de la herida y herir de nuevo, y en esto fué feliz: el toro cayó; claváronle puntas aceradas en la espina, hasta que espiró a vista del público. Ya estaba yo animado de sentimientos del todo españoles, porque dejé pasar delante de mí, sin aplaudirlo, al matador que era un debutante.

Presentóse entónces el tercer toro, animal soberbio y vigoroso; su ancha frente ostentaba grandes cuernos agudos y afilados: sus piernas secas y nervudas eran cortas y robustas. Su furibunda entrada le valió desde luego los mas ruidosos aplausos. Yo seguia sus movimientos con interes imposible de expresar; no podia apartar mis ojos de la arena; las peripecias de la lucha me cautivaban poderosamente. ¡Qué estremecimiento en la asistencia cuando el toro llegó a colocarse furioso ante el picador: midiéndolo con una mirada de desafio, partió despues con toda su fuerza sobre el caballo y el ginete! Este momento es uno de los mas pasmosos y patéticos. Pero cuando el toro ha sumergido sus cuernos en los flan-

cos del caballo, de ordinario se retira, y no se encarniza sobre su víctima, de manera que el picador caído, está al abrigo de su furor. Las mas veces la herida del caballo es tan ancha, que se ven salir y colgar los intestinos sangrientos. Tiénese cuidado de cubrir los ojos de estas pobres bestias, porque la vista del toro podria espantarlos y hacerles dar saltos peligrosos. Una vez, en las corridas de hoy, el toro alcanzó al caballo por detrás, y en su rabia lo levantó dos veces. Pero el pueblo excitado, no conserva la misma paciencia, despiértase la naturaleza primitiva del hombre, sobrepónese la pasion salvaje, y el descontento estalla por todas partes cuando el toro no hiere de muerte al caballo, cuando las fases del combate no son bastante sangrientas,

Esta vez fué tambien Lucas Blanco quien dió el golpe mortal; el aire repitió nuevas y entusiastas aclamaciones. Un caballo quedó muerto en el terreno; otro desbarrigado y desangrándose fué arrastrado por las mulas fuera del circo, bajo las risotadas de la multitud. El pueblo es de una barbarie horrible y de increible crueldad. En semejantes momentos se puede ver qué fuego arde todavía en las venas españolas. Cuando un toro no manifiesta bastante coraje en el ataque, el pueblo silba, aulla, y trata de excitarlo agitando los pañuelos.

En el palco vecino al nuestro habia sentado un anciano de facciones nobles y acentuadas, de sombrero andaluz en la cabeza. Tomaba párte vivísima en el combate echándose adelante, interpelando a los matadores. Veíase en él hasta qué punto el fanatismo por estas fiestas es vivaz en España, y cuán populares han quedado estos juegos sangrientos. Es que hay en el *torillo* un atractivo particular que no puede describirse: la emocion que excita el momento del peligro, arrastra en la corriente del entusiasmo a todas las almas con fuerza irresistible. Me contaban de un extranjero que se expresaba no hace mucho con excesiva dureza sobre el carácter bárbaro de estas fiestas: la delicadeza de sus sentimientos le hacia horrorizarse de lo que no veía. Un amigo que conocia por experiencia el atractivo poderoso de las *corridas*, lo decidió un dia a ir a ver una. En presencia de esta noble lucha, sintióse tambien dominado por la dulce y salvaje embriaguez, y en su impaciencia por gozar de nuevo de este placer dramático, preguntó

a su amigo cuándo tendrian lugar las próximas corridas. En cuanto a mí, sentia vivamente que mi permanencia no fuese bastante larga, para permitirme volver a gozar aquellas sublimes impresiones.

El cuarto toro que mató tambien José Carmona, fué ménos interesante. Nos indignábamos cuando sus golpes no hacian brotar bastante sangre, o cuando retrocedia por un movimiento temeroso. Oíanse murmullos por todos lados, y los gritos de *¡perros! ¡perros!* volaron de boca en boca. La multitud pedia los famosos *bouledogues*. Sentiamos ya el placer de ver a nuestro tímido campeon en lucha con estos nuevos adversarios, pero el voto del pueblo no fué oído. Gran número de perros perecen en este juego: y como la pérdida es soportada por el empresario, se comprende por qué este no quiso dar a la lucha esta forma interesante y nueva.

El quinto toro se lanza en saltos furiosos a la liza: ¡famoso cuídate de él! [*ein ganzer Kerl!*] ¡Nuevos estremecimientos, nuevo entusiasmo! Las cuadrillas remolinean a su rededor; el noble animal cae sobre ellas y se repiten los aplausos. Reconócese que una idea profunda, la glorificacion de la fuerza y del ánimo viril, preside a estos juegos de los tiempos pasados, y que aun no han acabado completamente la antigua grandeza y el noble orgullo de la España. Léjos de contener a los combatientes en lo mas fuerte del peligro, la voz del pueblo excita a los picadores a un ataque mas vigoroso; es necesario hacer que el hierro penetre; es necesario herir al animal; el español no quiere misericordia.

En el curso del combate, el toro se mostró verdaderamente digno de la fiesta: sus golpes eran terribles, parecia tener conciencia de la potencia de sus armas, y justificaba con su noble valor los aplausos y los gritos de la concurrencia. Todas las miradas se dirigen a él en el circo. De una cornada hace bambolear un caballo. La concurrencia se levanta y vé llegar el momento del peligro: lanza gritos de alegría: presa de una agitacion férvida, contempla la sangre que corre y las crueles heridas. Caballo y caballero vacilan. Otro picador es derribado con su montura. La escena es de un horror sublime, de horripilante belleza: el hombre y la bestia caen uno sobre otro; el caballo recibe el último golpe y muere. El pueblo delira: es uno de aquellos toros como les gusta a los es-

pañoles, que ellos saludan con aclamaciones entusiastas. Suenan las trompetas: los banderilleros se ciernen alrededor del animal furioso: brilla la llama; atruenan las detonaciones; las banderillas eran de fuego, para aumentar por todos los medios posibles la rabia del toro.

Nuevo toque de corneta se oye. Pero ¿cuál no es nuestra admiracion? Lucas Blanco llega graciosamente al frente de nuestro palco, y al momento todas las miradas se dirigen a nosotros. El hábil espada me dirige con dignidad algunas palabras de cortesía y me anuncia que vá a dar el golpe fatal en honor mio. Una sensacion indecible se apodera de mi corazon: toda la asamblea tenia los ojos fijos sobre mí; percibia los zumbidos de la atenta muchedumbre. No lo negaré: este homenaje nacional me lisonjeaba, y mi pensamiento recordó los bellos tiempos en que los Hapsburgos reinaban sobre este noble pueblo. Mi exaltacion llegaba a su colmo: era yo en cierta manera el eje del espectáculo; el toro iba a ser inmolado en honor mio. Dijéronnos al oído que la costumbre en España era recompensar aquella hazaña con una bolsa de dinero. Preparé mis *Columnarias*. Lucas agita al momento la muletilla, y el toro furioso brinca a derecha é izquierda. De repente, aprovechándose de un momento favorable, la espada le introduce su arma entre los dos lomos, y la saca de la ancha llaga aplaudido por el pueblo. El animal vacila y cae. Con sonrisa triunfante avanza Blanco hácia nuestro palco, y en medio de la alegría del *tango americano* y de los aplausos de los espectadores, cae la pesada bolsa a sus piés.

Por feliz me tuve en poder dar esta recompensa al bravo espada. Lucas Blanco es pintoresco en sus menores movimientos; siempre tranquilo y arrogante, trata el combate como un juego. Durante la corrida uno de los toros lo persiguió; quiso refugiarse detrás de uno de los pequeños burladeros de madera, pero el animal se detuvo de súbito como petrificado; el matador tambien se detuvo, y sosteniéndose en un pié, apoyó tranquilamente el brazo izquierdo sobre el muro de planchas. Los pliegues de su capa le caían graciosamente sobre la cadera, y miraba á su adversario con una sonrisa de desden como si fuera un cordero.

La corrida sigue sin interrupcion; pero cuando el matador ha

dado el golpe fatal, se retira detrás de uno de los burladeros, y deja a su cuadrilla que empeñe la partida.

El sexto toro, el último por desgracia nuestra, estaba en el circo: hermoso y vigoroso animal de color de oro. Todavía fué la lucha interesante. Un incidente principalmente cautivó a la reunion: el toro habia alcanzado y derribado el caballo de un picador; éste yacia acostado bajo su montura en la arena; el animal enfurecido vuelve contra el caballo y le pasa sobre el cuerpo. El ginete parecia perdido; pero el toro, cegado por la rabia, se lanza por encima de él y el picador se salva. José, el matador principiante, abatió este toro; pero no sabe dar el golpe con la misma seguridad que Lucas.

La corrida habia terminado. El pueblo afluyó a la arena y a las puertas de salida. Lleno de exaltacion y de entusiasmo me separé de aquellos lugares cuyo recuerdo no se me borrará nunca; allí habia pasado las horas mas interesantes de mi viaje.

Si jamás estas líneas llegan a ser leídas en Austria, en un salon confortable, cerca de la humeante tetera, de las mantecadas y de las dulces tartas, ya veo la suerte que se me espera. La gente elegante que prefiere las pequeñas excursiones por el país natal a los grandes y peligrosos viajes; que abismada en la contemplacion idílica en el bosque vecino, se extasía con los acentos del ruiseñor y el canto del grillo; esa gente elegante exclamará con arrebato de indignacion y de horror: «¡el pobre jóven no se ha separado, pues, de nosotros, sino para hacerse bárbaro en tierra extranjera!» Pues bien: sin duda así se hablará de mí; pero yo me consolaré, y contestaré sonriendo: «¡pobrecitos de vosotros que no sabeis, que no podeis sentir lo que es una corrida, y qué energía de sentimientos, qué magnífico desarrollo de habilidad y de fuerza se manifiesta en esta solemnidad nacional!» Por lo que a mí toca, prefiero estas fiestas en que la naturaleza primitiva del hombre se presenta en toda su verdad, a las diversiones enervadoras é inmorales de nuestros países hundidos en el cenagal de la molicie y del lujo. Aquí perecen en verdad los toros, pero allí el alma y el espíritu sucumben en la frivolidad sentimental en cuyo seno se pierde toda energía.

No trato de negarlo: me gustan los tiempos antiguos; no los del

último siglo, en que cubiertas de polvo y de afeite, en medio de insulsos y lánguidos idílios, caminaban las gentes arrullándose por floridos prados hácia el anchuroso abismo, no; sino los tiempos de nuestros antepasados, en que el espíritu caballeresco se robustecia en los torneos, cuando las mujeres eran fuertes, y no pedian un frasquito de olores ni fingian desvanecerse por una gota de sangre derramada, cuando se cazaba el jabalí y el oso en plena selva, y no como hoy tras de parapetos. Esos tiempos produjeron una raza enérgica. Y a nosotros, ¿qué nos queda de las diversiones viriles de nuestros padres?—¿La caza tal vez?—¡Ah! ¡ni aun la caza! Nos llamamos cazadores; pero en realidad no hacemos mas que fusilar a distancia respetuosa, y en perfecta seguridad a los pobres animales domesticados. Lo único que subsiste es la guerra; la guerra que los esfuerzos durante treinta años de nuestros modernos filántropos no han logrado suprimir; y con ella han sobrevivido dos placeres queridos de dos naciones que la decadencia no ha atacado todavía. El primero es la caza del zorro en Inglaterra, en la que el hombre se expone a peligros verdaderamente dignos de él, y no le arredra ningun obstáculo para llegar a su fin. Por mas que se diga que es vana cosa el poner la vida en peligro por un objeto insignificante, temo mucho que los que retroceden ante peligros inútiles no encuentren su valor en el momento que les sea necesario. El otro placer nacional es la *corrida* española, verdadera fiesta popular de los tiempos antiguos. Ella exalta, es verdad, las pasiones violentas y salvajes que hay en el fondo de la naturaleza humana; pero tambien desarrolla el valor y la energía. No faltará corazon para cosas mas importantes al que se entusiasma en este espectáculo, ó por lo ménos no lo enervará la mortal apatía. Existe aún en este pueblo un fiero y noble espíritu caballeresco; y sin embargo de los juegos sangrientos que sus padres les legaron, son piadosos y benéficos los españoles de nuestros dias. Cada cosa tiene su carácter y el sello de su época; y la variedad en el mundo es el mayor encanto de la vida.

Largo tiempo pasé antes de poder descubrir el orígen de las corridas de toros. ¿Provenia de los valientes ejercicios de los moros, ó de los nobles torneos de los caballeros cristianos? ¿O bien habrian nacido despues de la mezcla de las dos razas? En Granada

es donde vine a hallar la respuesta a estas cuestiones. Nótase en esta magnífica ciudad una hermosa y vasta plaza rodeada de casas: un palacio adornado de columnas que hoy sirve de casa municipal, se distingue entre los demas edificios: desde él asistian los reyes moros a los ejercicios que dieron nacimiento a las corridas. Soltábanse en la plaza toros salvajes, y moros vigorosos y sin armas luchaban con ellos: aquello era mas que un juego peligroso, era un verdadero combate. Débese a los conquistadores cristianos la forma actual de las corridas. Estas fiestas, andando los siglos, penetraron mas y mas en las costumbres populares, sin que haya logrado destruirlas como tantas otras tradiciones, ni aun la influencia de los filósofos, de los que se llaman propagadores de las luces, de aquellos lobos devoradores que se ocultan bajo pieles de ovejas, hienas feroces que hablan de filosofía; esta tradicion ha echado raíces muy profundas, y florece mas que nunca desde que Isabel II, con un espíritu de los mas elevados de sabiduría de gobierno, asiste como reina a las corridas y las dirige con el movimiento de su pañuelo. Nuevos matadores se han formado, y el pueblo y los grandes hablan todavía con profundo sentimiento de la gran *espada* Montes, que murió el último otoño en Madrid, de resultas de una herida recibida en una corrida, y fué acompañado a su última morada por ochenta mil personas. Su muerte forma época en España, pues no son solo algunos admiradores aislados, sino la nacion entera la que lleva luto por el regenerador de esta noble institucion. Su retrato se vé por todas partes. Un general español me referia con entusiasmo, que Montes ejercia sobre el toro el imperio mas absoluto; que cuando andaba en el circo, el toro lo seguia; que cuando se detenia, el animal se paraba delante de él, inmóbil y como petrificado. El mismo personaje a la cabeza de una sociedad ha hecho construir en una pequeña ciudad, que mas tarde visitamos, un vasto edificio para las corridas: y notando con placer mi gusto pronunciado por estos juegos, me advirtió que en el mes de Diciembre próximo se presentaria ocasion de ver una admirable fiesta de este género. La alta nobleza de España queria celebrar con corridas el feliz alumbramiento de la reina, y los mismos hijos de los grandes debian figurar a caballo en la liza, e inmolar a los toros con sus espadas.

Así es como esta soberbia nacion celebra el nacimiento de un heredero real.

Es tal el amor a estas fiestas en el pueblo, que se priva en la semana del pan de cada dia, a fin de poder el domingo, despues de haber pasado la mañana en oracion, consagrar su tarde a las emociones dramáticas de la corrida, y acopiar en ella materia de conversacion para la semana siguiente. Entre nosotros la clase de los trabajadores, gasta su salario en beber y en comer, para pasar todavía en la holganza y la embriaguez el lúnes. ¿Cuál de los dos es preferible? Júzguelo el lector.

En casi todas las ciudades de la Península hay *corridas*, principalmente en Julio y Agosto; es la época del año en que los toros son mas feroces. ¡Quiera mi suerte conducirme de nuevo a España en esta época, a fin de que estudie mas de cerca estos combates y el espíritu del pueblo que se manifiesta en ellos, y que goce, una vez mas, del embriagador entusiasmo, del noble regocijo, del interes palpitante que sentí en Sevilla! Este es mi voto mas ardiente, aun cuando me oyese llamar por labios sentimentales, *bárbaro*, *sanguinario*, *jóven desnaturalizado:* me contento con los gritos de alegría delirante que se escapan de los lindos labios españoles; y con los relámpagos aprobadores que despiden los mas bellos ojos de la Andalucía. En medio de la agitacion de las mantillas y del ruido de los abanicos, no puedo impedirme de exclamar: «¡Españoles, os envidio esta antigua fiesta!»

Al salir de la plaza, nos dirigimos a las Delicias situadas a corta distancia en las orillas del Guadalquivir. El dia caía ya; pero numerosos coches de formas caprichosas y extraños colores, se cruzaban en todos sentidos en las sombrías avenidas. ¡Qué placer el de ver las vigorosas y hermosas mulas enganchadas a los carruajes! ¡Qué alborozo al oir el alegre sonido de los cascabeles, y al contemplar la *crème*[1] de Sevilla, de mantilla y velo de encaje con flores en la cabeza, manejando el abanico en las calesas como si aquel paseo fuese un salon! Y verdad que lo es, en la extension de la palabra. El ambiente era de una dulzura encantadora: el sol habia dejado de brillar en el firmamento, y la misteriosa luz

1 En frances en el texto.

de la luna transfiguraba la tez delicada de las mujeres. ¿Qué mas necesitan las nobles españolas para presentarse en toda su seduccion? Feliz el país donde la moda francesa no ha ahogado todavía el romanticismo, cuyas mujeres tienen bastante inteligencia para comprender que el mismo traje y el mismo peinado no convienen a todos los pueblos y a todos los rostros: que una griseta puede ponerse muchas cosas que no cuadrarian a la cara de la morena *manola*, y que en fin, esa cabeza morena graciosamente adornada con velo de blonda, puede, y no sin gloria, rivalizar tanto como una duquesa de Medina Celi, con todas las lionas del mundo! Pero volvamos a las Delicias, y considerémos un poco aquel caprichoso carruaje, aquel gran cupé tirado por dos soberbias mulas ricamente enjaezadas: lacayos y cocheros visten librea; el coche está guarnecido interiormente de encarnado, y en los cojines se sienta un anciano. Es el arzobispo de Sevilla. Es tan grande el amor de los españoles a la alameda, que el mismo viejo cardenal se pasea todavía, ya entrada la noche, en estos lugares para distraerse con el movimiento y la alegre agitacion del pueblo.

Sevilla, 15 de Setiembre de 1851.

Hoy fuimos en peregrinacion a la casa de Pilatos, a la casa donde Jesus fué azotado, y donde el procónsul presentó al Salvador al pueblo cegado, pronunciando el famoso *Ecce-Homo:* allí es donde intimidado por las vociferaciones furiosas del gentío, hizo traer una palangana para lavarse las manos de la sangre inocente; ceremonia que se ha imitado con frecuencia desde entónces, mas ó ménos a propósito. Pero, ¿cómo ha venido a Sevilla la casa de Pilatos! Preténdese que uno de los antepasados del duquecito de Medina Celi, de quien ayer hablaba, hizo ejecutar una copia fiel de ella, de regreso de una peregrinacion a la tierra santa; pero hay cosas que uno no se puede explicar: ó la casa de Pilatos en Jerusalen ha sido completamente reconstruida en el espacio de tiempo transcurrido entre la vida terrestre de Jesus y la peregrinacion del Duque, ó la morada en cuestion (habitada siempre por la familia) no es mas que un elegante edificio de fantasía, pues su estilo pertenece a la bella época morisca. Ligeros pórticos circundan

los patios: la escalera, que segun se dice subió nuestro Salvador, lo mismo que las piezas superiores, están cubiertas de azulejos con magníficos adornos, como los que todavía se ven en las estufas de nuestras antiguas mansiones señoriales. Fragmentos de estatuas arreglados bajo los arcos, que, se dice, vienen de la casa de Pilatos, son las únicas cosas que recuerdan, si bien de una manera poco lisonjera, la época de los emperadores romanos. Adorna esta casa muy célebre en España, un bonito jardin lleno de jazmines, de rosas y de naranjos, con un fresco emparrado, y una fuente de la que brotaban elegantes juegos de agua en tiempos mejores.

Siguiendo nuestro paseo, entramos en la famosa *Fábrica de cigarros*, que tiene las dimensiones y la belleza de un palacio. Esta fábrica es la mas curiosa de las que hay que visitar por menor; podemos seguir en ella la serie completa de las manipulaciones, desde la hoja en bruto que llega de América, hasta las cajas embaladas para los diversos países de Europa, hasta las cajetillas de *cigarrillos de papel* destinas a la España, y las cajas de hoja de lata selladas en que se vende el excelente tabaco de Sevilla. Ocúpanse en ella diariamente cuatro mil mujeres y niñas. Lo mas interesante que hay que observar en este establecimiento, es la actividad maravillosa, el cuchicheo confuso y la charla incesante de aquel numeroso ejército femenil, y al mismo tiempo el órden ejemplar que reina en las galerías.

Las obreras están sentadas en grandes mesas, con un paquete de hojas de tabaco por delante. Despues de haberse untado los dedos con agua de goma, ponen un cierto número de hojas en rollo, envuelven el rollo en otra hoja pequeña, y lo cortan por un lado con grandes tijeras: en un abrir y cerrar de ojos está hecho el puro. Estas trabajadoras son pagadas por tarea. Los cigarros se hacen de tabaco desmenuzado, que se introduce por medio de un embudito en tubitos de papel confeccionados en la fábrica: en seguida, una especie de presidenta los pesa en cada mesa. Todo esto se efectúa con una rapidez increible, con animacion y con gracia, y en medio de las mas alegres conversaciones. No sucede aquí como en nuestros talleres en que el hombre se embrutece y se degrada: la vida y la salud reinan en esta fábrica, en la que todos parecen trabajar con gusto.

Noté pocas caras verdaderamente bonitas entre aquellas cuatro mil mujeres que todas tenian flores en la cabeza a la usanza del país: muchas tienen gracia en los movimientos, muchas otras tienen fisonomías muy coquetas; pero todas observan una disciplina muy militar. Mantienen el órden gruesas dueñas bastante ridículas, que, semejantes a los generales acostumbrados a la victoria, recorren las filas con fiereza, y pasan revista a sus tropas. Algunas negras, hijas de la *Triana*, de la raza famosa de los gitanos, confundidas entre sus hermanas gótico-moriscas, hubieran podido referirnos mas de una aventura de amor y de puñal. Un Eugenio Sue hallaria en la vida de esta multitud de criaturas femeninas, en la historia de sus sufrimientos y de sus alegrías, materia para una novela en cien volúmenes, y los misterios de la fábrica de tabacos de Sevilla podrian figurar dignamente al lado de los *Misterios de París*.

La preparacion del tabaco para polvos, está abandonada a los hombres y a las mulas: picado y aprensado este tabaco, se le pone despues a macerar; despide un aroma picante que tiene el perfume español elevado a su mas alta potencia. En las piezas del piso bajo se prepara el regalo de los sibaritas, el precioso *rapé* de Sevilla, *el polvo sevillano*, polvo impalpable, penetrante, que encerrado despues en tabaqueras de oro adornadas de diamantes, da a nuestros diplomáticos, a nuestros doctores y a nuestros sabios, su sabiduría y su gravedad incomparables, y pasa por el primer símbolo de armonía en las negociaciones importantes.

Al salir de este inmenso edificio, que se tomaria por el palacio de un rey, nos dirigimos al interior de la ciudad. Cerca de la catedral se halla la *Lonja*, movimiento verdaderamente digno del célebre Herrera, que construyó el Escorial, octava maravilla del mundo. Por una escalera gigantesca se llega a las salas enlosadas todas de mármol, en donde se hallan los famosos archivos de la antigua compañía de las Indias. Vénse todavía en ellas, en una pieza aparte, algunas cartas de Hernan Cortés al rey, tan interesantes por el nombre del escritor, como por su estilo lleno de respeto. Nos mostraron el signo que Pizarro, que no sabia escribir, empleaba a guisa de firma, y el testamento del piloto que hizo con Colon el descubrimiento de América. Son monumentos venerables

de un tiempo mejor para la pobre España. ¡Cuán precioso puede llegar a ser para un pueblo entero, un simple pedazo de papel hecho de trapo viejo! Cuenta en el número de sus mas hermosos trofeos, cuando un hombre cuyo nombre está inscrito en la historia, ó que solo ha sido testigo de una grande época, de ella ha dejado en él algunas líneas de su mano! En presencia de semejantes objetos, casi siente uno que el robo sea un crímen. Las paredes de esta sala están adornadas con retratos de los últimos soberanos, entre los que noté los de Fernando VII y de su hija Isabel.

La inocente Isabel es seguramente uno de los seres que el destino ha tratado de la manera mas caprichosa. Presa desde su mas tierna edad del combate de terribles pasiones, creció sin principios en medio de las sediciones, y ha debido formarse a sí misma sus principios; hija del destino, recibió en dote los mas diversos talentos, y ha sabido granjearse el amor de sus súbditos por una gran bondad de corazon y por un natural amable y simpático.

En esta lonja magnífica, que nos dá por su noble y rica arquitectura una idea de lo que era la España cuando el oro de las colonias le llegaba por el Océano, hállase una escalera de piedra en espiral, obra maestra de elegancia y valentia del mismo Herrera..... Ya no está allí el duque de Alba, aquel espectro ensangrentado, aquel espantajo blandiendo cadenas (para emplear el lenguaje de nuestros *espíritus fuertes* modernos, de nuestros soñadores humanitarios); el duque de Alba con su inquisicion suspicaz y cruel, no existe ya allí; pero vénse todavía los olorosos naranjos a cuya sombra el feroz verdugo de Felipe II, se paseaba meditando sus negros proyectos: sus soberbias copas de verdura subsisten despues de 300 años. Maravilloso espécimen de la frondosa vegetacion del medio dia, estos árboles no son mutilados al estilo italiano ó a la moda de nuestras naranjerias; su ramaje libre y vigoroso, cargado de frutas y flores, esparce espesa sombra y suave perfume; su aspecto es verdaderamente encantador, y siempre jóven su belleza a pesar de su edad.

El amo del cruel Alba, el sombrío y sanguinario Felipe II, era estimado por el pueblo que veía en él un hombre y un español, es al ménos lo que me aseguró el príncipe de Montpensier que sin embargo descienda de los Borbones. Por mas odio que se profese

al duque de Alba, no puede uno prescindir de admirar sus naranjales, y de conceder a este terrible personaje el haber hecho de ellos un pacífico y encantador circuito para su casa morisca.

La academia de Sevilla que ocupa, si no me engaño, un antiguo convento, posée un verdadero tesoro, una coleccion de Murillos. Estos cuadros, bastante descuidados, cuya mayor parte ni aun tienen marcos, adornan las paredes de una gran sala que era probablemente el antiguo refectorio. Murillo es el pintor de la inspiracion espontánea, el pintor del entusiasmo; pero su exaltacion va seguida con frecuencia de decaimiento y languidez.

El hombre puede elevarse hasta los cielos en alas de su espíritu inmortal; pero como no es dado a todos el poderse mantener a esa sublime altura, vuélvese a caer a la tierra, para no elevarse sino despues de haber recobrado nuevas fuerzas. Tal sucede a Murillo. Fuego celeste anima con frecuencia sus obras; pero tambien con frecuencia solo las ilumina la luz terrestre: sin embargo, en sus horas felices es encantador; logra entónces dar a las formas que toma de la realidad, una ideal que lo eleva al rango de los grandes artistas, y le asegura un lugar entre los primeros.

El ha hecho cuadros de una naturalidad deliciosa. Uno de ellos vi allí entre otros, que me extasió: es el de la Vírgen depositando al Niño Jesus en brazos de *San Félix*, en recompensa de su piedad. La Vírgen desciende de las nubes, y cual tierna flor se inclina a orillas de un claro estanque. ¡Qué gracia y qué dulzura en su porte! ¡Qué encanto y qué bondad en su mirada! Ninguna pluma podria describirlo. Y sin embargo, no es mas que una tierna niña de maravillosa belleza, un ángel puro de luz; pero no es la Madre de Dios, la Vírgen fuerte é inmortal cual nos la muestra Rafael en la Madona de San Sixto. La tierna jóven de las nubes de Murillo no puede haber concebido al Salvador del mundo. Los que aman a Murillo y los que en general gustan de las bellas artes, deberán leer las *Cartas sobre España* de la condesa Hahn-Hahn. No soy tan entusiasta del gran maestro como la noble viajera; pero confieso que pocas personas saben describir como ella, y poseen en tal grado el don de comprension poética y la riqueza del lenguaje. Cuando se ha visto a España, se lee con admiracion esta obra en que la condesa Ida, con gracioso abandono, siem-

bra los mas brillantes y hermosos pensamientos como otras tantas perlas en un tapiz de terciopelo.

Queria guardar mi incógnito en Sevilla; pero el duque de Montpensier que me habia descubierto, me envió a su chambelan. Me fué pues preciso, a pesar de la precaucion que habia tomado de dejar a bordo mi uniforme, hacer una visita al castillo de San Telmo. Léjos estuve de arrepentirme despues, porque esta visita me dió a conocer nuevas maravillas. Un magnífico carruaje con asiento escarlata y lacayos engalonados, vino a buscarnos a nuestra fonda para conducirnos al palacio del príncipe. La guardia salió y presentó las armas: abriéronse soberbias rejas flordelisadas y pasamos por una puerta ricamente esculpida: anunciónos un suizo golpeando con su alabarda en las losas de mármol, y fuimos guiados por un chambelan que esperaba en la portada, a una vasta escalera cuyas paredes están cubiertas de cuadros.

En el peldaño mas alto, se adelantó hácia mí un jóven alto y rubio, sin uniforme, que llevaba en el cuello el toison de oro y el cordon azul de una gran cruz española: era el duque mismo que venia a recibirme en su mágico palacio. Atravesando dos suntuosas piezas llegamos a un tercer salon deslumbrante de oro y colores. Hallábase allí una mujer hermosa, de aire de princesa, de seductora mirada española tan llena de promesas, sombría y profunda como la eternidad: una tez mate, trasparente como el marfil, daba brillo a sus facciones de una regularidad antigua; su rostro puro era como una rosa pálida, colocada en las olas undosas de una cabellera de ébano. Era la bella duquesa, de diez y nueve años, segunda hija de la reina Cristina, imágen viviente de la gracia y de la seduccion españolas. Cerca de ella estaba una jóven infanta, retrato en miniatura de su abuela francesa.

Despues de una corta conversacion, me levanté para despedirme. El duque me enseñó en un gran salon decorado con retratos de familia, su coleccion de curiosidades, entre las que noté los magníficos presentes que le ofrecieron los príncipes musulmanes en su viaje a Oriente, y un laúd de la reina Isabel, piadosa esposa de Fernando el Católico. El duque me invitó a comer para aquel mismo dia. Recibióme en su hermosa biblioteca del piso bajo; vi en ella el retrato de Felipe III, el fundador de San Tel-

mo (que en otro tiempo era escuela de marina) y el del ex-rey de los franceses. Montpensier me condujo en seguida a una capilla de dorados refulgentes, y de allí a un parque inmenso que es todo obra suya.

Este parque es una maravillosa hechicería creada como por encanto en el espacio de dos años. Cerca de un bosque de naranjos de espesa sombra, ha prosperado la vid en aquel generoso suelo. En el seno de aquel rico verdor, rodea un estanque graciosa isla que contiene plantas de todos los países del orbe; un kiosco morisco, de elegante perfil, corona la isla, y una barquilla boga en las aguas límpidas surcadas por hermoso par de cisnes. Mas allá, en los vastos espacios del jardin, se levantan pajareras pobladas de papagayos y pajaritos de las islas, de formas delicadas y brillantes colores, aclimatados bajo el dulce cielo de Sevilla. Tambien me mostraron una pequeña alquería con vacas suizas de especie que me era desconocida: algo les falta; pero es un defecto tranquilizador, y es que no tienen cuernos.

Una colina artificial y en ella una ermita existen en el lugar histórico en que la inquisicion levantaba sus hogueras. En un monton de tierra se ven algunos ladrillos que conservan aún vestigios del terrible suplicio, y allí mismo fué quemada viva, apénas hará cincuenta años, una visionaria, una *beata*. Así cambian los tiempos: en el mismo lugar donde, medio siglo ántes de nosotros, perecian a la vista de la espantada multitud, las desgraciadas víctimas de un fanatismo sanguinario, se levanta hoy una verde colina; y cuando subís a ella para admirar la perspectiva, os enseñan ingenuamente, como una de las curiosidades mas interesantes del jardin, los restos de la terrible hoguera, y os refieren con gran admiracion vuestra, que una hija de los reyes españoles ha escogido aquel teatro de los autos de fe, para establecer su parque encantado.

La principal gala de aquellos lugares, son las plantas tropicales de exuberantes formas, que prenden maravillosamente en plena tierra, y cual seres de naturaleza superior se lanzan por encima de las plantas vulgares de la Europa. Hállase allí, al lado de una poética palmera, cuya cima majestuosa se mece en el aire, el humilde y útil bambú; y del centro de aquella maravillosa vegeta-

cion de todos los países del globo, se desprende el magnífico palacio resplandeciente de oro y vivos colores, respirando voluptuosidad, cual diadema oriental sobre corona de flores tropicales. Largo terrado, cubierto de jarrones y plantas exóticas, lo une al jardin: en él volvimos a hallar sentada con sus hijos, a la duquesa apénas repuesta de sus dias de cama. Es tan benigno el clima de Sevilla, que permite a las mujeres pasearse con la cabeza descubierta desde el noveno dia despues del alumbramiento. Es lo que hacia la hermosa dueña vestida de traje muaré amarillo sembrado de flores de rojo vivísimo.

Acercábanse las primeras horas de la noche y su dulce frescura. El sol habia desaparecido, y llenaba el aire aquella vaporosa claridad que solo existe en las regiones meridionales. Dibujaban las palmeras sus cimas en contornos mas acentuados sobre el pálido crepúsculo que empezaba a dejar ver la luz temblorosa de las estrellas: las flores exhalaban sus mas suaves perfumes; tibios soplos nos venian de las orillas del Guadalquivir, y parecia que la naturaleza se esmeraba para rodearnos de romántica poesía la comida esperada.

El terrado nos condujo a un magnífico salon, donde murmuraban varios chorritos de agua alrededor de una columna de mármol: de allí pasamos al comedor deslumbrante de claridad. Sentámonos a una mesa suntuosamente servida, cubierta de plata labrada y flores: en una de las paredes brillaba el retrato de la duquesa en traje andaluz, deliciosa pintura de un artista parisiense. Las entreabiertas puertas del terrado dejaban llegar, con el fresco de la tarde, las alegres melodías españolas ejecutadas por una música militar, miéntras que nuestros paladares gustaban voluptuosamente de los exquisitos platos de una comida francesa. Todo parecia contribuir a la hechicería de aquella tarde pasada en San Telmo: el recuerdo que me dejó, quedará por siempre grabado en mi corazon.

En un viaje, las vistas y los colores cambian incesantemente, y presentan a nuestras miradas imágenes siempre nuevas. Esperábamos en nuestra fonda un interesante espectáculo, preparado por la atencion de mi fiel amigo el capitan de la fragata. Algunas parejas de bailarines iban a ejecutar, en presencia nuestra, las famosas danzas nacionales.

Esbeltas jóvenes de chispeantes ojos, y hermosos jóvenes de elegante porte entraron con dignidad del todo española en el comedor del hotel. Diré, entre paréntesis, que las blanqueadas paredes de esta sala, bastante mal iluminada, estaban cubiertas de numerosas copias de Murillo, dispuestas para ser vendidas por originales a los crédulos hijos de Albion. Tendíme, cual voluptuoso sultan, en un duro canapé, para saborear a mis anchas los *cigarrillos de papel*, y distraer mi vista con el halagüeño espectáculo que se preparaba. Con autorizacion mia participaron al principio de este placer un cónsul ruso y sus dos hermanas, gravemente entonadas en su rigidez de solteronas; pero a poco huyeron por los movimientos algo aventurados de una linda bailarina de diez y siete años.

Sonó la guitarra; las manecillas jugaron las castañuelas, y empezó el baile en rico traje español. No conoce a España quien no la ha visto en las corridas de toros y en las danzas nacionales. Si en la corrida el hombre desplega agilidad, fuerza y valor;—el baile embriagador, es el triunfo de la gracia natural, de la noble fiereza de las fogosas andaluzas. No son los piés lo mas notable en estas bailarinas; mas el busto opulento y voluptuoso, no por eso se muestra ménos elástico y flexible: los balances, las inflexiones del talle, las posturas en que el cuerpo se echa atrás, son de una dulzura seductora, y a la vez de una nobleza cumplida . . . . es la pasion que se impone. Hay un efecto singularmente bello, y es cuando de repente se acercan las parejas con aquella mirada de amor tan penetrante que acompaña a esta figura: inclínanse rápidamente las cabezas, enderezándose con un movimiento súbito y revoltoso.

La noble y erguida cabeza se mueve soberbiamente sobre un cuello libre: los ojos negros y ardientes lanzan relámpagos; las facciones de una regularidad antigua son graves, y, sin embargo, seductoras. Enlázanse los brazos con elegancia, y las bonitas manos tocan con las castañetas aturdidor compás que cubre el sonido de la música. Cuando toda la compañía hace resonar en sus manos con ardorosa alegría este pequeño instrumento, os sentís arrebatado; os electrizais como con todo lo que es nacional.

Varias de estas danzas fueron acompañadas de canto: preten-

der que este sea hermoso y melodioso, seria seguramente un exceso de entusiasmo; pues aunque se escape de lindos labios andaluces, esta melodía no deja de ser un gangueo bárbaro cuyo orígen es árabe como tuve ocasion de observarlo con el tiempo.

Hemos visto que el toreador lleva sobre una chaqueta de color claro, bordados de oro y plata: tambien los bailarines y bailarinas tienen vestidos ricamente recamados. El corpiño de las mujeres es de distinto color que la basquiña guarnecida casi siempre de elegantes encajes. Las jóvenes usan en el pelo cintas y flores: largos prendedores atraviesan su castaña contenida por un peine coquetamente ladeado. El conjunto del traje es rico, pintoresco y romántico. Una jóven bailarina de diez y siete años, supo atraer nuestra atencion por su porte gracioso y su aire travieso, bien que tambien la atraía una de sus compañeras alta, nada bonita, pero bailadora consumada, Doña Amparo, hija del campanero de la Giralda. La primera, aunque muy penetrada de las gracias de su persona, no dejaba de ser un natural sencillo: la otra me hacia el efecto de una coqueta haciendo alarde de su arte, plenamente satisfecha y segura de su victoria. Nuestro excelente doctor se puso a cortejarla de la manera mas divertida, y sin poderle decir una palabra en su lengua nativa, emprendió con ella una conversacion española, en la que Doña Amparo se dió aires de gran señora. La hija de Talía, no sin resistirse al principio, se dejó decidir a fumar, y despues de haber absorbido algunas bocanadas del cigarrillo, lo pasó a uno de nuestros caballeros, que debió continuarlo segun la costumbre española, porque es gran favor el que aquí os hace una mujer ofreciéndoos el cigarro de que ha gustado ya ó la copa de Jerez en que ha bebido.

Hé aquí los nombres de los bailes que fueron ejecutados por una ó varias parejas: *Sevillana.* —*Jaleo de Jerez.* —*Bolero* y *Cachucha.* —*Baile de Panderete.* —*Bolero.* —*Mijares*, danza saltada acompañada de un canto horrible. —*Zapateado*, igualmente muy vivo y acompañado de canto. —*Ole.* —*Bolero.* —*Jota.* Cuando la música dió la señal de la undécima danza, reconocí con admiracionun aire de mi país natal; pero mayor fué mi sorpresa, cuando ví a Amparo ejecutar una *lændler* pretensiosa: y no dejó de lisonjear nuestro amor propio nacional que el último paso fuese una *alemana.*

Sevilla, 16 de Setiembre de 1851.

Hoy conduje à mi amigo K. . . . . que llegó ayer, al monumento que forma el orgullo de Sevilla, a la magnífica catedral. Un sacerdote muy amable, estropeando así así el frances, nos mostró el tesoro de la iglesia que es de los mas curiosos. Noté principalmente la llave que los moros entregaron a San Fernando cuando la toma de Sevilla, con una divisa profética en honor del rey cristiano: una cruz hecha con el primer oro que llegó de América, los hermosos candelabros y adornos de plata maciza que decoran en las grandes fiestas el Santo Sepulcro y el altar mayor.

Dícese que las ceremonias de la Semana Santa son mucho mas suntuosas en Sevilla que en Roma. Entre otras cosas hay las procesiones de las diversas cofradías y de los penitentes cubiertos. El Sábado Santo, en el momento del *gloria*, los negros velos de la nave caen a una señal dada, y el ruido de los cohetes en el interior de la catedral, anuncia la alegría de los fieles que celebran la resurreccion del Salvador. En la fiesta del Córpus, niños disfrazados ejecutan bailes nacionales en la casa de Dios. Este uso, que nos parece tan extraño, lo halla natural y aun edificante el habitante de Sevilla; y es que todo en este mundo está gobernado por el hábito, que varía segun los países. La humanidad ha sido y es regida por impresiones que se han convertido en hábitos, y ¡desgraciado del que los combate! Será casi infaliblemente víctima de su loca empresa, pues nada hay mas dulce para el hombre que el hábito. Atacarlo es por lo tanto obra ingrata, que solo podrá aprovechar a las generaciones futuras, porque para estas, las impresiones nuevas se convierten a su vez en hábitos.

Cádiz, 17 de Setiembre de 1851.

No quise separarme de Sevilla sin cumplir con el deber sagrado de oir una misa en el sepulcro de mi patron, el santo rey Fernando: verificóse el acto piadoso con solemnidad a eso de las seis al nacer el dia. Silencio religioso reinaba en la capilla iluminada por la luz de los cirios y por la primera claridad del crepúscu-

lo. Resplandecia el sepulcro del santo rey con el brillo de la plata entre augustos sarcófagos, y al pié del sepulcro el oficiante, asistido de varios eclesiásticos, ofrecia al cielo el mas sublime de los sacrificios. Sobre las gradas del altar se arrodillaba humildemente un viajero, un descendiente de este gran santo. Sentíme completamente trasportado, é invoqué para mi familia ausente la intervencion de aquel que supo unir a las hazañas de la espada, el fervor de la oracion. Esta misa de la mañana, oída en una capilla de la gran catedral, cerca del sepulcro de Fernando, quedará siempre en mi memoria como un noble y fortalecedor recuerdo.

De ahí nos dirigimos a la orilla del rio para embarcarnos en el vapor «San Telmo,» y fué necesario decir: *¡Adios, Sevilla!* El buque humea y parte; el encantado palacio de San Telmo desaparece detrás de los árboles de las Delicias; el rio forma un codo, y sobre las verdes llanuras no se percibe ya mas que la imponente catedral, con su poética giralda que se lanza majestuosamente al cielo. Algunos instantes más, otra vuelta, y Sevilla con sus palacios moriscos, sus bosques de naranjos, sus seductoras mujeres, y sus corridas de toros, solo será un dulce sueño desvanecido! Pero este sueño conservará en mi memoria una frescura y una juventud eternas.

CAPÍTULO CUARTO

GRANADA Y LOS MOROS

20 de Setiembre de 1851.

Por la mañana nos encontramos enfrente de la roca monstruosa que se levanta como un Titan gigantesco sobre el Océano y el Mediterráneo: de cada parte que se la contempla, presenta a la vista un aspecto siempre nuevo. Gibraltar tiene el poder de atraccion, a la vez seductor y horrible, que no deja nunca de ejercer la grandeza destructora. Lo que excede de las proporciones ordinarias de la naturaleza y de la vida de todos los dias, subyuga el corazon del hombre y le atrae con una fuerza magnética, como las olas espumosas de un remolino. En la grandeza destructora residen la hermosura y el atractivo de Gibraltar; esa roca gigante, calva, desnuda y calcinada por los rayos del sol. La ciudad nada tiene de grandioso, sus casas están limpias y bien conservadas, pero son pequeñas é insignificantes; todo tiene un carácter de pequeñez y de comodidades de aldea; es un lugar de guarnicion con su sello militar y prosaico, de donde el espíritu práctico y frio de Inglaterra ha desterrado el romanticismo hispano-morisco. Son las costumbres de la casaca roja trasplantadas en el suelo ardiente del Mediodía. Para el comercio Gibraltar es una estacion muy segura, pero que todos atraviesan, sin permanecer en ella.

La gran plaza de armas, entre el parque y la ciudad, está adornada con soberbios árboles que merecen admirablemente su nombre español de *sombra*. Por el contrario el parque, que seextiende

hasta subir a las colinas, y que ofrece en muchos puntos encantadoras perspectivas, estaba enteramente seco a causa de la estacion. Aquí se encuentran dos monumentos curiosos: el busto de Wellington colocado en una columna al pié de la cual está puesto horizontalmente un gran cañon, y la estatua del valiente Elliot, tenaz defensor de Gibraltar. Lo grotesco de esta estatua excede a cualquiera descripcion: con su inmenso sombrero tricornio en la gran cabeza adornada con una peluca con coleta, las piernas semejantes a husos, teniendo en su enorme mano las llaves doradas de la ciudad, el viejo héroe en pié sobre una lápida de mármol, tiene el aspecto de un fantasma gigantesco que se pasea en las calzadas del parque. Preciso es convenir en que los pobres ingleses están muy atrasados en las cosas de arte: conocen las comodidades y el *non plus ultra* del *bienestar práctico;* pero el arte es un accesorio que no comprenden; son todo lo contrario los italianos, tan apasionados *per le belle arti.* Estos, por puro amor al arte, tiritan de frio en sus palacios inmensos, bajo sus artesonados pintados al fresco, sin cuidarse de la molesta compasion que inspiran a los extranjeros. Los alemanes y los franceses son los únicos que han sabido asociar el arte a las comodidades de la vida.

Gibraltar, 22 de Setiembre de 1851.

Una hermosa y ancha vía trazada entre pintorescas rocas y agradables villas costea el parque, atraviesa la plaza de armas, y conduce hasta una puerta, sobre la cual el águila imperial, que no se ha quitado de allí, recuerda aún la antigua dominacion de los Hapsburgos. Por esta puerta entramos a la ciudad para dirigirnos al *Convento*, donde nos esperaba un *lunch* en las habitaciones del amable gobernador. Ignorantes, como entónces lo estábamos, de las costumbres inglesas que permiten a los convidados pedir lo que gusten y aun tomarlo, sufrimos el suplicio de Tántalo saboreando con el olfato el aroma de los asados, y limitándonos a pequeñeces bien insignificantes. Cuando nos preguntaban lo que deseábamos, respondiamos de una manera evasiva, y los prácticos ingleses deben habernos creido miembros de alguna sociedad de templanza, no obstante que estábamos bien hambrientos.

Hubo en la noche una brillante comida en honor nuestro en la sala principal de la antigua iglesia del convento. Todo lo que habia de *gentlemanlike* en Gibraltar llenaba los salones del gobernador. Las armonías del himno nacional nos dieron la bienvenida mas amable y digna, y nos proporcionaron la ilusion de que estábamos en una fiesta patriótica. El viejo gobernador, con grande uniforme de general de artillería y cubierto de las mas honrosas condecoraciones militares, salió afectuosamecte a recibirnos, y despues de las presentaciones de costumbre, en las cuales la vieja Inglaterra procede siempre con alguna torpeza, cada uno tomó del brazo a una compañera, y nos dirigimos al comedor, resplandeciente de luces é ingeniosamente adornado con banderas de los regimientos que están de guarnicion en Gibraltar.

Nos rodeamos de la mesa, y yo tomé asiento entre el gobernador y su amable señora. Aquí tuve diferentes materias de observacion, porque en casa de sir Roberto se come a la antigna moda inglesa: los ayudantes están a los extremos de la mesa y son quienes sirven; trinchan y manejan gravemente y con dignidad las grandes piezas, y algunas veces los animales enteros. Cada convidado tiene al frente una botella de Jerez y un frasco lleno de agua. Como todo esto era nuevo para mí, tenia gusto en poder estudiar al natural las costumbres hereditarias de la altiva Albion. En el acto de instalarnos, la concurrencia se levantó de nuevo: por un instante permanecí sentado y en la mayor consternacion: creí que el furor de los bríndis, tan genial de los ingleses, comenzaba aun ántes de que el estómago tuviese tiempo de fortificarse. Pero el gobernador dirigió algunas palabras a un personaje que estaba sentado frente a él, y el arcedian recitó una oracion: al punto me puse en pié, contento de ver perpetuar la antigua y hermosa costumbre de comenzar la comida consagrándola con un pensamiento religioso. Desgraciadamente este hábito ha caido en desuso en nuestros países católicos, donde la moda, que es la verdadera religion de las clases ilustradas, impide que uno deje ver a su prójimo que aun piensa alguna vez en el Dios de sus padres. A nosotros los extranjeros nos parece ridícula la costumbre inglesa de invitarse a beber los unos a los otros, y sin embargo esto tiene algo de amable y de afectuoso: casi todos los convidados

buscan con una mirada inquieta a través de los floreros y de los adornos que están sobre la mesa a la persona que quieren distinguir, ó si está demasiado léjos para que pueda llegarle la voz, la hace prevenir por medio de un criado; pone algunas gotas de jerez, lo cual hace el convidado punto por punto, despues ambos se dirigen una mirada fija, y sin mover los labios inclinan la cabeza a la manera de un saludo, beben, y todo está dicho: practicada esta ceremonia con una flema increible, recuerda bastante las fisonomías de las pagodas chinescas.

Despues del servicio principal, cuando se han consumido los asados, la servidumbre retira todo lo que hay sobre la mesa hasta los vasos y las servilletas, y ponen sobre el mantel nuevos vasos en pequeños trastos con agua fresca que sirve para lavarse las manos y la boca al fin de la comida. Las personas sentadas a la mitad de la mesa están provistas de grandes botellas llenas de los principales vinos. Se comen algunas cosillas insignificantes, y despues de esto el dueño de la casa hace oir el reclamo tradicional: «*Gentlemen, will you charge your glasses*»; [1] cada cual segun su preferencia se provée de cerveza, jerez ó burdeos, y entónces comienza la série de bríndis.

El digno anciano se levantó, y quedamos agradablemente sorprendidos al oirlo brindar en aleman por la salud de nuestro muy amado soberano. Aunque la gramática bien pudiera tener de que quejarse, aquellos votos nos llegaron al corazon porque eran expresados en nuestra lengua materna. Conforme a la costumbre inglesa, todos permanecieron sentados, con excepcion del dueño de la casa, y las muestras de aprobacion se manifestaban dando con las palmas de las manos sobre la mesa, lo que en masa no parece mal. En aquel momento resonó en la sala el himno austriaco: «*Dios conserve.....*»

Despues de los bríndis, las señoras dejaron la mesa, y se dirigieron al salon para esperar a los hombres que continuaron tranquilamente bebiendo y conversando: presenta un aspecto bastante cómico ver á las pobres señoras desfilar humildemente por ambos lados de la mesa y salir por órden de los señores. Muchas gentes

1 Señores, llenad vuestras copas.

reprueban esta costumbre como bárbara; pero a mí no me desagrada: es bueno que las mujeres sepan que deben obedecer a los hombres, y la inmoralidad francesa nos enseña hasta dónde puede conducir la exageracion de una insulsa y absurda galantería hácia el bello sexo. Concluido el café nos reunimos con las señoras en el salon, y despues de haber cambiado algunas expresiones de urbanidad, nos retiramos. Con una noche espléndida y a través de las olas de una mar luminosa, Austria regresó a su palacio flotante.

Gibraltar, 23 de Setiembre de 1851.

Por la noche dí a bordo de la fragata una gran comida a la vieja Inglaterra: ademas de sir Roberto, convidé al capitan general español Calongi. En memoria del brindis de la víspera, a mi vez, brindé en inglés por la salud de *little Queen*, despues de lo cual se pronunciaron algunos otros brindis. La música militar tocó el *God save the Queen*, el *Hymna burbonica*, y el magnífico: "*Dios conserve al emperador.*"

Tan luego como terminó aquella comida, pasamos al Covento a tomar parte en un baile con que el gobernador obsequió a sus huéspedes austriacos, y a pesar de las fatigas y de las correrías del dia, bailamos valientemente. En materia de baile, las hijas de Albion van muy atrás de nuestras jóvenes alemanas: en el valse, por ejemplo, cualquiera de nuestras aldeanas es una reina en comparacion de estas nobles señoras que se mueven pesadamente y sin gracia. Pero su famosa reputacion de hermosura estaba en juego; dos personas se disputaban la manzana de la discordia, una inglesa, belleza calmada, serena y perfecta, de facciones regulares y de cútis blanquísimo, y una andaluza graciosa y ardiente, con cabellos de ébano, ojos llenos de brillantez y dulzura, hermosa como un sueño de amor, ligera como una gacela. La eleccion era difícil: escoged entre un hermoso dia de verano en la fresca y tranquila naturaleza del Norte, y la noche española iluminada con la luna, en los bosques de naranjos enlazados con jazmines! . . . .

Granada, 30 de Setiembre de 1851.

En el centro de la antigua ciudad real, en la hermosa é interesante plaza de la Constitucion, se encuentra el venerable palacio de invierno de los reyes moros, actualmente palacio municipal: ¡Cuánto se indignarian los viejos monarcas si pudiesen leer la palabra *constitucion* en el frontispicio del antiguo asiento de su despotismo! En esta plaza se dieron por primera vez en España, como ya he dicho en otra parte, las magníficas *corridas* que, en su orígen, no eran combates, sino solamente juegos. Allí soltaban a los toros, bajo el balcon real, y los moros ejercitaban su valor y su fuerza luchando contra su adversario; pero sin matarlo con la *espada*. La caballería cristiana, por su amor a los combates dió a esta diversion un carácter mas serio. En Granada fué donde vine á descubrir el verdadero orígen de estas fiestas: ¿debemos atribuirlo a los moros ó a los antiguos godos? No hallaba qué opinion adoptar, porque no podia formarme idea de los moros con su gravedad solemne y su traje oriental en presencia de un toro; miéntras que el furor, un poco salvaje y la bárbara energía de los antiguos godos, me parecian mas a propósito para esta clase de lucha. Esta costumbre morisca ha desaparecido completamente en África, a la vez que trasplantada por la caballería entre los inquietos y vigorosos hijos de la Península, ha recibido una vida nueva y sobrevive a todas sus revoluciones. Hoy, en nuestro siglo que se dice humanitario, entusiasma y alegra al ardiente pueblo de España y a los extranjeros recien llegados.

La anécdota siguiente demuestra cuán importante es el papel que el toro, en general, representa en el país. Cuando la princesa de Montpensier vino por primera vez a Tarifa, donde hacia largos años que no habian visto un vástago real, la fiel poblacion imaginó que la manera mejor de hacer patente su alegría, era soltando toros por toda la ciudad. Fácil es de comprender la sorpresa de todas las personas que andaban en la calle: cada una se procuró un asilo, y todas las puertas se cerraron. Por la noche, bastante tarde, iba una dama de honor para su habitacion que estaba fuera del alojamiento señalado a la duquesa, cuando al atravesar una

calle se le aparece repentinamente uno de los animales de la fiesta: asustada la dama, quiso volver atrás; pero, ¡oh desesperacion! un nuevo monstruo venia por la otra extremidad de la calle. Todas las puertas están cerradas, y la situacion es verdaderamente crítica, como que va en ella la vida. Solo un *matador* seria capaz de obtener aquí un doble triunfo . . . . nuestra *doña* estaba perdida; pero una puerta se abre furtivamente, y la cuitada mujer encuentra un asilo, sin otro daño que el miedo que sufrió. Esta anécdota, que supe por boca del amable duque de Montpensier, pinta de una manera enérgica las costumbres españolas.

Nos dirigimos luego a la imponente catedral para visitar su parte interior: a la sazon que entrábamos tocaban el órgano, cuyos sonidos roncos y chillones turban de una manera desagradable la calma religiosa de la iglesia. Felizmente esta música, poco edificante, no duró mucho tiempo. El sonido del órgano, en general, no me agrada demasiado, jamás me parece puro y claro, y muchas veces creo que no es dulce y tierno: tiene algo de mecánico, se oyen mucho los fuelles y los suspiros del aire, aunque en los raros momentos que no sucede esto, el efecto que hace es grandioso y sublime: se cree entónces oir las armonías de las esferas celestiales, y nada corresponde mejor a la magnificencia y a la majestad del culto católico.

Dejamos el centro de la iglesia para buscar los recuerdos de la historia en la notable *Capilla Real.* Esta capilla estaba iluminada con cirios, que es la luz que mas conviene para la contemplacion atenta y recogida de las obras del pasado: se halla separada del templo por una hermosa reja de hierro, tras de la cual resplandece, con el brillo de los colores y de los dorados, un altar gótico maravillosamente esculpido; venerable monumento de una época poética en que reinaba una piedad infantil. Aquellos rostros sencillos y expresivos, aquellos adornos ingeniosamente enlazados, están llenos de gracia y de encanto. Llaman principalmente la atencion dos bajorelieves, de los que uno representa al infortunado rey de los moros Boabdil, saliendo de la Alhambra para entregar a Fernando, su vencedor, las llaves de la fortaleza: en el otro se ven varias mujeres moras con las cabezas inclinadas sobre la fuente bautismal, recibiendo la consagracion de la fe cristiana. Estas dos obras son

curiosas por los ropajes de las figuras, que difieren sensiblemente de los trajes moriscos que se usan hoy. Pero son aun mas interesantes cuatro retratos esculpidos en madera y pintados de colores, de Fernando, de Isabel, de Felipe, y de su hijo el gran Cárlos V. Felipe, a quien se llamó el *Hermoso* por sus contemporáneos, tiene las facciones grandes y pronunciadas de los Hapsburgos, que caracterizan tambien el rostro de su padre, Maximiliano, y que tienen algo del carácter típico peculiar de aquella época. Cada siglo y cada país tienen sus tipos particulares, sus fisonomías que se reconocen fácilmente; y de este género es la fisonomía del gran príncipe aleman, del noble Max, que ha legado esta herencia a sus descendientes. Si hemos de juzgar a la gran Isabel por el vestido con que está cubierta, debe haber sido fria y austera, altanera y piadosa, y de un carácter enérgico. Yo creo que Fernando fué el *católico* mas insignificante. La imágen de ambos esposos se encuentra otra vez en las sacristía, donde nos enseñaron dos sarcófagos de mármol blanco; cada uno tiene encima dos estatuas acostadas, de una ejecucion admirable: graves, solemnes, parecen cadáveres de piedra: en el uno se reconocen a Fernando é Isabel; en el otro a Felipe el Hermoso y Juana la Loca; Cárlos V, hijo de estos últimos, mandó levantar en su memoria esa magnífica sepultura. El primero de los sepulcros tiene el sello de una época rígidamente católica: el segundo está revestido con esos ricos adornos medio cristianos y medio paganos que tanto convenian al gusto mas delicado, pero ménos elevado del siglo diez y seis. Contemplaba yo las imágenes de mis progenitores tan hermosos con la fisonomía de la muerte: fueron grandes hombres que tuvieron un digno lugar en la historia, porque representaron su papel en la vasta escena del mundo.

Fueron tronco de una poderosa dinastía que ha reinado en muchas partes, y ahora descansan abandonados en una capilla solitaria: «*¡vanidad de vanidades!*» En otro tiempo vivieron circundados por el esplendor de una corte numerosa; hoy un sacristan, vestido miserablemente, toma una antorcha, abre la puertecita de hierro y me conduce por una estrecha escalera a una bóveda baja y fria, donde la verdad se muestra triste y desnuda y me recibe con una ironía siniestra. Jamás penetran hasta allí las miradas

de los olvidadizos herederos. El corazon se oprime al ver esas reales parejas que en su vida fueron tan poderosas y tan altivas, encerradas en su estrechos ataúdes, y el horrible *memento mori* resuena como un fúnebre tañido hasta el fondo del alma, y me hace temblar.

En toda España yo era el pariente legítimo mas próximo de aquellos pobres muertos, sí, mas próximo que los soberanos y los príncipes del país, y sentí cuán durable es el sentimiento del parentesco aun despues de muchos siglos: mi alma se llenó de tristeza al ver que aquellos ilustres cadáveres estaban abandonados así. La nueva dinastía real no piensa en ellos; solo yo estaba allí, con mi sencillo vestido de viaje, junto a las tumbas de aquellos, cuyo trono, donde el sol no se pone, ocuparia mi familia, si no hubiese existido Cárlos II.

Tambien encontré en la oscura bóveda los restos de D. Miguel, hermano mayor de Cárlos V, que murió a los trece años de edad de una caída de caballo. La existencia y el desgraciado fin de aquel príncipe, que por los decretos del destino debia dar lugar a uno de los mas grandes hombres que ha visto el mundo, me habian sido hasta entónces desconocidos. La historia no menciona esas cortas existencias, y Clío solo consigna en sus libros los nombres de las personas que ejecutan grandes cosas ó que se atraviesan en el camino del progreso: la historia no reconoce mas que a los que la forman ó a los que la resisten. Causa tristeza pensar en tantas existencias ahogadas de esta manera; pero ¿qué seria del mundo, si todos los que nacen llegaran a ser grandes hombres?

Comenzaba el crepúsculo a penetrar bajo las bóvedas misteriosas, como un velo sombrío extendido sobre el imperio de la muerte; el *Cuasimodo* abrió una piececita, hizo dentro de ella cierto rumor en la oscuridad, y volvió a aparecer con las insignias reales de Fernando el Católico y el libro de oraciones de la reina Isabel. Aquellos objetos que los señores y los pajes se disputaban en otro tiempo el honor de llevar, eran enseñados ahora por el bedel de la catedral al viajero extranjero. Toqué el círculo de oro y la espada ántes tan poderosa, con un sentimiento mezclado de orgullo, de codicia y de melancolía. ¡Qué hermoso, qué brillante sueño para el nieto de los Hapsburgos españoles blandir la espa-

da de Fernando para conquistar la corona! Aquellos restos venerables de una antigua grandeza sirven hoy de juguete a los extranjeros y a los curiosos. Pregunté al sacristan si podria adquirir la diadema del santo rey por un buen precio, pero rechazó este ofrecimiento. Hacia poco tiempo que se le habia prohibido enseñar los ornamentos de la iglesia bordados por la propia mano de Isabel, porque un inglés se atrevió a cortarles algunas franjas.

Antes de abandonar la catedral pudimos leer en la pared una órden episcopal recordando al público, que los que se reunen en corrillos ó se ocupan de mujeres, deben pagar una multa, si no quieren incurrir en la pena de excomunion.

A favor de la oscuridad nos dirigimos, atravesando calles sombrías y estrechas, a la casa de una receptadora que comercia con los adornos que arrancan los presidarios de las paredes de la Alhambra. La vieja se turbó mucho con nuestra presencia, y quiso hacernos creer que cortaban la mano izquierda del que robase los famosos arabescos del Palacio de Verano.

Al regresar a nuestra *fonda*, oímos en las calles algunos cantos y campanillas: eran gentes que en honor de la Vírgen y de los santos, ó para pedir limosna, se paseaban por las calles cantando letanías; costumbre, sea dicho entre paréntesis, bastante incómoda para los que tienen necesidad de sueño y de descanso.

Granada, 1.° de Octubre de 1851.

Habian dado las seis cuando dejamos la posada para ir a rendir nuestros homenajes a la maravilla por excelencia de la España morisca, a la poética *Alhambra*. Era el punto culminante, la última y mas bella curiosidad de nuestro hermoso viaje: íbamos a disfrutar de uno de esos momentos de goce estático, como se tienen muy rara vez en la vida. La atmósfera estaba clara y prometia un hermoso dia. Dejamos a un lado el Palacio de Justicia, construccion majestuosa del siglo diez y seis, sobre cuyo techo se vé una enorme campana; pasamos sin detenernos frente a la casa del *pérfido Gomer*, que tiene una novelesca historia que mas adelante daremos a conocer, y llegamos por fin a la puerta de Cárlos V en la fortaleza de la Alhambra.

En mi país se figuran a la Alhambra como un castillo fantástico ó a lo ménos como una villa real, y se engañan miserablemente: es una fortaleza imponente edificada sobre las rocas, cercada de mu rallas gigantescas, de numerosas torres y de pesadas puertas. En cierra en su recinto dos residencias reales, el Palacio de Verano de los reyes moros y el incompleto palacio de Cárlos V, algunos centenares de casas, jardines y campos; su poblacion ascendia en la época del sitio a cuarenta mil almas. Hoy se le considera como una ciudadela; pero, ¡qué hermosa ciudadela es esta fabulosa y divina mansion!

Vista desde abajo, la Alhambra se asemeja a un viejo castillo aleman de la edad média, con sus baluartes, sus torres y sus murallas, y al contemplarlo cree uno estar en Alemania, pero en una Alemania transfigurada. Cuando se penetra en el parque magnífico que circunda la montaña y se extiende hasta el castillo, qué lujo de verdura, qué brillante vegetacion se presenta a la vista. Los árboles, eternamente regados por frescas fuentes, levantan sus cimas potentes formando bóvedas majestuosas; los anchos y hermosos caminos cercados de rosas y de laureles, se extienden con nobleza y al mismo tiempo con gracia, bajo un artesonado natural de encinas, castaños y plátanos. Todo sonríe y resplandece en una primavera perpétua; los estanques de mármol se desprenden pomposamente sobre la tierna yerba, que tiene el aspecto de una naturaleza primitiva, sencilla y grave con su riqueza y su majestad.

Mi corazon se dilataba en las calzadas de aquel parque: me creía trasportado a mi país natal, en Heimbach ó en Dornbach, pero en los primeros dias de Mayo, no en principios de Octubre..... El mes de Mayo es eterno aquí. Granada tiene el privilegio maravilloso de reunir la frescura y la vegetacion septentrionales, a los misteriosos encantos de la naturaleza del Mediodía.

Otra segunda puerta morisca nos condujo a la otra parte de la muralla de recinto, sobre una extensa plaza que hay entre el palacio de Cárlos V y la Residencia de Verano. Los moros abrieron allí aljibes, cuyas bóvedas se extienden bajo la plaza, y guardan una agua fresca y deliciosa. Frente a nosotros, a la izquierda de la residencia de los Califas, se levanta la *Torre de la Vela*, gran-

de y majestuosa, formada de encarnados ladrillos: en su cumbre la bandera cristiana anunció a España el glorioso triunfo de los príncipes católicos el dia 2 de Enero de 1492. A un lado del parque está la *Torre del Vino*, con sus arcos moriscos, de formas elegantes y de ricos colores; en ella vendian los cristianos el vino bajo la dominacion musulmana. Todo se halla enlazado con paredes irregulares, cubiertas de yerba; parecen las ruinas imponentes y poéticas de un inmenso castillo feudal.

Avanzando por el parapeto, entre la torre y el castillo, se ofrece a la vista una perspectiva incomparable; un mundo encantado de casas y de jardines se extiende al pié de la colina, por el escarpado valle del Darro y en la llanura: es la misma ciudad de Granada con sus altas iglesias, sus torres y sus baluartes. Sobre la montaña, que está enfrente de la Alhambra, se percibe en medio de fresca yerba, la antigua ciudad morisca de Albaycin; mas allá, en el éter vaporoso del Mediodía, aparece la rica Vega, coronada en el horizonte por majestuosas montañas, y detrás se levantan las plateadas cimas de la Sierra Nevada.

Examinando los edificios que se encuentran delante de mí y buscando con la mirada el tan famoso palacio de Verano, no veo mas que paredes irregulares y desnudas; y la razon es, porque una de las reglas precisas de la arquitectura oriental, consiste en que las casas aparezcan sin carácter ninguno en el exterior, y se reserven para el interior toda la riqueza y todos los adornos, así como una negra concha guarda en su humilde cubierta el puro tesoro de las perlas.

El interior del palacio de Cárlos V es majestuoso é imponente. El gran Cárlos era poeta al mismo tiempo que emperador: recorriendo su hermosa España encontró a Granada y se enamoró de ella: la frescura de la naturaleza septentrional, unida a la embriaguez de la naturaleza del Mediodía, subyugaron su espíritu reminiscente. Aquel era el lugar que debia habitar: no era el emperador sino el poeta quien gustaba de la Alhambra: los jardines, llenos de rosas, los patios adornados con mirtos, los estanques de mármol y las surtidores de agua con su polvo humedo y plateado, los pavesitos brillantes que juegan en el cristal de la cisa, las arquitrabes ornamentados de marmol, los dosseles escuipidos y los arabescos labo-

losos; la vida fantástica y contemplativa, embellecida con el perfume de las flores; el canto de los ruiseñores; las armonías de la música y el rumor de las aguas..... todas esas voluptuosidades le ofrecia el interior del palacio morisco; pero aquellas cosas agradables no fueron hechas por el dueño del mundo que no tenia tiempo de soñar sobre aquel trono iluminado siempre con los rayos del sol.

La habitacion del gran Cárlos debia ser imponente; por esto hizo arrasar el palacio de Invierno morisco, para edificar su residencia real sobre las ruinas del mundo encantado que demolia. Quizá cometió un crímen imperdonable respecto del arte; pero su palacio de piedras gigantescas realiza con su masa la idea del poder soberano, miéntras que el palacio de Veráno de los reyes moros que está en pié, no produce mas que un efecto romántico y gracioso. Es la habitacion de los silfos tejida con los rayos de la luz de la luna: en él se puede soñar, pero no se puede reinar. El palacio de Cárlos V tiene la severa majestad de un príncipe que usa casco y corona: la residencia de los Califas se parece a una sirena con perlas húmedas en sus flotantes cabellos. Si yo fuese monarca y tuviese que escoger entre las dos residencias, sin vacilar tomaria el palacio del gran Cárlos.

Entramos por una puerta adornada en su parte superior con una arquería en forma de herradura practicada en la pared lisa, y como por encanto, nos encontramos separados del resto del mundo y trasportados al reino de los sueños: estábamos en un largo y delicioso patio adornado en cada extremidad con elegantes pórticos de arcos afiligranados. En medio está una fuente rectangular rodeada de mirtos, de violetas y de rosas: su límpida ola se ve adornada con alegres pescados de oro, y es alimentada por surtidores de agua y unos caños pequeños abiertos entre las losas del patio. Desgraciadamente en aquel dia no corrian los surtidores de agua que son unos de los principales encantos de la Alhambra. En una de las extremidades, la que toca al palacio de Cárlos V, el edificio tiene tres pisos: el primero, formado por una galería cuyas columnas de mármol tienen chapiteles primorosamente trabajados, pintados de azul, con arabescos y adornos fantásticos. En el segundo piso se extiende otra galería con ventanas cerradas con una reja de ma-

dera como todas las casas orientales, y sobre esta galería existe una sala de columnas delgadas cubierta con un artesonado de madera ricamente esculpido. Esta parte es la mas elevada del palacio morisco, pues las otras solo tienen uno ó dos pisos bastante bajos. Parece que aquí debe haber estado el punto de comunicacion con la residencia de invierno actualmente demolida, porque aun se distingue una puerta que conduce al palacio del emperador. El mas bello adorno del patio, es aquella fuente tersa y límpida que se extiende entre los pórticos como un tapiz de plata bordado de flores. Esta abundancia de flores y de agua, ha dado orígen a los tres nombres con que se conoce este patio: Patio de los Mirtos, del Estanque, ó del *Mezouar*, palabra árabe que significa baño de mujeres.

¡Cuánta voluptuosidad debe sentirse descansando aquí en la primavera en las noches calmadas y serenas, cuando la violeta y el mirto confunden sus perfumes, cuando el canto de amor de los ruiseñores resuena en los aires, acompañado con el melodioso rumor de los surtidores de agua, y cuando el nítido espejo de las fuentes refleja los rayos plateados de la luna!

Una elegante alcoba, practicada en la pared y adornada con azulejos, servia para el centinela que cuidaba el Patio de los Leones: seguramente no existe en el mundo una garita mas poética.

El *Patio de los Leones*, que es el mas hermoso y constituye una de las maravillas de la Alhambra, toma su nombre de una fuente de alabastro con doce ángulos sostenida por doce leones y destinada a recibir las trasparentes aguas que se desprenden de un jarron superior. Se penetra a este patio por dos puertas opuestas, pero que no están exactamente la una enfrente de la otra; porque el arte morisco no procura esa regularidad sistemática y cansada, que es el mayor enemigo de la poesía en todas las cosas, y tambien por consiguiente, en la arquitectura. El patio es rectangular, y está rodeado por una portalería, cuyo aspecto tiene algo de fantástico: en las esquinas tiene unos kioscos que parecen piñones abiertos ó templos pequeños, que descansan en ligeras columnas, y encierran surtidores de agua en su parte interior. Todo está calado y dividido por líneas ingeniosas, que ofrecen a la vista muy vistosas perspectivas: los adornos están recortados como velos de

encaje; parecen tejidos con una ligereza aérea, y que están colgados y detenidos con alfileres de diamante. Los arabescos se enlazan formando eternos enigmas: algunos arroyos pequeños conducen el agua de una fuente a otra, y todo aquel conjunto despide un perfume de poesía que comunica al alma del espectador un dulce éxtasis, un sueño lleno de encantos.

Ciento veintiocho columnas sostienen el ligero peso de aquella arquitectura, y sirven de elegantes apoyos a aquella tienda de piedra. En efecto, la Alhambra, lo mismo que el Alcázar de Sevilla, y aun con mayor razon, es una tienda digna de los genios. ¿No son velos y encajes los que van de una columna a otra? ¿No son telas recamadas de oro, tapices de cachemira ó del Thibet los que extienden por las paredes sus brillantes esplendores? ¿No cree uno a cada instante que ese ligero tejido va a ondular y estremecerse a las caricias del viento? Sí, realmente esta es la tienda maravillosa que el Califa mandó traer del romoto Oriente, para levantarla en la verde colina de Granada, y retirarse en ella con la desposada de su corazon en el florido mes de la voluptuosidad. Mas esta frágil creacion era demasiado hermosa para perecer, y el arte ha fijado en piedra la obra de seda y de lino, de flamante púrpura y de oro reluciente: el velo de novia de la sultana, y sus elegantes aderezos, se han combinado en una obra espléndida que ha desafiado a los siglos y deja adivinar, por las seducciones de hoy, lo que debieron ser la magnificencia y los encantos de otra época.

Pero todo esto no es mas que una tienda muy poética, sin duda, mas sin grandeza verdadera. A pesar de sus cuatrocientos años de duracion, la Alhambra no puede ser otra cosa que el capricho efímero de la fantasía: falta en ella esa impresion poderosa de la estabilidad. Francamente lo confieso: no obstante el seductor recuerdo que ha dejado en mí este palacio, no corresponde a lo que me esperaba: lo encontré muy pequeño, muy *bonito*, muy limitado; nada tiene de real, en vano se buscan en él las líneas atrevidas y las masas imponentes. Tal vez contribuyeron dos cosas a que se perjudicara el efecto que debió causarme este edificio: la primera, que el cielo estaba nublado, y por lo mismo no aparecia el sol, cuyos rayos dorados todo lo transfiguran en este mundo; y la segunda, que ya habia visto el Alcázar de Sevilla, lo que dis-

minuía en parte el interes de la novedad, porque aquel monumento está construido por el mismo estilo que la Alhambra, y en muchos detalles presenta un aspecto mas real.

Los moros conocian la magia omnipotente del agua, y sabian emplearla de la manera mas graciosa en sus edificios mas bellos, así como en sus jardines. No hay sala sin surtidores de agua, no hay patio sin fuente de mármol, no hay jardin sin cascadas retozonas y sin polvo de plata: de ahí vienen los dulces rumores, el baile ligero de las perlas húmedas, la frescura eterna, el vivificador alimento de la brisa en los dias ardientes del estío y el murmurio armonioso en la calma de las noches alumbradas por la luna. El agua en las habitaciones es un lujo poético muy poco conocido entre nosotros, pero que yo pretendo introducir en mi interior doméstico cuando me sea posible. Nada es verdaderamente completo aun en los espectáculos de la naturaleza, cuando la mirada no encuentra el risueño aspecto del agua para refrescarse y descansar.

Tambien tenian los moros el talento de asociar el brillo de las flores con el del oro y el del mármol; de esta manera reunian lo hermoso con lo agradable, daban amabilidad a las grandezas del arte y hasta cierto punto las hacian familiares. Entre nosotros se proscribe el verdor de las plantas para que el arte pueda presentarse a los ojos con toda su desnudez, como si una mujer hermosa, coronada de flores no apareciese dos veces mas hermosa. ¿Y qué sucede entónces? Que se hacen figuras de *museo*, en donde todo está clasificado, es frio y fastidioso. Se cree que puede uno admirar con un catálogo en la mano y los espejuelos en la nariz; pero no se disfruta del arte como de un adorno de la existencia que embellece la vida con goces necesarios y distracciones benéficas: se le aisla, se le hace perder su verdadero destino que es el de ser tejido como un hilo de oro en la trama de nuestros dias.

La prueba mas palpable de lo que digo es Munich, esa ciudad en que tan empeñosamente se ha separado el arte de la vida, en que se le ha calzado el coturno, y en que tal vez está muy sujeto a las reglas; pero siempre frio y congelado. Grecia comprendia mejor las verdaderas condiciones del goce estético: sus templos, medio ocultos en bosques de cipreses y las imágenes de sus dioses

adornadas con guirnaldas de rosas, eran como cadenas de flores destinadas a unir el arte con la naturaleza.

La extensa pared del patio de los Leones es medianera de la *Sala de los Abencerrages*, se entra en ella por una ancha puerta que tiene a los lados otras dos mas pequeñas y dos nichos de mármol blanco donde los moros dejaban el calzado ántes de seguir mas adelante. Si hemos de creer a la tradicion, por la puertecita de la derecha entraron los desgraciados Abencerrages, atraidos por el rey Abu-Abdallah para ser inmediatamente decapitados junto a la fuente de los Leones. Aun enseñan hoy los pretendidos vestigios de la sangre derramada, extensas manchas rojizas en el fondo de la fuente, lo mismo que se enseña la sangre de Wallenstein en el suelo del palacio municipal de Egra.

Existen dos versiones de la historia de los Abencerrages que formaban una especie de corporacion de caballeros en la corte de los reyes moros.

Dice una de ellas que Zoraya, señora de orígen cristiano y de maravillosa hermosura, fué esposa de Abu-Abdallah (cuyo nombre comunmente se contrae llamándole Boabdil), a que se daba el apodo del *Rey chico*. En la corte de aquel rey, para desgracia y ruína del imperio, vivian en completa enemistad dos partidos de caballeros, a saber, los Abencerrages y los Zegríes; los primeros descendian de Ibn-Serraj, gran visir de un antiguo rey de Córdoba, y formaban una familia poderosa de muy extensas ramificaciones; los segundos eran caballeros de Zaragoza, y otras ciudades de Aragon que se habian retirado a Granada despues de la conquista de aquella provincia: se les llamaba Tsegrinn, es decir, pueblo de Tseghr, nombre árabe del reino de Aragon. Uno de los personajes mas poderosos en la corte de Boabdil el Chico, *el pérfido Gomer* (cuya casa vimos a la entrada de la Alhambra), era del partido de los Zegríes, y alimentaba un resentimiento implacable contra los Abencerrages y contra la influente Zoraya, que era la mas hermosa de las sultanas: su rostro resplandecia como la rosa de Damasco, sus ojos excedian en brillantez a los de las gacelas del Darfour, y sus cabellos flotaban como las hojas de los palmeros tirios. Para perder con un solo golpe a sus dos enemigos, Gomer contó al rey, muy suspicaz por su naturaleza, que habia vis-

to a la noble sultana conversar con un Abencerrage al pié de un ciprés del Generalife; castillo situado en una colina a la espalda de la Alhambra. Tomando en consideracion las celosas costumbres de los orientales, se comprende que aquello fué bastante para que se produjese en el corazon del rey, la resolucion terrible que debia ocasionar la pérdida de los Abencerrages y el cautiverio de la sultana.

Aun enseñan a los extranjeros la galería cerrada con una reja de hierro, en que Zoraya salia a respirar el aire de la tarde, y en que mucho tiempo despues, fué estrechamente vigilada la madre de Cárlos V, cuando se volvió loca. Aquella galería me recordaba los pequeños corredores en que se pasean los osos en la casa de fieras de Schoenbrunn.

En la fuente de los Leones cayeron las cabezas de treinta y seis Abencerrages atraidos por Boabdil a aquella celada, y todos los otros habrian sufrido la misma suerte, a no ser por un pajecito que corrió a darles noticias de lo que pasaba, con peligro de su vida, impidiendo de esta manera que los restantes entrasen en el patio fatal. Zoraya tuvo mejor suerte que los caballeros sacrificados por ella; porque habiendo llegado a países cristianos la historia de su cautiverio, varios jóvenes nobles del ejército real tomaron la resolucion de salvarla: al efecto se presentaron a Isabel la Católica, y le pidieron que les permitiese ir a combatir por la inocencia de la sultana.

Otorgada que les fué esta autorizacion, se disfrazaron de caballeros moros, penetraron en la Alhambra, merced a su conocimiento del idioma árabe, y ante el mismo rey provocaron a combate singular al calumniador Gomer.

Refiere la otra version que un sultan llamado Muley-Abul-Hassan-Ali (que los escritores españoles designan sencillamente con el nombre de Alboacen), hijo de Mahomet X, tuvo dos mujeres, su prima Ayesha y la famosa Zoraya que ántes hemos mencionado. Ambas le dieron herederos varones; pero el rey amaba apasionadamente a la segunda, lo que excitó hasta el mas alto grado los celos de Ayesha, y le hizo temer que su esposo llegara a preferir los hijos de su rival a los de ella. Atrajo a su causa a los Zegríes, miéntras que los Abencerrages se declararon por Zoraya.

Abu-Abdallah-Mohamed, por contraccion Boabdil, uno de los hijos de Ayesha, huyó de Granada a Cádiz en Junio de 1482, se hizo proclamar rey, volvió vencedor a Granada y destronó a su padre. Excitado por los Zegríes quiso tomar venganza de los Abencerrages, los llamó a su lado, bajo pretexto de reconciliarse con sus enemigos, y cuando los tuvo en su poder, los asesinó cobardemente.

Cualquiera que sea en el fondo la realidad de esta historia, ella no deja de ser sangrienta, y las desgraciadas víctimas de aquella horrible traicion han dejado su nombre a esta sala, cuya hermosa y poética arquitectura no merecia, sin duda, producir semejante recuerdo.

Toda está construida de cantería, con alcobas laterales, y sostenida por una doble arquería de columnas esbeltas, con esculturas elegantes que ascienden formando una especie de cimborrio con su cúpula y su linternilla, por donde penetra en el interior una luz suave a través de una celosía primorosamente trabajada.

Aquellos lugares, cuyas delicias celebraron los romances árabes y españoles, están hoy desiertos: el ruido melancólico de los juegos de agua se pierde en el vacío, y todo aquel oro, y toda aquella magnificencia, brillan nada mas que para los extranjeros y los presidarios. Allí se siente el silencio de la muerte, y la luna ya no resplandece sobre la poesía del pasado.

Enfrente de la sala de los Abencerrages, está la de las *Dos Hermanas*, llamada así por dos losas de mármol de igual magnitud que adornan el pavimento. Una ancha puerta, opuesta a la entrada principal, conduce a una galería magnífica donde se encuentra un pabelloncito adornado con columnas y arcos deprimidos: desde allí la vista se extiende sobre un jardin interior en que florecen mirtos, naranjos y rosales. Aquel pabellon, que en otro tiempo servia de retrete a la favorita de no sé qué Califa, ha recibido el nombre de *Tocador de Lindaraja*, y es la mayor curiosidad de la Alhambra, la joya maravillosa de aquella mansion fantástica: en él se encuentra acumulado todo lo que el arte morisco puede ofrecer de mas delicado y de mas rico en materia de colores. El techo de aquel pequeño templo del amor, está cubierto con una red de adornos afiligranados y tapizado con las mas bellas sentencias,

que se enlazan como otras tantas guirnaldas de perlas de la imaginacion oriental: aquellas ingeniosas inscripciones se encuentran tambien en los *azulejos* que han conservado su frescura primitiva.

En medio del esplendor de los dorados, se goza aquí de la fresca y exuberante verdura de los naranjos, y del perfume de los mirtos regados con el polvo húmedo de un elegante surtidor de agua. Aquel Eden florido y perfumado, está separado del resto del mundo, como pueden desearlo aquellos que aman: es un tranquilo y silencioso retiro en que la mirada embriagada, despues de haber descansado en las flores, va a perderse en el éter profundo del firmamento; ese ojo leal y fiel que nos cubre con su proteccion misteriosa, y en el cual leemos, segun las disposiciones del corazon, la felicidad ó la desgracia.

Las habitaciones que Cárlos V mandó disponer para su persona en el Palacio de Verano de los reyes moros, y que debe haber ocupado, puesto que jamás se llegó a terminar su majestuoso palacio, parecen muy prosaicas y frias junto a esta magnificencia sensual del Oriente. No quedan mas que algunos artesonados de madera, sombríos y toscos, semejantes a los que aun se encuentran en las viejas mansiones feudales. Desde el comedor del emperador se disfruta de la vista del jardin de Lindaraja, y por el otro lado miran las ventanas al patiecito con balcon enrejado, donde fué encerrada su pobre madre, Juana la Loca. Me complazco en creer, por honor de aquel grande hombre, que jamás supo el objeto a que estuvo destinado el pabellon.

Por el segundo piso de las habitaciones del emperador, pasamos a una galería asentada sobre la muralla exterior de la ciudadela que conduce al gracioso *Tocador de la reina*, cuyos contornos elegantes se adelantan en forma de baluarte sobre el valle del Darro. Indudablemente jamás ha tenido ninguna reina en el mundo, un retrete con tan hermosa vista. ¡Qué delicia debe ser disfrutar de los placeres del tocador en un lugar retirado, fuera del alcance de las miradas, en el aire libre de la montaña, y tener al mismo tiempo, a sus piés, el soberbio valle, la ciudad majestuosa, la rica *Vega* cubierta con sus tintas de oro y de esmeralda, y la cima de los plátanos que circundan con su fresca verdura la colina de la Alhambra y sus altas murallas! El acto del tocador tiene en sí, no sé qué es-

pecie de voluptuosidad agradable, especialmente para las mujeres: un adormecimiento delicioso se apoderá del cuerpo, como para prepararlo a las fiestas futuras; la cabellera suelta y entregada a manos extrañas, le comunica el magnetismo de sus aromas. ¿Qué, pues, se sentirá aquí que el suelo de mármol transformado en pebetero, lanza espirales de perfumados aromas que envuelven a la hermosa sultana en nubes embalsamadas? Descansando el alma en dulce abandono, náda en un océano de pensamientos confusos. ¡Grande encanto debió ser pasar en este amoroso retrete largas horas en medio del amable juego de los pensamientos y de los cuidados voluptuosos del cuerpo!

Aquella pieza aérea y ligera, rodeada por una galería de columnas, domina por tres partes la cumbre de las fortificaciones que están sobre el Darro y la ciudad: esto basta para formarse idea del admirable cuadro que se presenta a las miradas. Figúrese la perspectiva encantadora y majestuosa de Ambrás, y el real panorama del Hradschin de Praga reunidos en la rica y vaporosa luz del país morisco, y se tendrá una idea de los esplendores de la Alhambra. Los frescos del Tocador fueron terminados en tiempo de Fernando é Isabel, y aun se ven enlazadas en el friso las iniciales de la pareja católica.

Corté en el patio de la Lindaraja, algunas rosas particulares del Palacio de Verano. Debajo del pabellon de la hermosa favorita, se encuentra la *Sala del Secreto*, pieza oscura, cuya bóveda construida con arte, trasmite por medio de un eco maravilloso a cada uno de los ángulos, las palabras que se pronuncian en voz baja en el ángulo opuesto. Fué construida por órden del piadoso y severo Felipe II, para diversion de sus hijos, a fin de que no tuviesen necesidad de procurarse distracciones fuera del castillo. Fué un extraño capricho el de relegar los entretenimientos de los jóvenes príncipes a aquella sala sombría, como si estos juegos de acústica, bastante siniestros, pudiesen reemplazar las horas alegres pasadas en el campo y en los bosques. Comenzaba entónces aquella etiqueta española, que, bajo los Borbones de la decadencia, ejerció una accion tan tristemente ridícula, y no permitió ya al soberano separarse de sus castillos, ni de su monótona capital; le prohibió el paseo durante el dia, suprimió las fiestas, el juego y los bailes, y

acabó por impedir a los príncipes la asistencia al teatro, si no era en presencia del rey. La etiqueta es el alma de una corte, y por lo mismo es indispensable para todos los tronos: pero las córtes no deben carecer de animacion ni de amable sociabilidad. Verdad es, que en ellas hay algo mas que hacer que divertirse; mas en medio de los esplendores imponentes del palacio y del respeto que circunda a la majestad soberana, el fastidio no debe subsistir jamás, porque con él, todo muere como en las aguas estancadas: la vída se extingue entónces, y con ella la actividad, como nos lo enseña la historia de España, este país tan desgraciado y tan hermoso.

Los baños, completamente restaurados hoy, son interesantes por su arquitectura y la disposicion de las localidades. Se encuentra desde luego una grande antecámara dividida en alcobas por medio de arcos elegantes: las paredes están adornadas con los azulejos mas magníficos: la luz no penetra sino despues de haber sido suave y mágicamente tamizada a través de los rosetones o estrellas practicadas en la bóveda y cubiertas con vidrios de color. Allí se preparaban los baños de la misma manera que se hacia en las otras partes de Oriente: comenzaba el que iba a bañarse, por dejarse desnudar y magnetizar, por decirlo así, por los esclavos, para penetrar despues a una pieza mas extensa, donde una atmósfera de vapor caliente, dilataba los poros de la piel: esta sala tiene a derecha é izquierda, grandes fuentes de mármol blanco, y otras mas pequeñas que servian de tinas para los niños junto a las del rey y de la sultana; pero, con excepcion de los azulejos que son notables por la riqueza del dibujo y de los colores, lo restante es de la mayor sencillez, pues aun están blanqueadas con cal las paredes y las bóvedas. Por el contrario la pieza siguiente que se encuentra despues de la anterior y estaba destinada al reposo, allí el lujo oriental se desplega en toda su magnificencia: esta sala deliciosa tiene a su alrededor tribunas ó balcones, donde se colocaban músicos y cantores, para producir con sus melodías un suave adormecimiento a los augustos personajes. Actualmente se ocupan en reparar esta parte que ofrece grande semejanza con el pequeño patio que fué restaurado en el Alcázar de Sevilla.

Existe en la Alhambra un baluarte situado sobre el valle del Darro que se llama la torre de Comares, por haber sido este el nom-

bre de un hijo de Boabdil a quien aquel rey cruel hizo encerrar en ella, a consecuencia de un sueño alarmante. Boabdil desterró tambien de la Alhambra a Omar, otro hijo suyo, porque tocaba el violin y con esto irritaba los nervios del *Rey chico*. Le hizo construir otro palacio, el Generalife en la montaña que se llama *Silla del Moro* donde, sea dicho de paso, se perciben aún las ruinas de una ciudad romana. ¡Cuántos príncipes conozco que no son primogénitos y que se entregarian con ardor al estudio del violin, si por este medio pudieran obtener un palacio tan encantador como el Generalife!

En la Sala de la Misericordia hacian los moros sus oraciones antes de entrar en la mezquita, a la cual se llega por una elegante arquería donde hay un nicho en que guardaban el Coran. Aquella mezquita fué convertida en capilla en tiempo de Cárlos V: está adornada con delgadas columnas de capiteles dorados que sostienen, como en las basílicas italianas, un artesonado de madera de forma plana. Las paredes, cubiertas con hermosos azulejos, presentan, además de las sentencias del Coran, al águila imperial con el altanero *plus ultra*, que muy pronto debia eclipsar todas las divisas de Oriente y Occidente. Hay en el altar un cuadro en figura de chimenea que representa a los Magos a los piés de la Sagrada familia, objeto felizmente escogido para decorar la antigua ciudadela de los moros vencidos por la Cruz. El coro, dorado solamente hasta la mitad, demuestra que la ornamentacion de la capilla jamás quedó terminada. Aquí, como en todas las partes de la Alhambra, se vé sonreir a la poesía de la naturaleza: a los lados de dos ventanas enrejadas que dan al jardin que está al mismo piso de la capilla, enlazan las parras su gracioso follaje.

El Patio de los Mirtos se encuentra enfrente de los que acabamos de describir. Allí nos presentaron un registro establecido por el príncipe Dolgorouki, con objeto de impedir que los extranjeros manchen las paredes con sus nombres insignificantes. Todos tienen empeño en consignar aquí su visita, porque hay pocos electos que hayan disfrutado en su vida la felicidad de venir a Granada, y siempre siente uno orgullo en poder avisar a sus semejantes que ha visto tambien las maravillas de la Alhambra. En la primera página se vé brillar el nombre de Washington Irving,

ese cantor trasatlántico del palacio de las leyendas. Leímos también, marcado con la fecha de 2 de Mayo de 1841, el nombre tan estimado en la literatura italiana de la condesa Ida Hahn-Hahn.

De aquí se pasa a la sala de los Embajadores que se encuentra en la torre de Comares, y es donde la riqueza y la magnificencia orientales, han desplegado todos sus recursos. En ninguna otra parte son mas vastos los espacios ni mas elevadas las bóvedas: desde las celosías del balcon se goza de una perspectiva que realmente parece hecha por las hadas. La sala entera resplandece por sus dorados: la torre, sólida como la roca, ruda y sin adornos en la parte exterior, domina el valle con su masa imponente, y parece desafiar a los siglos. Por un contraste maravilloso, el interior inundado de luz por las celosías de las ventanas y los ajimeces de las cúpulas, resplandece como una sala brillante en medio del lujo oriental y fantástico de los Califas. Las paredes están cubiertas de azulejos y ladrillos barnizados, de una riqueza incomparable: el suelo está adornado con arabescos, y el artesonado de madera de cedro, maravillosamente esculpido, está decorado con extensas planchas de nácar, y brilla como un cielo que durante el dia estuviese sembrado de estrellas. Aquella sala es verdaderamente magnífica, y tal vez la única de la Alhambra que corresponde a la idea de la majestad real.

Sentia yo un placer sin igual acercándome a las celosías del balcon para admirar a mi alrededor el mágico aspecto de la sala, y delante de mí el encantador panorama de Granada. Desde la cima de la torre de Comares se disfruta de aquella vista en toda su extension. El *cicerone* me enseñó al Oriente la montaña del *Último Suspiro del Moro*: desde allí, Abu-Abdullah, el rey moro vencido por los cristianos, pudo percibir por última vez su hermosa Granada y su mágica Alhambra: se detuvo un breve tiempo, y muchos suspiros se escaparon de su pecho, y arrancaron lágrimas corriendo por su rostro. ¡Cuán mortales fueron aquellos sentimientos! ¡Qué bien se comprende aquel dolor!

Desde el mismo punto vimos tambien nuestras las diferentes torres de la fortaleza, las mas notables, bajo el punto de vista histórico, son: la *Torre de la Vela* de que ya hemos hablado, la *Torre del Homenaje* y la de los *Infantes*, llamada tambien *Torre Bermeja*.

La torre de los Infantes contiene una pieza principal que ocupa la altura de dos pisos, y en el superior está rodeada por varias salas; esta disposicion es bastante comun en la arquitectura morisca. Aquí vivieron tres hermanas: Saida, Zoraida y Sulima, con su aya que se llamó Zoraya. Aquellas tres hermanas eran hijas de un rey que las amaba a tal extremo, que hizo cuanto le fué posible por impedir que se casaran; y con este fin las tenia en la torre secuestradas del resto del mundo; pero el amor no conoce obstáculos, y el corazon del hombre tiene una tendencia natural a codiciar lo que le está prohibido. Así fué que dos jóvenes caballeros que tambien estaban encerrados en la *Torre Encarnada*, se enamoraron de las dos hijas mayores del rey; y con el auxilio de una escala de cuerda, consiguieron fugarse y libertar a las hermosas cautivas. Sulima, la mas jóven, que no conocia el amor ni el mundo, rechazó al principio toda idea de rapto: queria permanecer sometida a la voluntad de su padre, lo que le era tanto mas fácil, cuanto que nada la inclinaba a desear la libertad. Mas las otras hermanas la decidieron, y ella se aventuró por la vacilante escala: la aya tambien fué robada, como lo hubiera sido un fardo; y habiendo todos montado en ágiles corceles, huyeron en direccion de la frondosa *Vega*. La aya, inexperta en este género de aventuras, se cayó del caballo, se rompió una pierna, y fué abandonada en medio del campo: *estorbo de ménos*.

Llegó la noche, el sol declinaba tras de las montañas vaporosas y azuladas y teñia con sus últimos rayos la altiva ciudad de los Califas en que reinaban la consternacion y el luto. El rey lloraba por sus tres prendas, que formaban el orgullo de su corazon de padre, cuando la campana de alarma de la *Torre de la Vela* hizo resonar los aires hasta muy léjos, y entónces los creyentes encendieron grandes fogatas en las cumbres de las montañas, como era costumbre hacerlo siempre que esta campana sonaba. Pero los caballos eran rápidos y el amor tenia alas aun mas rápidas, y cuando las últimas fogatas se extinguieron, las tres infantas se hallaban fuera de todo alcance. La moral de la historia es que hasta los padres pueden amar exageradamente. La torre no guardó de sus hermosas habitantes mas que su nombre y su poético recuerdo; y este recuerdo es para el extraño pasajero un encanto

que se extiende por aquellos lugares como el perfume de una flor; quitádselo, y solo queda un calabozo arruinado y desierto.

Atravesamos en coche el parque, cuya fresca yerba y vegetacion exuberante jamás se borrarán de mi memoria, y regresamos á la ciudad por este camino.

Por él llegamos al jardin de *Huerto Real*, que perteneció en otra época a Zumera, madre del último rey de los moros. El actual propietario es un marqués, cuyos progenitores de pelucas empolvadas presentan un aspecto bastante cómico en aquel Trianon morisco. El edificio está al mismo piso que el jardin, al cual se penetra por un vasto salon y un pórtico.

Lo que a mis ojos hay de mas agradable en esta mansion, son los gigantescos y seculares bosques de laureles que forman anchas bóvedas, bajo las cuales se encuentran elegantes juegos de aguas, que mantienen una frescura eterna. Los moros en su filosofía refinada de placer, sabian asociar la poesía con el arte y la naturaleza. Su religion les permitia los goces de este mundo en la mas amplia escala, y los lugares adonde su imperio se extendia, eran aquellos en que la naturaleza prodigaba al hombre sus mas ricos tesoros: era preciso, por lo mismo, que bajo la influencia de su imaginacion oriental, se desarrollase una civilizacion infinitamente amable. Sé que muchas personas no admiran esos juegos de agua y esas cascadas, esos caños y esos canales, esas fuentes de mármol y esos puñados de diamantes que suben y vuelven a caer con armonioso murmurio, esos espejos argentados y límpidos rodeados de brillantes flores. Encuentran todo eso pueril y mezquino; pero yo creo que aquellas cosas convienen maravillosamente al clima y refrescan la vista, ejerciendo un atractivo singular sobre mi imaginacion, que se siente ocupada toda entera y como magnetizada, que juega con la ola bulliciosa, que sube con el chorro de agua iluminado por un rayo de sol a los campos azulados del éter, que se lanza hasta los techos con esos millares de multiplicadas perlas, que vuelve a caer con las ruidosas cascadas y va a perderse jugueteando bajo las flores, en la sombra eternamente fresca de los laureles.

Uno de los principales ornamentos de Granada, es la vasta y sombría *alameda*, larga calzada formada por muchas hileras de ár-

boles de un verde único en España, y que termina en cada extremidad con una fuente monumental, cuyas aguas, cayendo en anchas masas, se evaporan en lluvia fina, en niebla húmeda que derrama una frescura deliciosa. Por la tarde se ve aquí reunido todo lo que la ciudad tiene de mas hermoso, y no es poco decir, porque estamos en el Mediodía de la Península dorada, donde los soberbios ojos negros brillan con un fuego mas ardiente que en cualquiera otra parte. Granada, regada por los veneros abundantes de la Sierra Nevada, es el único lugar de toda la Andalucía que no pierde durante el verano la frescura de la primavera: por todas partes se ve la ciudad agradablemente interrumpida por los árboles y los zarzales.

A la entrada del paseo se encuentra una capilla de poca apariencia, pero interesante por los recuerdos históricos que se relacionan con ella, y está cubierta de inscripciones grabadas sobre la piedra. Fué construida en el mismo lugar en que el rey católico, vencedor, abrazó al noble Abu-Abdallah. Éste huyó entónces más allá de la mar para llorar en los desiertos de África los hermosos dias de Granada, y Fernando, único dueño de la Península, hizo su entrada en el palacio dorado de la Alhambra.

¡Qué ternura han conservado los moros por este palacio que fué obra suya y su encantadora morada! Cuando Abu-Abdallah se vió en la necesidad de dejarlo, no pudo resolverse a salir por la puerta principal: lo hizo por un postigo lateral, dirigiéndose agobiado de melancolía a la presencia del vencedor.

Granada, 2 de Octubre de 1851.

Hoy dedicamos otra vez nuestra primera salida al mágico palacio. Esta ocasion pude gustar con descanso de lo que ayer apénas vi con admiracion. Aunque con trabajo, conseguimos que el gobernador de la Alhambra diese órden de hacer soltar las aguas en algunos patios, y en algunas salas. Las obras de reparacion ejecutadas recientemente en los conductos, habian alterado un poco la claridad del agua; pero, a lo ménos, pudo oirse el rumor bajo las bóvedas doradas, y se pudo admirar la caída alegre y ligera en la fuente de mármol. Demasiado pronto nos despedimos de aquella

poética mansion, y nos trasladamos al palacio de recreo de Omar, el príncipe aficionado al violin, al *Generalife*. Este castillo mas pequeño que la Alhambra, está situado a mayor elevacion, en la fresca yerba de la montaña que le sirve de fondo. Visto por fuera con su levantamiento en forma de torre, parece mas bien un convento que un palacio de verano. En el interior se observa un pórtico muy hermoso que conduce a la habitacion principal por un largo y angosto jardin, cuyos prados están interrumpidos por canales. A lo largo del cercado se halla una série de arcos de follaje, que permiten a la vista pasar del jardin y extenderse a lo léjos por la parte de afuera. Otro prado, trazado con líneas regulares y adornado con grandes fuentes, confina con el primero, aunque es algunas toesas mas alto.

Aquí se vuelven a encontrar la soledad y el retiro tan queridos para los orientales: estos lugares deben ser para sus habitantes un paraíso poético y florido. Se complace uno en soñar que podria pasar su vida en estos jardines silenciosos y románticos. Aquí se ve medio enraizado en la pared, majestuoso y soberbio, el ciprés cinco veces secular, bajo el cual se pretende que la sultana Zoraida fué sorprendida con el Abencerrage.

Se sube la pendiente de la montaña por una escalera que tiene muy rápidos declives a ambos lados, y limitada por pequeños canales ó arroyos que se precipitan en cascadas regulares haciendo el rumor mas alegre y mas vivo del mundo. En cada escalon parten abundantes chorros de agua de en medio de pequeñas fuentes, y lanzan su garzota de líquido cristal hasta el espeso follaje de los bosques de laureles, cuyas ramas se cruzan sobre ellas. Por todas partes de la montaña corre el agua: a cada paso aparece una fuente, y siempre oye uno murmurar a su lado alguna ola extraviada de su curso que va a alimentar algun estanque ó a llevar la frescura al pié de un árbol. Aquella irrigacion ingeniosa, es un lujo poético que deberiamos imitar en nuestros países.

En el punto mas elevado del jardin, se encuentra un terrado desde donde se disfruta de una admirable perspectiva. El punto de vista mas hermoso y pintoresco, es la Residencia de Verano, que resalta altivamente con la torre de Comares y el elegante *Tocador de la reina* sobre la boscosa pendiente del Darro. Por este lado

presenta a la ciudad de Granada y a la *Vega*, el aspecto de un castillo gótico con sus almenas y sus torres irregulares. Pudiera uno creerse en Alemania, al observar la presencia imponente y formidable que ofrece a la vista este viejo castillo con sus tintes rojizos.

El duque de Montpensier quiso comprar el Generalife ántes de trasformar a San Telmo en una residencia mágica; pero aquel palacio pertenecia a un marqués español que habitaba ordinariamente en Génova, y las leyes que aquí rigen respecto de la propiedad amayorazgada, no permitieron la enajenacion. ¿Qué habria sido del castillo, si un príncipe opulento, de una imaginanion fecunda, como el noble duque, hubiese aplicado los recursos de su talento y de su gusto a un edificio tan admirablemente situado y tan interesante por las leyendas que recuerda?

Cartagena, 17 de Octubre de 1851.

Pasé a bordo este dia. Desde 14 de Octubre estamos en Cartagena, ciudad monótona y fastidiosa, cuyo aspecto nada tiene de interesante ni de pintoresco; y fué para mí una verdadera dicha, ver a las seis de la tarde que las velas de la fragata se desplegaban y que comenzábamos el camino que debia llevarnos al país natal.

CAPÍTULO QUINTO

ISLAS BALEARES.—VALENCIA

Minorca-Mahon, 26 de Mayo de 1852.

En la punta de la isla de Minorca se encuentra la pequeña ciudad de Mahon, con centenares de molinos de viento que son la imágen de la melancolía sin fin. El país entero me pareció desolado y sin una sombra de poesía. El famoso *Lazareto*, vasto edificio que ocupa la mitad de la longitud del puerto, solo sirve para aumentar esta impresion de tristeza y de soledad.

Los molinos de viento representan aquí un gran papel; por todas partes se ven girar sus alas, por todas partes se les oye gemir. Semejantes á los árboles secos ó como fantasmas gigantescos, aparecen en medio de la comarca desnuda y aumentan el disgusto que en ella se experimenta. Tanto como un molino de agua, con su espuma y su cadencioso ruido, parece bello, animado y poético, así un molino de viento, con su masa gris y sus largos brazos, se presenta feo, monótono é insípido. El primero anuncia la animacion y la frescura del agua; el segundo tiene la apariencia de un telégrafo, destinado á marcar los países áridos y desiertos; y en efecto, tal es el carácter de este suelo.

Leipzig y Berlin tienen tambien molinos de viento. Yo aconsejaria al viajero que los percibiese, que no hiciera lo que Don Quijote, yendo sobre ellos para traspasarlos de un lanzazo, sino ántes bien, que retroceda en su camino á la presencia del monstruo. Hay en mi concepto ciertas señales infalibles, que no pue-

den engañar a un viajero: si veis, por ejemplo, una ciudad con altas cúpulas y sombríos campanarios, entrad con confianza, encontraréis en ella vestigios de un esplendor antiguo y graves monumentos: si veis, por el contrario, una ciudad sin grandes edificios, en que todas las casas se parecen, en que ningun techo excede a otro, podeis entrar..... si teneis alguna negociacion de café, azúcar ó algodon; finalmente, si vuestros ojos perciben una vanguardia de tubos lanzando chorros de humo negro, altas chimeneas que se levantan a derecha é izquierda, no avanceis, huid como al aspecto de los molinos; porque la ciudad de las fábricas es la mas fastidiosa de todas: mata el espíritu y el corazon, y hace del hombre una máquina.

27 de Mayo de 1852.

El almirante Dundas, comandante de la armada inglesa, anciano verde todavía y despabilado, ha venido esta mañana a hacerme una visita. Es un hombre grande y hermoso, de una fisonomía infinitamente agradable, y que me agrada sobre todo, porque es marino en cuerpo y alma. Ha succedido a Parker, y sale por primera vez de la estacion de invierno de Malta. Antes era miembro del alto Consejo del Almirantazgo, y tenia un asiento en la Cámara de los Comunes; hoy no es mas que almirante, pero lo es en toda la fuerza de la expresion, ejercitando constantemente su armada y visitándola con un celo infatigable. La conversacion se sostuvo en inglés, es decir, que por mi parte fué poco expedita; sin embargo, el almirante me pareció un hombre lleno de jovialidad, de bondad de corazon y de amabilidad. Quiere a sus marinos como a sus hijos, y tiene la mayor alegría, cuando despues de una larga permanencia en tierra, se vé en la necesidad de reembarcarse.

La visita de la *Britannia* fué para mí de las mas interesantes. Es un buque de tres puentes y de ciento veinte cañones que lleva la bandera del almirante. Este me recibió de la manera mas graciosa, en medio del estado mayor de su armada; y me condujo a su camarote, que es una pieza vasta y cómoda, situada en la primera batería, y provista de un largo balcon que forma su prin-

cipal adorno. El almirante me presentó a su esposa, lady Amalia que habia venido de Malta con él, y que debia reembarcarse próximamente para pasar la estacion de verano en Gibraltar, donde la volví a encontrar. Despues de haber cambiado algunas frases de urbanidad, visitamos el buque hasta en sus mas pequeños pormenores.

Los hombres de la tripulacion estaban en las baterías sentados en sus bancos: unos dormian, otros leían los diarios, y ninguno pareció preocuparse demasiado con nuestra presencia: todos tenian el aspecto de la fuerza y de la salud. Admiré la limpieza y el buen estado de las baterías, la belleza de los cañones y de sus afustes siempre listos para el servicio. Al pié del bauprés estaba escrita con letras de oro la expresion sublime y famosa de Nelson: *England expects that every man will do his duty.* [1] Inglaterra es la única nacion de los tiempos modernos que ha sabido hacer de sus grandes hechos históricos el patrimonio comun de la humanidad.

En la segunda batería se encuentran el salon y las habitaciones de los oficiales: todo allí es espacioso y perfectamente cómodo. Los ingleses son hábiles, y saben bien que miéntras mas agradable se hace a bordo la vida del oficial y del *midshipman*, mas amor tienen estos a su buque, y pueden olvidar mas fácilmente la tierra, disposicion muy necesaria en el marino: éste se halla aquí como en su casa y nada mejor tiene que desear, porque difícilmente encontraria un inglés en otra parte una vida mas agradable. En otros países se convierte el navío en un cuartel de Lacedemonia; pero entónces es imposible que inspire cariño a ningun hombre que aprecie en algo la elegancia; y ¿qué otro atractivo puede encontrarse a bordo de un buque? No debe reinar en él un lujo frívolo, que tampoco convendria a la vida militar: pero sí comodidades buenas y sólidas. En el *man of war* inglés, las mesas de los camarotes son de caoba maciza; la vajilla de porcelana ó de plata, es rica y elegante; todos los objetos son útiles y escogidos: un vapor especial trae a bordo los diarios que se renuevan incesantemente; la cocina y la bodega son excelentes. Cuando la armada está en la mar, dos grandes vapores trasportan alternativamente

[1] La Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber.

cargas enteras de bueyes vivos. Quizá el digno almirante abusaba un poco manteniendo en la segunda batería dos vacas lecheras, sin hablar de varios caballos de silla que conserva a fin de poder satisfacer su pasion por la equitacion. Sin embargo, su buque es su verdadero salon, por lo cual todo en el interior está admirablemente distribuido y de una manera muy práctica; cada objeto está colocado en su lugar, y todo se halla al alcance de la mano. La *Britannia* es la imágen en pequeño del poder y de la grandeza de la marina inglesa, y aunque este navío no está construido conforme al mas moderno sistema, puede servir de modelo para la práctica.

El almirante hizo desfilar delante de nosotros á su tripulacion: era aquel un espectáculo que complacia: vimos pasar un millar de hombres de aspecto marcial y contentos con vivir en la mar. Figuraban en primera fila los treinta y cinco *midshipmen* ó aspirantes, excelente almáciga destinada a producir oficiales que serán un dia capitanes y almirantes: son jóvenes de trece a veinte años, y los mas pequeños serian capaces de mandar la maniobra en el mayor navío de línea como viejos capitanes. Habituados a la independencia, familiarizados desde la infancia con el peligro, el trascurso del tiempo los convierte en hombres hábiles é intrépidos. No son mas altos que una bota cuando ya mandan á todo un peloton de viejos marineros, como si jugasen con muñecos, y saben obtener la obediencia mas absoluta. Crecen y se instruyen en la mar; no como en otros países que los jóvenes hacen su educacion en tierra, en los colegios, sin haber visto jamás un puerto, si no es en algun raro paseo; y despues de haberse formado teóricamente delante de una mesa, cuando llegan a la práctica, se ven obligados a andar a tientas como los ciegos, y no son buenos para nada en los primeros tiempos, a pesar de todas sus teorías.

La escuadra de estos jóvenes, así como el peloton de los marineros, desfilaron sin marchar a compás y sin la rectitud de la disciplina, por grupos, con paso libre y fácil, como conviene a marineros. Cuando se desencadena la tempestad y se sacude el navío, el marinero debe volar sobre las vergas para salvar al buque del naufragio, y no hacer conversiones ni despliegues sobre un terreno de parada.

«Cada uno tiene su lugar,» es la máxima de los ingleses. Despues de los aspirantes y de los marineros, se adelantó la infantería, como si fuese un solo hombre, con una rectitud y una regularidad enteramente militares, tal vez con mas precision que muchos regimientos de línea del continente.

Contemplaba yo con alborozo aquellos marineros, cualquiera de los cuales hubiera podido pasar por modelo del verdadero marino: aquella mirada libre y franca que iluminaba sus nobles rostros; aquel aspecto decidido é intrépido; aquella altivez que al mismo tiempo que es natural tiene conciencia de sí misma; aquellas formas esbeltas y vigorosas; aquel traje tan práctico, todo esto debia agradar al corazon de un marino.

Sí, el verdadero marinero tiene razon para ser orgulloso: el mundo le pertenece, el Océano es su patria, su espíritu no conoce otros límites que los de la vasta esfera; tiene derechos de ciudadano en todos los países de la tierra, y en cualquiera parte es recibido como amigo: sin embargo, jamás abandona su suelo, porque el navío es una porcion de la patria, que hasta en los antípodas le sirve de fortaleza poderosa y temible. En lucha incesante con los elementos, rodeado de contínuos peligros, adquiere un carácter serio y enérgico: educado en el seno de las privaciones, permanece niño bajo muchos respectos, y goza de las cosas mas pequeñas con candor y sencillez. En cambio de tantas virtudes, tolerémosle el humor un poco sarcástico que le inspira el extenso mundo: perdonémosle que vea bajo un aspecto ridículo la vida mezquina y monótona de los pobres *ratones de tierra* confinados en las casas.

Desde el balcon del almirante asistimos a una *regata* entre las chalupas de dos navios de línea. Lo que mas me divirtió en aquel torneo, fué el interes que todos, comenzando por el mismo almirante, tomaban en la lucha. Sin embargo, las dos personas que se entregaban á las manifestaciones mas animadas, eran los capitanes de los buques que habian puesto en línea sus chalupas: el que perdió no pudo disimular su disgusto, y nos abandonó.

Me agrada semejante emulacion; ella es el mejor estímulo para la educacion de los marineros.

Uno de los capitanes nos hizo la galantería de mandar a bordo

de la *Novara* su música turca, a la que tenia en grande estima, como si fuese notable por algun título.

El almirante nos acompañó a comer, y se entregó a toda la expansion de la jovialidad como verdadero inglés de pura sangre.

28 de Mayo de 1852.

Hoy visité los otros navíos de la armada: el buque de línea, *el Albion*, construido por el sistema Symond, y la fragata *Phaeton*.

No esperaban visita de extranjeros a bordo del *Albion*, y sin embargo encontramos todo en un órden ejemplar en aquel magnífico buque. El capitan estaba ausente: habia salido con sus camaradas acompañando al almirante y a lady Dundas en una excursion a caballo por la alta montaña llamada *Nuestra Señora del Toro*, que segun nos dijeron, está situada en medio de la isla; pero no los pudimos percibir, sin duda porque la atmósfera no estaba bastante clara. El almirante nos habia invitado a tomar parte en esta expedicion, y nos excusamos lo mejor que pudimos.

Cada navío de línea inglés tiene una especie de vicecomandante; el del *Albion* nos sirvió de guía: era un hombre grueso, de presencia amable y franca, que a juzgar por su rubicunda nariz, parecia ser un marino consumado en el capítulo de la diva botella. La visita que recibia no le hizo salir en lo mas mínimo de su calma, como sucede siempre con los ingleses: este es un privilegio que las gentes de su raza deben a su constitucion flemática y a su educacion independiente.

Visitamos el buque hasta en sus menores partes. En las pequeñas marinas, principalmente en las que están formándose, se tiene una idea de todo punto falsa del capitan, en cuanto a la manera con que se maneja en las grandes marinas. El capitan inglés es el soberano de su navío; lo conduce a la mar, lo hace regresar al puerto, y lo dirige en el combate; mira a sus súbditos con ojos de superior y con verdadera *grandeza*. Mas, respecto de los asuntos secundarios, deja obrar a los demás, segun su grado, permaneciendo él dias enteros sin subir a cubierta: un largo aprendizaje y una larga práctica le dan la firme seguridad de que el servicio se ejecuta puntual y severamente, como debe hacerse. No apare-

ce mas que en las grandes circunstancias para sostener la reputacion del buque con brillantes maniobras ó con la victoria, ó tambien, como *Jupiter tonans*, para inspirar con su presencia el terror y el respeto. Por el contrario, en las marinas que comienzan a formarse, el capitan es todo: parece el genio universal, el socorro indispensable en los momentos difíciles, el *factotum* en actividad perpétua. Debe mandar y ejecutar al mismo tiempo; montar por sí mismo la guardia, aunque tenga a sus órdenes numerosos oficiales; sin esto, su propia vida y la de la tripulacion, no se consideran en seguridad. Debe servir de pedagogo para la juventud, y de carcelero para los insubordinados; debe hacer la ronda y asegurarse de que sus órdenes se han cumplido; debe enviar en persona a la tripulacion para que ejecute la maniobra en todas las partes del buque; debe vigilarlo todo, y hasta izar las banderas con sus propias manos, como si fuese un cadete. El peor inconveniente de semejante estado de cosas, es que con el tiempo, capitan y oficiales se acostumbran, y que naturalmente estos no adquieren jamás la confianza en sí mismos que es tan necesaria al marino. Pronto se dejan vencer por la pereza inherente a la naturaleza humana, y contentos con su posicion, deponen fácilmente el peso de la responsabilidad sobre los hombros de su gefe, quien por su parte, encuentra insensiblemente placer en ocuparse de los mas insignificantes pormenores, y dispuesto siempre a elogiarse a sí mismo, no tiene mas que palabras amargas para ponderar la impericia de los oficiales y de los cadetes. ¿Pero, cómo podrán estos aprender nada, cuando no se deja movimiento al desarrollo de su espontaneidad, y no se miden los progresos de su educacion? ¡Es una triste necesidad que entre los pequeños todo sea fatalmente pequeño!

Mallorca-Palma, 30 de Mayo de 1852.

Hemos comenzado el dia oyendo una misa en catedral; celebrábamos la festividad del santo rey Fernando. El año pasado, cuando hice decir esta misa en la Catedral de Sevilla, junto a la tumba del gran rey, no podia figurarme que despues de un año me habia de ver otra vez en España y habia de celebrar la fiesta de

mi santo patrono en este templado país, sobre el cual reinó durante su vida. Sí; héme aquí de nuevo en la hermosa Península: en sus viejas catedrales mi alma se siente inclinada a la piedad. Una débil y misteriosa luz se extiende por el templo; el pueblo asiste bajo sus bóvedas majestuosas con el mayor recogimiento al mas sublime de los sacrificios. En las iglesias góticas, la oracion es tan elevada y tan pura, que se tiene orgullo en ser cristiano; se siente uno firme en su fe y se tranquiliza a la sombra Omnipotente del Espíritu eterno.

Valencia, 1852.

El sol de la mañana inundaba el horizonte con sus rayos dorados: las torres y las cúpulas de la ciudad floreciente, de la ciudad de la poesía y de la historia, brillaban y resaltaban magníficamente en medio de la fértil llanura que ha recibido el nombre de Huerta; parecia un efecto de espejismo, un sueño encantado. Bogábamos en una mar azul hácia la ribera bañada de luz, y contemplábamos a la ciudad que flotaba radiante sobre las aguas. Yo me sentia conmovido y alborozado en el momento de ir a ver en semejante Eden a los amigos que habia conocido en mi querida patria, léjos de mí hoy. Me encontraba en un estado del alma que no se puede describir; experimentaba una paz serena, una aspiracion hácia alguna cosa superior y brillante, una alegría que rejuvenece el corazon y lo hace palpitar; se producia en mí esa especie de sentimiento de triunfo que nace en un viaje cuando se ha hecho la conquista de alguna novedad maravillosa.

Con estas impresiones llegué al *Grao* que es el fondeadero de Valencia. Segun las reglas del idioma marítimo, este lugar no mereceria el nombre de rada, es una especie de mégano, una costa abierta, sobre la cual aparece una hilera de casas, como en Pireo, formando la vanguardia de la ciudad que se halla a distancia de una legua. El anclaje es muy imperfecto y aun peligroso cuando está malo el tiempo, lo que es muy perjudicial al comercio. Desembarqué al punto con el corazón lleno de emocion y de alegría; buscamos un vehículo y escogimos una de esas monstruosidades peculiares del país que se llaman *tartanas*. Es un largo

baúl abovedado, tapizado de cuero y que se balancea sobre, ó mas bien dicho, entre dos ruedas gigantescas. Se sube por detrás para tomar asiento en estrechos bancos longitudinales: inmediatamente sobre la cola del caballo ó de la mula, está una ventanita por donde el pasajero puede acariciar al animal, que siempre vá enganchado muy cerca del carruaje, pero por donde se pueden recibir tambien algunas incongruencias. En la parte posterior del vehículo y sobre la portezuela, está otra ventanita igual. La reunion aprisionada en la tartana, y que muchas veces asciende a seis ú ocho personas, no tiene mas prespectiva que el porvenir ó el pasado, lo que la hace extrañar el presente con mayor amargura, porque no puede formarse idea de él a causa de los sobresaltos, sacudimientos y choques que hacen sufrir a los desgraciados cristianos un doloroso martirio. Sospecho mucho que la Inquisicion debe haber inventado este medio de locomocion para extraer a los pobres acusados sus pensamientos mas íntimos: no hay secreto que se pueda guardar en semejante gimnástica. Los movimientos de aquel aparato son capaces de arrancar el alma del cuerpo. Uno suspira, gime, se le sacuden las entrañas hasta sus cimientos, chocan sus huesos, y hasta el cerebro baila dentro de su huesosa caja. Necesité algun tiempo para recobrar mi equilibrio y reponerme despues de este viaje: estoy convencido de que en Valencia debe haber muchos niños nacidos ántes de tiempo. En cuanto al cochero, va suspendido en el mismo coche junto a la cola del caballo ó sentado en un pescante de madera muy angosto; apénas se le puede ver por la ventana, y esto, adelantando la cabeza fuera de ella. A pesar de esto, la tartana es un vehículo de tal manera nacional, que pudiéramos decir, que aun la mas alta nobleza no conoce otro.

Caminamos por una larga calzada de olmos gigantescos, a través de campos de trigo y de jardines; hermosos y grandes palmeros se elevan de cuando en cuando sobre las casas. Pronto descubrimos detrás de las viejas murallas y al otro lado del Guadalaviar, a la pintoresca y majestuosa Valencia iluminada con la fresca y limpia luz del sol matinal.

Dediqué mi primera excursion por la ciudad á la amable amiga de mi juventud y a su digna familia. Iba yo con ese paso ágil

que nos conduce con cierta inquietud hácia las personas amadas de quienes hemos estado ausentes por largo tiempo y de quienes nos separa la extensa mar. Se siente un deseo impaciente mezclado de dulzura y de nostalgia. El pobre corazon, tan léjos del país natal, mira como séres superiores a las personas que se relacionan con los recuerdos de un tiempo de calma y de paz que nunca volverá; sabe que estas personas le comprenden cuando habla de la patria ausente, y descubre en la conversacion los pesares, ordinariamente reservados, que sufre con las pasadas memorias. Sin embargo, va uno preguntándose: «¿Me conocerán? ¿En qué me conocerán? ¿Qué iré a encontrar?» Presa de este sentimiento de zozobra llegué a la puerta de una casa bastante grande, pero de modesta apariencia.

Toqué, abrió un criado y dí mi nombre, añadiendo que habia tenido la felicidad de conocer a la marquesa en Viena. Me condujeron a un bonito salon amueblado a la alemana, donde encontré a una señora entrada en edad, con mantilla española: era la respetable suegra. Estuvo vacilante al principio no sabiendo cómo tratarme; pero despues que hubimos entrado en la conversacion, acabó por reconocerme, y se manifestó muy afectuosa y llena de cordialidad. Me hizo mil preguntas respecto de Viena que le fué tan querida; y varios recuerdos suspendidos en las paredes de la pieza demostraban que habia conservado de aquella ciudad una memoria fiel. Miéntras me hacia compañía, mandó avisar al resto de la familia: las puertas del salon se abrieron, y entró Elisa, siempre tan ligera, tan graciosa y tan amable, como en las alegres fiestas de Viena, en los hermosos dias de otro tiempo.

No puedo describir la impresion que me causó volver a verla en estas lejanas riberas; sentia yo que debia serle mas querido que sus otras relaciones de España, porque era su compatriota. Un sentimiento mezclado de alegría y de melancolía se apoderó de su alma afectuosa, al hacer recuerdo de su patria ausente, cuando temblando me tendió su blanca mano y me dirigió la palabra en nuestra lengua maternal. Pensaba que su aleman debia escandalizarme, porque, segun decia, lo habia olvidado; y habia en sus palabras un acento de tristeza profunda, aunque las pronunció con la mayor moderacion. Me sorprendí mucho de ver que sus cuña-

dos, a quienes conocí niños, estaban hechos unos colosos. ¡Cuánto y con qué violencia crecen los hombres!

El excelente padre me manifestó una tierna cordialidad: su corazon leal ha guardado un reconocimiento afectuoso para el país en que fué tan feliz y que le proporcionó un pacífico asilo. Me pareció que a todos sentaba muy bien el temperamento de España: el padre y la madre se han rejuvenecido en el país natal; los hijos ya he dicho que están hechos unos hombres; solamente Elisa estaba pálida, y creo que bajo el velo de su sonrisa encantadora oculta un secreto sufrimiento.

El gefe de la familia nos invitó a dar una vuelta para ver las curiosidades de la ciudad y quiso servirnos de guía. Segun nuestra costumbre, comenzamos por la catedral, como centro de toda la ciudad. Es grande; pero ¡ay! pertenece al estilo churrigueresco; la cúpula principal es lo único interesante: de estilo gótico-morisco, tiene bellezas en su arquitectura y en su decoracion. Esta cúpula, que deja filtrar la luz a través de delgadas láminas de alabastro, coronaba la mezquita que los cristianos vencedores trasformaron en catedral: es el único punto grandioso de aquel monumento. En el centro está el coro, como en todas las iglesias españolas, enlazado con el altar por un camino entre dos balaustradas de hierro; el resto del edificio es rudo y pesado; sus dimensiones son demasiado bajas y demasiado anchas. El altar mayor está al estilo del siglo XV, ricamente esculpido: en sus nichos, habitualmente cerrados y que se muestran hoy al pueblo por ser dia de Pentecostés, se ven objetos de piedad pintados sobre fondo de oro: son verdaderas obras maestras, llenas de vigor y de armonía.

La catedral tiene otras muchas curiosidades; pero las dejamos para la próxima visita, y nos apresuramos a subir hasta la cumbre de la torre: en Sevilla se llama la Giralda, en Valencia la Miguetilla. Esta torre es gótica lo mismo que el pórtico; pero no habiéndose concluido el coronamiento cuando fué fabricada, en tiempo del polvo y de las trenzas, la terminaron con una especie de peluca que se vé ridícula sobre aquella hermosa construccion.

¿Quereis ver los esplendores de la paz en un suelo encantador, la noble y lujosa arquitectura de una opulenta ciudad que inundan los luminosos rayos del sol, una llanura fértil y bendecida por

el cielo, una mar con olas azules, surcada por hinchadas velas que parecen tejidas de plata? Subid a la Miguetilla. Valencia debe ser la favorita del sol, que ha impreso en aquel llano su beso fecundante, aunque sin devorarlo con su ardiente amor: al salir de la mar, su primera mirada es para las brillantes torres de la ciudad, su primera sonrisa para la llanura que la recibe con reconocimiento, y sobre la cual, durante su marcha victoriosa, derrama torrentes de su luz creadora y vivificante.

Valencia posée una *lonja* magnífica, es un monumento notable de una época en que la armonía era una necesidad para la vista y para el corazon del hombre, lo que desgraciadamente no se puede decir de nuestro siglo prosaico y mezquino. Aquella lonja [*la Lonja de la Seda*] es muy animada: en ella se celebra el mercado de las sedas, que es uno de los principales ramos de comercio de la ciudad. Una variadísima multitud viene a comprar aquí las mas hermosas madejas que se pueden ver, y desde luego se forma uno idea ventajosa de la prosperidad del país que puede producir semejantes cadejos de oro y de plata.

Ademas del salon principal, cuyas anchas puertas dan a una gran plaza, la lonja de Valencia se encuentra rodeada de otros edificios accesorios con un gracioso y poético jardin de naranjos. En una de las piezas de recibir, donde se reunen los principales comerciantes, se vé suspendido de la pared un retrato de Isabel II, en pié, comenzado por el famoso López, pintor titulado de la corte, y concluido por su hijo que le ha succedido en sus funciones. No me es posible decir hasta qué punto me ha interesado y aun cautivado este retrato. Pintado hace poco tiempo, me ha hecho comprender las diferentes opiniones que se tienen respecto de Isabel. Vestida de raso azul, con ricos encajes, y teniendo la cabeza ceñida por una brillante diadema, tiene el aspecto que conviene a una reina. Su exterior tiene algo de majestuoso: es alta, y a pesar de un principio de gordura, su talle es extraordinariamente fino y hermoso. Es una mujer elegante, como lo prueba la eleccion llena de gusto de su traje. La flexibilidad de su actitud indica claramente que es muy aficionada al baile. Su rostro, sombreado por las olas de una cabellera exuberante, sin ser precisamente hermoso, inspira un vivo interés. En medio del ceremonial de las grandes fiestas, Isabel debe

parecer imponente, altiva y noble: así me la represento atravesando el Prado en un rápido *faeton*, encantadora, y ganando todos los corazones, como que está formada para obtener una grande popularidad. Desde que ví este retrato, siento doblemente no haber ido a Madrid, de donde me encontré tan cerca estando en Valencia.

En la tarde, una amable y alegre comida nos reunió en las habitaciones de Elisa: nos ocupamos mucho de los recuerdos felices de otro tiempo y de la patria ausente; y por mi parte, hice muchas preguntas sobre esta risueña patria nueva. Los padres se encuentran bien aquí; nacieron en este clima, y aunque por largo tiempo tuvieron que hacer el sacrificio de renunciar a la residencia en España, no por esto dejaron de ser españoles: regresaron a su casa, y lo que mas desean, es no salir de ella. La jóven pareja no participa de este sentimiento: aspira a volver a la ciudad imperial, que está en las márgenes del Danubio. Allí fueron educados ambos esposos; y a no ser que haya uno sido tratado muy duramente por la fortuna, siempre prefiere el lugar en que pasó los alegres años de su juventud. Elisa extraña ciertas influencias en parte legítimas y siempre poderosas para el corazon de una mujer: en la sociedad elegante de Viena fué donde obtuvo brillantes triunfos por su gracia y por su amabilidad, miéntras en España es vista con malos ojos, como alemana naturalizada: es y ha permanecido extranjera, lo que infiltra en sus relaciones la frialdad y el malestar.

En la habitacion de Pedro, amueblada por él con mucho gusto, ví a todos nuestros héroes de la última guerra, y en medio de ellos la caballerosa fisonomía de nuestro querido emperador. En Valencia causa un doble placer ver estos objetos, y todas las memorias de Viena que este jóven ha conservado me recuerdan mas vivamente a mi patria.

Despues de comer nos dirigimos en coche a la Alameda, bonito paseo situado del otro lado del Guadalaviar. Aquí se encontraba reunida la buena sociedad. Los paseadores van sentados en tartanas elegantemente pintadas y que caminan en una sola fila como en el Prater. Pero como aquel vehículo no está abierto mas que por delante y por detrás, las personas que están dentro no pueden ver ni ser vistas, por lo que éste original paseo recuerda el nue-

vo de Britannia-Bridge. De cuando en cuando, por la ventana del fondo, lograba yo deslizar una mirada en el interior y distinguia entónces rostros de una belleza poco comun, lo que me hacia maldecir mucho mas este género de locomocion. A poco dejamos la calesa para respirar el aire de la tarde en el *Plantío;* jardin florido y embalsamado que se extiende junto a la Alameda: el paseo en estos lugares es una verdadera delicia.

Al caer la noche todos se apresuran a retirarse de la Alameda; porque, segun me dijeron, allí asesinan con mucha frecuencia. Elisa mandó acercar una elegante carretela de dos asientos, me dió un lugar a su lado y dirigió ella misma los caballos con mucha destreza y resolucion, subiendo y bajando la calzada entre las estrechas filas de tartanas que regresaban. En fin, volvimos a la ciudad, me dejó en la Glorieta, uno de los paseos del interior de Valencia, y se marchó a su casa.

Me pasée algun tiempo con su suegro entre bosquecillos de laureles y de naranjos iluminados con la luz del gas. La sociedad elegante, arrojada de la Alameda por el puñal de los bandidos, viene a gozar de la frescura de la noche en estas calles embalsamadas y adornadas con numerosas estatuas.

Al siguiente dia, por la mañana, salimos temprano a la calle para acabar de ver las curiosidades de Valencia. Comenzamos por el convento de Gerónimos, situado extramuros en la *Huerta*, y que, a juzgar por la magnitud de los edificios, debe haber sido muy importante y muy rico. Hoy el convento de aquella órden poderosa, que dió asilo al señor del mundo, está en ruinas y sirve de hospital. La iglesia tiene mucha semejanza con la de la Cartuja de Granada: está construida con mal estilo churrigueresco, pero con grande magnificencia, ocupa el medio del convento y sirve al mismo tiempo de pórtico; desgraciadamente ha sufrido la suerte de todas las cosas de este mundo: sus bóvedas resplandecian en otra época con el brillo de las luces, sus naves se llenaban con las solemnidades de los religiosos (los monjes españoles *por excelencia*, porque eran en España lo que son los Benedictinos en Austria); y ahora aquel santuario es visitado rara vez por un humilde sacerdote que viene a decir la misa rezada en el hospital. La naturaleza, que siempre es liberal y poética, ha conservado el

último resto de magnificencia; me refiero a un bosque de palmeros seculares, de tallo esbelto y majestuoso, que han sobrevivido a los marchitos esplendores y que mecen sus cimas melancólicas sobre las ruinas en que habitaron aquellos que los plantaron. Para los que, como yo, sean admiradores entusiastas del palmero, aquel grupo de árboles es lo único interesante del convento.

Despues de las ruinas poéticas del pasado, tocó su turno a las creaciones útiles del presente. Visitamos una fábrica de sedas muy importante, porque funcionan en ella los nuevos adelantos. Se nos hizo ver cómo la seda de los capullos, traidos por las gentes del campo, es devanada en un instante y se trasforma por el vapor en soberbio damasco. Nada en el mundo me parece mas fastidioso que una fábrica; todo en ella marcha dentro de un círculo matemáticamente medido; todo se calcula por segundos, y el genio del hombre prueba con sus monstruosas concepciones, cuán fácil es prescindir de esa luz de la inteligencia que se encuentra en las clases obreras: los trabajadores se trasforman en máquinas inertes. Vivimos actualmente en un periodo desgraciado, en el periodo de la crísis; la idea nueva de la necesidad de las máquinas aun no ha podido connaturalizarse entre nosotros: aun no se establece el equilibrio. El antiguo estado de cosas lucha con el nuevo, y falta a éste una base necesaria que solo el tiempo puede darle, cuando el periodo de las fábricas haya adquirido su historia y su experiencia; entónces, solamente, y gracias a los términos medios que se introducirán, se demostrará su útilidad a las generaciones futuras.

Pero a lo que yo no puedo habituarme es a ver al rico fabricante producir en masa lo que satisface el lujo desenfrenado de los ricos y lo que excita su amor al fausto, miéntras que los obreros a quienes explota, verdaderamente siervos sometidos a la tiranía de su capital, no son mas que sombras de criaturas humanas que trabajan con una regularidad mecánica, y que en el idiotismo completo de su alma, ofrecen su cuerpo en holocausto a una talega de dinero, para satisfacer las necesidades de su estómago. La ingeniosa invencion de una máquina no me puede hacer olvidar a mis semejantes: yo no siento orgullo por pertenecer a la generacion presente, no soy bastante egoista en mi admiracion por lo

que se llama genio de nuestro siglo. Una fábrica me hace experimentar siempre un sentimiento de malestar. Por supuesto que no hablo de aquellas que han conservado al hombre su espontaneidad y en que puede sacar partido de su inteligencia; pero ante los resultados puros de lo que ha dado en llamarse genio industrial, caigo en una especie de atonía, y siento un disgusto inmenso; todas estas hermosas cosas me parece que solo han sido creadas para el momento. Vivimos en un siglo que camina de priesa, y para satisfacer esta necesidad se han inventado las máquinas.

PORTUGAL

CAPÍTULO SEXTO

LISBOA

1852.

Dice el proverbio: *Quien no ha visto a Lisboa, no ha visto cosa boa.* Todas las narraciones de viajes nos dicen otro tanto, y en cualquier libro de geografía se puede leer que la capital de Lusitania, juntamente con Constantinopla, Nápoles, Estokolmo y Rio Janeiro son las ciudades mas hermosas del mundo. ¿Cómo diré, pues, la impresion que en mí produce? Me parece un inmenso hacinamiento de casas en las márgenes de un rio, que nada tiene de característico ni de pintoresco. Para ser característica la ciudad, necesitaria edificios notables y originales; para ser pintoresca, le falta el campo. Está construida sobre una colina y se termina bruscamente en el horizonte, sin tener ese fondo tan interesante para la armonía de la perspectiva. Todo es tan extenso, tan ancho y se dibuja de tal modo en el azul del cielo, que involuntariamente se busca una cadena de montañas, la espesura de una selva en que la vista pueda descansar.

El cielo, a lo largo de la costa portuguesa, casi siempre está nebuloso y cubierto; el aire y el agua no tienen esos tintes calientes tan admirables en los países del Mediodía. No se ven palmeros ni cipreses, todo es frio y monótono como en algunas comarcas de Alemania: ciudad por ciudad, Praga es mucho mas pintoresca. La *Otrabanda* es la única parte verdaderamente hermosa, y sin

embargo no tiene bastante grandeza para que la impresion que produce aproveche al conjunto.

A lo largo del rio y en el espacio bastante estrecho que no está en la pendiente, hay largas calles regulares y hermosas plazas como se ven en pocas capitales europeas. La *Praça do commercio* es verdaderamente magnífica: es el centro de la ciudad nueva; todos sus edificios están uniformemente construidos por el estilo neo-romano y son de una blancura deslumbrante. Varias anchas vías paralelas terminan perpendicularmente en esta plaza: las mas hermosas son la *Rua Augusta* y la *Rua Aurea*. La *Rua Buonavista*, paralela con el Tajo, termina en el palacio de *Necesidades*, que está hoy ocupado por la reina y por su familia. En estas diversas calles se encuentran vastos edificios, verdaderamente dignos de una gran ciudad con almacenes ricamente decorados. Acercándose a *Necesidades*, las casas son ménos regulares y están ménos bien alineadas: conforme al gusto portugués, están pintadas con aceite de vivos colores, verdes ó azules generalmente.

En la pendiente de la colina se halla la ciudad antigua, que forma con los nuevos cuarteles el contraste mas completo. Es una tortuosa greca que sube y que baja: las calles están embarazadas con muladares, cadáveres de animales y ratas: es necesario tener un gran valor, no ya para habitar allí, sino para transitar por aquellos puntos. Sin embargo, los portugueses nada de esto quisieran cambiar por todo el oro del mundo: se encuentran a sus anchas en medio de aquellos arroyos y aquellas montañas de inmundicias; parece que son su elemento.

Recorriendo las calles de Lisboa queda uno persuadido de que hay en la ciudad tantos loros como cristianos, y cerrando los ojos, podria creerse en alguna selva vírgen del Brasil. En cada piso, en cada ventana se vé uno de esos pájaros de pintadas plumas: las conversaciones que estos ciudadanos de América cambian entre sí desde el primer piso hasta la buhardilla, de palacio a palacio y de casa a casa, son un suplicio para los oídos. No abunda ménos la ciudad en negros y negras que forman aquí una colonia particular. Ejercen el monopolio de blanquear las casas; se creeria que este privilegio, bastante cómico, les fué concedido en otro tiempo por algun extravagante capricho de las autoridades.

Hay en Lisboa una especie de carruajes llamados *sech* que son muy originales y perfectamente a propósito para el carácter del terreno: es una pequeña carretela montada sobre dos ruedas enormes y tirada por dos caballos, de los cuales uno vá enganchado en las varas, y en el otro vá montado el conductor. Este vehículo parece que debe ser muy incómodo y al mismo tiempo muy peligroso; pero puede tener sus ventajas para hacer largas correrías en la ciudad, a causa de la desigualdad del piso.

La alta sociedad se viste a la francesa. Las mujeres del pueblo usan pañuelos blancos en la cabeza y unas grandes capas muy pesadas, indispensable precaucion contra los inconvenientes del clima, porque en medio de los calores del mas ardiente verano, cae repentinamente sobre la ciudad un frio glacial, y la corriente de aire del Tajo sopla en las calles con grande aspereza.

En nuestro país nos formamos de Lisboa una idea muy equivocada. Nos representamos a la ciudad rica en monumentos históricos, situada en la comarca mas risueña, con el clima mas suave; la embellecemos con todo el esplendor de los tintes meridionales, con toda la magnificencia de una vegetacion tropical; nos imaginamos que el Tajo corre bajo un cielo azul, al pié de palacios de mármol, sosteniendo en sus plateadas olas centenares de góndolas doradas y galeones cargados con metales preciosos; nos figuramos en sus márgenes un pueblo bullicioso y festivo que canta melodiosas canciones acompañándose con las armonías de la guitarra. Pero todo esto no es mas que fantasía: la ciudad es grande, pero diseminada sin plan alguno; no es raro encontrar las casas separadas por campos, siendo la arquitectura de aquellas vulgar y monótona; no hay azoteas como en el Sur, sino techos inclinados como en nuestro país. En materia de monumentos, casi nada se encuentra, aunque es verdad que la ciudad carece de carácter histórico.

El campo mismo nada tiene de pintoresco: se ven largas cadenas de colinas como en Alemania, pero no están cultivadas con el mismo esmero que entre nosotros: hay pocos árboles, y numerosos molinos de viento que hacen pensar en Leipzig. Las *quintas* de los ricos, habitaciones de campo formadas a los lados de los caminos, son las únicas que recuerdan con su vegetacion que es-

tamos en el Mediodía; pero si por un momento puede el viajero entusiasmarse a la vista de un bosquecillo de naranjos ó laureles, un golpe de viento glacial y un cielo gris vienen muy pronto a calmar sus trasportes.

Pasó ya el tiempo en que habia góndolas en el Tajo: las riquezas de Portugal han desaparecido bajo el azote de la revolucion y bajo la mano protectora de Inglaterra. El pueblo, que presenta una grande semejanza con los monos, es grave y desconfiado; su idioma, si Dios tiene piedad de nuestros oídos, no deberá ponerse en canciones jamás, porque en mi vida he oído nada mas discordante y mas monótono: es a la lengua española lo que el dogo al lebrel; y ya que de perros hablamos, diré que en ninguna parte he visto correr por las calles tantos sueltos y sin dueños: las relaciones de viajes nos dan sobre sus hazañas pormenores que nos hacen temblar.

He pasado quince dias en Lisboa, y he dedicado todo este tiempo a mis parientes y a mis amigos.

Al dia siguiente a nuestra llegada fué preciso hacer una visita a la corte. Para conducirnos vino hasta nuestro buque un galeon real. Era una pesada embarcacion de los tiempos antiguos, adornada con ricos dorados y cubierta con un baldoquin escarlata; viejos remeros con los piés desnudos, los pantalones rotos, las chaquetas galoneadas de oro y las cabezas extrañamente cubiertas, maniobraban sobre aquella máquina y daban a compás cada golpe: nos llevaron hasta la ribera en medio de las salvas de artillería de la armada portuguesa.

La honra nacional aconsejaba que nos desembarcasen al pié de las gradas de mármol de la *Praça do Commercio*, que es la gloria de Lisboa; pero en lugar de esto llegamos a la extremidad de una hilera de casas sucias, y fué necesario subir con grande riesgo de nuestro aseo por un camino escarpado, en medio de piedras, de polvo y de lo demás. Llegamos por fin con el sudor en la frente a una calzada de difícil acceso, donde encontramos el carruaje de gala de la reina. Tirados por seis hermosos y robustos caballos blancos y rodeados por un escuadron de picadores vestidos de rojo y oro, caminamos cómodamente hasta el terrado en que se encuentra el palacio de *Necesidades*.

Este edificio es pequeño, pero de aspecto agradable, construido por ese gracioso estilo que guarda un término medio entre el del siglo diez y seis y el churrigueresco. Desde las ventanas y los balcones se disfruta de una vista interesante sobre una parte de la ciudad, el ancho rio y la *Otrabanda*. El patio estaba cubierto con arena encarnada muy fina, que hace un efecto agradable: pasamos por una hermosa escalera en la que fuimos recibidos, conforme al antiguo ceremonial, por numerosos criados de variadas libreas, con bastones y alabardas.

En la primera pieza del piso principal, estaba el actual sol de Portugal, el genio universal, el *Deux ex machina*, el duque de S.... ya que es preciso mencionarlo con su nombre. Es el favorito del momento: reune en su persona los diversos títulos de presidente del consejo, general en gefe del ejército, ministro de guerra, gran maestro de ceremonias y ayudante de campo general de la reina: en una palabra, es todo. Es un hombre grueso, que trae en el pecho una constelacion de condecoraciones, rizados los cabellos blancos como la nieve; bigotes retorcidos que terminan en puntas, tez aceitunada y anteojos oscuros montados en acero. En sus relaciones con la reina y los jóvenes príncipes, es el mas vulgar de los cortesanos.

Tuvimos que atravesar una série de salas de recibir, para llegar hasta la familia real. No puedo describir la impaciencia que tenia por conocer a la reina, cuya personalidad me interesaba por muchos títulos: era mi próxima parienta, una mujer que reinaba y habia tenido una vida de las mas agitadas. Deseaba verla en el seno de su familia, y conocer su persona física: mis votos se cumplian entónces, y la veía en pié, delante de mí, con un elegante traje, rodeada de su esposo y sus tres hijos mayores.

María da Gloria es alta y pone bien la cabeza, sus facciones son nobles y graves, su cabellera rubia y fina. Tiene los ojos azules de los Hapsburgos, manos pequeñas y desgraciadamente una gordura completamente portuguesa, llevada hasta un grado que asusta y realmente inaudito. A pesar de esto (lo que es el mayor elogio de su gracia natural), está llena de elegancia, y tiene vivacidad en sus movimientos. La he visto correr como una niña en sus habitaciones, y he oído decir que baila con gracia y sube muy listamente

en su coche. Vestida con un gusto exquisito, parece seductora, no obstante su obesidad: se podria añadir que hay momentos en que es hermosa.

La primera vez, y aun el primer dia, me pareció reservada; apénas dijo algunas palabras, expresándose en frances muy agradablemente; mas a medida que se estableció la intimidad, desaparecieron las reservas, se mostró alegre y espiritual, aunque siempre de una manera moderada, como si tuviese pereza para hablar, lo que le da cierta apariencia de sequedad.

Cuentan hermosos rasgos que dan testimonio de su valor personal; pero le falta la energía que sabe llevar las cosas a buen fin; el ardor perseverante que con nada se cansa: puede ser muy bien que su monstruosa corpulencia sea la causa física de este defecto. Como esposa y como madre, es un raro modelo de virtudes en el seno de aquel Portugal tan corrompido. Observé con gusto que en sus adornos, en su modo de sér y en la forma con que tiene organizado su palacio, ha tomado mucho de los ejemplos alemanes.

Goza de grande popularidad y de la estimacion de todos los partidos. Si ha conservado estas ventajas en los tiempos difíciles y en medio de los trágicos sucesos, por los cuales ha pasado Portugal, lo debe en parte a su sexo: una mujer siempre sabe encontrar apoyo en la desgracia, se le perdona la debilidad y se admiran todas las pruebas que da de su energía.

Al lado de su corpulenta esposa, el rey parece pequeño, a pesar de su elevada estatura. Fácilmente se le encuentra mucha semejanza con Francisco I de Austria: tiene solamente treinta y siete años, pero representa mas edad, por la costumbre que tiene de llevar la cabeza inclinada. Por lo que toca a su talento y a su carácter, no puedo juzgar con perfecto conocimiento, en razon de haber permanecido muy poco tiempo en Lisboa: sin embargo, me siento inclinado a creer que se halla distante de la altura de su tio Leopoldo de Bélgica. Tiene en mucha importancia los testimonios de honor que se le deben, y estos van aquí mucho mas léjos que en nuestro país; pues en un viaje que hizo por las provincias, lo cercó el pueblo pidiéndole su bendicion, y él se la dió. Lleva el tratamiento de *Majestad Fidelísima*, que es uno de los títulos que el

pontificado confirió a las cinco potencias que sostuvieron la autoridad de la Iglesia; pero como esposo de la reina, bien poco le conviene esta calificacion. El esposo de una soberana reinante de Portugal, no obtiene el título de rey sino hasta despues que ha nacido un heredero del trono. Desde la dictadura de S . . . . la situacion del rey es muy penosa: quiso su desgracia que en tiempo de la revolucion se viese obligado a abdicar el mando del ejército.

Merece sinceros elogios por haber introducido en su familia la sencillez alemana, y en su corte el gusto de las naciones civilizadas. En *Necesidades*, se ve reinar el espíritu de la familia germánica: los padres se ocupan de sus hijos, y la educacion de estos se dirige de una manera metódica: estudian cosas sérias, hablan perfectamente los idiomas extranjeros, se les obliga aun en las horas de recreo, a trabajar en cosas útiles, como por ejemplo, en formar colecciones de historia natural, para lo cual las colonias proveen de un magnífico contingente, y por último, se les enseñan los ejercicios corporales que dan al mismo tiempo fortaleza y desembarazo en los movimientos.

Los tres mayores estaban presentes, cada uno con el uniforme que le corresponde: el príncipe real con el de general: Don Luis, mi camarada de profesion, con el de marino; y Don Joao, con el de oficial de infantería.

El príncipe real tiene muy marcadas las facciones de la casa de Austria, lo que le concilió mi simpatía desde nuestra primera vista. Posée un tesoro de excelentes disposiciones naturales, que por desgracia no ha sido bastante explotado; por que a pesar de la buena voluntad de sus padres, no parece que han tomado demasiado empeño en formarle ese carácter enérgico de que un príncipe necesita tanto en el dia, sobre todo, atendiendo a la situacion incierta que guarda Portugal. Educado con las ideas liberales de su padre, no ha podido prevenirse contra las lisonjas de S . . . . y de la corte: pero, ¡qué raro es en general encontrar en un príncipe esa firmeza y esa independencia de juicio, que son la única base en que un soberano puede apoyarse para hacer el bien, esa mirada viva y penetrante que le es mas útil que el mejor consejero, y que le permite distinguir la razon de la locura, y el buen camino del malo! Don Pedro deberia viajar por el extranjero, fuera de to-

da influencia portuguesa, para aprender a discernir el bien del mal. [1]

Don Luis es un jóven fresco y despejado, lleno de genialidades graciosas y traviesas; habla mucho, y bien; corre por sus venas la mas alegre sangre vienesa.

Don Joao es enteramente distinto de sus hermanos: silencioso y grave, tez lívida, cabellos negros, ojos de igual color y de mirada profunda; no tiene huella ninguna del elemento germánico; es un orgulloso Braganza de los antiguos tiempos.

Comí dos veces en la corte durante mi permanencia en Lisboa. A pesar de la parsimonia que reina de ordinario en el gasto del palacio, la mesa fué magnífica: todo era perfecto, cocina y servicio. Para mi gusto, solo un defecto habia, y era la grande abundancia de platos.

La mayor parte de todo lo que la corte tiene de grande y hermoso, data de la época del esplendor colonial. Me agrada ese lujo que se compone de viejos tesoros de arte históricos, trasmitidos en una familia de generacion en generacion.

Una cosa me sorprendió en el ceremonial: a la entrada de la reina en el comedor, fué saludada por una música militar que tocaba el himno del país. Aquí no se acostumbra en las visitas de los príncipes extranjeros, hacerles oir su himno nacional. Otra circunstancia singular: las personas que sirven en la mesa, usan el cordon rojo de la órden portuguesa. Los personajes con quienes establecí relaciones en las comidas de la corte, son: el cardenal patriarca de Lisboa, el mariscal de campo duque de Terceira, gran escudero de la reina, los ministros, y los duques de P . . . . El cardenal, digno anciano que desplega una grande energía en los asuntos religiosos, es al mismo tiempo presidente de la Cámara de los Pares. ¡Ojalá llegue a conseguir introducir en este país la influencia de la Iglesia! En este tiempo, y gracias en gran parte a la indiferencia de los que gobiernan, la religion no es mas que un accesorio. Jamás se vé un eclesiástico en la corte, todo aquí tiene un marcado color de protestantismo.

[1] Así lo hizo en los años siguientes; y cuando ha ascendido al trono, ha justificado mis palabras, haciendo la felicidad de Portugal. (Nota de Maximiliano.)

El duque de P.... es un pobre hombre minado por las enfermedades; inspira aun mas compasion cuando se piensa que sus inmensas riquezas lo destinaban a gozar de la vida de la manera mas noble y mas brillante. La duquesa rivaliza en obesidad con la reina. Sin duda por este motivo la convidan siempre a la primera comida de gala que se dá a los príncipes extranjeros: seguramente la llaman para que haga contrapeso a su soberana. Siendo apénas de veinticuatro años, tiene una hija de doce. La historia de su matrimonio es de las mas curiosas: el duque de P.... es aquel poderoso ministro, aquel famoso embajador de Portugal, que como Esterhazy, hizo hablar tanto de sí en la vieja Inglaterra por su fausto y su magnificencia. Era ya anciano, cuando despues de haber disipado su fortuna, tuvo el capricho de hacer robar a esta niña, que entónces tenia nueve años, a sus padres que eran colosalmente ricos. Su padre era un banquero que habia rehusado este brillante matrimonio para su hija única a causa de la salud del futuro esposo. Sin tardanza ninguna la niña fué desposada con el enamorado valetudinario, y enviada a un colegio de Suiza. Los pobres padres hicieron fuertes reclamaciones; pero la pareja se encontraba indisolublemente unida por los esponsales: P.... era un hombre poderoso, y el país en que esto pasaba se llamaba Portugal. Hoy la duquesa nada en la opulencia.... y en la grasa: parece haber aceptado su suerte con una resignacion de todo punto cristiana: cuida de su marido con abnegacion perfecta, y consagra los ratos de ocio que le quedan a gozar de su título y de su gran fortuna. Su aventura hizo ruido por uno ó dos dias: en la sociedad no se hablaba mas que de este rapto; pero transcurrió el tiempo y no se volvió a pensar en él.

Entre los ministros solamente observé al de negocios extranjeros, que segun me dijeron es el mas célebre escritor de Portugal. Sospecho mucho que escribe mas de lo que hace; sin embargo, habla el francés bastante bien.

Por el contrario el mariscal de campo duque de Terceira, es el tipo del perfecto caballero de los antiguos tiempos; un hombre lleno de miras superiores y excelentes, un personaje de consumada dignidad y cuyo encuentro es una buena fortuna para los extranjeros.

Dos noches estuve con la reina. La primera en el teatro *San*

Carlo, vasta é imponente sala aunque un poco maltratada, y que a pesar de sus amplias dimensiones, no puede rivalizar con el San Carlo de Nápoles. La sala estaba llena; exhibian el panorama del Mississipí que ha dado ya la vuelta al mundo. Miéntras que el espectáculo se presentaba a nuesta vista, la reina me interesaba vivamente con sus notables observaciones acerca de su pais natal. Aquella augusta persona hablaba con calor de su hermosa patria, el ardiente Brasil. Cualquiera que sea el país en que uno haya nacido, el amor de la patria siempre es el mismo.

Hablamos tambien de Lisboa y de Portugal. Con este motivo el rey elogió el libro de Lichnowsky, único que en su concepto es exacto; y manifestó poco aprecio por el que ha escrito con el mismo objeto la condesa de Hahn-Hahn. La reina se mostró ofendida por la admiracion que causó a la condesa Ida la vista de un bastidor que se encontraba en la habitacion. «Una persona que gobierna, dice la condesa, no deberia ocuparse en semejantes cosas.» Con cuyo motivo la reina, que es una mujer dedicada al interior doméstico, respondia muy maliciosamente: *Sin duda ella querria que yo escribiese libros.*

Un domingo en la tarde fuí con María da Gloria a ver una corrida de toros. Los jóvenes príncipes creen este espectáculo demasiado bárbaro y jamás asisten; pero las princecitas, dos niñas seductoras, tienen un apasionado cariño a estos combates. Mas ¿qué digo? No son estos los combates de la caballeresca España, son unos juegos ignobles y repugnantes.

Para mengua de la nacion portuguesa, el toro se presenta en la arena con dos bolas de madera en los cuernos: lo excitan, lo estimulan, hacen del espectáculo una mascarada, una irrision. Es verdad que hay *picadores* como en España; pero la rapidez de los caballos y su propia cobardía los ponen a cubierto de todo peligro. Asimismo se ven aparecer hombres con capas y *banderilleros;* mas ¿dónde está el hermoso *matador* que tan bien sabe atraerse el entusiasmo?

Despues de haber sido atormentado el toro, es asido por criados forrados de cojines y conducido a su prision.

Farsas groseras y de mal gusto, buenas solamente para divertir a la hez del pueblo, llenan los intermedios de este espectáculo.

Negros vestidos con trajes extravagantes, que ruedan en el polvo delante del toro, y que tienen obligacion de dejarse pisotear y atropellar como si fuesen perros. Otros comienzan una comida en medio de la plaza, debajo de una campana de papel, y lo agradable es ver entónces al animal furioso acometer a toda la reunion y trastornarla; otros, por último, se deslizan en pequeños trineos sobre una especie de montaña rusa y procuran que el toro caiga sobre ellos cuando el vehículo está en movimiento. En una palabra, la representacion entera es una bufonada insípida, en que el valor del hombre no tiene ocasion de mostrarse. El pueblo rie y aulla, como un rebaño de brutos... ¡Qué léjos estamos del fogoso entusiasmo de los españoles y de aquella embriaguez generosa que les inspira la vista del peligro!

Estos cobardes martirios que se hacen sufrir a los hombres y al animal, forman un espectáculo que debe ejercer sobre el pueblo una influencia perniciosa; es un alimento que se presenta a sus instintos groseros, miéntras que en España una lucha ardiente y generosa realza al hombre en todo su mérito. Allá reune el toro todas sus fuerzas y el hombre todo su valor, se atacan cuerpo a cuerpo, la sangre corre, hay emociones extraordinarias en este combate; el hombre no se humilla al nivel de la bestia, ni se abate la bestia como si fuera cosa inanimada. En España hay combate, pero un combate leal, y por lo mismo esta diversion popular no parece cruel ni un solo instante; mas aquí, donde no se trata sino de un juego innoble y cobarde, la menor desgracia se hace demasiado repugnante. He visto en Sevilla caer gran número de caballos, sin que un solo hombre haya salido lastimado: aquí dos luchadores encargados de apoderarse del toro quedaron horriblemente maltratados: cayeron en los cuernos del animal que los arrojó al suelo, hiriéndoles el vientre y las costillas con redoblados golpes; hasta que en fin, se arrastraron fuera de la plaza ensangrentados y medio molidos. Verdad es que me aseguraron que con una poca de arena de la plaza, desleida en un vaso de agua, se curarian de una manera maravillosa, y estarian dispuestos para aparecer en la liza el domingo siguiente. Todo aquello me causaba horror, miéntras en España me sentia entusiasmado y embriagado a la vista del combate.

Hubo, sin embargo, algunas escenas interesantes. Dos veces saltó el toro sobre la pared de tablas con un ímpetu furioso. Otra vez levantó del suelo a una especie de criado ó payaso con su rocinante, de tal manera que ginete y montura pasaron uno sobre otro, hicieron una voltereta completa como jamás se ha visto, sin que les sucediera desgracia ninguna y sin que el campeon llegara a soltar los estribos. El payaso en este ejercicio gimnástico no perdió mas que su cabellera, con gran diversion del público, porque era una soberbia peluca con que lo habian adornado. En aquel momento se despertó en mí el ardor español, y con bravos involuntarios, que tal vez no eran muy convenientes en presencia de la reina, manifesté mi satisfaccion al valiente toro, deseándole un triunfo mas decisivo.

Otra vez tuve ocasion de ver la corte en una funcion religiosa, en la fiesta del *Santissimo Coraçao de Jesus*. El Divinísimo que habia estado expuesto, fué llevado al tabernáculo en procesion solemne, y se celebró una misa cantada. La reina entró a la iglesia teniendo a su lado al rey consorte y al *Deus ex machina*, quienes llevaban sobre su uniforme una mantilla de encaje, que es la extravagante insignia que usan en las funciones mas solemnes los grandes cruces de la órden portuguesa. Doña María se colocó bajo un dosel entre ambos personajes y asistió en pié al santo sacrificio de la misa. S.... que además de sus otras funciones oficiales, parece desempeñar el papel de bufon de la corte, decia una multitud de insípidos chistes a su Majestad. Pregunto, ¿qué efecto debe esto producir en el pueblo? ¿De dónde vendrán la obediencia y el respeto a la majestad terrestre, si ella a su vez no sabe inclinarse ante la Majestad Divina?

La persona mas agradable y seguramente mas avisada de la corte es la emperatriz viuda Amelia, segunda esposa de D. Pedro. El cruel destino ha perseguido con un encarnizamiento ciego a esta soberana desde su mas tierna juventud. Cuando estuve en Lisboa ella vivia en Bemfico con su amable hija, princesa distinguida, cumplida como no se ven muchas, a quien poco despues arrebató la muerte. Bemfico es una *quinta* encantadora donde recibí la mas cordial acogida y la mas digna de un buen pariente.

Asistí a un gran baile en casa del marqués de V.... que, dicho

sea de paso, es un verdadero fátuo y quiere representar el papel de aristócrata fastuoso, de gran señor del siglo diez y seis. Allí ví otra vez y de cerca a la sociedad de Lisboa; hablo de la sociedad que se divierte. Habia ricos y elegantes adornos, muchas cabelleras negras y rostros aceitunados; pero pocas ó ningunas hermosas. La casa estaba decorada con una riqueza extraordinaria, aunque sin el menor gusto, verdadero lujo de advenedizo. Hebés de yeso figuraban entre los mas bellos vasos de antigua porcelana de China. A mi llegada, cuando aun estaba en la calle, el anfitrion hizo tocar en honra mia nuestro himno nacional: apénas entré al vestíbulo, la orquesta de arriba lo volvió a tocar: ántes de que comenzara el baile resonó de nuevo, y en fin, se estuvo tocando toda la noche hasta las cinco de la mañana. Este sencillo rasgo basta para caracterizar al buen marqués.

Enseñan a los extranjeros, como una maravilla, el cementerio de Lisboa, que no es mas que una imitacion del *Padre La Chaise*. Las ideas modernas han prohibido a los grandes personajes, con excepcion de la familia real, hacerse enterrar en las iglesias: hoy ricos y pobres, deben ir al panteon, lo que hace que la ostentacion y las distinciones sociales, sean aun mas repugnantes para el espíritu cristiano. Junto al lugar en que el pobre está enterrado como un perro, el rico se hace construir un templo como para un ídolo, un verdadero templo pagano, cuyo fausto ofende a la vista. Tengo horror a esos cementerios lujosos, en que no veo mas que una decoracion de teatro, en que el arte sustituye al sentimiento religioso, en que tantos monumentos sin armonía, turban y destruyen la impresion. Si el último asilo no está lleno con un pensamiento poético, se convierte en un objeto odioso: en lugar de piedad y de edificacion, no inspira mas que disgusto. Semejantes lugares no deberian llamarse tierra santa, ni campo de descanso, porque en ellos faltan el reposo y el carácter religioso. Otros nombres le convendrian mejor: *Almacen de Hein* y *Compañía*, *Circo de la muerte*, *Corso funerario*, *Baluarte de los muertos*. Los verdaderos modelos son siempre los antiguos cementerios, el magnífico Campo Santo de Pisa, y los incomparables lugares de sepultura de Turquía. Allí los pobres y los ricos encuentran la igualdad de la tumba bajo los cipreses y los plátanos; las tortolitas hacen

oir su gemido en el follaje, y a la sombra de los grandes árboles, los que sobreviven pueden entregarse sin reserva a su pesar.

Un dia, la niebla y las nubes se disiparon, el sol brillaba con todo su esplendor, y comunicaba al Tajo y a sus riberas ese encanto de luminoso esplendor que solo pertenece al Mediodía. Atravesamos en un buquecito de vapor el ancho rio para hacer una visita a la *Otrabanda*.

Desembarcamos en una aldehuela enfrente de la ciudad, tomamos unos asnos, y anduvimos a la ventura en aquel país desordenado y confuso: le llamo así, porque es medio salvaje, medio civilizado, medio cultivado, medio virgen, monstruoso y plano, bello y horroroso, segun las localidades. No teniamos plan ni objeto; corriamos en todos sentidos por los hondos caminos, entre matorrales de acebo y atravesando campos y aldeas. Nos manejamos todo el dia como estudiantes prófugos, entregándonos en medio de una loca alegría, a una especie de *steeple-chase*[1] furibundo. Hicimos el circo a galope: en pié sobre la silla, ejecutamos suertes de fuerza y de equilibrio mas ó ménos graciosas: cabalgamos en dos monturas a un mismo tiempo: de aquí se originaban algunas caídas y rodábamos por la tierra. Es necesario figurarse todo esto, con el noble corcel de orejas largas. Nos aprovechábamos de nuestro aspecto británico para permitirnos, al abrigo de la razon social, semejantes estravagancias en el suelo lusitano.

Pero en el almuerzo estuvimos a punto de que nos sucediera una desgracia, a pesar de Albion. Nos habiamos acomodado bajo unos olorosos pinos, y descansábamos tendidos en la yerba, en un terreno que supusimos neutral y que no lo era: porque apénas nos habiamos instalado, corrió a nosotros una especie de furia con la boca llena de maldiciones. Imposible fué apaciguarla con demostraciones pacíficas, era un dragon desencadenado: temblaba, arrojaba espuma de rabia, y nos amenazaba, segun pudimos comprender, con amotinar a toda la poblacion para desalojarnos a palos de nuestra posicion inofensiva. La situacion se hacia crítica: éramos en muy corto número para hacer frente a todo un pueblo, y ninguno de nosotros entendia el duro idioma portugués. No te-

1 Carreras de caballos.

niamos armas, ni siquiera un baston. No nos quedaba, pues, mas arbitrio, que poner en práctica la política de la vieja Inglaterra, la tenacidad fria é imponente, la sordera diplomática: permanecimos sentados como las estatuas de los dioses en Ménfis, y el furor lusitano cayó ante nuestra inmovilidad granítica, y se convirtió en nada. Despues de haber terminado alegremente nuestro *lunch*, volvimos a montar en nuestras bestias, aunque un poco molidos, y dejamos, con aspecto friamente triunfante, el teatro de nuestra victoria sobre la pasion desencadenada.

Fuera de algunas excepciones, Lisboa no tiene el carácter meridional: todo está modelado a ejemplo de los estados del centro de Europa. Las casas, con sus techos elevados, dan a la ciudad una fisonomía germánica: en las calles tienen las gentes un aspecto de calma y de gravedad. Se ven elegantes carruajes en que la sociedad *fashionable* se pasea con adornos parisienses: las tiendas reciben la luz por grandes vidrieras con bastidores de mármol: desgraciadamente tambien el pueblo va a su trabajo con traje frances. El Tajo está cubierto de buques, sus muelles están construidos con piedras de cantería, en ellos se ve el movimiento y la vida de una ciudad marítima, pero no hay vestigios de ese gusto, por el adorno y el ruido, de ese movimiento sin objeto que caracterizan a otras ciudades del Mediodía: los hombres no son aquí bulliciosos como en otras partes: se creeria reconocer mas bien en ellos, las muestras de una educacion inglesa que les ha sido impuesta, el pesar por la independencia perdida. Lisboa tiene demasiada calma para una gran ciudad situada en esta Península maravillosa. Tal vez debe buscarse la causa de estas costumbres en esas nieblas húmedas que cubren el país, en esas corrientes de aire frio que sobrevienen súbitamente, y en la pesadez del vestido; por ejemplo, en esas grandes capas que usan las mujeres del pueblo, y que el clima hace tan necesarias.

Cada país, cada pueblo tiene su tiempo, y el tiempo de la Lusitania ya pasó. Nos afligimos al ver eclipsada la grandeza de un pueblo; pero a lo ménos, queda el recuerdo: en cuanto a los decretos del destino, sabido es que los mismos dioses se inclinaban ante ellos. Portugal era una planta de los trópicos, planta magnífica, prontamente desarrollada, espléndida en su florescencia, ali-

mentada con jugos generosos, pero de corta duracion. Era uno de esos bejucos que nacen de un pequeño grano, se apoyan en un tallo extranjero, le toman sus jugos alimenticios, florecen, producen frutos, y al fin, son ahogados por el potente desarrollo de sus apoyos. Las colonias eran la fuerza de Portugal: miéntras él pudo alimentarse con la sustancia de aquellos, fué floreciente; hoy el bejuco ha dejado de vivir: sus ramas extendidas a lo léjos, se han secadó con el aliento del Mediodía, y ya solo quedan algunas hojas marchitas suspendidas del tallo.

En el extranjero que no se contenta con una mirada superficial, Lisboa produce una impresion profunda de tristeza: su decadencia es demasiado visible; la ignorancia y la corrupcion de los funcionarios políticos, son demasiado sensibles: se ve muy claramente que todas las fuentes de la vida están agotadas, y que no se abren otras nuevas; y se comprende demasiado bien, que el país se sostiene únicamente, porque estamos acostumbrados a ver hace siglos en el mapa, el nombre de Portugal. El país y sus habitantes, me parece que son comparables con un hidrópico: la carne y la grasa se trasforman en una linfa que conduce al enfermo a la muerte. Cuando la descomposicion comienza, la vida huye, ó como dice el proverbio: "Los ratones abandonan la casa ántes de que se desplome."

Dejé a Lisboa y las márgenes del Tajo, en una disposicion de espíritu melancólica. Era una tarde: el Poniente estaba espléndido: el sol derramaba en el horizonte tintes de oro y de púrpura, y una brisa deliciosa venia de la mar.

Nuestro derrotero nos obligaba a volver a pasar por Cádiz, adonde nos condujo en poco tiempo el buque de vapor. Gusté aquí, como el año anterior, algunos dias de felicidad y alegría, y encontré a nuestro viejo cónsul, siempre vivo y expedito a pesar de sus ochenta y seis años.

Atravesé de priesa en un mal carruajillo, algunos lugares mal afamados é infestados de bandidos, para ver otra vez a Sevilla, mi ciudad muy amada. Queria consagrar de nuevo todas las facultades de mi alma, sentir la magnificencia de España, y las bellezas incomparables de la ardiente Andalucía. Fueron estos dias de aquellos en que se hace provision de recuerdos para muchos años.

Gustaba yo de esa felicidad que solamente nos es concedida en un viaje, cuando sin esperarlo, podemos hacer una segunda visita a poblaciones que nos fueron queridas: entónces se disfruta en mayor escala de las bellezas que la primera visita nos permitió apreciar, y no se desperdicia un tiempo precioso en objetos que no merecen la atencion.

Jamás olvidaré la noche que pasé solo con un amigo en el mágico palacio del Alcázar. La luna se ostentaba radiante en el éter sombrío: las estrellas brillaban como diamantes: la noche serena y apacible, tenia no sé qué de misterioso y divino. Los arcos y los pórticos parecian mas graciosos y mas esbeltos que nunca, a la luz de la luna, cuyos rayos inundaban los patios de mármol y jugueteaban como silfos en las aguas de las fuentes. Una calma encantadora y sobrenatural reinaba en los vastos salones enteramente abiertos del antiguo palacio de los moros: la mirada, atravesando el velo mágico de la noche, se deslizaba por las habitaciones, pasaba por la ciudad adormecida, é iba a reposar en la venerable cúpula envuelta como en un tejido de rayos. Los estanques y las azoteas entre las sombras de la noche; las rosas exhalaban en silencio sus perfumes; una ligera brisa hacia temblar el follaje de los naranjos, y los cálices de marfil del jazmin, nos enviaban el discreto saludo de sus aromas embriagantes. Los reflejos del agua parecian una legion de duendes bailando en la orilla de los prados, perdiéndose bajo las flores cubiertas de rocío, para salir otra vez y chispear de nuevo a la claridad de la luna, como si en medio de sus caprichosos juegos y adornados con sus trajes de plata, quisieran hacer la corte al astro de la noche.

Shakspeare ideó el *Sueño de una noche de verano:* Mendelsshon oyó sus armonías y sus cantos; pero yo la he visto!

MADERA

CAPÍTULO SÉTIMO

FUNCHAL

4 de Julio de 1852.

¡Con cuánto pesar dejamos a Cádiz, esa ciudad que se levanta del seno de la mar como una aparicion mágica! Habiamos pasado en ella momentos felices. El dia de San Pedro habia yo asistido a una de esas corridas de toros a que soy tan aficionado, y habia visto la extensa plaza llena de las andaluzas mas hermosas y seductoras. En la *Alameda*, en el *Salon* al aire libre de *Cristina*, nos habiamos mezclado con la multitud elegante. ¡Cuántas mujeres y muchachas admirables habia, con ojos negros y brillantes, bonitos y pequeños piés, con la mantilla de encaje, la rosa en el pelo, y el abanico en la mano! Habia tantas, que se podia decir con el proverbio: "Los árboles no dejan ver el bosque." Estábamos embriagados, exaltados hasta el fondo del corazon; no hallábamos palabras con que expresar nuestro entusiasmo.

Aun estaba lleno con el recuerdo de Sevilla, la ciudad de España que me es mas querida y que habia tenido la felicidad de ver por segunda vez: aun estaba bajo su encanto . . . . y era preciso emprender de nuevo el camino; volver al fastidioso y humeante navío, y dirigirme a una isleta insignificante y lejana.

Debiamos obedecer sin embargo: con el corazon oprimido y como atacados de nostalgia, levamos anclas el 30 de Junio, y nos lanzamos a todo vapor a través del Océano. Durante cuatro dias

y cuatro noches, cortamos sin detenernos las olas del Atlántico: el humo, el calor y el polvo del carbon, me daban *spleen*. En fin, el 4 de Julio, al salir el sol, cuando subí al puente, parecia que una obra mágica se habia ejecutado en la noche. Bajo los rayos dorados del sol de los trópicos, en el seno de un mar refulgente y azulado, bañada en una límpida atmósfera, se levantaba delante de mí una isla majestuosa, una isla de basalto, de color violado, vestida con la mas fresca yerba de la primavera. Era una imágen seductora, formada para entusiasmar el alma y llenarla de alegría. Una serenidad celeste reinaba en aquel cuadro, y sin embargo, estaba envuelto en un ligero vapor: tenia la luz una claridad sobrenatural, como una alma que se manifiesta en los ojos inspirados. Un aire delicioso penetraba a torrentes en el tranquilo pecho: se presentia un mundo nuevo, un paraiso terrestre.

Los idiomas aleman y frances, tienen cada cual una palabra que parece inventada para designar a Madera: los franceses dicen *éclat* (brillo), nosotros, *schmelz* (esmalte). No conoce uno todo el significado de estas expresiones, sino cuando está anclado en la rada de Funchal que es la capital de Madera. Desde la base hasta la cima, estas arrogantes y atrevidas rocas de basalto están cubiertas de hermosos prados, y sobre ellos innumerables pueblos, circundados de flores, están sembrados como perlas. Hasta la imponente plataforma que corona la iglesia de *Nuestra Señora de Monte*, la mirada se extiende sobre las risueñas casas de campo, que se dibujan sobre las encinas de nuestras comarcas y los opulentos castaños de Italia. La ribera, adonde la mar viene a romper sus espumosas olas, presenta un conjunto de rocas fantásticas y tramos pintorescos, cubiertos con magníficos laureles, geranios y mil especies desconocidas de arbustos floridos, sin hablar del plátano de anchas hojas, y del palmero de tallo esbelto y majestuoso.

La ciudad es elegante, aunque pequeña: está dominada por una ciudadela. Otro fuerte corona una roca negra de basalto que se levanta del seno de la mar, y forma el ala derecha de una especie de anfiteatro. Allí desembarcamos, y súbitamente nos vimos trasportados a un paraiso de flores en que las gracias de la naturaleza nos sonreian por todas partes.

He recorrido grande porcion de la tierra, y puedo decir que nada he

visto tan hermoso. He cortado la rosa de los Alpes en las neveras resplandecientes: he atravesado sobre el arrogante corcel árabe, los bosques de cipreses de Esmirna: he cogido la adelfa en las encantadoras riberas del golfo de Lepanto: me he mecido en las olas azuladas de la gruta de Capri: he tomado las flores de los jardines mágicos de la Alhambra; pero aquí encontraba reúnidos todos aquellos tesoros de la naturaleza, y ademas, un no sé qué inexplicable que me presenta a Madera como un paraíso terrestre. ¿Es acaso el aire trasparente como el cristal, que se siente delicia en respirar? ¿Es la variedad infinita y encantadora de las flores ó su perfume penetrante? ¿Es la eterna primavera que hace que Julio tenga aquí mas encanto que nuestro mes de Mayo? ¿Es, en fin, ese clima siempre igual, siempre fresco y vivificante, tan hermoso en la noche como en el dia, siempre cariñoso, siempre suave? No sé decirlo; pero sí sé muy bien que aquí he vivido doblemente, siempre feliz, siempre contento, y que seria para mí una dicha sin igual, un gusto precursor de la felicidad celestial, poseer una casa de campo en este país.

La vegetacion del universo entero está representada en Madera del modo mas grandioso. Las plantas del Norte: encinas vigorosas, helechos abundantes, madreselva aromática: las de Italia: castaños y naranjos, las soberbias camelias de China, el cafetero de Arabia que yo no habia visto en otra parte tan fecundo y tan extendido: la preciosa piña de América que veía tambien por la primera vez al aire libre, el plátano siempre cargado de fruto, y otras cien plantas raras, que entre nosotros no se ven mas que en los invernaderos de los jardines, donde están marchitas y donde las admiramos: sin embargo, están aquí como en su casa, con su brillantez y con sus flores. Hé aquí por qué me imagino que Dios, viendo el trabajo que se toman los hombres para reunir en jardines, que llaman botánicos, todas las plantas del globo, creó a Madera para manifestar a los mortales que querian usurparle sus funciones, que el antiguo Creador entendia de esto mejor que ellos; y desde aquel tiempo, Madera es el jardin de Dios, y ninguno hay que le sea comparable.

Nuestra primera visita fué para el cónsul austriaco M. de Bianchi, tio del mariscal de campo Bianchi, duque de Casalanza. Es

un amable anciano que lleva entre una mujer excelente y hermosos hijos, la vida ideal de un patriarca. Su jardin forma una especie de azotea sobre la muralla de granito; sus dos casas están medio escondidas en él, como en una canastilla de flores.

Adelfas, cafeteros, palmeros, naranjos, plátanos, parras, frutas enredaderas de aromas balsámicos, todo lo que se puede imaginar de flores y de perfumes exquisitos, está allí enlazado en un desórden poético, formando anchas glorietas de follaje. Desde el seno de esta vegetacion tropical, la bandera encarnada y blanca nos dirigió la bienvenida.

La mas pequeña de ambas casas, blanca y limpia, sencilla y elegante, como conviene a un comerciante acomodado, fué destinada para nuestro uso. Nos aguardaba un almuerzo compuesto de golosinas tropicales, nuevas para mí en su mayor parte; sin embargo, teniamos empeño por ir a la ciudad, porque deseábamos alcanzar la misa, y era tarde.

Funchal es una ciudad bonita y limpia. Las casas no tienen mas que un solo piso; en todas hay balcones y celosías. Me recordó las ciudades que tienen baños y tambien las de la América del Sur: se siente en ella la impresion que se experimentaria en el seno de una familia arreglada; parece una reunion moderada y pacífica que se divierte en el fresco césped en el mes de Mayo. No se puede negar que la poblacion está formada conforme al modelo de las colonias inglesas, sobre todo, en cuanto al aseo y al *comfort;* por esto se ven muchos ingleses en Funchal. especialmente en el invierno, que vienen a fortificar sus pulmones bajo la suave influencia de este clima. La manera de vivir de los enfermos, comunica a la ciudad un aspecto de tranquilidad y de paz. Para los ingleses de buena salud, Madera es una fuente de recursos. ¿Quién dejaria de desear que este país se viese bajo el cetro de Inglaterra? La sabiduría del gobierno inglés que ha trasformado las islas Jónicas en un paraíso terrestre, ¿cuántos adelantos introduciria en esta isla que por sí misma es, como Luca, el *pleasure ground* del universo? Entretanto, la administracion portuguesa, que es la peor del mundo, nada ha sabido hacer por Madera. A pesar de sus naturales riquezas, esta colonia nada produce para la metrópoli, en cuyas manos es una propiedad sin valor.

Entre las curiosidades de Madera, doy la preferencia al tocado, que es el mas extravagante que he visto: es un gorro como de una cuarta que termina en una punta tan aguzada como la de un pararayos, y que se coloca a manera de embudo al reves sobre la parte mas alta del cráneo. Bien pudiera considerársele como un capricho de carnaval, digno de los habitantes del Mediodía, pero nunca como un tocado popular: precisamente es contrario a su objeto en este país, en que el sol tiene una fuerza sin igual. Jóvenes y viejos van y vienen al sol y al agua con su cucurucho azul en la cabeza; y lo que mas sorprende al extranjero, es que estas gentes puedan mirarse unas a otras sin reventar de risa. Nunca pierde su equilibrio este sombrero singular; los campesinos lo usan aun trabajando; parece que nació con ellos, y les da una fisonomía chinesca que completan sus rostros, amarillos y aplastados. El pueblo pretende que la punta del sombrero concentra los rayos del sol y liberta a la cabeza de las insolaciones, como el pararayos precave de los rayos.

¿Por qué serán tan feos los habitantes de Madera? En medio de tan hermosa naturaleza, se siente uno desconcertado al ver las anchas caras de los mulatos. Otra cosa serian, si los españoles se hubiesen establecido en este país.

5 de Julio de 1852.

Cuando se levantó el sol ya nos encontró en la *quinta* de nuestro amable cónsul. Los rayos del sol venian cargados con todos los fuegos de los trópicos. El aire estaba embalsamado con los perfumes de las adelfas, cuyas ramas se elevaban, como ramilletes de flores gigantescos, sobre las paredes del jardin. Al principio habiamos creído que aquel agradable olor venia de los tilos muy semejantes a los de nuestro país; pero se nos dijo que la adelfa cuando está en masa bajo este clima, despide un perfume tan semejante al del tilo, que ambos se confunden. Así es como en esta isla feliz se descubren a cada paso nuevas riquezas de la naturaleza que causan un verdadero entusiasmo por los encantos de este paraíso perdido en el seno del océano.

Hemos empleado la mañana en hacer una excursion a caballo:

seguiamos la orilla de la mar: el camino pasaba entre casas construidas con grandes trozos de basalto en que innumerables lagartijas se calentaban al sol. En fin, a través de ricos viñedos llegamos a *Soccoridos*, como se llama una corriente de agua que ha abierto su cauce entre masas de rocas basálticas, abriéndose camino hasta la mar. Las parras se cubren del mas fresco verde en estas paredes de roca: las anchas hojas del plátano se mezclan de trecho en trecho, de roca en roca, con la de la parra, y forman risueños bosquecillos y las mas gratas sombras sobre todas las pendientes. El atractivo particular de Madera consiste en presentar así paredes de basalto que parecen formar precipicios y que están cubiertas de la mas amable vegetacion. De esta suerte, estos paisajes reunen las atrevidas pendientes de Suiza con los horizontes graciosos de Italia y la naturaleza exuberante de la América del Sur.

Un puente atrevido y muy estrecho, porque no hay coches en Madera, se encuentra en la barranca: este lugar me ha recordado los campos de lava cubiertos de yerba que se ven en el Vesubio abajo de la Ermita. Los viñedos, cuya espesa sombra nos protegia miéntras subiamos la opuesta pendiente, me trajeron a la imaginacion los alrededores de Meran, el mas hermoso canton de las Marchas tirolesas.

El párroco que se encontraba a la puerta del curato nos invitó a que entrásemos a tomar algunos refrescos. Descansamos un momento en la casa de aquel hombre excelente, aunque sin aceptar lo demás de su invitacion.

Poco despues entrábamos bajo la sombra de un magnífico bosque de castaños, cuyo suelo está tapizado con la madreselva y los helechos de nuestro país. En la vertiente de otra montaña se extiende un océano de follaje, que da sombra y que murmura como una selva de Alemania: Heimbach se presentó al punto a mi memoria: creia oir el suave lenguaje de nuestros bosques: era como si el suelo de Austria me hablase desde léjos. En medio de esta amable soledad se oculta la casa del antiguo cónsul inglés. A la entrada del jardin, bajo una alta bóveda de follaje, brota un arroyo que hay que pasar por un puente rústico arrojado sobre dos pedazos de roca. Una *quinta* como ésta, edificada en un océano de

yerba ó perdida en alguna isla separada del mundo y encerrando sin embargo todo un mundo de felicidad, de íntima felicidad, tal es mi sueño y la imágen en que mi pensamiento se detiene complacido; y aunque en este paraíso no hubiese dicha perfecta, puesto que la completa felicidad no es de este mundo, siempre este Eden seria muy propio para calmar las pasiones. El feliz propietario ha tenido la fortuna de descubrir este retiro delicioso y de poder embellecerlo. Los ingleses recorren la vasta esfera y levantan su tienda donde les agrada, en Oriente ú Occidente, en el Sur ó en el Septentrion: son libres y fácilmente se eximen de las necesidades que su clase les impone: se crian un mundo conforme a su gusto y a sus bienes: se establecen en este pequeño círculo, y a pesar de todo no olvidan su patria; por el contrario, la engrandecen con alguna conquista nueva donde la vieja Inglaterra sigue viviendo tan cómodamente como en el Reino Unido. Sí, es uno de mis sueños permanecer por largo tiempo en Madera, aquí compraria esta casa para cantar en ella mis canciones y exhalar en los bosques las alegrías de mi alma.

Muchas gentes se burlarán de mi puerilidad; pero yo he escogido un pedazo de basalto en la cumbre de la montaña y lo he hecho trasladar a la ciudad por algunos de los numerosos guías que se disputaban la honra de llevarnos a remolque por la florida yerba. Aquel peñasco será la primera piedra de mi *Tusculum*, cuyo proyecto he concebido hace muchos años. Poco tiempo há que escogí el lugar donde lo he de edificar, y mañana que es el dia en que entro a la mayor edad, debia poner la primera piedra en mi país; mas ya que el océano me separa de él, escogí en este paraíso terrestre, en este Eden bendecido por Dios, la piedra que debe servir de cimiento a mi pequeño Eden particular.

Establecimos nuestro campo al pié de una verde colina y bajo la sombra de una encina elevada: nos sentamos en la yerba, y gracias a la prevision de nuestro amable cónsul y del mas jóven de sus hijos, tomamos un excelente almuerzo, en que el vino de la isla representó el papel principal y ocupó el lugar del agua.

Durante aquella colacion llamé a mi lado, con grande escándalo de mis amigos, a algunos pastorcillos, niños que merecian retratarse, con una sencilla camisa y un desaseo pintoresco. Les

obsequié con algunas migajas del festin y los abracé, no obstante los gritos de horror de mis compañeros. El mas pequeño de aquellos niños iba y venia llevando su parte a una jóven, que seria su madre ó su hermana, y se veía a cierta distancia: era una criatura hechicera vestida con una capa roja con capucho, como las mujeres de Gibraltar, y un paño de algodon amarillo y azul. Con sus grandes ojos negros y su cabellera en desórden, tenia el aspecto de una hija salvaje de la montaña; es la primera y tal vez la única mujer verdaderamente hermosa que he visto en Madera.

Excitados con el precioso licor, exaltados por todos los hermosos espectáculos de la naturaleza que se habian presentado a nuestra vista, regresamos al galope de nuestros excelentes caballos, a través de las selvas y los bosques hasta Funchal. Toda mi vida pensaré con gratitud en aquel dichoso dia que era como el preludio de la fiesta del siguiente.

6 de Julio de 1852.

Apénas abrí los ojos cuando los gratos acordes del himno nacional vinieron a herir mis oidos y a disponerme para inaugurar solemnemente el dia en que entraba en los veintiun años. Era una amable sorpresa de nuestro excelente capitan que santificaba aquella fiesta con el mas noble canto de la gloriosa Austria. Tenia veinte años cumplidos, é iba a entrar en un importante período de la vida. A pesar de mi juventud, graves pensamientos me ocupaban en aquel momento. Exteriormente la mayor edad no traía grandes cambios en mi vida, porque ya desde ántes disponia de mí mismo hasta donde me lo permitia mi posicion: y en el punto de vista material, las cadenas de la tutela no me molestaban en lo mas mínimo. Pero si hay algo de profético en la manera con que uno pasa el dia de su natalicio, aquel año debia estar lleno de serenidad y de paz, porque jamás he pasado este dia de un modo tan contento y tan agradable. Muy temprano me escapé del buque con algunos de mis amigos, para sustraerme a toda ceremonia y pasearme libremente al través del campo.

Nuestro punto objetivo era la costa oriental de la isla. Pasamos por la ciudad, subimos la colina hasta la region de las quintas y

nos detuvimos un momento en la casa de campo del hermano de nuestro cónsul, rico negociante en vinos. Es una habitacion sencilla, pero cómoda y preciosa, al estilo anglo-americano, con ese aspecto marítimo que solo Marryat sabe describir. Flores y plantas enredaderas la envuelven por todas partes, las piezas están llenas de sombra, de frescura y de calma, y tienen una vista magnífica sobre Funchal y sobre la rada. En un bonito jardin, plantado de parras, pude gustar un racimo de uvas casi maduras: aquella habitacion goza, como casi todas las de Madera, de un silencio delicioso.

Pronto llegamos a la altura; seguimos por las hermosas sombras del parque de Camera y la parte alta de la vertiente de la Montaña. Aquí el paisaje es enteramente septentrional: grandes colinas cubiertas con yerba pequeña, casi nada de árboles ó solamente algunos abetos, matorrales poco elevados y de cierto color en su cima, que trae a la memoria los arbustos de Escocia. El dia nebuloso y el aire mas frio completan la ilusion: sin embargo, de cuando en cuando se ven algunas plantas que en nuestro país no se ven mas que en los invernaderos, y que nos recordaban que aun estábamos en las regiones tropicales. Aquellas pendientes tienen algo de melancólico y de agradable: nos las representábamos habitadas por nobles ciervos, y seguiamos caminando siempre a todo galope. El hermano de Bianchi posée aquí otra casa de recreo circundada por una llanura de abetos nuevos; está adornada al estilo inglés con cuadros de caza y elegantes chimeneas. Allí nos ofrecieron un excelente *lunch*, servido a la inglesa y que venia muy a propósito despues de una larga cabalgata.

Esta habitacion, con su vista sobre las llanuras, donde la brisa sopla sobre los matorrales, seria una mansion hecha expresamente para un poeta melancólico que pulsara el arpa de Ossian, ó para una pareja amorosa. En las noches iluminadas por la luna, cuando el viento arrebata las hojas de los árboles y cuando sus ramas argentadas se agitan y sacuden como un enjambre de silfos; cuando las olas de aquel océano que envuelve al globo, levantan como otras tantas fantasmas sus crestas espumosas para volver a caer y perderse en el infinito tenebroso, aquella morada puede inspirar al solitario todas las impresiones de miedo ó de

confianza: de lo primero, si aquel se expone al viento fresco de la mar que gime como si atravesara las cuerdas de una arpa, y de la segunda si permanece junto al hogar animado con un chispeante fuego, y estrecha entre sus brazos a la amada de su corazon.

La noche se aproximaba cuando comenzamos a pensar en el regreso. En el momento en que montábamos en nuestros caballos que habian descansado, apareció inmóvil ante nosotros una vieja de un aspecto singularmente siniestro: su rostro sombrío estaba cubierto con una cabellera gris en desórden: su cuerpo vestido de harapos, sus ojos negros y penetrantes lanzaban relámpagos. Involuntariamente pensé en el *mal de ojo:* un calosfrío glacial recorrió todo mi sér, y me apresuré a poner los cuernos a la mendiga, miéntras que el capitan le daba una hermosa moneda con un vivo movimiento de liberalidad, que no tenia mas objeto que alejarla de nuestra presencia: ella sonrió de una manera sardónica, y de repente desapareció tras de una pared. Pero la mirada de la hechicera habia surtido su efecto, y en el regreso tuvimos que sufrir toda especie de desventuras.

El capitan, muy especialmente, fué objeto de las malicias del hado. Ya nos habia manifestado que no podria sostenerse en el caballo, y en efecto, se hallaba en un estado lamentable: todo su cuerpo parecia paralizado, y para trasladarlo, fué preciso conseguir una de esas hamacas que sirven para llevar a los enfermos del pecho. Tendióse, pues, a nuestro enfermo, en aquel nuevo vehículo, suspendido de un largo tallo de bejuco que cargaban entre cuatro hombres. No era poco el trabajo de llevar de esta manera hasta Funchal un fardo tan pesado: el camino estaba horroroso, y la noche negra como la tinta. Despues de dos horas de cruel fatiga, los cargadores declararon que ni por todo el oro del mundo darian un paso mas. En consecuencia, nuestro hombre que se encontraba muy cómodo con el suave movimiento de aquella cuna, mal de su grado, tuvo necesidad de montar a caballo; pero despues de cinco caídas sucesivas, protestó de nuevo que le era imposible moverse. La situacion se hacia cada vez mas crítica: los habitantes de la isla rehusaban su auxilio, y el infortunado casi habia perdido el conocimiento: estaba envuelto por las tinieblas de la noche, en medio de un país monstruoso, salvaje y entera-

mente desconocido. Por último, lució un rayo de esperanza: un buen cura de la aldea le prestó su hamaca y sus criados, y así llegó a Funchal cerca de la una de la mañana, cuando nosotros dormiamos pacíficamente soñando con las fatigas de aquel dia, cuyo recuerdo no nos abandonará en mucho tiempo.

Tambien nosotros pagamos tributo a la influencia de la hechicera. Habiéndonos aventurado locamente, sin guía, en la oscuridad, yo caí con mi caballo en un puente de piedra; y si en esta larga cabalgata por tan peligrosos caminos de montaña, no nos sucedieron mas accidentes graves, fué sin duda, por un milagro que debemos atribuir a la fortuna que jamás abandona a los audaces.

7 de Julio de 1852.

Subimos hoy otra vez a la eminencia de *Nuestra Senhora da Monte.* Nos encontramos el camino muy adornado, porque en aquella mañana debia recorrer la comarca una procesion, para obtener del cielo que cesara la plaga que mas aflige a Madera, la enfermedad de las viñas. Flores y ramas revelaban por todas partes los encantos de la naturaleza triunfante. Se veían en los jardines y en las glorietas de parra, grandes reuniones de personas vestidas con sus mas nuevos trajes, así como en lo alto de las paredes, con un aspecto de inquieta espectativa.

La mañana era soberbia, el sol resplandecia en el cielo, y el paseo a caballo estaba lleno de atractivo. Yo me sentia mas y mas cautivado con los encantos de Madera, esta hija radiante del húmedo océano: experimentaba como una pasion naciente, que crecia siempre y me iba invadiendo. Ya se deslizaba en mi corazon una melancolía secreta a la idea de que solamente podria formar un conocimiento pasajero, y no tendria tiempo para enlazar relaciones durables con este objeto de mi culto. Pensaba dentro de mí, que si hubiese conocido a Madera antes de 1848, habria escogido, *in extremis*, este lugar de retiro léjos del mundo, para gustar la calma y el reposo.

La iglesia está circundada por antiguos árboles que habian adornado para la fiesta; pero no entré en ella, porque tengo horror a

la multitud. En espera de la procesion, nos dirigimos a una encantadora quinta que se encuentra en las cercanías, y que pertenece tambien a nuestro cónsul. Cerca de aquel lugar, tuve ocasion de visitar una habitacion de campesino. ¿Deberé llamarle casa, cabaña, ó establo? No lo sé. Son paredes bajas, construidas con piedras rústicas sobrepuestas y cubiertas de paja podrida: el interior es una pieza oscura y ahumada, sin mas abertura que la entrada para dejar salir el humo y penetrar la luz: hombres y bestias habitan el desnudo suelo en la mas tierna armonía. Se creeria uno trasportado a las islas del mar del Sur, y no podria sospechar que se encuentra tan cerca de las elegantes casas de recreo. No he visto habitaciones semejantes, sino en las montañas pedregosas de Dalmacia, en los confines de Turquía, y en Montenegro.

Cuando comenzó la procesion, procuramos acercarnos a la iglesia. Aquella iba compuesta de una multitud de personas que llevaban velas de cera, el clero, los dignatarios, con la música y todo lo que conviene a este género de solemnidades; pero lo nuevo para mí fueron los penitentes cubiertos. Varios hombres vestidos de color oscuro ó de gris, con largos trajes, semejantes a los de las cofradías italianas, y con la cabeza y el rostro cubiertos, acompañan la procesion en penitencia de sus pecados, y para el bien general, sufriendo el ardor del sol durante cinco ó seis horas. La multitud no los reconoce a causa del velo, pero los admira; y ellos, no satisfechos con la fatiga del camino, se aplican ademas, toda especie de suplicios. Por ejemplo, vimos algunos que hicieron aquel largo camino unidos de dos en dos por los piés, por medio de barras de hierro; otros iban cargados de cadenas: uno habia, que llevaba una corona de espinas, otro una pesada barra colocada entre los brazos, y atravesada por la espalda: otros llevaban cruces a cuestas ó un pesado anillo de hierro a manera de cinturon; pero la mas dura penitencia, era la que se aplicaba un hombre que iba azotándose las espaldas desnudas que se veian inflamarse a cada uno de los golpes. Cuando apareció, una mujer que estaba cerca de mí, lanzó un aullido de dolor, y se puso a contar sollozando, aunque con cierto orgullo, que el misterioso personaje era uno de sus parientes.

Todo aquel conjunto acompañado con la música y el ruido de

las cadenas hacia una impresion siniestra y recordaba los primeros tiempos de la edad média. Horroriza la vista de esos desgraciados que se martirizan públicamente y ponen a los demás en el secreto de su penitencia ocultando su rostro a las miradas. Se cree ver a pobres almas en pena, a sombras atormentadas por el remordimiento, que se arrastran en medio de la agitacion del mundo, y a su aspecto uno se siente transido de espanto.

Los penitentes iban seguidos del oficiante envuelto en una nube de incienso y rodeado del clero y de los dignatarios, el cual llevaba, vestida con un rico manto, la imágen de *Nuestra Senhora da Monte*, que ha colocado tan majestuosamente su trono en medio de la yerba y de las flores en las colinas de Funchal.

Las flameantes banderas desaparecieron en la espesura del bosque; el humo del incienso subió al cielo a través del follaje; se oyó alejarse el ruido de las cádenas y de las barras de hierro, y el piadoso repique de las campanillas se mezcló al murmurio de las cascadas perdidas en la selva.

Veo aquí a los libres pensadores reirse de la supersticion de los habitantes de Madera, que creen conjurar la enfermedad de las viñas con procesiones. Pues bien, lo diré sin rodeos: aunque soy un hijo del siglo diez y nueve, y aunque no me cuento entre los oscurantistas, esta creencia me parece muy edificante y muy hermosa, porque conviene al que sufre duramente dirigirse hácia su Dios: este Dios no es sordo a las oraciones de aquellos que tienen fe incontrastable en su omnipotencia, y una súplica filial alivia siempre al alma del peso que la oprimia. Por esto encontramos esas ceremonias expiatorias en todos los siglos, entre todos los pueblos, aun entre los griegos, cuya sabiduría es tan decantada y cuyos filósofos admiramos. Solo el libre pensador tiene el orgullo de resistir inclinarse..... hasta en la hora de la muerte; pero aquel momento enseña, hasta a un Voltaire, a balbutir oraciones y a buscar temblando ciertos consuelos.

Quien no ha visto a Sevilla, no ha visto maravilla: yo he visto esta maravilla y tengo orgullo de haberla visto.

Quien no ha visto a Lisboa, no ha visto cosa boa: tambien he visto esta bella cosa.

Quien no ha visto a Granada, no ha visto nada: puedo decir con

júbilo, que en lo sucesivo no me dirigirán esta censura, porque conozco a Granada y su magnífica Alhambra.

Además he visto a Madera, y exclamo con entusiasmo: *¡Quien ha visto Madera, otra cosa no quiera!*

El cementerio de Funchal está situado en la calle principal, entre huertos y jardines, justamente enfrente de un hospicio, lo que no presenta un aspecto muy divertido para los pobres enfermos. Como pasábamos por esta calle con frecuencia y me gusta meditar entre las tumbas, entramos al panteon. Al pasar delante de un sepulcro, aun fresco, ví a mi jóven guia, el hijo de Bianchi, palidecer y le oí sollozar. Era el lugar en que la familia habia depositado, hacia un mes, al mayor de sus hermanos, jóven de grandes esperanzas, cuya pérdida es motivo de un duelo profundo para esta casa patriarcal. Aquel golpe ha destrozado el corazon de la digna madre, venerable matrona de cabellos blancos: desde aquel dia la expresion de una melancolía profunda no abandona jamás su mirada; y aun cuando alguna vez se le escapa una sonrisa, siempre se descubre con simpatía el dolor de una herida reciente.

Su pobre hijo sucumbió de una manera muy horrorosa: sus padres lo habian enviado por negocios de comercio a las plantaciones de América. Un hermoso porvenir parecia abierto a su actividad y a su energía; pero la suerte determinó otra cosa. Un negro, en un acceso de furor, dió al hijo de Bianchi un fuerte golpe con la cabeza en el estómago; el jóven cayó enfermo, se hizo todo lo posible por salvarlo.... pero murió al cabo de un año en brazos de sus desgraciados padres.

Mi jóven compañero me obsequió con una rosa tomada del sepulcro; salimos del cementerio llevando este trofeo melancólico, y nos dirigimos a la habitacion de mis huéspedes.

Teniendo en la mano la rosa del sepulcro y respirando su perfume, dejé aquella isla inolvidable, donde siete meses despues se extinguió una vida que yo habia creído que aseguraria alguna vez la tranquila felicidad de la mia.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DEL TOMO PRIMERO

PÁGINAS.

A LOS LECTORES..... I
RAPIDO ESTUDIO SOBRE LA OBRA..... III
PROLOGO del traductor francés..... V

ITALIA

CAPITULO PRIMERO.—Nápoles y el rey Fernando..... 1
CAPITULO SEGUNDO.—Florencia y las bellas artes..... 81

ESPAÑA

CAPITULO TERCERO.—Sevilla y la Andalucía..... 109
CAPITULO CUARTO.—Granada y los Moros..... 157
CAPITULO QUINTO.—Islas Baleares.—Valencia..... 186

PORTUGAL

CAPITULO SEXTO.—Lisboa..... 203

MADERA

CAPITULO SÉTIMO.—Funchal..... 221

A LOS LECTORES

En el prospecto que precedió á la publicacion de la version castellana de esta obra, se habia ofrecido que los traductores darian á luz, con el primer tomo, el juicio crítico que de ella formaran: sin embargo, los traductores se han reconocido impotentes para este trabajo; ante él retrocedieron, y suplicaron á un amigo suyo, el Sr. Lic. D. Manuel Ortiz de Montellano, tan ventajosamente conocido en la literatura mexicana, que desempeñase esta tarea, imposible de llevar á cabo por los traductores; y el Sr. Montellano, cediendo á los empeños de la amistad y robando algunos momentos á sus atenciones, tuvo la bondad de obsequiarnos con el precioso artículo que damos á continuacion.

No solamente las bellas letras ganarán con esta sustitucion, sino el mismo autor que, juzgado imparcialmente, aparecerá tal como es ante la posteridad: los traductores no habrian tenido la sensatez de juzgar de la obra con sangre fria: amaron al

autor; su memoria aun está fresca; sus obras por lo mismo les parece exentas de todo error; y si alguno observaran, quizá no tendrian la imparcialidad bastante, la energía que debe caracterizar al crítico ilustrado, para señalar con mano firme las contradicciones, las equivocaciones, las faltas en que el autor puede haber incurrido. Bastante respetuosos para con la memoria del autor y para con el público, han sido fieles en la traduccion, hasta sacrificar en algunos pasajes la fraseología española, á fin de no desvirtuar las ideas originales. Que México acepte esta version con benevolencia; que este libro dé á conocer como era, al hombre que por breves momentos tuvo en sus manos el porvenir de nuestra patria; que cesen las preocupaciones que contra su memoria hayan podido nacer, y habrémos tenido la satisfaccion de rendir á sus manes el mas digno homenaje.

Los Traductores.

RÁPIDO ESTUDIO SOBRE LA OBRA

I

En medio del grupo de verdes islas regadas por el Mediterráneo, que formaron la antigua Grecia, y en la metrópoli de su ciencia y poderío, los que se llamaban hijos de los dioses acostumbraban reproducir, con la terrible verdad y con el respeto profundo de un rito religioso, la historia de sus padres y de sus dioses, en esas tragedias de gigantes, cuyas escenas se desarrollaban á la luz del sol, en medio de los bosques y de las montañas, sirviéndoles de fondo el limpio azul del cielo helénico. Cubrian los actores su rostro de un antifaz que abultaba sus facciones; vestian luengos y vistosos trajes, y calzaban el coturno, que aumentando su estatura, hacíalos aparecer de gigantescas proporciones á los ojos del pueblo que los escuchaba con religioso silencio. Allí Sófocles hizo interpretar su fatídica creacion de Edipo rey, y allí las matronas griegas lloraron sobre las cenizas de Ayax.

Pasó y murió la civilizacion griega: con ella cayeron sus dioses y sus templos, sus teatros y sus decoraciones: enmudecieron sus coros, intérpretes del corazon del pueblo; y sobre tantas ruinas, de entre las que la Historia

apénas ha alcanzado sacar ilesos algunos nombres, suena una voz al través de los siglos, extranjera hoy en el mundo, poro en todas sus partes con santo respeto escuchada, la voz de los poetas, que nos hace comprender al hombre y al siglo y á la civilizacion en que vivieron.

El destino del drama griego reprodúcese dia á dia en el terrible drama de la vida humana. Preséntanse en él esos gigantescos actores, que se llaman emperadores y reyes, grandes capitanes ó soberbios conquistadores, á cuyo rededor se agrupan los pueblos fascinados: á poco pasan y desaparecen; y al desnudarse de sus prestadas vestiduras, si solo legan sus nombres escritos sobre las piedras tumulares, que forman las páginas del gran libro de la Historia, esos nombres son á lo más, el epitafio de muertas generaciones, que el anticuario se detiene á descifrar entre los escombros de las edades.

Solo el acento de la inteligencia y del corazon del hombre, que habla al corazon y á la inteligencia de la humanidad, domina el estrépito que forman las alas del olvido que bate el Tiempo en su vuelo hácia la eternidad. En vano buscariamos los nombres de los héroes de Maraton y Salamina, entre el polvo de ruinas calcinadas, si no los oyésemos de los labios de Xenofonte y de Tucydides; pero cuando así el silencio envuelve y oculta los altos hechos de los guerreros, vibran aún directamente en nuestros oídos, ya cadenciosos, ya enamorados, ya terribles y solemnes, ya graves y severos, los acentos de Safo y de Anacreon, de Eurípides y de Homero, de Esquiles y de Demóstenes. Del siglo de Augusto llega á nosotros el eco de la voz de sus poetas, miéntras el esfuerzo de

diez generaciones no ha sido bastante á evitar el derrumbe de un solo arco del derruido Coliseo Romano.

El poeta sobre el drama, el hombre sobre el actor, la inteligencia y el corazon sobre las glorias humanas; y presidiéndolo todo, la fatalidad pagana, ó el designio providencial de los cristianos: hé aquí los grandes hechos que se desprenden en la historia de la humanidad, y que se han presentado á nuestros ojos con vivísimos detalles al recorrer las páginas de este libro, y tomar la pluma para escribir, en cumplimiento de nuestro propósito, el juicio que hemos formado de esta obra, cuya traduccion ofrecimos de buena voluntad, y como un presente de cariño á nuestros compatriotas.

Fernando Maximiliano, el autor de este libro, mecido en la cuna de los Hapsburgos, bajo el dosel que sombreó la frente de Cárlos V, y colocado en la primera grada del trono secular del Austria, no es en las páginas que van á leerse, ni el sucesor de un Emperador, ni el fundador de un Imperio, ni el redentor de un pueblo, ni el mártir de una raza. Olvidando su antifaz y su coturno, y sus régias vestiduras; léjos del gran teatro de la vida pública, en el silencio de su cámara de marino ó de su alcoba de príncipe, sintió la noble exigencia de ser algo más que un rey, algo más que el actor en el drama de los pueblos; y fué el hombre de clara inteligencia, de corazon noble, y bajo el dictado de la una y del otro, consignó dia á dia sobre el papel de su libro de recuerdos, las impresiones del jóven y el fruto de las meditaciones del que siente sobre su alma el peso de fatales y sombríos destinos.

Poeta y marino, el autor de este libro sueña y medita. En cada página describe, de una manera nueva siempre, el suelo que pisa, el aire que respira, el horizonte que le rodea, la luz que le alumbra, el árbol que le dá sombra, y aun el insecto zumbador que arrulla sus ensueños de poeta ó turba sus meditaciones de filósofo. Detalles de actualidad, que con las galas del buen decir, son la delicada filigrana que adorna las hojas de su libro. Pero tambien, al hollar cada piedra de esos pueblos, que viven de sus tradiciones, mira á cada paso levantarse, como al influjo de un conjuro, las sombras de otros tiempos; y entre las fogatas, á cuya luz los lazaroni devoran los característicos macaroni, vé dibujarse la sombra de Massaniello, como mira levantarse la de Virgilio sobre su clásica tumba de Sorento, y la de Boabdil entre los desiertos corredores de la ruinosa Alhambra.

En medio de esos detalles del presente y de esos fantasmas del pasado, hay, sin embargo, para nosotros los que ofrecemos al público este libro, una figura más íntima, más detalladamente descrita en él, que creemos viva y animada aun, cuya voz nos figuramos oir, cuyas palabras quisiéramos saber interpretar, y que, sin embargo, al escribir estas líneas, es tambien solo una sombra que se levanta de la tumba: esa figura es la del autor de este libro. Edipo, Massaniello, Boabdil, nombres que se han escapado á nuestra pluma, y con cuyos ropajes la fatalidad, el odio y la desgracia lo vestirán en el teatro de la Historia, que solo escribe la verdad sobre el polvo de muchas generaciones, no va á ser para nosotros mas que el hombre de clara inteligencia, de noble y caballeroso co-

razon, calidades que él tuvo en más valía, que su título de nieto de cien reyes. Y vamos á ocuparnos de él, porque al juzgar el libro de sus RECUERDOS ÍNTIMOS, el alma que le da vida, enlace y originalidad, no es mas que el corazon y la inteligencia que dictaron sus páginas.

II

Abrese este libro de los Recuerdos de Fernando Maximiliano, en el mes de Julio de 1851, y sus primeras líneas, escritas á bordo del "Novara,» lo fueron cuando el ilustre viajero contaba apénas 19 años de edad. Nápoles y Florencia, Cádiz y Gibraltar, y Granada, y Cartagena, visitadas en tres meses de ese año, forman un bello panorama, en cuya descripcion el corazon del jóven se desborda en cada detalle, y rompe de una vez esa armadura de impasible acero con que en las viejas monarquías de Europa se cubre el pecho de los príncipes. La educacion aristocrática separa á las razas privilegiadas de la naturaleza y de la humanidad; y por eso, cuando bajo el influjo de temperamentos excepcionales, ó al choque de esas tempestades que han arrancado á tantos reyes de sus tronos, el hombre vuelve á la naturaleza y al hombre su hermano, la novedad del espectáculo y el sentimiento de su orígen acercan al príncipe de la tierra á Dios y á la humanidad, y dan vida á las simientes de la adoracion y de la fraternidad, que se desarrollan cuando las fecundiza el viento de la libertad, y que inspiran el himno de la ala-

banza y del amor, á corazones que, como el de Antígona, fueron formados para amar y no para aborrecer.

A medida que la estela de la embarcacion que le conduce, le aparta del trono á cuya sombra pasó su niñez, el corazon y la palabra del viajero se impregnan en ese perfume que llevan consigo las brisas del Mediterráneo, y que parecen, bajo el sol de los climas meridionales, infiltrar en el alma ese ardimiento, ese amor á la libertad, que fué el rasgo característico de pueblos esclavos hoy, y que ayer fueron las repúblicas de Grecia y de Roma. El jóven, sintiendo agitarse su alma con el vigor del hombre primitivo, describe cuanto ve y cuanto siente; déjase arrastrar por la fogosidad de su imaginacion de poeta, y reniega, sin comprenderlo, de sus tradiciones políticas y de raza; olvida á veces sus hábitos germánicos, y deja percibir esa lucha primera entre el hombre y el príncipe, que forma el drama vivo, oculto en las páginas de su libro, que son en la superficie solo las notas sueltas de unas impresiones de viaje.

Nada se hallará de nuevo en la descripcion de los lugares, si no es la pluma que los describe. ¿Quién que ha atravesado el Océano, no ha subido al cráter del Vesubio, á mezclar su respiracion de pigmeo, con la compasada respiracion del gigante de fuego? ¿Quién no ha visto, ó conoce la patria de Galileo y de Miguel Angel? ¿Quién ignora dónde está y qué es el gran puerto español, fundado por los colonos de Tyro; ni á quién son desconocidas Granada y la Alhambra, con sus leyendas moriscas y sus melancólicas tradiciones de un pueblo, al que han sobrevivido las flores que plantó en sus jardines? No busquen

nuestros lectores en este libro, ni un curso de geografía ni de historia, ni piensen que á los ojos del viajero que visitó esos lugares durante pocos dias, hayan descubierto los monumentos ó las ruinas, misterios que hayan escapado al estudio de los siglos. Si algo de nuevo se halla en estas páginas, es ya un celaje con que el sol se cubria al hundirse en el golfo de Nápoles, ya la estrecha jaula de un pájaro solitario, que forma el adorno de la humilde celda de un monje; tal vez el nombre ignorado del mundo, de un matador español, pero sobre todo, la historia de las impresiones que en el corazon de un príncipe aleman producian la naturaleza y Dios, el hombre y la humanidad, con quienes por primera vez se pone en contacto, y tal como se dan á conocer y se desarrollan en los climas meridionales.

Fernando Maximiliano, al tomar la pluma para escribir sus impresiones de viaje, ha podido decir, con más razon tal vez que el gran poeta de la Francia: "pintemos;" y él ha hecho más: ha trasladado al papel el paisaje y el pintor. Bajo el punto de vista literario, el mérito indisputable de este libro está en las descripciones, y el de éstas en sus detalles. Todas ellas tienen esa verdad de colorido, de contornos, que hacen ver á traves de las páginas, donde solo hay líneas matemáticamente iguales, los cuadros inmóviles ó agitados de la naturaleza, con la gradacion nunca repetida de tintas y murmullos, con sus armonías infinitas de los sonidos y los reflejos, de los perfumes y los colores.

Si de los cuadros de la naturaleza pasamos á la descripcion de los espectáculos característicos de cada pue-

blo, conocemos poco que iguale en fidelidad y animacion á la detallada descripcion de la corrida de toros en Sevilla, que ocupa una buena parte de las páginas consagradas á sus recuerdos de España, y que termina con el reto del corazon entusiasmado por el valor y el arrojo á la flemática civilizacion de los hombres de su estirpe. Para comprender al hombre, es necesario completar ese cuadro con el diverso de la corrida de toros de Lisboa. Cuanto hay de entusiasta admiracion en el primero, tanto hay de amarga burla y desprecio en el último. Ante el valor salvaje, pero grande y terrible, que sonríe frente á frente del peligro, el viajero aplaude al àrrogante lidiador español; ante la farsa ridícula y cruel del juglar portugués, la sangre le horroriza, y solo asoma á sus labios la sonrisa del desprecio.

Pero donde resaltan sin duda mas las dotes del escritor y del hombre, es en la descripcion de los hombres y de sus caractéres. A proporcion de que mas viaja, se encuentra más y más libre su inteligencia y más independiente de sus tradiciones el juicio que forma de sus ilustres huéspedes; y para comprenderlo así, basta comparar la descripcion de la corte del rey Fernando con la de la de Doña María de las Glorias. Hay en ésta, especialmente, al lado de observaciones ligeras que traicionan al jóven, sobre la obesidad de su real pariente, rasgos tan delicados al juzgar al ilustre esposo de ésta, que hacia llamarse majestad fidelísima, y daba la bendicion á los súbditos de su esposa, que como en esas pinturas de *doble efecto*, se deja ver dibujada la menguada figura del rey consorte, sin que haya una sola frase, una palabra sola que herir pueda su susceptible orgullo aristocrático.

Si á vuelta de esas bellas descripciones, se examina con la fria imparcialidad de la crítica, el estilo en que está escrito este libro, y si no se ha convertido en insulsa paradoja el envejecido axioma de que el estilo es el hombre, tal vez graves y severos cargos podrian hacerse al que, abusando de una imaginacion ardiente, sembró demasiado de flores y de adornos, páginas destinadas á aparecer ante el mundo, cubiertas con los blasones mas antiguos de la heráldica. A los que nacen para reyes, no es permitido ser hombres, ni ménos poetas. Cada una de sus palabras debe salir vaciada en el molde convencional de la diplomacia; y las inspiraciones del corazon, las galas del buen decir, deben sacrificarse á las medidas frases de las conveniencias políticas. Y no importa que el príncipe de la casa de Austria tuviese apénas veinte años cuando visitaba la isla de Madera. La juventud tiene que abdicar sus fueros ante las graves posiciones sociales.

Pero esos cargos, que justificados aparecerán á los ojos de algunos, son tal vez los que mas enaltecen á los nuestros, al autor de este libro. Si el estilo es el hombre, ese hombre, con su alma de poeta, rompió los valladares de su posicion; y dejando correr su pluma sin mas guía que su inspiracion, coloreó su estilo con esos mil tintes orientales que reunió en su paleta de pintor, al recorrer los pueblos que aun guardan en su idioma las reminiscencias de los primitivos lenguajes figurados. Tal vez porque cuadran mas á nuestra imaginacion y á nuestro oído, educados en la florida escuela de los poetas meridionales, lo que mas apreciamos en este libro, bajo el punto de vista literario, es el estilo, que forma un notable contraste,

cuando pensamos, que esos giros completamente orientales, que esas descripciones recargadas de atrevidas ó delicadas metáforas, fueron primitivamente escritas en aleman, idioma flexible y sonoro, pero distante y mucho de los idiomas meridionales, que con sus raíces latinas, se prestan mas á la entonacion melancólica de la poesia sentimental.

Y á veces, cuando sin tener á la mano el original aleman, hemos recorrido en la traduccion francesa algunas de las páginas mas coloridas de este libro, hemos creido encontrar en su estilo y en su fondo, algo que revela ese consorcio, forzado y terrible en el órden político, de la Alemania meridional y de la Italia. Hemos recordado que Fernando Maximiliano, fundador de Miramar, residencia italiana, en su nombre y en su estructura, levantada sobre el golfo de Trieste, alimentó su corazon en su niñez, su inteligencia en su juventud, con los clásicos estudios de la artista Italia, y asimiló así su espíritu germánico con el de la raza latina, á la que invariablemente consagró las mas bellas páginas de su libro y la sangre mas pura de sus venas.

Y tal vez, esta que para nosotros no es mas que una hipótesis, sea mas tarde para la historia la clave de graves revelaciones, que no es de nuestro propósito ni indicar siquiera, sirviéndonos solo por ahora para señalar las raíces del estilo del autor, y del carácter esencialmente poético de su libro, que estamos seguros ha de ser eminentemente simpático para los jóvenes no viciados y con especialidad para el sexo que tiene en su mano el cetro de la imaginacion y del amor.

Pero esa calidad, esencialmente latina del libro de Maximiliano, hémosla visto en cuanto al estilo más detalladamente marcada, al comparar la traduccion francesa, sobre la que hemos calcado la nuestra, con la inglesa que sirve de original á nuestro apreciable amigo el Sr. Elízaga, en la edicion que publica al mismo tiempo que la nuestra. Al pasar al inglés la obra de Maximiliano, ha perdido muchos de sus rasgos característicos, y parece que las flores sembradas en Nápoles y Florencia, en Albania ó en Mato Virgun, se secaron al pasar bajo el cielo nebuloso de Albion, sin que hayan sido bastantes á devolverles su gala y lozanía, las dotes literarias del eminente traductor español. Esto es tal vez, porque el elemento sajon no es simpático para este libro, difícil de ser comprendido por los que no tienen el corazon fundido por el calor del sol del Mediodía.

III.

Más grave, y más importante, la parte séria de este libro, la que no ha dictado ni el genio del artista, ni la inspiracion del poeta, á la que no se ligan los preceptos literarios, ni se refiere solo á la descripcion pasajera de los hombres y de las cosas, merece de nosotros un exámen detenido y formal, porque es el que sobre la portada de estas obras formará el retrato moral del hombre, que ligó la parte fatal de su destino á los destinos de nuestra patria. No nos proponemos la vindicacion del hombre político: escribimos sobre una tumba, que no se

abrirá jamás, y vamos á recoger, á la manera que se reproducen los objetos en un espejo convexo, los rasgos prominentes esparcidos en este libro, y que pintan cuál era el hombre durante el período de 1851 á 1860, en su sentimiento moral y político.

Es, por desgracia de la humanidad, una verdad tan dolorosa, como lógica en todas sus consecuencias, la de que cuanto las facultades del hombre se desarrollan en sentimiento y poesía, tanto pierden en energía y vigor. La gran ley de las unidades, que siempre hemos tenido por paradójica tratándose del hombre y de la vida real, llega á ser una falsedad manifiesta, cuando se trata de aplicarla á los hombres á quienes el sentimiento domina. No hay que buscar en ellos unidad de carácter, ni consecuencia entre la conviccion y la accion: sucede las mas veces, que odiamos mas en los otros, y ménos en los otros apreciamos, lo que constituye nuestros propios defectos ó nuestras virtudes propias.

Y por eso, en vano se trataria de buscar en este libro la profesion de fe religiosa ó política de Fernando Maximiliano. Su alma en esas páginas, es la corriente de un rio, que se tiñe con los colores del paisaje que le rodea, y que cambia á cada paso, reflejando así el cielo puro y sin celajes, como los negros nublados de la tempestad.

Creyérase ver en él, un severo católico de los tiempos primitivos, cuando describe con la uncion de Chateaubriand el oficio divino celebrado bajo una humilde choza de la Albania, y tendríasele por poco respetuoso de las tradiciones católicas al burlarse de la «Casa de Pilatos,» edificada en Sevilla. Su odio al ateismo, consignado

en tres ó cuatro de sus aforismos, se parece mas al deismo práctico, que encuentra á Dios en el alma de la naturaleza, que á la ortodoxia católica que lo concentra todo en determinadas formas. Maximiliano, haciendo el resúmen de su vida de viajero, y concentrando lo mas sublime de sus recuerdos, evoca la trinidad de su culto en esas magníficas descripciones, de una mañana en los Alpes, del medio dia en el paraíso de los trópicos, y de la tarde en el desierto, que termina con esta frase, que es la profesion de la fe del corazon que sabe orar y adorar: «El que ha recogido en su alma estos tres cuadros, está ya iniciado en el culto de la naturaleza, que le es no solamente permitido, sino absolutamente obligatorio.»

En otro órden de ideas, hállase tambien la misma exaltacion que rompe la unidad del cuadro. Así en la ya por otros aplaudida descripcion de la escalera de Caserta, en su visita al Sepulcro de los Reyes Católicos, en el pueril orgullo con que recibe como un regio homenaje la dedicatoria de un *toro* en las corridas de Sevilla, en el mohin infantil que le causa en las ruinas de Pompeya la poco galante avaricia de los escavadores, creeria verse al vástago de las nobles razas, con su indómita ambicion, con su vano orgullo, con sus cóleras injustas, que se vengan, haciéndolos aparecer comunes y vulgares, en esos monumentos, que como á un libro de piedra, han guardado durante diez siglos las cenizas de un volcan.

Pero estos rasgos y algunos otros que de su género se encontrarán en la lectura de este libro, no son sino móviles reflejos del fondo de un cuadro pintado sobre cristales. La verdad está en esos otros pasajes en que

se duele, en las fábricas de Valencia, de ver el embrutecimiento á que arrastra al hombre en nuestros tiempos, el adelanto colosal de la mecánica. No es allí el hijo de los reyes, que quiere esclavos estúpidos y no hombres para vasallos; es el hombre á quien le lastiman y hieren la degradacion del hombre su hermano, y el envilecimiento del alma, atada al carro de esos déspotas de los tiempos modernos, que se llaman el lujo y la riqueza. La verdad está en las bellas páginas escritas en Bahía (San Salvador), en las que el alma se exhala en frases ardientes de indignacion contra la esclavitud, antítesis de la civilizacion cristiana, y que le hace exclamar con la amargura del sarcasmo, respondiendo á las razones de política, que en los países que se dicen civilizados, se enuncian para no destruir la esclavitud: «¡Para no turbar la pereza en que una casta de propietarios engorda vergonzosamente, se dice que es preciso que generaciones de séres infortunados se consuman bajo una odiosa tiranía; y eso, que esos séres, esos negros, son hombres y cristianos nacidos libres bajo la ley de Dios!»

Esas páginas sobre la esclavitud, escritas por Maximiliano en los límites del Sur del continente americano, en el año de 1860, tenian en esa fecha un grave interes de actualidad: si conocidas hubieran sido entónces, se les habria tenido por un saludo de simpatía á los mantenedores de esa gran lucha, á la que cerca del otro extremo del continente, se aprestaban los defensores de la libertad del hombre, que años mas tarde alcanzaron su última victoria en Richmond, y que han escrito en su gran Constitucion, el precepto que Maximiliano queria que fue-

se el fundamental de la del Brasil: «*Todos los hombres nacen libres en un pueblo libre.*»

Pero no era solo la esclavitud del negro la que repugnaba el alma entusiasta del autor de este libro. Volved algunas páginas más y oídle: «En mi opinion, dice, todo está caduco en una sociedad en la que la violencia ha suprimido el contrato synallagmático de dos voluntades libres. Las instituciones que no tienen por base ese contrato, no pueden subsistir durante mucho tiempo, y traen consigo enfermedades y heridas que se agravan y enconan, consumiendo las fuerzas mas preciosas. La Europa sufre ciertos contratos que no han sido libremente consentidos y que mucho se parecen á una esclavitud moral, siendo causa de profundo malestar y orígen de descontento. Verdad es que se han encontrado fórmulas legales que sufoquen las quejas, y se justifican tales contratos con la consideracion del bien general y de lo que se llama *la razon de Estado....*» Esos contratos son el del servicio militar y el proletariado de la fábrica. No queremos anticipar á nuestros lectores, ni desleir con largos comentarios la impresion que en ellos causen esas profundas observaciones, que parecen escritas por los que, como Rousseau, midieron la profundidad del desequilibrio social, desde el fondo del vaso en que hundidos soportaban la inmensa pesadumbre de sus aguas infectas. Maximiliano, colocado por la mano del destino sobre la superficie trasparente de ese vaso, lo sondeó desde allí; y príncipe-filósofo, simpatizó muchas veces, sin comprenderlo tal vez, con el ilustre filósofo de Ginebra, participando las más de los grandes errores de corazon y de

buena fe, que forman el lado vulnerable de los escritos de éste.

Más tarde, en la época de su vida en que creyó poder realizar sus bellas utopias, la desgraciada raza indígena y la clase proletaria recibieron muestras inequívocas de su ardiente deseo de emancipar á los oprimidos de sus opresores, y de hacer práctica y positiva la igualdad social, respetando en cada hombre los altos fueros que hacen hermano al rico del pobre; al que nació en la cuna de los hijos de los reyes, del que vió la luz en la choza de un jornalero. ¡Bellos ensueños que habia de venir á deshacer la mano ruda de la verdad práctica, que tremola aún en nuestro siglo la gran bandera de la heterogeneidad de las razas, y del sagrado derecho del orígen!

Maximiliano, recorriendo los bosques vírgenes del Brasil, dábase el nombre de «Ciudadano del mundo;» y este cosmopolitismo, que le hacia repugnante la vigilancia de la policía que cuidaba de la caza, y los reglamentos que exigian permiso de las autoridades para usar armas en un país donde los bosques llegan á la puerta de las ciudades, forma uno de los rasgos característicos del hombre y su libro, y explican hechos que en otro podrian pintarse con los negros colores del crímen.

Pero, como una consecuencia lógica é indeclinable, al anatematizar la tiranía del hombre sobre el hombre, y con ella la esclavitud y el proletarismo; el gran principio de las viejas monarquías, el derecho divino y la gran personificacion de los monarcas, resumida en la frase tradicional de Luis XIV, se desvanecen en las páginas de este libro, en las que aparece grave y severa la gran per-

sonalidad del pueblo, de quien el instinto se proclama como el guía, el interés como la ley, la voluntad como el dogma de las organizaciones políticas de los pueblos libres. Mas no de ese pueblo formado de minorías turbulentas, que aprovechan la pereza de las mayorías apáticas, sino de ese conjunto de libres voluntades, á las que cubre la egida sagrada de los derechos del hombre y de los fueros de la humanidad.

Tales son á nuestros ojos los rasgos prominentes en el órden moral y político de los Recuerdos de la vida de Maximiliano. ¿Fué en su libro invariablemente consecuente con esos principios? ¿Los admitió en todas sus consecuencias, que van hasta fundar el gran dogma de la escuela democrática? Han inventado los espíritus soñadores, un gran refugio á la falta de energía práctica, en las creencias y en los dogmas, y que se han creido, sin embargo, bastante fuertes para formar con él una escuela filosófica, una teoría política y un elemento moral. El eclectismo, que permite ser deista y panteista y aun ateo, y á veces simple cristiano, y á médias católico; que dice siempre no es tiémpo todavía, en las grandes reformas sociales; que reglamenta la prostitucion, transige con el homicidio en el duelo, y excluye de los códigos penales todo lo que no hiere el interes social; el eclectismo, al que combate frente á frente Maximiliano en este libro, es, sin embargo, el rasgo que resume en él su carácter: débil, proclamando energía; cosmopolita, halagando las tradiciones de cada pueblo; demócrata, soñando en un gran imperio; poeta, desconociendo las bellezas de la gruta de Pausilico; filósofo é historiador, permaneciendo in-

sensible en las ruinas de Pompeya, pero entusiasta admirador de las jóvenes de ojos negros y de las corridas de toros de Sevilla. Todo ello revela, que de príncipe ascendió á hombre, de hombre á poeta, de poeta á filósofo; que con su triple carácter, llevando con las debilidades de la humanidad las grandes virtudes de los corazones formados en la contemplacion de la naturaleza, quiso elevarse sobre su estirpe y sobre su época; y derretidas sus alas de Icaro, al cerrar este libro, despues del cual comenzó el drama terrible que selló con su sangre, podria escribirse en su última página, como el resúmen del hombre y del libro: Imaginacion, sensibilidad, egoismo.... *Vanitas, memento mori:* frases repetidas en esos recuerdos, como una confesion, como una esperanza, y como un presentimiento, cada vez que el espíritu se concentraba en sí mismo.

Seria alargar demasiado este estudio, si hubiéramos de detallar en él el juicio que formamos del libro de Aforismos. Estos en su forma concisa, breve, y las mas veces profunda, pero sin ilacion, y destacados del cuadro de los sucesos que los inspiraron, no presentan sino aprehensiones aisladas, pero elocuentes, del espíritu observador de Maximiliano. Su originalidad consiste especialmente, en la personalidad del que los escribe, y bajo este punto de vista, cada uno de ellos justifica el juicio que del hombre y del libro hemos formado. Creemos, sin embargo, ver en esa parte de las obras de Maximiliano, más que un conjunto de verdades conquistadas para la enseñanza de la humanidad, reglas y observaciones que para guía de su conducta propia, escribia en su Libro de Memorias para

tenerlas á la vista y no olvidarlas en los negocios de la vida. ¡Cuántas olvidó y cuántas puso en práctica! ¡Cuántas contienen bajo una forma seductora para el corazon, un error que solo se hace perceptible en las horas del supremo infortunio; y cuántas contienen profundas verdades, que despues de este libro, las ha escrito la Historia con caractéres de sangre!

IV

Desde este punto en adelante, nuestro estudio, para ser completo, debia llenar los vacíos que en este libro se encuentran, y que en parte se deben á las supresiones hechas en el original aleman por el traductor frances, en parte á las que el autor mismo hizo al comenzar la edicion de Leipsik, y en la mayor, á la falta completa de edicion del período corrido desde su salida de Miramar hasta su muerte. ¿Siguió escribiendo Maximiliano en México el diario de su vida? Creemos que sí; no obstante que para asegurarlo, ningun dato cierto tenemos los que estas líneas escribimos, que no estuvimos en contacto con el hombre á quien hemos aprendido á apreciar mas bien en su sepulcro que en el trono. Pero si de esos vacíos posible nos seria llenar el primero, como lo harémos tal vez mas tarde, cuando revisemos nuestra traduccion teniendo á la vista el original aleman, no sucede lo mismo respecto de los demás, en que por razones fáciles de comprender, si podriamos ser traductores fieles, no seriamos jueces imparciales.

Tenemos, sin embargo, de ese último período, la primera y la última piedra. Lo abre la sentida poesía que nuestros lectores verán en la introduccion de M. Gaillard. Despues de ella, sigue ese drama en que tanto figuran *los en cuyas venas circula champagne en vez de sangre*, y en el que se confunden graves errores é inmensos infortunios, odios, rencores, y el clamor de las pasiones que fermentan en nombre de la patria y de la justicia. Al último, como la postrer página del Libro de Memorias, como la suprema inspiracion del corazon templado para altos hechos y mas venturosos resultados, cierra el cuadro que nos propusimos trazar, el último escrito del autor de este libro; escrito que con mano segura, trazó momentos ántes de emprender su postrer viaje al Cerro de las Campanas. Hé aquí esa última página:

«Sr. D. Benito Juarez.—Querétaro, Junio 19 de 1867.—Próximo á recibir la muerte, á consecuencia de haber querido hacer la prueba de si nuevas instituciones políticas lograban poner término á la sangrienta guerra civil que ha destrozado desde hace tantos años este desgraciado país, perderé con gusto mi vida, si su sacrificio puede contribuir á la paz y prosperidad de mi nueva patria. Íntimamente persuadido, de que nada sólido puede fundarse sobre un terreno empapado de sangre y agitado por violentas conmociones, yo conjuro á vd., de la manera mas solemne, y con la sinceridad propia de los momentos en que me hallo, para que mi sangre sea la última que se derrame, y para que la misma perseverancia que me complacia en reconocer y estimar en medio de la prosperidad, con que ha defendido vd. la causa que acaba de triunfar, la consagre á la mas noble tarea de reconciliar los ánimos, y de fundar de una manera estable y duradera la paz y tranquilidad de este país infortunado.—MAXIMILIANO.

V

Despues de las anteriores líneas, todo comentario, todo juicio nos está prohibido. Sobre ellas cayó un reguero de sangre que cubre todavía el epitafio indescifrable que la mano de Dios escribe sobre la tumba de los hombres que mueren á manos del hombre.... Meses despues, el *Novara*, ese buque de feliz agüero para todo aleman, llevaba en su postrera travesía al viajero que en ese mismo buque emprendia, llenó de vida y de esperanza, la expedicion, cuya historia ocupa las primeras hojas de este libro. Las aguas del olvido, fuente única de consuelo para los vivos, más rápidas que las del mar, alejan cada dia el recuerdo del príncipe y del Emperador. Antes que el cadáver se disuelva, la memoria del hombre se habrá tal vez perdido. Pero en las páginas de este libro quedará de ella un monumento imperecedero, porque en él vivirá la voz del corazon del poeta, que repetirán con profundo respeto cuantos alienten algo de noble y de generoso en el suyo, cada vez que busquen á Dios en lo alto de la montaña al rayar la aurora, en el fondo de los bosques al mediar el dia, en medio del desierto al declinar la tarde, y quieran unir sus acentos á ese sublime concierto de los bosques, con el que como un himno de alabanza y adoracion, se confundió la sentida palabra de esa alma alemana, fundida por el sol ardiente de los trópicos.

Sacerdote del culto de la naturaleza, misionero de la

emancipacion de la humanidad, Maximiliano, como hombre y como poeta, dejó escrito su nombre en cada cuadro que describió, en cada corazon que supo apreciarlo. Las llanuras del mar, los bosques del Brasil no lo olvidarán jamás; miéntras en el círculo de sus afecciones íntimas, quede solo su recuerdo, como la dolorosa manía de la desgraciada princesa, que durante tristes dias y largos años, ha esperado, y esperará en vano, en los desiertos salones de Miramar, la vuelta del compañero de sus sueños de gloria y de ambicion.

Ya no volverá al lado de la esposa, el esposo que duerme el sueño de la muerte en el último lecho en que reposan los Hapsburgo; pero su espíritu, hablando en este libro la lengua de Cervantes, como ha hablado ya la de Goëthe, Moliere y Shakespeare, irá, con el habla de los hijos del Mediodía, á repetir á su oído los recuerdos de esa vida, que pasó en sus breves períodos, segun la expresion del Poeta del desierto, como pasan las aves, como pasan las nubes, como pasan las sombras.

M. M. O. de Montellano.

MEMORIAS

DE

MAXIMILIANO

IMPRENTA DE I. ESCALANTE Y C°., BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUM. 1.

RECUERDOS DE MI VIDA

MEMORIAS

DE

MAXIMILIANO

TRADUCIDAS

POR

DON JOSÉ LINARES Y DON LUIS MENDEZ

TOMO SEGUNDO

MÉXICO
F. ESCALANTE, EDITOR.
1869

55

Esta obra no puede reimprimirse sin permiso de sus traductores.

ARGELIA

CAPÍTULO PRIMERO

ARGEL

18 de Julio de 1852.

Ha llegado a ser Argel para los franceses un nombre mágico; cada dinastía lo inscribe en cabeza de sus manifiestos como una palabra propia para encantar ó para ofuscar al pueblo a que van dirigidos.

El aspectò exterior de la ciudad ha sido comparado al de una cantera en explotacion. Sus blancas casas escalonadas sobre el flanco de la montaña, la hacen parecerse mas bien a una antigua decoracion teatral pintada para un baile de corsarios, que, no sirviendo ya, se ha cubierto de telarañas. Vista desde el mar, de donde nuestros ojos la descubrieron en una hermosa mañana de estío, está ciudad no tiene nada de bello ni de seductor: se presenta pelada y empolvada; pero de cualquiera manera que sea, es muy extraordinaria. Apénas se entra en el puerto, su conjunto aturde. Podria comparársela a un viejo moro de turbante y albornoz blanco, de cara digna cubierta de barba plateada y undosa. Por desgracia el pobre hombre se ha vuelto loco: la juventud, sin fe y sin respeto, le ha hecho ponerse un pantalon de cuadros y botas charoladas, y le enseña a bailar la polka para divertirse con sus contorsiones, su pavor y el sudor que cubre su rostro. ¡Ella ríe; pero si el anciano hace bailando una mueca algo feroz, al punto los burlones experimentan interiormente mortal terror!

La parte alta de la ciudad, de forma piramidal, es antigua y morisca en todo. Mas en la orilla del mar, se ha fundado un pequeño Paris con maravillosa rapidez. Sin embargo, como nada en este mundo puede hacerse de un golpe, el conjunto claudica por todas partes. Largas y anchas calles están desfiguradas por algunas monstruosas casas de alquiler que descansan sobre portales. Cuando se comparan estas vías con las calles estrechas, llenas de sombra, construidas por los mahometanos, gime uno por el calor intolerable, el polvo sufocante y las penosas ascensiones a que se le condena en la ciudad nueva.

Choca encontrar al lado de los mas elegantes almacenes de chucherías y de todo su lujo de fantasía, sucias tiendas de planchas, en las que se ven amontonados a los ennegrecidos hijos de África. Hay calesas y ómnibus como en los Campos Elíseos, con la diferencia, sin embargo, de que los lugares que dan el tono, se llaman aquí el *Akbahr*, en vez de *Boulevard de los italianos*, el *Marabout*, en vez del *Bosque de Boulogne*. Encuéntranse camellos que rumian cubiertos todavía con la arena del desierto, en aquellas calles que se abren con pompa y terminan en montes y valles. Largas caravanas traen al centro del mundo elegante y de las modas parisienses los frutos madurados por el sol tropical del Atlas.

No es ménos mezclada la poblacion: las hermosas señoras de los Campos Elíseos, con sus perfumados guantes color de rosa, las *loretas* y las versátiles *grisetas;* las *verduleras* (dames de la Halle) con sus papalinas *à la mère Gogo*,[1] codean a la mujer mora que arrastra sus pantuflos, envuelta como un cadáver: a la rica judía ataviada de oro, pintada de colores chillones, con su puntiagudo gorro cargado de velos caídos por detrás de la cabeza, y aun a la desvergonzada bailarina mora, de cara prematuramente marchita, y de inanimadas facciones. El pilluelo de blusa azul hace migas con el hijo guiñaposo de los negros de Tombuctú.

Forma el centro del nuevo Argel y de su desarrollo, una plaza que dista mucho de estar a nivel: elévase en ella la estatua ecuestre en bronce del duque de Orleans, la que me parece ser de exagerada elegancia. Amontónanse en una plaza vecina y mas pe-

1 En frances, en el texto aleman.

queña, el palacio del Gobernador, la mezquita-catedral y el bazar de Orleans. Para dirigirse de allí al muelle del puerto, debe pasarse por un ribazo resbaladizo de que se avergonzaria el mas ínfimo pueblo de pescadores.

El polvo del desierto y los juguetes de salon; la naturaleza primitiva y la extrema civilizacion; los perfumes y los olores fétidos, todo fermenta aquí y aspira a un acrecentamiento enérgico. La entrada del puerto es una obra de mediana anchura: este puerto solo está completamente abrigado por un lado; pero debe reconocerse que es un trabajo de romanos. Es todo artificial, y sin embargo, puede dar asilo entre sus brazos de hormigon a veinticinco navíos de línea. Para construirlo, se vaciaron enormes trozos en cajones de madera; estos trozos eran sumergidos en el mar por medio de *steamers*, hechos a propósito, y sirvieron de cimientos a un dique construido con sorprendente rapidez, contra el cual se rompen hoy las olas. El mar ha devorado millones, pero la Francia posée un buen puerto en la costa africana.

En aquel momento habia en él muchos grandes buques de vapor empleados por primera vez en aquel año como ensayo por la marina francesa para hacer el servicio, *express*, a Marsella en cuarenta y ocho horas. El considerable número de buques mercantes prueba la prosperidad del comercio de Argel. Una miniatura de corbeta daba el servicio de guardia, y ella fué la que nos saludó al entrar al puerto.

Visitamos desde luego la ciudad, que bajo dos aspectos me interesaba muy particularmente: primero, porque forma parte de un país, la Francia, que desgraciadamente solo conozco por descripciones, y despues, porque está situada en África que es continente del todo nuevo para mí, supuesto que apénas puedo contar una corta visita que hice a Tánger.

Hay una especie de lujo esencialmente frances, que consiste en artículos de fantasía. Esto fué lo primero que hirió mi vista. Paradas dispuestas con gusto, ocupan una larga série de almacenes establecidos bajo los portales de las casas. Encuéntrase en ellas desde las mas hermosas obras de platería, en las que se conoce ya el genio morisco, hasta las golosinas mas refinadas: almacenes de perfumería, tabaquerías, depósitos de objetos de arte, peletería,

sillería, establecimientos de peluqueros, de libreros, de traficantes en antigüedades . . . . todas las exigencias de la vida moderna se ostentan en la parte baja de la ciudad berberisca, y se desplegan en brillantes espalderas que alucinan.

Muestras gingatescas pintadas en las paredes manifiestan tambien el talento que tienen los franceses para engatusar a los papanatas con palabras sonoras y frases de efecto, y para atraerse al comprador con las seducciones del anuncio.

El calor era verdaderamente africano. Subimos penosamente la pendiente de que he hablado, pasamos delante de una mezquita y llegamos a la plaza en que se levanta el monumento consagrado al duque de Orleans.

La estatua ecuestre es graciosa, elegante; pero carece de grandeza y nada tiene de imponente. Solo ví en ella a un bonito jóven, de fisonomía moderna, con el tricornio puesto de lado sobre su pelo rizado. De espada en mano, y montado en muy animoso corcel árabe, parece estar en la parada. Dos bajorelieves que adornan el pedestal de la estatua, representan las hazañas del duque; pero desgraciadamente éste lleva el horrible uniforme frances del siglo diez y nueve. Lo mejor de todo es el caballo de piernas finas y formas elegantes. A lo sumo, el monumento reducido a pequeña estatua, haria un bonito efecto en un retrete de señora.

Nos dirigimos a la catedral para oir la misa dominical. La mezquita principal ha sido convertida en iglesia, lo que naturalmente nos pareció bastante raro. Malamente se aunarian los minaretes y las campanas, los arcos de herradura y las cajas de órganos, la cruz y los arabescos. Ademas, el edificio en sí mismo no es bello: a lo que parece fué al principio de sencilla y desnuda arquitectura morisca, y despues se ha ingertado en él una decoracion desprovista de estilo y de gusto. La catedral-mezquita (me gusta llamarla así) no tiene, pues, nada que pueda edificar ó dar reposo a un corazon cristiano: añadid a esto el alquiler de las sillas, las idas y venidas de los que las trasportan, y el servicio de policía hecho por un *suizo* de porte gigantesco, de librea verde con un sombrero monstruo, una barba que dá miedo, y un verdadero garrote.

Iba a empezar la misa mayor: alquilé una silla en un sueldo, y consideré, confieso que sin ningun sentimiento piadoso, la escena

nueva que se ofrecia a mi vista. Los sacerdotes, que usan todos barba larga, se adelantaron en procesion solemne con paso medido y lento. A su cabeza marchaba un bedel de mediana edad, vestido de seda de colores, y un solideo en la cabeza. Un gran número de niños, con las sobrepellices semejantes a las de los cardenales, hacian durante el oficio toda clase de evoluciones prescritas a la señal de una palmada: maniobraban a compás como una compañía de soldados, con precision a la vez desagradable y risible. Empezó la misa, y con ella una armonía celestial compuesta de órgano pequeño, de violoncelo y de contrabajo: un concierto en regla y verdaderamente notable. A poco entró una procesion de niños llevando unas parihuelas con panes, imágen del Arca de la alianza de los israelitas. Los panes fueron bendecidos, y despues distribuidos en pedacitos a la muchedumbre, que se portaba en esta distribucion con muy poca decencia y cierta codicia. Al mismo tiempo, apuestos caballeros de guantes lustrosos, pasaban a la redonda por la reunion, cajitas para la limosna. Todo ello se hacia con ostentacion capaz de disgustar al espectador que no estuviera acostumbrado. Solo la música producia una impresion edificante y séria, digna de ser imitada.

Encierra la iglesia un cierto número de confesonarios con inscripciones que dan a conocer el nombre y la nacion del confesor: ví entre ellos el nombre de un compatriota. Por lo demas, el elemento alsaciano, y por lo tanto aleman, es importante en Argel: oíamos a cada paso hablar en las calles nuestra lengua materna. ¿En dónde, pues, no hallaremos al aleman? ¡Se separa tan fácilmente de su país! Mas debemos regocijarnos cuando en tierra extraña podemos todavía hablar el idioma nacional.

Como al aldeano de Kotzebue, me admiró el oir aquí el frances en boca de los niños y de las gentes del pueblo. Nosotros no conocemos esta lengua sino como lengua de salon. Sin embargo, en Viena desaparecerá más y más: la corte habla de preferencia aleman, pues el emperador, a Dios gracias, no habla frances por un legítimo sentimiento de dignidad patriótica. Y no obstante, ¡con qué facilidad se deslizan de nuestros lábios y bajo nuestra pluma las expresiones francesas!

Muy inmediato a esta mezquita-catedral, que está por concluir,

a pesar de que su solidez se ve amenazada ya por una gran cuarteadura, se halla el bazar de Orleans. Es este una de esas calles cubiertas, rodeadas de almacenes como los que se ven en la opulenta Esmirna, y tan numerosos, que podrian formar una sola ciudad. El de Argel encierra un surtido interesante de mercancías orientales: armas ricamente adamascadas: bonitos albornoces blancos y oscuros, vestidos poéticos y pintorescos que son la honra del África: frascos de plata, de donde los moros hacen correr de gota en gota la esencia de rosa: telas de seda recamadas de oro, y pequeños pantuflos del haren: cofrecitos y asientos incrustados de nácar: turbantes, muebles destinados para los salvajes kabilos, vidriados y obras de laton de Tánger: magníficas alfombras y suaves cojines bordados en seda para guarnecer los divanes: brazaletes y collares de oro, de plata y de coral: *pastillas del serrallo* para los voluptuosos bajáes: abanicos de fina paja para los beduinos: plumas de avestruz, huevos del mismo animal preciosamente engastados, que llevan trazados con colores artículos del Corán; en una palabra, mil y mil objetos para satisfacer el gusto de magnificencia y de lujo de las ciudades, ó que deben su orígen misterioso y poético a las profundidades del desierto, al interior desconocido del continente abrasador del Africa.

Nos burlamos nosotros de los salvajes, tan dichosos con nuestras bujerías y nuestros espejos; pero codiciamos las curiosidades extranjeras, y adornamos nuestros salones con los mamarrachos de la China y nuestros gabinetes de estudio con fruslerías que sacamos del desierto. ¿Qué es lo que nos inspira este gusto, sino el misterioso atractivo del cambio, tan poderoso en nuestra especie ávida de saber? Pasé horas muy divertidas en medio de aquellos objetos, y llevé gran número de ellos a bordo para decorar mi villa de Trieste. La parte de la ciudad interesantísima y muy original, es la construida en la altura; tiene un tinte completamente morisco; la recorrimos todo el tiempo que nos lo permitió el temible calor del mes de Julio, y en premio de nuestras fatigas y de nuestro sudor recogimos una coleccion de tipos muy curiosa. Las calles, si podemos llamar así a los caminos en zigzag que se cruzan por montes y por valles, son frecuentemente tan estrechas que apénas dan paso a dos personas de frente. Están llenas

de inmundicias y de aquel olor particular al mundo oriental ó mahometano, que el viajero encuentra con cierto goce secreto en Dalmacia, en Grecia, en el Asia menor y en el África, por doquiera respira la palmera ó florece el mirto. La mayor parte de estas calles, gracias a su poco ancho y a los saledizos que forman los primeros pisos de las casas apoyados en contrafuertes, están envueltas en una sombra eterna y al ménos conservan en su oscuridad algun fresco. Al mismo tiempo se goza en ellas de aquellos efectos tan pintorescos, tan fantásticos que produce la trabazon de las casas: son como decoraciones en donde balcones carcomidos, paredes que se desploman y techos ruinosos, componen un cuadro simbólico de este Oriente desaseado, perezoso, cuyos restos tienen un aspecto tan seductor para el pintor, cuya expresion es la del reposo enérgico y del tenaz fatalismo. Conforme a las costumbres celosas de los musulmanes, las casas no comunican con estas callejuelas estrechísimas, sino por puertas traseras: apénas se ve en ellas una que otra ventana. Por esas puertas misteriosas es por donde las mujeres, cuya vida se oculta detrás de las paredes y bajo los velos, se aventuran a salir para hacer sus compras en el Bazar ó para ir a tomar el *keff* a los cafés.

Tres clases de figuras humanas se muestran en aquellos sombríos desfiladeros formados por las casas. Las primeras, envueltas en blancas mantas que no dejan ver mas que un ojo, se deslizan por los entrecruzamientos de los caminos, y semejantes a fantasmas rápidas é instables, se desvanecen sin dejar traza detrás de una de aquellas puertas carcomidas, ó en el rincon de una de aquellas habitaciones misteriosas. El extranjero permanece indeciso cuando se le aparece uno de estos séres velados: son las mujeres moras.

Otros personajes caminan con paso solemne y con aire de nobleza y dignidad. Llevan alto turbante, barba fina y lustrosa; su tez es de extraordinaria blancura; visten delicado albornoz, chaquetilla ricamente bordada; ancho pantalon que desciende hasta las rodillas y elegantes pantuflos de cuero; tienen una apariencia de opulencia y de fiereza. Son los nobles descendientes de los moros, de los antiguos señores de Granada y de Palermo; es la posteridad siempre hermosa de aquella raza poética que en el siglo XIV tenia el cetro de la ciencia y del arte.

La tercera especie de figuras pertenece a la clase inferior: es el pueblo de los trabajadores, de miembros atléticos y bronceados por el sol, que llevan el traje oriental hecho harapos. En su número debe contarse a los esclavos negros, que en aquel momento estaban todos de fiesta: era el fin de la época tan penosa del Ramazan. Veíaseles por lo tanto, a manera de las bacantes, manifestar su alegría en danzas salvajes acompañadas de los platillos y del tamborin. Los extraños gritos de los negros danzantes se oían desde léjos en las calles: parecia que el frenesí se habia apoderado de sus espíritus exaltados por un largo ayuno; el cobre resonaba sin tregua ni medida. Las mujeres negras tienen un aspecto particularísimo y repugnante por su fealdad bestial: casi todas son de una estatura gigantesca; usan vestidos azulados y anillos en los brazos y en los piés. Sus caras son anchas, monstruosas, semejantes a las cabezas de los camellos, y comunmente pintadas; sus enormes papadas contribuyen a darles singularmente una fisonomía repulsiva.

Nótase tambien en las calles tortuosas de la ciudad morisca una sorprendente multitud de muchachos que, vestidos de trajes orientales con colores vivísimos, juegan en la basura y el polvo. Entre ellos fácil es distinguir a los niños judíos, a quienes desde su nacimiento les tiñen las uñas y los cabellos con la esencia de *henna:* en general los visten con lujo. Las judías se reconocen en sus peinados puntiagudos echados hacia atrás, sus vestidos de colores y sus cadenas de oro. Tienen una gran reputacion de belleza. A mi ver tratan demasiado de dar a sus nobles facciones semíticas (que me parecen además un poco exageradas) una expresion picante, pintándose con colores chillones las cejas y el rabo del ojo; se dan de esta manera un aire astuto y relajado que es bastante repelente. Mujeres moras muy poco veladas, de cabeza envuelta en pañuelos de vivos colores, de corpiños formados de telas notablemente trasparentes, tratan de disputar la palma a sus hermanas las ligeras hijas de Paris.

El calor que pesaba sobre la ciudad hacia evaporar con el pensamiento toda libertad de moverse. Arrojados por este enemigo despiadado tuvimos que regresar a bordo.

Poco despues Mr. Randon, gobernador general, con su estado

mayor, y el Prefecto civil Mr. de Mercy, llegaron a hacerme su visita.

19 de Julio de 1852.

El gobernador general habita el palacio de familia del antiguo dey. Este edificio no es muy grande. Visto por fuera es una muestra del estilo morisco-veneciano; por dentro es enteramente morisco. Ventanas ojivales, con pequeños balcones, decoran la fachada, y recuerdan la arquitectura elegante y póetica del inimitable *Canal grande*. El patio de columnas ligeras como el aire, que dá entrada a los diversos departamentos del palacio, recuerda sin igualarlo el maravillo alcázar de Sevilla. La fastuosidad francesa ha pintado y dorado las columnas, y en él, como en todas partes, se encuentran la Europa y el África formando los contrastes mas singulares: innumerables luces de gas alumbran este centro del palacio morisco. En las fiestas suntuosas, como las que se daban cuando mi primo de Aumale gobernaba la Argelia en calidad de virey, estas galerías, brillantemente iluminadas, pudieron ofrecer hermoso golpe de vista cuando al compás de una música melodiosa la elegancia parisiense se arremolinaba en ellas confundida con los esplendores de la Argelia.

La sala de recibir reune los dos elementos heterogéneos de un modo ingenioso y sensato. Arañas de bronce y de cristal penden de un rico techo de madera esculpida pintado de diferentes colores: adúnase así el lujo de los salones parisienses al de los palacios orientales. Los muros adornados como los de la Alhambra, con ladrillos barnizados cargados de arabescos, sostienen las inmensas lunas que salen de las fábricas de Lyon: en fin, un ajuar cómodo y lujoso proporciona a los convidados asientos a la europea.

El gobernador en aquel momento estaba en el campo en el *Marabout*, residencia de verano de los ricos de Argel. A él nos dirigimos para devolverle su visita. El Marabout está situado al pié de una cadena de colinas, que desciende hácia el mar, a la izquierda de Argel, en medio de frescos bosquecillos de árboles y arbustos. Se vá a él por un camino excelente, en el que se encuentran ómnibus cargados de hombres de blusa, moros, judíos y

mujeres veladas al lado de lentas caravanas de camellos que vienen del desierto.

La quinta del gobernador está blanqueada con cal, sin ventanas, en forma de torre, como todas las casas verdaderamente moriscas. Está situada en medio de un jardin perfectamente conservado, lleno de las mas raras plantas y de las mas bellas flores. Gózase desde él de la vista encantadora de las verdes pendientes que descienden al mar, y por intervalos regulares se recibe el fresco aliento de la brisa marítima. Para abrazar con la mirada este cuadro, debe uno colocarse en una galería formada por columnas ligeras, cerrada por una verja, y de la cual brota una fuente.

Sobre esta galería se abre un gabinete encantador. Es una pieza maravillosamente decorada, un poco elevada sobre el nivel del piso segun la costumbre oriental, y guarnecida de suaves divanes y magníficos tapices. Una cúpula, engalanada de arabescos, deja pasar la luz por vidrios de colores, y de ella cuelgan los huevos de avestruz elegantemente pintados, preservativo del Oriente contra el *mal ojo*. Este gabinete, resplandeciente de colores, enriquecido de artesonados y obras labradas, es lo que los árabes llaman un Marabout: es la sala de aparatos de sus casas, el trono del dueño, la muestra de sus riquezas. Allí es donde el moro, mecido por la brisa del mar, rodeado del murmullo de los saltos de agua, respirando los perfumes del jazmin y de las rosas, saborea su tacita de café negro, fumando la pipa.

El general nos esperaba bajo un abrigo de follaje delante de la puerta de su casa. Su recibimiento fué de los mas amables. Nos condujo a su poético Marabout, en donde hubo de empeñarse una conversacion cordial, durante la cual nos hizo servir frutas del país con champaña deliciosamente fresca: al mismo tiempo una música militar dispuesta en el jardin halagaba nuestro oído. Este bonito jardin, cubierto de las mas variadas plantas del Mediodía, estaba todavía fresco y verde, a pesar de los ardores del mes de Julio. Un pequeño parque encierra gacelas arrancadas a su patria que está en la pendiente opuesta del Atlas. El poseedor de estos graciosos animales los alimenta con flores: ¿cómo figurarse un alimento mas agradable y poético?

Del Marabout nos dirigimos a la *Kasba,* ciudadela ó capitolio de Argel. Allí es donde residian los Deys, los rapaces potentados de otro tiempo. Hoy es una prision ó un cuartel. Se compone de una aglomeracion de construcciones fortificadas, que se levantan en la cumbre de la colina cubierta por la ciudad. Además de las habitaciones del antiguo soberano en las que solo quedan, por todo vestigio de su esplendor pasado, algunos artesonados pintados, hay allí una mezquita, baños, cisternas y terrados, y agrupado todo esto en una confusion oriental alrededor de la *Kasba*, forma un conjunto muy original y muy poético. Estos lugares los ocupan hoy las tropas, es decir, los *zuavos*, soldados franceses en traje oriental, de turbante azul claro, de chaqueta azul subido, con faja arrollada en la cintura, pantalon encarnado y polainas: este traje tiene una vista bastante graciosa; pero cuadra mal con el cárácter del francés y su lengua de salon.

El calor terrible del clima no permite, sin embargo, un uniforme militar muy ajustado. Tal vez seria a propósito el hacer adoptar a todas las tropas este vestido oriental, mas cómodo y nacido de la condicion misma del país. La infantería francesa se compone en general de hombres pequeños; usa capote azul, el inevitable pantalon colorado con pliegues derechos, y el correaje blanco. Comparte con todo el ejército de África la corbata azul claro y el kepí bordado, guarnecido de ancha visera de cuero un poco levantada. La caballería regular tiene un uniforme análogo, con pantalon guarnecido de cuero y largo sable, que arrastra por las calles. La legion extranjera se distingue por la capota verde oscuro y el correaje negro. Sirve de pasto a la malignidad del clima, y la arrojan a los beduinos como un bocado resistente que mas de una vez les ha causado indigestion mortal. La mejor tropa es la de los *spahis* a caballo. Fuera de los oficiales y de los sargentos, se compone exclusivamente de indígenas. Los spahis usan el vestido blanco de los beduinos, turbante cerrado con una cuerda de pelos de camello, un albornoz blanco y uno rojo, altas botas de cuero colorado con grandes y puntiagudos acicates; sable y fusil largo como sus insumisos hermanos. Sus oficiales tienen el vestido europeo; pantalon colorado, chaqueta azul clara con alamares negros, al modo de los húsares, con sable ó espada larga y el eterno kepí rojo.

La Kasba presentaba por doquier la imágen de una confusion y una suciedad espléndidas. Uno de los lugares mas interesantes es el *Marabout* del infortunado dey. Allí es donde en un acceso de cólera le pegó al Cónsul frances con su abanico. A este capricho de déspota debe la Francia la conquista de Argel, pero tambien la pérdida de tantos millares de vidas humanas y de tantos millones de francos. Es la Argelia para la Francia una especie de úlcera, que le extrae la mala sangre; pero al mismo tiempo hace correr la buena. Hasta hoy es una posesion incierta, pero es tambien un teatro para la bravura francesa, y para las teorías que no han pasado todavía por el tamiz de la experiencia.

De lo alto de la Kasba la vista es mas interesante que hermosa. Descúbrese a sus piés el hacinamiento de las casas, y la mirada se extiende de azotea en azotea: allí es donde al ponerse el sol se desarrolla la existencia misteriosa de los moros, desde la cumbre de la ciudad hasta el puerto y las olas azules del mar. Si pudiesen levantarse aquellos techos de azotea, podria escribirse un libro sobre la vida interior que abrigan.

Entre los edificios de la ciudad visitamos la mezquita situada en el camino tortuoso que conduce del puerto a la Plaza mayor. Nada de particular ofrece; en su simplicidad y desnudez se asemeja a las mezquitas del Asia menor. Antes de entrar tuvimos que dejar nuestro calzado cerca de las fuentes destinadas para las abluciones. Algunos moros recitaban en aquel momento su oracion del medio dia, es decir, que se prosternaban haciendo mil gestos diversos, golpeando la tierra repetidas veces con la frente é incorporándose súbitamente. Volvian a empezar este ejercicio en tres diferentes puntos del templo, é fbanse acercando de esta manera al lugar donde está colgada la imágen de la Meca, en la direccion de esta ciudad, a lo largo de un nicho cerrado con cortinas. Cerca de este nicho hay un cuartito de madera en forma de púlpito pintado de diversos colores, y cubierto con un techo alto y puntiagudo, subiéndose a este púlpito por una escalera descubierta. En él es donde el Iman hace la lectura del Coran. Detrás de la mezquita se extiende una azotea para descansar despues de la oracion: aun habia creyentes acostados sobre el parapeto, con los ojos vueltos hácia el extenso mar dorado por los rayos del sol. Experiméntase

cierta impresion edificante, cuando al salir de la casa de Dios se descubren los esplendores de la creacion: es un comentario de la oracion apénas terminada, y el alma purificada se halla entónces en la disposicion mas feliz para recibir aquellas impresiones llenas de consuelo y esperanza.

Por la tarde nos paseamos en el *Jardin de Marengo*. Llámase así una bonita plantacion conservada con esmero al pié de la cadena de colinas de Argel, a la entrada misma de la ciudad: es el lugar de reunion del mundo de moda, que se pasea en elegantes trajes parisienses entre las palmeras y laureles-rosas al ruido de las armas de porcion de soldados. Asientos de alquiler permiten sentarse a la sombra de árboles exóticos.

Pero ¿por qué hay una columna conmemorativa de Marengo con el águila imperial y toda la letanía de las victorias del grande emperador, en un jardin que sirve á lo sumo de campo de batalla a la coquetería francesa y que fué arrancado al dey por los borbones, lo mismo que toda la Argelia? ¿Por qué, sino porque el grande emperador era tio de su sobrino,—de un sobrino que para salvar a la Francia, no pone en obra el genio de la guerra que habia recibido de su tio, sino que en toda ocasion dá prueba del espíritu poderoso de un hombre del estado—nacido para dominar su siglo?

20 de Julio de 1852.

Esta mañana nos pusimos en pié desde las cuatro para hacer una excursion al interior del país. Partimos en dos ligeros vehículos. Desde el establecimiento de las vías carreteras, este medio de trasporte ha sustituido al animal reflexivo que los árabes llaman el *barco del desierto*, ó al asno paciente y flemático.

Argel estaba todavía sumergido en un profundo sueño. Los camellos abandonados al favor de Dios, reposaban a la entrada de las calles principales, al lado de pequeñas tiendas que los hijos del desierto habian armado cerca de las casas parisienses. Aun no amanecia del todo: fresca brisa del mar se unia a la expresion serena y fortificante del alba matutina, y con espíritu alegre pasamos por delante del *Marabout* para subir la cadena de colinas

cerca de la que Argel se extiende con sus quintas y jardines. Dijimos adios a la ciudad y a sus pintorescos alrededores, y nos lanzamos al través del vasto llano de Blidah.

Esta llanura está cubierta de humildes bosquecillos de mirtos, que sirven de guaridas a los jabalíes, y tambien a algunos leones ó a algunas panteras, pero mas comunmente a las hienas. Sembrada de aldeas que la mano diligente del colono ha rodeado de campos cultivados, llega hasta el pié del pequeño Atlas. La seguridad de este inmenso y ardiente llano, es el primer triunfo obtenido por el gobierno francés. Diez años hace que, gracias a los feroces beduinos, nadie podia aventurarse hasta Blidah sin una buena escolta.

Cuando se atraviesa el país, recuerda uno a cada instante los cuadros del gran pintor Horacio Vernet. En aquel suelo unido, amarillento, incendiado por los rayos del sol; en aquel país cubierto de malezas, sobre el cual se extiende el azulado firmamento, saturado de rayos de luz, se ve pasar al negro beduino envuelto en blancas telas, conduciendo con lentitud sus camellos cargados; se reconoce a la mujer árabe de flexible talle, que con el cántaro de barro sobre el hombro, camina con paso firme y ligero. Espérase, pero en vano, que el terrible rey del desierto, con súbito rugido, se lance del seno de las malezas en poderoso salto, y se muestre a las miradas en su verdadera figura, en su libertad y sus fuerzas primitivas.

Apénas se han dejado atrás las calles de Argel, y ya se ve uno, no sin cierta satisfaccion misteriosa, en el seno de la ardiente y poética África. La civilizacion insulsa y monótona, no hace mas que atravesarla siguiendo el camino real, bajo la figura de un pilluelo de Paris harapiento, que hace el fanfarron y canta la *Marsellesa*. Las estacas de la civilizacion moderna, en este camino militar, son barracas aisladas, construidas de ladrillo y madera, medio arruinadas: hay en ellas muestras gigantescas que invitan al pasante para que éntre a refrescarse con un vaso de aguardiente. Las habitan con sus familias miserables colonos de blusa, en medio del mas horroroso desórden: estos desgraciados tienen un poco de todo lo que es necesario para la vida y nada en cantidad suficiente. Más allá son grupos de casas, en cuya comparacion, una

aldea de Hungría seria por su aspecto una residencia de príncipes. Pero hay en ellos un café y un billar, y nombres de calles y de plazas muy ambiciosos. Proclamas del alcalde pegadas a los muros de las barracas, y redactadas en estilo ciceroniano, invitan cortesmente a los ciudadanos a cuidar de la tranquilidad y a vivir en concordia fraternal con los *decembristas* recientemente *exportados* ó *importados*. Échase una ojeada de lástima y de duda sobre esta colonizacion francesa, y el corazon del espectador dirige su interés a las salvajes y poéticas tribus de los beduinos. Todo en estas aldeas está construido provisionalmente y de prisa; la empresa no tiene raices, y se ve en todas partes que se asiste a un ensayo. Solo hay de bueno los excelentes caminos construidos por los franceses, que pueden llegar a ser, si saben servirse de ellos, verdaderas artérias del país.

Orgullosos se muestran los franceses con estos caminos, y creen que con sus trabajos se han igualado a los romanos en la colonizacion; pero los romanos eran hombres de hierro, y no tenian como los franceses champaña en las venas. Bajo este punto de vista los ingleses se asemejan mas a los romanos: se entregan a la obra de la colonizacion con método, y construyen sobre cimientos sólidos. El francés que se ha mostrado aquí audaz conquistador, quisiera tambien probar sus talentos para conservar y acrecentar lo que ha adquirido. El aleman es buen colono; pero si es capaz de fundar una colonia con el sudor de su frente, no sabe gobernarla como el inglés, que posée en mayor grado que él la conciencia de su individualidad.

Nuestro primer encuentro interesante, fué el de un gran número de cigüeñas que paradas sobre un pié, graves como viejos zorros, gozaban todavía del pacífico sueño de la mañana en medio de la verde llanura. Como verdaderos viajeros, no desdeñamos el dejar nuestros coches para acercarnos lo mas posible a estos flemáticos gotosos. Quién sabe cuántos de nuestros antiguos conocidos hallariamos allí. Cierto dia, en un viaje que hice a Praga, ví en Moravia una bandada de cigüeñas que volaban en línea sobre nuestro wagon: acaso serian las mismas que molestamos en su sueño en el llano de Bladah.

Desgraciadamente no tuvimos en nuestro viaje la satisfaccion de

divisar ni un solo bandolero de cuatro patas. Sin embargo, nuestros pretensiosos franceses cuentan mucho de leones y panteras, y si hubiésemos de creer a estos nuevos Hércules, fácilmente los cogerian en brazos para regalarlos al jardin de plantas ú ofrecer su carne a sus oficiales que no han tenido embarazo en contármelo por sí mismos en Blidah. Estas gentes comen y estiman hasta la carne de las hienas y de otras bestias inmundas. ¡Buen apetito, señores!

A medio camino de Blidah nos detuvimos en una aldea poco mas considerable, pero que gracias a la precipitacion de los trabajos de construccion, se arruina a medida que se levanta. Las casas modernas, construidas sobre el modelo de las grandes ciudades, no causan efecto en medio de este cortejo africano. Cuadran lo mas mal posible los edificios aislados y este clima abrasador cuya violencia empezábamos a sentir.

Nuestros caballos bebieron en la puerta de un elegante *restaurant*, cuya sala de honor decoraban las hazañas de Napoleon I. Esperábanos una escolta para acompañarnos hasta Blidah, mas la dejamos atrás con las mas expresivas gracias.

Llegamos a esta pequeña ciudad a eso de las once de la mañana. Está situada en la cercanía de las montañas, y sus edificios son medio moriscos y medio franceses. Los franceses han dotado á Blidah de un cuartel; los moros de un sepulcro construido bajo magníficos árboles: es el de un santo *Marabout* como llaman a los descendientes del Profeta.

Tiene el mando de la division de Blidah el general C***, hombre de estatura colosal, de exterior muy ordinario, pero de inteligencia sana y juiciosa. Nos recibió en su casa con los oficiales de su estado mayor. Su habitacion es un edificio morisco bastante bajo y encalado. Nos invitó a almorzar, lo que aceptamos con reconocimiento. C*** está instalado en su casa como en un campamento, ó mas bien dicho, no vive en ella. Su verdadero salon es una fresca enramada a la sombra de árboles verdes, regada por las ondas murmurantes de un límpido arroyo.

Compúsose el almuerzo de un número considerable de platos que desgraciadamente no valian gran cosa, y de frutas en abundancia. Asistí allí a lo que hay de mas grosero en materia de escenas mi-

litares: ciertamente no hacia honor al buen vivir de los franceses, que se vanaglorían tanto de sus buenos modales. El tono dominante fué el de la fanfarronería. Los oficiales contaban sus proezas y sus historias increibles. C*** regañaba a sus criados, y estos servian en mangas de camisa de color: los tapones de Champaña volaban sobre nuestras cabezas.

La reunion era abigarrada como en el campo Wallenstein. Entre otras caras singulares, hallamos allí a un oficial que hablaba aleman, el coronel L***, pariente de nuestro general del mismo nombre. Manda los Spahis de la division, y por este motivo vestia chaqueta azul con alamares negros, y pantalon colorado de pliegues: este uniforme casaba a las mil maravillas con su barba teñida y su cara pintada. Es un *hermoso* (beau) de pelo entrecano, un hombre lleno de pretensiones militares, una especie de aventurero elegante, del gremio de los espadachines. No me gustan estos corredores de aventuras, que venden su vida inútil y frívola, y arrastran su existencia de un dia para otro. Debe uno dar su fortuna y su sangre cuando sea necesario; pero vagamundear con las armas en la mano sin objeto noble y elevado, es una vida que me parece odiosa; lo declaro con el sentimiento íntimo de mi corazon. Siempre me siento molesto en una sociedad como aquella en que me encontraba, sociedad que solo tiene desprecio para toda vida simple y honrada; y nunca he sufrido tan fuertemente como hoy esta impresion de tortura.

Un Fénélon, tambien oficial superior en los Spahis, y sobrino nieto del famoso prelado, hablaba igualmente nuestra lengua materna con bastante facilidad. Es moda que no data de léjos, pues empezó en el reinado de Luis Felipe. El oficial nos contó que habia domesticado un leon de Argelia como a un perro, conservándolo largo tiempo cerca de sí, hasta que al fin lo regaló al *Jardin de plantas*. Mucho tiempo despues, en un viaje a Paris, fué a visitar a su pupilo, y vió que el leon lo reconocia; entónces con grande admiracion, con gran terror y pasmo de las elegantes parisienses, el audaz descendiente del grande arzobispo entró en la jaula, y como el domador Van-Acken se puso a jugar con el hijo del desierto que saltaba de contento. No he asistido yo a esta escena; sin embargo, esos señores me aseguraron que no era raro ver en

el país de estos animales feroces completamente domesticados, y que dos ó tres dias ántes habia pasado un Marabout por Blidah con un leon que andaba libre. ¿Qué medio emplean los Marabouts para domesticar y hacer inofensivas a estas fieras? Es lo que se ignora; sólo parece que, durante esta operacion, deben tener los ojos apagados y caminar y andar como hombres ébrios.

Debo citar además, entre los convidados del general C***, al comandante del destacamento de la legion extranjera, que era un Corflota, pálido, de pelo rojo, tipo acabado del *condottiere*, pero del condottiere que hace hablar de sí por su humor decidido y por su bravura. Su padre era uno de los Palicares que se distinguieron en la guerra de la independencia helénica; y de él heredó la sangre hirviente y generosa que forma al verdadero soldado. Como el oficio de la guerra estaba paralizado en su patria, tomó su camino por el mundo, y se enganchó bajo los pliegues del pabellon tricolor contra las razas libres del África. Tiene el ojo de fuego, astuto y móvil del griego; pero en la escuela de los franceses, su lengua se ha acostumbrado a cantar el himno de su propia gloria. No pudiendo el rey Oton recompensar ya la bravura del padre, ha condecorado el pecho del hijo con la órden *del Salvador*.

Despues del almuerzo, que se prolongó mucho tiempo, fumamos todavía el tabaco a la fresca sombra del follaje, cerca del arrollo murmurador. El colosal oficial hizo el elogio de los monasterios de Argelia. Extendióse largamente sobre los servicios que prestan los religiosos, ya en la educacion, ya en la asistencia de los enfermos, ya en el progreso del cultivo, y llegó hasta hablar bien de los jesuitas. No es en los salones donde la religion obtiene sus triunfos, sino doquier se necesite de un espíritu de sacrificio mas elevado: cuando la fuerza de las armas no basta, se ve prácticamente lo que puede esperarse de aquella. Admírase entónces a los hombres que dan sus vidas por la propagacion del cristianismo y de las virtudes que lo acompañan.

El sol estaba en el zenit cuando nos separamos de Blidah para penetrar en el Atlas con una escolta de Spahis. El calor era devorador. El oficial que mandaba la escolta fué atacado de calambres en el estómago: el oficial de alojamientos, frances *beduinizado*, de cara cubierta de hermosa barba rubia, dió violentamente contra el

pomo de su alta silla oriental, y cayó enfermo: yo mismo me sentí incomodado por dolores de estómago. Los rayos del sol de África, ó quizá el almuerzo, ejercian en nosotros una influencia maléfica.

Sin embargo, era *Medeah* la palabra de reconocimiento, y la de órden *Yusuf*. Trátase del famoso *Yusuf*, tan agradablemente dibujado en su vida de amor y de combates por el espiritual Pückler, y es el mismo que manda hoy como general en Medeah. Dejamos, pues, a nuestros cansados franceses al cuidado de un pueblo de colonos y continuamos nuestro camino escoltados por un enjambre de beduinos sometidos al gobierno. Son estos hombres, morenos, de cara de tigre, que parecen vaciados en bronce: figura larga y ovalada, ojos chispeantes, frente estrecha y prominente, nariz fina y noble, y dientes grandes perfectamente blancos. Soportan las fatigas de un modo increible. Revoloteaban al rededor de nuestros coches en corceles árabes de formas desarrolladas y ligeras, y sus albornoces flotantes sobre sus brazos morenos y nervudos, no ménos que sus brillantes armas, formaban un cuadro de los mas pintorescos.

Al pié del Atlas, en el ancho lecho de un riachuelo embellecido por bosques de laurel-rosa en flor, muy cerca de nosotros, habia una bandada inmóvil de magníficos gipaetos africanos; pájaros gigantescos que parecian dormir su siesta, y se elevaron majestuosamente en el aire, cuando estuvimos bastante cerca para ser peligrosos. Los vimos por largo tiempo todavía cernirse sobre nuestras cabezas en el azul oscuro del firmamento. Los monos que habitan una montaña del desfiladero de Schiffa, en donde empezábamos a empeñarnos, se mostraron ménos sociables: ni uno de ellos consintió en dejarse ver.

El camino, hábilmente trazado y perfectamente construido, serpentea a traves del pequeño Atlas, y pasa por las gargantas de la Schiffa. Represéntase uno aquellas gargantas lo mismo que toda el África, como un país árido y desnudo, semejante a un desierto. Se figura uno que es una vasta llanura de arena con algunas palmeras aisladas y sedientas que se elevan en el éter abrasador, y cuya avarienta sombra abriga beduinos armados de largo fusil explorando con la mirada el desierto. No es así: el Atlas está cubierto de verdor fresco y lozano como los Alpes; robles majestuosos y mil especies de arbustos y breñales adornan sus románticas

rocas; numerosas cascadas rodeadas de la vegetacion magnífica del helecho, refrescan con su rocío aquel pintoresco desfiladero. El África es un continente rico y fértil: por doquier los viajeros descubren nuevos tesoros naturales para un porvenir que debe ser mas brillante que el presente; por doquier se encuentran aguas y tierras cultivables; y el gran desierto, el monstruoso Sahara, no está tan cerca como la geografía de peluca nos lo enseña. Bien al contrario, óyese hablar de grandes ciudades como Tombuctú, y solo de algunos desiertos aislados, que no ocupan todo aquel inmenso llano que estorba tanto en el mapa, y que no es mas que una capa cómoda para la ignorancia. El África es una tierra inculta a la que faltan brazos, pero no capacidad para producir. Aquellos desfiladeros con sus aguas claras é hirvientes, con sus bosques de lujosa verdura son tan hermosos, que en medio de ellos se creeria uno trasportado a Estiria, si la ilusion no se disipase instantáneamente con la aparicion de un beduino. Despues de haber rodeado largo tiempo las rocas y de pasar varias veces la corriente de agua, se llega a una region montañosa mas alta y mas descubierta, que recuerda nuestros Alpes. Allí nos dieron caballos del tren de artillería. Numerosos ginetes, entre los cuales se distinguian los chaiques, por sus capas escarlatas, sus bordados de oro y la riqueza de sus armas, se lanzaron por delante de nosotros, y nos formaron una escolta mas numerosa y brillante. En la altura se presentaron algunas tribus de beduinos a pié con banderas, unas amarillas y las otras amarillas y verdes. Descargaron sus largos mosquetes como en un combate de guerrillas, dando un grito gutural que les es particular, y que producen hiriendo rápidamente con la mano en el hueco de la boca.

Yusuf, como verdadero hijo del Oriente, habia puesto en movimiento todo el país que le está sometido, para hacernos un recibimiento de príncipes. Aquellas tropas guerreras, dispuestas en las alturas cubiertas de arboledas é inundadas por el sol; los escuadrones de relucientes ginetes; la magnificencia desplegada por los beduinos nómades, todo esto reunido formaba un cuadro de incomparable belleza. Pero cerca del orgullo está siempre el precipicio. Nuestros vigorosos caballos de artillería, espantados por las salvas de la mosquetería de las tribus de la montaña, casi se

habian desbocado, y habriamos preferido ver a la poblacion un poco menos entusiasta.

Despues de haber tocado á un pequeño campamento de beduinos alcanzamos la cumbre del camino. Allí, en una nube de polvo atravesada por los rayos del sol, se adelantó a nuestro encuentro, seguido de numerosa y brillante escolta, un general montado en caballo árabe de raza pura. Llevaba el sombrero de picos y la placa estrellada: era Yusuf. Por fin me veía en presencia de la única figura verdaderamente caballeresca de toda Argelia. La comitiva hizo alto: me presentaron un soberbio caballo entero, blanco, magníficamente enjaezado y continuamos hácia Medeah.

Dirigiéndome a Yusuf le aseguré que su nombre y su brillante reputacion militar me eran bien conocidos. Me permití nombrar a Pückler. «*No se escribe todo lo que se cuenta,*» respondió con finura el hijo del Sur. «*El príncipe Pückler,* añadió con una sonrisa de satisfaccion maliciosa, *me ha perjudicado con su obra:*» por lo demás, confirmó las relaciones de Pückler. Invito, pues, a los que quieran conocer la vida del general, a que lean el penúltimo viaje de *Semilasso*, y estoy seguro de que me envidiarán la dicha de haber visto en persona al héroe de esas nobles aventuras de gloria y de amor. Solo me permitiré añadir algunos rasgos para completar la relacion.

Cuando Pückler conoció a Yusuf, era éste todavía bey de Bona y comandante de los Spahis que se componian entónces exclusivamente de árabes; pero especialmente todavía era musulman: por lo tanto, usaba el magnífico vestido oriental, amplio y cargado de prendería. Para hacerse popular en la ciudad cuyo mando tenia, se habia casado con la hija de un dueño de café, musulman rico y considerado. Nadie veía entónces en Yusuf, mas que a un leal y valiente mahometano al servicio de la Francia; él servia con gran celo al país que lo habia recibido en las filas de su ejército despues de su fuga de Túnes. El ardoroso amante de la desdichada hija del bey, adquirió pronto gloria y honores. Pero en su calidad de musulman era siempre un extranjero al servicio de Francia. Para abrirse mas amplia carrera, le era necesario ántes que todo hacerse francés. Su mujer murió a la sazon: su fogoso corazon se enamoró de la hija del proveedor general del ejército

de Argelia, parisiense cumplida, llena de gracia y atractivos. Para obtenerla, el hermoso Yusuf, elevado al rango de general, recibió el bautismo con el uniforme actual de los oficiales generales. Su nueva religion le sirvió para obtener a su segunda esposa y la calidad de francés. El seductor héroe de novelas se transformó en un general de brigada de pantalon colorado; cortóse la ondulosa barba, dejóse crecer el pelo, proscribió las costumbres orientales, y el indómito hijo de la fortuna aprendió en la escuela de los buenos modales. «*Es un tigre domado por la señora Yusuf, que solo se manifiesta terrible en los celos,*» me decia el elegante prefecto de Argel Mr. de Mercy.

Pero, ¿cómo se halló Yusuf con esta trasformacion? Para el vulgo semejante cambio es mortal: en cuanto a él, es una naturaleza ricamente dotada: se hizo francés en el idioma, en su manera de agradar, en todo su sér doblegado a modales mas tranquilos, podria decir diplomáticos. Siguió siendo lo que era: un noble y fogoso hijo del Oriente, por su bravura, por su talento vivo y penetrante, por el encanto de su ingenidad de tigre, por la seduccion de su humor hospitalario. Ejerce la hospitalidad de un modo solemne, con magnificencia de príncipe. Estas diversas cualidades, unidas a un exterior animado y simpático, hacen que para un extranjero parezca superior y aun eclipse a sus camaradas nacidos en el seno de la civilizacion. Sin embargo, sabe conciliarse su afecto y su estimacion, porque es bravo como un leon y astuto como una serpiente; dos cualidades que los franceses estiman mucho. No parece advenedizo, porque él mismo habla de su pasado: más bien se conoce que sus servicios son un favor que ha hecho a la Francia. Permanece independiente y libre sobre el pedestal que se ha levantado.

Siento no haberlo visto en el magnífico traje oriental: debia estar hermosísimo, y el turbante daria cuerpo a su estatura algo pequeña. De las costumbres mahometanas solo ha conservado la aversion al vino y grande amor a la pipa, y cuando puede sentarse con las piernas cruzadas, no oculta su complacencia. El solo rasgo que recuerda todavía en él al tigre del desierto, es la mirada inflamada, sombría y profunda. Cuando su ojo lanza relámpagos bajo sus negras pestañas, y se descubre entre los bigo-

tes y su barba, negros como el carbon, la hilera de sus blanquísimos dientes, podria pasar frio glacial por las venas de mas de uno; pero se tiene ánimo pensando en el magnetismo de Madama Yusuf y en las lecciones que ella le dá.

Ganamos a Medéah a galope. Hicimos en ella nuestra entrada—una verdadera entrada—que Yusuf nos habia preparado con todos los honores de que podia disponer. Dos cañones situados en la puerta de la ciudad nos dirigieron su salva: la tropa formaba valla; la poblacion femenina lanzó el grito gutural de que ántes hablé: habríase tomado por los alaridos de una horda de caníbales. El general habia reunido para la ceremonia a la tribu de los Mohabicks, que no cria caballos, y hacen a pié el comercio entre el desierto y la Francia. Ella nos acogió al ruido de pífanos y tambores. Rodeados de los gefes de las otras tribus convocadas, entramos en la casa del general, construida en la plaza.

Inmediatamente comenzó una *fantasía*, es decir, un combate simulado con danzas, bajo las descargas incesantes de los largos mosquetes, algunos cargados con bala; todo esto acompañado de pífanos, tambores y de un grito infernal de guerra, al que se une el coro gutural de las mujeres envueltas en sus velos. En estas fantasías a pié, los combatientes se lanzan unos contra otros con saltos de tigres, y al mismo tiempo hacen fuego a los piés de sus adversarios. Representaos en la extensa plaza, una multitud de beduinos vestidos de blanco, envueltos en los torbellinos del humo de la pólvora que es el atractivo principal de la fantasía para los árabes; figuraos los gritos agudos de la poblacion exaltada, y comprenderéis que todo esto produce una impresion salvaje y da casi calofrío. Los juegos son, dícese, los que caracterizan a los pueblos: ¿puede esperarse otra cosa de los hijos del desierto que un juego guerrero, unido a una excitacion fanática y acompañado del estruendo de las armas y de gritos tumultuosos?

La Sra. Yusuf en el mas elegante tocado parisiense, estaba parada a la entrada de su vasto y bonito salon de recibir. Es una mujercita esbelta, débil y enfermiza, con ojos vivos, picantes y de color sombrío; nótase en ella la amabilidad seductora y la expresion risueña y segura de una persona que posée el arte de dominar, privilegio habitual de las mujeres nerviosas y delicadas.

Verdadero enigma es el de adivinar cómo esta persona que no es nada bella, ha podido encadenar y ablandar al soldado apasionado, acostumbrado a la victoria. Se dejó caer, mas bien que se sentó, sobre un rico divan cubierto de alfombra: sus piés reposaban sobre una piel de leon maravillosamente grande y vistosa; esta parece ser la postura favorita de la graciosa esposa del general africano. Despues de algunas frases de cortesía y de la presentacion obligada de mis compañeros de viaje, nos fué permitido cuidar de nuestro aseo.

Yusuf me habia reservado un cuarto delicioso de una riqueza confortable y de magnificencia llena de simplicidad. Las paredes estaban pintadas de colores apagados a propósito para no molestar la vista, poco más ó ménos como en el convento de Gibraltar. El pavimento, guarnecido de ricas pieles y de alfombras del mas exquisito gusto, recordaba el Oriente; los muebles cómodos a pesar de su forma medio morisca, disimulaban mal su orígen parisiense. Aparadores y mesas cubiertas de mil fruslerías preciosas é interesantes, completaban un interior que encantaba habitar; pero el colmo de bienestar lo debí al envío de una deliciosa botella de champaña enfriada en el hielo. Mi huésped, al enviármela, sabia bien cuál es la clase de refresco que se desea mas en semejante clima y despues de tal excursion: se lo agradecí infinito, y tomé nota para las ocasiones por venir.

La hora de la comida se acercaba. Ábrense las dos hojas de la puerta; ofrezco mi brazo a la amable dueña de la casa, y entramos en el comedor en donde todo se hallaba dispuesto en muy buen órden: la sociedad era numerosa y animada de la mas franca alegría. Nos sirvieron una comida excelente a la francesa; todo esto en el centro del Atlas, en un país medio desierto en el que poco tiempo hacia que nadie se aventuraba sin ir rodeado de innumerables bayonetas, en una casa construida por los moros, la que hace pocos años ocultaba en sus habitaciones inaccesibles los misterios mas secretos del haren. Para realizar con éxito semejantes trasformaciones se necesita un Yusuf, un hombre crecido en estos países y que no conoce dificultades: en punto a comodidades y gusto, es probable que su mujer le haya ayudado. De la casa morisca queda todavía el patio con pórticos, una fuente y algunos

verdes arbustos. Unas cuantas garzas reales de una especie rara se paseaban con aire pensativo y fiero en este patio; una bonita gacela de grandes ojos con bolas de plata en los cuernos jugueteaba graciosamente bajo los portales.

Pero volvamos a la comida: de este servicio excelente solo mencionaré una pieza muy curiosa, un asado de gacela, delicado y sabroso, blanco como la nieve. El aroma de este asado, mas fino que el de venado ó de ciervo, no deja tiempo a los convidados para entregarse a sentimentales lamentos sobre el asesinato de ese animalito encantador que se alimenta con flores.

Un sirviente negro, de buena presencia, de traje bordado de oro, disponia los platos en la mesa. Me gusta mucho ver a mi rededor tales caprichos de la naturaleza: negros, enanos, jeduques, bufones de corte. Verdad es que esto no cuadra con nuestro siglo tan razonador: un negro, segun nuestras refinadas ideas, cuesta mucho y no produce nada; solo sirve para mostrar la riqueza del tren de casa, como el gallo en un corral. Unicamente en la corte de Prusia he visto aún semejantes singularidades cerca de la persona de los soberanos; entre otras, un delicioso enano chino, y un personaje mas agradable, si posible es, el lector del rey.

Despues de la comida se reunió numerosa concurrencia en el salon magníficamente iluminado. Todo el que podia invocar un título, por pequeño que fuese, tuvo a honor el presentarse. Algunos maridos concurrieron allí con sus mujeres.

El adorno mas notable del salon eran, sin contradiccion, todos los Chaiques de las tribus convocadas en Medeah. Estaban sentados en dos largos divanes, con una piel de leon bajo sus piés. Envueltos en sus mantos escarlatas, y con sus graves rostros rodeados por los pliegues ondulosos de sus blancos albornoces, permanecian inmóviles sin decir una palabra, como los senadores romanos, cuando sentados en sus sillas curules, semejantes a estatuas, recibieron a las hordas de los galos. ¿Era calma, orgullo, humildad ó desafío? Es lo que solo saben estos altivos patriarcas de una tierra en otro tiempo tan libre, que viven y se guian todavía hoy segun las antiguas tradiciones de Abraham. En su mayor parte eran hombres hechos, y aun algunos ancianos de barba plateada. Su tipo es esa fisonomía que distingue a la raza guerrera de los

beduinos: reune las nobles facciones semíticas de los árabes á la terrible y salvaje expresion del tigre: la nariz fina y noble establece la armonía entre la prominente boca guarnecida de dientes blancos y largos cercada de barba puntiaguda, negra como el carbon, y la frente enérgica y entrante. Del centro de aquellas sombrías caras, un ojo mas sombrío y astuto todavía despide relámpagos.

Los beduinos tomaron helados: este fué el único movimiento que hicieron, sin proferir por lo demás una palabra. Al mismo tiempo y enfrente de ellos, las señoras parisienses charlaban cerca de la mesa donde se servia el té. Rico en contrastes como ninguno otro es este país: es uno de sus principales atractivos; pero en estos contrastes casi toda la ventaja está del lado de los indígenas.

Dos figuras interesantes se distinguian de las demás. La primera era un Chaique vestido de brillante púrpura. Solo tiene un pié, pues habiendo recibido una herida en un combate, se amputó el otro por sí solo con un cuchillo embotado. El cuchillo es conservado por Yusuf en una pequeña panoplia, como un trofeo del poder de la voluntad humana.

El segundo personaje interesante era un jóven marabout de diez y nueve años, tipo el mas cumplido y hermoso que verse pueda de un árabe inspirado. Es un descendiente del Profeta: nacido por consiguiente de una familia sacerdotal, él mismo es una especie de muphti, lo que no le impide tener dos mujeres. Reconócese su alto rango en la nobleza de su porte de príncipe, en la melancólica gravedad de sus facciones dispuestas en una cara ovalada, en la sencillez y esplendente blancura de su vestido, que envuelve enteramente su rostro imberbe y pálido, como si fuera el de una monja. De esa cara enferma y lánguida, brotaban de vez en cuando, bajo la sombra de sus anchos párpados, chispas que traicionaban el fuego interior, el fuego devorador del alma. Jamás vi jóven de diez y nueve años dotado de tanta dignidad y gracia, de porte tan reposado como el de este marabout; por lo mismo es sumamente venerado entre su pueblo. Actualmente reside en Médéah para aprender el francés, haciendo en él, segun se dice, admirables progresos. Su hermano mayor lo habla corrientemente.

Yusuf, volviéndose hácia el marabout le dijo: *¿No es verdad que quieres mucho a los franceses?* El marabout llevó la mano a su pecho y se inclinó respetuosamente. Yusuf se volvió riendo de nuestro lado, y dijo: «*Estos b.... nos detestan, pero nos temen y con esto nos basta.*» Cuando esto decia, el marabout a quien mi juventud y mi calidad de extranjero inspiraban mas confianza, me dirigió una mirada tan profunda, tan dolorosa y tan ardiente, que me produjo malestar y una especie de angustia. ¡En aquella mirada se encerraba toda la historia de las razas beduinas, en otro tiempo tan libres, tan dignas de envidia y tan nobles!

Comenzaba el fastidio á deslizarse entre nosotros, cuando nuestro amable huésped llegó en nuestro auxilio proponiéndonos que asistiésemos a un baile de mujeres moras. La oferta no dejaba de ser un poco embarazosa. Sabia yo, por la lectura del travieso Semilasso, que esos famosos bailes no son precisamente edificantes; sin embargo, por el amor al arte, me dije, puede uno sacrificarse una vez en su vida aunque no fuese mas que a título de viajero: y además, ello hacia parte del conjunto. La señora Yusuf no pareció tomar la cosa con tanta tranquilidad: lo que le chocaba principalmente era la idea de que iriamos a admirar a aquellas farsantes en un café cerrado. Pálida de cólera, lanzó a su marido una mirada que no era de las mas tiernas, y nos declaró que cederia con gusto su sala a aquellos ejercicios de Frinos, y pasaria con las señoras a un retrete. Esperaba que por este medio tendria por lo ménos en su poder al enemigo; pero Yusuf le replicó con dulzura: «*No es decoroso, hija mia:*» y abandonando a las señoras a sus reflexiones, la sociedad masculina se puso en marcha en medio de las tinieblas de la noche para dirigirse al café.

Entramos en una sala alta dominada por una cúpula morisca. Algunas lámparas que colgaban de la bóveda como en las mezquitas, derramaban incierta y romántica luz: un chorro de agua esparcia la frescura volviendo a caer en un vaso de mármol. Un balcon de madera, dispuesto alrededor de la sala a altura de hombre, contenia algunos espectadores que se hallaban ya en la casa: el espacio se llenó mas y mas de gran número de moros de aire grave é impasible. Cerróse la puerta; porque debo advertir que estos bailes están prohibidos, y no debe sorprenderse a la autoridad

en flagrante delito de infraccion a la ley. Nos colocamos en círculo; tendióse una alfombra en medio, y se dispusieron algunas luces para alumbar a las bailarinas. Estas fueron introducidas por su gefe al círculo, de dos en dos y sucesivamente; las parejas se alternaban en el baile, miéntras que la concurrencia fumaba pacíficamente la pipa.

Eran en su mayor parte jóvenes de catorce á veinte años, de talle desarrollado, de expresion voluptuosa y atrevida, de cejas pintadas, con lunares postizos en la cara, ojos negros, de mirada lasciva y descarada, cuyos párpados no se bajan ya delante de nada. Su traje era fantástico: de la cintura al tobillo estaban envueltas en pesadas telas de seda de subidos colores. Les cubria el busto una simple camisa de gasa sujeta por medio de lazos de oro. En la cabeza llevaban una pieza de seda de diversos colores, colocada de lado con coquetería, y terminada en punta llena de brillantes oropeles. Usaban pantalones, y sus brazos y piernas estaban adornados con placas de oro. Las figuras mas prominentes, eran una muchachona de diez y nueve años, atrevida y provocativa como un granadero; otra de catorce años, y una muchachilla fresca y graciosa por su robustez, que apénas salia de la primera flor de su edad.

La música se componia de la antigua viola morisca, del pífano monótono y del tamboril que tocaban mujeres soberbiamente vestidas: al mismo tiempo, siguiendo la costumbre morisca, un vaso de barro tocado a compás producia un ruido análogo al del tamboril. Este instrumento estaba confiado a la mas bella criatura de la sala, de perfil maravillosamente cortado, de cabeza griega, severa en sus líneas, y de expresion melancólica y pensativa.

Hé aquí en qué consiste este famoso baile. Las jóvenes, despues de haberse colocado sobre la alfombra, ejecutan toda clase de movimientos con la parte alta del cuerpo que creeria uno transformado en cautchú. Se balancean, se doblan, se contornean y se enderezan como si quisieran desprenderse de la parte superior de sus personas, y alargarse sin medida. Tienen en cada mano una pieza de seda que pasean flemáticamente por todo el cuerpo, como si quisiesen quitarle el polvo, y que de cuando en cuando, pasan por delante de sus ojos como para decir: "¡Cuán casta y púdica

soy!" Pero toda la representacion dice, démasiado, lo contrario. Solo mueven los piés de vez en cuando, para adelantarse con paso lánguido, y balanceándose. Al ejecutar esta figura el granadero, se acercó descaradamente al general Yusuf; pero sin tocarlo.

Estas bailarinas tienen la costumbre de pegarse con saliva pedacitos de oro en la frente; uso que encontré practicado con mas elegancia en España, en donde se encuentran todavía muchos recuerdos de los tiempos moriscos. Aun el canto gangoso y lastimero que acompaña aquí de ordinario al baile, se usa todavía en España; pero el baile es allí muy diferente. Allí la verdadera alegría se estremece y murmura con el ruido de las castañetas en ritmo animado y encantador. Ningun pueblo de la tierra baila como el pueblo español.

21 de Julio de 1852.

Montados en magníficos caballos árabes, nos lanzamos desde por la mañana a traves de los campos con Yusuf, por una llanura desnuda y ligeramente ondulada, un desierto en miniatura. Por primera vez penetrábamos en el seno de la vida beduina, vida tan libre y de primitiva simplicidad. Grandes tiendas oscuras, hechas de la crin de los camellos, se levantaban sobre las partes altas del terreno. En medio de aquellos pueblos pasajeros, se veían bandadas de camellos, rebaños de ovejas, caballos y mulas atados. Las tribus llamadas por Yusuf de diez y ocho leguas a la redonda, habian pasado la noche bajo la tienda: pero las tiendas en aquel momento solo estaban habitadas por la poblacion invisible de las mujeres. Los hombres y los jóvenes, en ancho frente de batalla, estaban alineados sobre sus fogosas cabalgaduras, y esperaban la fantasía que tanto los apasionaba. Podia haber allí de doscientos a trescientos ginetes. Sus vestidos diversos y pintorescos, el aire de independencia y de vigor propio de los beduinos, producian uno de los mas interesantes efectos.

La mayor parte solo llevaban la túnica blanca de lino, el albornoz flotante y la cofia en forma de turbante rodeada de cuerda de crin de camello; y, con este vestido, las pistolas, el cuchillo, y largo fusil delgado, fiel compañero de sus peligros sin fin. Sus piernas están desnudas hasta la rodilla, y sus brazos hasta el codo.

Guerreros de mas alto rango, chaiques en su mayor parte, llevaban el albornoz escarlata sobre el blanco ordinario: las bridas de sus caballos y sus anchos estribos eran de plata cincelada y dorada, cuyo brillo centellante, producia con el sol magnífico efecto. Iban sentados en sillas de color verde ricamente adornadas; sus altas botas de cuero rojo llevaban grandes acicates, cuya punta estaba engastada en el coral y las piedras preciosas: armas costosas brillaban y reflejaban en sus ricos cinturones. Algunos de los gefes llevaban encima del turbante ordinario, grandes sombreros de paja de anchas alas, acabados en punta y profusamente adornados con pequeñas motas de seda y un copo de plumas de avestruz.

A nuestra llegada, fuimos recibidos por la música guerrera de pífanos y tambores, que los acompaña siempre, aun a caballo. Estos instrumentos por su salvaje monotonía, recuerdan las charangas que acostumbran las tropas rusas al desfilar: es la música que oí en la campaña de Hungría.

Yusuf nos condujo a una gran tienda, bajo la cual nos sentamos a la usanza oriental, sobre alfombras y cojines. La fantasía comenzó. El ancho frente de batalla se dividió en pelotones, que lanzándose a galope unos sobre otros, se confundieron formando torbellino: rápidos como el relámpago, destacados ó agrupados bajo sus insignias, segun las circunstancias, pasaban a nuestros piés por la vasta y tostada llanura. Sin interrumpir aquella carrera jadeante y vertiginosa, los nobles y salvajes hijos del desierto descargaban sus largos fusiles, ya parándose sobre los estribos, ya echándose de lado hácia la tierra; despues de lo cual blandian sus armas sobre sus cabezas, ó las lanzaban por el aire como se lanza una bala. Durante esta diversion tan original y poética, resonaban en el llano sus gritos alegres y guerreros. Este espectáculo está maravillosamente dispuesto para excitar la imaginacion y llenarla de entusiasmo: la felicidad y los goces de la vida del desierto se nos revelaban súbitamente. Aquel galope, aquel arranque fogoso, la embriaguez de la libertad, aquel amor ardiente al combate, aquella existencia siempre en movimiento, que se acomodan tan bien con la mayor simplicidad de vida, ejercen una seduccion irresistible, imposible de describir.

Silbaban las balas sobre nuestras cabezas, lo que nada tiene de extraño en estas fiestas de beduinos; pero lo que sorprende es que en ese juego desenfrenado solo dos beduinos cayeron. Y aun estos se levantaron como gatos, sanos y salvos para volver a saltar a la silla. La fantasía toda pasó sin desgracia, y es que el caballo hace como parte integrante del beduino; el hombre habita y vive sobre su cabalgadura; desde la infancia se acostumbra a los juegos guerreros, y lo educan en la verdadera guerra.

El hijo de un chaique, niño de nueve años, permanecia con cierto aire de dignidad en el centro del torbellino, montado en un caballo blanco enjaezado de oro. Su solemne gravedad excitó nuestra admiracion. Los mas viejos manifestaban al valiente niño el mas absoluto respeto, y darian sus vidas en los verdaderos combates antes de dejar tocar un pelo de aquella cabeza preciosa que es la del gefe futuro de su tribu. Así es como el jóven beduino se acostumbra a la guerra como a un juego. Semejantes hechos prueban suficientemente que este pueblo no ha perdido aún su noble orgullo y su vigor primitivos. Por lo demás ese pálido niño que me encantó por su vestido guerrero y su porte de príncipe, está ya en posesion de todos sus derechos: tiene dos mujeres, de las que una, de edad de ocho años, fué presentada a la señora Yusuf.

Dos episodios introdujeron en el curso de la fantasía: una caza de avestruz y una corrida de camellos. Dos avestruces pertenecientes al general se soltaron en el llano, é inmediatamente se vieron rodeados por los ágiles beduinos. Fué aquel un espectáculo muy curioso: el aleteo y los movimientos angulosos é irregulares de aquellos enormes pájaros, que en su caprichosa carrera parten impetuosamente como dardos, espantaban a los caballos hasta el punto que sus crines se erizaban de terror.

En cuanto al episodio de los camellos, fué la representacion de una escena de guerra original y particular de la valiente raza de los beduinos. Cuando una tribu marcha al combate contra otra su enemiga, envia por delante sus camellos sin bridas, cargados de grandes canastas cubiertas de alfombra en las cuales van encaramadas sus mujeres; éstas lanzan su grito gutural, que inflama al enemigo y lo atrae como un cebo oculto. Es un ardid de guerra que exige mucho valor: las mujeres que así van a la van-

guardia pueden oir silbar las balas muy de cerca, cuando no les sucede ser cogidas. No puede verse espectáculo mas original que el de esos feos animales lanzándose al trote con el lomo cargado de aquel gabinete vacilante de tapicería. Corren al encuentro del enemigo que hace fuego, miéntras que del fondo de aquellos abrigos misteriosos sale el coro guerrero de las voces femeniles, mas parecido al canto de las eumenides que al de las sirenas. Algunos de esos camellos de combate fueron retenidos y a fuerza de latigazos se les obligó a bajarse para recibir a nuestras señorías en el kiosco de las señoras. Yusuf y yo debiamos subir juntos sobre el mismo camello: al abrirnos las cortinas de tapicería, una mujer velada saltó como un huron de los calientes y suaves cojines. Los beduinos habian olvidado sacarla de allí; la enrollaron como un paquete de ropa, la empujaron y la arrojaron a la canasta de otro camello; todo en un abrir y cerrar de ojos, y ejecutado con tal precipitacion como si se tratase de la esposa del Profeta en persona. Las canastas están llenas de muelles alfombras; medio sentado y medio acostado se instala uno en ellas y se balancea bajo la sombra del dosel que forma bóveda por medio de un arco de madera, no dejando de sacudirse uno fuertemente contra la joroba del camello. Yusuf se balanceaba a la izquierda y yo a la derecha: reíamos con el alma al ver nuestra extraña situacion en aquel asiento de mujer. La señora Yusuf que habia llegado durante la fantasía con varias otras señoras en un elegante tren, nos miraba desde la tienda y se divertia mucho con el espectáculo.

Mas ó poco volvimos a nuestras cabalgaduras, y partiendo al galope alcanzamos un pueblo de tiendas que, acabada la fantasía, estaba de nuevo ocupado por su poblacion. La tienda del chaique adornada con la bandera de la tribu se levantaba en medio del círculo. Las puertas de las otras tiendas estaban abiertas; veíase en ellas sentados a los graves beduinos, semejantes a los patriarcas del antiguo testamento, en postura tranquila, altiva y llena de dignidad. Sencilla cortina, hecha de crines de camello, los separaba de los misterios de su mundo mujeril.

En derredor de aquellas ligeras habitaciones se agitaban los caballos que acabábamos de ver galopar con la velocidad del rayo. Su raza es pequeña, flaca, delicada, pero musculosa: a primera

vista no parece muy hermosa. Pero cuando se ve a estos animales en su carrera desenfrenada, rápidos como el ciervo, ligeros como el pájaro, no pueden ménos de admirar y de gustar. Su armazon es admirable: parece compuesta de aquellos resortes de acero que se pueden doblar y retorcer; pero no romper.

Para mostrar á las señoras que nosotros, europeos, y aun marinos, éramos capaces tambien de dar una carrera que recordase un poco la fantasía, picamos nuestros corceles indígenas, y nos pusimos a galopar por la llanura hasta el pié de las tiendas. Preciso es decir que un oficial francés cayó en este ejercicio.

Iban a servir el almuerzo árabe; mas como las señoras no lo encontraban a la moda de Paris, se fueron. Nosotros nos acostamos sobre blandas alfombras en grupos variados y animados; el alcuzcuz, plato favorito de los beduinos, abrió la danza: es una masa de harina cocida en grasa de carnero, con pedacitos de carne, que se sirve sin acompañamiento. Por demas es decir que en esta clase de comidas, se come con los dedos. El segundo plato, la pieza principal, consiste en un carnero entero al que solo falta la piel, y que asado sobre un simple asador de palo, se sirve con sus cuernos, sus ojos, sus piés y sus entrañas. Necesario es arrancar con los dedos la vianda caliente: es ternísima y tiene buen gusto. Tambien hicieron circular unos pastelitos excelentes y muy picantes, acabándose por el arroz cocido con carne inevitable en todo país mahometano. El agua se sacaba de botas de piel de chivo para servirla en una copa de plata cincelada, en la que se veían todavía nadar, —condimento de que fácilmente se habria prescindido, — los pelos del difunto chivo; mas en un festin árabe podia soportarse, con tanta mas razon cuanto que pudimos consolarnos bebiendo champaña que Yusuf nos hizo pasar secretamente.

Preciso era ¡ay! pensar en el regreso. Volvimos a caballo a Medeah; nos despedimos afectuosamente de la mujer del general, y nos separamos de aquel lugar que se nos habia hecho tan interesante. El seductor Yusuf nos acompañó todavía hasta cierta distancia. Cuando nos hallamos en la altura, se despidió de nosotros, llevando nuestras gracias mas sinceras y mas merecidas por la amabilidad y la cortesía exquisitas con que nos habia tratado. Con él se desvaneció todo el encanto romántico del viaje.

Nos habia invitado para hacer una expedicion al pequeño desierto que solo dista catorce leguas; pero la necesidad del regreso no lo permitió. En mi entusiasmo por la libre vida de los beduinos, se apoderó de mí una especie de tristeza que no tiene nombre, un ardor inquieto que me impelia a ir mas léjos: podria llamarlo *mal del desierto*. Tan cerca como estábamos de los misterios del África, no sé lo que habria hecho por poderles dar aunque fuera un vistazo. Mi imaginacion estaba llena de cuadros de la vida nómada é independiente, de fantasías, de cacerías de avestruz y antílopes; tenia en el espíritu aquellos espacios inmensos, prodigiosos, con la simplicidad de la vegetacion primitiva: ¡mio era el desierto, y en el momento de realizar tan hermoso sueño, hé ahí que se me escapaba todo! Ese mal de que habla Pückler, el mal de la curiosidad no satisfecha, existe en realidad; yo lo he sentido hoy.

Nuestro regreso se verificó por el mismo camino. De nuevo fuimos escoltados por spahis hasta Blidad, en donde nos detuvimos un momento en casa del general C***. Llegando a las alturas vecinas de Argel, encontramos trece ómnibus, repletos de una banda de vagabundos despachados de Francia. Habian desembarcado aquella misma mañana, cantando la *Marsellesa*, y los mandaban a un claustro bajo la disciplina de los jesuitas.

Alcanzamos la ciudad a eso de las nueve de la noche. Para refrescarnos tomamos un baño en un establecimiento francés muy elegante, en el que hallamos excelentes fresas heladas. En fin, volvimos a bordo, con el cuerpo descansado y el alma llena de satisfaccion y entusiasmo.

22 de Julio de 1852.

Almorzamos hoy en casa del gobernador general, en su villa del Marabout; la mesa estaba dispuesta en el jardin, bajo una rica tienda empavesada entre los breñales y las flores. Dos músicas militares alegraban el almuerzo. La concurrencia era numerosa, el festin digno de la reputacion de la cocina parisiense, el champaña excelente: conversaciones animadas y espirituales sazonaban el placer de la mesa.

De allí fuimos a visitar la quinta de Yusuf situada en el decli-

ve de una colina, que linda con el jardin del gobernador general. Descúbrese en ella la huella amable del espíritu brillante y del carácter romántico del propietario. Por fuera, la casa, segun el uso morisco, es de esplendente blancura y sin adornos; mas en compensacion el interior era tanto mas lujoso y de buen gusto. Forma el centro un patio rodeado de columnas pintadas y doradas, y cubierto con ligero techado de vidrio. Arcadas moriscas, verdaderamente aéreas, comunican este patio con las habitaciones dispuestas en derredor, llenas de objetos de arte y de curiosidades. En el cuarto de dormir, se admira la cama de parada que Yusuf se mandó hacer cuando todavía era bey de Constantina. En una pequeña galería notamos preciosos aparadores árabes y dos retratos del dueño de la casa. Uno de ellos lo representa con uniforme de general francés; el otro de musulman, con el rico traje de amplios pliegues, de los orientales, y la barba larga y ondulante. Mil otros objetos atestiguan la fecunda imaginacion del propietario, ó el gusto fino y delicado de la señora de la casa. ¡Cuál no seria mi sorpresa al ver un grabado que representa la *Revista nocturna*, con una traduccion de los hermosos versos de nuestro querido y honrado Zedlitz, cuyo nombre se lee debajo con la calificacion de *poeta aleman!* Objeto seria este cuadro que regocijaria el corazon del poeta, porque siempre lisonjea hallarse a sí mismo en países lejanos, en medio de las mayores maravillas de la naturaleza.

Conocí hoy al amigo de corazon de Yusuf, actualmente general Árnaud. Hé aquí otro nuevo personaje cuya romántica vida nos pinta Semilasso del modo mas seductor. Hablé de Pückler-Muskau con el general, que ha conservado de él el mas noble recuerdo.

A un lado de la casa hay un platanar lleno de sombra y de fresco: es una plantacion agrupada alrededor de una pequeña cascada, y que presenta una imágen de la naturaleza americana: deben cogerse en ella frutos deliciosos. Altos y frondosos árboles extienden su follaje probando con su rápido desarrollo la feracidad del suelo, pues todo ha sido plantado por la mano misma de Yusuf.

Pero el rincon mas lindo, mas poético, está delante de la quinta del lado del mar. Al pié de una elevada palmera, se halla un

estanque rodeado de piedras: una agua siempre fresca retoza sobre las conchas y los corales, dando sombra a este vivero algunos chaparros y magníficos castaños. Sobre las aguas límpidas y trasparentes, un cisne majestuoso, que se tomaria por algun príncipe metamorfoseado y retenido allí por un encantamiento, describe en silencio graciosas curvas. Necesario es haber tenido mucha imaginacion y gusto para inventar tan delicioso cuadro.

Terminada esta visita, subimos al coche con el general Randon y algunos de sus huéspedes, para trasladarnos a Staoueli, convento de trapistas, y uno de los mas interesantes establecimientos de los alrededores de Argel. La Orden austera de la Trapa, divide su tiempo entre la oracion y el cultivo del campo. ¿En qué parte podria encontrar mejor su lugar que en una colonia naciente, donde faltaban los brazos y el gusto al trabajo, no ménos que los buenos ejemplos y los estímulos?

Staoueli está a dos leguas de Argel sobre la costa. Allí abordaron por primera vez los franceses. El dey estaba sentado bajo una palmera formando abanico de tres ramas. Sus ojos se fijaban en los buques de guerra y en los perros cristianos que llegaban. Miéntras mas veía llegar, mas contento estaba, pues, segun su expresion, tantas mas víctimas podria sacrificar al Profeta, y a sus vastos designios. Pero la suerte fué distinta: los francos batieron a los moros; y para consagrar aquella jornada, celebróse el sacrificio de la misa delante de las fuerzas victoriosas a la sombra de esas mismas palmeras que habian abrigado al gefe musulman.

En este lugar tan interesante para la historia moderna de Argelia, es en donde los trapistas han fundado su convento segun los verdaderos principios de los antiguos cristianos. Comenzaron su obra modestamente, con terribles sacrificios; en uno de los mas salvajes lugares de la costa, donde no crecia mas que la palma enana, llena de puas, semejante a una planta maldita. Muchos hermanos sucumbieron por los ardores del clima nuevo para ellos, y fueron enterrados en el cementerio recientemente establecido. Los que sobrevivieron atrajeron reclutas, y con su abad a la cabeza, trabajaron con la pala y el azadon, sin dejarse desanimar por el sudor de la frente. Dios bendijo sus penosos esfuerzos en los que no puede pensarse sin admiracion y terror: creció el conven-

to, y se convirtió en un edificio regular de cuatro fachadas. Fundóse una alquería que contiene numerosos animales domésticos: la cultura, gracias a los prodigios realizados por un trabajo disciplinado y consagrado a Dios, no tardó en extenderse y hacerse floreciente.

El abad, verdadero apóstol de los antiguos tiempos, ha soportado todas las pruebas desde la fundacion, y ha vencido hasta hoy, con un valor lleno de serenidad, las fatigas y los sufrimientos que el clima reserva a semejante empresa. Es un hombre cuyo carácter tiene algo de verdaderamente grande. Preciso es verlo con su venerable barba canosa, con sus hábitos blanco y negro, mostrar a los extranjeros su establecimiento. Lo hace con amor y con una especie de alegría infantil: designa sucesivamente cada planta y cada animal, y refiere su historia con ojos de fuego.

Necesario es conocer la region en que se halla Staoueli, y el calor sufocante de África; necesario es ver los arbolitos frutales de Francia ya cubiertos de magníficos frutos; necesario es haber gustado de la leche y de la mantequilla excelentes que dan las vacas de la alquería, para poder apreciar los trabajos de estos buenos y santos colonos, para formarse una idea del provecho que toda aquella nueva tierra puede sacar de sus ejemplos, para bendecir, en fin, con el reconocimiento que merece, una de las mas sábias instituciones de la Iglesia a que pertenecemos. El gobernador general y todos los funcionarios tienen en mucho este convento; y en toda ocasion, colman de distinciones a sus piadosos habitantes: y es que nuestros libres pensadores dependen aún de la antigua religion siempre que su utilidad práctica se les haga sensible, y que los sacrificios que inspira se realizan de un modo palpable.

Fuera del claustro hay dispuesto un kiosco para recibir a la mujer del gobernador general, y a otras señoras de alto rango que no pueden entrar en el monasterio. Está construido entre el estilo morisco y la capilla. Nos sirvieron en él una colacion compuesta de los excelentes productos del lugar; despues de lo cual nos despedimos de aquellos bondadosos monjes.

Su regla es muy austera: trabajan todo el dia; deben entrar a coro muy avanzada la noche, y no pueden hablar sin permiso de su abad.

La despedida fué cordial, y dejamos con sentimiento aquel lugar tan interesante para la historia del cultivo en Argelia.

Al regreso, vimos otro establecimiento no ménos digno de elogio. Es el convento del *Buen Pastor*, lugar de refugio para las jóvenes extraviadas. Solo entran en él voluntariamente, y allí, sometidas a una disciplina rigurosa, tienen tiempo para arrepentirse y corregirse. Ultimamente se ha visto llegar a él a una jóven señora muy elegante y bonita: nadie supo de dónde venia. Revestida con el hábito gris de la casa, hace en ella penitencia con una humildad del todo cristiana.

Nuestra última tarde en Argel la consagramos a una multitud de compras de mercancías orientales. Entre otras cosas, adquirimos muy hermosas armas y utensilios muy curiosos del uso de los beduinos y kabilos. Es un placer de los mas instructivos, el de pasearse como un simple por aquellos bazares y almacenes.

A eso de las once de la noche nuestra columna de humo daba el último adios a la ciudad morisca afrancesada.

ALBANIA

CAPITULO SEGUNDO

UN RINCON DE LA ALBANIA

25 de Julio de 1853.

En los confines de la civilizacion se halla un país salvaje, que lleva el àrmonioso nombre de Albania. Compónese de cantones boscosos, en los que el hombre y el jabalí, el turco y el cristiano se dan alternativamente furibunda caza, y viven animados de odios y resentimientos implacables. En aquellos lugares la misa se dice todavía como en tiempo de Diocleciano, con sobrecogimiento de terror; los fieles se reunen en los parajes tenebrosos que solo alumbran las luces del altar.

Para dar un apoyo moral a aquellos pobres católicos, cuyo número es considerable, y para observar en el terreno mismo su triste situacion, habia sido enviada la corbeta *la Minerva*, mandada por mí a las aguas de Albania. Esta mision habria sido de las mas útiles, si no nos hubiesen faltado, para operaciones enérgicas, los medios de accion y el tiempo. Ella no estaba exenta de disgustos: despues de los sangrientos episodios que acababan de pasar en Esmirna, no habia un solo rincon de Turquía que no fermentase terriblemente. A título de extranjeros, desinteresados, es verdad, pero de quienes se podia temer humillaciones, éramos vistos con des-

confianza é inquietud. Visitar la Albania en tales circunstancias era una empresa que exigia prudencia, energía, moderacion, y que no nos prometia mas que privaciones y contrariedades. Esta perspectiva nos era tanto mas desagradable, cuanto que habiamos esperado hacer en aquel año un viaje a Constantinopla, al Asia Menor, a la Tierra Prometida y al Egipto, y que la maldita política nos privaba de semejante placer.

El 25 de Julio de 1853, arribamos a Antívari. Un sol claro brillaba en un cielo de un azul subido; un soplo vivificante pasaba por la vasta extension del mar; las olas retozaban alrededor de la corbeta que las hendia dulcemente. Era una de aquellas tardes que solo se ven en Oriente, y que se repiten allí durante meses enteros para dicha de los que navegan en aquellos mares admirables.

Nuestra corbeta se deslizaba iigera sobre la hermosa y vasta rada, cuyo fondo, que se eleva gradualmente, ofrece un buen fondeadero de profundidades diversas para un gran número de buques; pero con viento del Norte violento y constante, los barcos podrian garrear anclas, a causa de la poca resistencia del fondo, y verse arrastrados a los bancos de arena que forman aquella costa baja. Echamos anclas por nueve brazas y media de profundidad, y nos hallamos con dos buquecillos mercantes, solos en aquella extensa rada.

Me parecia que me hallaba en una parte del mundo completamente nueva, en aquellas comarcas salvajes, apénas conocidas de los navegantes; y en verdad que así era. La Albania, aunque geográficamente está cerca de nosotros, está en realidad separada de nuestro país por un abismo ancho como un océano; pues está situada en aquellas regiones desiertas dominadas por la Media Luna, en donde ninguna civilizacion ha penetrado, abandonadas al capricho de los bajáes y de sus bandidos, cuya existencia apénas es conocida en Constantinopla, y de la que en Europa misma apénas se tiene vaga idea. ¿Quién conoce a la Albania? ¿Dónde están los viajeros que la hayan recorrido? El mundo solo ha oído hablar de esos hermosos albaneses de alta talla, que en las ciudades marítimas del Mediodía de Europa, se arrastran de café en café, con su *fustanela* de anchos pliegues, y su gorra (fez) atrevida-

mente puesta. Su traje pintoresco dá cierto tono al dandy mas vulgar en los bailes de fantasía; y es cuanto se sabe de ellos.

Desde el lugar en que anclábamos, gozamos del mas espléndido panorama.

Delante de nosotros, se extendia una llanura risueña, rica de olivares, y cercada por las rocas escarpadas de Escutari. Un promontorio de esta cadena de rocas sostiene la ciudadela de Antívari, sobre la cual se ve centellar un minarete. A la derecha una lengua de tierra formada de rocas desnudas, sirve de abrigo a la vasta rada contra los huracanes de Sud-Oeste. A la izquierda se levantan las montañas gigantescas de Montenegro, calvas y coloradas con los tintes meridionales. En medio de aquellas rocas desnudas, se distinguen aquí y allí pequeñas manchas verdosas: son bosques de abetos. Sobre la costa de la rada, que presenta una playa de arena, se descubre solamente la casa de la aduana. Silencio de muerte reina a lo léjos, y cuando llega la noche, este silencio se vuelve casi siniestro.

Las maniobras para anclar fueron bien ejecutadas. Los oficiales me pidieron entónces permiso para ir a tierra a reposar de los calores de medio dia, tomando un baño de mar: concedí el permiso recomendando al mismo tiempo la prudencia. Apénas habian descendido, cuando se mostraron algunos albaneses armados, observándolos con desconfianza y siguiéndolos paso a paso. A la caida de la tarde me acerqué á la aduana, tambien con la intencion de tomar mi baño de mar acostumbrado. En aquel momento partió un tiro de las ventanas del edificio, y una banda de hombres robustos de aspecto salvaje, vestidos con el traje albanés y bien armados, se acercó a la ribera. Tal vez solo querian intimidarnos; mas yo no me digné volverme para verlos, y me desvestí tranquilamente para bañarme, *in conspectu barbarorum,* en la tibia atmósfera de la tarde. *Take it coolly* es mi divisa, y en verdad que es buena. Nuestros salvajes nos miraron con caras desconcertadas, y despues de habernos refrescado y solazado a gusto, regresamos tranquilamente a nuestra querida Minerva, poco satisfechos de la primera acogida que recibiamos en aquel país bárbaro. Al siguiente dia se presentó a mi bordo nuestro agente consular, y protestó que desde Antívari que está situada a una legua de la

costa, se nos habia tomado al principio por un barco turco. Esto no era lisonjero para mi linda corbeta, pero la opinion de las *ratas de tierra* no forma ley.

El buen hombre regresó a la ciudad para anunciarnos a las llamadas autoridades, y volvió a poco a bordo con el vicario del obispado de Antívari y el agá.

Monseñor Poten, el vicario, es un hombre alto y hermoso, de exterior completamente apostólico, que infunde respeto. Es un verdadero príncipe de la Iglesia: su santa vocacion se lee en su fisonomía dulce y tranquila; y además, nos causó agradable sorpresa el saber que es aleman. Son sus ojos azules y benévolos un espejo que refleja la pureza de una alma toda germánica. Es uno de aquellos hombres a los que aplicamos en nuestra lengua esta bella expresion: «No hay en él malicia;» y acaso sea este el único defecto que tengan que reprobarle en aquella salvaje y agitada Albania. Reconócese en él una de esas naturalezas de cordero, que se dejan degollar por su amo y señor, sin precaverse; que se representan siempre a Jesucristo bajo la figura del buen pastor, y nunca bajo la del vengador que arroja a los ladrones del templo; uno de esos espíritus en fin, que no han comprendido nunca aquella palabra de la Escritura: «Sed prudentes como las serpientes.» Por lo mismo, no está en estado de refrenar a la raza pérfida y astuta de los mahometanos; miéntras que un hombre que uniese la prudencia y la energía a la dulzura y a la caridad cristianas, acabaria por triunfar aun de estos bárbaros.

Originario de la hermosa y santa ciudad de Colonia, este piadoso hombre se trasladó a Roma hace muchos años, y entró en la Propaganda en donde se le formó para las misiones. Enviáronlo despues como sacerdote a Albania. Allí ha recorrido toda su penosa carrera hasta el puesto honroso que ocupa hoy, siendo verosímil que reciba pronto el báculo episcopal. Pero hace veinte años que vive en aquel lugar perdido de Antívari; hace mas de veinte años que no ha visto su país, y apénas si ha conservado en él algunas relaciones. El pensamiento de las misiones le ha hecho perder de vista el de su patria, y la única patria a que aspira es la del otro mundo prometida al cristiano.

Traté con buena intencion de hablarle de Colonia; pero este

nombre no tenia ya casi sentido para él, y aun la lengua materna le embarazaba. Triste verdad es que nosotros los alemanes, perdemos muy pronto nuestros caracteres distintivos y nuestra fisonomía nacional. Solo el odio y el amor ardiente dejan profunda huella, y nosotros no tenemos ninguna ocasion de entregarnos a uno ú otro de estos sentimientos, y por esto olvidamos tan pronto. La idea de la Alemania ha llegado a ser una idea vaga, y esta es la causa de un mal tan grave y tan profundo.

El vicario se quejaba amargamente de la desgraciada situacion de los católicos. Abandonados, sin apoyo, sin dinero y sin consuelo, son un juguete a propósito para la intriga. Ante la justicia turca el cristiano no tiene derechos. ¿De dónde, pues, le vendrian? No se puede negar que el sultan en estos últimos años ha garantizado muchos derechos; pero, ¿de qué sirven estas concesiones? En los muros mismos de Stambul, no se hace la voluntad del Sultan: con mayor razon en esas provincias lejanas en donde el bajá reina sin responsabilidad alguna, en donde toda su obligacion consiste en pagar al gobierno una suma determinada, y puede administrar como quiera y le convenga. Si este pequeño tirano es bastante bandido, ó si tiene enemigos poderosos, es depuesto en un decir Jesus; mas de ordinario es reemplazado por otro peor que devora toda la sustancia del desgraciado pedazo de tierra sometido a su dominio: las poblaciones sojuzgadas prefieren no quejarse. Los comerciantes cristianos, sobre todo, se ven reducidos a la desesperacion por las exigencias de dinero que se renuevan sin cesar. El bajá halla fácilmente motivos para estrujarlos, y por desgracia tiene todos los medios de forzarlos. No queda, pues, a los cristianos mas arbitrio que pagar, y pagar siempre.

Está prohibido en Albania construir iglesias. Solo en miserables chozas puede celebrarse la misa bajo perpétuas amenazas, y gracias a una tolerancia muy sospechosa. Por lo demás, no habria dinero para edificar. Roma misma está tan débil, que no podria dar socorros suficientes: madre comun del univerro católico, no puede consagrar sus cuidados particulares a aquel país perdido. El Austria es la única potencia que realmente lo ayuda: ella retribuye a los obispos y a muchos curas; pero su erario comprometido tampoco le permite hacer grandes gastos.

El mal genio de Antívari es el bajá de Escutari, hombre muy poderoso y que odia á los cristianos. Habia establecido aquí á una de sus criaturas para ejercer el mando. Este personaje daba mucho que hacer, tanto al vicario apostólico como al agente consular austriaco. Cuando estuvo bien rico, lo destituyeron, reemplazándolo por el agá actual, con quien rigurosamente puede estarse contento, porque vive tranquilo y no suscita querellas.

Apénas se separó de mí el digno prelado, cuando el musulman de que acabo de hablar entró en mi camarote. Es un verdadero palurdo, cuya fisonomía lleva el sello de un buen natural trivial. Viste el traje pintoresco de los albaneses, la chaqueta colorada forrada de pieles en los contornos, la túnica bordada de oro, la cintura guarnecida de armas, el chal de colores, la fustanela, las polainas ricamente bordadas y el gorro rojo. A pesar de la belleza de este vestido, el que lo usa solo tiene el aspecto de un criado de príncipe oriental. La entrevista tuvo lugar con ayuda de un intérprete, lo que da una especie de vértigo, como si se pasase por un puente sin pretil. La conversacion fué, pues, muy incómoda; pero el bribon parecia lisonjeado de los cumplimientos que yo le hacia sobre su buena voluntad respecto de los cristianos. Le obsequiamos con toda clase de dulces y frutas, y no dejó de alegrarse con el champaña. En el momento en que empezaba a hallarse a su gusto, y en que se empeñaba ya una conversacion diplomática, dió un brinco súbito al ruido de las descargas de artillería que resonaban sobre su cabeza. Era que saludaban la partida del vicario apostólico. Posible es que desde luego haya atravesado su mente la idea de una traicion meditada en aquel buque extranjero; sin embargo, supo reponerse pronto, y al partir se mostró alegre y lisonjeado de recibir el mismo honor. Nuestro agente consular hizo entender a este buen hombre, que debia saludarme con una salva de veintiun cañonazos a mi entrada en su pequeña ciudad y salir a recibirme a la puerta de su casa. En esos países poco civilizados, en los que todas las cuestiones de etiqueta son tan importantes, necesario es imitar el ejemplo de la sábia Inglaterra, y dictar uno mismo los honores que debe recibir. Solo así se llega a imponer respeto.

Al medio dia nos dispusimos para hacer nuestra visita. Un

grupo de malos caballos nos esperaba en la playa; pero solo una parte de ellos estaban ensillados: sobre los otros habian colocado no sé qué máquinas de madera, como las que sirven para trasportar los productos del campo. Inútil habria sido permanecer allí para admirarse: nuestros jóvenes, mal que pesase a sus charreteras brillantes y a sus hermosos uniformes, debieron encaramarse sobre aquellos pobres rocinantes; y la comitiva partió alegremente atravesando el campo. Ibamos rodeados de hombres armados a pié y a caballo, a la usanza del Oriente, y de esta manera pasamos la verde llanura.

Plantaciones de olivos y espesos zarzales rodean los campos y las viñas a orillas de los caminos. Estos atraviesan de cuando en cuando el lecho de un rio que desciende de las altas rocas de Escutari hácia el mar. Algunas veces unos de esos puentes escarpados particulares de la Turquía pasa sobre la barranca.

Las vistas mas pintorescas las descubre el viajero siguiendo especialmente la orilla de las aguas. Tupidos breñales descienden, como copos de suaves ondulaciones, hasta la corriente de las aguas tranquilas, límpidas y verdosas; elevados plátanos é higueras seculares extienden sobre ellas sus anchas ramas; el azul profundo del cielo se percibe de vez en cuando a través del follaje, reflejándose en el espejo del agua.

Detrás de los árboles se descubren altas colinas, cuyos piés están cubiertos de rica cultura y salpicados de casas. Aquel extenso y poético valle me recordaba la imperecedera memoria de los alrededores de Burnaba, que habia atravesado tambien de aparato militar. Mujeres medio veladas, que trabajaban en los campos, huían al acercarse nuestra ruidosa comitiva.

Algunas habitaciones aisladas, medio ocultas por grandes árboles, nos anunciaron la ciudad. Es un monton de casas apretadas en escarpada roca, sobre las que dominan las puntas esbeltas y ligeras de los minaretes. Al pié de la roca se extienden los bazares y las habitaciones de los gitanos; mas arriba el cementerio musulman con sus tumbas amontonadas, en desórden y sus piedras que rematan en turbante. Sobre algunas de ellas se veían brillar los dorados iluminados por el sol poniente.

Un pueblo andrajoso, pero pintoresco en su miseria, nos acogió

en el bazar. En aquella multitud abigarrada se distinguian algunas gitanas maravillosamente bonitas, de tez bronceada y velos blancos; eran una imágen fiel de las bayaderas de la India. Sus negros ojos brillaban como el fuego, y su abundante cabellera tenia los reflejos del ala del cuervo. Como no son musulmanas, y solo Dios sabe a qué religion pertenecen, les es permitido mostrarse a los hombres con la cara descubierta.

El bazar se compone, como en todos los países sometidos a la Media Luna, de barracas de madera pegadas unas a otras, abiertas por delante y con techos salientes. Están separadas de la calle por un cofre, sobre el cual el mercader que fabrica por sí mismo un gran número de sus productos, está sentado con aire flemático y las piernas cruzadas. No debe pensarse en Esmirna al hablar aquí de bazar. El lugar de que hablo no es mas que una miserable calle que apénas se llena de mercancías una vez en la semana: solo se ven trabajar en él algunos viejos turcos de barba blanca y de espejuelos, con algunos dependientes de cara embrutecida, amarillenta, estúpida y embobada. El bazar de Esmirna, por el contrario, es toda una ciudad en donde la poblacion se renueva sin cesar, y en donde los mas ricos trajes se confunden en medio de las hileras de camellos de aspecto indolente y pensativo. Y sin embargo, grande ó chico, siempre es el mismo carácter: trabajo é industria al aire libre, suciedad pintoresca, olor de guisado de ajo y aceite, olor que es propio del Oriente, y que se halla en él por todas partes, en las ciudades como en las aldeas, en los palacios como en las cabañas.

En la puerta del recinto fortificado, que se viene abajo, encontré al agá que salia a recibirme con su séquito. Bajé del caballo para hacer a pié mi entrada solemne en la plaza. Entónces empezaron las salvas prescritas, que no dejaron de inspirarnos serios temores, porque aquellas altivas murallas, que hacia muchos años que no habian asistido a semejante fiesta, tenian apariencia de querer desmoronarse sobre nuestras cabezas. El trueno de la plaza partia de unas piececitas venecianas hechas de viejo bronce verdoso, que yacian lastimosamente sobre la plataforma de una torre deteriorada: encendíalas un pobre diablo que sudaba sangre y agua. Era el único militar regular de la plaza de Antívari; y

como distintivo irrecusable de su calidad de regular, llevaba frac azul de vueltas coloradas, abotonado hasta el pescuezo, desprovisto de corbata, calzon corto blanco en tristísimo estado, zapatos sin medias y el gorro turco echado sobre la nuca.

El interior de la ciudad no es mas que una maraña de callejuelas sucias, montuosas, estrechas, muy miserables, en las que se anda a tropezones sobre un mal empedrado de guijarros. Las casas presentan en parte el tipo de la arquitectura turca, con sus balcones salientes de madera cuidadosamente enrejados, y en parte el de la arquitectura veneciana, que data de la época anterior a la dominacion turca.

Por fin, llegamos a la casa del agá. Una escalera de madera nos condujo a una especie de salon adornado a la turca, con divanes bajos, muy cómodos. La pipa y el café de rigor completaron las ceremonias de la recepcion. Entre la servidumbre reconocí dos colosos negros, que habian acompañado al agá a mi bordo, armados hasta los dientes: ellos presentaban las pipas a la reunion, absorbiendo la primer bocanada de humo, lo que no da muchas ganas de continuar; pero en Oriente no hay tantos escrúpulos.

De allí nos dirigimos por caminos admirablemente sombreados a la residencia del gran vicario, quien rodeado de su clero, nos recibió a la entrada de su territorio. El suelo estaba tapizado de ramas y flores, que tambien adornaban la puerta; un pueblo de cristianos se apiñaba para vernos; las costumbres orientales se mezclaban con las de la iglesia: caras confiadas y alegres nos daban la bienvenida. Todo esto formaba una comitiva simple, pero pintoresca; un cuadro original de mision cristiana, como las que se ven especialmente en la Tierra Santa. Teniamos allí un agradable ejemplo de las escenas religiosas que llaman la atencion de los viajeros en Jerusalem, una de aquellas recepciones pacíficas, de que existen tan hermosas descripciones. [1] Nos hallábamos trasportados al mundo cristiano de los tiempos apostólicos, a aquellas épocas en que la persecucion mantiene la fe y el culto en toda su pureza y los conserva siempre vivos, en que se és todavía cristiano y nada

1 Mas hermosas y mas edificantes las hallamos dos años despues, cuando nos fué dado recibir por nosotros mismos en la Ciudad Santa esas impresiones indelebles y fortificantes. (Nota de Maximiliano.)

más, y en que esta idea encierra todo: entónces el materialismo, el espíritu de especulacion, todavía no han echado raíces, y a despecho de las tempestades de este mundo, se estima aun como el mas precioso de todos los bienes la paz interior, esa paz verdadera que solo la religion puede dar.

El venerable vicario es el centro de esta vida cristiana, el verdadero pastor de este rebaño. Cuando se adelantó a nuestro encuentro en su traje de seda violeta, con su cruz de oro y su ancho sombrero, bajo el inmenso azul de los cielos, en medio de las gracias de la naturaleza que sonreía con todo el brillo de su frescura, fué un golpe de vista verdaderamente sorprendente, y acaso mas expresivo que tantas recepciones pomposas que se admiran en los países civilizados. Era el pueblo católico que venia a recibir a sus hermanos: la alegría que brillaba en todos los ojos, proclamaba el sentimiento que animaba los corazones.

La residencia del prelado corresponde a la historia de la Iglesia de Albania: es una casita sin apariencia, cercada de alta y sólida muralla destinada para defenderse de los accesos súbitos de humor sanguinario a que están sujetos los musulmanes. Los cuartos están blanqueados, aseados, pero son pobres: no encierran mas que lo que es estrictamente necesario a una vida de asceta. Los únicos adornos que en ellos se ven, son algunas imágenes de santidad, y los retratos del Santo Padre y de nuestro jóven soberano.

Despues de algunos momentos de afectuosa conversacion, nos dispusimos para ir a visitar la casa de Dios; ó mejor dicho, no la casa, ni mucho ménos una iglesia, puesto que no es mas que una pobre choza oculta bajo la sombra de espesos árboles, pequeña, sin apariencia, y que solo tiene àspecto de una miserable tienda portátil, ó de un establo. El claro de la puerta es tan bajo, que es necesario encorvarse para entrar. Hállase uno entónces en una pieza sombría, estrecha, de paredes blanqueadas. En la extremidad se percibe un altar que la comunidad ha adornado segun sus pequeños medios, para la recepcion de este dia. Hay en medio del altar una imágen de la Vírgen, y a sus lados, luces que son de primera necesidad en esas humildes casas de Dios.

Experiméntase una sensacion particular a la vista de aquella

pobreza engendrada por la opresion. Acostumbrado a ver que la Iglesia se levante en un espacio libre y abierto sobre un punto dominante, como el principio y centro de todas las cosas, se siente uno ofendido de no ser mas que tolerado; ofendido, digo, pero al mismo tiempo robustecido en la fé: porque hermoso es ver a la religion sin ningun medio que deslumbre, sin ningun aparato de riqueza y de poder terrestre, sostenerse por su propia fuerza, y no perder nada de su imperio. Compréndese entónces todo lo que las amarguras de la opresion fortalecen a las almas; y cuánta locura hay en oprimir a los disidentes queriendo verlos débiles, y no queriendo ó no pudiendo exterminarlos.

Antes de salir de aquella pobre cabaña, hombres del Norte, y hombres del Sur, todos oraron en silencio, y todos los corazones se unieron en Dios.

28 de Julio de 1853.

El cabo Rondoni describe una vasta curva que forma una gran rada natural. Llegamos a él a eso de la una, y anclamos cerca de la playa en un fondo favorable.

Algo extraño se experimenta cuando se fondea cerca de una costa inhabitada. Allí no hay nada del movimiento que acompaña de ordinario una llegada: la chalupa de las autoridades de sanidad que viene a vuestro encuentro; la torre de señales que os dirige enigmas que adivinar; el bosque de barcos que atravesar; la nube de curiosos y de mercaderes que sitia el buque a su llegada; las miradas de los marineros que desde una escostilla vecina, observan la ceremonia del amarradero; el cónsul que se balancea sobre las olas pesadas y sucias del puerto en un bote que lleva inmenso pabellon y viene a saludar a sus nacionales con el sentimiento de importancia que corresponde a un representante diplomático de su nacion. Aquí no hay nada de eso: solo reina el silencio de la muerte, solo oye uno sus propias órdenes; ni un sér viviente se percibe fuera de sí mismo y de los suyos: solo llama la atencion la vista de las olas que nadie agita; se espanta uno al oir el hervidero y el choque producido por el ancla que se ha echado; y cuando las velas están plegadas, cuando vergas y aparejos están arreglados como en un puerto, se admira uno del silencio y

de la calma profunda que le rodean. Tiénese demasiado lugar, un campo demasiado libre sobre la extension de las aguas, y siente uno el corazon oprimido.

Más allá de la ribera no descubriamos sino bosques, y, a intervalos, praderas desnudas. Solo a fuerza de mirar se descubria por aquí y por allí algun rebaño de ovejas en la vecindad de la playa, lo que hacia suponer la existencia de habitaciones. Despues de haber explorado largo tiempo el país con ayuda del anteojo, pudimos divisar al fin algunos techos en la verdura, y un grande edificio blanquizco hácia la punta del cabo. Corriendo el medio día, aparecieron algunas figuras salvajes que se colocaron sobre la escarpada orilla para espiar con aire de admiracion aquel gran buque que llegaba a visitarlos; esta fué la única señal de interés que nos dió esa poblacion desconocida. Nos correspondia, pues, romper el hielo y emprender una expedicion para ponernos en cuanto fuese posible en relacion con los naturales; estábamos como el capitan Cook en medio de los isleños del mar del Sur.

Esta mision diplomática fué confiada a nuestro viejo piloto, único hombre de la tripulacion que hablase un poco albanés y que pudiese entenderse con aquella raza de salvajes. Por lo demas, era el hombre para estas empresas: figura muy singular, acaso la mas interesante de las que habia a bordo.

Originario de las islas griegas, se habia hallado desde su primera juventud empeñado en las luchas de la independencia y de la piratería, a que se entregaban entonces sus compatriotas. Miéntras que su mano derecha derramaba con salvaje deleite la sangre de los turcos, su izquierda embolsaba más de una gordita suma. Nada le agradaba más, que el que se le tocase el capítulo de aquellos tiempos, y entónces contaba sus hazañas verdaderamente espantosas. Si se le preguntaba, como en chanza, cuántos turcos habia matado, y si habia despachado en efecto doscientos al otro mundo; se sonreía con aire burlon, y hallaba el número demasiado pequeño, pequeñísimo, añadiendo con desden en su mala jerigonza italiana: "*Ho amazza un ebreo che non cunta.*" Para él, todo asesinato cometido en un turco, era un escalon del paraíso. Su anciano padre, especie de almirante tunecino, habia sido asesinado en la costa de África por unos bandidos musulmanes, y el hijo se

consideraba como el vengador enviado por Dios para castigar ese crímen.

Ha cumplido concienzudamente esta mision. Felicitábase particularmente de un episodio de su juventud, que se complacia en contar para divertir al auditorio. En las luchas de independencia desplegaba su actividad principalmente en la mar: tan pronto era necesario ir al abordaje, como conducir aquellos brulotes que dieron los golpes decisivos en esa sangrienta guerra. Un dia apresaron una fragata turca en la que se habian refugiado centenares de musulmanes con sus familias. Segun la costumbre de los griegos, todos fueron arrojados al agua, y los que no se ahogaron, al instante fueron despachados a puñaladas al otro mundo por las gentes colocadas en los botes; y Wassili, nuestro hombre (cuyo verdadero nombre era Basilio Mertica), era uno de los que tripulaban los botes en que se hacia la matanza.

Habia otra aventura que tambien le parecia muy chistosa, cuando pensaba en ella. Tratábase de tres cautivos, dos blancos y un negro, que habian sido asados. Habíaseles atado juntos encendiendo el fuego a su rededor: los griegos los miraron impasiblemente, hasta que el ardor de las llamas los hizo perecer a los tres. Wassili hablaba con notable desprecio de uno de esos desgraciados que habia exhalado el alma de miedo ántes de que empézase el experimento.

Estas diversas aventuras habian bronceado su carácter, y estaba a prueba de todo. Pero a esta dureza de fierro, unia la profunda astucia de los griegos, y cierto aire de ingenuidad, que frecuentemente se concilia con el fanatismo feroz que considera el asesinato como una virtud. Era un filósofo en su género: habia quebrado con su conciencia, nada podia espantarlo; conocia las vicisitudes del destino, y sabia evadirse de aprietos. Era un hombre tan completo en su espíritu práctico y sus recursos, que todos hallábamos gusto en tenerlo, y oíamos con grande interés sus proyectos originales y siempre ingeniosos. Habia nacido diplomático: sus ideas políticas y sus conjeturas sobre la cuestion de Oriente, eran extremadamente divertidas. Necesario era verlo en su vestido azul, con el gorro marino sumido en su ancha frente, del tipo griego mas puro, con ojos chispeantes hundidos bajo espesas cejas,

con las manos cruzadas sobre un vientre pequeño y redondo, que contrastaba, lo mismo que toda su raquítica persona, con sus terribles hazañas: parado al pié del palo mayor, esperaba sin inmutarse nuestras preguntas. Si se le interrogaba sobre la situacion de su patria, respondia sin detenerse: "*Macedonia alza, Epiro alza, Thessalia alza, paese di Re Otton no alza!*" Y los acontecimientos que se verificaron poco tiempo despues, mostraron que no se equivocaba.

Añadid a esto que conocia como ninguno las ensenadas y los pasos del archipiélago, lo que hacia que sus servicios como piloto fuesen inapreciables en aquellos lugares.

Todo lo que he dicho de este interesante y divertido personaje, manifiesta que podia ser de grande utilidad en la expedicion delicada de que se trataba.

29 de Julio de 1853.

Desde por la mañana fué enviado Wassili a tierra en compañía del proveedor, con el fin de procurarse carne fresca para la tripulacion. A poco le seguimos nosotros; estaba en la pendiente de la cadena de colinas, en medio de pastos cubiertos de un césped corto y amarillento, sombreado de trecho en trecho por frondosos árboles. En presencia de un rebaño de ganado vacuno, negociaba con unos pastores de aspecto salvaje y repulsivo. Regateaba un torete de pelo rucio que parecia destinado a la matanza. Apresuramos la conclusion del trato y asistimos al degüello de la pobre bestia. Al principio se habia pensado abatirlo de un tiro; pero al fin se decidió el cogerlo con una especie de lazo, despues de lo cual se le amarraron los piés y se le hundió en la garganta el yatagan, instrumento habitual del suplicio: la sangre saltó y volvió a caer en la yerba esterilizada. En los momentos en que la víctima luchaba con las últimas convulsiones, el suelo, como indignado, se sacudió de una manera bastante fuerte. Era uno de esos temblores de tierra tan comunes en la Albania turca y austriaca hasta Stagno, que han destruido por completo este último lugar y en parte a Ragusa. Este de que hablamos, fué muy notable, haciéndose sentir en diferentes lugares y especialmente en la ciudad marítima de Durazzo.

En el lugar mismo conocimos al gefe de aquella poblacion. Se llama Miguel de Nicolo: su exterior repelente y extraño participa del camello y de la tortuga. Su pescuezo largo y seco, su nariz, su boca, su andar arrastrado y sin ruido, hacen pensar en el primero de estos animales; su piel singularmente curtida cubierta de pústulas y de verrugas, y su cabecita que sale y entra bruscamente, pertenecen al segundo. En cuanto a la parte moral, el tiempo nos enseñó que era una combinacion perfecta del zorro, de la serpiente y del perro. Del zorro tiene el instinto de astucia; de la serpiente la facilidad de retorcerse; del perro el ladrido y la bajeza. A pesar de esto, ó mas bien a causa de estas cualidades reunidas, es una de las figuras mas originales, cuya impresion me haya quedado en mis recuerdos de viaje: con mucha frecuencia hemos hablado en nuestras alegres conversaciones, y sin duda hablaremos todavía mas de una vez de Miguel de Nicolo.

Hay figuras que se levantan en mi memoria como límites miliarios; pero son en general las de individuos que son completamente lo que son, ó enteramente excelentes, ó enteramente bandidos. El *pater patriæ* era por completo de la última especie: ninguno de los que han tenido el gusto de conocerlo negará este hecho. Hubiera debido vivir en la edad média, en el tiempo en que se jugaban en Italia las hermosas escenas de puñal. Miguel habria sido bueno para todo, como el negro en la *Conjuracion de Fieschi* y Mefisto en *Fáusto*. Su persona corresponde a estos diabólicos oficios: debo confesar que mas de una vez, galopando solo con él en las profundidades de la selva, no me sentí bien, tuve calofrío, y estuve a punto de exclamar: «¡Protégeme, Dios mio!» A la verdad Miguel me ha confesado en un momento de enternecimiento, que ya dos veces le habia sucedido, *nel bosco*, el despachar a las gentes por la posta al otro mundo, despues de lo que se habia visto obligado, por temor a la *vendetta* a errar por espacio de tres años, como un salvaje en los bosques. Estas aventuras que son de todos los dias, arrojan una luz bastante siniestra sobre el estado de la Albania.

El nombre del grande héroe Scanderbeg, siempre vencedor, jamás vencido (cosa rara en un guerrero), está aún, despues de cuatro siglos, en los lábios del pueblo albanés. Tenia yo el atre-

vimiento de divertirme dando a Miguel el nombre pomposo de Scanderbeg II. Él lo aceptaba con una sonrisa satánica y manifiesta satisfaccion: y aun tuvo la desvergüenza de escribirme a Viena, un año despues, firmando su carta con este magnífico título.

Desde el principio se nos presentó como la única celebridad del país, de modo que tuvimos necesidad de aceptarlo como director de nuestras excursiones, montero mayor y comisario de policía, y aun por nuestro consejero político y nuestra única autoridad en materia de historia.

Si el paisaje de Antívari con sus minaretes bañados en la atmósfera, con sus montañas iluminadas por los calientes tintes del Mediodía, tiene el carácter magnífico y sensual de los países turcos, el de Rondoni, abstraccion hecha de las olas azules, de la bóveda celeste todavía mas azul, y de una temperatura africana, recuerda los países alemanes: bien entendido que hablo de las comarcas inhabitadas, como las que se hallaban en otro tiempo, antes de que se oyese el alboroto de las fábricas y el chiflido de las locomotoras: por lo demás, gracias al ardor de emigracion que arrastra a nuestras poblaciones hácia la América, acaso pronto veremos otras semejantes. El primer rasgo de semejanza con la Alemania, lo hallábamos en una extensa dehesa cubierta de sérpol y de aliaga, de espinos y de algunos robles aislados, que atravesábamos sofocándonos y pensando en la canícula alemana. Mas, pronto el sol nos hizo acordar que estábamos en Oriente, y nos obligó a buscar un refugio bajo el mústio follaje de algunos olivos centenarios.

Extendiéronse unos pañuelos a guisa de alfombra; mi viejo albornoz algerino reemplazó a la casaca de ceremonia que me ahogaba; y saqué de mi bolsa de viaje, dejando estupefacto a nuestro nuevo amigo Mefisto, un abanico chino que traía de Cádiz. No hacia mas que seguir el ejemplo de sir William Napier, que sabia tan bien llevar la espada y no desdeñaba el abanico. Me senté cruzando las piernas, y me soplé la cara: las cigarras cantaban el medio dia: me hallé en pleno Oriente y en el corazon mismo de la barbarie.

Mas de una vez, á título de comandante responsable de mi buque,

debí pasar toda la noche recibiendo la lluvia en plena tempestad: en tales ocasiones envidiaba la suerte de los jóvenes oficiales subalternos. Cuando uno de ellos ha terminado su cuarto de servicio, puede tirarse tranquilamente á su camarote, dejando que el comandante se componga como pueda y se acatarre, y, encantado de haber terminado con la humedad y el frio, se abandona a las dulzuras del sueño. Pero hoy me encantaban las ventajas del mando. Los señores oficiales tenian por órden mia el pasatiempo de levantar el plano de la bahía, miéntras que yo gozaba del reposo a la sombra de los olivos.

Reposados y reanimados por el fresco del árbol de la paz, dejamos aquel lugar para dirigirnos a la aldea cristiana, residencia principal de Scanderbeg II. Su señoría me hizo por sí mismo los honores de mis habitaciones. Para no omitir nada, conviene decir que todo, vestíbulo, salones de ceremonia, recámaras de la familia, pabellones para los hombres y las bestias, con la sala del trono del rey de las selvas, se componia de una sola pieza, cuyo entarimado era el seno de la tierra nuestra madre, cuyas paredes estaban construidas con piedras del grueso de una suela, y cuyo techo estaba tapizado de bálago podrido y saturado de negro de humo.

«Tal país, tal príncipe:» viejo proverbio, cuya verdad se hallaba confirmada aquí en caracteres esplendentes, ó mas bien en caracteres de un negro perpétuo. En esa negra caverna, sin ventana y sin salida para el humo, habitaba Mefisto con su bruja mujer, su brillante posteridad y una camada de indiscretos pavos. La Sra. Scanderbeg estaba envuelta en una blanca zalea de oveja: un velo vaporoso abrigaba los encantos un poco macilentos de su descarnado rostro; sus ágiles manos se ocupaban, con dignidad antigua, en manejar el cetro de las princesas de Homero, la rueca tradicional. Acomodándose al presupuesto del imperio, que sin duda fué dotado tambien de una constitucion en 1848, el menaje de palacio se compone de un cofre de madera pintado de colores chillones, que encierra probablemente la corona y el cetro Scanderbeg, el velo nupcial de su tierna esposa y la constitucion de este feliz imperio. Por lo demás, la tierra desnuda es el único picadero en que puedan ejercitarse los miembros de la familia reinante.

Y sin embargo, este hombre tiene tierras y rebaños; mas los habitantes de Albania no apetecen los refinamientos de la civilizacion: lo que convino a los antepasados, conviene a los nietos y biznietos. Mas tarde he comprado, por antojo, toda la residencia de príncipe, en el precio fijado por el propietario, que fué la suma de dos *Zwanziger* de buena plata, estando el contrato signado por dos cruces de Miguel, quien en aquel tiempo no sabia escribir todavía. Poseo este documento en mis archivos de familia. Si fuese inglés, este documento que establece mis derechos sobre la provincia, podria dar lugar a un bloqueo ó a una ocupacion, y acaso me comprarian este pedazo de papel con oro y distinciones nacionales.

Hé aquí cómo se hizo este contrato. Estando en una excursion, como Miguel es un personaje entendido en negocios, le pregunté, para tener una idea de la estadística del país, en cuánto estimaba sus tierras; entónces fué cuando, entre otros valúos, estimó su palacio en el precio indicado. El negocio me pareció tan ventajoso que concluí la compra. Por una suma doble me dijo que me habria dado además a su mujer y a sus hijos. Muchas ganas tenia de alistar al príncipe heredero a bordo de la corbeta; pero esta proposicion no fué aceptada, y entónces pasamos a otro punto: me comunicó el proyecto que tenia de comprar una novia para su hijo que tenia diez y ocho años. Le observé que debia dejarse al jóven en libertad de elegir; pero esta observacion no le pareció séria. Por aquí se verá que en esos países la autoridad paterna subsiste todavía en todo su esplendor.

30 de Julio de 1853.

Desde lo alto del promontorio se goza de una perspectiva que aclara la topografía a gran distancia; era como un mapa del país extendido a nuestra vista. Cuando se recorre una comarca desconocida, ó se visita una ciudad extranjera, semejantes puntos de vista ponen órden en las ideas del viajero, hasta entónces confusas por la multitud de imágenes que ha recogido separadamente. Tan luego como semejante cuadro se ha grabado en su espíritu,

tiene como un daguerreotipo del país ó de la ciudad, y comprende sus principales disposiciones.

Aquí el paisaje era grande y hermoso: era la imágen de la abundancia y de la fuerza; pero sin cultura. Teníase a la vista un cuadro antiguo, uno de esos cuadros que tiñe la ardiente luz del Oriente, en los que el mar, semejante a un espejo de plata, forma el fondo: los diversos planos presentan riberas cubiertas de verdes bosques, de abundantes pastos, y de lagunas cubiertas de cañas, promontorios de majestuosas formas y montañas azules. El artista se complaceria en pintar en ellos asuntos tales como Teseo persiguiendo un jabalí, ó una ninfa huyendo de una serpiente, ó bien a Abraham recibiendo la visita de un ángel. En una palabra, es uno de esos cuadros amplios, animados, vaporosos, tales como los dibujaban en los últimos tiempos el Poussin y Marco.

Del lado del Sur se percibia el cabo Pali, detrás del cual se oculta Durazzo, tan célebre en la época bizantina. Entre este promontorio y el de Rondoni, la costa, dulcemente contorneada, presenta al observador vastas campiñas, cubiertas de opulentos bosques y fecundos pastos. Encontrábanse allí las selvas misteriosas y la poesía de la naturaleza primitiva. Detrás de nosotros, inclinándose al Sur, se extendia una cadena de pintorescas colinas; del lado del Norte se descubria la bahía muellemente cerrada, y en lontananza la llanura de la Bajana, terminada por la altura de Dulcigno que se precipita bruscamente en la mar. Delante de nosotros, el cabo con sus fértiles campiñas y sus valles que riegan numerosos rios, presentaba la imágen de los paisajes de Alemania, y sobre la inmensa superficie del mar se veían pasar algunas velas.

No sé qué deseo inexplicable se apodera de nosotros a la vista de las henchidas velas que aparecen en el horizonte. Quisiera uno, por medio de una operacion mágica, trasportarse a ese mundo silencioso y apartado. Por satisfecho y por feliz que se encuentre uno en la orilla, hay una voz interior que nos grita: «Allá, allá, ¡mas allá de los lejanos horizontes del mar! A aquellas riberas doradas que se ocultan del otro lado!» Este llamamiento, esta aspiracion jamás satisfecha, nos causan bien y mal; pero en esta mezcla está la felicidad terrestre. El alma no quiere saciarse, por-

que la saciedad es la muerte de la dicha; es el embrutecimiento, ya sea que provenga del hábito ó de la pérdida de las ilusiones. Solo puede haber satisfaccion duradera despues de la muerte. Pero la aspiracion infinita es el encanto del mar, de este espacio sin límites, que ejerce en nosotros la misma seduccion que el cielo azul sin fin, con sus estrellas que nos invitan, ó que las montañas, con sus cumbres que nos detienen, y nos excitan a seguir subiendo.

31 de Julio de 1853.

Tratábase hoy de emprender una caza de jabalí. Aun no salia el sol: el crepúsculo extendia sobre la naturaleza sus sombras frescas y vivificantes, cuando la alegre tropa de mis compañeros entró en campaña. Soy del sabio principio de los ingleses, que piensan que el comandante ó el primer teniente de un buque, deben permanecer siempre a bordo por mas bonancible que sea el tiempo, y por mas seguro que sea el fondeadero. Como por una parte, cuando se desea una disciplina severa, es necesario que uno mismo dé el buen ejemplo; y como por otra parte, debe tratarse de hacer, en cuanto sea posible, agradable la vida a los subordinados, habia yo renunciado por esa vez al placer de la caza que parecia deber ser muy interesante, y a la cual era una fiesta para jovenes y viejos, asistir: habia yo, pues, enviado en mi lugar a mi primer teniente, que era un verdadero marino que de ordinario no tenia, como es natural, gran predileccion a la playa, y amaba a su buque sobre todas las cosas. Pero aquella expedicion parecia llenarlo de placer: la alegría radiaba en su cara; su persona y su andar respiraban confianza en la victoria, y la esperanza impaciente de los acontecimientos de la jornada. Y es que las gentes de mar se consagran por entero a lo que hacen, no conocen obstáculos, y de este modo se hallan en cualquiera parte en su lugar. En tierra, desempeñamos bastante bien nuestro papel: a caballo, no nos quedamos muy atrás; y en la mar, tenemos sin disputa la supremacía, ó mejor dicho, el monopolio.

En cuanto a mí, empleé mi dia en pasar revista al buque y hacer ejecutar a mi tripulacion toda clase de ejercicios. Me encon-

tré muy a mi gusto y contento de mí en mis funciones de comandante: es un sentimiento que no debe desdeñarse, y que vale la pena de ganarlo a precio de algunos malos ratos.

Era ya avanzado el medio dia, cuando percibí a la caravana que volvia costeando la ribera. En los momentos en que dirigia el anteojo por aquel lado, nuestro infortunado comisario perdió el equilibrio sobre su cabalgadura árabe, y cayó pesadamente en un charco de agua de mar. Este desagradable accidente, segun supe despues, terminaba la serie de acontecimientos tragicómicos, que habian pasado al pobre hombre en el curso de la jornada.

Era yo el único a bordo que conociese al jabalí, por paseos y cacerías en extensos parques: me habia divertido pintando a nuestros cazadores con terribles colores los peligros que tenian que correrse en esas fiestas. Estas advertencias produjeron extrañísima impresion en los mas pacíficos de nuestros hombres: algunos querian llevar consigo arpones de abordaje y a sus criados para parapetarse: otros se prometian que cuando oyesen el gruñido del monstruo y viesen brillar sus colmillos, subirian a un árbol. Nuestro comisario que estaba muy lejos de ser cazador, no queria acompañar a los otros sino en calidad de espectador, y entretanto se armó de fusil y pistolas.

Como sucede con frecuencia en semejantes casos, hicieron levantar una bandada de jabalíes; pero estos en vez de dirigirse del lado de los cazadores ejercitados y ardientes, para quienes esta visita habria sido el colmo de la dicha, se fueron derecho hácia los breñales, desde donde nuestro comisario seguia, no sin inquietud, el giro de la caza. Oyó a través del follaje el ruido y los gruñidos de los animales, y en el momento se presentaron a su mente todos los fantasmas sangrientos que mi imaginacion habia evocado; un frio glacial recorrió todo su sér: empezaba a faltarle el corazon. En su desesperacion, busca socorro con los ojos, se arma con una pistola cargada con pólvora, hace fuego, y como por encantamiento aleja el peligro de su pacífica persona y del puesto que ocupaba. Los jabaliés se revuelven y forzan, sin recibir un araño, la línea de nuestros hombres. Los viejos cazadores experimentados estaban furiosos: habia fallado la partida; pero el comisario habia salido sano y salvo.

Todo esto lo supe, antes del regreso de la caravana, de boca de uno de esos señores que llegó a bordo para pedirme en nombre de la compañía, permiso para renovar en la tarde la partida. Con gusto concedí el permiso y les envié al mismo tiempo buenas provisiones de boca y vino: conocia a mi gente en este capítulo. En cuanto a mi primer teniente, que por celoso de su deber y por consideracion a mí, queria regresar a bordo, le hice llegar la órden formal de tomar parte en la segunda mitad de la caza. La tarde fué aun mas desgraciada: ni un jabalí se dejó ver. Desde ese dia, el pobre comisario fué el hazmereir de los cazadores: pero satisfecho de haber salvado la vida, soportaba estoicamente las chanzas.

1º de Agosto de 1853.

Hoy era mi turno de tomar parte en la caza. Llevé conmigo a los oficiales que se quedaron ayer a bordo. Nuestros caballos con sus espantosas sillas nos esperaban en la orilla, cuidados por el infatigable Scanderbeg. Wassili, que ya ayer habia desempeñado las funciones de cocinero, nos descubrió en el bosque un claro de bastante sombra y tan fresco como se podia hallar en aquellos lugares. Este sitio fué elegido por unanimidad para servir de cocina y de comedor. Nuestro piloto entró desde luego en funciones para prepararnos el almuerzo: y dejándolo allí, partimos a galope.

La temperatura era fresca, casi fria para la Albania. Una claridad crepuscular cubria el país como con un velo de plata; las siluetas de los árboles se dibujaban vigorosamente en el horizonte que empezaba a encenderse, y una brisa vivificante nos traía como un saludo matinal. Despues de haber seguido por algun tiempo la rocallosa costa, dimos vuelta para un valle recorrido por un límpido arroyo, y dejando atrás campos y rebaños dispersos sobre pendientes rápidas, subimos al fin una colina que forma un anfiteatro cubierto de mirtos en flor y de infinita variedad de zarzales aromáticos siempre verdes.

Allí nos apeamos y nos escalonamos a lo largo de la pendiente formando entre todos un grande arco. Mi punto estaba en el ala derecha, y podia de lo alto ver a una parte de mis compañeros.

Antes de separarnos, habia prescrito a cada uno, y en especial a nuestros jóvenes oficiales, cuyo humor es un poco petulante, la direccion en que debian tirar.

No soy yo precisamente un Nemrod: si pasa algo por delante de mí, tiro con suerte; pero me falta la paciencia para esperar en una postura inmóbil é incómoda, espiando el momento favorable. Me instalé, pues, a mis anchas sobre el césped, diciéndome: ¡tanto mejor si la fortuna me favorece! Miraba debajo de mí a nuestros jóvenes, que poseídos de la fiebre de la caza sin tener la calma del cazador, apénas eran dueños de sus movimientos.

Despues de una espera bastante larga, en el momento en que el sol se levantaba con todo su esplendor, oí un fuego de tiradores acompañado de los gritos de los batidores, y el ruido particular que hacen los jabalíes al precipitarse en las malezas. Pero era en el ala opuesta: la espera no podia, pues, ofrecernos mas interes que el de preguntarnos si todo aquel gasto de pólvora no seria perdido.

Los batidores aparecieron, y poco despues de ellos nuestro querido doctor, el verdadero cazador de la reunion. Su semblante respiraba el triunfo; el sudor corria por su frente; tenia la firmeza en el andar que dá la realizacion de una proeza, y subia alegremente la colina, verdadera imágen de un tirador autorizado de los cotos imperiales. Detrás de él, unos albaneses de anchas espaldas pujaban bajo el peso del monstruo que nuestro Hipócrates habia abatido con mano firme y segura. La bestia era una desgraciada madre en la flor de la edad, lo que se llama un *jabato*. Este golpe era, por lo ménos, una especie de reparacion de honor que obteniamos a los ojos de la poblacion albanesa, que sin esto habria pensado mucho tiempo en las proezas del dia precedente. Por otra parte, esta caza motivaba hasta cierto punto nuestras correrías eternas alrededor del promontorio salvaje de Rondoni.

Nos pusimos en marcha por entre las yerbas de mas de dos piés de alto y por breñales espinosos, que terminan en algunos grupos de árboles magníficos, verdaderamente dignos de ser reproducidos por el pincel. Emprendióse una segunda batida en la vertiente meridional del cabo. Yo obtuve un lugar excelente, al fresco, bajo un bosque de hayas, en un lugar visitado con fre-

cuencia por los cazadores. Era una especie de canastillo formado de ramas y raíces entre dos ó tres troncos gemelos, y suspendido en el declive de la colina como un nido de gavilan. La mirada caía a plomo sobre ramas de árboles y plantas enredaderas, entre las que se abría paso un fresco arroyo hasta el mar que no está lejos. Esta agua, medio oculta en el follaje, atrae a los jabalíes, y por lo tanto, era el lugar en que se podia contar con el éxito; por lo ménos Mefisto que estaba acurrucado cerca de mí, me murmuraba palabras de esperanza.

Este bribon, en postura de acechador, tenia una cara singularísima con su absurdo perfil de camello y su aire astuto. Sin duda habria estallado en risa hasta hacer retumbar el bosque, si no hubiésemos estado de caza. Encuéntranse en la vida personajes, que desearia uno, sin mas razon, ver abofetear con mano vigorosa, ó que de buena gana llenaría uno de recompensas, como a niños malcriados a quienes se anima en sus impertinencias. He visto de estos hombres en las cortes, entre sabios eminentes; pero especialmente los he visto en la clase de los *ciceroni*, de los criados de las posadas y de los dependientes ambulantes. Tal debia ser la cara del mono de Ferney, y tal era la de Miguel de Nicolo. Por demás es decir que en materia de correccion, me limité siempre con él a la risa homérica, sin ceder nunca a la tentacion de llegar a las vías de hecho.

El cielo me castigó por mis veleidades poco cristianas: me habia dejado arrullar por el canto de las cigarras, y de repente me despertó el ruido que hacia la bestia en el follaje; pero no pude descubrir nada. Se frustró la partida; nadie habia tirado, y comprendí que las cacerías de Albania no estaban tan bien arregladas como las de nuestros parques en donde todo pasa tan cómodamente.

Regresamos a nuestro punto de reunion, no sin sentirnos muy mal por las barras de madera de nuestras pretendidas sillas. Los marineros tienen cierto gusto de órden. Nuestros hombres habian levantado un bonito baldaquino con pabellones de buques y habian tendido en tierra alfombras y cojines, lo que formaba un campamento oriental y regio que habria convenido perfectamente a un gefe de nómades.

Apénas nos habiamos desembarazado de nuestro arreo de caza, cuando nuestras gentes vinieron a anunciarme con cierta turbacion, que se percibia una nube de polvo que bajaba siguiendo la costa a la llanura de la Bojana y que se dirigia adonde estábamos. A poco se vieron brillar las armas y se distinguieron los caballos en la nube. El incidente tomaba un carácter sospechoso y romántico. Desde nuestra elevada posicion dirigiamos nuestras miradas a aquella aparicion misteriosa sin perder nada de nuestra dignidad, sostenidos por la confianza que nos inspiraban las fuerzas de combate colocadas bajo nuestras órdenes. La nube de polvo se disipó y pudimos distinguir un grupo de hombres a caballo, que al acercarse reconocimos eran enviados del agá de Ischmi. Era, sin duda, un reconocimiento de policía inspirado por nuestro porte independiente en los libres bosques de Rondoni.

Los ginetes, que parecian pertenecer a la aristocracia otomana, se apearon en la playa cerca de nuestros bagajes. Entretanto me apresuré, entre las risas de nuestros jóvenes, en tomar mis disposiciones para recibir a aquellos musulmanes con una dignidad oriental y graciosa condescendencia. Me eché a los hombros mi albornoz, me ceñí el sable y tomé en la mano derecha la pipa de la paz, sentándome en el lugar mas elevado, y haciendo que todos los demás se colocasen en círculo a mi alrededor. Wassili fué enviado en calidad de dragoman al encuentro de las gentes del bajá y las condujo a mi presencia. Eran unos *chibouktchis* y seides de policía, vestidos unos con el traje albanés y los otros con el antiguo de los turcos, con el turbante y el caftan bordado de pieles. Habian oído hablar de la llegada de un gran navío con una numerosa tripulacion, y venian a informarse de las intenciones de este buque y de lo que queria tanta gente en una costa inhabitada.

Semejante desconfianza es desusada en Turquía, y solo podria provocarla la situacion nueva del Oriente. A lo que parece, en el fondo de su corazon nos tenian por filibusteros, ó cuando ménos por enemigos. Los hice sentar en nuestro círculo, y aunque al principio se manifestaron temerosos, pronto recobraron la calma oriental, dejándose modestamente ofrecer pipas por nuestros jóvenes. Declaréles entónces a qué nacion perteneciamos y les mos-

tré nuestro p que, sensible es decirlo, *nostra culpa*, no parecia serles conocido. Les afirmé que viviamos en muy buena inteligencia con su Padischah y que nos ocupábamos allí especialmente de caza. El jabalí abatido confirmaba este testimonio.

Despues de algun tiempo no nos contrarió poco el ver que aquellas buenas gentes se ponian a sus anchas y no parecian dispuestos a levantar tan pronto la sesion. Ellos conocian nuestra posicion, y nosotros en realidad no sabiamos nada de la suya. Los vínculos de la civilizacion y de una buena correspondencia, no podian establecerse entre las dos partes. Preciso era, pues, visto que no se disponian a abandonar el lugar, hallar un medio diplomático de expulsarlos cortesmente. Me revestí de una fisonomía tan digna y tan benévola como pude, y dirigiéndome a nuestro improvisado dragoman, le dije que hiciese comprender de un modo cortés a aquellos nobles turcomanes, que una ley que observábamos estrictamente, nos ordenaba tomar a esa hora del dia baños de mar para santificarnos. La observacion pareció producir su efecto en los creyentes que como buenos discípulos de Mahoma respetaban las abluciones prescritas: solo deseaban de un modo ú otro ver la corbeta. Los despaché para ella con un salvoconducto, debajo del cual agregué la órden pérfida de ofrecerles además del café, el vino tan estimado por los hijos del Profeta. Justamente estábamos zabullidos en las olas, cuando regresaron ya bien refrigerados en una chalupa: a su paso tuvimos cuidado de inclinarnos en todas direcciones con muchas cortesías, como si nos ocupásemos de cumplir con gran celo las prescripciones de nuestra religion. Los musulmanes se penetraron de tanta devocion, y dirigieron desde lejos adioses afectuosos.

4 de Agosto de 1853.

Hoy he permanecido de nuevo a bordo y he dejado a los demás entregarse a los placeres de la caza. Pusiéronse de nuevo en acecho del jabalí; pero con el mismo mal éxito. A cosa del medio dia, los cazadores, que habian ido a descansar al salon del bosque, nos enviaron a bordo al agá de Ischmi con sus portadores de pipa. Lo dejé llegar recibiéndolo en mi camarote con su andrajosa

escolta. Aquellas buenas personas cayeron en mi habitacion como una nube de insectos y comenzaron por sentarse sin ceremonia. Los hijos del agá (pues los habia llevado consigo), se quitaron sus pantuflos y se revolcaron en el suelo. El *chibouktchi,* robusto mozo, de semblante pálido, a quien su empleo actual conducirá tal vez hasta brillar algun dia como gran dignatario en Estambul, pasaba revista a todos los objetos que habia en mi camarote con un aire de risueña satisfaccion. Entretanto el agá mismo se sentia molesto en su dignidad, y se esforzaba en responder por medio de mi intérprete a las preguntas que yo le dirigia. Un hombre grueso de cierta edad, cuñado del agá, que por este título parecia ejercer cierta influencia sobre él, se mostraba mas juicioso que todos los demás. En toda la visita estuvo contento y de buen humor, no rehusando ni bizcochos ni champaña: era, en una palabra, un buen compañero, hombre honradote a la antigua. El agá, por su parte, manifestaba gran desconfianza del espirituoso vino de Francia. Necesario fué, para decidirlo a que lo tomase, asegurarle que esa bebida no era otra cosa que mosto de manzanas, lo que sin duda podria ser en realidad.

Lo que pareció agradarle mas de todo el camarote, fueron las sillas; parecia que nunca habia visto cosa semejante. Halló que este objeto era muy cómodo; y sin acordarse de su dignidad de representante diplomático, hizo saber por el intérprete que le agradaria mucho llevarse un ejemplar de esa curiosidad para conservarlo en su museo doméstico. Iba yo a acceder al pedido, cuando el sabió cuñado entró é hizo comprender a su pariente la puerilidad de su deseo. El agá se consoló haciéndose servir tabaco por su *chibouktchi,* y cargando su pipa. Cuando la nube de nicotina fué demasiado espesa, y me pareció que la cordialidad oriental iba un poco léjos, dí la señal de partida y conduje al puente a las autoridades mahometanas. Allí llamé al mas ágil de nuestros marinos, excelente mozo de la isla de Lissa, y le ordené que subiese al palo de trinquete, lo que ejecutó con ligereza tal, que hubiera hecho honor a un gato. La Turquía estaba estupefacta. Invité al agá para que siguiese al marinero hasta la gávia, y gozase de un panorama marítimo; pero él declinó la invitacion con excesiva política: era, en su opinion, mucha bondad de mi parte.

Contentísimo estuve cuando los vi a todos en la chalupa. Hice ventilar y lavar todo mi camarote, tanto más cuanto que habia podido saber por el pedido que el agá habia hecho de un médico, que sufria de una enfermedad de la piel de las ménos agradables. Tales son las satisfacciones de una mision diplomática en las costas de aquel país patriarcal.

El dia debia acabar de un modo muy triste para mí y para toda la tripulacion. Un capitan que comprende su posicion y que tiene verdaderas ideas y sentimientos de marino, ama a sus inferiores, y no se halla bien sino entre los marineros que ha formado. Establécese con el tiempo, en un buque bien ordenado, un estrecho lazo entre toda la tripulacion. Juntos pasan los peligros; a todos regocija el éxito de las maniobras; juntos atraviesan alegremente la inmensidad de los mares, y en el vasto Océano se forma una pequeña comunidad íntimamente unida por todas las circunstancias de la vida. Si, pues, un hijo de esta gran familia se halla en peligro, seria necesario tener poco corazon para no sentir una ansiedad dolorosa. Uno de nuestros marineros habia sentido la semana precedente una ligera indisposicion. Desde aquel momento, agobiado por el calor ardiente y por la falta de todo medio de refresco, se le habia trasladado en su hamaca al castillo de proa, al aire libre; los médicos habian empleado todos los medios de su arte, por desgracia tan incompleto: nada se habia logrado, la lámpara se iba acabando y los espíritus vitales se desvanecian de hora en hora. A cada instante me dirigia yo al moribundo, y le preguntaba: "¿Cómo os sentís?" Pero ya sus ojos vidriosos podian apénas reconocerme, y su lengua solo balbuceaba confusas palabras.

Márcos Rugger agonizaba en los momentos en que el resto de nuestra sociedad regresaba alegremente de la caza: doloroso contraste con las distracciones de regocijo á que se entregaba nuestra colonia flotante. Cuando el médico me anunció que la muerte estaba próxima, dí á Miguel de Nicolo, puesto que era el factotum de Rondoni, la comision de buscar cuanto ántes á un eclesiástico. Enviáronse mensajeros en todas direcciones. Desde la costa se nos hacian señales telegráficas, para anunciarnos la llegada del sacerdote tan impacientemente esperado. Pero las horas

corrian, y los consuelos de la iglesia no llegaban: fué necesario, por fin, tomar una resolucion, pues un marinero austriaco no podia salir de este mundo como una criatura sin alma.

La tripulacion se habia agrupado por un movimiento de simpatía, al rededor del moribundo. Decia yo que alguno empezase las oraciones de los agonizantes, pero nadie se atrevió á hacerlo. En nuestro siglo, siente uno en las horas solemnes un embarazo extraño: la religion ha llegado á ser un objeto incómodo; es un fuego qué arde todavía, pero que ya no inflama. Ví al círculo permanecer mudo y avergonzado en torno mio: el momento importante de que pende la salvacion podia perderse por ligereza. Yo no reflexioné mas tiempo: en un instante bajé á mi camarote, y traje un fragmento de la verdadera cruz, con mi libro de oraciones. Hice sujetar á la hamaca la preciosa reliquia, y me arrodillé cerca del moribundo. Este acto destruyó el encantamiento del espíritu maligno, y un coro de piadosas oraciones se elevó por la salvacion de la pobre alma. Los últimos rayos del sol nos iluminaban por las aberturas de proa, cuando el pobre jóven espiró. La campana del buque hizo oir un fúnebre tañido, y la noche que caía extendió pacíficamente su sudario sobre el que ya no existia.

Hasta entónces no habia visto morir á nadie. Necesité de un esfuerzo extraordinario para permanecer hasta el último momento. Lo que mas me conmovió, fué ver los répetidos saltos del moribundo en los últimos minutos para precipitarse fuera de la hamaca: sus compañeros de la isla de Lissa debieron, para contenerlo, agarrarlo de los brazos que se retorcian convulsivamente. De repente su cabeza cayó para atrás, y murió. Terrible cosa me pareció asistir á ese espectáculo, y sin embargo conocí que la muerte es mucho mas fácil de lo que me habia figurado. Aquel momento fué solemne, y, á Dios gracias, edificante. Ví lágrimas en los ojos de nuestros jóvenes oficiales, que de ordinario no piensan en la muerte. Esta grave leccion fué saludable para mí y para todos ellos.

En el curso de la noche los marineros me pidieron permiso para rezar en coro el rosario cerca del difunto. Esto me causó viva satisfaccion. El ataúd estuvo listo ántes de media noche: se le descendió lentamente con su carga á una chalupa; pusiéronse en mo-

vimiento los remos; la pálida luna desaparecia en el horizonte. Por largo tiempo todavía oímos en el silencio de la noche á la chalupa que remaba en direccion del claustro: el cuerpo fué depositado en la capilla, en donde se le confió al cuidado de la poblacion católica de la costa. Todo este drama habia pasado con espantosa rapidez; el pobre marinero apénas habia caido enfermo, abandonaba el buque, é iba á descansar solo y en país lejano en una capilla extranjera. Cada cual se retiró hoy á su hamaca con el alma llena de los mas graves pensamientos.

5 de Agosto de 1853.

La mañana fué empleada á bordo en trabajos y ejercicios. A las dos se izó el pabellon á media asta. Una larga serie de chalupas se dirigió al monasterio con toda la parte disponible de la tripulacion. A su cabeza bogaba el bote del capitan, llevando tambien el pabellon á media asta.

Encontramos a la poblacion católica reunida en el patio del ruinoso edificio para recibirnos y conducirnos a la iglesia que está muy deteriorada. El ataúd estaba allí descubierto; un sudario cubria la cara del cadáver: un pequeño crucifijo de madera, hecho de prisa por el carpintero del buque, habia sido colocado en sus manos. La tripulacion se colocó en órden: nuestro médico se adelantó y dijo una corta alocucion apropiada a las circunstancias, la cual terminó por el *De Profundis*. Cerróse el ataúd: los camaradas del muerto se levantaron y se lo llevaron a pasos lentos. Ellos abrian el cortejo y nosotros seguiamos. Depositóse el cuerpo en el patio del claustro, inhumándolo a la sombra de una antigua higuera. Oyéronse las salvas de mosquetería: cada uno de nosotros echó un poco de tierra en la fosa que se llenaba, y sobre la tumba se plantó una cruz con una corta inscripcion.

Fué aquella una ceremonia sencilla, sin aparato; pero era un tributo pagado por marineros a un marinero. Entristecia a todos el pensamiento de que el muerto descansaria aislado en una tierra extranjera. La impresion producida en la poblacion católica fué profunda. Distribuimos el pan y el vino entre las familias presentes, nos despedimos de Miguel y regresamos a bordo con el pabellon izado.

Para borrar la penosa impresion que nos causaba ahora la vista de Rondoni, queriamos hacernos a la vela en el instante para Durazzo, que era el primer punto en que debiamos tocar; pero la calma que sobrevino nos detuvo.

En la tarde vimos que la costa se cubria repentinamente de gente que nos hacia señales con el gesto y la voz. Pensando que seria el eclesiástico que llegando tarde, ¡ay! demasiado tarde, querria venir a bordo, enviamos una chalupa. Volvió a fuerza de remos: Scanderbeg II escaló al abordaje, y con gran sorpresa mia, se arrojó a mis piés deshaciéndose en lágrimas y alaridos. En su dolor nos contó que el bajá de Tiranna habia llegado con dos mil hombres, que se habia apoderado y hecho amarrar a su hijo, amenazándolo con que cortaria la cabeza a este niño, si la corbeta se hacia á la vela ántes de que pudiese visitarla.

El asunto parecia serio y las revueltas del Oriente lo explicaban suficientemente. Miguel de Nicolo era cristiano como toda su familia. No era permitido que uno solo de sus cabellos cayese de sus cabezas, miéntras la bandera del Austria flotase en las costas de la Albania, supuesto que el Austria acababa de tomar bajo su patrocinio a los cristianos del Oriente. Me enardecia el ultraje que se nos hacia, y estaba firmemente resuelto, caso de que se confirmase la noticia, a emplear con el bajá las medidas mas rigorosas. Hice armar en guerra una chalupa, y la envié a tierra con el mas hábil y el mas moderado de nuestros oficiales, para pedir perentoriamente explicaciones.

No la ví alejarse sin viva emocion; en el fondo me regocijaba dar una leccion a los musulmanes en beneficio de los hermanos cristianos. Todo lo tenia preparado para llamar a mis hombres al puesto de combate, y estaba decidido, dando a los negocios una direccion séria, a obligar al bajá a llegarse a mi bordo, ó bien a purgar al país de la presencia de sus seides por medio de algunos cañonazos bien dirigidos sobre el bosque de la costa. Hubo un momento de espera que me pareció insoportable. Por fin, volvió la chalupa al caer la noche, y nos trajo la palabra del enigma.

En efecto, habia llegado el bajá: sus genízaros acámpaban en el bosque, y aquel habia manifestado de un modo bastante brutal su deseo de ver la corbeta. Pero Scanderbeg II, como era evidente,

se habia olvidado en el festin funerario; habia mirado demasiado con sus ojos de zorro el fondo de la botella; su cara estaba mas encendida que de costumbre, y toda la novela, con el rapto de su querido heredero, no pasaba de una fantasmagoría albanense. No podia decirse esta vez *in vino veritas*. ¿Habia venido el bajá sin ningunas malas intenciones? Los genízaros probaban suficientemente lo contrario. Pero el lenguaje hábil y frio de nuestro enviado lo habia reducido al equilibrio diplomático, y por su conducto me pedia humildemente una audiencia a bordo. No se podia intentar hacerse a la vela porque todavía duraba la calma; por consiguiente su solicitud le fué otorgada para el dia siguiente. En cuanto a Scanderbeg II, ese discípulo ingénuo é inventivo de Baco, lo hicimos volver al seno de su noble familia, no sin haberle dirigido los reproches y las burlas que merecia.

Durazzo, 6 de Agosto de 1853.

He permanecido doce largos dias en el puerto de Durazzo. Habia mucho que hacer en la corbeta para introducir el mando en aleman. Fué necesario que los oficiales lo aprendiesen primero para enseñarlo a los cadetes y estos a su vez a la tripulacion. Las mañanas las empleábamos en el ejercicio de las velas. Con grande alegría mia, y gracias a la buena voluntad de todos, se manifestó a poco un progreso sensible.

Hallábamos nuestra distraccion en la caza, que llenaba con frecuencia el resto del dia. La primera vez el teatro de nuestra excursion fué un vasto estanque situado en una llanura de los alrededores de la ciudad, a la que nos dirigimos despues de la misa.

Habia oído el servicio divino en el interior del país, en la parroquia. ¡Qué parroquia! ¡Y qué local! ¿Puede hallarse algo mas triste y mas desconsolador? Imagínese una casa construida a la turca, una puerta, ó mejor dicho un agujero por donde no se pasa sino agachándose; atraviésese una cocina negra y ahumada, súbase una escalera de madera, es decir una especie de escala vacilante, y lléguese al fin a un cuarto pequeño y bajo; tal es la iglesia de Durazzo. Paños hechos trizas, galones falsos que dejan ver el cordon, y ramos de flores marchitas componen el adorno del altar. Y sin embargo, esa misa rezada no se borrará nunca de mi me-

moria, gracias a la tierna majestad y al carácter sumamente religioso de la celebracion.

El padre Negri, con quien habiamos contraido amistad, nos acompañó hasta la puerta de la ciudad. Vigorosos caballos turcos, con las bridas decoradas de fantásticos adornos, nos llevaron en rápida carrera hasta las orillas húmedas y esponjosas del lugar de reunion para la caza. Es un lago salado que humeaba por efecto del calor, y cuyo limo servia de retirada a rebaños de búfalos. El búfalo es el tipo de la creacion primitiva; hace parte de los cuadros melancólicos que presentan los pantanos vírgenes. Es el ciudadano de los imperios caídos ó de los imperios por nacer; tiene su domicilio en los lugares en que reina la naturaleza salvaje, la naturaleza no sometida al trabajo y al genio del hombre. Sobre la vasta laguna flotaban millares de pájaros acuáticos cuyo plumaje deslumbraba por su blancura bajo los rayos del sol; multitud de caballos y mulas pacian en las orillas del lago cubiertas a lo lejos de verdura.

Á eso de medio dia, en el momento de mayor calor, bajamos del caballo, y con la carabina en la mano nos pusimos en acecho entre los carrizales, sobre un terreno esponjoso. El aire y el agua solo eran reflejos y vapor abrasador: ni un movimiento, ni un sonido. El aire parecia demasiado pesado para agitarse, el agua demasiado gruesa para levantarse en aquella hora de ansiedad y de silencio que suspende la vida de la naturaleza en los países del Sur. Solo algunos pelícanos de regreso de sus excursiones matutinas, y con el buche bien lleno, bajaban con un vuelo sumamente lento á los carrizales cuya sombra abrigaba sus nidos. Cuando se disparaba un tiro, veíase por un momento levantarse enjambres de zancudos de alas de plata, de cisnes, de cigüeñas y de otros habitantes de la laguna: turbados en su sueño, brillaban un instante a los rayos del sol, para ir a posarse un poco mas léjos. Solo las inquietas gaviotas pasaban como relámpagos al rededor del cazador y parecian no poder saciar su curiosidad. Cuando una víctima caía pesadamente sobre las aguas humeantes, se oía por largo tiempo el grito agudo de estos pájaros acuáticos y el doloroso quejido del chorlito real.

Estas imágenes originales de una naturaleza extranjera, me en-

cantaban. Mi imaginacion llena de la idea de las pampas y de los lagos de la América del Norte, enamorada de las vastas superficies de agua estancada, hallaba aquí completa satisfaccion. Hay un encanto particular, inexplicable, en toda manifestacion de la vida en que el hombre no sobreviene para turbarla. Este encanto reside en los misteriosos bosques vírgenes en los que vive un mundo de plantas y de animales desconocidos. En el rio de las Amazonas lleno de cocodrilos y cubierto de guirnaldas de bejuco; en los *fiords* de la Noruega donde reina a lo lejos un silencio de muerte; en las soledades de la Escocia solo frecuentadas por el faisan y el cuervo; en los desiertos de Africa atravesados por los avestruces y las gacelas, y en fin, en nuestros países sobre las cumbres heladas de los Alpes habitadas por el águila y la gamuza.

Prolongué la partida de hora en hora hasta la noche, sin poder saciarme de la vista del estanque y de su mundo acuático.

El jabalí fué el objeto de la segunda caza. Era una hermosa y fresca mañana: la sociedad estaba alegre y era numerosa. La nobleza de Durazzo me acompañaba con una reunion bastante considerable de gentes a pié. Habíase reclutado esta escolta entre la poblacion cristiana a la que se habia concedido permiso para portar armas por el tiempo de mi presencia. Nos dirigimos a una hermosa selva de árboles y de matorrales que, extendiéndose detras de la ciudad a lo largo del promontorio, llega hasta el mar. Camino andando por la llanura del lago encontramos una cigüeña sumergida en profundas meditaciones a la sombra de un roble secular. Hubiérasela tomado por uno de aquellos venerables ermitaños de los antiguos tiempos. No sé qué extraño capricho me hizo tirarle. La bala silbó, el ermitaño albanés sacudió con aire grave su inclinada cabeza, dirigió una mirada tranquila y desdeñosa al perturbador de su reposo, y se retiró al santuario doméstico de sus bosques.

La selva era espesa y llena de fresco: las gotas de rocío matutino pendian aún de las ramas como resplandecientes diamantes; a través del verdor brillaba el sol naciente, y oíase cual música lejana el ruido de las olas que se estrellaban contra el promontorio. Nada hay mas encantador que la travesía de este bosque; jamás me habia sentido mas fresco y mejor dispuesto.

Cada cual tomó su puesto: el mio estaba al abrigo de un cerezo silvestre cuyos encarnados y apetitosos frutos cubrian la tierra. Cerca de mí se acurrucó un rico comerciante turco armado del largo fusil: era un elegante de Durazzo que habia hecho tambien su viaje á Constantinopla para instruirse.

Un ruido espantoso resonaba por el bosque; hubiérase dicho que Samiel en persona cazaba en aquellos lugares. Poblaciones enteras los recorrian en todos sentidos: sin embargo, solo una vez se oyó a los jabalíes salir del bosque, y aun entónces nadie tuvo la fortuna de verlos. Esta batida no nos produjo mas que el placer de pasar la mañana en los bosques y de ver un hermoso grupo de driadas.

Nos dirigiamos á la altura, cuando repentinamente en un zarzal espinoso, no eran rosas, sino verdaderos cardos, se nos apareció una alegre reunion: eran criaturas del sexo femenino que retozaban vestidas como nuestra madre Eva, ó poco les faltaba. Pero, ¿por qué casualidad el coro de Diana se divertia en los bosques oscuros de la Albania? ¡Ah! No eran las compañeras de la diosa: eran, me estremece todavía pensarlo, una horda de gitanas, negras como el diablo y feas como su abuela. Á su cabeza caminaba con paso atrevido y resuelto una especie de húsar, es decir, una vieja vestida de una ligera pieza de tela enrollada en la cintura, de cara curtida por las intemperies de las estaciones; una mujer cuyo aspecto habria dado calofrío en el infierno, cuyo vientre enorme parecia contener una camada de dragones, y cuyos pechos de una vara de largos habrian podido amamantar generaciones de reptiles. Su piel, negra como el café en polvo, parecia tomada del elefante, y su cara del camello: con tal fisonomía tenia, sin embargo, la audacia de dirigirnos una sonrisa audaz y provocativa. Su cabellera, negra como el cuervo, flotaba alrededor de su cabeza como un puñado de venenosas serpientes: un pañuelo enrollado en forma de turbante cubria la parte superior de su cráneo, y para completar el carácter monstruoso de toda su persona, llevaba una pipa turca de la que, riéndose con voz ronca, sacaba nubes de humo. En mi vida ví cosa semejante. Estando solo en un bosque, me agradaria mas encontrar no sé qué fiera que á tal reina de gitanos: esas mujeres aparentaban ocuparse en recoger frutas silves-

tres: tal vez era veneno el que recogian para sus operaciones de sortilegio.

Los machos de tan horrorosas criaturas eran nuestros principales batidores. Llenaban sus funciones con ayuda de grandes cajas turcas que tocaban de un modo lamentable, con cuyo medio creía yo que espantaban la bestia en vez de batirla, y la prueba es que en la batida de la tarde, que tuvo lugar en una parte mas baja de la montaña, tampoco pudimos ver mas que en la mañana.

Comimos como en Rondoni al aire libre, a la sombra de un gran roble: el pavipollo y el carnero hicieron los gastos del festin, despues del cual infantes y ginetes se ejercitaron en tirar a un viejo gorro albanés. La diversion fué buena, habiendo gran rivalidad entre el Oriente y el Occidente. El mejor tiro fué, con gran contento mio, el de uno de mis hombres, jóven marinero de Trieste.

Regresamos con el morral vacío; pero de buen humor. El verde llano que atravesábamos recordaba las comarcas del Norte por lo espeso de sus bosques. El regreso tuvo lugar a la carrera: tambien en este ejercicio se mostraron mis marineros como viejos húsares por su animacion y su perseverancia verdaderamente cómica.

El tercer dia la caza fué a los becafigos. Atravesamos el pantano de los búfalos, y nos trasladamos al otro lado del lago, a una region en la cual las verdes colinas y las mesetas boscosas se suceden hasta llegar a las grandes montañas que se divisan en lontananza. Una de estas colinas remata en una aldea turca, y a ella nos condujeron los principales miembros de la comunidad cristiana.

Se nos apostó en breñales espinosos muy ricos en insectos; y hénos allí en acecho de los desgraciados, ó mejor dicho demasiado felices becafigos que debian llegar a posarse en las cimas que estaban sobre nosotros. A lo ménos era un espectáculo vivificador la vista de aquellos magníficos bosques formados por árboles seculares que cubren aquel pais de tan rico porvenir.

Sentado muy a mis anchas en las malezas llenas de grillos y mariposas, gozaba yo el bienestar de un sabio aleman en la comida del domingo, y experimentaba aquella tranquilidad, tan propia para robustecer los nervios, que se siente en medio de la verdura,

cuando en los confines del sueño se observan todos los movimientos de la naturaleza con sentimientos de piedad infantil. Pero ni un solo becafigo. El grillo cantaba, el abejorro zumbaba; y es cuanto. Todavía estaríamos sentados en los breñales, si la vista de las sandías, de esas sandías tan frescas y azucaradas de que abunda el país, no nos hubiese atraido a la aldea. Decididamente habia un *jettatore* entre nosotros, ó mas bien estábamos hechizados por la vieja que habiamos hallado por el camino.

Nuestros albaneses, que eran insaciables, propusieron una caza a la liebre en el llano, en un bosque de abetos. Volvimos a montar a caballo con toda presteza y bajamos al valle: reorganizáronse las líneas de tiradores: por delante el estruendo de los tambores turcos y el ladrido de los perros: batidores de todas creencias y naciones vuelven al acecho; pero de liebre ni un rastro. Para mí era ya demasiado. Salto a la silla; dejo a la compañía que haga una segunda batida, y héteme en camino para la ciudad, con mi albornoz flotante como un príncipe del desierto; mi caballo soplaba y roncaba, y de esta manera atravesé el extenso pantano, renunciando por largo tiempo a los placeres de la caza sin picadores.

En el puerto de Durazzo recibí la visita del bey, gobernador de Cavalia: larga cara de facciones duras, personaje mas grosero aún, mas tonto, si es posible, que los que lo habian precedido; pero tanto mas cordial, segun se dice.

Acercábase el aniversario del nacimiento de nuestro muy amado soberano. Resolví dar a este solemne dia el carácter de una fiesta nacional, y, por razon de las circunstancias, de una fiesta católica antes que todo. El P. Negri me habia contado que la residencia del arzobispo de Durazzo, Don Ambrosio, distaba doce leguas de allí, en Delbinisti, en las altas montañas. A consecuencia de las amenazas de muerte y de las violencias que habian ejercido contra él, lo habia recogido una antigua familia turca que lo tenia en cierta manera cautivo. La presencia de este prelado era necesaria para dar brillo a la solemnidad. Envié, pues, catorce cristianos montados y armados a Delbinisti, con mision de librar al desgraciado apóstol de su cautiverio, para devolverlo a su diócesis y a nuestra proteccion. El 17 en la tarde empezaron

los preparativos en la corbeta. Levantóse una amplia tienda sobre el palo de popa y el puente: banderas y gallardetes de diversos colores decoraban la parte superior y los lados; escudos con las armas de Austria circundados de grandes coronas de roble se hallaban dispuestos en simetría. Colocáronse sobre los cañones arpones de abordaje de los cuales partian guirnaldas de follaje y banderolas: todo esto iba a reunirse al centro de la tienda. Habíase plantado entre los cañones un bosque entero de tiernos robles que nuestros marineros fueron a buscar al promontorio. Al pié del palo de mesana se levantó un altar sobre un espacioso estrado: estaba adornado con lujo resplandeciente de plata y flores, y contenia una urna decorada de pinturas y rematada por una cruz de refulgentes diamantes. Sobre esta urna, en medio del altar, se levantaba un elegante baldaquino de seda purpúrea, sobre el cual flotaba el pabellon de la Santa Silla, con la tiara y las llaves de S. Pedro. Al pié del palo mayor, bajo un dosel formado por los estandartes del Austria, se habia colgado la imágen coronada del Soberano circundada de un trofeo de armas y de emblemas marítimos. El conjunto presentaba un carácter de gravedad y de buen gusto, digno de la celebracion de una gran fiesta, y reunia el doble aspecto de una iglesia y de un salon. Todo se habia preparado en algunas horas a fuerza de celo, de buena voluntad y de destreza.

18 de Agosto de 1853.

La fiesta empezó desde el alba con una salva de artillería en honor del emperador. Las baterías de la fortaleza repitieron nuestro saludo cuanto mejor pudieron, aunque con aliento un poco débil y sufocado. Nuestro gran pabellon de gala, de colores frescos y brillantes, flotaba alegremente en los aires. Todo lo que pertenecia a la corbeta se engalanaba apresuradamente con sus mas hermosos vestidos para el servicio divino, que era la ceremonia mas importante, y cuya hora se acercaba.

Una hermosa chalupa nos trajo a Don Ambrosio, el prelado salido de la cautividad, con un acompañamiento de cuatro ó cinco eclesiásticos. Innumerables barcas se acercaban con toda la poblacion cristiana; viejos y niños, hombres armados, matronas y mucha-

chas. Nuestra invitacion para la fiesta habia sido acogida con regocijo. Dignatarios y pueblo, todos se agruparon entre los cañones y las verdes ramas de los tiernos árboles bajo la tienda abigarrada alumbrada por la luz amortiguada y misteriosa del sol. Era un cuadro del mayor efecto, en el cual se distinguian principalmente los magníficos trajes de las mujeres albanesas, los mas bellos del mundo, segun Lord Byron.

La joya de la reunion era la hija de Tedeschini, la sobrina de nuestro cónsul. Figuraos una jóven admirable, una cabeza antigua, un perfil griego de la mayor pureza, un color blanco y de una frescura deslumbradora, hermosísimos ojos negros dulces como los de una gacela, con una expresion de tristeza cual sombra de duelo que le cuadraba maravillosamente. Llevaba un túnico escarlata sembrado de los mas ricos y mas delicados bordados de oro, que le bajaba en anchos pliegues hasta la rodilla, con amplias mangas de seda blanca como la nieve y una elegante y ligera camisa que le abrigaba el seno: una basquiña bordada, ceñida en la cintura, caía sobre un pantalon de anchos pliegues de magnífica seda. Su cabeza estaba cubierta con un velo de religiosa, bajo el cual brillaban trenzas opulentas recogidas con adornos de oro; en fin, su encantadora persona estaba literalmente cubierta de una constelacion de diamantes. Este brillante traje es maravillosamente hermoso para sentarse sobre un divan, pero seguramente no sirve para ir y venir por la casa.

El arzobispo, terminados sus aprestos, volvió a presentarse en medio de los fieles, rodeado de su clero y con la mitra y el báculo. Dirigióse al altar que derramaba vívida luz, y comenzó el oficio pontifical. Era un consuelo espiritual que se le habia negado desde su cautiverio. Leíase en la cara del digno prelado cuán feliz se hallaba en poder una vez mas cumplir sus deberes pastorales al abrigo de toda violencia. Parecia estar completamente libre y desahogado, y esto me causaba grande alegría. A la misa siguió la bendicion, y al estallido del cañon se entonó un *Te Deum* perfectamente cantado por nuestros jóvenes marineros alemanes, instruidos por el comisario de a bordo que es un músico consumado. Seguramente hacia largo tiempo que el servicio divino no habia sido celebrado con tanto fervor y recogimiento.

Cuando concluyó, una ligera agitacion del mar obligó a una parte de la reunion a ganar la ribera. El arzobispo se retiró conmigo a mi camarote, y allí tuvimos una conversacion muy interesante sobre la triste situacion de la comunidad cristiana en Albania.

La capilla dispuesta sobre el puente se trasformó en un salon de fiesta. Dispúsose en todo el rededor del buque una mesa cubierta de plata labrada, de vinos de lujo, de vasos de flores, sirviéndola numerosos domésticos en traje del tiempo de Luis XIV.

Cuando estoy en el mar, entre la tierra y el agua, me gusta disponerlo todo de modo que forme contraste con la simplicidad de este elemento y pueda uno creerse en el corazon de una ciudad opulenta.

El prelado tomó asiento en el banquete a mi derecha. El cocinero en gefe, que conocia mi gusto, dispuso con arte una comida parisiense. Trasportado súbitamente del seno de la cautividad y de una vida de anacoreta a un mundo en que reinaban la seguridad, la confianza y la alegría, el pobre arzobispo no sabia dónde estaba, y gozaba con reconocimiento de los bienes que Dios le enviaba. Cuando el champaña helado espumaba en las copas, me levanté y brindé por la salud del emperador. Las salvas de artillería resonaron, y toda la tripulacion, hasta el último grumete, cantó en coro el himno nacional, entonado por el comandante. Habia yo escrito las palabras la víspera, y nuestro doctor las habia puesto en italiano en la noche. Acaso era la primera vez que un canto popular se ejecutaba simultáneamente en dos lenguas. Su efecto fué arrebatador. Ese hermoso himno, cantado por tantas voces jóvenes y varoniles, y con tanta sinceridad y entusiasmo, tenia un carácter de grandeza que no podia dejar de producir su impresion en mis huéspedes extranjeros.

Cuánto mas no me hubiera conmovido si mi vista hubiera podido alcanzar a varios centenares de millas, franquear el mar y las tierras y ver lo que pasaba en aquel momento en las provincias de los Alpes. Aquel dia era para la persona misma del emperador, acaso el mas importante de su existencia. Rodeado de sus queridos padres y de toda su familia, miéntras que mis votos se dirigian a él de léjos, él elegia, en la primavera de su vida,

una amable y dulce compañera. Más valia que yo no lo supiese, porque el pensamiento de no poder ser testigo de esta dicha naciente, me hubiera entristecido profundamente en esa fiesta consagrada al regocijo.

El digno arzobispo, que habia conquistado ya nuestra veneracion, se despidió de nosotros despues del banquete. La separacion fué cordial. Los cristianos albaneses le siguieron; pero los jóvenes de la tripulacion, animados por el champaña, se divirtieron todavía largo tiempo a la sombra del follaje y de los pabellones. Fué un hermoso dia, cuya serenidad nada turbó, y cuya risueña y preciosa memoria conservarán por mucho tiempo nuestros corazones.

Rada de Aulona, 20 de Agosto de 1853.

No hay iglesia católica en Aulona. El P. Negri es quien trae los consuelos espirituales al reducido número de fieles de este lugar.

Despues de haber despedido al bey, al cónsul Reinecke y a toda su gente *intra muros,* emprendimos nuestro camino hácia la costa, entregándonos a alegres chanzas y a toda clase de ejercicios ecuestres. Allí, para volver al buque, se empeñaron nuestras ligeras chalupas en una verdadera regata.

Como es natural, la victoria quedó por mi fino bote inglés, preciosa herencia de mi difunto amigo K***: montado por los mejores remeros de la corbeta, cuatro hombres vigorosos y marinos consumados, volaba sobre las olas como un pez volador. Y sin embargo, hallaba yo, que a pesar de la victoria alcanzada, los picarones no habian remado con bastante viveza. Para castigarlos, hice que me pasearan de las doce a la una de la madrugada por la extensa bahía de Aulona.

Era una de esas noches misteriosas, como se ven en el mar cuando ningun soplo levanta las aguas plateadas por la luna y cubiertas por un ligero vapor como por un cendal mágico. Las montañas se ven mayores, la claridad de las estrellas aparece duplicada; el mas ligero movimiento del remo se repite de léjos en la superficie de las aguas: siéntese una especie de deliciosa inquietud, una impresion de soledad, y al mismo tiempo de independen-

cia y de confianza. Aun hoy dia es un enigma para mis marineros el saber por qué su capitan emprendió esa excursion a la *hora de los espíritus*.

Habiamos oído hablar vagamente de un presente de vituallas que nos destinaba el bey; es un uso insoportable del Oriente, de que me queria yo eximir. Como Aulona, segun habia podido confirmar por mí mismo, no tiene importancia alguna, bajo el punto de vista de los intereses católicos, me hice a la vela el 21 muy de mañana, para volver costeando la Dalmacia. Brisa ligera nos alejaba ya, cuando vimos al ganado que el bey nos destinaba, llamarnos desde la ribera con sus balidos. Acaso este llamamiento aguaria la boca a mas de uno; pero por lo que a mi tocaba, encantado estaba de romper todo lazo con la Albania.

Si este país es rico en esperanzas para el porvenir, en el presente solo es rico en decepciones, en materia de ciudades y de cacerías de jabalí.

MAS ALLÁ DE LA LÍNEA

CAPÍTULO TERCERO

1859 Y 1860

10 de Noviembre de 1859.

A un largo verano de dolorosa memoria habia sucedido un suave otoño mas parecido a la primavera que a la triste estacion en que todo languidece y muere. Las rosas, las violetas perfumadas, los azahares de aroma embriagante, lucian aun en nuestra agradable residencia de Miramar, en donde viviamos rodeados de fresca verdura y de las olas azules de la mar. Cuando ménos se esperaba, el frio se anunció tristemente con una brisa glacial que sopló toda la noche. El viento Norte invadió nuestro pequeño jardin, derribando sin piedad nuestras flores y destruyendo nuestras ilusiones. Aquel invierno, de que íbamos a huir, turbaba los sueños de la última noche que debiamos pasar bajo nuestro techo, y nos perseguia con sus gemidos siniestros que parecen decir: *memento mori.*

Hubo en la mañana algunas horas de calma, justamente las necesarias para la partida. Mi querido Miramar se mostraba por última vez con toda la seduccion de su hermosura meridional. Al nacer el sol, dí a toda priesa una vuelta por el jardin, corté las últimas violetas, dirigí la mirada por todas partes, y al fin, bajé la escalera de mármol del embarcadero, y me alejé en el bote con el corazon oprimido por una profunda melancolía.

Algunos instantes despues, me encontraba á bordo de la *Fantasía*, pequeño buque de corte atrevido y ligero. Ya sus ruedas he-

rian las olas, cuando los cañones de la batería resonaron en señal de despedida, y emprendimos la marcha sobre mi elemento favorito.

La costa y la mar estaban envueltas en las sombras, solamente Miramar brillaba, iluminado por un rayo del sol de otoño que tomé por un presagio favorable. Pronto comenzó a espumar la mar azotada por el soplo de la brisa: la *Fantasía* bailaba hasta rendirse de fatiga; pero confiados en aquel navío, que mas de una vez habia sido experimentado, pretendimos llegar a Pola, adonde me llamaban algunos asuntos relativos a la marina. Tenia que visitar un hermoso buque ya casi terminado y los trabajos del arsenal recientemente abierto.

En Pola soplaba tan violentamente la brisa que penetraba hasta la medula de los huesos. Me indignaba tener que sufrir aquel dia tan crudo, aunque debiera ser el primero y el último, cuando me habia lisonjeado de que debia sustraerme del frío, hallándome en este tiempo en las regiones de los trópicos. Contaba, pues, con pasar de un otoño tibio y florido a la risueña estacion de la primavera sin tener que soportar los rigores del invierno.

Mesina, 21 de Noviembre de 1859.

Abrió el tiempo, y el aire se sentia maravillosamente suave y benéfico. Para emplear la mañana, dimos un paseo por la ciudad y visitamos el jardin público, en donde los árboles aun estaban cubiertos de un tupido follaje: por todas partes habia flores y capullos. En fin, consagramos algunos momentos a la catedral y a la plaza en que aquella está situada.

Cerca de las tres nos reunimos para comer: la comida fué alegre; asistió a ella nuestro cónsul, hombre de mucho talento y de amena conversacion. A las cinco el vapor nos llevaba al Faro. El sol próximo a desaparecer, enviaba sus últimos rayos a las nobles montañas de Calabria, que parecian sonreir con aire de gratitud.

¡Extraño país es este reino de las Dos Sicilias! Cada vez que lo vuelvo a ver me siento seducido, embriagado con los encantos del clima y de la naturaleza, y cada vez me estremezco de nuevo pen-

sando en el estado en que se encuentran estas magníficas comarcas. No hay un pueblo en Europa, con la sola excepcion de los Lapones, que se halle tan bajo en la escala de la civilizacion. No hay un solo gobierno en la Europa que haga tan poco caso como éste del espíritu de la época y de los derechos del hombre: las administraciones que aquí se han sucedido hace algunos siglos, unas veces por corrupcion y perfidia, y otras con el ánimo de embrutecer, solamente han sabido afirmar más y más la preocupacion de que el soberano es todo y que puede hacer cuanto le plazca.

Luis XIV fué el primero que inventó la máxima de que el príncipe solo a Dios es responsable de sus actos; pero Dios está muy léjos de nosotros y no habla el idioma de los hombres. Sus determinaciones, aunque en ellas se quiera buscar el castigo, siempre se han interpretado á favor del soberano irresponsable; y por lo mismo, esta máxima ha venido a ser el verdadero tropiezo del principio monarquista. Los soberanos que no la han seguido y que obedecen con firmeza los principios del derecho, son los que aun permanecen en pié.

Nada se ha hecho aquí para levantar la dignidad del país y del pueblo: no hay caminos de hierro, ni aun siquiera vías cómodas para entregar al comercio los tesoros de la naturaleza: la justicia, este bien al cual tiene el pueblo un derecho imprescriptible, está organizada de tal manera, que únicamente los poderosos pueden ganar sus pleitos. Parece que se teme todo lo que es noble y grande: se castiga el entusiasmo; se ahoga en su gérmen el espíritu de asociacion, y sin embargo, esta es la única fuerza de impulso verdadero en el siglo diez y nueve, fuerza sin la cual, un Estado cae infaliblemente en la letargía.

Y a pesar de todo esto, el último rey, tal vez porque tenia un sistema fijo que adoptó con lógica y energía, tuvo muchos partidarios. Su sucesor, abrumado con esta herencia fatal, que no merece, seguramente jamás tendrá ocasion de mostrar si ha formado el designio de gobernar bajo mejores principios. El pueblo canta ahora:

Vivan di Napoli i maccaroni,
Che han più credito de' suoi padroni [1]

1 Vivan los macarrones de Nápoles, que valen mas que sus dueños.

¡Cuánto habrian podido hacer de este país manos hábiles y equitativas! Dios le ha concedido todo, le ha prodigado los tesoros naturales; pero los productos indígenas salen de aquí en estado bruto, para ser trasformados en las fábricas extranjeras, y volver bajo la forma de los objetos necesarios para la vida.

No falta el oro; pero se le deposita como capital improductivo, en las arcas comunes, para ponerlo al abrigo de los ataques incesantes de los bandidos. Actualmente hay ocho millones encerrados en Mesina, enmoheciéndose por falta de uso: los habitantes han solicitado el favor de que se les permita fundar un banco; pero el gobierno napolitano ha cerrado los oídos.

Los brazos mismos serian baratos, condicion muy favorable para el establecimiento de las fábricas; la prueba es que en Mesina fácilmente encontramos hombres que condujesen a bordo carbon vegetal a razon de once kreutzers por tonelada, miéntras que en Gravosa no nos fué posible encontrar quien lo hiciera por ménos de un florin.[1] Para concluir, pondremos, como un ejemplo, la manera con que aquí se invita a los funcionarios a que roben. Ultimamente fué favorecido en Mesina un empleado público con un nombramiento, cuyo tenor era el siguiente:

Visti i meriti distinti del di Lei signor padre, ed i lunghi servigi da Lei prestati gratuitamente, noi la nomiamo ad Aggiunto presso l'esazione delle imposte indirette in Messina provisoriamente, fuori di numero e senza soldo, affine che possa provedere onestamente ai bisogni della sua famiglia.[2]

(Alrededores de Málaga) Buen Retiro, 27 de Noviembre de 1859.

Salimos de Málaga al galope; a lo lejos se percibia el hermoso acueducto morisco iluminado por los rayos del sol, y llegamos a la aldea y al bosque de olivos que yo conocia ya. Aun estaban las parras cubiertas con sus hojas, en todas partes las flores embalsamaban el aire: hasta los árboles que comenzaban a desnu-

1 El florin de Viena contiene sesenta kreutzers, y equivale a poco mas de cuatro reales de nuestra moneda mexicana.

2 En consideracion a los distinguidos méritos del señor vuestro padre y a los largos servicios gratuitos que prestó, os nombramos adjunto de la recaudacion de contribuciones indirectas de Mesina provisionalmente, fuera de la nómina y sin sueldo, á fin de que podais proveer honradamente a las necesidades de vuestra familia.

darse tenian un resto de verdura. ¿Era todavía el otoño ó era ya la primavera? El cielo estaba radiante, la atmósfera tenia ese calor intenso que sentimos en nuestro país durante la estacion florida. El canto de las alondras resonaba alegre en los aires; las golondrinas describian sus curvas caprichosas, y las mariposas volaban de flor en flor.

En medio de las rocas que sirven de asiento a la aldea, ví un asno que buscaba los cardos, disfrutando de aquel bello sol; y siguiendo mi camino, decia dentro de mí: "Mas vale ser asno en Málaga que sabio en las regiones frias y húmedas del Norte." Apenas cruzó por mi espíritu este indecente pensamiento, cuando siguió la respuesta, como sigue el castigo despues de la culpa. Encontramos en medio del camino, en un lugar lleno de aloes, un pobre cuadrúpedo de orejas largas que agonizaba abandonado del universo, y cuya moribunda mirada parecia pedirnos auxilio é implorar nuestra compasion. Es verdad que entre nosotros, en el Norte, se ha visto a muchos sabios morir en el abandono, y sin haber tenido el beneficio de un sol caliente que ilumine su agonía.

Llegamos a *Buen Retiro*, y tocamos con la aldaba. Despues de una larga espera, vimos aparecer al mayordomo, que balbutiendo nos preguntó si llevábamos permiso. Se habian introducido algunos cambios en aquella morada, ordinariamente tan hospitalaria. La hermosa *señorita*, propietaria de aquella encantadora mansion, se acababa de casar con un personaje de Madrid, el conde de Villacázar, y su marido habia hecho la feliz residencia un poco ménos accesible. Sin embargo, despues de muchas explicaciones, logramos que se nos permitiese la entrada.

No hice mas que recorrer las habitaciones que me eran demasiado conocidas, y repentinamente me encontré en el terrado, bañado por los rayos del sol y embalsamado con el perfume de las flores. Era como un sueño dorado en un palacio de hadas. Por todas partes a mi alrededor las ventanas y los balcones estaban cubiertos de jazmines en flor; las rosas de cienhojas se ostentaban con todo su esplendor; la rosa de la Alhambra y el *Salvia splendens*, brillaban como llamas entre la yerba: innumerables naranjos estaban adornados con sus manzanas de oro. A la derecha el cuadro estaba circundado por una verde corona de *doubangas* se-

culares cargadas con su fruto; a la izquierda se veía desprenderse sobre un cielo trasparente una balaustrada en que se alternan con regularidad estatuas de mármol de una blancura nacarada, naranjos de hermoso verde y grandes tiestos de barro de formas caprichosas. Como un contraste de aquel conjunto tan gracioso iluminado con los dorados rayos del sol, una hilera de sombríos cipreses se levanta en el fondo del jardin. Salvando sus cimas severas, la mirada se extiende sobre la llanura rodeada por una cadena de montañas gigantescas. A la extremidad de aquella llanura se descubre la ciudad bañada por una reluciente atmósfera y asentada en la márgen de la mar, cuyas aguas tranquilas tienen el azul de la turquesa. Algunas velas blancas pasaban en lontananza como las imágenes de un sueño.

Cuando uno se coloca en aquel terrado, se encuentra rodeado por los esplendores de la naturaleza mas rica, combinados con todo el lujo de las artes: el mármol, la yerba y las flores se unen para producir una sensacion que excita. calienta y eleva la imaginacion. En semejantes momentos parece que todo florece dentro de nosotros, que nuestra alma tiene alas y que vuela, cantando con la alondra, por el puro éter de los cielos. *Buen Retiro* es un palacio aéreo: allí, en la soledad, bajo la sombra de los árboles seculares, sumergido en un océano de flores y de aromas, ve uno extendida a sus piés la hermosa tierra con todas sus riquezas; la mirada abraza la mar sin límites: el mundo, con todo lo que encierra de vida y de movimiento, de esfuerzos y de luchas, se abre delante de nosotros como un inmenso libro que podemos hojear segun nuestro capricho.

El verano jamás abandona á *Buen Retiro:* nunca aquella mansion se desnuda de su vestido de flores. Las personas de mi comitiva que no conocian a España, ni al verdadero Mediodía, estaban arrobadas en éxtasis. Semejantes a hombres a quienes se hubiese trasladado bruscamente de una prision tenebrosa a un salon espléndidamente iluminado y lleno de gente, no sabian hácia qué parte dirigir primero sus miradas. Nos paseamos por todos aquellos lugares deliciosos, por todas aquellas calles de follaje, que despertaban en mí los mas dulces recuerdos, sin perjudicar al presente, siempre lleno de sorpresas. Penetramos de nuevo en una

calle cubierta de sombra, bajo la vasta cima de los *doubangas* del mas rico verde, donde las aguas frescas de la montaña corren por arroyuelos adornados de conchas. Visitamos por segunda vez el estanque circundado por cipreses que se elevan hasta los cielos. Allí encontramos una reciente plantacion de plátanos de anchas hojas, cargados de innumerable fruto. Hicimos tambien nuestra visita a los palmeros y al pino gigantesco, y fuimos a sentarnos al pié de éste para deleitarnos con su sombra y con la pureza del agua.

Se necesitaron largas conferencias para persuadir al intendente de que nos enseñase los grandes juegos de agua del jardin, en razon de que se lamentaba de que gastándose el agua, faltaria para unas prensas de aceite y apénas bastaria para las fuentes; pero en fin, cuando todos tomamos empeño, el buen hombre tuvo que ceder, hizo girar las llaves, se estableció la comunicacion, por todas partes se oyó un sordo murmullo, y repentinamente apareció a nuestra vista la maravilla de *Buen Retiro*.

Bajo la extensa glorieta de follaje, dos fuentes brotaron a un mismo tiempo, una del suelo y otra de la bóveda. El agua, saliendo por un conducto en forma de concha, describia un arco y volvia a caer de copa en copa; mas léjos el leon español vomitaba un ancho y límpido chorro en un estanque poblado de truchas. Mil arcos de agua caían en innumerables jarrones de mármol: una ancha cascada se precipitaba ruidosamente al pié de la balaustrada sobre anchas gradas; brillaban los colores de las conchas avivados por el líquido elemento; saltaban las fuentes entre las flores y los matorrales del prado; un polvo plateado envolvia el negro follaje de los cipreses. En el estanque principal, ranas y lagartos lanzaban rayos de cristal; las divinidades acuáticas parecian deleitarse con la frescura del baño; millares de perlas húmedas brillaban gozosamente en el aire á los rayos del sol, y formaban sobre el fondo de verdura un arco-íris que se elevaba hasta el azul de los cielos. Colocándose entre las parras, a la extremidad de los juegos de agua, se disfruta del conjunto de este cuadro mágico, que nuestro amigo el pintor supo reproducir con una rara inspiracion.

El artista eminente que dibujó aquel jardin, supo sacar tan buen partido del terreno, que todas las figuras que las aguas re-

presentan en el aire, limitadas entre las dos sombrías paredes de los cipreses, ejecutan sus juegos fantásticos entre el espectador y los dorados rayos del sol. Iluminado por detrás, el menor chorro de agua resplandece como un arco de diamantes, sin que una sola de las perlas que lo componen se escape a la vista deslumbrada.

El nuevo propietario debe ser un hombre de talento y de gusto, porque ha escogido aquella glorieta para hacerla su comedor. Allí, tomando su comida a la sombra, circundado por una atmósfera tibia y suave, hace jugar y murmurar a su alrededor aquellos surtidores de agua: un rey no podria hacer sus comidas mas lujosas, ni podria presentar a sus convidados nada mas perfecto. *Buen Retiro* ha caido en buenas manos. Ya sea que el conde al levantarse de la mesa dé un paseo por el terrado, fumando un aromático cigarro, ó que sentado en un banco de mármol, rodeado por los perfumes del jazmin, contemple con dulce descanso el sol poniente que lanza una luz roja sobre las estatuas, los naranjos y las rosas, y derrama sobre la llanura y las montañas una expresion de languidez y recogimiento, aquel conde es un dichoso mortal, es un epicúreo reflexivo y refinado que jamás tendrá gracias bastantes que darle al destino por haberle concedido la posesion de semejante pedazo de tierra.

Corresponde a los griegos, aquellos artistas tan ingeniosos y tan delicados, la honra de haber sabido inventar la armonía de los goces. Los romanos, aunque mas groseros, se formaron en aquella escuela. Entre nosotros los alemanes, bebedores de cerveza, falta completamente el sentimiento de estas cosas. Pero tambien, no tenemos un sol que nos sonria, ni un clima en que se pueda tener confianza; nuestro aire es áspero y rudo, como nuestra existencia. Solamente en el Mediodía, y con especialidad entre los italianos, se encuentra aún el eco de los buenos tiempos clásicos antiguos. Los árabes de España sembraron una especie de oasis en el trascurso de los siglos: vemos todavía los restos de sus sueños petrificados y como cristalizados en Sevilla, Granada, el Cairo y Damasco; pero los habitantes del Norte, por una parte son demasiado extraños al sentimiento de las armonías, y por otra, circula por sus venas una sangre demasiado espesa para tener se-

mejantes concepciones. La armonía de los placeres, comprendida en un sentido elevado, supone la flor de todas las artes, los mas ricos colores en la pintura, las nobles formas de la escultura, los mas suaves acentos de la música, y aquella combina todo esto con los perfumes de la naturaleza, con las ventajas de un clima y de un cielo privilegiados, con todo lo que halaga los sentidos sin turbarlos, con todo lo que embellece la existencia y refina el espíritu. Así es como se forman los talentos, como el espíritu se hace creador y como el corazon sabe encontrar la poesía y los cantos.

Quisimos hoy ensayar un poco la realizacion de esta armonía tomando nuestro *lunch* en el terrado de mágicas vistas, entre los aromas del jazmin; pero a la puerta de aquel paraíso estaba de guardia un ángel armado con la flamígera espada, bajo el aspecto de rígido mayordomo, y no quiso permitir que comestible alguno viniese a profanar el eden confiado a su cuidado. Nos declaró con tanta energía como oportunidad, que *Buen Retiro* no es una fonda, y que si se concedia a una sola persona el permiso pedido, despues ocurririan otras cien a quienes no se les podria negar. Procuramos corromperlo con algun dinero, y rechazó altivamente los ofrecimientos, con lo cual en vez del vil metal, ganó mi perfecta estimacion.

Yo tambien soy dueño de un pequeño paraíso, donde una multitud de personas tendrá deseos de tomar su almuerzo, a la sombra de las camelias, sobre un delicado tapiz de césped, frente a las aguas azules del Adriático: quiera Dios concederme siempre un mayordomo igual a este.

La única concesion que nos hizo fué indicarnos el patio de la alquería como el mas conveniente para saborear nuestros placeres culinarios. Desempacamos el hígado gordo en conserva, el salmon, el queso de Chester y las carnes frias, y destapamos las botellas. La encantadora princesa A***, siempre amable, siempre activa, nos hizo un café delicioso, y *monsignor* hizo hervir la leche con raro talento; digo que con raro talento, porque consiguió hacer con aquella leche de cabra española, una crema muy agradable para un almuerzo de septentrionales. La alegría y la gracia sazonaron aquella comida, que no estaba demasiado mala para gentes arrojadas del paraíso. Ofrecí al mayordomo un vaso lleno de jerez;

mas lo rehusó, considerándolo sin duda como un disimulado medio de corrupcion. «*Me gusta que el español sea altivo:*» y entónces nos encontrábamos en un país y entre un pueblo que ha borrado del diccionario la palabra «vulgar.»

Durante este tiempo, terminaba el pintor un retrato muy parecido de este digno personaje, que tenia por compañero un jóven que le miraba con aire serio y estupefacto. Era un bonito muchacho que llevaba la cabeza cubierta con un sombrerito de terciopelo de buen gusto, y estaba vestido con una chaqueta abotonada, pantalon corto y estrecho, con hebillas de plata y polainas de cuero ricamente bordadas. En este país, donde todo el mundo es noble é importante, aquel muchacho nos pareció del campo al principio; pero despues supimos que era hijo del mas rico propietario de las inmediaciones. Aceptó un cigarro de la Habana que le ofercí, y me dió las gracias con mucha cortesía.

Con verdadero sentimiento dejé mi querido *Buen Retiro* y su magnífico terrado; pero el dia era corto y nuestros momentos estaban contados.

Gibraltar, 30 de Noviembre de 1859.

Se trataba hoy de asistir a una ceremonia muy curiosa, a unas bodas judías, en compañía de varios señores de nuestro conocimiento, de la familia del gobernador y de algunos convidados. Despues de haber atravesado la ciudad alta, llegamos por tortuosos caminos, á una casa de un exterior bastante aseado: el novio y los ancianos nos esperaban a la puerta para recibirnos. Ya desde el *Convento* veniamos acompañados por el mas rico israelita de Gibraltar, un judío vestido de frac al estilo moderno.

Al entrar nos recibieron con una música oriental acompañada con un canto gangoso que nos hizo pensar en los músicos del Evangelio. Numerosos grupos de judíos se oprimian en una escalera estrecha. Conducidos por el novio nos abrimos paso a través de aquella multitud. La señora de la casa vino hácia nosotros y nos tomó de la mano con un aire afectuoso: era una judía de grandes ojos, negros y brillantes, de mirada fria y reflexiva. Estaba vestida con un traje negro al estilo europeo, con la ortodoxa peluca, donde se veian enlazadas, segun el gusto oriental, perlas de oro y de plata.

Aquella mujer nos llevó a la pieza dedicada a las bodas, es decir, a un salon sencillo y limpio, amueblado a la europea; solamente que en honra de la santa ceremonia que se iba a celebrar, estaban encendidas muchas velas, no obstante la claridad del dia. Los mas ricos adornos resplandecian en aquella sala: las hermosas hijas de Israél, venidas de Tánger y de Tetuan, habian prodigado en sus tocados fastuosos el oro y los colores mas vivos; pero en medio de aquel brillo, entre aquellos grupos relucientes, habia uno que eclipsaba a todos los otros, tanto por su extravagancia como por su lujo.

Al pié de la pared principal de la pieza habian formado un estrado un poco alto, tapizado con cortinas verdes. La pared estaba cubierta de damasco encarnado, y un dosel del mismo color avanzaba sobre el estrado. Dos figuras sentadas contra la pared, semejantes a dos esfinges de Egipto, paseaban a su alrededor miradas severas y casi amenazantes. Eran matronas de Tánger, de tez tostada, y vestidas con ricos *caftanes* escarlatas bordados de oro. Su cabeza estaba adornada con una pieza de seda que caía de plano, como el tocado de los reyes egipcios: tenian pelucas de un negro mate sembradas de monedas antiguas y de joyas. Entre las dos, sentada en un divan y apoyada en la pared, una persona cubierta con un velo de color claro y coronada con una tiara recamada de perlas, permanecia inmóvil, como una figura de cera sobre la que el arte hubiera sabido imitar, por medio de brillantes colores, la frescura y la trasparencia de tonos que dá la vida.

Aquel espectáculo produjo en mí la mayor admiracion. Se hubiera creido ver al dios Vischnú en el templo de Benares: parecia un ídolo adornado con alhajas y sentado en un altar elevado entre dos dragones que exhalaban llamas.

Hasta despues de haberla mirado largo rato, pude asegurarme de que aquella estatua que parecia de cera, era de carne y de sangre, y que el ídolo inmóvil de ojos cerrados, no era mas que la novia judía. Allí estaba como si fuese una muerta: ni uno solo de sus músculos se veía latir, y era preciso fijarle mucho la atencion para percibir el ligero aliento que levantaba su pecho. El cútis no se le podia ver sino bajo el doble velo de tela y de rojo vivísimo que cubria sus mejillas; tenia las cejas pintadas de negro y ade-

más tres lunarcitos repartidos con regularidad en su rostro que parecia no carecer de belleza. La tiara muy alta, dividida por ricos bordados y enteramente cubierta de perlas, le daba el aspecto de un sér sobrenatural. Su seno se agitaba bajo un velo trasparente que cubria el corpiño lujosamente bordado. Una chaquetilla igualmente bordada de oro, con anchas mangas de seda le ceñia el talle; una enagua encarnada con nuevos bordados de oro cubria sus partes inferiores, y sus piés estaban calzados con unas chinelas compuestas con brillantes adornos. Traía las manos y los brazos esmeradamente envueltos en un paño de seda rojo.

Además de esto, la novia traía sobre sí toda especie de adornos: pendientes de filigrana con perlas y esmeraldas; guirnaldas hechas de monedas y piedras preciosas, caían por ambos lados de su cabeza; tenia el cuello adornado con gran número de cadenas de oro, con relucientes medallones y nudos de coral. Mas tarde pudimos ver que sus hermosos y blancos brazos estaban adornados con brazaletes moriscos, y sus bonitos y afilados dedos cubiertos de sortijas. Tal era el traje de aquella jóven de catorce años: en conjunto se veía espléndido y pintoresco.

Las dos *madres* de la novia, penetradas de la importancia de su papel, guardaban en sus tronos un continente lleno de altivez y orgullo. Medían a la multitud con sus arrogantes miradas, que en otro tiempo habrian hecho honor a la reina Jezabel. Su animacion formaba un admirable contraste con la tremenda inmovilidad de la jóven desposada.

Por fin entró el novio: traía la cabeza cubierta con una especie de cucurucho de madera, y colgando a un lado una bolsa de terciopelo bordada de oro. Iba seguido por dos rabinos: el primero era el gran rabino de Tánger, de hermoso y pálido rostro, adornado con una barba flotante: un turbante, sobre el que estaba negligentemente puesto un paño de algodon violeta cubria su cabeza. Era un verdadero personaje del Antiguo Testamento. Tras él venia el otro rabino, gordo, desarrapado, con facciones groseras y barba de chivo enteramente blanca. A los lados de éste venian un hombre y un jóven que traian en las manos gruesas antorchas de cera.

Presentaron al gran rabino un vaso lleno de vino en un plato:

comenzó a bambolearse cantando con voz gangosa algunas oraciones hebraicas, que la concurrencia repetia en coro de cuando en cuando. Bebió despues un trago y pasó el vaso al novio para que bebiese a su vez. Las dos madres presentaron el vino a la desposada, le inclinaron la cabeza como si fuese un cadáver, le levantaron el velo y le acercaron el vaso a la encarnada boca: ella mojó en él sus lábios sin abrir los ojos, y volvió a quedar en su inmovilidad: entónces rompieron el vaso, y una mujer judía de Tetuan lanzó el grito de alegría agudo y estridente de las mujeres beduinas.

El novio, que era horriblemente feo y que se parecia a los chivos de Egipto, ofreció a la novia un ancho anillo de oro cubierto con varios adornos. El viejo rabino avanzó luego, y volvió a comenzar con un timbal de plata la misma ceremonia, acompañándola siempre con oraciones cantadas, ó mas bien, chilladas.

Aquellas diversas ceremonias divertian mucho a las inglesas que asistieron en gran número a aquella solemnidad y con las disposiciones mas joviales. Seguian hasta los menores movimientos de las personas y hacian sobre ellos las mas cómicas observaciones. Una señora anciana que estaba sentada en un sillon cerca de mí, me contaba que durante ocho dias, el novio nada pretende de su nueva esposa, porque ésta debe pasar todo ese tiempo en el trono al lado de sus padres, recibiendo las visitas de sus parientes y de sus amigos. Añadia que, como el matrimonio no era mas que un negocio de dinero, la mujer tenia derecho para separarse de su marido al cabo de un año; y decia que si ella estuviera en lugar de la jóven tomaria este partido inmediatamente, en consideracion a lo feo y repugnante que era el novio.

Por último, un pariente dió lectura al contrato de matrimonio que estaba escrito en pergamino, y luego recitaron la última oracion por la reina Victoria y su familia.

Entónces bajaron a la novia del estrado, no sin grande trabajo, porque tenia siempre los ojos cerrados; la hicieron dar dos vueltas a la sala, bailando una especie de polaca: en este acto iba sostenida por dos notables ó parientes, alternativamente, y la acompañaban con cantos religiosos. La pintura que cubria su rostro no permitia que se observara en él el menor movimiento ni la mas ligera animacion.

Cuando la volvieron a llevar al estrado concluyó la ceremonia propiamente dicha, y vino la música compuesta de un violin y un hombre que tocaba en un vaso, a la manera árabe. Aquellos artistas se sentaron en el suelo y ejecutaron algunas canciones moriscas con una voz gangosa. Una jovencita, especie de *niña formidable*, se reunió con ellos, venia vestida a la europea, con un traje tornasol como el camaleon, y cantó y bailó el *Nahlie ho*, ese baile poco decente que conocia yo demasiado por haberlo visto en Egipto y en Argel. Es el mismo baile que se acostumbra con su melodía peculiar en todos los países árabes y moriscos, y solamente en España llega a la perfeccion.

Despues de la niña bailaron alternativamente todas las mujeres, unas casi obligadas y otras de buena voluntad, con el pañuelo en la mano como en Argel, ó acompañándose con el pandero. Las mas hermosas eran, como en nuestro país, las mas adornadas. Se hacian de rogar por largo rato, y algunas, con gran diversion del gobernador, se dejaban llevar por los hombres, despues de una batalla en regla, hasta en medio de la sala. Una vez allí no oponian dificultad para ejecutar, con aplauso de la concurrencia, los movimientos que componen este baile: contorsiones, evoluciones, inclinaciones, alargamientos y otras figuras en que las mujeres parecen de goma elástica. En aquella representacion el mas feliz era sir William Codrington, el gobernador, y la mas admirada su excelente *lady*. Las judías mas viejas y mas feas fueron las que primero se presentaron a bailar con el mayor empeño.

La estrella de la reunion era una jóven llamada Hadra Nahon, de Tetuan. Llevaba, como las demas, un vestido análogo al de la novia; pero dispuesto con mas gusto y formado de colores mas brillantes. La enagua era de terciopelo azul bordado de oro, y en la cabeza llevaba sobre el paño de seda encarnado una gorrita inclinada hácia adelante, muy parecida a las gorras escocesas, guarnecida de perlas. Estas gorritas son la señal distintiva de las señoras de Tetuan, miéntras las de Tánger solo usan el paño de seda, puesto de plano. El rostro de aquella jóven tenia algo de extravagante y de fantástico: ojos de un color azul violado, cejas altas muy arqueadas, nariz pequeña y algo levantada, labios gruesos y encarnados, dientes que brillaban como perlas. Los

brazos redondos y blancos como el mármol, y sus manos pulidas y rosadas, adornadas con esmeraldas preciosas, eran de la mas exquisita hermosura. Hadra Nahon fué obligada a bailar tres veces, y en todas ellas fué aplaudida con el mayor entusiasmo. Despues de ésta, la mas hermosa era una israelita de Tánger, una verdadera Judit por el talle y la actitud: desde luego conocí que era la misma que habia visto en Tánger en 1852. Ocupaba el tercer lugar una mujer de Tetuan, otra hermosura oriental, con cierta mezcla de coquetería europea, ojos de ciervo, negros y muy grandes, admirable nariz griega, boca siempre sonriendo, y una expresion amable y traviesa. Todo su sér tenia algo de opulento y de voluptuoso: era la seduccion en persona cuando bailaba acompañándose con el pandero.

Habia otra que tenia un aspecto verdaderamente cómico: era una mujer vestida de verde, semejante a un árbol recien podado, y que se ocupaba demasiado en ostentar sus miembros rústicos. Las *madres* de la desposada lanzaron miradas de víbora cuando se les obligó a bajar del trono para bailar a su vez. Miéntras bailaban ví separarse lenta y recatadamente las pestañas de la novia; luego abrió un ojo y despues el otro como un liron que despertara de un largo sueño.

Mi principal diversion fué una vieja gorda y pequeña, viva como una lagartija: todo lo veía, todo lo oía, y se mezclaba por todas partes. Sus ojos negros y penetrantes, de una expresion burlona, estaban siempre en movimiento, acechando todos los rincones de la sala y buscando algo en que pudiese mezclarse. ¡Aquellas eran sonrisas de complacencia, carcajadas de alegría, admiraciones, preguntas! Toda su persona me recordaba singularmente a cierta jovencita húngara de mi conocimiento, charlatana decidida, para quien el vocabulario de las imprecaciones, que dice sin intencion de ofender, es mas familiar que su libro de oraciones. Su paño de seda estaba atado de una manera negligente, así es que el nudo venia a formar por delante una especie de cuerno. Cuando la invitaron a bailar, sus ojos chispearon de contento y ejecutó su obra maestra con una animacion juvenil. Aquella mujer debe tener la memoria llena de alegres recuerdos que la hacen tener mucho atractivo para sus amigos: por esto sin

duda, cuando se puso a bailar fué saludada con muchas aclamaciones.

Viendo que el entusiasmo del gobernador se enardecia mas y mas, y que no habia esperanza de que pusiera fin a aquella diversion, me decidí a interrumpir el curso de sus ideas por medio de preguntas sabiamente calculadas.

Luego nos condujeron a una sala del piso inferior para ofrecernos refrescos, a saber: frutas en conserva, un magnífico pastel de bodas, azahares en almíbar, que los judíos llaman *cabellos de ángel,* vino de España, que bebimos a la salud de los recien casados y excelente *Rosoglio di Barberia.* Hadra Nahon y la hermosa judía de Tetuan bajaron con una de las *madres* de la novia para que pudiésemos admirar de cerca sus ricos adornos. Nos trataron con el desembarazo de las señoras de buena sociedad, les estrechamos cordialmente la mano, así como al novio, y regresamos a nuestra casa al caer la noche.

Madera, 6 de Diciembre de 1859.

Habíamos llegado al frente de Madera y seguiamos la costa oriental de la isla. Volví a ver con tristeza el valle de Machico y la amable Santa Cruz, donde hace siete años trascurrieron para mí tan dulces momentos. En el vasto navío lleno de gente, en que todos los pasajeros contemplaban con éxtasis las maravillas de la naturaleza que se desarrollaban a su vista, yo era el único peregrino de aquella época bienaventurada. Siete años han pasado desde entónces sobre mi cabeza, siete años de alegrías y de penas, fecundos en pruebas y en decepciones amargas, ruda escuela de la experiencia, durante la cual la rueda de la fortuna giró mas de una vez de una manera imprevista y repentina, trayendo alternativamente la prosperidad y la afliccion. En aquella época comenzaron mi *aprendizaje y mis viajes*, cuando festejé aquí tan alegremente mi vigésimo aniversario; y ahora, infatigable peregrino, moderno Ahasvero, me encuentro de nuevo en este lugar, el único de aquella reunion tan feliz y tan brillante. Ya murieron ó se dispersaron por el mundo todos aquellos, que en el regocijo de los festines, me deseaban dicha y prosperidad. Fiel a mi palabra, vengo a buscar en las olas del Océano un descanso

que la Europa vacilante ya no puede dar a mi alma agitada. Sin embargo, una melancolía profunda se apodera de mí cuando comparo ambas épocas: hace siete años que yo despertaba para la vida y caminaba alegremente hácia el porvenir; hoy, al ver de nuevo estas riberas, me siento con una lasitud increible: mis hombros no están ya libres y ligeros, tienen que llevar la carga de un amargo pasado.

Madera, Funchal, 11 de Diciembre de 1859.

Hoy he visitado el hospital fundado recientemente por la emperatriz viuda del Brasil. Es un hermoso edificio, sencillo a la vez que majestuoso, del gusto del renacimiento, y cuya fachada recuerda los palacios y los hospitales de Nápoles. Está hecho para recibir a doce tísicos de cada sexo. Los pobres están aquí bien atendidos, y aunque ningun cuidado puede curarles ese mal que no tiene remedio, al ménos pasan sus últimos instantes en calmada y dulce paz. Cada enfermo tiene su pieza amplia, hermosa, ventilada y con vista sobre el Océano: en el centro está una bonita capilla bañada por el sol, donde el alma se eleva hácia Dios y se reconcilia con el cielo, del cual se encuentra tan cerca. El hospital, a pesar de sus limitadas proporciones, es lo que existe mas perfecto en su género, y en vano se buscaria en Europa algo que se le pareciera. Estaba reservado a Funchal poseer una cosa tan hermosa.

Sobre la escalera está una inscripcion con letras de oro grabadas en mármol negro que recuerda el triste orígen de este establecimiento. Aquí murió del pecho el 4 de Febrero de 1853, la hija única [1] de la Emperatriz, criatura perfecta que dejó este mundo ingrato, como un ángel puro de luz, para volver al cielo, su verdadera patria. El hospital es el noble fruto del dolor inmenso de una madre infortunada, que ha dejado el nombre de su hija al edificio en que ella busca el único consuelo que le queda para lo futuro, el de aliviar a los desgraciados. Esta expresion sublime del dolor, este uso de los bienes que Dios nos ha dado, son el mas bello testimonio de una alma verdaderamente cristiana. Del hospital me dirigí a la casa, que no está lejos de él, donde el ángel

1 Véanse la página 214 y las últimas líneas del tomo primero.

amargamente llorado dejó la tierra, y permanecí por largo tiempo abismado en pensamientos de tristeza y de duelo bajo el árbol magnífico que la protege con sus ramas y su sombra.

Isla de Tenerife, Tacoronte, 19 de Diciembre.

Muy temprano nos pusimos en camino. La mañana estaba fria y desagradable. Seguimos por largo rato la vertiente norte de la isla, entre campos bien cultivados y palmeros, hasta Tacoronte, grande aldea, donde se nos habia dicho que existia un rico anticuario, D. Sebastian Casilde. Fuímos recibidos de la manera mas insinuante por aquel amable anciano, que colecciona sin cansarse hace mas de cuarenta años.

Nos condujo á su casa que inmediatamente revela la comodidad y el bienestar. Grandes piezas del piso bajo encierran una coleccion bien organizada y que merece ser vista. La pieza mas interesante para mí fué aquella en que se encuentran las antigüedades del tiempo de los guanches.

Habia cuatro momias reales, de las cuales tres estaban en una caja: los cadáveres disecados, ennegrecidos, pero bien conservados, estaban envueltos en pieles de cabra: su aspecto me recordó los rostros tan horriblemente contraidos de los *Frati secchi* de Palermo. Estos conservaban su cabellera negra y ondulada, y dientes blancos y ordenados. La cuarta momia estaba de pié en un nicho con cristales, envuelta en pieles y atada con vendas, al estilo egipcio, tal como se encontró en el sepulcro. A sus piés yacian los sellos de los reyes, es decir, sencillas piedras en que están grabados dos bastones en cruz. Los guanches no sabian escribir y se servian de estos sellos como de una insignia de la dignidad soberana.

Nuestro anticuario conservaba en una redoma una muestra de la sustancia con que las momias habian sido embalsamadas: parece estar compuesta de sangre de drago y agua salada. Segun decia Casilde, se licuifica espontáneamente por medio de un alto calor ó de un gran frio. Don Sebastian nos dió un pedazo bastante grande de la sustancia dura, que aceptamos con gratitud: la líquida se parece al café.

Coleccion muy interesante es tambien la de las armas de los

'stadores y las de las víctimas de la conquista: las primeras
ı naturalmente a la edad média española, son espadas
v alabardas. Las otras son lanzas con punta de pie-
espadas de madera. Cuando se comparan estas
no dejar de admirar el valor de los guanches,
leones a sus enemigos.
'ccion de autógrafos de los conquistadores
·obre todo para los españoles.
uebles de los antiguos habitantes, vi-
aguamaniles de basalto y de ladrillo,
yo habia comprado en Orotava. El objeto
duda, era una ánfora de forma romana, con la
.ı XXI grabada en un lado. Se encontró en una tum-
, y seguramente fué traida de África por los antiguos ha-
..antes.

Nos llamó la atencion una inscripcion trazada en basalto y descubierta en una cantera de la isla de Palma. Nuestro amigo el pintor, que es muy inteligente en cosas orientales, reconoció en ella huellas manifiestas de caracteres árabes. Quizá se hallaba mas cerca de la verdad que el obispo de Palma, que reputaba babilónicos los caractéres de esta inscripcion, que suponia haber sido ejecutada por obreros chinos; opinion que aquí se sigue con generalidad.

Además, el museo Casilde contiene ejemplares de mineralogía, de zoología, un poco de todo, desde un feto nadando en espíritu de vino, hasta verdaderas obras de arte. Solamente las bellas artes se encuentran aquí muy mal representadas. Nos detuvimos de preferencia delante de los objetos de etnografía, sobre cuya materia se hallan cosas muy curiosas en las colonias de Filipinas y de América. Mi digno huésped me enseñó una obra muy interesante relativa a México: en ella se veía dibujado, con armas y trajes, un zodiaco de los antiguos mexicanos.

Volviendo a los guanches, todas las antigüedades que de ellos se han descubierto, parecen demostrar que eran originarios de África y que pertenecian a una raza semítica que conservó las antiguas tradiciones de los egipcios. Lo que prueba que eran semitas y verosímilmente de una rama de Berbería son sus largas

y lacias cabelleras. Sus armas y los objetos de menaje recuerdan, por su figura y su materia, los usos de Abisinia de la Berbería interior. La manera con que las momias están preparadas y la forma de los sepulcros tienen el carácter egipcio.

La piedra de que he hablado ántes viene a ser una prueba del orígen oriental y contradice la hipótesis de que los habitantes de las islas Canarias descienden de los cincuenta mil cartagineses que, en el momento de la toma de Cartago, se salieron de la ciudadela y se fugaron en sus barcos. Desgraciadamente no se sabe en qué época fueron pobladas las islas. La ánfora que mencioné parece indicar un tiempo en que los romanos dominaban ya en algunas partes del África septentrional.

La emigracion debió partir de África: esto se justifica no solamente por los datos que hemos expuesto, sino aun por la disposicion de las localidades. Están tan cerca del continente, que desde Fortaventura se vé la costa; y por el otro lado, desde la ribera africana han debido descubrirse los fuegos y las nieves del pico de Tenerife. Cada una de las islas parece haber sido poblada separadamente, aunque por una sola y misma raza, porque los conquistadores encontraron en ellas analogías de idioma y de costumbres, pero con grandes diferencias. En ciertas islas estaba bien recibida la poligamia; y en cambio, en Lancerota las mujeres podian tener tres maridos: cada uno de ellos tenia el mando durante un mes, y en ese tiempo los otros dos eran sus servidores; pero, segun parece, la mayor parte de las mujeres se contentaba con un solo marido.

El historiador Viera pretende reconocer dos razas y dos idiomas diferentes. Como los guanches, y esto está demostrado, no tuvieron el menor conocimiento de la navegacion, era imposible toda relacion entre las islas. Esta ignorancia y la falta absoluta de usos que hayan podido ser tomados de los mahometanos, hacen suponer que aquel pueblo procede de una remota antigüedad. Verdad es que Plinio habla de aquellas islas desde el tiempo de la expedicion fenicia y cartaginesa, y dice que allí se encontraron las ruinas de un antiguo templo; pero no refiere una sola palabra de la poblacion. Los guanches son un pueblo que desapareció hace cuatrocientos años y desgraciadamente su idioma murió con ellos.

Respecto de sus usos y costumbres en tiempo de la conquista que los exterminó, únicamente tenemos lo que nos dicen los historiadores españoles, de los cuales los mas bien recibidos son Viera y Bergeron: contienen algunos pormenores y tradiciones que no carecen de interes.

En la isla de Tenerife, los guanches honraban a *Acheman* como divinidad suprema. El representante del mal principio, el demonio se llamaba *Kuaiota:* la creencia popular suponia su residencia en el cráter de un volcan. Segun Viera, reinaba la idolatría en la Gran Canaria y en Palma. En la primera de estas islas, cierto cráter apagado ya representaba su papel en el culto religioso: los habitantes constantemente ofrecian víctimas en sacrificio a una roca que amenazaba ruina, exclamando: «¿Caerás pronto?»

Tenian tambien un lugar de peregrinacion que iban a visitar cuando les amenazaba el hambre. Esta plaga los atormentaba con tanta frecuencia, que las mujeres no tenian derecho para dejar vivir mas que a sus primogénitos. En estas ocasiones traían todos sus rebaños de cabras, separaban de las madres a las crias, y pretendian enternecer los oídos de los dioses vengadores con los balidos lamentables de los desgraciados cabritos, a los cuales unian sus propios gemidos.

Los guanches tenian una divinidad particular para los hombres, *Eraoranhau*, y otra para las mujeres, *Moraiba*. Despues de la introduccion del cristianismo, Jesus y María tomaron respectivamente el lugar de aquellas. Estas dos deidades estaban establecidas en dos rocas muy elevadas que se llamaban *Pandaiga* y que hoy llevan el nombre de *Santillos de los antiguos*.

Guardaban en una caverna al *Aranfaibo*, animal que pertenece a una especie de cerdos muy pequeños. En los tiempos de calamidad, se le hacia salir de su gruta con grandes clamores, y podia vagar libremente hasta que el mal estaba conjurado; y entónces era de nuevo conducido a su domicilio en gran triunfo. Algunas jóvenes participaban con él de la gruta sagrada: estas usaban vestidos de piel blanca mucho mas largos que los de las otras mujeres: gozaban de grandes privilegios en los consejos, y de la presidencia en todas las ceremonias; y en cambio, tenian la obligacion de presentar todos los dias una ofrenda de leche al *Aranfaibo*.

Los guanches honraban tambien a un profeta llamado *Guanamare*, a una sacerdotisa nombrada *Tibabina* y a su hija *Tamaronte:* estas dos últimas tenian parentesco con la divinidad, y de consiguiente gozaban de un gran poder.

Habia una clase particular de sacerdotes que se ocupaba de embalsamar a los muertos. Despues de muchos lavatorios con agua salada, frotaban los cadáveres con yerbas aromáticas y manteca de cabra. A la manera de los egipcios, abrian el cadáver por un costado con una piedra de obsidiana afilada que llamaban *tabaros;* lo llenaban despues con yerbas aromáticas y polvo de madera, y lo dejaban secar al sol por espacio de quince dias. Durante este tiempo celebraban fiestas públicas, y algunos oradores elogiaban las virtudes del difunto. Por la desecacion, el cuerpo se ponia tan ligero como si fuese de carbon; y lo envolvian en seguida en pieles de cabra cosidas con espinas de pescado y que tenian algunas marcas distintivas. Las personas de rango elevado obtenian pieles mas finas que las otras: sus cadáveres eran depositados en ataúdes de abeto y conducidos a las mas altas cavernas de la isla. Delante del cuerpo colocaban un vaso de leche, a fin de que los muertos en el momento de su resurreccion no carecieran de alimento. Las cavernas adornadas estaban reservadas para los reyes y para los grandes; el comun del pueblo era amontonado, sin embalsamamiento, en grandes cuevas. Viera habla de las grutas que ha visto, y segun él, las mas grandes se llamaban *Arrigo* y *Gamari:* dice que encontró en ellas cerca de dos mil muertos. A principios del siglo se descubrió tambien cierta cantidad de sepulturas de esta clase en las rocas de *Tacoronte* y de *Sauzal,* y las momias que allí se hallaron han servido para habilitar los gabinetes de toda Europa. Pero el pueblo y aun más los españoles que se introdujeron a las islas guardan el mas profundo secreto respecto de estas localidades; de suerte que todavía se descubren algunos sepulcros nuevos de cuando en cuando.

Las momias de los hombres se distinguen en que tienen las manos extendidas, miéntras las de las mujeres las tienen cruzadas por delante. Las piernas están dobladas por la rodilla, y los piés sólidamente adheridos al cuerpo. Pretenden haber descubierto en Fortaventura la momia de un gigante de veintidos piés de

longitud, llamado *Mapai:* tambien se dice que los descendientes del rey Uimar llegaban a un tamaño de catorce piés y que tenian ochenta dientes; pero todos los cuerpos que se pueden ver son de una magnitud ordinaria, aunque presentan diferentes caractéres, segun las islas a que pertenecen.

Cuando un guanche sentia que se aproximaba su muerte, llamaba a sus parientes, y les decia: *Vaco guare* (Voy a morir). Entónces lo llevaban a una caverna, lo tendian sobre una piel delicada y ponian a su lado leche y mantequilla, cerrando luego la entrada para que pudiese esperar la muerte sin ser turbado en sus últimos momentos.

El gobierno de los guanches era monárquico, y el rey se veía rodeado por una nobleza poderosa. El último soberano independiente se llamó *Bencomo* y reinó en el siglo quince: despues de una larga y gloriosa resistencia, sucumbió ante las fuerzas superiores de los españoles, y se dejó bautizar con su hija, la hermosa y afamada *Dacila.*

Sabido es que la isla de Tenerife formó por largo tiempo un reino aparte. El último soberano que la poseyó entera y sin diminucion de su autoridad, fué *Tenerfe el Grande,* que vivió cerca de cien años antes de la conquista. Dejó nueve hijos legítimos y uno bastardo llamado *Acaimo.* Aquellos diez herederos se dividieron la isla; pero no tardó en producirse entre ellos la discordia: el príncipe de *Tahoro* se apoderó de la supremacía, y obtuvo con la victoria el título de *Onchibe*, ó «Majestad Suprema.» Despues de la nobleza venian el pueblo y los esclavos. La distincion de castas se explicaba con la siguiente tradicion: Dios creó primero a los hombres, a las mujeres, a la tierra y al agua: dió rebaños y frutos a los habitantes de la tierra; pero como la especie humana se multiplicaba, dijo a los que llegaron al último: «Servid a los que han llegado ántes que vosotros, y estos os darán con que vivir.» Así fué cómo tuvo orígen la diferencia de clases.

El *Tagean,* ó gran sacerdote, que ocupaba el segundo lugar en el reino, tenia el privilegio de conceder la investidura de la nobleza. El candidato debia haber nacido de padres nobles, ser rico y hallarse en estado de manejar las armas. Se presentaba ante el *Faikan*, que era el gran consejo sacerdotal, y para esta circuns-

tancia, habia de tener los cabellos largos y sueltos. El gran sacerdote pronunciaba entónces en alta voz las palabras siguientes: «Os conjuro a todos, en nombre de *Aleorak* (Dios), para que digais si habeis visto alguna vez a N***, hijo de N***, entrar en algun corral, ó si lo habeis visto ordeñar ó degollar alguna cabra; ó si lo habeis visto alguna vez preparar su comida de medio dia con sus propias manos, ó si alguna vez ha cometido robos en tiempo de paz ó si ha tenido mala reputacion con relacion a las mujeres.» Si la respuesta era favorable, el jóven recibia la investidura con la lanza, y le cortaban los cabellos tras de las orejas. Si la respuesta era mala, le cortaban todo el pelo, se declaraba que debia pertenecer a la clase inferior, y quedaba para siempre incapaz de aspirar a la nobleza.

Los reyes y los nobles tenian delante de sus habitaciones grandes plazas cuadradas y rodeadas de bancos de piedra, que se llamaban *Tagoror:* en ellas celebraban sus asambleas y sus consejos. Aquellas plazas servian para las solemnidades y las fiestas de la coronacion: las adornaban con palmeros, laureles y plantas aromáticas: el rey, vestido con una tela preciosa que llamaban *tomarek*, se sentaba en un trono elevado, cubierto de magníficas pieles. La manera con que se hacia la coronacion del rey era la siguiente: el mas anciano de sus parientes ó de sus amigos traía respetuosamente un hueso del antiguo monarca de Tenerife, y lo presentaba al nuevo, el cual lo besaba, lo ponia en su cabeza, y exclamaba: «Juro por este hueso de mi antecesor, el gran Tenerfe, imitar sus acciones y procurar la felicidad de mi pueblo.» Despues de esto los vasallos lo levantaban en sus hombros, diciendo: «Juramos, por la solemnidad de este dia, unirnos para la defensa de su reino y de sus descendientes.» El pueblo aclamaba entónces al nuevo monarca. Cuando el rey iba de marcha, le precedia siempre una persona que llevaba una lanza adornada con una banderola.

El pueblo de los guanches era alegre y accesible a los placeres y a las diversiones. Aun durante la guerra, los festejos no se interrumpian por las hostilidades, lo cual es prueba de un humor verdaderamente contento y de un valor calmado. Cuando bailaban se acompañaban con tamborcitos ó flautas y palmoteaban las

manos. El baile actual de los insulares se parece notablemente al de los judíos de Tánger.

Todos los historiadores hacen el mas aventajado retrato de los antiguos habitantes de la Gran Canaria. Los hombres eran altos, robustos, ágiles, fáciles de conmover, valientes y fieles: las mujeres eran hermosas y tiernas: sus ojos rasgados poseían un encanto particular, como los de las mujeres del norte de África; sus cabellos eran largos y finos.

Hé aquí un antiguo uso de este pueblo, que todavía se observa en Marruecos: ántes del matrimonio la novia pasaba treinta dias en una gruta, donde se alimentaba con *gofio*, que es el alcuzcuz de los actuales habitantes de Berbería, hasta que llegaba a cierto grado de gordura. El matrimonio no podia tener lugar antes de que el *Faikan* hubiese declarado la aptitud de la casada: obtenido esto, el sacerdote ó el gefe de la raza entregaba la novia a su marido, disfrutando en recompensa del *jus primæ noctis*.

Las cavernas adornadas que se encuentran no solamente servian para sepulturas de los reyes y de los ricos, sino que tambien eran las habitaciones que ocupaban: residencias calientes en invierno y frescas en verano. La mayor parte de ellas están ahora inaccesibles: generalmente son cuadrádas, con bancos alrededor, y tienen nichos practicados en las paredes. Las mas hermosas y mas elegantes son las cavernas de Guimar: los pobres habitaban en cabañas de piedra.

El menaje de los insulares era muy limitado: se componia de los molinos de mano de que he hablado ya, y que servian para la preparacion del *gofio*, a los cuales deben añadirse las vasijas de barro ó *ganigo* que tambien he mencionado: éstas servian, como entre los habitantes de Berbería, para conservar la leche. Hacian fuego frotando uno con otro dos tallos de cardo seco, y esta costumbre aun se conserva en las islas. Los instrumentos cortantes llamados *taboras* se hacian ordinariamente de obsidiana; las cucharas eran conchas de la mar. Hacian agujas con espinas de pescado ó de palmero: las fibras de los animales servian de hilo para la costura.

Endurecian al fuego sus lanzas, lo mismo que sus espadas. Estas armas eran de madera, segun hemos dicho; hacian sus escu-

dos con la corteza de la planta que se llama *dragon*. Sus camas se componian de yerba seca, cubierta con pieles. Sabian trenzar elegantemente las cañas para hacer canastos y armarios. La roca de basalto que formaba las cavernas, les servia para fabricar asientos. Hacian antorchas, como aun se vé en los Alpes, con astillas de madera de pino, y tenian redes para pescar.

Su traje se componia de una túnica de piel de cabra sin mangas, suspendida por los hombros y recogida con un cinturon teñido de verde, amarillo ó encarnado, con los jugos de las plantas. Las mujeres usaban el mismo vestido, aunque mas largo. Era privilegio exclusivo de la nobleza llevar médias, que llamaban *nirmas;* el calzado tenia el nombre de *nercos*.

Aquel notable pueblo disfrutaba de leyes muy justas; pero seguia el precepto del Antiguo Testamento: ojo por ojo, y diente por diente. Las sentencias de muerte se ejecutaban de una manera horrible, generalmente en medio de algun regocijo: tendian al criminal en el suelo, y le aplastaban la cabeza entre dos piedras.

Despues de haber examinado en todos sus pormenores aquella curiosa coleccion, nos despedimos del digno anciano, y le dimos las gracias cordialmente por la amable acogida que nos habia hecho.

Gran Canaria: Las Palmas, 26 de Diciembre.

Muy temprano nos dirigimos hácia tierra. Nuestra primera visita fué para la Catedral; pero no encontrando misa en ella, nos encaminamos á la iglesia del Seminario. Allí todos los jóvenes levitas estaban reunidos en medio del templo, con la cabeza cubierta con unos bonetes puntiagudos, algo parecidos á los tocados chinescos, ordenados por secciones, y ejecutaban con mucha regularidad sus maniobras, cantando los maitines. Aquellos pobres jóvenes, bajo sus sobrepellices, tenian mas deseos de reir que de salmodiar su oficio como máquinas.

Siento una profunda antipatía contra esa especie de fábricas, donde se forma el clero por varas: a mi modo de ver, nada es mas funesto para la verdadera religion. Toman niños que están en su mas tierna edad, cuyo espíritu está poco formado para tener el menor sentimiento de la grave mision que les aguarda, y desde sus primeros años les imprimen una falsa direccion: no se les enseña a

conocer el mundo con la experiencia de la vida; se les infunde una inclinacion de exagerada castidad, intolerante, repugnante, que no es la mas a propósito para aumentar su influencia y su autoridad espiritual sobre la masa de los fieles. Todos los grandes santos y los verdaderos Apóstoles del cristianismo obedecieron á una vocacion personal, y escogieron su estado con madurez y conviccion. Desde San Pablo hasta San Agustin y San Ignacio de Loyola, aquellos poderosos espíritus no hubieran ejecutado nunca tan grandes cosas en el dominio de la fé, si anticipadamente no hubiesen podido apreciar el mundo por sus lados buenos y malos. Los pedagogos modernos pretenden que los seminarios de niños son de la mayor necesidad, porque sin ellos no habria eclesiásticos; pero esta sola afirmacion encierra, en mi concepto, la condenacion del principio de apremio. La libre eleccion debe conducir a todo lo que hay de bueno en este mundo; el espíritu está destinado para ilustrarse, y no se le debe encadenar a la primera luz que refleje.

Ya se trate de militares, de artistas ó de sacerdotes, todas las instituciones consagradas a fabricar hombres, dan siempre malos resultados. Las escuelas militares de la Europa oriental, con la rigidez de su disciplina, no producen mas que una cosa, tropas que ejecutan maniobras en el terreno de parada, y que aprenden las conversiones y los despliegues de frente, como los monos en el teatro de una feria.

¿Acaso las escuelas modernas de bellas artes han dado alguna vez grandes artistas? Profesores de dibujo, sí; pero el genio siempre ha nacido fuera de las costumbres de la fábrica.

De la misma manera, los genios de la Iglesia jamas se han formado en los seminarios. El que no ha visto el mundo no puede comprenderlo; y por lo mismo, nunca conseguirá instruirlo.

Vapor imperial Elisabeth, 10 de Enero de 1860.

Anchos méganos de arena y el color de las aguas que tomaron repentinamente un verde claro, nos permitieron reconocer el lugar en que el *rio San Francisco* se arroja en el Océano. Aquellos largos méganos de un amarillo dorado nos hacian recordar los

desiertos que se adelantan sobre los bordes de la mar cerca de Alejandría.

Al aproximarse la noche vimos alejarse mas y mas la primera isla de América. Se diria que millones de diamantes brillaban en el cielo de un azul oscuro. Por primera vez me era dado admirar las *nubes de Magallanes:* eran como un polvo de estrellas, como el aliento de los espíritus que parecia empañar el espléndido espejo del firmamento.

Brasil, Bahía (ó San Salvador), 11 de Enero de 1860.

Al levantarse el sol la costa se encontraba cerca de nosotros: aparecian vastos méganos cubiertos de vegetacion. Con el anteojo, y aun con la simple vista, se podia distinguir una pared de cocoteros soberbiamente alineados que cercaban la ribera, como si formaran un marco plantado por la mano de los hombres.

AMERICA

CAPITULO CUARTO

BAHIA Y EL BRASIL

Bahía (ó San Salvador), 11 de Enero de 1860.

Eran las diez de la mañana cuando entramos en la extensa *Bahia de todos os Santos.* El sol resplandecia en toda su gloria, y el cielo azul oscuro estaba reluciente. Mi alma se sentia inundada de alegría y de entusiasmo: era uno de aquellos momentos en que verdaderamente se extiende a nuestra vista un mundo nuevo en todos los sentidos de la palabra. Quisiera uno tener cien ojos para abarcar a la vez las maravillas desconocidas que se descubren repentinamente por todas partes. En medio del regocijo que se siente, se experimenta el pesar de no poder comprenderlo todo y recogerlo en la memoria. Por mas que el alma guste, muy rápidamente, ¡ay! la magnificencia del cuadro, cuando se quiere trasladar ésta por escrito, la expresion es nada mas una fotografía borrada y pálida, tomada en verdad del natural; pero sin color y sin vida cuando se compara con el modelo.

Esto se siente mas que nunca en una nueva parte del mundo, donde la naturaleza reina con su riqueza infinita, donde la atencion del viajero no es solicitada por ninguna creacion del hombre,

por nada que sea limitado. Las obras de arquitectura se graban desde luego en la memoria y pueden ser descritas aproximativamente; pero cuando la naturaleza es por todas partes señora absoluta, solamente permite que se le salude con entusiasmo en el momento que se le contempla, resistiéndose siempre a los recuerdos y a la descripcion. Las ciencias particulares la describen ó la reproducen refiriéndose a los objetos de que se compone, ejerciendo cierta especie de anatomía sobre los cuerpos inanimados; mas la vida exuberante de la naturaleza, tal como en el Brasil se presenta, es de todo punto indescribible. Por esto nadie ha sido capaz de hacer conocer sus maravillas: aun el pincel del pintor se reconoce impotente ó cae confundido, cuando pretende reproducir las imágenes de estas comarcas.

El Brasil ha permanecido como estaba al salir de las manos del Creador. El bosque vírgen que ahora se extiende hasta las puertas de las ciudades capitales, es el mismo que existió desde los primeros tiempos. El hombre no ha terminado la conquista del país: comenzó la lucha; pero aun no ha conseguido la victoria, no ha encontrado un instrumento propio para medir estas grandezas. Roma con todas las maravillas del arte que contiene, es mas fácil de abarcar y de describir que la mas pequeña plazoleta de la verdadera selva vírgen.

He comenzado por esta especie de prefacio, a fin de que se me perdone el que sea muy inferior a esta tarea: desde el primer dia que he pasado en el suelo de América he conocido que esta carga me agobia.

El panorama de Bahía ó San Salvador recuerda el de Lisboa: tienen aquí los edificios el mismo carácter, sobre todo, los templos y los conventos que son numerosos. Se reconoce claramente el esfuerzo que hicieron los fundadores para imprimir a la colonia el sello de la madre patria.

El nombre verdadero de la ciudad, con todos sus títulos oficiales, está concebido así: *A Cidade de San Salvador na Bahía de todos os Santos.* El gusto de alargar los nombres hasta lo infinito, es un rasgo distintivo del Brasil: se extiende a las localidades y a las personas: conozco gentes que poseen cuatro ó cinco nombres de familia, y veinte por lo ménos de bautismo. En mi concepto, esta

es señal de un bien pequeño mérito: los nombres pomposos sirven para disfrazar el poco valor del objeto que los lleva. Hoy la ciudad se llama modestamente *Bahía:* entre todos sus nombres han escogido justamente el ménos feliz para designarla.

Bahía fué fundada en 1549 por el rey de Portugal Juan III. Poco tiempo ántes, aquel príncipe habia dado en feudo a D. Francisco Pereira Coutinho el país entero, desde el cabo San Antonio hasta el rio de San Francisco. La costumbre de dar así a favoritos y a grandes de la corte inmensas comarcas, podia tener algo de fastuoso y de económico al mismo tiempo; pero el progreso del país padecia con esto, y el del Brasil aun padece con este motivo. Ciertos dominios abarcan hace muchos siglos reinos enteros: los propietarios no tienen medios ni fuerzas para cultivarlos todos por sí mismos; trabajan solamente una pequeña parte, y son demasiado orgullosos para dividir ó para vender el resto de las tierras que les fueron trasmitidas por herencia de padres a hijos. Este hecho explica, hasta cierto punto, por qué las selvas primitivas tienen todavía tan grande extension y llegan hasta las puertas de Rio-Janeiro.

Volviendo a Coutinho, el primer propietario, atravesó el Océano para tomar posesion de su fabuloso dominio. Habiendo desembarcado en la *Bahía de todos os Santos* (nombre que me supongo le darian, porque en ella pueden nadar juntos todos los santos del universo), nuestro héroe, con grande admiracion de su parte, se encontró aquí establecido a un portugués, llamado Alvarez Correa, el cual, a consecuencia de un naufragio, se habia quedado en esta ribera y se habia casado con la hija de un gefe de la poderosa raza de los tupinambas.

Correa, que gozaba de grande influjo sobre los indios de la comarca, gracias á su mujer, la hermosa Paraguasson, resistió á las reclamaciones de su compatriota, por mas cristiano que fuese; pero el combate decidió en favor del señor que representaba a la civilizacion, lo cual cedió en mayor beneficio de este lado del Océano. El infortunado Correa quedó prisionero.

La jóven Paraguasson, fiel a su deber y a su orígen guerrero, sublevó a su pueblo de las pieles rojas, y atacó a Coutinho con tanto valor, que éste tuvo que retirarse con sus portugueses hasta

Ilheos; pero llevándose consigo a su prisionero. Los tupinambas recurrieron entónces á la diplomacia, é invitaron á Coutinho a que abandonase su fuerte posicion de Ilheos y volviese a la Bahía. Coutinho aceptó la invitacion; pero encalló en la isla de Itaparica, y allí fué devorado con todos sus compañeros por la hermosa Paraguasson y por los buenos tupinambas. Correa se hallaba libre.

Cómo llegó este acontecimiento a oídos del rey Juan III de Portugal, es un punto sobre el cual guarda silencio la tradicion; pero sí es rigurosamente histórico que él dió lugar a que Juan resolviese establecer la capital del Brasil en la *Bahía de todos os Santos*, y a que enviase cinco grandes navíos con seiscientos hombres voluntarios y mil quinientos forzados a las órdenes del virey Thomé de Souza. A la llegada de esta expedicion, aun vivia Correa, el cual hizo grandes servicios a sus compatriotas procurándoles relaciones amistosas con los tupinambas.

Bahía debe su rápido progreso a los jesuitas, quienes pusieron con bastante energía su mano para la civilizacion del vasto imperio del Brasil. En el año de 1588, la Compañía defendió victoriosamente a la ciudad contra los ingleses. A fines del siglo diez y seis, la colónizacion habia tenido grandes adelantos: el Estado se dividió en dos provincias con dos capitales, Bahía y Rio-Janeiro. Los portugueses se extendian mas y mas, alrededor de Bahía, de tal manera, que los belicosos tupinambas tuvieron que retirarse a la parte interior y mas lejana del país. Otras tribus de la comarca fueron lentamente aniquiladas, ó se confundieron poco a poco con los colonos y con los negros.

Cuando el orgulloso y hábil Felipe II se apoderó de la corona de Portugal, despues de la desaparicion fabulosa del valiente rey Sebastian, sufrió el naciente Brasil una temporada de abandono absoluto. Con este motivo fué fácil a los holandeses, a las órdenes de Willekens, arrojar a sus enemigos los españoles que no eran ménos odiados de los portugueses a pesar del parentesco de raza. Sin embargo, los holandeses no fueron mas que un extranjero que vencia a otro, observaron tan mala conducta como los españoles: la egoista codicia de aquel pueblo de mercaderes se hizo odiosa a los brasileños que ya eran numerosos, y se sublevaron en masa; lo cual permitió que el almirante español, D. Fadrique de Toledo,

recobrase a Bahía en 1625. Estas diferentes vicisitudes son muy comunes en la historia.

El restablecimiento de la independencia de Portugal bajo la casa de Braganza, fué recibido con aclamaciones de alegría por el Brasil, y la dominacion española tuvo fin para siempre. El odio de razas, tan arraigado en la península ibérica, y que ha hecho enemigos irreconciliables a los portugueses y a los españoles, se ha trasplantado con mayor energía a los países trasatlánticos.

Partiendo de aquella época, Bahía aumentó rápidamente en extension, en poblacion y en importancia mercantil. El ministerio del gran Pombal no le fué favorable: aquel ministro, con el ardor de las reformas, tenia el humor inquieto y el gusto por los cambios que caracterizan a los grandes genios. Como todos los hombres que se elevan repentinamente, no tenia en cuenta las tradiciones históricas, porque pretendia formar él mismo la historia a paso de carga. Con la precipitacion irreflexiva del novador, decretó que la capital de esta colonia gigantesca se trasportase de la ciudad de Bahía, que habia ido creciendo gradualmente, a la lejana ribera cercada por la selva vírgen, donde se eleva en la márgen de las aguas tranquilas la ciudad que lleva el extravagante nombre de Rio-Janeiro. En Bahía dió lugar esta medida a violentos disgustos, y aun ahora se perpetúan aquellas malas disposiciones con un antagonismo indomable contra la ciudad que es hoy residencia del emperador.

En el punto de vista político, el cambio practicado por Pombal era deplorable. Hecha abstraccion del principio que establece que un hombre de estado debe sacar partido de las tradiciones en lugar de mirarlas con desprecio, Rio se encuentra demasiado cerca de la frontera del Sur, para que pueda servir de centro a este imperio colosal. La falta de unidad jamás se ha hecho mas sensible que en el momento de la independencia, cuando la dominacion real se mantuvo en Bahía durante tres años contra el imperio que comenzaba a nacer. Desde aquel tiempo, las provincias del Norte, con Bahía que les sirve de centro, se inclinan a un gobierno republicano; y Rio es demasiado débil y está demasiado léjos, para hacer sentir sus privilegios de capital. Por lo mismo, el emperador ha tomado la prudente determinacion de visitar a Bahía y

a las provincias, y por este medio, con su presencia ha retardado una catástrofe que estaba próxima a estallar.

Puesto que estamos en el capítulo de la historia, debo hablar de otro peligro que amenaza a Bahía y a su poblacion blanca. Dos palabras bastan para darlo a conocer; pero es como una tempestad suspendida sobre la ciudad, pesa sobre ella misteriosamente lo mismo que la fiebre amarilla. Bahía cuenta en su poblacion ochenta mil negros y solamente cuarenta mil blancos. Estos números permiten calcular matemáticamente las eventualidades del porvenir, en el caso de que aconteciera una de esas sublevaciones que se renuevan periódicamente. No hablo de los principios de ruina que la esclavitud lleva invariablemente en su seno, aunque en momento oportuno me ocuparé de ellos y los probaré. Pero dejemos por ahora los hechos históricos, y pasemos a los espectáculos exteriores, cuya hermosura nos encanta y nos sonrie.

Atravesando a las doce del dia la gran plaza de Victoria, el calor no nos pareció tan insoportable como naturalmente se pudiera imaginar. Dimos la vuelta al antiguo fuerte, construido de granito, que defiende a la ciudad por el lado de la mar, y nos introdujimos en la calle que conduce a la altura en que se encuentra la ciudad de Bahía propiamente dicha.

A la derecha, junto a la tapia de un gran jardin, estaban sentados una multitud de negros vendiendo fruta sobre la acera. Imposible es imaginar un grupo mas curioso para un recien llegado. Todas las estaturas, todas las edades, todas las dimensiones se veían allí representadas por las mas extravagantes muestras. Se encontraban negras viejas con vestido talar muy ligero, verdaderas hechiceras, de una dureza repugnante y de una fealdad que hacia temblar: su piel negra parecia goma elástica encogida y arrugada: sus manos y sus piés negruzcos se movian con una gimnástica de mono: sus cabezas pequeñas, semejantes a las de las tortugas, estaban cubiertas con una pequeña tela de lana blanca: y sobre todo esto, dientes largos y de reluciente blancura y miradas de atrevimiento repulsivo, iluminadas con el aguardiente. Aquellas horrorosas criaturas apostrofan al extranjero, ofreciéndole guayabas, plátanos, cocos y otras mil frutas mas pequeñas que me eran desconocidas y que producen las selvas vírgenes.

Cerca de allí, semejantes a los animales que rumian, reposaban verdaderos monstruos, con la plenitud de las formas de la juventud, ostentando a las miradas de los transeuntes masas de carne negra de una amplitud y de un desarrollo verdaderamente gigantescos. Una mujer en particular llamó nuestra atencion por sus formas extraordinarias. Llevaba el traje pintoresco y singular de las negras brasileñas, que recuerda en cierta manera la patria africana: una enagua de cotonada, de flores muy vivas, flota negligentemente alrededor de la cintura que se balancea suavemente; una camisa limpia sin mangas, que parece arrojada por casualidad, cubre el busto; para andar por la ciudad, un paño de colores variados cae sobre los hombros formando pliegues pintorescos; perlas falsas mezcladas con amuletos paganos descienden por el pecho; y por último, un turbante de gasa blanca ó azul claro se enrolla alrededor de la cabeza. Los colores claros y vistosos sientan bien a los cútis broncéados en la frescura de la juventud: en este sentido y hasta donde la naturaleza lo permite hay lugar en estas mujeres para cierta elegancia.

La mujer de que he hablado ostentaba un aspecto de satisfaccion en medio del grupo. Su cuello y sus hombros hubieran hecho honor al emperador Vitelio: su seno, descubierto en tres cuartas partes, éstaba en armonía con sus amplias proporciones; y sin embargo, aquellos encantos exóticos no carecen de cierto brillo, merced al tono aterciopelado y bronceado de la piel. La dama en cuestion, estaba bien persuadida de esto, segun parecia, y lo manifestaba con una sonrisa de satisfaccion.

Confesaré sencillamente que lo que mas me admiró fué ver que las negras podian tener cabellos blancos como la nieve, lo que hace el efecto mas desagradable que sea posible suponer, especialmente porque en las mismas mujeres el pelo no es mas que una lana corta. Estamos habituados en nuestros países a considerar la longitud de los cabellos como uno de los principales adornos del sexo femenil, y repugna notablemente ver estas cabezas de mujer cubiertas con rizos tan económicos.

En las diferentes familias de animales atendemos solamente al tipo fundamental, y ponemos poco cuidado en las diferencias individuales: todos los avestruces, todos los asnos, todos los faisa-

nes nos parecen iguales entre sí. Lo mismo sucede, aunque sea triste decirlo, cuando miramos a nuestros semejantes los negros, los cuales, bien pudiera decirse que no son nuestros semejantes sino hasta cierto punto. Casi siempre se encuentra en todos ellos el mismo tipo de rostro: no hay mas diferencias que las de la edad y las de la estatura. Ordinariamente tienen el cuerpo esbelto y bien formado: la naturaleza no produce lisiados en esta raza. Entre los hombres se encuentran algunas veces cuerpos de atletas, sobre todo entre esos famosos cargadores que recuerdan los bronces antiguos. La nuca y los omoplatos son especialmente notables por la belleza de las formas; las piernas por el contrario, son débiles y carecen absolutamente de pantorrillas, como sucede con los monos.

La generalidad de las mujeres es esbelta: su andar es elegante, sus manos son pequeñas y bonitas, el busto es bien formado y flexible; pero tienen el seno colgante y casi siempre plano como una tabla, lo cual es uno de los mas horribles caractéres de la raza negra.

Hombres y mujeres tienen, por lo comun, ojos brillantes, cuya expresion ordinaria es de una sencillez maliciosa; pero algunas veces tambien se les ven irradiar repentinamente con los instintos del tigre: en cuanto a la expresion de sentimientos mas elevados, en vano se buscaria en este sombrío espejo de su alma.

Los niños de los negros son unos bonitos muñecos, aunque desgraciadamente sus movimientos recuerdan demasiado al cuadrumano de las selvas vírgenes y de los cocoteros. Los ancianos son horrorosos: les falta la dignidad, esa hermosura de la vejez. A pesar mio, me hacen pensar en cierto mono viejo, que ya se habia puesto enteramente blanco, y que ví muy triste en el *Jardin de Plantas*. Entre los negros la infancia y la vejez se aproximan a la bestia: solamente en la juventud, en la plenitud de la fuerza, parecen elevarse un momento al rango de séres humanos.

El traje de los hombres se compone exclusivamente de un pantalon blanco y una camisa del mismo color abierta: sobre la cabeza usan un sombrero de paja hecho pedazos, en forma de cubeta. Los esclavos que pertenecen a casas ricas, añaden a esto una chaqueta de algodon azul.

Me sorprendí de encontrar a cada cinco minutos un monasterio inmenso. Aquellos conventos son unos edificios que parecen prisiones de un aspecto misterioso, como en Palermo. Paredes gigantescas, con ventanas estrechamente enverjadas, dan testimonio de la reclusion en que viven los habitantes de aquellas casas: altas torres con figura de baluartes y galerías tambien enverjadas permiten ver a lo léjos la ciudad llena de vida, el océano de aguas azules y el campo cubierto con su antiguo verdor.

Es preciso viajar para saber: jamás me habria yo imaginado que una monarquía constitucional y democrática como el Brasil, bajo un gobierno tan pobre, pudiesen subsistir tan innumerables conventos, ni que en las inmediaciones de los espesos retiros que ofrecen los bosques vírgenes hubiese necesidad de encerrarse en el claustro. En Europa, un monasterio puede llegar a ser el único asilo pacífico que se presenta a la libertad individual; estos sagrados muros podrán servir de apetecible garantía contra las pasiones, las seducciones y las intrigas. El convento será el único sepulcro posible para resguardar al que se suicida moralmente (tomando esta expresion en buen sentido); pero ¿de qué puede servir en América, donde las selvas vírgenes con sus paredes de verdura y sus inexploradas barrancas se presentan como la verdadera patria de la paz del alma y de los corazones ofendidos por el mundo?

Además, hay muchas personas que en la edad média se habrian refugiado en los monasterios y que hoy prefieren la emigracion a América. Especialmente para aquellos hombres que han tomado la resolucion de romper con un pasado tempestuoso con el fin de formarse un porvenir regular, la América es excelente; porque el océano es ancho, muy ancho, es el rio del olvido, y al que lo atraviesa, con esto le basta para recibir como un segundo bautismo que lava la sangre que puede haber manchado sus manos. En América, lo mismo que en los verdaderos conventos, jamás se pregunta al recien llegado de dónde viene, ni lo que trae: por perverso que haya sido en Europa, con aplicacion y perseverancia, puede llegar a ser para su nueva patria el mas digno de los hombres, una individualidad respetable bajo todos aspectos.

Cualquiera que sea ó que pueda ser en otros países la utilidad de

los monasterios, aquí evidentemente no son mas que un juguete que el gobierno no tiene valor, ni quizá derecho de prohibir. Con excepcion de los franciscanos y de los capuchinos que dan misiones, a la verdad muy medianas y poco edificantes, las órdenes religiosas en el Brasil, no son mas que un objeto de lujo que no puede complacer el corazon de la divinidad. En estas casas innumerables reina la tibieza y la carencia absoluta de obras espirituales. El papa que ha desplegado una severidad tan prudente contra la relajacion de las órdenes religiosas en Europa, haria un servicio inmenso a la religion disminuyendo (porque solo él puede hacerlo) la multitud de los monasterios brasileños, reformando a los capuchinos y a los franciscanos y obligándolos a cumplir con su primitivo destino.

Los innumerables conventos de mujeres no son, en su mayor parte otra cosa más, que viejos armarios en que se conservan retazos de desecho.

Desde el balcon de nuestro alojamiento se puede ver cómodamente a los transeuntes que suben de la parte baja de la ciudad por la principal arteria de Bahía: son, sobre todo, individuos de la colonia alemana que vienen de sus negocios por la tarde, y vuelven a Vittoria, que es el cuartel de la elegancia y del lujo. Entónces se vé la calle llena de cabezas rubias, cuyo rostro ha tomado colores lívidos bajo el clima del Brasil. Hombres de alta estatura suben la pendiente jadeando, y concluyen sus negocios durante el camino. Alguna vez aquella multitud germánica es atravesada por el paso rápido de un palanquin que conduce a un rico brasileño que vá a dormir la siesta. Un instante despues, éste descansa en medio de sus tesoros, duerme en su hamaca elegante, bajo una fresca glorieta adonde penetra la brisa de la mar: fieles esclavos le rodean miéntras dormita pacíficamente sin malos ensueños. Si quereis saber cómo ha conquistado la riqueza, cómo ha reunido los millones que le sirven de cómoda almohada, tendréis fácilmente la respuesta en cualquiera calle: ha sido con el comercio de la carne humana, con el tráfico de los negros practicado en escala gigantesca ó con la fabricacion de moneda falsa. No por esto deja aquel hombre de ser un personaje muy apreciable: tendrá tal vez algun hermoso título de nobleza, asiste a la corte y forma

parte de la comitiva del emperador en las ocasiones solemnes. Duerme tan dulcemente como los santos en el paraíso. Y ¿por qué no habia de dormir con descanso? La nocion de la conciencia se ha perdido completamente bajo el cielo de los trópicos: en este clima de eterna suavidad parece que es desconocido este grado de sensibilidad moral. Faltando la conciencia no puede haber religion verdadera, y por lo mismo no se hace sentir la necesidad de aquella. Pero lo que no pueden suprimir estos *nababs* del Brasil es la expresion feroz de sus ojos negos, sombríos y siempre en acecho de alguna cosa: no puede uno mirarlos sin experimentar una sensacion de horror y una especie de estremecimientos.

Por la tarde hicimos una excursion por las inmediaciones de la ciudad. Las selvas del Brasil son como la república de las plantas: el hombre, ese déspota de la creacion, no aparece en ellas sino con el carácter de huésped y no ejerce aquí imperio ninguno. Esta es la verdadera imágen del paraíso, donde cada hijo del Creador vivia y se movia segun su voluntad. Como la naturaleza no conoce distinciones, los pequeños pueden vivir al lado de los grandes.

Seria una vana ilusion pretender describir un bosque semejante, aunque nada tuviese de la majestad colosal y admirable de la selva vírgen. Ningun autor lo ha emprendido con confianza y ninguno lo ha conseguido tampoco. Puede presentarse como en fotografía a San Pedro de Roma ó al palacio de Louvre: el escritor puede reproducirlos piedra por piedra, columna por columna, en un órden matemático, para satisfaccion del lector curioso: puede decir los colores del edificio, puede enumerar los habitantes actuales y los antiguos; pero respecto de las selvas del Brasil, ni la descripcion, ni la fotografía pueden ofrecer una imágen satisfactoria para el que no las ha visto ántes: falta la escala, la relacion con la comarca. Si quereis tener una idea de esto, no teneis absolutamente mas que un partido que tomar, y es hacer vuestras maletas y poneros en camino.

Procurando darme cuenta de lo que he visto, de este espectáculo que he gustado tan ampliamente, que hubiera querido fijar en la retina de mis ojos, grabar en mi cerebro, me represento un cuadro que sin cesar estuviera variando, un caleidoscopio mara-

villoso en que las figuras siempre nuevas aparecieran para borrarse inmediatamente en el verdor que todo lo abraza y lo confunde.

Teniamos al frente el invernadero mas rico y mejor ordenado, pero infinitamente superior a todo lo que se conoce en Europa, con el cielo azul por techumbre, y los rayos de un sol ecuatorial para hacer resaltar la brillantez del follaje. Naturalmente el elemento principal de la selva se compone de una infinidad de árboles esbeltos, con ramas extravagantes que se elevan hasta los cielos: su corona aérea está formada de hojas vigorosas y brillantes que tienen algo de semejante con las del laurel ó las de la camelia: sus tallos, que procuran buscar la luz, son delicados y casi siempre lisos. Entre aquellos árboles que se juntan, se oprimen y se adelantan, hay a veces algunos viejos colosos, de tronco majestuoso, enorme y robusto, que extiende sus ramas gigantescas: son las torres que enlazan entre sí las diferentes partes de la selva, los antiguos testigos del poder primitivo de la naturaleza, los patriarcas que han visto pasar los siglos a sus piés. Sobre ellos y a su alrededor, como ordinariamente acontece a los grandes, se comprime ese mundo parásito, que es un objeto de admiracion siempre nuevo para el viajero que visita los países tropicales. Ya son bromeliáceas de anchas hojas, que se suspenden a las ramas del coloso y forman en ellas una especie de nido, obra maestra de la arquitectura natural: algunas veces con sus raíces exteriores que parecen ramas de coral, chupan una herida que han formado las tempestades en la corteza de su apoyo venerable. Ya es una orquídea que resplandece en la cima del árbol, donde toma del sol el esmalte que forma su adorno. Aquella brillante parásita del mundo de las plantas parece que maliciosamente arroja sus flores a la tierra para atraer las miradas del viajero sobre su existencia aérea. Ya se ven las tilandsias meciéndose, como soñando, en las extremidades de las ramas, ó bien un filodendron de hojas atrevidamente cortadas, con su tallo semejante a la piel de la lagartija, trepando, como un animal fantástico, por el ancho tronco del gigante.

Las cimas de los árboles parecen unos tablados dispuestos expresamente para la exposicion de las plantas parásitas: éstas be-

ben en el cielo los ardientes rayos del sol. Pero todos los pisos y hasta el mismo suelo tienen su capa de vegetacion: abajo de la cima los bejucos párten del tallo del patriarca, atraviesan el aire y van a enlazarse, como una red, con todos los árboles mas pequeños que lo rodean: a la mitad de la altura un ramillete de plantas de grandes hojas ovaladas, se extiende en figura de árbol ó de palmero; algunas veces son plantas nuevas, cuyo crecimiento es interrumpido. En fin, en la parte mas baja, el suelo húmedo y cubierto con las hojas caídas produce helechos, aroides y una variedad inmensa de plantas frondosas.

Pero los mas hermosos lugares, son aquellos en que alguna interrupcion en la selva permite que pasen los rayos del sol: entónces la naturaleza, inundada por la luz creadora, se entrega a todos sus trasportes: el verdor resplandece con un nuevo brillo; una vegetacion maravillosa germina y florece: el cocotero se lanza hácia el azul del cielo y se mece suavemente, como un sueño gracioso; las hojas gigantescas del plátano sagrado se extienden a su entera satisfaccion: las reales escitamíneas brillan é irradian en el seno de sus hojas azules; el palmero se mece caprichosamente entre las cimas de los árboles con sus cadenas colgantes en que los ramilletes de hojas se producen con regularidad, como si se hubiesen medido las distancias a que debian colocarse: los tallos del bambú con su mágico aspecto, suben desde el seno de aquel suelo hasta las energías primitivas y se estremecen blandamente en los aires. El sol radiante envia, desde lo alto del cielo, los besos ardientes sobre aquella familia libre y gozosa que ha engendrado. En medio de todas estas cosas, solamente el hombre es extranjero: contemplando aquel eden con una mirada extasiada, arrobada, siente que no forma parte de aquello; está como un niño que se hubiese introducido furtivamente en un jardin ajeno.

Despues de habernos separado del bosque nos encontramos en un risueño valle, a la márgen de un arroyo sombreado por magníficos plátanos, y que sirve para dar movimiento a un molino. Algunos negros estaban ocupados en la cosecha y otras labores del campo. Fuera del pantalon y el piramidal sombrero de paja, estaban absolutamente desnudos: sus cuerpos robustos, cubiertos de sudor, brillaban con el sol vertical como bronces antiguos.

Aquello era un verdadero idilio brasileño: por todas partes calma, silencio y verdor, con una brisa dulce y tibia. En lontananza se descubria la mar reluciente y tersa como un espejo: alrededor del valle se extendian los bosques en la pendiente de las colinas. Estas masas de follaje, a pesar de su diversidad, presentan una armonía de líneas exquisitas: se confunden, se unen graciosamente, se encadenan por medio de los bejucos, y con la resplandeciente luz del sol, producen efectos de claroscuro realmente encantadores.

En el valle, a las márgenes del arroyo, vimos deliciosos prados del mas hermoso verde, lo cual vale la pena de referirse, porque nada semejante se espera uno bajo los trópicos.

Mas léjos, un buen camino bastante ancho, forma una rampa sobre la colina, pasa por delante de una casita abandonada, y conduce a los bosques situados en la otra vertiente. La selva toma la figura de bóveda en la parte superior del camino, y se entra a sus profundidades misteriosas como a una gruta fresca y encantada.

El primer objeto que en ella se encuentra, son las escitamíneas con sus flores de un rojo de cinabrio, esas magníficas flores que entre nosotros se ven brillar de cuando en cuando en un ramillete de mucho precio ofrecido a una gran señora, ó en una exposicion de horticultura. Allí nos proporcionamos el placer de cortar una considerable cantidad ántes de introducirnos en la selva.

Haciendo abstraccion de las singularidades de pormenor, aquel camino sombrío nos recordó vivamente los que existen en los bosques de las colinas que hay detras de la ciudad de Viena. Era una selva fresca y verde, como las de Alemania, con una espesa bóveda de follaje; pero examinándola con atencion, se veía que los árboles eran una especie de laurel, y entónces recordaba uno que no estaba en el continente europeo. Me causó admiracion la gran cantidad de plantas desprovistas de hojas que se encuentran bajo aquellas oscuras bóvedas: privadas de la luz del sol, vegetan en aquella zona tropical. Aun los bejucos están desnudos hasta la alta region de las cimas: parecen mas bien cuerdas ó conductores de pararayos que plantas vivas. Mucho nos engañan los malos dibujos cuando nos representan a los bejucos como ricas guirnaldas de follaje suspendidas en las ramas de una manera fantástica.

Hasta aquel dia habia creído que el palmero era el árbol mas abundante en el Brasil: ahora veo, por el contrario, que es bastante raro; pero no por esto deja de ser el mas hermoso. Las especies dominantes son árboles frondosos, con troncos desnudos y firmes, cimas elevadas y hojas pequeñas de un verde oscuro y reluciente. El camino que seguiamos por los bosques estaba lleno de sombra, de verdor y de frescura, como lo están nuestros bosquecillos en verano. Allí encontramos tres clases del hermoso filodendron.

Iba yo por delante de la comitiva entre dos paredes de follaje, cuando repentinamente pasó junto a mí un objeto rápido como el pensamiento. Mis sentidos estaban de tal manera despiertos que nada se me escapaba, ni un sonido, ni un movimiento. Ví de nuevo pasar aquel objeto como un relámpago, elevarse y bajarse: en fin, despues de muchas idas y venidas en todos sentidos, y siempre con la rapidez de la luz, aquel movimiento se concentró delante de un bejuco muy cerca de mí: era una vibracion incesante, un zumbido, una oscilacion mil veces repetida. Se hubiera creído ver un pensamiento tomado al vuelo y encerrado entre la agitacion de las alas, flotante y suspendido en los aires.

No me habia engañado: mi mirada lo habia presentido y reconocido: admirado, extasiado, me encontraba en presencia del primer colibrí que habia visto en mi vida. Era sin duda aquel pájaro que los brasileños, por una inspiracion poética que no poseen con demasiada frecuencia, llaman *beija-flor* (besaflor, chupamirto). Pude hacer a mis compañeros una señal para que se detuviesen, y poco a poco nos reunimos en círculo alrededor de aquella maravilla: gozábamos de aquel espectáculo deseado por largo tiempo y de que tantas veces habiamos oído hablar: tratábamos de fijarlo en nuestra memoria.

Aquí la realidad excede a toda descripcion y a toda esperanza. Lo que aumenta el encanto de esta aparicion es, que este pequeño sér es intocable, que no se pueden reprimir sus movimientos, ni se le puede conservar en cautividad. Semejante a una imágen que se aparece en sueños, se encuentra allí sin haber sido esperado, y huye en el momento mas interesante. Solamente muerto cae en las manos del hombre, es decir, cuando ha perdido su encanto principal, que es aquella vivacidad que desplega en el mundo de las flores.

El colibrí no puede sujetarse a un juicio prosáico: semejante al aroma de las flores, a la armonía poética, al acento del arpa, no se deja analizar: es tan pequeño, tan gracioso, tan rápido, que en cierta manera se sustrae a la definicion comun de la sustancia de los cuerpos; parece ridículo clasificarlo en alguno de los reinos de la naturaleza. Se le tomaria mas bien como una joya del paraíso que se hubiese quedado por acaso en las selvas del Brasil. Es como la quinta esencia de los tres reinos concentrada en una pulida criaturita que zumba en la atmósfera de los trópicos: es la vida animal con la figura y los colores de una flor fantástica, y la brillantez reluciente de la piedra preciosa que refleja una luz propia y misteriosa. Por esto, aun el pesado portugués ha encontrado un nombre encantador para este sér maravilloso, y elevándose en esta ocasion hasta la concepcion de un mito poético, considera á la *beija-flores* como las almas de los niños muertos. De esta suerte, aquella nacion grosera no ha podido dejar de ver en el colibrí un sér superior y que nada tiene de terrestre.

Hasta la vida de familia del colibrí, su nido que parece una flor, sus huevos semejantes a las perlas, parecen sustraidos a las leyes de la materia, y no ser, en cierto modo, mas que un juego poético. Los movimientos de este animalito que navega en el aire y vive con el perfume de las flores, tiene algo de travieso y enteramente original. Si en alguna parte una planta aromática del mundo tropical desplega su esplendor, repentinamente aparece el pequeño sér alado, como por encanto, sin que se sepa de dónde ni cómo. Va y viene, se mece y se precipita, reluciendo con el brillo de las piedras á los rayos del sol: su ojo, penetrante como una punta de diamante, busca a la flor que quiere honrar con sus besos, y al punto se detiene delante de la que ha escogido; brilla suspenso en los aires, su cuerpo flamante parece en reposo, introduce su cabeza en el cáliz de púrpura y extrae de allí la miel. Ahora cree uno que podrá considerarlo a su satisfaccion.... ya está lejos, jugueteando y zumbando en el éter azulado; pero de repente vuelve á su flor.... renueva aquel gracioso juego muchas veces, y en fin, satisfecho, desaparece en el océano de yerba y va a descansar en su delicado nido.

Aquel que estudiábamos fué bastante amable para permanecer largo tiempo en su elegante festin, y pudimos gozar descansada-

mente de este espectáculo indescribible. Era un colibrí esmeralda: su garganta y su pecho tenian los reflejos de esta piedra preciosa; el vientre era blanco y la espalda de un gris oscuro. El cuerpo media apénas dos pulgadas y tenia tres el ancho de las alas extendidas: su largo pico era puntiagudo como una aguja. Cuando se mecia, sus movimientos se parecian a los de nuestras mariposas cuando van a chupar la miel. Consideré como una buena fortuna muy rara haber visto un colibrí el primer dia que pasé en el Brasil; porque este pájaro no es aquí tan comun como nos figuramos en Europa.

Algunos momentos despues, de regreso en Bahía, visitábamos la rica y elegante casa de campo de nuestro cónsul, construida segun el nuevo estilo brasileño. Las habitaciones del Brasil son el espejo fiel de la vida social de estos países: la idea de un pequeño círculo íntimo y retirado falta completamente, y esto es por efecto del clima: no hay aquí que prevenirse contra la aspereza de las estaciones ni se ve uno obligado a engañar a la naturaleza. La voluptuosidad del aire y de la vegetacion, es tal, que no se piensa en esos goces de la vida doméstica, cuya necesidad se comprende en los países en que el invierno se distingue del verano. La casa brasileña no es un centro alrededor del cual viene a agruparse la pequeña sociedad del propietario, es alternativamente un paraguas ó un quitasol, y por las noches, una cama con baldaquino, en que cómodamente puede uno despojarse de sus vestidos para saborear el fresco y vivificante aliento de la brisa. Pero de aquí viene la desgracia de estas regiones tropicales, de que la casa, por la fuerza de las circunstancias, no puede abrigar recuerdos ni tiene historia, lo cual contribuye a dar a las costumbres un carácter de inconstancia y de variacion que ahoga en su gérmen la idea de la familia; porque de la misma manera que la habitacion no es mas que un lugar de paseo, así el lazo de familia se forma momentáneamente: procrean, vienen al mundo y viven de un modo bastante análogo al de las fieras de la selva vírgen.

Hay propiamente cuatro causas, de las cuales tres son negativas, cuyas influencias diversas y combinadas concurren para destruir en el Brasil el lazo doméstico y social: la falta de la casa patriarcal, hereditaria, sólidamente construida y coherente, en que

las generaciones sucesivas prosigan su existencia con los mismos principios y con las mismas costumbres; la falta completa de la idea y del sentimiento de la conciencia, efecto inevitable de un clima siempre igual, de la riqueza de una naturaleza exuberante; lo cual produce a su vez la tercera causa, que es la falta absoluta de esa base religiosa que hace que el hombre aspire a algo que sea superior a la simple naturaleza; pero justamente la desgracia ha querido que la naturaleza sea aquí demasiado hermosa: en cuarto lugar viene esa horrible llaga, incapaz de cicatrizarse, la esclavitud; llaga que todo hombre honrado debe combatir con su palabra y con sus acciones, cualesquiera qué sean la condicion social y el país a que pertenezca: la esclavitud por sí sola supone y engendra los tres vicios precedentes.

¿Cómo podria subsistir la prosperidad de una casa al lado de esta institucion desastrosa? ¿Cómo podria formarse una conciencia humana donde hay hombres fuera de la ley y donde séres que tienen una alma están sometidos a la arbitrariedad y al capricho de otros séres sus semejantes? ¿No es la religion una burla, una pura comedia aquí que el blanco se arroga el derecho de tratar a la imágen del Creador como una bestia de carga, ó mas bien, como una cosa? ¿Cómo podrá tenerse como verdadera una religion ni aun ser respetada en lo general, cuando se arroja fuera de los derechos del hombre a una parte de la humanidad y no se la considera mas que como masas de carne y de sangre hechas para ser apaleadas?

No comprendo cómo puede un sacerdote católico en el Brasil tener el valor de predicar el Evangelio desde la cátedra cristiana, a no ser que lo arregle *ad usum Delphini*. Pero ¡ay! mas tarde tuve ocasion de convencerme, de que, con excepcion del venerable nuncio, que gime inútilmente en su santo celo apostólico, no hay aquí sacerdote ninguno verdaderamente digno de este nombre. No son mas que funcionarios que usan traje negro y dicen misa, únicamente porque es de moda.

Por desgracia los extranjeros en el Brasil no son mas que huéspedes de paso, animados constantemente por el deseo muy natural de atravesar de nuevo las vastas llanuras del Océano.

12 de Enero de 1860.

Una plaza escarpada, cerca del arsenal, frente a la aduana, es el lugar principal en que se reunen los famosos cargadores de Bahía. Estos son tipos que no se pueden pasar en silencio: son esclavos, de la raza negra. En tanto que conservan alguna fuerza, sus propietarios los alquilan para este oficio: es una fuente de recursos que produce mas que la locacion de bueyes de tiro. El amo no tiene que ocuparse de los alimentos de esta especie de animales negros: apénas están vestidos con ligeros harapos de algodon, llevan la cabeza y los piés desnudos, y cargan sobre sus anchos hombros los mas pesados fardos por medio de un palo largo: si es preciso, se ponen cuatro, seis, y hasta ocho, y suspenden la carga en el palo atravesado. Los cargadores caminan balanceándose y acelerando siempre el movimiento: tararean ó aullan un canto lamentable, y cubiertos de sudor y trotando sin descansar, continúan siempre aquella salmodia. Sus ojos brillan y parecen salírseles de la cabeza; sus músculos se hinchan, y el canto acompaña a compas el movimiento del cuerpo que por ningun motivo se puede desarreglar. Se aparta uno con cierto temor instintivo al paso de aquel triste grupo de hombres: los acentos lúgubres resuenan en el corazon del europeo y le hacen desear volver a pasar el Océano. He visto a medio dia, con un calor ardiente, esas caravanas de cargadores subir la empinada calle al trote, jadeando y aullando á compas: me quedé silencioso contemplando a aquellos desgraciados, y cuando desaparecieron, oí aún por largo rato resonar en la altura sus acentos lamentables. ¡Sin embargo, son hombres, y los que los humillan en aquel trabajo se dicen ciudadanos libres de un país libre! Y creen que su país florecerá con aquel sistema, y no comprenden todo lo que hay en esto de maldicion y de infamia!

Los cantos de los negros merecen que digamos de ellos una palabra. Son improvisados y siguen una melodía que siempre vuelve a empezar. Aunque generalmente en ellos se trata de *farinha* y de *cachaça*, dan cierta luz sobre las relaciones entre el amo y el esclavo y sobre la manera con que éste es tratado. Algunas

veces se mezcla en ellos un recuerdo de la patria lejana, que se encuentra interpuesto, como una barrera insuperable, entre el derecho natural y el comercio de las almas. Cuando improvisan alguna estrofa, la repiten inmediatamente con la misma cadencia, y algunas palabras contienen ordinariamente todo un poema de arbitrariedad. Desearia uno creer que estos acentos lastimeros no pueden dejar de producir su efecto; pero los propietarios de esclavos están cubiertos con la coraza del vicio: para ellos el idioma del negro no es mas que un sonido bestial, y no tienen orejas para oírlo.

Nos dirigimos a la colina de *Nossa Senhora do bom fim*, rodeada de palmeros y batida por las olas azules de la mar. Nuestro tiro de caballos nos llevó hasta la plaza, frente a una iglesia de una blancura reluciente, construida con el gusto churrigueresco. Cerca de la iglesia se extiende un hermoso y ancho terrado, al cual se sube por escalones regulares y en el que se encuentran algunos edificios propios para habitacion.

El tumulto de una feria reinaba en aquel momento en la plaza y alrededor de la iglesia. La poblacion negra con sus vestidos de fiesta adornados con vivísimos colores, se estrujaba, corria y se abrazaba con la mayor algazara y toda especie de gruñidos. Algunos carruajes llenos de *senhoras* que iban en peregrinacion ó de mozalvetes atraidos por la curiosidad, parecian navecillas que se esforzaban por atravesar las olas movedizas de la multitud para llegar al terrado de la iglesia. Sobre las cabezas se veían suspendidas las cajas de vidrio llenas de comestibles. Pequeños grupos de consumidores de *cachaça* parecian como islotes en medio de aquel océano de seres humanos. Un tablado recientemente puesto, prometia montes y maravillas para cuando llegara la tarde.

Nuestro equipaje fué felizmente conducido a través de la multitud por nuestros cuatro caballos cubiertos de espuma: bajamos, y nos dejamos llevar por la oleada hasta el edificio principal. Penetramos al interior por una puerta lateral, como el agua que se precipita por una exclusa. Nos encontrábamos en una larga galería bien iluminada y ricamente adornada: algunos grabados puestos en brillantes marcos dorados, estaban suspendidos en las paredes: la luz exterior, entrando por anchas y altas ventanas como en un

salon, jugueteaba en el reluciente cristal de las arañas. Reinaba en aquella sala un aspecto de alegría y de regocijo.

Una larga hilera de jóvenes y traviesas negras ocupaba la extension de una de las paredes. Sus encantos bronceados estaban velados mas bien que cubiertos con gasas trasparentes y telas de colores muy vivos. Se entregaban a una ruidosa charla, y tomaban las actitudes mas cómodas, mas abandonadas y mas voluptuosas. Vendian toda clase de objetos de religion, amuletos, cirios y comestibles que tenian en canastillos ó en cofrecitos de vidrio. A los ojos de un buen católico, aquello debe producir el efecto de una profanacion; porque so pretesto de romería, se mezcla mas paganismo del que es permitido, en aquella fiesta popular de los negros.

Todo pasaba muy alegremente en aquella sala: la multitud se oprimia riendo y charlando alrededor de las vendedoras: éstas siempre en conversacion, se entregaban a ciertos movimientos de afectacion muy arriesgados, y excitaban con las miradas a aquellos negros zopencos, que agrupados junto a ellas, no permanecian ociosos. Era un cuadro de vida salvaje oriental en un marco tomado de la civilizacion. Tal debió ser el aspecto del templo de Salomon cuando el Señor esgrimió el azote é interrumpió el comercio de sus compatriotas de una manera tan elocuente; pero aquí no habria bastado el azote: se necesitaba una grande escoba movida por el vapor. Sin embargo, si se deja a un lado el justo escrúpulo religioso, era aquel un golpe de vista muy agradable y muy animado: un pintor habria encontrado material para estudios muy preciosos.

Lanzándonos hácia delante, ya cortando la corriente, ya siguiendo su curso, llegamos a una vasta pieza decorada con ricos adornos: ciertos utensilios indicaban que era la sacristía. Un eclesiástico, pálido como un membrillo, apoyado en una caja, cerca de los ornamentos del altar y del cáliz, conversaba de la manera mas íntima con algunas *senhoras*. Era aquella una sacristía cómoda y risueña.

La corriente se apoderó de nosotros como nos habia traído, nos arrebató y nos arrastró por la sala del mercado, donde continuaba el mismo comercio, y nos arrojó por fin, oprimiéndonos hasta aho-

garnos, en una grande y hermosa sala de un aspecto brillante. Innumerables arañas cargadas de velas encendidas bajaban de la bóveda, las paredes blancas y doradas están adornadas con cuadros, y reinaba en todos los rostros un aire de fiesta y de agradable armonía: parecia que no faltaba mas que los violines y los timbales para comenzar un alegre baile. La sala estaba llena: no se veían mas que caras negras, amarillas y morenas, y entre ellas, mujeres muy hermosas: algunas eran verdaderos colosos: llevaban en su seno descubierto y en sus magníficos hombros collares de coral, abalorios, broches de oro y amuletos: todas parecian animadas y exaltadas por la influencia del *cachaça:* como trofeo de la fiesta llevaban una elegante escoba. Era una ocasion sin igual para hacer estudio sobre la carne de color y sobre las costumbres de los negros.

Estos celebraban sus saturnales: la esclavitud no existia en aquel momento. En la libertad de sus movimientos, en la loca alegría de los negros y de las gentes de color, en su vestido algunas veces rico y pintoresco, se comprendia bien que en aquel dia se sentian felices. Allí se hubieran podido encontrar muestras de la raza de todos tamaños y de todas figuras, desde la matrona de andar lleno de pretensiones, de cuerpo redondo y enteramente cargado de oro, hasta la jovencita apénas despierta, de ojos brillantes, ligera y elegante como una gacela; desde el viejo negro de cabeza blanca, de cara de mono, parpadeando de un modo bonachon, hasta el pilluelo griton é insubordinado. Todo esto se confundia y se estrujaba: aquí las antiguas amigas se saludaban y se abrazaban; allá dos negros esclavos que vivian en los extremos opuestos de la ciudad, se estrechaban la mano; en otra parte una matrona, por sobre la cabeza de su vecina, daba los buenos dias a un coloso de gordura que llegaba balanceándose. Otros se habian reunido en grupos y conversaban alegremente de los acontecimientos del dia y de las aventuras amorosas. En todas partes reinaba el contento, donde quiera se manifestaba el placer de vivir. Se conocia que era una fiesta esperada por largo tiempo y en la que los negros se sentian como en su casa: la reunion entera estaba de acuerdo para dejar oir una charleria incesante y ruidosa.

Nosotros tambien platicábamos alegremente en voz alta, intro-

duciéndonos a la sala. Paseaba yo mis miradas curiosas por la concurrencia para grabar bien en mi memoria aquella festividad de los negros, cuando repentinamente, en la otra extremidad de la sala, observé sobre un punto mas elevado, una figura que iba y venia con aire inquieto, que dirigia sus ojos a un libro, miraba a su alrededor, parecia sumergirse algunas veces y volvia a salir despues. No podia creer a mis ojos: puse cuidado otra vez y siempre ví al mismo hombre en el mismo lugar. Súbitamente atravesó mi espíritu un rayo de luz, y quedé transido de horror y escándalo.... era el eclesiástico de color de membrillo que practicaba las ceremonias de la misa (porque sin duda aquello no podia llamarse decir misa), y que sin molestarse, las practicaba para sí solo, como si se diese una representacion en medio de una fiesta popular. No podia dudarlo: estábamos en la iglesia; aquella gran sala de baile era la casa de Dios, un templo brasileño, y todo aquel pueblo negro que chacoteaba era una reunion de cristianos bautizados, que se decian católicos y asistian a misa.

Los sacerdotes brasileños pretenden que así se debe iniciar a los negros en el temor de Dios; que estos nada entienden de sentimientos mas elevados, y que no se les puede detener en la iglesia si no es por medio de diversiones mezcladas con *cachaça*. Para los propietarios de esclavos esta opinion es verdaderamente muy cómoda, porque imprime al negro el carácter del bruto, y hasta cierto punto sirve de justificacion a la esclavitud.

Hemos visto lo que pasa por la mañana en el templo; pero a medio dia y sobre todo por la tarde, cuando el *cachaça* haya llegado a su colmo. debe desaparecer toda la moderacion inspirada por el temor de Dios, y sin duda serán verdaderas bacanales, en que las pasiones victoriosas coronarán dignamente aquella solemnidad.

El objeto primitivo de la fiesta es una romería de mujeres que se dirigen a aquella iglesia para obtener la fecundidad: con este objeto, deben barrer el terrado que está a la entrada, así como el pavimento del templo. y de ahí viene aquella elegante escoba que lleva cada mujer y la pantomima con que fingen arrojar agua y cuidarse de ella. Ya habiamos observado estos movimientos por todas partes en medio de la opresion y nos habiamos divertido

mucho con ellos. No sé si este barrido y todo lo que sigue aprovecha demasiado para el objeto que se proponen: en todo caso, el milagro no es general y parece que se limita a algunos ejemplos aislados, porque la estadística demuestra, con gran pesar de las aristocracias partidarias de la esclavitud, que la poblacion negra disminuye notablemente todos los años. Las principales razones de este hecho son los maltratamientos que sufren los esclavos, su inmoralidad y la falta absoluta de matrimonio regular, el rigor con que las negras madres son obligadas a trabajar hasta en el embarazo mas avanzado, y en fin el abuso del *cachaça*. Añádase a esto un hecho odioso y por desgracia demasiado frecuente: las madres esclavas, para vengarse de sus déspotas quitándoles un capital importante, hacen ellas mismas abortar su propio fruto. Aquellas saturnales se han convertido sencillamente en un motivo de diversion, como lo fué en otro tiempo la fiesta de Santa Brígida en Viena.

Miéntras que nuestros oídos estaban ensordecidos por aquella alegría grosera y enteramente sensual, mis ojos se fijaron con admiracion en dos grandes frescos que ocupaban la parte baja del coro de aquella extraña iglesia. Uno representaba *a morte do peccador*, y el otro *a morte do justo*. El pecador, presa de una cruel enfermedad, se retuerce en su lecho de dolor, y los mensajeros cornudos están ya listos para conducir al fuego del infierno al alma que se separa del cuerpo. El justo, por el contrario, se vá cómoda y suavemente, y algunos ángeles practican el oficio de comadrones en el segundo nacimiento del alma purificada. Aquellas dos composiciones eran tan grotescas, que habrian estado mucho mejor colocadas en el *Punch* que en las paredes de una iglesia.

Visitamos despues la iglesia de los jesuitas, cuyo sacristan mulato, juglar bastante gracioso, nos hizo los honores del modo mas picaresco. Nos pintó con una indignacion cómica y con los colores mas vivos el odio que los jesuitas inspiraban en el Brasil. Nos contó con acento gutural y un aspecto de admiracion divertida, cómo el sabio y grande Pedro I les habia dado de palos. Aquellos hechos heróicos de su historia le parecian llenos de grandeza; y solamente una cosa sentia, y era que los reverendos padres ántes de marchar, habian escondido en la iglesia un tesoro de un valor

inestimable, del que nada se habia encontrado hasta entónces, no obstante que el hecho fuese perfectamente cierto. Su furor contra los jesuitas era infinitamente divertido, era la expresion del patriotismo brasileño. Pero, ¿ha ganado algo aquel pueblo con la expulsion súbita de los inteligentes jesuitas? Esta es otra cuestion.

Si procuramos desprendernos de toda opinion preconcebida, llegaremos a convencernos de que el gobierno débil é intolerante de Portugal soltó demasiado la rienda a los jesuitas, sin saber lo que hacia; pero por otra parte, estos han sido en el extremo Occidente los guardianes de una ciencia y de una civilizacion que ahora se pierde de todo punto. Ellos abrieron caminos en las partes lejanas de los bosques, fundaron establecimientos modelos en las profundidades del continente, y supieron, con la flexibilidad que les es peculiar, atraerse las tribus salvajes de los indios. Todo esto se arrojó con el azote al expulsar a los padres. Si el gobierno hubiese conocido el difícil arte de hacerse superior a los jesuitas y hubiese sabido emplear su tenacidad, su habilidad y su saber en extender la cultura intelectual en el país, quizá no se habria visto al Brasil caer en el estado de atraso a que hoy se encuentra reducido. ¿Acaso se practica la religion mejor que ántes? Esto podria decirlo el arzobispo patriarca de Bahía. En cuanto al gobierno, ménos previsor que el astuto compadre de Berlin, arrojó léjos de sí útiles instrumentos, y ahora se encuentra sin recursos en presencia de las selvas; no sabe qué direccion seguir, y ve que una tribu india tras de otra se apresuran a atacarlo.

Esto lo he tomado de boca de los protestantes y de los viejos ateos del Brasil: estos hombres son mucho mas inteligentes y mas justos que los que se llaman católicos en este país. Miéntras ménos conciliables son los jesuitas y las otras órdenes religiosas con el movimiento por vapor que vemos en Europa, mas útiles pueden ser en los países semi-civilizados, si son bien dirigidos y si se tiene cuidado de hacerlos pasar de la vida contemplativa a la de accion.

Volvimos a montar en el coche para hacernos conducir apresuradamente al *Campo Santo*. Subíamos y bajábamos; era una sucesion de valles verdes y de colinas en suave pendiente: respirábamos un aire fresco y embalsamado. Un vapor naranjado velaba el cielo:

la yerba que cubria la tierra parecia mas rica aún con la luz del crepúsculo: las líneas y los contornos se veían introducirse mas y mas en una sombra que convidaba a los ensueños. En un valle profundo que se asemejaba a un parque, las masas de bambús abovedadas como inmensas olas, parecian animadas: se hubiera creído que se levantaban para venir a nuestro alcance. La luz se cambiaba en esa semi-oscuridad melancólica propia para lanzar al alma en ese exceso de bienestar que confina con la inquietud, con el temor y con la tristeza: el corazon entónces se siente a un mismo tiempo lleno y oprimido. Este género de inexplicable molestia, que no se puede evitar en las horas de presentimiento, se apoderaba de mí poco a poco.

En el momento que bajábamos al valle desfiló frente a nosotros una série de coches, y entre ellos, un carro dorado, tirado por cuatro caballos negros, con un dosel de terciopelo guarnecido con borlas de oro y plumas de avestruz: un negro viejo, bastante parecido a un mono, ocupaba el pescante: un paño de negro y oro, que nada cubria ya, estaba en el interior de aquel carro triunfal, detras del cual venia una hilera de carruajes. Volvian de conducir a un rico a su última morada, y los herederos regresaban al galope a su casa para dar una comida de gala y entregarse a los dulces ensueños de la siesta. Otros carruajes de la misma especie, unos llenos, otros vacíos, unos ricos y otros pobres, rodaban por el camino en aquella hermosa tarde, a través de las bellezas de la risueña naturaleza.

Mi turbacion, mi emocion, iban siempre en aumento. Pasamos una eminencia al galope, y llegamos frente a la ciudad funeraria. La última luz que se extinguia, la última onda de los rayos rotos del sol se deslizaban sobre el parque consagrado a la muerte. Entramos a un vasto jardin, donde las mas hermosas plantas del mundo formaban calles rectas entre tumbas de mármol irregulares y sin arte. Entre estos monumentos han establecido prados de flores magníficas, pequeños senderos y grandes estanques llenos de agua. Se diria que estas partes del jardin vacías y pacíficas están destinadas para los paseos de los muertos. Aquellas fuentes y aquellos estanques están desprovistos de surtidores de agua: quizá el movimiento de las aguas ahuyentaria a las sombras

que pasan silenciosamente. Quién sabe si el sepulturero no percibe frecuentemente por la mañana que faltan en los matorrales algunas rosas que los muertos han cortado y se han llevado a su tumba al primer albor del alba.

Habia algo que hacia estremecer en este contraste entre la muerte y el lujo de estas disposiciones unido a la frescura que por todas partes derramaba la naturaleza. La impresion de inquietud causada por esta hora solemne fué interrumpida por la llegada del guardian. Era este un sacerdote jovial, de traje talar, con un sombrero tricornio de alta copa, un largo cuello blanco, rostro amarillo, atezado y movedizo. Este personaje nos asedió con su charla resonante, cuyo tono se elevaba mas y mas, y que acompañaba con una gesticulacion de telégrafo. Nos hizo, como nos lo anunció pavoneándose, los honores de su propia creacion: hace algunos años que apareció la fiebre amarilla, y entónces concibió la idea de construir para los muertos este parque tan cómodo. Persiguió con sus gritos a los habitantes de Bahía hasta que esta obra espléndida, este monumento del progreso quedó terminado, y pudo venir a pasar agradablemente sus dias en el seno de su creacion, segun nos aseguró que lo hacia. Habita en la casa de los muertos situada en el centro del parque. Nos contó en tono sobreagudo y con gestos vehementes, la visita del emperador al *Campo Santo* y la satisfaccion extraordinaria que el príncipe habia manifestado al ver su obra maestra. Por lo que a mí toca, bastaria este custodio descarado, cuyo entusiasmo probablemente estaba animado por el *cachaça,* para que me inspirase horror el pensamienfo de reposar un dia en estos lugares. Semejante órgano podria reemplazar ventajosamente todas las trompetas del juicio final.

Dejé con un sentimiento mezclado de indignacion y de horror aquel tan adornado campo del descanso: estos sepulcros de mármol, todas estas disposiciones tan desprovistas de gusto, me hacian recordar, a mi pesar, el cementerio de Nápoles tan poético y cuya belleza excede a cuanto se puede imaginar. A esta hora la atmósfera pesada, sufocante, de la fiebre amarilla, reposaba sobre la comarca: me alejé con miedo del jovial custodio para huir de todas las bellezas materiales de este parque funerario.

Nos enseñaron del otro lado del camino, con aire de desden,

las paredes del cementerio en que descansan los pobres herejes alemanes. Rechazados por la religion de caridad, tuvieron que comprar un campo para ellos. Mas de una vez han procurado colocar en la puerta la señal de la reconciliacion y de la paz; pero siempre ha sido arrancada durante la noche por el populacho de los libres pensadores. Hé aquí lo que hace una nacion que se imagina ser la mas ilustrada del mundo, y que desea tanto ver establecerse bajo su clima calenturiento a estos buenos alemanes tan cómodos para las naciones extranjeras.

No puedo decir si los esclavos tienen su cementerio particular. Esta separacion entre los cadáveres es todo lo que el fanatismo puede haber inventado que sea ménos inteligente y ménos caritativo. Estas gentes quedarán muy sorprendidas el dia del juicio final, cuando Nuestro Señor aparezca en su tribunal, y vean que en el valle de Josafat, donde no habrá paredes de separacion, se acercan todos los hombres, uno por uno, temblando y sin distincion ante el Supremo Juez. Estos pensamientos sirvieron para aumentar la inquietud melancólica que se habia apoderado de mi corazon. Me parecia que el infestado aliento de la fiebre amarilla pesaba sobre el valle y sobre la llanura, donde las tinieblas se hacian más y más espesas.

13 de Enero de 1860.

Hoy atravesamos a toda priesa la pequeña ciudad de Itacaparica, con el deseo de volver a ver la naturaleza lo mas pronto posible. Observamos solamente algunos mulatos que se adelantaban con curiosidad para mirar a los extranjeros que pasaban. Nos aproximábamos ya al jardin que circunda la ciudad, cuando encontramos una especie de hombrecillo, vestido con uniforme de guardia nacional y el baston oficial en la mano. Aquel personaje haciendo mil cortesías se puso a zumbar a nuestro alrededor como un avispon. No sabia cómo ni a quién dirigirse, hasta que al fin se apoderó de la persona de L***, y le hizo saber que era representante de la alta policía y que estaba por «el gefe» *o chefe* encargado de acompañarnos y guiarnos, y de llenar a nuestro lado las funciones de protector y de mentor. ¡Oh siglo infortunado el que nos ha visto nacer! Aun en las selvas vírgenes ha de haber policía! Hasta del

›tro lado del Océano hemos de encontrar el ojo vigilante de la ley! baston patriarcal levantado sobre las serpientes y las tarántu- La vigilancia aplicada a los monos y a los loros! Pobre Bra- › podias haber tomado otra cosa mejor de nuestra reglamen- ·opa? ¡Policía con uniforme en los bosques vírgenes! › reprimir una carcajada de risa; sin embargo, protesté nte, *como ciudadano del mundo*, contra aquella tutela ıne queria imponer. L***, nuestro cónsul, con su docilidad ıánica formada en la escuela de las treinta y siete potencias patriarcales, se encontraba muy embarazado, é insinuaba que seria preciso someterse al magistrado del baston; pero yo dí rienda suelta a mi elocuencia segun el gusto inglés, la reunion hizo coro, y declaramos con energía que no dariamos un paso más hasta que se cerrara el ojo de la ley. En verdad que no era posible cazar loros y mariposas en los bosques salvajes sintiéndose escoltado por la policía imperial. Despues de largas pláticas, triunfó nuestra firmeza, fueron admitidas nuestras protestas, y el servidor de la ley desapareció.

Itacaparica, como en general todos los excelentes terrenos del Brasil, permanece baldío é inculto; porque este país magnífico es demasiado extenso y tiene muy pocos habitantes. Faltan los brazos para trabajar, y las comarcas mas hermosas, las mejor situadas, están abandonadas a sí mismas y a la naturaleza. Procuran remediar este mal empleando fuerzas mercenarias; pero hoy que está prohibida la libre importacion de los esclavos, aun este precario recurso se comienza á agotar, y la poblacion negra disminuye notablemente de año en año. Así, pues, la decadencia del Brasil es rápida: si el gobierno no se apresura a organizar un sistema regular para atraer colonos, si no triunfa de su aversion tradicional por los extranjeros y si no sabe dominar a los partidarios de la esclavitud, todo este vasto imperio se dislocará, la selva vírgen recobrará su superioridad é invadirá terreno por terreno.

Dicen aquí: «El Brasil es mas grande que Europa, tiene diez veces el tamaño de Austria.» Estas palabras suenan bien al oído, y pueden envanecer estas altivas ideas; pero ¿hasta dónde se extiende la obediencia a la voluntad del emperador? Ni aun adonde llega el hacha del colono que devasta la selva; porque los ricos colonos son

mas poderosos y mas independientes en sus reinos pequeños que el gran emperador en Rio Janeiro. Contad el número de millas cuadradas que están cultivadas en el Brasil y veréis hasta qué grado se reduce esta nacion gigantesca.

Mas en tanto que la esclavitud subsista no puede haber progreso real ni crecimiento provechoso. La esclavitud y la buena colonizacion no pueden vivir juntas; los propietarios de negros no pueden conformarse con la equidad. Suprimir la esclavitud, seria por lo mismo, el primer acto del renacimiento del Brasil: esto no podria hacerse sin dolor; pero todo lo que tiene vida en este mundo ha nacido con dolor, y en todo caso, el mal seria preferible a la descomposicion y a la pudredumbre.

Los frios políticos dan razones repugnantes para justificar el sostenimiento de la esclavitud. Si un acto de la autoridad la suprimiese, dicen, muchos propietarios se verian completamente arruinados en sus intereses; porque privados de estas máquinas humanas para el trabajo, no podrian cultivar sus inmensos dominios. Así, pues, para no atentar contra esa pereza en que engorda vergonzosamente una casta de propietarios, es necesario que generaciones enteras de desgraciados se consuman bajo una odiosa tiranía. ¡Sin embargo, esos negros son hombres y cristianos, han nacido libres bajo la ley de Dios! Se les tiene por tales, puesto que se les bautiza, y puesto que sus propietarios frecuentemente tienen hijos en las negras; ¡hijos que ellos mismos llevan despues a venderlos en el mercado! ¡Qué desprecio de la lógica y de la moral; qué ofensa a todos los principios de la humanidad! ¿Por qué las gacetas ultra-liberales, por qué esos celosos campeones del derecho no escriben sobre semejantes hechos? ¿Será porque la explotacion de la carne humana está subentendida en una constitucion liberal y democrática? ¿Es esto lo que altivamente llaman los charlatanes un gobierno ilustrado? Pero, ¿qué es el gobierno del Brasil? ¿De qué se compone? ¡Unicamente de propietarios de yeguacerías negras! El emperador mismo posée una de las mas grandes en Santa Cruz, cerca de Rio.

¿Por qué con semejantes instituciones no volver francamente al paganismo? Esto seria lo mas lógico y lo mas cómodo. Seria mas fácil armonizar la esclavitud con el derecho divino: se divi-

diria el cielo en antecámara y salon; a éste entrarian los blancos, y los negros se quedarian en la antecámara.

Comienzo a comprender la razon que han tenido los defensores de la esclavitud para poner en su constitucion democrática un artículo que prohibe al emperador y a su presunto heredero salir del Brasil; porque en los países extranjeros podrian adquirir conocimientos muy claros sobre la cuestion de esclavitud.

Es imposible que haya colonos que acepten semejantes leyes: los blancos no podrian sacar de su trabajo y de sus esfuerzos una remuneracíon suficiente, cuando cerca de ellos el propietario hace trabajar gratuitamente a sus máquinas negras, que fomenta sin mas gastos que algunos azotes.

Para que el Brasil subsista en su integridad entre las naciones del globo, y para que prospere, necesita un reformador armado con una vara de acero, un sabio tirano, que funde sus máximas de gobierno en la equidad, sin contemporizar con ningun partido, y que en caso de necesidad muestre una dureza de hierro. Tendria el triste destino de no ser comprendido en su tiempo y de ser odiado por sus súbditos brasileños; pero la historia le reservaria un hermoso lugar entre los hombres que han trabajado por el porvenir, su nombre quedaria estrechamente ligado con las ideas nuevas del Brasil, y las generaciones futuras lo bendecirian. La constitucion que diese deberia comenzar así:

Artículo primero. Todos los hombres nacen libres en un imperio libre.

Artículo segundo. El heredero del trono deberá viajar muchos años en el mundo civilizado, para aprender la política por sus propias observaciones y por la comparacion que haga entre su país y las naciones extranjeras.

El cielo de los trópicos no está siempre de un hermoso azul y sin nubes. Este privilegio no pertenece mas que a las felices riberas del Mediterráneo y del Oriente, verdadera patria del sol. En los trópicos el tiempo es nebuloso con frecuencia, y hay lugares, como Petrópolis, donde casi no se pasa un dia sin que caiga un chaparron. Las nubes se mantienen con la humedad de la vegetacion, y la humedad de la vegetacion con las nubes, lo cual forma un círculo completo. Segun mi gusto, que se ha formado

en el sur de Italia, en España, en la tierra sagrada de Egipto y en los países clásicos de Grecia, estos nublados son, en el verdadero sentido de la palabra, los lados sombríos de la hermosura de los trópicos. Solamente bajo un cielo límpido se siente el alma trasportada y en estado de gustar de la verdadera belleza. A mis ojos, la claridad del cielo, el brillo del sol con los tintes magníficos que da a la naturaleza, es lo preferente a todo lo demás. Bajo una atmósfera pesada el alma se turba y se entristece, y nada puede atenuar este sentimiento, si no es la seguridad del *comfort* doméstico. Los ingleses, que conocen y aprecian el Mediodía y al esplendor del sol, han sabido realizar en su país la idea del *comfort;* por esto la Inglaterra es, en mi opinion, el único país del Norte en que se puede olvidar el Sur por un momento. Alemania, la fastidiosa Holanda y Francia, tan pobre en bellezas naturales, son malos puntos para habitarse: estos países no ofrecen nada que compense la incomodidad de un triste clima, nada que pueda dar al cuerpo esa feliz disposicion que produce el movimiento del alma.

Jamás olvidaré la impresion penosa y melancólica que experimenté una vez navegando en el Escalda. Era a fines de Junio: íbamos en el *yacht* de Su Majestad nerlandesa; el sol descendia enrojecido por las nieblas de los canales; un viento frio y desolante soplaba sobre cubierta. En aquel momento, mi excelente amigo, el almirante T***, se aproximó a mí y me dijo que tenia mucho gusto al ver que la casualidad me habia hecho venir a su país precisamente en aquella hermosa tarde de verano: semejantes a esta, segun manifestó, no habia mas que cuatro ó cinco cada año. Aquel cumplimiento me heló hasta la medula de los huesos: le respondí con una sonrisa melancólica y una sencilla inclinacion de cabeza; é inmediatamente fué a procurarme un gabinete bien abrigado. Cuando llegué a Amsterdam (que los holandeses llaman la Venecia del Norte) tuve la grande alegría de encontrar un fuego chispeante en las vastas chimeneas del castillo. ¡Estábamos a fines de Junio!

En los últimos dias de Julio fuí a visitar al emperador, mi excelente tio, a las ricas comarcas de Bohemia, en su residencia de verano de Reichstad: ¿y qué veo al llegar? Otra vez fuego, que

brillaba en grandes estufas de porcelana. ¡Estábamos a principios de Agosto! En Ischl, que es muy elogiado, y que, haciéndole justicia debo decir que tiene tres y hasta cuatro dias hermosos cada año, me acuerdo muy bien que una vez, a mediados de Julio, que los alemanes llaman el mes de la siega, nos hemos podido pasear en trineo sobre la nieve.

En Inglaterra, el arte profundo del *comfort* hace desaparecer en la vida de todos los dias la incomodidad mortal de los sentimientos que inspiran estos rigores del clima. ¡Felices los países en que no se tiene necesidad de abatir su espíritu a semejantes cálculos, y donde la vida se pasa en una perpétua armonía, gracias a la seguridad de un cielo siempre hermoso!

A lo que se llama *plantacion*, segun las ideas de nuestros países, lo designan los brasileños con la bella expresion de *engenho* (que es lo mismo que en su idioma significa ingenio). Esta voz se refiere, sobre todo, a la preparacion del material tan considerable de la explotacion, *engenho de assucar;* pero cuando se quiere expresar el conjunto de la propiedad, se dice solamente la palabra *engenho,* añadiéndole para mayor precision el nombre del propietario. La voz *plantacion*, que en Europa se encuentra asociada de una manera novelesca á la idea del Brasil, jamás se oye aquí decir, y probablemente ha de ser originaria de las colonias francesas.

En general los franceses tienen el don de embrollar las palabras y las ideas. Así, sus novelas han dado en Europa un significado enteramente falso al nombre de *criolla.* En todo salon de moda, se entiende por criolla, un sér seductor, etéreo, una morena con grandes ojos de gacela, que reune a una vivacidad salvaje y febril, una educacion hasta cierto punto civilizada; en una palabra, una hija de padres europeos que la casualidad ha hecho crecer en la zona tropical en las comarcas de Occidente. Es una combinacion graciosa de educacion europea y desenvoltura americana, y un personaje muy a propósito para la novela francesa que se complace en torturar a la naturaleza. Los buenos parisienses y sus adictos quedarian muy sorprendidos si viesen a las verdaderas y auténticas criollas. En el nuevo continente, esta expresion comprende toda carne negra, y designa exclusivamente á los negros indígenas: desgraciado del bisoño que dirigiéndose á una

bonita brasileña de color blanco, la calificase, en sus chicoleos amorosos con aquel bello epíteto de novela y la llamase *criolla*. Estoy seguro que en el mismo instante se veria agarrotado por los verdaderos criollos, los esclavos de la casa, y arrojado por la *veranda* en algun matorral de palmeros espinosos.

La persona completa del Senhor G.... correspondia perfectamente a la idea que yo me habia formado de un propietario de *ingenho:* pequeño, rechoncho, nervioso, de constitucion vigorosa, con un vientre respetable, cuello de toro que es señal de fuerza y de voluntad: tal es el individuo. Tiene la cabeza redonda y sólida que distingue a la parte inteligente de la raza latina, una cabeza cuyas facciones y forma recuerdan a los bustos de los emperadores romanos. El rostro, absolutamente rasurado y el pelo corto y ligeramente ondulado, completan esta semejanza. De sus anchos hombros párten brazos musculosos que terminan en unas manos que parecen de hierro, aunque están bien modeladas.

Aquel personaje notable es el propietario mas rico del distrito de Bahía, y el que tiene mejor asegurados sus intereses. Es el tipo del señor brasileño en la mas perfecta significacion de la palabra. El secreto de su poder está en sus ojos negros como la tinta y de una expresion indescribible. El juego de su mirada inquieta y en movimiento perpétuo, explica toda la formacion de lo que se llama aristocracia brasileña. Aquellos ojos podian, á su voluntad, aparecer cariñosos, despiertos, amables, y aun dulces y respetuosos; pero aunque lanzando una mirada sagazmente amable, procuraban con inquieta vivacidad investigar lo que pasaba, para ver si todo iba bien y estaba a gusto del amo, si cada subordinado cumplia con su tarea; y en el fondo de esta mirada, en que se pintaban el instinto de la dominacion y la energía de voluntad que se apoya en sí misma, se veían brillar los relámpagos del ojo del tigre, listo en todo momento para hacer caer su cólera sobre la primera víctima que se presente: las crispaciones de su ancha y mórbida mano correspondian con la chispa eléctrica que se desprendia por entre sus párpados. El propietario de semejante multitud de esclavos, que quiere elevarse á la fortuna por medio de su trabajo, debe vivir en una actividad incesante y bien dirigida, para dominar tantos elementos groseros: es necesario que vigile sin

descanso, y que a todas horas, de dia y de noche, durante toda su vida, esté pronto para ahogar en su gérmen la menor tentativa de insubordinacion con el relámpago fulminante de sus ojos. Si la mirada no basta, es preciso que se levante el brazo poderoso y que el *chicote*, ese cetro de la aristocracia brasileña, haga entónces su oficio.

De paso diremos que el *chicote* es un azote largo en forma de látigo, hecho con dos nervios de buey retorcidos. El observador atento lo verá en todas las casas brasileñas, en el cuarto del amo, y siempre al alcance de su mano. Hay tambien otro instrumento que allí enseñan chanceándose, por poco que uno se preste a entrar en la chanza; los niños de la casa ó el amo mismo lo manifiestan, y se llama la *palmatoria*. Figúrese un disco, que parece cuchara de cocina, adherido a un sólido mango, con el cual se dá cierto número de golpes al esclavo delincuente. Yo mismo ensayé este instrumento en mi mano varias veces y puedo certificar que produce una de las sensaciones mas desagradables. El corazon se subleva viendo la impudencia y descarada jovialidad con que muestran estos instrumentos y describen sus efectos.

Se podian leer en los ojos de aquel rico señor todas estas necesidades de su posicion al mismo tiempo que la expresion de la mas afable cortesía. Su mirada inquisitiva parecia una lanzadera que vá y viene de una extremidad a otra; pero en el sombrío espejo de aquel ojo se podia leer tambien un pasado que explica el orígen de todas estas riquezas. Aquellos ojos hablan de un tiempo en que, durante la noche, exploraban con ansiedad las vastas llanuras del Océano, como si su mirada ávida pudiese hacer llegar de África el buque esperado con impaciencia. Hoy el *senhor* G.... es el hombre mas amable del mundo, rico como Creso, bien visto en la corte, muy influente en su provincia y propietario de las mas hermosas casas de campo; en una palabra, es un honrado personaje, en todo el rigor de la expresion. Es la verdadera columna de la aristocracia, y en cuanto a los extranjeros, debo decirlo en honra suya, es el huésped mas agradable que sea posible encontrar.

Cuando lo dejamos, al terminar el dia, la poblacion de la *fazenda* se reunió alrededor del desembarcadero para asistir a la

partida. Nos llamó la atencion no ver en una reunion tan numerosa mas que tres caras blancas ó cuatro cuando mas. La direccion de los negros y el trabajo de tantas familias no están realmente administrados sino por dos hombres blancos. ¡Qué carácter de hierro es necesario tener, para conservar sujetas tantas sombrías pasiones por la fuerza moral, puesto que verdaderamente la *palmatoria* y el *chicote* deben ser apoyos bien débiles para este objeto! Desgraciados de los blancos si alguna vez los negros gustan del árbol de la ciencia, y se elevan, por este medio, a la categoría y a los derechos de los hombres pensadores. Felizmente para los propietarios de *fazendas*, el negro no conoce su poder ni tiene el sentimiento de las fuerzas que Dios le ha dado. Si los negros se emancipasen, si estas criaturas oprimidas se ayudaran mutuamente, todos aquellos ricos *nababs* caerian postrados en tierra; porque la extension de sus dominios no seria mas que un pesado fardo, y la selva, conquistando rápidamente el espacio que se extiende a sus inmediaciones, los arrojaria de sus propiedades.

Bajaba el dia, una luz incierta penetraba con dificultad los vapores del crepúsculo: a esta claridad observé dos bonitos niños de rostro ménos negro que los otros: eran dos mulatos, ó mejor dicho, dos *pardos*, que tenian graciosas chaquetas azules y aun zapatos. Al ver su cútis color de chocolate, sospeché algun enlace misterioso entre blanco y negro; y el calzado que usaban me dió ocasion para hacer suposiciones de otra especie. Si hay algo que pueda formar un lazo entre el superior y el inferior, entre la libertad y la esclavitud, ¿por qué el *senhor* G.... no habia de haber contraido aquel lazo? Procurando saber la verdad, interrogué con naturalidad a aquellos jóvenes respecto de su orígen; pero sus respuestas fueron bastante embrolladas. Estas mezclas de colores son demasiado frecuentes en las *fazendas*. ¡Qué lado tan repugnante de la esclavitud! Así, los hijos de blancos y negros son semi-esclavos y semi-libres, segun el capricho del padre y del propietario.

El amo nos condujo en su barca oficial hasta nuestro *steamer* que respiraba como si estuviera impaciente. Nos envió tambien, siguiendo el espíritu de la hospitalidad patriarcal, una rica provision de cocos, cañas, azúcar refinada, rom y *cachaça*, con un saco lleno de *farinha* y frutas de sus magníficos verjeles. Penetrados de

reconocimiento por esta hospitalidad espléndida, encantados con los espectáculos tan diversos y tan interesantes de que habiamos gozado en esta primera *fazenda*, nos separamos del amable G.... estrechándole cordialmente la mano. Si este hombre no tuviese esclavos en su presente ni historias de esclavos en su pasado, yo tendria en mucho contarlo en el número de mis amigos, en consideracion a su actividad y a las dotes de que lo ha colmado la naturaleza.

14 de Enero de 1860.

Empezó el diz por una extraña y grotesca aventura. Atravesábamos la ciudad en calesa de cuatro caballos, para ir a hacer una excursion por los alrededores: alegremente y sin ningun presentimiento enojoso, recorriamos las calles llenas de gente; cerca estábamos de Vittoria, y llegábamos al frente del fuerte de que he hablado, precisamente al lugar desde donde se descubre la magnífica vegetacion del valle: de repente vimos a nuestro amigo el botánico y al cazador, que se habian adelantado a pié, empeñados en viva controversia con un personaje de facha sospechosa y vestido de paisano. Nada bueno auguré. Un *soplon* fácilmente se distingue de los otros mortales aun en la zona tórrida.

Cuando nuestros compatriotas vieron llegar al galope nuestro coche, el cazador gritó con todas sus fuerzas a los postillones negros que parasen. Yo mismo dí la órden, y hé ahí que, en el momento, el *soplon* se precipita sobre nosotros inflamado de furor y exigiendo con gesto y lenguaje exaltados que entregásemos nuestras armas y municiones. Sobre esto mismo habia rolado la disputa entre él y el cazador. Con su áspero acento portugués, diez veces mas cómico por la violencia de la pasion, trataba de hacernos comprender que era prohibido llevar armas de caza sin permiso del *presidente*.

Una parte de las personas que ocupaba el coche murmuraba y decia que se nos hacia un ultraje que era imposible soportar; el cazador espumaba de cólera; el botanista filosofaba sobre la civilizacion brasilense. Yo saqué entónces mis lentes ingleses y fijé en el bribon mi vista por bastante tiempo, con una calma y una impasibilidad germánicas que parecieron ponerlo completamente

fuera de sí. Despues de haberle mostrado que de nada serviria hacerme salir de mi humor, calmé a los mios, y les declaré que la ley era la ley, por mas irracional y descortés que fuese, y que todos debiamos someternos a ella hasta que se aclarase é ilustrase el caso.

Tres puntos se presentaron desde luego a mi espíritu: en primer lugar, que las prescripciones brasilenses no estaban conformes con la situacion, porque allí conviene que todo hombre libre tenga armas para su defensa y para la caza, en donde los bosques penetran hasta la ciudad y los monos se introducen hasta el palacio de gobierno: en segundo lugar, que habiendo encontrado ya la señora policía su camino por el océano, hacia que las instituciones libres, tan ponderadas de la América, se viesen en este país singularmente mitigadas; y en tercer lugar, que la aventura no era mas que una chanza muy grosera que las autoridades locales nos jugaban para vengarse. Evidentemente ellas no podian perdonarnos que las hubiésemos ignorado bajo el punto de vista de la etiqueta, y que el dia de nuestra llegada no nos hubiésemos hallado a bordo de la Elisabet para recibirlas. Por lo tanto, esta medida era manifiestamente una mala venganza, pues durante tres dias habiamos circulado en todas direcciones con nuestros fusiles sin ser inquietados, y nadie en Bahía ignoraba quiénes eran esos cuatro hombres de traje extranjero que recorrian la ciudad con cuatro caballos. No sin algun designio se habia, pues, aprovechado precisamente del estrecho paso del fuerte para apostar en él un policía.

Como no iba con nosotros ni el cónsul, ni ningun intérprete, y no queria condescender en una discusion mas larga con el oficial subalterno de S. M. tropical, ordené que se entregasen las armas. Medí una vez mas al través de mi *London-smoke* al buen hombre enfurecido, y para dar una prueba de entera sumision a las libres instituciones del imperio democrático, le ofrecí además nuestras redes de mariposas como instrumentos peligrosos y prohibidos. El honrado agente por poco revienta de cólera. Todo el pueblo que se habia agrupado, lanzó un grito de entusiasmo al ver con qué sumision los europeos acataban las leyes americanas. Las risas se pusieron denuestro lado. El soplon exótico, que, a lo que

parece, habia contado con una resistencia, se retiró confuso y befado. Hay rivalidades de continente a continente, por lo mismo que existe un patriotismo continental. En este negocio, me sorprendió singularmente ver que un italiano, hombre de cascos calientes, tomase nuestro partido sin que nadie le invitase, y defendiese nuestra causa con la mayor vivacidad.

Acompañó al policía, que recorrió con nuestro cazador y el *corpus delicti*, toda la *scala santa* de las autoridades imperiales. Este paseo duró tres horas y media. Pero el aviso oficial llegó al granmogol antes de lo que esperaba y deseaba. Envié en el curso del dia al mas jóven oficial de nuestro buque para que manifestase al *presidente*, en términos categóricos, no tanto mi admiracion sobre el asunto en sí mismo, como mi sorpresa de no haber recibido ántes aviso de tales prescripciones chinescas, con un permiso espontáneamente enviado por las autoridades, cuando habiamos atravesado ya varias veces el arsenal imperial con armas y municiones. Además, le anuncié que manifestaria a su emperador mi sorpresa por tal aventura. El efecto fué inmediato: el granmogol renunció desde luego a su tono solemne y a sus planes de venganza tan bien combinados, y se confundió en un diluvio de excusas. ¡Pobre soplon!

Nos dirigimos en seguida a un bosque magnífico. Un prolongado y agudo silbido, semejante al que se escucha en los caminos de fierro, se oyó resonar en las profundidades de los bosques. Este ruido singular se oye tres veces por dia en las selvas de la zona tropical: por la mañana, a medio dia y al ponerse el sol.

Llamábamosle chanceándonos: "El tren de medio dia." El autor de este inmenso suspiro lleno de angustia, es la *cicada manífera*. No se la puede ver, ni descubrir; pero su grito da la señal regular é infalible a ese ruido extraño é indescribible que resuena momentos dados en los trópicos. Es como un numeroso concierto de voces invisibles, acordadas en todos los tonos, que se repite en la atmósfera tranquila de los bosques. Nada percibiréis, no observaréis ningun movimiento, ni una rama agitada, ni un murmullo en el follaje, y repentinamente resonará ese chiflido indefinido, unas veces cerca de vuestros oídos, y otras a gran distancia. Es como la llamada del velador. Antes de las doce del dia no habia

mas que silencio; apénas si se oía zumbar algun insecto: esta señal anuncia que el silencio ha llegado a su término. Inmediatamente se levanta, en todos los tonos, un canto de alegría universal para saludar la llegada al zenit del astro fecundante. Al principio esta prolongada llamada va seguida de algunos acentos aislados, semejantes a los preludios de los instrumentos; despues las voces se multiplican y son murmullos, gritos, zumbidos y trinos; introdúcese la cadencia en la melodía, y el gran unísono de la vida estalla en pleno concierto bajo las verdes bóvedas de la inmensa catedral. La impresion es soberana. Sentíase uno aislado bajo el severo esplendor de las plantas mudas; seguíase en silenciosa marcha bajo el peso del calor del dia por el centro de aquellos hechizos espléndidos, pero inanimados; y súbitamente un concierto invisible os saluda por todos lados. Aquel bosque, penetrado de un poderoso espíritu de vida, aquella sombra misteriosa, bajo la cual millares de plantas desconocidas gozan del reposo de medio dia, y en fin, aquel maravilloso concierto exaltaron en mí la admiracion entusiasta, los arrebatos de alegría que llenaban mi alma desde los primeros pasos en este suelo nuevo.

Caminando bajo la bóveda espesa del bosque, pasé en revista los recuerdos de mis numerosos viajes, y llegué á concluir, que el hombre que tiene el sentimiento de la naturaleza, debe asistir a tres grandes espectáculos para conocer lo que la tierra ofrece de mas sublime. Primero, á una mañana en los Alpes, sobre una cima elevada, al aire puro, léjos del movimiento del mundo. Allí, rodeado de las riquezas de la flora alpestre como de un magnífico esmalte natural, de gencianas azuladas, de risueñas rosas, de pensamientos, de miosotis, claveles y violetas; bañado por el fresco vapor de la mañana que atraviesan poco a poco los rayos de la luz, ve extenderse las estrellas en el argentado firmamento. Un hálito poderoso parece mover el seno de la tierra que despierta. Los copos de nubes se disipan en los valles; el Oriente se cubre de tinte purpúreo, mas y mas brillante; las cimas y sus campos de nieve se encienden mas y mas bajo la luz dorada; los abetos sacuden el rocío de sus ramas. Súbitamente el sol, rasgando el velo de los gigantescos montes, se levanta en todo su esplendor, dirigiendo sus rayos, como mensajeros de alegría, a los verdes valles y a los

relucientes lagos; y de todas las profundidades sube en señal de gratitud, el canto de los pájaros y el toque armonioso de las campanas.

Tal es el primer cuadro. El segundo es el del medio dia en el paraíso tropical, con la exuberancia de perfumes y de flores, de vida y de sonidos, y con el sentimiento de regocijo que despierta el sol en su apogeo; delicias que mi corazon saboreaba en aquel momento, con admiracion llena de reconocimiento.

El tercer cuadro es el de la tarde en el desierto, cuando el disco inflamado, cubierto de un velo de sangre, desciende a los vapores que producen el mirage, en los momentos de desaparecer en el lejano horizonte del mar de arena. El firmamento se tiñe de púrpura; la vasta llanura se cubre de polvo de oro y plata; paulatinamente van borrándose los colores, y el cielo se siembra de diamantes. Los buitres se ciernen, y cual negras fantasmas describen sus círculos en el fondo iluminado como por el fuego blanco de un hornazo; el camello, como una sombra que viaja, prosigue silenciosamente su camino. Los creyentes vueltos en direccion de la Meca, cantan la oracion vespertina con su acento monótono, miéntras que las estrellas del Poniente encienden sus luminarias en la bóveda de sombrío azul. Un soplo fresco y vivificador, que es el bálsamo de la noche, pasa como un dulce zéfiro sobre la plateada arena, y la luna llena, de doble tamaño al principio de su curso, se levanta serena y pura por el Oriente. Quienquiera ha recogido estos tres cuadros en su alma es un iniciado: el culto de la naturaleza no solo le es permitido, sino obligatorio.

Varios de mis amigos pensaron en calmar su ardiente sed con el jugo de naranjas que llevaban consigo; pero yo mandé a mi negro de alquiler que me buscase agua. El pobre anciano seguia con escrupulosa exactitud todas las órdenes que le daban personas que le eran completamente extrañas. Vergüenza casi nos daba hacer correr de este modo a un hombre de cabellos blancos. Sus idas y venidas dieron lugar, a pesar de nuestra fatiga, a una discusion sobre la esclavitud. Por mas que se haga, es la úlcera que se encuentra aquí por doquier.

Algunos de esos señores defendian la esclavitud como una necesidad; pero por lo que a mí toca, la vista de mi viejo negro me

daba la medida de lo que esta institucion tiene de indigno. Lo habiamos arrendado de su propietario en precio de cincuenta kreutzers: de esta manera era por todo el dia nuestra bestia de carga, y teniamos rigoroso derecho de conducirnos con él como nos gustase. Debia sin murmurar, ni replicar, someterse a todos nuestros caprichos, y cuando mas, tenia derecho, al fin del dia, de dar gracias a Dios en silencio, si le habia dado un amo blando y razonable.

A mi entender todo caduca en una sociedad cuando la violencia ha suprimido el contrato sinalagmático entre voluntades libres. Las instituciones que no tienen por base este contrato, no pueden subsistir largo tiempo, ó bien producen malestar y llagas que van emponzoñándose mas y mas, y consumen las fuerzas mas preciosas. La Europa tambien soporta ciertos contratos que no han sido consentidos libremente, y que, asemejándose mucho a la esclavitud, son tambien causas de malestar y fuentes de descontento. A lo ménos entre nosotros se han encontrado fórmulas legales para acallar las quejas: se justifican semejantes contratos por la consideracion del bien general y de las llamadas *necesidades de estado*.

De este género es principalmente la obligacion del servicio militar tal como se impone en nuestro viejo continente: yo la tengo por uno de los hechos mas monstruosos de nuestra época. Pero siquiera aquí es la suerte la que decide, y puede hasta cierto punto justificarse, por el interes del Estado, una institucion que roba a tantos hombres los mas hermosos años de su juventud. En esto tambien la Inglaterra, con sus instintos de independencia individual, parece haber hallado la vía para volver a mejores principios. ¿Y por qué no podria renunciarse al sistema de esos ejércitos tan costosos que devoran tantos hombres? ¿Por qué no reemplazarlos con una landwehr en la que todos tomasen parte, cuya base formarian el patriotismo y el instinto de la conservacion nacional, y que se mantendria con un cuadro de buenos oficiales y administradores instruidos? Las exigencias del siglo y la penuria hacendaria producirán en Europa, tarde ó temprano, una reforma de este género en instituciones que ofenden a la naturaleza.

Capricho es ordinario en los hombres el encadenarse a las pasiones y a los abusos del tiempo tan corto en que viven, figurán-

dose que las cosas no podrian ser de otro modo, y concibiendo temores pusilánimes de solo pensar en un cambio.

Otra llaga de Europa, que recuerda mucho la explotacion de los negros, es el proletariado de la fábrica. En ellas el hombre se rebaja, por la influencia de las máquinas, a la condicion del animal privado de voluntad. El vapor trabaja segun principios matemáticos; el hombre solo es un accesorio, su actividad se circunscribe en límites tan estrechos como el vaiven de una lanzadera; él no dirige nada, solo está allí para tapar los agujeros en el trabajo de las ruedas que andan solas, y su inteligencia acaba por embotarse. Este estado no es mas que un refinamiento de la esclavitud. Un abismo existe entre el linaje de la inteligencia, que inventa las máquinas, las arma y las pone en movimiento, y la masa inculta, medio hambrienta de los tapa-agujeros: una vez entrados en este carril, trasmiten la maldicion que pesa sobre ellos a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Pero al ménos, posible les es emanciparse, y el derecho de elevarse por el trabajo subsiste, aunque rara vez ejercido. Este derecho falta absolutamente en la institucion de la esclavitud, en la que reside realmente el principio de la muerte.

Dejamos aquel lugar para ir á ver la quinta de un colono francés. El valle y el camino terminan en una escarpada pendiente. La casa construida en la altura y diferentes trabajós ejecutados, habian comunicado a este paraje cierto aspecto de civilizacion. En efecto, la mano del hombre se ejercitaba en ella y la utilidad no era extraña al designio del propietario. Plantíos de batatas y de algodonales, cubrian en líneas regulares ciertas partes de terreno. Sin embargo, gracias a las formas exóticas de estas útiles plantas, se conservaba el aspecto de un parque. En este particular los ingleses lucen que es maravilla: entre ellos no se sabe en dónde acaba la naturaleza, ni dónde comienza el arte: lo bello y lo útil se enlazan para producir un todo agradable a la vista. El propietario de esta quinta está dotado del sentimiento de estas combinaciones; se nota a la primer mirada que se dirige a los campos en derredor: ha conservado todos los árboles grandes y las hermosas aglomeraciones de verdura: ha seguido las líneas suaves y pintorescas dibujadas por el Creador. En torno de la casa, ha embelle-

cido a la realidad multiplicando las flores y los arbustos olorosos: ha dejado felizmente las grandes perspectivas de los valles y colinas, y ha sacado partido de la extensa y pantanosa pradera, espacio que le ofrecia la naturaleza para plantaciones productivas.

Un hombre de blusa, sombrero de paja roto y larga barba castaña, trabajaba en el campo: era un francés, una de esas figuras atléticas de las barricadas del *faubourg San Antonio*. Evidentemente el hambre y el calor de los trópicos lo habian domesticado. Muy interesante es observar tales fachas del otro lado del Océano, y dejar a la imaginacion en libertad de representarse las aventuras que han conducido a semejante carácter hasta expatriarse; porque carácter se necesita para ir á buscar la vida del otro lado del Océano. La blusa azul de este hombre, sus facciones rígidas y sombrías, denotaban lo que se llama en el lenguaje de la policía alemana, un "individuo." Su cara no denotaba ni la fortuna ni la alegría, sino la experiencia adquirida de la necesidad del trabajo. La vista de europeos le fué manifiestamente agradable: sin duda le recordaba su querido país, las ruidosas calles, la luz del gas y las pulsaciones de la vida en esa ciudad cosmopolita. ¿Y cuál puede ser el crímen que ha hecho de él un *sugeto* para la policía, y que lo obligó á pasar las vastas llanuras del mar para refugiarse en la zona tórrida del Brasil? Nacido en el cuartel salvaje que habitan los proletarios, criado en la ignorancia de Dios y de la moral, hecho hombre por el bautismo de sangre recibido en las barricadas, cuando fué proclamada la nueva república, acaso se habrá olvidado, y en algun momento en que le faltaba pan, ó en una hora de desesperacion, habrá gritado en los Campos Elíseos ó en el Boulevard de los italianos, *¡viva la República!* ¡Pobre francés! Nos dirigió un saludo afectuoso, cambió algunas palabras con nosotros y continuó su trabajo.

De regreso en Bahía, estaba yo apoyado sobre un balcon de nuestro hotel, enfrente de la plaza del Teatro, y dejaba vagar mi espíritu, mirando el magnífico cuadro de la vasta bahía de azuladas aguas, con las velas que se alejaban y la multitud de buques anclados, todo animado por los rayos del sol poniente. Me sentia en la disposicion de alma del soberano de la dichosa Samos, contemplando su imperio desde las azoteas de su palacio. Con-

templar libremente, desde un lugar tranquilo, un panorama inmenso, de lejano horizonte, es una ocupacion a propósito para dar reposo al espíritu y alegría al corazon.

Me divertia tambien siguiendo de lo alto de mi observatorio, los movimientos de la poblacion. Sorprendióme la multitud de los negros comparados con los blancos. El pequeño número de blancos que se descubria pertenecia en general a las clases altas; sus movimientos traicionaban la sed y la preocupacion del lucro. El móvil de las acciones es aquí como en el resto de América: *time is money*. Es un principio de que en el fondo estoy prendado. Es la base de las empresas, de la actividad que conserva la salud del alma y las fuerzas del cuerpo; es el verdadero *realismo* que empuja al hombre siempre adelante y hace practicable el *socialismo* honrado: pues si todos trabajan, la envidia queda desterrada de la sociedad y la justicia se reconcilia con la igualdad. Solo los esclavos no entran bien en este sistema. Él presenta además otro inconveniente que sirve de diversion á los pueblos del sur de la Europa, italianos y españoles. Siguiendo este principio, el hombre lucha con todas sus fuerzas, sin descanso, con el sudor en la frente, como se lo dijo el ángel en la puerta del Paraíso: va adelante, pena, no se da un momento de reposo, y aumenta sin cesar su haber; pero cuando le sonrie la fortuna, y el saco de dinero se hincha en sus manos, no sabe reconocer el momento de descansar y gozar: no se detiene sino cuando la edad lo encorva y cuando la alegría no puede ya hacerle compañía.

De notar es que en esta multitud de pasantes casi no se ven eclesiásticos; la aparicion de un servidor de la Iglesia es un acontecimiento. ¿Dependerá de que estos piadosos personajes son de tal manera devotos, que huyen del mundo y del tumulto?—¡Desgraciadamente en el Brasil nada autoriza para hacer tal suposicion!

Necesitamos de una resolucion heróica despues de comer para introducirnos en el frac negro, apretarnos el talle con un chaleco elegante, y ahorcarnos en una corbata almidonada y de un blanco irreprochable, todo a pesar de la languidez causada por la canícula de los trópicos, y de una fatiga muy natural. Si este yugo impuesto por las conveniencias sociales, es ya pesado en la cere-

moniosa Europa, es verdaderamente odioso en los confines de los antiguos bosques, en la libre tierra de América. Pero habia una gran reunion en casa de L***, nuestro cónsul, y la casaca negra era de rigor.

Otra razon tenia yo para no ir sino con repugnancia a esta fiesta, y razon muy particular. L*** me habia dicho que hallaria en su casa a los representantes de los gobiernos alemanes y sus familias, y esto me habia arrojado en una série de pensamientos mas serios de lo que soportaba una siesta.

Con diferencias de poca importancia y aspiraciones a la unidad, los hijos de la Confederacion Germánica están entre sí, bajo el punto de vista político, como perros y gatos.

Miéntras cada particularista se encierra en proposiciones generales, se pregunta uno por qué la Alemania no es desde hace mucho tiempo una y grande; pero desde que se llega a las cuestiones de personas, es todo lo contrario, y cada cual considera su pedazo de tierra como el mejor y mas necesario, pensando que nada hay mas natural como que todo lo demas deba serle sacrificado.

Miéntras las otras naciones, ladrando y mordiendo, agarran siempre algo, el buen pueblo aleman hace arengas sentimentales, filosofa, y se canta lamentaciones, que acaban por sumergirlo en un pacífico sueño.

La hora de la comida, hora impacientemente esperada, me arrebató a mis observaciones. Atravesé la *veranda*, en la que reinaba vivísima animacion. Veíanse en ella multitud de franceses de todos sexos; oíanse saltar los tapones de champaña, y curiosas fachas de aventureros estaban allí reunidas riendo y charlando. Pasé de esta pieza a un comedor fresco é íntimo en el que excelente comida reunió a nuestra colonia errante. Todo lo que el mar, el bosque vírgen y la civilizacion pueden producir de mas delicado y apetitoso se hallaba servido en esta mesa, despues de haber pasado por las hábiles manos de un artista frances. Profundos conocimientos habian presidido al empleo de tan preciosos artículos. Miéntras que todo pasaba entre nosotros alegremente, pero con la reserva germánica, en la sala vecina se oía á los cuentistas, animados por el espumoso vino, entregarse a una charla inagotable

y de una nulidad completamente francesa. Algunos de esos señores, con sus cadenas de reloj y sus brillantes anillos, eran difíciles de distinguir de los caballeros de industria. Por lo que toca a las señoras francesas que se ven aquí, tienen tonos que recuerdan a las *Damas de las Camelias* de la calle Joubert en el cuartel Bréda. En aquel lugar todo nadaba en champaña y hielo: refrescarse de este modo, es la principal ocupacion de los ricos europeos en el Brasil, tan luego como las hamacas se mecen, como se abren las rejas de las verandas, y la brisa del mar, pasando bajo el cielo estrellado, trae el fresco.

Sin dejar de soñar estando en mi balcon, me invadió una especie de desesperacion, un pesar silencioso, que experimento cada vez que me vienen estos pensamientos. Pensaba en el cruzamiento de estados que presenta la gran patria alemana. ¿No seria de desearse que este mosaico estuviese cimentado con mas fuerza, para que la Alemania pudiese ejercer una influencia preponderante en Europa, en un siglo en que los caminos de fierro y el telégrafo unen los continentes? Cuando se recorre el globo, se nota con dolor la poca consideracion de que en general goza nuestra raza. Ella carece de todo lo que sirve para fundar una gran política, y por lo tanto hace un papel singularmente mediano; se rebaja á servir á todas las otras razas, ó de escalon para los mas hábiles. Los alemanes no triunfarán del destino miéntras se limiten al papel de filósofos, miéntras fatiguen su espíritu en teorías inaplicables, miéntras que distraiga sus corazones un sentimentalismo enfermizo, en lugar de inflamarse de orgullo y de entusiasmo. Son ellos los mejores poetas del universo, arpas eólicas que vibran al soplo de todos los dolores de este mundo, músicos y eruditos que nadie podria sobrepujar: brillan en los círculos de cantores y de poetas; hacen con talento todo lo que es propio para embellecer la vida; pero olvidan el negocio principal, y cuando se convienen en reunirse en consejo sobre su existencia política, caen con demasiada frecuencia en la verbosidad teórica.

Y sin embargo, no carecen los alemanes de sentido práctico cuando no se los estorba una organizacion política llena de obstáculos: lo prueba bien el éxito que han tenido en el gran comercio en todos tiempos y lugares. Se han mantenido en el primer ran-

go en esta escuela de la actividad práctica. Los comerciantes alemanes de Bahía, son por esto mismo muy emprendedores y se elevan rápidamente a fortunas considerables.

Terminó la noche por una cena magnífica, servida con un lujo regio, y compuesta de golosinas de las cinco partes del mundo. Dejé a la tertulia entregada todavía al baile, y entre las espumantes copas, dí gracias a la amable dueña de la casa por su cordial hospitalidad, me tiré en mi calesa y regresé a mi casa en aquella dulce noche de estio en pleno mes de Enero. Embalsamaban el aire suaves perfumes, y la luz de las estrellas resplandecia en el firmamento.

Medio muerto de fatiga, y sintiendo ya vivos dolores en todos los miembros, triste consecuencia de la insolacion, volví ya en coche, ya arrastrándome sobre mis piernas, de nuestro hotel hasta el punto de la playa en donde por primera vez, tres dias antes, habia pisado el suelo de América. Horas despues, la Elisabeth humeaba y zarpaba siguiendo la costa en direccion del sur, adonde se hallan las regiones de la verdadera y santa *selva vírgen*.

CAPITULO QUINTO

MATO VIRGEM

Sao Jorge dos Ilheos, 15 de Enero de 1860.

El bamboleo caprichoso y los sacudimientos desordenados de mi hamaca, unidos a vivos sufrimientos en todos los miembros, me despertaron de un sueño de plomo. En los movimientos de mi lecho, noté bien que la vieja Elisabeth nos habia relevado en el servicio de la noche precedente; pero el baile que ejecutaba sobre el océano era mas descabellado que el pretendido wals aleman de las honradas gentes de Bahía. Sentia yo dolores insoportables, latidos y espasmos, que me representaban muy a lo vivo mi imprevision. ¡No haber pensado en abrigarme de los rayos del sol! Cuando pensaba que semejante estado tal vez no me permitiria hacer algunas correrías en los bosques vírgenes, me llenaba de pesar, tenia accesos de tristeza, de desesperacion. En aquel momento los dias y las horas de mi viaje eran contados: la menor pérdida de tiempo causada por una indisposicion, se convertia en un mal irreparable para un viajero tan furioso como yo. No se pasea uno todos los dias en el océano, y cuando se han gozado las delicias de este paraíso, cada hora se hace mas preciosa que el oro.

En el viaje, el punto esencial es distribuir metódicamente el empleo del dia, como yo procuro hacerlo. Entónces, suponiendo que todo vaya bien, hablo de ello por experiencia, es increible lo que se puede ver en poco tiempo. Pero se necesita energía, nervios sólidos y buena voluntad. ¿No he visitado en tres dias toda Roma, la gran

Roma, la Ciudad Eterna? En esos tres dias, fuí tres veces al Coliseo, tres al Vaticano y tres a San Pedro; subí con Su Eminencia de Viena a la cúpula de San Pedro; visité todas las iglesias, todas las colecciones, todos los monumentos; examiné las principales obras de la magnífica biblioteca del Vaticano, y todavía me represento distintamente cada uno de los objetos mas preciosos que ví en materia de estatuaria y de grabado. Y aun despues de varios años, a propósito de ciertas fotografías, he tenido la satisfaccion de refrescar los recuerdos de una persona que habia vivido en Roma mas de treinta años.

Sin embargo, en esos tres dias tuve tiempo para visitar dos veces al Santo Padre, para recibir de sus manos la comunion, para oir con él dos misas seguidas de desayuno, para asistir a una misa cantada muy larga en la capilla Sixtina, para participar de varias grandes comidas, y en fin, ademas de todo esto, para hacer y recibir no corto número de visitas oficiales. Mas necesario es decir, que el dia empezaba regularmente a las cinco de la mañana y no acababa, gracias a la mas magnífica claridad de la luna, sino a la una de la madrugada.

Todavía en esta vez, en mis dolores y mis inquietudes, contaba a pesar de todo, con mi buena estrella, que en mis grandes viajes nunca me abandonó.

Era muy avanzada la mañana. Me enderecé lo mejor que pude y subí al puente. Tiempo pesado, como entre nosotros cuando sopla el siroco, reinaba en la vasta extension del océano. El cielo estaba gris, y gris estaba el mar que parecia de plomo. Aquellas no eran olas, eran masas enormes que se levantaban y bajaban como un pecho oprimido. Es este el bamboleo que se designa entre nosotros con el nombre de *mar vecchio*, tan penoso para los pobres pescadores que les revuelve el estómago. Extendíase a nuestra derecha, hasta perderse de vista, la costa, que por todo el dia se desarrolló a nuestros ojos con el aspecto monótono de una tierra vírgen. Sin embargo, este espectáculo era para mí de singular interes. Esas masas de bosques que se suceden, suben y bajan en las suaves pendientes de cadenas de colinas; esas palizadas de cocoteros que llegan hasta las olas del océano, ofrecian a mis miradas un cuadro de que no podian desprenderse.

Entre esas murallas de árboles, de vez en cuando el color de las aguas hacia adivinar la desembocadura de uno de esos rios, que, partiendo de las profundidades desconocidas de las selvas vírgenes, corriendo en olas sombrías hácia el océano, permiten al colono avanzar por aquellas tierras inexploradas y fértiles. Hemos pasado hoy por delante de varios de estos rios; pero solo el *Rio de Contas* tiene alguna importancia. Precipítase en el mar desde el pié de aquella primera cadena de montañas detras de la cual se extiende la provincia de *Minas Geraes.*

Un corto número de ciudades así llamadas, pero que en realidad no son mas que aldeas de colonos, se desprendian a largos intervalos en el verde de la ribera. Tales son los lugares que se llaman *Cayrú, Camamú, Marahu* y *Rio de Contas.* En los mapas todo esto tiene un aire imponente: defacto no son las mas veces mas que pequeños grupos de malas habitaciones, que se forman en la desembocadura de los cursos de agua y permiten hacer el pequeño comercio de cabotaje entre los puertos mas importantes y las colonias del interior. Entre nosotros se daria a lo sumo a semejantes ciudades el nombre de pueblos de pescadores.

Solo he mencionado estos nombres porque la mayor parte de ellos son de orígen indígena. Mas tarde es cuando los nombres de santos se multiplicaron y borraron las denominaciones primitivas. El gobierno se empeña hoy en hacer reaparecer poco a poco los antiguos nombres históricos, con el fin, segun se me dijo, de remediar la enmarañada confusion que produce la repeticion frecuente de ciertos nombres, particularmente la de los santos mas populares. Las expresiones indígenas tienen muy original armonía, acaso un poco dura para los órganos portugueses; pero su significado es casi siempre característico y no carece de poesía. Por ejemplo, ¡cuán feliz no es la palabra indígena *Nighteroy* [*aguas tranquilas*], para designar la gran bahía cerrada de *Rio Janeiro!* ¡Cuán ridículo es al contrario el nombre portugués de *Rio Janeiro!* Es absolutamente como la etimología de *lucus, á non lucendo:* porque justamente en este lugar no hay corriente que desagüe en la bahía. Apénas unos de esos grupos de casas se desvanecian a nuestros ojos, cuando se nos presentaban los largos espacios verdes é inhabitados, y los bosques semejantes a un mar sin límites. En el océano, cuando

aparece en el horizonte un punto blanco, una vela lejana, esta vista despierta en el navegante un sentimiento de curiosidad simpática: nuestra alma se lanza hácia esa pequeña mancha, a ese punto sobre el cual, unos desconocidos, nuestros semejantes, van en pos de su destino. Así tambien en el seno de aquel mar de verdura, mira uno levantarse al cielo las blancas columnas de humo que dejan adivinar al viajero que allí mismo, entre aquellas olas inmensas de follaje, una existencia independiente é ignorada lucha y se sostiene a fuerza de trabajos. Los ojos del pasante se fijan con interes en esas manifestaciones silenciosas de una vida solitaria, y no sin cierta melancolía se representa la imaginacion el modo de vivir de esos séres, que, tan léjos del mundo, separados de todo lo que les fué caro y precioso, por causas que no podrian adivinarse, han ido a buscar un asilo en la vasta é impenetrable selva. Esas columnas de humo, son los límites miliarios de la civilizacion que tiende a brotar del seno del bosque vírgen; son los fuegos de vivac de las avanzadas de los valientes gastadores enviados por la Providencia. Agobiados de disgustos y pesares en el antiguo mundo, han tomado la hacha del colono, para ir, sin saberlo, a servir de primeros instrumentos a esa misma civilizacion que avanza siempre. Cuando se piensa en los motivos que han arrojado a tantos valientes luchadores a las salvajes soledades, el corazon se siente entristecido a la vista de esas columnas de humo: una simpatía secreta dirige involuntariamente la mirada del lado de esos gérmenes de vida. Pero desde que se ha visto a los colonos y se ha tenido alguna relacion con ellos, esa simpatía se trueca en profunda melancolía, y al alejarse, se vuelve uno para mirar largo tiempo, largo tiempo mas, esas señales que se elevan al cielo.

Hay en la naturaleza cuadros mudos y privados de vida, que hablan con fuerza y elocuencia a una alma atenta: la mirada los interroga, el espíritu los anima ayudándose de sus recuerdos y de la poesía de sus suposiciones. Los admiradores vulgares y oficiales de la naturaleza, que trabajan segun un modelo prescrito, no vuelven la cabeza a semejantes espectáculos: necesitan en sus cuadros un conjunto de objetos variados y bien dispuestos; si no tienen grupos de árboles destacados, bonitas casitas, con un campanario puntiagudo si es posible, sin hablar de un arroyo mur-

murador bordado de zarzas y de flores; si campesinos bien vestidos y bien comidos no atraviesan la campiña, luego se quejan de la monotonía. Mas yo, cuyo gusto no está sujeto a ningun modelo ni a regla alguna, encuentro estos cuadros, que se llaman monótonos, singularmente curiosos y simpáticos. Un paisaje coqueto, variado y opulento, me inspira a lo mas la idea de un bienestar pacífico: es para mí la expresion de una felicidad prosáica. Miéntras que en los grandes cuadros, la fantasía acecha y trabaja; en ellos nada hay ordenado, nada acabado; el sentimiento y la poesía tienen delante de sí abierto vasto campo.

Tal es el carácter que presenta la costa del Brasil. Desde luego el sentimiento de lo infinito se apodera de nosotros, cuando ante nuestra vista, semejante a un océano, el bosque vírgen desarrolla sus olas infinitas y gigantescas. El pensamiento se abisma en las regiones deshabitadas y sin límites, ya sea que la mirada vague sobre la superficie espumosa de las aguas, ya sobre los llanos de atrás que no han cambiado desde la creacion. Además, nuestro espíritu es asaltado por los recuerdos del mundo de los libros: descripciones de las magnificencias de América, historias del descubrimiento del nuevo continente, las horas sucesivas de la aparicion de una tierra desconocida. Nuestra memoria evoca las relaciones que han inflamado nuestra juventud, que han depositado en nosotros el gérmen de la pasion por los viajes, é introducido en nuestra alma, como un aguijon, el ejemplo de tantas grandes acciones.

Se representa uno, en este cuadro mudo, ciertos episodios característicos. Desde luego, al viajero que se guía trabajosamente auxiliado de la brújula, y se abre un camino al través de los montes y malezas de la naturaleza vírgen, con el cuchillo y la carabina; en seguida, al colono que con el fierro de su hacha, abate los árboles gigantes y construye su choza solitaria; despues a los indios que armados del arco y de las flechas, en el pleno ejercicio de sus derechos hereditarios recorren libres y salvajes, su antiguo dominio, y con sus tiros emponzoñados, derriban indiferentemente todo enemigo, carnicero aullador, ó intruso de rostro blanco.

Tales son las imágenes que se colocan en este vasto y libre cuadro. Al mismo tiempo, un nuevo infinito se abre a nuestra alma,

el corazon se eleva y se vigoriza a la idea de penetrar en fin, realmente, en el mundo del *Mato virgem*.

Mato virgem, ó simplemente *Mato*, es el término propio de que se sirven los brasileños para designar el verdadero bosque vírgen, aquel que jamás ha sido profanado. Hácia tales bosques nos dirigiamos en este momento. A lo largo de la costa, ellos no se extienden mas que hasta esta comarca; porque todo lo que se nombra bosque primitivo, no es por solo esto, el *Mato virgem*, bien que viajeros novicios sean inducidos y casi autorizados a tomar todo lo que ven aquí por un *bosque virgen*.

Hay bosques tan impenetrables, tan embarazados por las enredaderas, que el europeo los bautiza desde luego con este nombre, y sin embargo no son sino *capoeiras*, es decir, partes que han sido ya cortadas, pero que en muy poco tiempo han crecido tan extraordinariamente, que es necesario estar habituado a esto, para distinguirlos de los bosques vírgenes. Pero cuando se ha visto el *Mato* y las *capoeiras*, la diferencia se hace bastante sensible. En el bosque vírgen hay árboles gigantes diez veces centenarios y especímenes gigantescos de ciertas esencias de árboles extremadamente preciosas, que no se encuentran mas que sobre el terreno que les es propio. La edad y el espesor de las enredaderas son tambien, para un ojo ejercitado, signos distintivos.

Fazenda da Vittoria, 16 de Enero de 1860.

Muy de madrugada se vió reinar a bordo esa agitacion febril que se manifiesta invariablemente en el momento de las grandes aventuras. Son las interpelaciones, la inquietud ordinarias de las gentes que se preparan con mil cuidados de detalle, a una empresa proyectada; las sensaciones se cruzan, las imágenes se suceden, una pregunta sigue á otra; se hacen mútuas exhortaciones, se averigua si un amigo ha olvidado esto ó aquello; se reunen los objetos necesarios, se habla de los instrumentos de que se tiene necesidad, y enteramente entregados á estas ocupaciones, no se puede esperar con paciencia el momento de obrar. Estas crísis preliminares, son de dos especies: las unas excitan un calofrío de temor, las otras un estremecimiento de placer. ¿Se trata de una

gran solemnidad, en donde se debe figurar en público, ó en donde está uno condenado a hacer una arenga templada, ó a decir un brindis decente; ó bien está uno afligido por el cielo a causa de un grave exámen que se tiene que sufrir, y en que se debe demostrar en términos bien escogidos, que en realidad no se sabe gran cosa? En tal mañana, las horas que se suceden, son la mas horrible tortura a que puedan someterse los nervios del hombre? ¿Se esperan acontecimientos agradables, interesantes, propios para enriquecer notablemente nuestra experiencia, para procurarnos nuevas conquistas en el dominio del saber y nuevas victorias interiores? Entónces, las horas de preparacion son de una dulzura poco comun, no obstante que ponen la paciencia á una ruda prueba. Pero jamás se experimentan, en este género, tan nobles emociones, como en los viajes lejanos: con alegría y reconocimiento recorro yo en mi memoria los instantes que a ella se presentan como los linderos miliarios monumentales sembrados sobre el camino trazado por mis recuerdos.

¡Qué emociones no he experimentado en mi primer viaje, a lo largo de las costas, cuando me dirigia hácia el noble Acrópolis de Aténas, esa ciudadela divina, en donde brilla aún la llama del genio griego; en donde sus pensamientos inmortales parecen aun vivir en el mármol? ¿Con qué ansiedad y con cuánta inquietud no he trepado el Vesubio para espiar los secretos de la actividad infatigable de las potencias subterráneas? ¿Con qué impaciente ardor no he entrado a la Tribuna de Florencia, ese santuario del arte, para estudiar allí, en silenciosa admiracion, esas inmortales obras maestras, desde las del siglo de Fidias, hasta las de la época floreciente de Rafael Sancio? ¿Y para admirar la Alhambra, ese sueño misterioso de los *encantadores* árabes, con qué presteza no he atravesado la fresca verdura de los prados, sin detenerme en los rosales y en las fuentes que me rodeaban? ¿Cómo latia mi corazon cuando pasaba la puerta *del Popolo* para entrar en la Ciudad Eterna; cuando subia las gradas de la Basílica de San Pedro; cuando visitaba por la primera vez, a la luz de la luna, ese inmenso Coliseo, en donde reina el silencio de la muerte? ¿Qué ardientes deseos y qué impaciencia, cuando he recorrido por la segunda vez el desierto,—el desierto sin límites,—cuando sobre un ligero

corcel devoraba la inmensidad de los abrasadores arenales, para ir a meditar el enigma de las pirámides? ¿Cómo las horas me parecian largas, miéntras atravesaba las montañas de Judá para visitar como peregrino el sepulcro del Salvador? ¡Cuán solemne fué el momento en que franqueaba la última cresta de las rocas, desde donde mis ojos descubrian las cúpulas de Sion, que se elevan hasta el cielo!

Semejantes momentos no se presentan sino en un viaje; nada hay mas noble ni mas puro en la vida humana: es la dulce compensacion de las rudas fatigas y de los esfuerzos sin descanso. Tales eran las emociones que al fin de una larga espectativa, experimentábamos esa mañana. Se tomaban armas; se recordaban una vez mas las prescripciones relativas al bosque vírgen: se repasaba en el espíritu todo lo que se habia leido sobre este asunto. El botánico preparaba sus cajas y sus pequeñas cestas, empaquetaba papel gris para secar las muestras nuevas; el cazador preparaba sus armas para declarar la guerra a toda la naturaleza, desde el colibrí hasta el tapir. Ni aun se olvidó llevar agujas y tapones de toda especie, botellas de espíritu de vino, y una cantidad de materias químicas para tomar y conservar todo lo que se arrastra ó vuela. El pintor cortó sus lápices y puso en órden su album para dibujar, pero sin hacerse una carga demasiado grande: era un hombre experimentado, y que habia visitado ya muchas veces el bosque vírgen. El doctor preparó su lanceta, dispuesto á sangrar cuando fuera necesario; se introdujo una multitud de contravenenos en sus bolsas, para los casos de mordeduras de serpientes, y dispuso toda una farmacia portátil, á fin de sacarnos vivos en cuanto dependiese de él, del fondo del *Mato Virgem*.

En cuanto a *Mi Pequeñez*, ella se ocupaba al mismo tiempo en reunir todo un arsenal de invenciones, de las que habia yo hecho una coleccion en Europa. Tenia allí trajes de merino blanco, ligeros como el pensamiento, ejecutados por el gran Gunkel, segun mis inspiraciones; tenia allí tambien un gigantesco sombrero de paja, provisto de un velo como habia observado que llevaban los ingleses en Egipto; tenia allí igualmente, un largo cuchillo pendiente de una banda azul, en forma de chal. Esta arma estaba destinada a cortar las enredaderas, y en caso de necesidad, para

desollar a algun gefe de *Botokudes* demasiado atrevido. Dos *revolvers* fueron muy bien cargados para sostener los combates de vida ó de muerte, del bosque vírgen.

Un lindo estuche de bolsa contenia todo lo que se podia desear, desde el espejo hasta las navajas de barba. No debia olvidarse tampoco la linterna. Los libros, con todo lo necesario para escribir, fueron colocados en un paquete; los tapetes y *plaids* dispuestos en rollos. Se llevó además azúcar, café, chocolate, bizcochos y vino.

¿Qué necesidad podiamos tener de todas estas provisiònes? La experiencia es la que debia decirlo, porque en los viajes ella es la que dá las mejores lecciones. Tres oficiales del buque fueron invitados por mí a tomar parte en la expedicion. Cada uno de ellos se proveyó de un pequeño arsenal particular, sobre todo de objetos propios para la caza. En cuanto a las gentes de servicio, las redujimos al mínimun. Un marinero de los que componian la tripulacion, habia dado la vuelta al mundo con la *Novara*, y se decia instruido en el arte de preparar y empajar animales: él cargó con todos los instrumentos destinados a este uso. Se tomó solamente además de él, al doméstico de uno de esos señores, jóven muy ejercitado en tirar. En semejantes empresas, los criados europeos no son sino una plaga: es necesario estar animado de la mas viva curiosidad, para soportar de buen humor las penalidades inseparables de la expedicion. Cuando las fatigas inevitables en semejante caso no han sido previstas en la contrata de un doméstico, no se puede imponérselas, sin violar el principio segun el cual no se debe exigir de un hombre aquello a que su deber no le obliga. Expediciones de este género, son una cosa absolutamente *personal;* en tanto que ellas duran, no hay rango ni casta. En el seno de la naturaleza primitiva, no hay mas que el hombre primitivo: nadie puede resolverse a arrostrar los peligros y las fatigas que allí le aguardan, sino por el ardor de su deseo absolutamente libre. Cuando se quiere tentar semejantes empresas, es necesario persuadirse que allí toda preocupacion de rango desaparece, que cada uno debe contar únicamente con sus propias fuerzas y con su habilidad personal, y que la sola regla que subsiste es pensar en sí. Si no quereis obrar por vosotros mismos y protegeros a vosotros mismos; si no podeis conduciros sin la ayuda y el apoyo de otro, quedaos en

vuestra casa. ¿Abrigais la pretension de penetrar en los misterios de esta naturaleza que nada ha turbado desde el dia de la creacion? Tened dos buenas piernas, dos brazos nervudos, una cabeza sólida que se represente claramente su objeto, y no se deje desviar á la derecha ni á la izquierda. "¡Adelante sin interrupcion!" Hé aquí cuál debe ser el grito de guerra: "Yo soy yo," es la palabra que he adoptado para el bosque vírgen. Para cualquiera que tiene la desgracia de haber estado, a consecuencia de su nacimiento, rodeado siempre de servidores y garantido por pantallas oficiales; para aquel a quien desde la cuna todo se le ha dado mascado, todo preparado, todo dicho de antemano; para aquel a quien la etiqueta ha trazado siempre su camino como entre dos bandas de fierro, nada puede ser mas saludable, mas benéfico, que encontrarse en situaciones en las que no puede apoyarse sino en su propia fuerza y en su propia voluntad; que penetrar en las regiones donde no hay chambelanes para quitar de delante de vosotros las enredaderas con mano elegante, y dejarse morder, en una actitud respetuosa, por las serpientes venenosas. Quizá en los salones perfumados se os llamará buscador de aventuras; yo creo que las aventuras de este género son muy útiles para formar el carácter, y creo tambien que ellas se convierten en una necesidad para las naturalezas vigorosas, que procuran salir de un régimen de vida enervante. Por mas que procuréis no exponeros jamás a la fatiga y al peligro, no por eso dejarán de sobreveniros en la vida de todos los dias circunstancias extraordinarias, y entónces os encontraréis débil de cuerpo é inerte de espíritu. Desgraciadamente la Europa está ya de tal manera refinada, que no se encuentra uno en el caso de contar con sus propias fuerzas. Las grandes cazas en los Alpes salvajes son quizá para los *porfirogenetas*, el solo medio que subsiste de ponerse frente por frente con la fatiga y el peligro. Desde el funesto reinado del *rococo*, es decir, desde la época lamentable en que la peluca comenzó a parecer en una aureola de polvo, y en que la grande espada se cambió en un bonito espadin de salon, verdadero juguete para las damas; desde que los torneos y los juegos guerreros fueron reemplazados por las frases escogidas y la frivolidad de las córtes, es necesario que los hombres de buena voluntad se pongan á buscar por sí mismos la

escuela de la independencia personal, a riesgo de ser tratados como buscadores de aventuras; y todas las veces que ellos encuentren una ocasion de hacer progresos en esta ciencia, deben considerarse bien felices y dar gracias al destino.

Las casas de Ilheos se parecen todas á las de Itaparica: las mismas ventanas sin vidrieras; la misma apariencia de construccion provisional, recordando las casitas de madera que sirven de juguete a los niños. La mayor parte de las habitaciones en el Brasil llevan el sello de la improvisacion; no son sino abrigos contra la humedad y el sol. La lluvia nos obligó a detenernos en una de ellas: este retardo fué una viva contrariedad para la impaciencia que me impelia hácia adelante. No sucedió lo mismo a nuestro amigo K..... espíritu práctico que aprovechó el tiempo para hacer arreglar los paquetes y los botes por robustos esclavos. En cuanto a mí, empleaba este tiempo en contemplar la singular exposicion de hombres de color que presentaban las casas y la playa. El pintor la reproducia sobre el papel.

Los colores de la piel y las razas mas diversas estaban allí representadas, sobre todo entre los niños de los que habia una multitud. Desde nuestros semejantes de rostro pálido, hasta los descendientes de los africanos negros como el carbon, todos los matices se encontraban allí. Habia tambien brasileños de color amarillo, horribles mulatos, resultado de todos los géneros de mezcla, y aun indios cobrizos de la raza de los *Botokudes*. Era la primera vez que yo veía tipos de estos últimos con sus anchas caras y sus ojos negros de mirada penetrante y móvil. Las negras estaban vestidas aquí como en Bahía, pero con ménos coquetería, con una camisa blanca flotante, enaguas de algodon de color, y de una pieza de tela arrollada en forma de turbante alrededor de la cabeza. Eran, en su mayor parte, de una talla elevada, pero de feas facciones y de una boca grande cuyos dientes blancos mostraban al reirse un aire impertinente. Los jóvenes negros llevaban un pantalon de tela corto, y los mas una camisa de un azul opaco y un pequeño sombrero de paja plantado sobre un cráneo deprimido y cubierto de una lana corta.

Me impresionó sobre todo la fisonomía de ciertos niños de cara blanca, pálida y lívida, de ojos de color miosotis, de un cabello

de color amarillo paja todo erizado. Me recordaban singularmente a los chicos de nuestros campesinos de Alemania. Me acerqué a dos muchachos un poco mas grandes que los otros, y les hablé en aleman. Ellos me miraron con espanto, sin poder respondermé: todo lo que pude obtener, y eso con muy grande trabajo, fué su nombre de familia que era germánico. Eran ellos hijos de emigrados. Se encuentran muchos en Ilheos. No sin experimentar alguna contrariedad, encontré en ellos a unos perfectos brasileños incapaces de entenderse con sus mayores en la lengua maternal. Y despues de esto, los alemanes se asombran de no tener en ninguna parte una situacion independiente, y en lugar de dominar, de encontrarse reducidos a una condicion intermedia entre la del hombre libre y la del esclavo. ¡Qué humillacion para un padre y una madre que conversan con su jóven familia en un idioma extraño! ¡Cuánto no deben sufrir las relaciones domésticas, cuando los padres hablan entre sí una lengua que no es sino un misterio para sus hijos; y cómo debe atormentarse la pobre madre para dirigir a su propia sangre palabras que ella no puede comprender!

Este hecho que se nota aquí a cada paso, debe ser una de las causas principales de la melancolía, cuya expresion se lee en el semblante y en el aire todo de nuestros colonos. En mis viajes jamás he visto un emigrado aleman que pareciese realmente alegre; un sufrimiento secreto parecia pesar sobre todos como un fardo. No son sino los hijos los que algunas veces recogen el beneficio de la existencia calamitosa de los padres. En cuanto a éstos, la ausencia de carácter hace casi siempre de ellos la presa de las nacionalidades extranjeras, que los absorben. Hé aquí la causa del sufrimiento que oprime a estos hombres desterrados que han caído en la dependencia de su jóven familia y se ven abatidos ante la generacion actual. Otra cosa sucede cuando los emigrados son solteros y tienen la buena idea de casarse con las hijas del país. Entónces se establece entre el elemento antiguo y el nuevo un lazo estrecho y vivo, y la nueva generacion no se encuentra ya separada de la precedente por un abismo.

Ilheos posée una iglesia y un sacerdote que ejerce sus funciones para todo el país, muy adentro del bosque.

Pero segun las ideas del Brasil, una iglesia y un sacerdote son objeto de lujo y no de necesidad; de manera que las funciones del buen *padre* no tienen nada de incómodo, ó mas bien no son sino una especie de canongía. Su ministerio se limita en realidad a dar el bautismo: este es el solo sacramento de que se hace uso, y todavía lo administra sin moverse de su lugar: se les envia con este objeto a los recien nacidos en canoas por el curso de los rios. Las otras prácticas religiosas han caído en desuso; y por lo visto, seria difícil observarlas, a causa de la lejanía y de la dificultad que hay para franquear las distancias.

Hay circunstancias fatales que hacen imposible el cumplimiento de las prescripciones de la iglesia. Estas gentes se reunen de todos los países del universo y se hallan por otra parte absorbidos por las necesidades materiales. Los blancos vienen de Europa con toda especie de creencias, algunos sin creencia alguna; los negros son esclavos; su señor representa para ellos el principio supremo, bueno ó malo; los hombres de piel roja de los que se vé un gran número errar en estas comarcas, realmente no tienen ninguna religion; se dejan, es verdad, bautizar al acaso, y con la esperanza de recibir el bautismo de fuego; pero apénas el acto se ha cumplido por el *padre,* se vuelven tan salvajes como ántes para tomar de nuevo la vida errante en sus bosques impenetrables.

El mal mas grande aún es la ignorancia del clero, su falta de virtudes y la facilidad con la cual acomoda su manera de ser a las circunstancias exteriores, que, por lo demás, hacen casi imposible las prácticas religiosas. Distancias enormes median entre las *fazendas* y la iglesia, y el párroco mismo desde el dia en que llega a su puesto, se encuentra como perdido y sin aptitud para cumplir por su propia cuenta las observancias, porque no puede ponerse en relacion con ningun otro eclesiástico.

Cuando las canoas se encontraron dispuestas y medio lanzadas, nos hicimos conducir por nuestros marineros y por los negros; atravesamos como una flecha la concha que forma el puerto y entramos en la ancha embocadura del *Cachoeira.* El cuadro que se presentaba a nuestros ojos expresaba la calma de una naturaleza rica y poderosa. El vasto cristal de las aguas, resplandeciente como la plata, estaba encerrado dentro de la fresca y misteriosa ve-

getacion de los manglares que desciende al rio y deja adivinar las líneas principales de las dos orillas. Detrás de este primer plano se elevan los cocoteros de tronco flexible con coronas cargadas de frutos; y mas léjos aún, alturas de pendiente suave formando un vasto valle, están cubiertas por el bosque impenetrable con sus plantas gigantescas, su follaje de un verde brillante y satinado, sus sombras oscuras y sus puntos luminosos: es la imágen del reposo, pero de un reposo lleno de misterio.

Al principio del camino, no se veía ninguna habitacion en este vasto anfiteatro: ni un solo lugar limpio que hiciese sospechar la presencia de una ermita. Dos canoas solamente que bajaban el rio cargadas de frutos, anunciaban la existencia de creaturas humanas mas léjos, en el interior.

Nuestros negros, observando la direccion de las corrientes, seguian unas veces la orilla izquierda y otras la derecha. Yo estaba encantado todas las veces que pasábamos bastante cerca de los manglares para poder estudiar allí las formas y los movimientos de la vida; nuestra mirada penetraba así en los secretos mas íntimos del mundo vegetal. El ojo seguia la ola bajo las verdes bóvedas de las hojas, en los lugares ocultos llenos de sombra en donde podia descubrir aún nuevas plantas y sorprender las costumbres de las criaturas animadas.

En tanto que nuestras canoas se deslizaban sobre las aguas saladas, no vimos sobre las orillas otra cosa que manglares, desde la planta que se avanza a gran distancia sobre las olas, hasta el árbol enorme cuyo tronco deja colgar sus ramas en la corriente. En los lugares en que el mangle anfibio bañaba sus raíces y su cepa en el rio, se veía una grande actividad en la sombra: los crustáceos vivian allí en la seguridad y en la abundancia, amarillos, rojos, azules, grandes y pequeños, viejos y jóvenes. Estos animales abundaban en muchos parajes donde las raíces cubiertas de limo se elevaban por encima de las aguas, y era un golpe de vista de los mas curiosos y de los mas divertidos.

En vano procuré descubrir serpientes en los escondrijos húmedos encerrados entre los mangles. Estos árboles se parecen a los alisos. En medio de los manglares-*rhizophora* vimos los *malpighies* en árbol ó en arbusto, con flores brillantes, amarillas, del

género de las orquideas; y aquí y allí *ingas* enormes con sus hojillas acabando en punta y divididas en cuatro ó cinco partes, sus pedículos alados, y sus flores blanquecinas de pezon corto de donde penden ricos ramilletes de estambres. Estas flores diseminadas sobre el fondo sombrío de la planta, producen un efecto muy agradable y muy pintoresco: la imaginacion mas atrevida de un jardinero no obtendria mejor resultado en sus combinaciones como lo alcanza la naturaleza tropical en sus poéticos caprichos. A medida que nos remontábamos en el rio y que la influencia de la marea desaparecia, los manglares, cubriendo las orillas y dándoles casi el aspecto de pantanos, cedieron su lugar a una vegetacion mas bella aún, mas variada y mas rica en colores. Matorrales de un verde exuberante, plantas maravillosas toman su nacimiento en una tierra negra y fértil y se amontonan en la orilla de las aguas que las acarician dulcemente. Sus troncos flexibles cubiertos de follaje, extendiéndose por encima de la vegetacion inferior, se inclinan a la corriente para gozar tambien de su frescura.

Sobre estas plantas se mecen altivas palmeras, ó bien un gigante diez veces secular, extiende sus nudosos brazos dominando la superficie del rio.

Innumerables bejucos reunen entre sí los diferentes pisos, desde la vigorosa verdura que cubre el suelo, hasta el sombrío follaje de los gigantescos árboles, enlazándose con los floridos matorrales: esos mismos bejucos a su vez florecen y se cubren de botones: es un atrevido y fantástico edificio que se balancea al soplo del viento.

Mucho mas abajo, en la vegetacion húmeda de la ribera, allí, donde la ola llega lamiendo la tierra negra y fecunda, bañando las anchas hojas de las aroideas, habita arrastrando alegre vida el pueblo cojo de los cangrejos. En torno del piso de flores que se inclina hácia adelante con su ligera cofia de follaje, entréganse las mariposas a sus locas diversiones: vénse allí especies gigantescas, luciendo sus espléndidas alas a la luz del sol. El cabrilleo de nuestra barca hizo levantar pájaros vestidos de los mas ricos colores, que se guarecian a la sombra de los árboles, y entre otros, un magnífico *sangre do boy*, cuyo plumaje tenia el brillo del rubí, y un número considerable de pájaros que presentaban tintes ne-

gros como el carbon, mezclados con el de amarillo de oro, y llamados en brasileño *Japu-y:* es el *cassicus icteronotus,* cuyo nido que pudimos ver pendiente en forma de saco de ramas muy salientes, es verdadera obra de arte.

Cuando nos hallábamos en medio del rio, pasando de una a otra orilla gozábamos de una vista encantadora sobre el bosque que se comprimia en la ribera, desplegando toda su magnificencia a los rayos del sol. Solo sobre las corrientes de agua pueden encontrarse puntos de vista que permitan abrazar todo un cuadro de bosque vírgen. Era por lo mismo la primera vez que observábamos esa maravillosa paleta de matices prodigada por el lujo de la vegetacion tropical. Vistas así del lugar en que estábamos, colinas enteras brillaban con un inflamado tinte violeta; su resplandor era tan vivo, tan rica la masa de colores, que nuestro botanista no podia explicarse si aquella florescencia pertenecia a una aglomeracion de plantas ó a un árbol. Cerca de allí veíanse las plateadas *cecropias,* que reflejaban el sol como la nieve ó el hielo.

Esta incomparable magnificencia se desplega siglos há; todo allí germina y crece libremente, en confusion; pero segun leyes invariables, al placer de estas plantas y para gloria de Dios; y sin embargo, el hombre, este sér miserable, se imagina que es el legítimo rey de la creacion y que el Dios de bondad trabajó seis dias para hacerle un mal! Quienquiera que ha visto la selva vírgen no tiene semejantes ideas: ese comprende que el hombre no es mas que una de las mil y mil piezas de la gran máquina del mundo, poseyendo desgraciadamente una sola cualidad que lo distingue de lo demás: la facultad de trastornarlo todo.

Miéntras mas se estrechaba el rio, mas encanto producia la sublimidad del espectáculo. Más y más se experimentaba el sentimiento de la soledad. Pero tambien nuestra larga canoa india parecia mejor acomodada a las circunstancias. En esta interesante carrera náutica, Cooper y sus inimitables pinturas se me presentaban sin cesar a mi espíritu. Aun cuando estuviésemos bajo el clima de los trópicos, él mismo era el carácter de las impresiones; era la gran soledad primitiva, la potencia anonadante de la naturaleza. Cada minuto tenia su encanto; a cada momento ofrecíase a nues-

tros sentidos algun nuevo objeto, alguna imágen que sobrepujaba a otra, y esto, sin el concurso de la mano del hombre, conservando cada cosa el carácter impreso por la voluntad del Creador a su grande obra, con todo lo necesario para que florezca y prospere.

Hicimos alto en un lugar cubierto de sombra, al abrigo de las ramas enlazadas por los bejucos que se tendian por el rio. Descansábamos en el seno de tan magnífica naturaleza, bendiciendo aquella sombra que nos protegia de un calor siempre creciente.

De repente atrae nuestra atencion un ruido salido del recodo del rio y vemos aparecer una canoita. Un hombre de estatura alta é imponente, vestido de blusa azul, de larga barba y hermosas facciones que en parte cubria el inevitable sombrero de paja, conducia con nervudo brazo la ligera embarcacion remontando la corriente. Detrás de él, en la estrecha cavidad de la canoa, bajo grande quitasol campestre, se veía sentada una mujer en sencillo traje de campesina, de cara pálida y cabellos de un rubio claro.

Formábase un cuadro completo con el fondo verde esmeralda iluminado por un sol espléndido en el silencio profundo de la naturaleza.

Cuando la embarcacion estuvo cerca, la mujer de pelo rubio dirigió su mirada hácia nuestro lado: dos ojazos azules de melancólica expresion se fijaron en nosotros. Sin proferir una palabra, se manifestó sorprendida al ver, bajo la espesa sombra, hombres rubios y ojos azules, que parecian corresponder a los suyos como un eco repetido en la boscosa ribera. Dirigiónos ella una sonrisa melancólica, inclinó en saludo amistoso su hermosa cabeza, y con el acento mas puro escapóse de su pecho un *Guten morgen*, que llegó resonando a nuestros corazones alemanes. De nuestro lado, todas las bocas gritaron a la vez con voz vibrante un *Guten morgen*, que partió del fondo de los corazones en respuesta al de la desconocida. Este saludo cambiado en aleman, sobre las silenciosas aguas, en el seno de los vírgenes bosques, por personas que nunca se habian visto y no debian jamás volverse a ver, producia una impresion que me conmovió profundamente. Aquí es donde por primera vez, tan léjos del país natal, comprendí todo lo que significan estas palabras y este voto cordial. ¿Y cómo habia reconocido en nosotros a compatriotas esa pobre mujer tan grave, esa expa-

triada que habita las lejanas soledades del *Mato virgem?* Por la inspiracion misteriosa del mal del país: pues en el acento de aquel sencillo *guten morgen,* el oído abierto a la voz del corazon, reconocia al mismo tiempo que la explosion de la alegría, la emocion de una alma destrozada por el destino. El hombre que manejaba el remo permaneció mudo y no saludó: en sus facciones austeras se veía que su corazon, despues de haber experimentado los últimos extremos de los sentimientos humanos, se habia, por fin, embotado.

La barca siguió su ruta y desapareció detrás de los verdes muros que la espesa vegetacion formaba sobre la ribera. Ella continuó hácia la colonia: pero aun cuando viviese yo cien años, no olvidaré nunca el saludo cambiado en el bosque vírgen: constantemente resuena en mi corazon la conmovida voz de la pobre expatriada alemana. ¿Por qué estos emigrados son todos tan graves? ¡Necesario es que sea muy doloroso renunciar para siempre a la patria! ¡Y este dolor quiebra ó embota a las almas mas fuertes!

Nada hay mas caprichoso que un rio en su curso y en su aspecto. El Támesis en Lóndres, carga flotas enteras de buques mercantes: y muy cerca de Lóndres, en Richmond, no es mas que un riachuelo pacífico y risueño, bordado de jardines, que encanta por sus muelles sinuosidades y por sus orillas cubiertas de césped y de sombra. Todos los propietarios de las granjas establecidas en sus márgenes, lo consideran como propiedad suya. Lo mismo sucede con el *Cachoeira.* Hace un instante era como un brazo de mar: su corriente formaba una masa de agua imponente, que causaba admiracion ver descender tranquilamente de una sola pieza a través de un llano cubierto de frutos. Ahora, vedle encerrado entre escarpados bordos: su curso es impetuoso, é inquieto, indicando la proximidad de rápidas ó de cataratas. Las orillas no forman ya, como allí abajo, un marco de verdura: se han convertido en el objeto principal, característico: gigantescas plantas más y más hermosas forman otros tantos diques. La corriente debe plegarse a las exigencias de la vegetacion, dejarse desviar por los grandes árboles, oprimirse y estrecharse por las masas de matorrales y arbustos. Trozos de granito desprendidos, medio sepultados bajo la vegetacion ó cubiertos de espuma por las olas, rompen el

curso de las aguas. La superficie no es ya un espejo de plata: ha tomado el tinte negro, terroso, que es propio del *Mato virgem*, ese color oscuro que solo se observa en los bosques tropicales, signo del vigor y de la fecundidad de un suelo primitivo.

Nada mas sorprendente que los efectos de luz y de sombra en aquellas aguas oscuras y en la frondosa vegetacion de sus orillas. La esplendente luz que desciende del azul del cielo sobre la masa líquida, añade al verde esmalte del follaje reflejos de oro, é incendia los tintes metálicos de las flores. Cerca de allí extiende sobre el rio espesa sombra un árbol de prodigioso ramaje, cuya corona parece suspendida sobre las aguas: un zarzal prendido en la escarpada ribera, se inclina a la corriente formando bóveda fresca y sombría. Pásase continuamente del dia a la noche, y del misterio de las tinieblas al fulgor de la luz ecuatorial. Si quereis estudiar los efectos de luz, buscadlos en los riachuelos de la América del Sur; pero no sé si lograréis reproducir con colores inertes el fuego de los rayos del sol y el reflejo de las piedras preciosas, ó el secreto de aquellas profundas sombras; creo que mas de un hábil pintor fracasaria en semejante empresa.

Despues de haber pasado por frente á dos hermosas cataratas, nos hallamos en presencia de un vasto espacio descubierto: habiamos llegado a la *fazenda da Vittoria*, magnífica explotacion de un rico plantador aleman. Tocamos tierra, esperamos algunos instantes, y L***, nuestro cónsul, no tardó en aparecer acompañado de un hombre de porte elegante, vestido todo de blanco y cubierto con un gigantesco panamá. Era S*** en persona, el dichoso propietario de aquella gran fazenda, personaje de seguro superior en riqueza territorial y en poder a muchos príncipes alemanes, aunque desprovisto de títulos, de ducado, de cortesanos y de ministerio. Se llegó a nosotros con ademan franco y libre, y aire de cordialidad hospitalaria: es *un hombre* en toda la fuerza del término y verdaderamente digno de este nombre, una de esas figuras enérgicas que revelan desde luego un *carácter;* de cuerpo mediano, anchas espaldas, fuerte osamenta, facciones vigorosas y pronunciadas, tez fresca y sana, rubios cabellos, ojos azules, franca mirada; toda su fisonomía, que expresa una gran fuerza de voluntad a la par que imponente, seduce por la expresion simpá-

tica de benevolencia y de lealtad: es uno de esos tipos acentuados que en nuestra Europa confusa, vacilante, civilizada en extremo, se hacen cada dia mas raros, mas imposibles, miéntras que en el nuevo mundo, en lucha constante con la naturaleza y formados en la varonil escuela del destino, se desarrollan con independencia y con vigor poco comun. S***, es uno de esos tipos tan perfectamente burilados por el excelente Cooper. Con semejantes hombres pronto se hace conocimiento, y su sociedad es benéfica é instructiva en el mas alto grado. No parece sino que con su contacto, el alma aislada por una refinada y excesiva civilizacion, se fortifica y vive. Poco tardó en establecerse una simpatía real entre S*** y nosotros. El se proclamaba medio austriaco: su anciano padre, patricio de Berna, pero poseedor de bienes considerables en Bohemia; pasa la mayor parte del año en el territorio del Austria. El mismo ha sido teniente en la Guardia de Prusia, y refiere con cierta complacencia que en el mes de Agosto de 1845, siendo todavía un jóven y elegante oficial, fué destinado al servicio de la reina Victoria durante una visita que vino a hacer a las márgenes poéticas del Rhin. Poco despues, no sin causar muy desagradable sorpresa a su padre, y arrastrado segun su propia confesion, por la lectura de Humboldt, resolvió abandonar el mundo viejo, pedante y caduco, y buscar fortuna del otro lado del Océano en el nuevo mundo. Su familia y todas las viejas pelucas de la vieja Europa menearon la cabeza reprobando su empresa, y todavía hoy gimen por la suerte de este hijo pródigo. Pero el que vé a S*** en todo el ensanche de su viril energía, rodeado de una familia floreciente, poseedor de una hermosa propiedad; el que sabe el respeto de que se le rodea, cómo cada uno espia con diligencia sus menores órdenes, cuán independiente y libre es en ese rincon de tierra, en donde responde únicamente a Dios y a su conciencia, y de qué modo es, puede decirse, verdadero soberano, sin el peso y los disgustos de la púrpura,—ese no puede ménos que aprobar al hábil y activo *fazendero* de haber arrojado el uniforme de oficial, de haber cambiado el puntiagudo casco por el panamá, y renunciado al honor problemático de llegar, despues de treinta ó cuarenta años de servicios, al grado de comandante. En la condicion actual de la Alemania, razon se tiene para abandonar esta patria con sus

gobernantes clasificados, y crearse una nueva con la energía propia, la constante voluntad, la inteligencia y la tenacidad. Y buen derecho tenia S***, al recibirnos en sus dominios, para preguntarnos cómo van las cosas en la *Europa fósil,*—preciosa expresion que me enseñó y de que me gusta servirme porque me seduce su dura precision.

Y a pesar de todo, ¡el filisteo aleman no ha podido lograr desprenderse completamente de sus antiguos hábitos! Chistoso me pareció que cuando L*** fué a anunciarle nuestra inesperada visita, no hallase palabras bastantes para excusarse de no tener la casaca negra, ni la corbata blanca reglamentaria para recibir al príncipe en los confines de su territorio con una alocucion y un cortejo de jóvenes (¡jóvenes negras, sin duda, vestidas de blanco!) conforme al uso tradicional. Lleno aún con el recuerdo lejano y nebuloso del viaje de la reina Victoria, se esperaba, a lo que parece, que hariamos nuestra visita a los bosque vírgenes, con cruces y cordones, chambelanes bordados, ayudas de campo con plumeros y lacayos galoneados! L***, que por experiencia propia sabia a qué atenerse en el particular, lo tranquilizó lo mejor que pudo; pero S*** solo se tranquilizó completamente, cuando nos vió presentarnos de botas groseras y en nuestra vestimenta primitiva: entónces respiró libremente como si una piedra enorme se le quitase del pecho.

Condújonos á su *fazenda*, pasando por un prado descubierto, de suave pendiente, bañado por los ardientes rayos del sol de medio dia. Antes de llegar a la region de los edificios, entramos en una avenida algo larga de *Yacarandas;* pero admirablemente hermosa: estos árboles formaban una ligera bóveda que proyectaba espesa sombra. La avenida daba acceso al último cercado formado por tupidos arbustos. Abrióse la puerta y penetramos en una pequeña cañada que es punto de partida de la *fazenda.*

A la izquierda, sobre la altura, en la extremidad del camino que seguiamos, levantábase la casa del dueño en un lugar descubierto, con la veranda obligada detras de la casa. Una construccion rústica apoyada en los linderos del bosque contenia las cocinas y las habitaciones de la servidumbre: por supuesto que tambien tenia su veranda por delante. En un punto ménos elevado, á nues-

tra izquierda habia un edificio destinado para guardar las provisiones y la herramienta. A la derecha, cerca de la entrada de la cañada, veíase un antiguo molino de azúcar con sus ruedas y sus conductos de madera para el agua: su forma recordaba los molinos de aserrar de nuestras montañas; pero ya no servia para nada. El agua necesaria para el movimiento estaba represada en un lugar rodeado de pequeños almacenes, y venia de un estanque vecino que recoge todas las aguas de los montes cercanos. Del lado izquierdo del vallecito y al pié de una altura se extendia una habitacion estrecha, larga, hecha de adobes, que por su situacion y su aspecto hacia pensar en los establos de bestias de nuestro país. Y en efecto, era el corral de los esclavos. La construccion está dividida en celdas para cada familia: las ventanas y las puertas se abren todas del lado de la casa del amo, que las domina: por afuera no es accesible esta construccion, con el objeto de hacer mas difícil la fuga.

Entre la casa del amo y el estanque, crecian en una fresca pradera, cocoteros y árboles de pan, formando una transicion para llegar al bosque. En su sombra se esconde una casa de baño desde la cual se puede ver todo: un conducto que llega a la fuente la llena continuamente de agua fresca y abundante.

Los edificios son de planchas y vigas ligeras. Su carácter es mas que sencillo, sin ningun adorno, y muy distinto de lo que mi imaginacion habia soñado. El espíritu práctico de estos hombres que luchan sin cesar con la naturaleza, ahoga toda poesía y hasta la idea de la comodidad. Añadid á esto la costumbre de despojar las cercanías de las casas de todo vestigio de vegetacion: ¡ni un árbol para dar sombra, ni una mata florida, ninguna de esas enredaderas que trepan en las verandas; ni un jardincito, cosa que seria tan fácil! ¿Y por qué tan completa ausencia de lo agradable? Dos razones hay para ello: el temor a los animales venenosos que pueden ocultarse en la sombra, y la vida siempre fuera, en medio de la opulenta naturaleza cuya exuberante fecundidad domina al propietario y hace que no desée la casa, sino para pasar la noche.

La fazenda en sí misma, no tiene, por idéntica razon, nada de hermosa ni de poética: es cosa prosáica perfectamente insípida;

pero lo que es y permanece admirable, son las vistas de los alre-
dores, la vista sobre las masas de árboles del bosque, que se
ntonan unas sobre otras como montañas de nubes. Allí todo
a poesía: esa vida libre, independiente, toda de esfuerzos y de
s, ese aislamiento tan profundo, esa necesidad a que es-
idos los colonos de no contar mas que en sus propias
n los recursos de su espíritu, todo esto se apodera del
va a pesar de lo que puede haber en los pormenores
racia.

ior de los edificios se vé constantemente la actividad
a y el movimiento de una grande explotacion. Los vigi-
es van y vienen; el mecánico dispone y repara las máquinas; los esclavos se cruzan en todas direcciones, obedeciendo ciegamente a la menor señal que les dirige el ojo penetrante del amo; las negras traen los objetos necesarios para la cocina, sacan agua, lavan la ropa; los negritos se entregan a sus juegos de que nadie se ocupa; suben y bajan las rampas caballos relinchando, y los puercos de cola retorcida rondan al rededor de las casas buscando su alimento.

Asístese por todas partes a un movimiento que testifica de un gran bienestar y de un órden bien conservado. Todo lo que se vé hace directa ó indirectamente parte de un todo perfecto y contribuye a la prosperidad de la fazenda.

Despues de habernos repuesto en casa de nuestro amable huésped, y de haber dejado pasar conversando el momento mas caliente del dia, partimos dirigidos por St*** con direccion al Mato, llevando toda especie de máquinas de destruccion. En pocos momentos atravesamos un cafetal recientemente conquistado sobre el salvaje bosque.

El espectáculo de que se gozaba en este lugar, era de maravillosa belleza: el valle estaba iluminado por los tintes mas vivos del sol en su ocaso. Llenaba las partes bajas la masa sombría de los cafetales entremezclada de plantas en flor: subiendo la pendiente, se dibujaban los límites del valle por el recinto gigantesco del bosque. Eran como murallas macizas que se levantaban bajo la deslumbradora luz de los rayos oblícuos del sol: aquí, el follaje enviaba reflejos de oro; allá, los matices oscuros se extendian hori-

zontalmente en las diversas gradas de plantas y bajo las vastas coronas de los árboles: cual hojas de plata veíase brillar en medio de esas sombras el reverso de las *cecrópias* tocadas por la luz. Cerca de allí un gigante diez veces centenario eleva sobre todos los demás su follaje de metálicos reflejos, y su cima redonda como una cúpula: las bromeliáceas mas brillantes se desprenden de este fondo figurando adornos artificiales, y las trepadoras se enroscan de rama en rama formando caprichosos festones. Bajo las coronas impenetrables a los rayos del sol, se extienden planos de sombra que han prestado sus tinieblas a la noche eterna.

En estas sombras relucen algunos troncos que se tomarian por columnas de plata. Vense alternativamente la oscuridad y la luz, los tintes profundos del crepúsculo y los tonos de la esmeralda. Una expresion de calma, un aire de sublime y solemne gravedad reina en todo el cuadro. Para completar la armonía, el cielo, sereno en el Poniente, formaba un fondo admirable en el que se retrataban vivamente los mas delicados contornos.

Al mirar el recinto del bosque vírgen se confunde uno de la grandeza de la naturaleza y de la energía del suelo que puede producir esas masas impenetrables. Puede decirse que se halla uno delante de la cortina que encubre un mundo misterioso conservado por un encantamiento cuyo enigma no ha podido resolverse. Pregúntase uno lo que puede pasar allí detras, qué mundo desconocido y raro puede vivir en esos inmensos espacios de verdura. Sábese que bajo esas inmensas bóvedas todo germina, florece y produce frutos; sábese que criaturas aladas y de plumajes variados, cantan y gorjean bajo esas cúpulas maravillosas; que gigantescas mariposas de flamígeros colores revolotean sobre perfumadas flores; que los prudentes lagartos y las venenosas serpientes se deslizan bajo las yerbas y malezas con sus metálicos reflejos; sábese que desde el sexto dia de la creacion, todo es allí vida y movimiento, perfumes y canciones; y sin embargo, el enigma no desaparece, siempre excita asombro y admiracion, y huye del alcance del hombre.

La parte baja del valle me recordaba los hermosos paisajes alpestres del Austria y me creía como trasportado a mi patria: mas de un feliz recuerdo de las pacíficas horas que habia pasado en el cen-

tro de aquella fresca y poética naturaleza despertóse en mi alma. Verdaderamente notable es que aun en las profundidades de los bosques vírgenes haya encontrado analogías con los Alpes. En Europa solo esas regiones, en sus partes inhabitadas y todavía no profanadas, pueden dar una idea de la naturaleza que aquí tenemos a la vista. Solo en los bosques alpestres se halla la calma profunda, el sorprendente silencio que encanta y hace estremecer, y el verde brillante de la esmeralda; solo allí es en donde la profusion de los helechos, de las gencianas y de las liliáceas, parece un ensayo de la naturaleza para acercarse a la prodigalidad que desplegan los bosques vírgenes en su vegetacion. Encuéntranse allí troncos de árboles seculares que no han caido bajo el filo nivelador del hacha; pero que desfallecen bajo el peso de la edad y caen para dar nacimiento en su descomposicion a una vegetacion nueva: está uno en presencia de una vegetacion que existe para sí misma y para gloria del Creador, en lugar de vegetar y florecer únicamente para gloria del hombre. Una y mil veces, en mis excursiones por el Brasil, ha vuelto a presentárseme la imágen de los Alpes, ya en rasgos aislados, ya por la impresion general de las formas y de los colores. Y es que en toda la creacion reina un pensamiento fundamental; y doquier ha permanecido intacta la obra divina, esa concepcion dominante se halla en la semejanza de las proporciones y de las formas, no existiendo mas que diferencias parciales producidas por el suelo y el clima.

Unos puentes hechos de troncos de árboles nos permitieron pasar a la otra orilla, y luego nos encontramos con el muro que cierra el valle. Una especie de tala, con pretensiones de camino bajo el bosque, nos dió acceso al *Mato*. Apoderóse entónces de nosotros ese estremecimiento delicioso que os penetra al acercaros a algo nuevo, grande y misterioso. Es un sentimiento de asombro, de veneracion y de esperanza, como cuando se entra en las grandes catedrales góticas, en las inmensas catacumbas de Roma, ó bajo las bóvedas y los caminos de granito de las pirámides. El corazon late precipitadamente, el espíritu y los sentidos se exaltan. Si el ojo se sorprende de ver columnas que se lanzan atrevidamente, majestuosas bóvedas y ricos adornos en edificios de piedra, ¡de qué sentimientos no debe llenarse el corazon de un hombre, cuan-

do penetra bajo las mil y mil cúpulas que el Creador se ha levantado a sí mismo desde millares de años; cuando vé en obra la naturaleza antigua; cuando las gigantescas columnas del edificio están vivas a sus ojos con sus bóvedas de verde refulgente a los rayos del sol, con la riqueza infinita de las formas y de los colores que las adornan!

Como el santuario de los templos y el interior de los monumentos, la vírgen selva es un lugar cerrado y limitado a la vista: para el ojo es un límite; para el espíritu es una profusion infinita de pensamientos. Las plantas en masa crecen alrededor del observador con exuberancia tal, que intercepta la luz: salen de sí mismas formando nuevos troncos, que se subdividen hasta lo infinito redondeándose en sobrepuestas bóvedas; y sobre vuestra cabeza forman espeso techo, impenetrable al dia, atravesado por bejucos, sostenido y ligado por las plantas trepadoras. El ojo no puede descubrir dónde empieza ni dónde acaba la planta: en el lugar mismo donde sus raíces penetran en la tierra, montones de otras plantas, familias enteras que se ramifican infinitamente, ocultan el pié del arbusto: en el punto donde se busca la cúspide, un mundo nuevo, que vive en una region aérea, forma una capa inextricable de vegetacion. Los rayos del sol solo pueden penetrar apagados en esa masa vegetal, y por esas bóvedas innumerables y entrecortadas; solo pueden ellos derramar en esas salas de verdura una luz crepuscular y misteriosa. Atmósfera fresca y cargada de las abundantes emanaciones de la vegetacion se mantiene allí constantemente uniforme.

Sorprendidos por tal magnificencia, los ojos se pierden en aquel indefinido y siempre nuevo laberinto, buscando un órden, un principio, una disposicion sistemática; pero es demasiado poderosa la impresion del todo; y solo de cuando en cuando un color particularmente brillante, una flor extraña ó una forma del todo imprevista, atraen la vista y provocan un grito de admiracion: apénas, sin embargo, se ha dado una mirada a alguno de estos objetos, cuando la vista se siente de nuevo arrastrada por el movimiento general de aquellas olas de verdura. Espectáculo es este que no se podria ni dibujar ni describir; solo puede admirarse en silencioso arrobamiento, y con una especie de religioso estremecimien-

to. ¡Y cuán estrecho es el espacio que la mirada puede abrazar! ¡En aquel caos de la creacion, los ojos no alcanzan en cualquiera direccion mas que á algunas toesas! ¡Cuán grande, cuán diverso é infinito es ese mundo del cual tan pequeña parte produce semejante impresion en el que se llama rey de la creacion!

Solo despues de haber habituado nuestros ojos, pudimos gozar de la magnificencia anonadante de ese espectáculo. Aquella era una sucesion de maravillas que se revelaban y se ofuscaban mutuamente como las imágenes de un kaleidoscopio. Nada mas característico que las diversas clases de plantas elevándose unas sobre otras en tres pisos principales. En el suelo mismo admirábamos la exuberante profusion de las aroideas de innumerables formas y dulcísima frescura; las escitamíneas de flamígeras flores, que relucen desde léjos; las musáceas de gigantescas hojas que se balancean atrevidamente en su poético desarrollo; los helechos, cuyo abierto follaje de verde opulento se mece muellemente y nos recuerda los bosques de nuestros países. Cerca de estas plantas que se sostienen por sí mismas en su independencia, la rica y curiosa familia de los filodendrones de innumerables formas, busca, como su nombre lo indica, la amistad y el apoyo de los árboles. La profusion con que estas diversas plantas se esparcen por el suelo, excede en mucho a todo lo que puede verse en los mas rellenos invernaderos; y sin embargo, lugar queda todavía entre ellas, en esa tierra húmeda y fecunda, para una infinita multitud de otras plantas que crecen a la sombra. Su modesto desarrollo apénas atrae las miradas; y no obstante, brillarian como estrellas de primera magnitud en una exposicion europea de horticultura. No cito mas que las begonias, con las que se tropieza a cada paso: ¡qué magnificencia de dibujo, qué belleza de tintes en su follaje! ¡Y deben agregarse a todo esto las innumerables especies de césped, y las palmeras enanas por naturaleza ó comprimidas en su crecimiento! Esas masas de verde esmaltado, son como un parque donde hormiguea el mundo de los insectos.

Del seno de esta vegetacion terrestre se levanta, como un primer piso de elegante y ligera arquitectura, la multitud de esbeltos y flexibles arbustos. Son en general plantas de anchas hojas pendientes en forma de plumas de pájaros. Hallamos allí abundan-

temente representadas las cecrópias; vemos salir de lo mas tupido algunas palmeras aisladas cuya graciosa cima se desenvuelve ampliamente.

Sobre este piso se lanzan los grandes árboles de tronco delicado, de sombrío follaje, del género de las camelias, y de los laureles. Sus extensas ramas fuertemente ligadas por los bejucos, forman el primer techo de verdura. Con frecuencia rodean sus troncos los filodendrones ú otras hermosas enredaderas que se agarran y comprimen en ellos. Con frecuencia tambien están completamente desnudos: vése entónces un tronco liso como una anguila de color ocre ó pajizo, y duro como la piedra. En su mayor parte son esencias de abres preciosas, ó maderas de construccion incomparables é indestructibles. Son las plantas de esta region las que mas han escapado hasta aquí a los botanistas. Casi todas tienen un follaje brillante y frutos comestibles que sirven de abundante alimento a los pájaros y a los monos.

Como en un edificio de arquitectura hay entresuelos, así distinguimos arriba de este piso, inmediatamente bajo el techo de verdura, un piso intermedio levantado por la naturaleza. Está formado de bromeliáceas de reflejos metálicos, plantas aéreas que se establecen, a manera de grandes nidos de pájaros construidos con arte, en las ramas y los troncos. De sus coronas de follaje, vigorosamente dibujadas, sale lo que el mundo puede ofrecer mas hermoso y perfecto en punto a flores.

En fin, sobre el segundo piso, se lanzan esos gigantes prodigiosos que en el transcurso de mil años han adquirido fuerza para atravesar todas esas diversas capas de follaje y llegar al aire y a la luz; gigantes que inundados por los rayos del sol extienden sobre el bosque vírgen sus inmensas ramas como brazos de un patriarca, abrigando a lo lejos a toda criatura y dominando a todo ser viviente.

Son ellos maravillosos monumentos que contienen en sí mismos la historia del bosque vírgen, señalando las épocas milenarias. Estos antiguos testigos del último período de la creacion forman el principal atractivo de esta region tan magníficamente poblada. Pero, como todo lo que es grande y sublime, se elevan tanto sobre lo que acostumbramos ver, que en realidad se les adi-

vina mas bien que abrazarlos completamente. Quedan un enigma para el botánico, pues florecen y dan sus frutos en una esfera adonde no puede alcanzar por los medios ordinarios. Son para él potencias casi desconocidas, y por lo mismo no se ha atrevido a darles nombres.

Así como los adornos del friso superior de un edificio se distinguen de los de los diferentes pisos, así hay tambien en aquella region aérea un mundo particular de plantas, que difiere completamente del nuestro. Allí es donde las orquideas lucen su incomparable magnificencia, y donde las tiliáceas brillan en todo su esplendor.

Llenan los intervalos los bejucos, plantas singulares que se adhieren por sus raíces a la tierra, y que semejantes á jarcias limpias, se extienden y se enrollan en las diversas regiones de rama en rama, de tronco en tronco, muchas veces a distancias enormes, para cubrirse al fin en las mas altas esferas de hojas y flores a la vivificante luz del sol.

Nada hay mas maravilloso que este esfuerzo de todas las plantas para llegar al aire y a la luz. Gracias a esa aspiracion hácia los rayos benéficos, todos los troncos que poseen la energía necesaria para crecer, presentan el aspecto de un edificio esbelto y ligero sobre el que descansa ese elevado y espeso techo, detrás del cual se sospecha la existencia del sol como si perteneciese a un mundo extraño y lejano.

Bajo este abrigo que aparta los rayos del sol, se levanta de las regiones inferiores una atmósfera concentrada: cargada de humedad, de emanaciones vegetales y de materias orgánicas, exhala ese voluptuoso perfume que se respira en las partes de nuestros invernaderos consagradas a las plantas tropicales, que embriaga nuestros sentidos oprimiéndonos como un sueño en una noche de estío. El suelo, al que nunca llega la luz, permanece siempre húmedo y blando: cede bajo los piés. Como las circunstancias permanecen las mismas desde hace millares de años, las hojas que se secan, las cortezas que se desprenden, las cápsulas de los frutos y todas las partes que desecha la energía vital, forman una capa de putrefaccion blanda, elástica, y componen, en fin, el humus en que la descomposicion de las plantas mantiene una vida siempre jóven y siempre nueva. El poder misterioso que preside a las trasforma-

ciones de la materia, la hace fermentar en esas capas espesas, disuelve los organismos y elabora otros nuevos. El aire permanece eternamente en calma entre el suelo y la sombría bóveda del follaje; espacio limitado que la curiosidad humana trata en vano de salvar. Una luz crepuscular, una inmovilidad constante en la atmósfera, ningun rayo de sol, ni un murmullo en el follaje, son fenómenos tan nuevos para el hombre habituado a una agitacion constante, que lo turban y lo inquietan produciéndole una sensacion extraña é inusitada.

Así como las plantas se mantienen siempre en la region en que las ha fijado una ley inmutable, así tambien las diversas especies de animales. En el húmedo suelo, bajo las bóvedas formadas por las anchas hojas de las aróideas y de las escitamíneas, entre los piés de las begonias y la paja de las gramíneas, se vé el caracol en forma de hélice, la tortuga que se arrastra, el lagarto que se entrega a sus saltos caprichosos, la temible tribu de las serpientes que espian su presa, y el armadillo enroscado como bola. Al nivel de las plantas bajas, se vé al salvaje venado huir de la persecucion del hambriento jaguar, y al pesado tapir abrirse su camino con estrépito. En la region de las zarzas, á la sombra de las pequeñas palmeras, el colibrí vuela de flor en flor, y las mariposas gigantes revolotean silenciosamente como otros tantos sueños. En las coronas de los árboles de mediana altura, óyese el grito del tucan que aguza su encorvado pico. Mas alto, en los árboles gigantescos, bajo sus vastas cúpulas, vive el inquieto pueblo de los monos formando alegres pelotones; los cucos titís y las ligeras ardillas saltan de rama en rama; y en fin, sobre todos los otros animales desfilan los papagayos en enjambres a los rayos del sol.

No es permitido al viajero ver lo que pasa en las regiones medias é inferiores; la vida de las cimas aéreas solo se le revela por el sonido: su vista no puede alcanzar hasta allá. Solo en la orilla de una corriente de agua ó en rarísimos claros es desde donde puede percibir á los habitantes de las regiones superiores. Como las plantas germinan y florecen sin desviarse de las leyes que les fueron señaladas desde los dias de la creacion, así el pueblo de los animales, desde que salió de las manos del Creador, vive independiente y libre en el círculo que le fué trazado.

Penetrando un poco más en el bosque llegamos a un lugar algo mas claro: en él los árboles se elevaban con mas libertad, y la mirada podia abrazar mayores espacios. Solo allí nos fué posible observar mas de cerca los bejucos. Su tamaño y su forma excedian en mucho de lo que esperábamos. Tan pronto se enlazaban en festones de árbol en árbol, tan pronto colgaban como la cuerda de una campana de gigantes, desde una rama principal hasta la tierra; ó bien como los obenques de un navío estaban tendidos oblícuamente desde el suelo hasta la corona de los árboles.

Caía ya el dia cuando volvimos a la *fazenda* de nuestro amable huésped, en la que una alegre comida nos reunió a cosa de las nueve. Como es natural, hablóse mucho de los negros y de la esclavitud. S*** ha hecho estudios filosóficos sobre los negros, y se ha formado una opinion razonada sobre su temperamento. Ocupándose además de medicina, es el médico de sus propios esclavos, y desempeña las funciones de partero de sus negras. Gracias a sus estudios filosóficos y médicos, tiene ideas sobre lo físico y lo moral de los negros, y ejerce prodigiosa influencia sabre las imaginaciones de los séres que le están confiados. La experiencia lo ha convencido que todo gran *fazendero* debe hacerse médico, cuando el caso se presenta, en bien de sus numerosos esclavos, y que este es el único medio de conservar ascendiente en ellos.

Le preguntamos si a su modo de ver el negro participa realmente mas del hombre que del animal. Nos respondió con mucha lógica que el negro es un hombre puro, por la razon de que cruzándose con la raza blanca puede producir hijos, y estos a su vez son capaces de reproducirse; pues en la naturaleza dos razas vecinas pueden ser fecundas en el cruzamiento; pero su fruto queda en seguida estéril: como sucede con la mula nacida de la burra ó de la yegua. Esta deduccion tan fria, pero tan lógica, conduce a una conclusion perentoria. Los negros, continuó, son hombres; pero tambien está demostrado que son muy inferiores a las otras razas del globo. Los partidarios de la esclavitud pretenden además que en el sistema del universo, han nacido para las funciones de sirvientes, y para tranquilizar sus conciencias, ya encorazadas, invocan la maldicion mística pronunciada contra Cain, el hijo impío. Por otra parte, en su concepto la necesidad de la es-

clavitud está demostrada, con el hecho de que los negros son capaces de trabajos que harian sucumbir a los blancos. Así, no podria sin ellos cultivarse la caña de azúcar que se hace bajo un sol vertical. Los blancos, a más del calor, serian incapaces para soportar ni aun las exhalaciones de las plantaciones. Lo que se verifica del otro lado del océano no importa a los propietarios de esclavos; él no se inquieta del orígen y solo se ocupa de las consecuencias, es decir, de la esclavitud que le es útil. El robo de hombres en África; el horroroso viaje que se les obliga a hacer por el océano, nada de esto compromete su responsabilidad: los negros no caen bajo su criterio sino desde el momento en que se encuentran en su territorio. Partiendo de aquí, el propietario hace, no sin lógica, la observacion de que el negro, en el órden establecido, es más feliz en la esclavitud que dándole la libertad, y que aun los negros dejados libres perecen, en la mayoría de los casos, poco despues. Pero por qué perecen, es en lo que estos señores no se toman el trabajo de reflexionar.

El negro en libertad perece, porque despues de cometido un acto reputado criminal, escapándose de la servidumbre, vaga en el bosque como un proscrito, como un errante, sin otro recurso que la caza y el latrocinio, y sus privaciones lo conducen a cometer robos en las *fazendas* y a embriagarse; ó bien perece, porque habiéndosele dado bruscamente la libertad, se encuentra sin recursos, é ignora el modo de vivir con independencia: cae entónces en la pereza y en el vicio como un hijo abandonado.

Sea de esto lo que fuere, dos causas principales producen el decaimiento de los negros: las persecuciones voluntarias ó involuntarias de parte de los propietarios de esclavos, y la ausencia de toda instruccion y de toda educacion, por modesta que sea. Si pudiese ponerse remedio a este mal, seria permitido no desesperar del porvenir, pues los negros de Liberia son gentes muy honradas. Pero lo que hay desgraciadamente de cierto es, que en las presentes circunstancias, cuando todos los hombres que piensan, empezando por el Emperador, son propietarios de esclavos, los negros emancipados perecen casi todos de un modo miserable. Bastará citar un ejemplo reciente.

Una negra esclava de la provincia de Minas Geraës, halló un

dia un enorme diamante; lo llevó lealmente a su amo, quien sacó de él sumas fabulosas. El precio de la piedra es tan grande que se ha formado una sociedad de accionistas que hasta hoy hace vanos esfuerzos para hallar un comprador en los mercados europeos: donde quiera que se ofrece es desechada la oferta, porque nadie posée la suma suficiente para la adquisicion de tan preciosa alhaja. El primer propietario quiso manifestar de un modo brillante su reconocimiento a la pobre criatura autora de su fortuna, y creyó hacer una cosa enorme dándole la libertad. La desventurada mujer murió algun tiempo despues en la mendicidad, víctima de su propia incapacidad y de la incuria de su amo.

Los esclavos constituyen la riqueza del *fazendero:* con su concurso crece la fortuna de éste. Es por lo tanto una de las preocupaciones del propietario, la de tener su establo en buen estado, y en tanto cuanto sea posible la de aumentarlo. St*** casa temprano a sus esclavos: es la mejor condicion para la multiplicacion, porque los casados se observan mas, y la presencia de las mujeres casadas inspira, en ciertos casos, temor á las jóvenes. El propietario mismo es el que se encarga de las ceremonias del matrimonio: un eclesiástico le estorbaria. A la ceremonia sigue un banquete: este vínculo les parece mas enérgico que la bendicion de la Iglesia, que estos desgraciados en su ignorancia absoluta no comprenderian. Como la fecundidad de estos matrimonios es para el amo de la mayor importancia, es necesario fomentarla. St*** da a sus negras un premio por cada hijo que tienen mas de seis. Algunas veces las mujeres destruyen su propio fruto para vengarse del amo. Penas rigorosísimas castigan tal atentado, así como las riñas frecuentes y con frecuencia atroces que se suscitan entre negros y negras: generalmente son ocasionadas por los celos. La razon para reprimirlas severamente es que las heridas causan al propietario un notable perjuicio. En semejante ocasion el nervio de buey hace las veces de la oliva de paz. Sucede tambien con frecuencia que los negros se ahorquen heróicamente, segun la expresion de St*** por hacer mal a su dueño. Él mismo ha sido víctima de aventuras de este género.

En la *fazenda* impera un régimen muy rigoroso, ó, mejor dicho, un despotismo absoluto. El dueño puede castigar, cuándo y como

le place. No tiene mas regla que su conciencia, ni mas límite que la consideracion de su propio interes. Si hiere demasiado fuerte, sufre un perjuicio en la carne humana que le está sometida. El negro que ha sido maltratado con demasiada dureza se debilita, ó bien se cubre de cicatrices y ya no se le puede vender ventajosamente, aun cuando se le alimente bien, como se hace de ordinario ántes de la venta.

El castigo mas suave, y es el que se repite diariamente, consiste en golpes aplicados en la mano con la *palmatoria*. Los otros son el grillete, el trabajo en domingo y los *chicotazos:* estos pueden llegar a ciento, sin que por esto se entienda que la liberalidad del amo esté encerrada en este límite. Para estas ejecuciones el negro es amarrado a una escalera de mano que se apoya contra la pared. Los grandes castigos se aplican por partes y segun las circunstancias. Cien chicotazos producen ordinariamente la pérdida de la vida, lo que naturalmente causa grave perjuicio al propietario.

Las penas mas terribles se reservan para la insubordinacion y la rebelion. St*** nos decia: «¿Qué seria de dos ó tres blancos en medio de centenares de negros rebeldes, si aquellos no tuviesen el ascendiente moral? Más de una vez me he hallado completamente solo en semejantes momentos: me he apoderado de los cabecillas, ó he mandado a los irresolutos y tímidos que se apoderasen de ellos y los amarrasen; y en seguida los he tratado de un modo ejemplar.»

Hay ademas una pena muy dolorosa para los negros demasiado inquietos: es lo que se llama el tronco, a saber: un trozo de madera al que se atan, segun las circunstancias, los piés, la cabeza ó los brazos del paciente, que debe quedar así un dia entero inmóvil, tendido en la tierra pura.

Cuando los esclavos cometen grandes crímenes, sus amos son los que las mas veces sufren la pena. Un matrimonio blanco tenia dos esclavos de cuyo trabajo vivia. Estos degollaron a su amo, y fueron ahorcados. La viuda de la víctima fué condenada a pagar las costas del juicio. De este modo, habiendo perdido a su marido y a sus dos esclavos, pagó los gastos judiciales: cayó en la mendicidad.

En la *fazenda* de St*** se despierta a los esclavos por medio de

un ruido estridente á las cinco de la mañana. Don K***, el administrador, vestido de calzoncillo y pantuflos de madera, descuelga el *chicote* del clavo, toma una expresion tan severa cuanto puede, y baja la escalera a cuyo pié lo espera un negro que se inclina con aire muy respetuoso y lo acompaña. Pasa revista á los negros bajo la galera, y les distribuye el trabajo. En seguida, van los negros de uno en uno á la puerta de la cocina y reciben su racion. Con excepcion del descanso de medio dia, trabajan miéntras dura la luz. Segun el cálculo de St***, un minuto de ociosidad por ciento veinte esclavos, hace la pérdida de dos horas, y en doce dias la de uno de trabajo.

Despues del trabajo, se les pasa de nuevo revista. Desfilan entónces por delante de la casa del amo; tienden sus manos hácia él saludándole humildemente, diciendo: «*A bençao.*» El omnipotente señor extiende la mano derecha como para bendecirlos, y murmura: «*Deos te bençao.*» Esta costumbre parece patriarcal: el esclavo pide la bendicion, y el buen amo contesta: «Dios te bendiga.» Solo que el *chicote* afea la ceremonia.

Durante mi permanencia en la *fazenda da Vittoria,* fuí, con arreglo á los principios de hospitalidad de St***, el dios del momento. Fuí invitado por él para pronunciar sobre sus esclavos durante el desfile, la fórmula de bendicion; papel que desempeñé de buen grado, y con el patético conveniente. Es esta una liberalidad que no arruina y economiza el dinero que podria gastarse en propinas distribuidas á los esclavos: en mas de una circunstancia es un recurso durante el viaje. En nuestra sociedad acaba por convertirse en proverbio, y la hemos importado á la Europa para servirnos de ella en ciertas circunstancias y respecto de ciertas personas.

Una vez dada la bendicion a los esclavos, que se contentan con esta largueza, hombres, mujeres y niños, vuelven a la puerta de la cocina para recibir tambien el alimento corporal. Cada cual obtiene una racion medida ó pesada, que consiste en carne seca, en *farinha* y en galleta, despues de lo que todo el pueblo negro se dirige á su gran cuartel, dividido en compartimientos a manera de caballeriza. Allí hacen cocer sus alimentos, y la noche les pertenece. Sin dejar de atender a sus negocios de familia, fabrican ca-

nastas y cucharas de coco, escudillas y otros objetos de este género que tienen derecho de vender en su provecho. El domingo, dia de reposo para los hombres y para las bestias, pertenece a sus trabajos privados.

Apénas puede la imaginacion concebir nada mas triste que la existencia de los negros. Su vida es la de los condenados a galeras. Dos cosas sobre todo horrorizan en este doloroso destino. Una es que la cólera y la venganza del omnipotente propietario solo pueden ablandarse por temor de deteriorar su mercancía humana; la otra es, que estas criaturas, que tienen alma, aun cuando se hallen dotadas de todos los talentos y de toda la energía imaginables, jamás podrán aspirar a una condicion mas elevada, a ménos que el capricho del dueño haga un milagro en su favor.

En el Mato Virgem, 17 de Enero de 1860.

Hoy volvimos desde temprano al *Mato*. En los bosques vírgenes, no se trata solo de abrirse un camino entre los árboles, de hacerse una senda en la espesa maleza, de arrancarse de las espinas que retienen a uno, de desembarazarse violentamente de los bejucos que lo lazan, no; tambien se necesita trepar con manos y piés sobre los troncos de los árboles caídos que obstruyen el camino, ó deslizarse como se pueda por debajo de ellos: unas veces es preciso izarse por las raíces, y otras arrastrarse entre las ramas de los árboles; y nada digo de las aguas en que se sumerge uno, porque esto es mas bien un agradable refresco.

En esta region, el bosque presenta tres aspectos diversos: en primer lugar, el *Mato*, propiamente dicho, es decir, una llanura cubierta de árboles gigantes, de otros medianos, y de la exuberante vegetacion inferior: ayer lo describí, y tal era la parte que recorrimos hoy al principio de nuestra excursion. Vienen en segundo lugar las profundidades húmedas, en las que a cada paso se encuentran arroyos, estanques y pantanos: allí la vegetacion inferior es mas que nunca rica hasta la profusion, y sumamente caprichosa: el verde es todavía mas brillante, los colores de las flores mas vivos que en cualquiera otra parte; los árboles gigantes se levantan con una potencia y una belleza incomparables: enlazados por magníficos bejucos, suben hasta el cielo; pero los media-

nos, que constituyen esa capa que limita la vista, faltan en lo general. En fin, en las alturas formadas por cadenas de colinas, en las que reina la sequedad, la vegetacion inferior falta casi completamente; en recompensa, el bosque mediano, apretado como en una empalizada, forma barreras por donde el viajero no puede abrirse camino sino a costa de duras fatigas.

Cada paso nos hacia descubrir nuevas maravillas: nos abriamos paso á traves de un mundo de escitamíneas, de musáceas, de aroideas, por entre mil clases de gramíneas, é innumerables especies de árboles verdes hasta hoy desconocidos é innominados, sobre los que subian los filodendrones de hojas caprichosamente cortadas, y de reflejos metálicos. El galaripso apretaba sus nudos al rededor de estos árboles: guirnaldas de bejucos los enlazaban: las bromeliáceas de extraños contornos, y las encantadoras tilandsias se mecian entre sus ramas como nidos de pájaros: algunas palmeras de diversas especies y tamaños atraían tambien nuestra atencion por sus formas simétricas ó por las desagradables punzadas que nos hacian sentir sus lanudos troncos. Flores de orquidea, de un amarillo de oro, esparcidas por el suelo, nos revelaban la presencia de un ejemplar de esta maravillosa planta en las coronas de los árboles gigantes que no podiamos ver.

Avanzábamos por un océano de verdura que presentaba los tintes mas diversos: la luz dorada del sol, amortiguada por el follaje, solo nos daba una crepuscular y fantástica claridad. Transportado á regiones desconocidas, léjos de todo lo que habia visto hasta entónces, me sentia como embriagado, como sumergido en un delicioso sueño, en el que la naturaleza se me aparecia bajo el aspecto de un jardin encantado. Sin embargo, algunos objetos formaban como un lazo entre este cuadro y mis recuerdos anteriores: eran algunas plantas que conocia, por haberlas visto en nuestros calientes invernáculos, pero que aquí me parecian transfiguradas. En los intervalos que quedaban al rededor de ellas, veía objetos completamente nuevos: las mas extrañas y desconocidas formas flotaban como en un océano de tesoros inimaginables, que la vista turbada no podia abarcar, que los sentidos admirados no podian abrazar. Invadia al alma una sensacion voluptuosa; pero la impresion era demasiado poderosa y demasiado nueva para que fue-

se posible darse cuenta de los pormenores. Cuando la naturaleza despliega su energía primitiva, y prodiga todos sus tesoros bajo los trópicos, el hombre se siente anonadado, y solo puede atónito admirar.

Habiamos llegado á una pequeña cuesta, en donde el bosque era ménos tupido, cuando oímos un voz ronca, de acento profundo, que partia a intervalos regulares de las cumbres lejanas de la selva. Uno de nuestros compañeros reconoció el grito particular del mono chillon, cuyo tipo se encuentra en todos los bosques primitivos. El acento de este grito participa del quejido y del rugido, y es espantoso durante la noche. Es producido por una conformacion singular de la laringe, cuyo aspecto es bastante gracioso en las piezas anatómicas. El poder de este instrumento es extraordinario; su llamada se oye a distancias increibles.

En general me llamó fuertemente la atencion una propiedad característica de las especies de animales que viven en el *Mato:* el sonido de sus voces no está en manera alguna en proporcion con el tamaño de sus cuerpos. ¿Quién pensaria, por ejemplo, en buscar el orígen de un pitazo semejante a los de los caminos de hierro, en el diminuto y frágil cuerpo de la cigarra? ¿Quién se esperaria de la garganta de una rana, un ruido análogo al de un martillazo sobre el yunque? ¿Quién podria adivinar que es un lindo pajarito el que hace oir el paloteo del telar, ó que el pecho de la araponga, especie de tordo, es el orígen de un ruido de fragua que hace vibrar el aire a lo léjos? Verdad es que este fenómeno se explica en parte por la calma extraordinaria de la atmósfera, y por el silencio de muerte que reina en la selva, así como por la atencion siempre despierta del curioso viajero cuyos sentidos adquieren una vivacidad del todo nueva.

Cuando llegó el fin del dia, se dispuso el campamento, preparándose lo mejor que se pudo un albergue a la *sauvage.* [1] Cada uno de nosotros se entregó a sus gustos para pasar la tarde y gozar de la naturaleza segun su fantasía. El botanista, cuyo ardor era infatigable, se puso a trabajar de nuevo para su coleccion. Se deslizaba por los matorrales, subia a los árboles para alcanzar las

1 En frances, en el texto aleman.

plantas parásitas, cortaba y derribaba con todas sus fuerzas. El pintor dibujaba con su talento inimitable sus bosquejos tomados del cuadro maravilloso que teniamos por delante. Con una rapidez casi igual a la de la fotografía, reproducia en algunos rasgos la fisonomía de las plantas: era lo bastante para que una persona iniciada en los misterios de la selva vírgen, reconociese las formas raras y los caracteres de familias de cada una de las representadas. El cazador, animado por las repetidas apariciones de un pájaro negro, con pico color de oro, que debia ser una especie de mirlo ó de pico, vagaba con la carabina en la mano; pero toda su pena fué perdida. ¿Cómo tirar en semejante selva, que es el parque de la naturaleza, en donde el animal se halla en su dominio, y donde el hombre no es mas que un intruso? Todo es protección para el legítimo habitante del *Mato:* en esa espesura vegetal, ni el ojo ni el plomo pueden penetrar: para moverse no se tiene mas espacio que el de algunos pasos, y necesario seria que una feliz casualidad se pusiese de parte de uno para hacerle alcanzar el objeto de su afan; despues de lo cual todavía se necesitaria otra buena fortuna para hallarlo y apoderarse de él. La caza en estas regiones seria de un grande atractivo, pero tambien de suma dificultad para un Nemrod.

Adivinábamos que el sol se ponia en los bosques del Oeste, pero no lo veíamos. Levantábase lentamente un vapor dorado: en uno que otro lugar, cuando el follaje lo permitia, veíase que el firmamento se cubria cada vez de mas brillantes tintes; la sombra de los matorrales subia por los troncos de los árboles, y por último tomaban el reflejo metálico los colores de los objetos; los últimos rayos se deslizaban por las azuladas hojas de las palmeras, suavemente movidas, y cual aliento moribundo flotaba en el ramaje rosada luz. En fin, la cigarra *ferrocarril* dió su larga y melancólica señal; una luz argentada, último resto del dia, se esparció con el fresco sobre el inmenso bosque, y un momento despues pudo decirse como en la leyenda del Génesis: «hízose la noche.»

¡La noche en el mundo primitivo! Si semejantes espectáculos tienen en todas partes algo de sublime, aquí su gravedad es arrebatadora, anonadante; una especie de estremecimiento religioso se apodera de uno al representarse el período de la creacion en

que ya todo germinaba, florecia, vivia, excepto el hombre y su raza. Léjos de sus semejantes, en un bosque que jamás ha sido profanado, que se extiende sobre todo un continente, el viajero en el momento en que el dia le abandona, siente apoderarse de su corazon una ansiedad inexpresable; se halla como perdido; está incierto entre el alegre sentimiento de una libertad sin límites y una inquietud que no podria reprimir.

Uno de nosotros presidió a las disposiciones necesarias para la noche. Preparóse el fuego, proveyéndosele de alimentos, a fin de dar un poco de luz en medio de las tinieblas siniestras del bosque y de alejar las fieras. Amontonóse una gran provision de leña, visitáronse las armas y se repartieron las guardias. El velador tenia el encargo de alimentar el fuego y de dar la alarma en caso de peligro. Teniamos que precavernos contra dos clases de enemigos, las fieras errantes y los indios salvajes.

Nuestra situacion tenia un carácter del todo romántico: era la aventura en toda su flor: mi humor viajero é independiente se hallaba satisfecho. Encendí mi linternilla de viaje para examinar una vez mas nuestro campo; colgué mis armas de un tronco de palmera; me cubrí la cara con mi gorro aleman; me envolví en mi plaid; me eché en mi hamaca aérea y descansé mi cabeza en el cojincillo bordado por la baronesa, objeto de lujo de las familias brasileñas, pues estos cojines las mas veces están forrados de finísima tela, sobre un fondo color de rosa ó azul celeste, y cubiertos de encajes y bordados.

Cerca de mí y abrigados por mí, reposaban el médico y el pintor tendidos sobre mi tapete de la India: los otros se agruparon parte en el *rancho* y parte al rededor del fuego. El aire de la noche era fresco y benéfico, é invitaba al viajero fatigado á entregarse a las dulzuras del sueño. Me abandoné a alegres ensueños; ya me felicitaba por las dificultades vencidas en el dia; ya me regocijaba la idea de esta primer noche pasada victoriosamente en medio de los bosques vírgenes del continente trasatlántico, y mi pensamiento errante recordaba con alegría una noche semejante en que habia dormido en hamaca en la inculta Albania á orillas del mar Adriático. El pasado y el presente flotaban en imágenes caprichosas, cuyos contornos mas y mas inciertos llegaban a des-

vanecerse en el sueño, cuando resonaron unos acentos sonoros y comenzó el extraño concierto instrumental del bosque vírgen.

Los martillazos del infatigable *ferreiro* resonaban como si partiesen de un taller de cíclopes; la perdiz daba su melancólica nota en cadencias rápidas; el sapo gigante llamado en el Brasil *Bufo agua*, lanzaba de lo alto de los árboles su grito poderoso y siniestro, semejante a una evocacion de muertos; el quejido raro del mono-chillon rodaba como un trueno. Todos estos sonidos, a los que todavía se mezclaban otros desconocidos, se unian en la oscuridad para formar un coro gigantesco de susurros, de lamentos; un canto de locas fantasmas, un sábado de brujas, en el que cada voz se esforzaba por dominar a todas las demás. El bosque entero parecia estar en revolucion; era un estruendo de martilleos y de gritos como si las potencias misteriosas de las tinieblas se hiciesen la guerra. ¡Qué angustias semejante concierto no debe causar al viajero que se halla abandonado en la soledad! Para nosotros, retirados con toda seguridad en el rancho, cerca de un fuego flamante, ese coro solemne no era mas que un motivo de placer: yo lo consideraba como una serenata ofrecida a los extranjeros por el Nuevo Mundo. Solo a media noche, cuando el *muto* dejó oir su resonante nota, entró todo repentinamente en calma, como por un golpe dado por el director de una orquesta fantástica: el espantoso concierto cedió su lugar a un silencio de muerte, para volver a empezar al llamamiento del *muto* una hora ántes de la salida del sol. Llenos de confianza en el fiel guarda que velaba por nosotros, gozamos de algunas horas de delicioso sueño.

En el Mato Virgem, 18 de Enero de 1860.

No habiamos abandonado el *Mato virgem*. Nos hallábamos entre amigos formando un pequeño círculo, en el que reinaba la concordia: pacíficamente instalados en el seno de la opulenta naturaleza, nos entregábamos a las mas agradables y alegres conversaciones. Ya se trataba de la selva vírgen y de la vida que en ella se pasa; ya las imaginaciones, franqueando la vasta extension del mar, invocaban los risueños recuerdos del país natal doblemente agradadables a semejante distancia y en tan profunda soledad. Las recientes fatigas solo se nos representaban bajo su aspecto divertido.

El dia pasó en explorar de nuevo el bosque. Por fin llegó la tarde con sus admirables matices, su atmósfera balsámica y su calma fortificante. Con mi álbum en la mano me paseé por aquella vegetacion exuberante y soberbia siguiendo el curso de un tranquilo arroyo. Contemplaba las bellezas de la creacion en sus maravillosos pormenores y su imponente conjunto: estaba como abismado en un mudo éxtasis: dulce satisfaccion penetraba mi corazon agradecido: él se abria por entero á las gracias de la naturaleza que se manifestaba a mí en todo su poder primitivo, en sus mas secretos atractivos y en su esplendor triunfante. El sentimiento de apacible felicidad que me llenaba, trataba de traducirse en palabras que tomaron la forma de un pequeño poema, débil eco del ritmo poderoso de la naturaleza en sus flores. Por poco que un hombre posea en sí una chispa de poesía, es imposible que en este mundo inmenso del *Mato*, no sienta bullir la fuente de los cantos y brotar con nueva abundancia. Así como en los campos dorados de la Italia, como en los Alpes ó en las montañas de la Grecia cubiertas de vapor azul, ó como sobre las llanuras sin límites del mar, lo que despliega aquí a nuestra vista la obra divina arrastra invenciblemente a la poesía. El bosque vírgen mereciera hallar un cantor de genio, como lo era Lenau, poeta tan prematuramente arrebatado al mundo; pues solo la amplitud de la lengua de los versos podria hacer adivinar bellezas que el pincel del mas hábil pintor, embarazado por la riqueza de las imágenes, no podria reproducir dignamente.

AFORISMOS

CAPÍTULO SEXTO

1851–1862

Enero 14 de 1851.

No es bueno contemplar muy de cerca a los grandes hombres: miéntras más nos aproximamos a la luz, mayor es la oscuridad de las sombras, y cuando llegamos a acostumbrarnos a aquella, acaba por no deslumbrarnos ya.

—

Enero 28 de 1852.

¿Por qué se alaba de fieles a los perros? porque se arrastran y se dejan apalear; ¡y el hombre gusta tanto de hacer sufrir y ver arrastrarse!

—

Febrero 20 de 1852.

En la mesa, entre personas de buena educacion, tiene grandes ventajas el último lugar: se come sin ser visto, y por las miradas recíprocas de los otros convidados, se descubre cuáles son los bocados mas grandes y mejores.

—

Marzo 9 de 1852.

La vida no es más que un olvido perpétuo.

Enero 29 de 1852.

Cada hombre tiene su locura particular; y el que no la tuviera, no sabria contribuir al movimiento general del mundo.

—

Un hombre de edad avanzada que sobrevive a los de su época, y a quien se le considera como un prodigio de longevidad y se le sostiene artificialmente, es un objeto cuya vista desagrada y aflige. Yo le comparo al último representante de una dentadura destruida, que sobrevive a sus vecinos, que para nada sirve, y que es solo un monumento del pasado, y no se le conserva con esmero sino como una especie de *memento mori*. El anciano y el diente son las piedras miliarias que marcan el camino recorrido y anuncian que está próximo el fin de la jornada.

—

Febrero 6 de 1852.

La lucha es el encanto de la vida: cuando cesa, queda solo la máquina, porque el espíritu huyó. Pero miéntras el espíritu está en su puesto y el corazon late, la lucha es constante, y solo en ella está la vida, que concluye a su vez con el supremo combate de la muerte.

—

Marzo 24 de 1852.

El miedo y la ambicion son los motores de la rueda del mundo.

—

Enero 24 de 1852.

Es necesario asir con energía a la fortuna, y jamás abandonar el destino que nos marca.

—

Marzo 13 de 1852.

Preciso es comenzar por obedecer y enseñarse a aprender, para más tarde mandar y saber enseñar.

Enero 18 de 1851.

El pietismo ha debido inventarse para contener en la pendiente del catolicismo, a muchos protestantes, para cuyas almas es demasiado árido el protestantismo. Los espíritus mas fuertes tienen necesidad del sentimiento.

—

Enero 18 de 1851.

Existe una gran analogía entre una mujer hermosa y un niño; gústanos hacerles impacientar y jugar con ambos.

—

Febrero 8 de 1852.

A los hombres grandes se les reconoçe por sus enemigos: quien no los tiene, tampoco en compensacion tiene amigos.

—

Enero 22 de 1852.

Tres cosas dominan al hombre: la imaginacion, la sensibilidad y el egoismo: la ley y la religion forman su manto de las dos primeras; el amor se apoya en las dos últimas. Pero es necesario no olvidar que hay un egoismo noble, como hay otro vulgar; expresion del primero son la ambicion y la pasion de la gloria, móviles generosos de nuestras grandes acciones.

—

Marzo 2 de 1852.

Cada pueblo en su ocasion, es dirigido por una idea que realiza de una manera inconsciente las mas veces, pero que se manifiesta en todo y para todo, y á la que sirven de agentes, el arte y la habilidad. Si esa idea es una religion, engendra grandes cosas, impregnadas del soplo divino. Seguir y estudiar en sus obras, esas ideas creadoras, es en mi opinion, la mas agradable de las filosofías. Las Pirámides y la Esphinge del Egipto, el Parthenon de los

griegos, y el templo del Sol de Balbek, las Catedrales de Colonia y de Sevilla, los Palacios de Versailles y de Schœnbrun, el puente del Támesis y el camino de fierro de Sommering, capítulos son de su inmenso libro, y encuéntrase ella en el Coran y en la Biblia, en Homero y en el poema de Nibelungen, en Shakspeare y en Goëthe, en los juegos de los gladiadores y en los torneos, y en las corridas de toros; y son sus intérpretes tan bien, una Vénus de Médicis, como una Vírgen de San Sixto, y como los apóstoles de Thorwaldsen.

—

No merece respeto, quien no sabe inspirarlo.

—

Octubre 26 de 1852.

La modestia en el que gobierna, puede llegar a ser un defecto de los mas graves y peligrosos, y causar grandes desgracias en el mundo. Hay manifestaciones de sentimientos, que en una condicion humana son virtudes, crímenes en otra, y en otra más, simplemente una comedia. Un soberano en el interés de su mismo país, no debe mostrarse modesto respecto de su propia situacion: hacerlo, es olvidar la dignidad del Estado con la suya propia, y no puede ser modesto respecto de sus talentos y de sus méritos, porque ello seria disminuirlos a costa de su pueblo.

—

Abril 5 de 1860.

El pueblo en masa no tiene inteligencia, pero sí instinto, y este instinto siempre es justo. Los gobernantes que saben dirigirlo hácia un desarrollo gradual y libre, cosechan la paz y la prosperidad.

—

El que sabe comprender y satisfacer el instinto de los pueblos, se ve llevado y sostenido por ellos: el que lo desprecia ó le cierra

obstinadamente la puerta, está perdido sin remedio. Para convencerse de esta verdad, basta leer la historia.

—

Los caminos de fierro, símbolos de la igualdad, son la palanca fatal del *socialismo*, siempre creciente.

—

Abril 20 de 1860.

El movimiento de desarrollo en la vida de los pueblos, es una corriente poderosa é irresistible. Los hombres verdaderamente grandes, han fijado su atencion en esa corriente, han estudiado su direccion y fuerza, y le han abierto un cauce para el porvenir; y así ha sido como se han hecho dueños de la situacion, y han dado sus nombres a su siglo. Los hombres vulgares, se sientan a su márgen, lamentándose de la violencia y rapidez del torrente. Los locos le ponen diques, y son arrastrados por ella, y dejan en pos de sí, como herencia, los desastres de la inundacion.

—

El despotismo que exige en el déspota una inteligencia prodigiosa y una tenacidad de fierro, perece siempre con el hombre. Difícilmente se soporta el despotismo de uno solo; pero el de una casta es intolerable, y temprano ó tarde se hace desaparecer.

—

Abril 20 de 1860.

Hay una gran diferencia entre la razon y la imaginacion: aquella es toda rectitud y medida, ésta es todo seduccion y brillo. La primera es un alimento sólido, la segunda produce un encanto, semejante a la luz de las estrellas y al perfume de las flores. Rara vez se les encuentra juntas, porque son esencialmente enemigas y se repelen entre sí. Dichosos los genios privilegiados que las adunan; ellos alumbran y atraen.—Goëthe fué uno de esos genios.

—

Dos cosas son necesarias al hombre de Estado, el instinto y el

tacto: aquel para discernir; éste para ejecutar. Saber gobernar es un talento innato, que no se adquiere, y al que, como a las aptitudes naturales, lo mas que puede hacerse es pulirlas.

—

En el arte de gobernar hay un Hoy, un Mañana y un Ayer. El que piensa en Mañana y obra en consecuencia desde hoy, siembra, y cosechará: al que solamente piensa en Hoy, llega el Mañana, y las mas veces le sorprende y le devora: el que no habla mas que de Ayer para obrar en consecuencia Hoy, retrocede hácia el pasado.

—

Abril 23 de 1860.

Un gobierno que ni quiere ni puede oir la voz de sus gobernados, es un gobierno carcomido que se precipita a su próxima ruina.

—

Abril 23 de 1860.

Los cuatro poetas mas grandes son: Homero, Dante, Shakspeare y Goëthe. Son los únicos en quienes se encuentra la expresion verdadera de su nacion y de su época, y yo los llamaria los genios universales, pues que ellos pertenecen al mundo entero.

—

Siempre se teme algo peor de lo que es la realidad, porque en ello toma parte la imaginacion. Aun la muerte es ménos terrible de lo que se pinta.

—

Para los malvados arrepentidos no hay otro medio de purificacion que atravesar el Océano. En los bosques vírgenes se encuentra la penitencia y la rehabilitacion.

—

Los hábitos son unos puentes que permiten al tiempo marchar con rapidez y sin sacudimientos.

Mayo 17 de 1860.

¡Cosa extraña, y que sin embargo es perfectamente lógica! Los célibes por fuerza gustan de rodearse de objetos inútiles. Los frailes y las monjas hacen flores artificiales que guardan bajo cristales sin aplicarlas a servicio alguno, y fabrican frutas de cera y fruslerías que para nada sirven.

—

Mayo 2 de 1860.

Con bayonetas no se extrae plata de las entrañas de la tierra.

—

El equilibrio del alma es la felicidad de la vida.

—

Mayo 30 de 1860.

Nosotros vivimos en el siglo de la mentira coronada.

—

¿Qué cosa es la legitimidad? Es el hábito erigido en cosa santa; y como el mundo no se sostiene sino por la fuerza de los hábitos, bajo este aspecto de legitimidad es una institucion muy útil. El hábito supone necesariamente un pasado, y éste la prueba del tiempo; penetra poco a poco en la sangre y en las carnes, y su extirpacion violenta produce un vacío incómodo y peligroso que solo la casualidad puede llenar. Y así, ese vacío que los reformadores han producido, suprime la base misma sobre la que podrían edificar; y por cierto que nada tienen de estable ni de cómodo sus palacios de carton. La casualidad es la única que puede crear una legitimidad nueva.

—

El príncipe debe estar sobre todos los partidos, y en un Estado bien ordenado, todos ellos deben estarle sometidos. Los príncipes que se constituyen en gefes de uno y otro, no deben asombrarse si un dia caen con el partido a cuyo frente se han puesto.

La avaricia en los príncipes es un crímen; porque en la multitud hay la conviccion de que sus tesoros están alimentados con el dinero de cada uno. Los príncipes no deben ser otra cosa que las máquinas para hacer circular la riqueza, y esta es una mision que se sabe desempeñar de muy buena voluntad.

—

Puede hacerse esperar a los grandes, pero no se debe nunca hacer esperar a los pequeños; los grandes tienen dinero, y en consecuencia tiempo; pero para los pequeños el tiempo es dinero.

—

Junio 23 de 1860.

En pocos hombres la conciencia es buena, en muchos es mala, en el mayor número falta del todo. No tener conciencia es cosa funesta, que puede llevar muy léjos, y nuestra época tiene sobre todo que sufrir de esa falta, que es la de una fuerza superior, que se hace sentir tanto para el bien como para el mal, y que forma un elemento de indiferencia general.

—

Todo progreso debe ir acompañado de una ventaja cualquiera.

—

Julio 15 de 1860.

El que no teme a la muerte, ha progresado mucho en el arte de vivir.

—

Curioso es ver cómo los hombres no hacen en realidad otra cosa que engañarse mútuamente, hasta llegar a engañarse a sí mismos. Una trapacería engendra otra; y así cuando por acaso la primera subleva en la conciencia algunos escrúpulos, se acalla a estos con una segunda ingeniosamente imaginada para calmar los nervios. Dios es la única verdad; pero ¡cuántas ilusiones no desvanecerá el

dia del juicio final! ¡Cuántas gentes descubrirán entónces que han estado engañadas hasta en la hora de la muerte!

—

Julio 30 de 1860.

Vida del mar nunca entra el fastidio, porque el mar presenta imágenes nuevas y nuevo interes. Los habitantes son mas avisados y mas activos que los del interior.

—

Agosto 16 de 1860.

Santurronería y cobardía son hermanas.

—

Hasta los treinta años se vive para el amor; de los treinta a los cuarenta para la ambicion; de los cincuenta en adelante para el estómago y para los recuerdos.

—

Un hombre sano en su cuerpo y en su inteligencia no necesita de nadie; Dios le ha dado todo lo necesario para ser un centro de atraccion de los demas.

—

Agosto 26 de 1860.

Es un positivo mal que los soberanos y los príncipes que tienen talento pretendan dominar y brillar únicamente por él, despreciando las ventajas de su rango: tal proceder importa casi una traicion hecha a sus sucesores y a aquellos que son sus iguales en el rango, pero no en el talento.

—

Jamas digais que «la religion es buena para el pueblo.» Esto es una arrogancia infame y una falta de conciencia escandalosa. El hombre ilustrado que habla así, rebájase hasta ponerse al nivel del propietario de esclavos.

Octubre 18 de 1860.

La muerte es el eterno enigma que pone al género humano en la *géne* (tortura).

—

Noviembre 22 de 1860.

Los soberanos y los ministros, y de estos con especialidad el de Hacienda, debian siempre poseer bienes sujetos al pago de contribuciones, para que pudiesen experimentar con toda comodidad y por sí mismos toda la medida de la elevacion de los impuestos.

—

Noviembre 26 de 1860.

Existe una gran diferencia entre gobernar y mandar: para gobernar se necesita arte, para mandar son bastantes la brutalidad y el hábito. ¡Cuántos príncipes, que no conocen la diferencia que hay entre esas dos palabras, creen que gobiernan, y en su inercia moral, no hacen mas que mandar! En los pueblos que son *mandados*, ahógase su individualidad, que es tan preciosa; los que son gobernados, conducidos son a lo que es bueno y útil.

—

Las personas exageradas y excéntricas pueden enseñarnos mucho, si tenemos cuidado de sujetar sus discursos a un recorte prudente en todo aquello que tuvieren de excesivo. Por lo comun tienen talento y una clara inteligencia, y su propia excentricidad les pone el corazon en la boca: en las disputas que continuamente sostienen con los hombres ordinarios, arrancan a estos, en el calor de la discusion, noticias y apreciaciones que se apresuran a recoger. Someted sus ideas hiperbólicas a una substraccion, arreglada a ciertas proporciones matemáticas, y estaréis en camino de hacer muy útiles descubrimientos.

—

En política, no debe creerse nunca, que lo que ayer era bueno,

deba serlo todavía hoy. Las situaciones cambian de un momento a otro, y es necesario, sobre todo, como en el tratamiento de una enfermedad, establecer bien el diagnóstico, y escoger, de conformidad con él, el método curativo.

—

¡Cuántas operaciones quirúrgicas se practican prematuramente por celo mal entendido ó por temor, siendo su consecuencia la pérdida de un miembro! Si se hubiese dejado obrar a la naturaleza conformándose con secundar sus esfuerzos, con cuidados y medios suaves y de paciencia, cien veces por una, se alcanzaria la curacion sin necesidad del sacrificio. Y lo mismo sucede las mas veces en la malhadada política: recúrrese a medios violentos cuando solamente serian necesarios la paciencia y los bálsamos, siendo pérdidas crueles el merecido castigo de la precipitacion.

—

La confianza pública es el *aceite* en los ejes del carro del Estado.

—

Nunca deberian los príncipes olvidar que las personas de su séquito desempeñan dos papeles principales: en el uno, son las antenas que sirven para tantear y descubrir las ideas y opiniones del mundo exterior: en el otro, hacen las veces de muestras, por las cuales se juzga del interior de la tienda. Y ya se ve de cuánta importancia es la eleccion de esas personas.

—

Se ha hecho de las *constituciones* un espantajo; pero ¿qué otra cosa son mas que la reparticion de un peso, y en consecuencia el restablecimiento del equilibrio? Tambien importan una sobrevigilancia, pero ésta ningun hombre honrado la teme. Dícese tambien que ellas son la eterna lucha entre el gobierno y los gobernados; mas los que tal dicen no hablan de buena fe: una constitucion es un lazo que une a ambas partes; pero aun cuando ella fuera el gérmen de una lucha, no seria un mal, porque la lucha es la vida.

No puede negarse que el sistema constitucional se asemeja mucho a una báscula; pero el peligro no será grande si el punto fijo es el buen derecho.

—

El absolutismo nace siempre de la espuma producida en los períodos de agitacion desarreglada: en las épocas de felicidad y de honradez existe siempre un lazo entre el príncipe y el país.

—

Toda novedad asombra; pero solo a los débiles espanta.

—

Cuando uno ha desempeñado su papel, es necesario dejar la escena.

—

Diciembre 4 de 1860.

La verdadera grandeza política consiste en sobreponerse al círculo de las ideas de los hombres que nos rodean, en salir de la atmósfera de nuestro partido y de nuestro rango, y penetrando con la mirada las brumas que se agrupan alrededor de los acontecimientos del presente, considerar con independencia las eventualidades del porvenir. Solo así se consigue no dejarse arrastrar por las inspiraciones del momento, y sobreponerse a las pasiones políticas, que nunca son otra cosa, que la expresion violenta de ciegas emociones de actualidad. El que se coloca en esa altura, reanima la confianza por el ejemplo y es el guía de los indecisos, que forman siempre la mayoría.

—

Diciembre 10 de 1860.

Los que mas ladran, son los primeros y los que más adulan.

Los hombres mas felices y mas libres son los que se sobreponen á las preocupaciones: gozan de una calma que nada puede turbar, y de una igualdad de espíritu que triunfa de todo.

—

Prueba de inteligencia y de tacto en la vida es saberse acomodar con dignidad y de buen grado a aquello que no se puede evitar, y encontrar su buen lado a las situaciones mas desagradables.

—

La excitacion de los sentidos hasta el punto en que es permitida, comunica fuego al espíritu, y en consecuencia le da calor y luz.

—

Diciembre 17 de 1860.

La palabra *muy tarde*, es el mayor enemigo del arte de gobernar, y señal cierta de debilidad.

—

Diciembre 27 de 1860.

¿Qué es un político? Un crítico de sí mismo, que no recibe el tono de un diapason extraño, porque él mismo constituye su propio diapason.

—

No se tiene la medida de las grandes acciones en la época en que se ejecutan: el presente no puede comprenderlas. Solamente en el porvenir echan raíces y es posible medirlas y juzgarlas sin pasion, conforme a sus consecuencias.

—

Desgraciada la mujer a quien solo alaban las personas de su

sexo: preciso es que sea fastidiosa ó tonta. Una mujer en la que las otras encuentran mucho que criticar, debe tener grande mérito.

—

Enero 2 de 1861.

¿Qué cosa es el honor? Una idea que se ha encontrado que es buena para servir a los hombres de freno y de espuela, y sin la cual se dislocaria la sociedad.

—

La calma obtiene ventajas mayores y mas sólidas que el ímpetu, porque siempre es el fruto de la reflexion, excita la confianza, y la confianza a su vez produce la persuasion.

—

Enero 3 de 1861.

En la discusion el que se apasiona pierde, porque la pasion sustituye a los argumentos las afirmaciones violentas y brutales.

—

Cada época tiene sus cualidades y sus defectos prominentes: no querer reconocer las primeras es insensatez; pretender extirpar los segundos, es peligroso, porque es necesario obrar contra las masas y contra los individuos, y tal experiencia no puede dar buen resultado sino a los genios superiores, y eso por casualidad.

—

La corrupcion viene siempre de arriba y la virtud de abajo, porque la primera es el resultado de la riqueza y del bienestar; y la segunda, del sufrimiento y de las privaciones; y una y otra llegan a su punto extremo, cuando a fuerza de subir y de bajar cambian de posicion.

Ceder siempre, es prueba de debilidad que da márgen a nuevas exigencias y revela falta de principios.

—

Tener en cuenta el espíritu dominante de su tiempo, no es ceder, sino cumplir con su deber.

—

A las mujeres y a los pueblos es necesario prevenirlos en sus deseos, satisfaciéndoselos por sorpresa ántes de que los expresen. De esta manera se les halaga conservando uno su superioridad, y no se abandonan las riendas del gobierno.

—

Cuando la multitud pretende romper las barreras de la ley, es el momento de desplegar un rigor de fierro.

—

La dulzura en presencia de la violacion del derecho es debilidad, y nada como ésta recibe mas pronto su castigo.

—

¿Quién es el que gana en las revoluciones? Los intrigantes, que se aprovechan para sus miras ambiciosas de las masas y de su sangre.

—

Las revoluciones comienzan con bellas palabras y acaban con sangre.

—

La libertad de accion en los límites prefijados rigurosamente por la ley, es el mejor preservativo contra las revoluciones.

La ley debe proteger contra la opresion de arriba y contra la revolucion de abajo.

—

¡Revolucion, orígen de emociones, pero no de felicidad!

—

¡Léjos de nosotros los consejeros del mal! Excitan y alarman, y cuando llega el peligro huyen cobardemente.

—

Febrero 14 de 1861.

El que siembra odios, cosecha lágrimas.

—

Para un corazon ardiente la poesía es una necesidad, que ninguna otra ocupacion satisface.

—

La poesía es un talento ó un defecto—como se quiera—pero completamente natural, y no una cosa que se aprende.

—

La manera mejor de sujetar a los hombres es, por desgracia, sujetarlos del bolsillo: cuando un gobierno tiene en sus manos los cordones, todo le sale bien.

—

Solamente la inmoralidad tiene dudas sobre la existencia del otro mundo.

—

Un hombre ateo inspira horror, una mujer atea disgusto.

Una mujer atea no puede ser honrada, porque no tiene resortes que la contengan.

—

El ateismo halaga la carne.

—

El ateismo es inconciliable con la verdadera fuerza moral.

—

Enero 25 de 1861.

No hay dicha sino en la actividad.

—

Enero 29 de 1861.

La política de todo gobierno debe fundarse siempre en el interes público, y siendo así, el pueblo la acoge con alegría, y cada cual la defiende con entusiasmo. Las simpatías ó las antipatías personales no tienen los gobiernos el derecho de tomarlas en cuenta: cada cual puede guardarlas en su interior, pero no es debido subordinar la masa de los ciudadanos a esos sentimientos privados. Esa política de preferencias personales, es por lo comun propia ó de talentos gastados, ó que no han soltado las andaderas. En la edad del ardimiento y de la fuerza el egoismo se convierte por hábito en patriotismo.

—

Febrero 6 de 1861.

Los libros son el alimento del alma, pero por eso con ellos se pueden producir indigestiones morales.

—

Despues de la acusacion de tontera, la mayor que puede dirigirse contra los potentados es la de debilidad.

La debilidad para velar su desnudez, toma el ropaje de la arbitrariedad.

—

Febrero 10 de 1861.

Vivir es conocer: todo lo demas pertenece a las funciones vegetativas de la materia. La facultad de conocer es el privilegio exclusivo del alma, y la prueba es, que el cuerpo sin alma no conoce.

—

Marzo 2 de 1861.

La situacion de los soberanos y de los príncipes no debe descansar únicamente en la tradicion; debe ser el resultado de sus esfuerzos y trabajos personales.

—

Marzo 7 de 1861.

—

¿Qué es la filosofía? Una tentativa abortada y estéril de conocer lo eternamente inconocible, y de hacerlo a medias inteligible.

—

Las palabras no alcanzan a hacer comprender lo incomprensible.

—

Pregúntese a los filósofos de buena fe si en su alma y en su conciencia comprenden sus propios libros y sus sistemas, y de seguro responderán que «no,» ó a lo mas que «ellos conjeturan..... y que un instinto secreto los impele a suponer algo semejante.»

—

Si alguno me sostiene que comprende un sistema filosófico, y

que es entusiasta por él, me enfada, y me hace formar mala opinion de su sentido práctico y de su amor a la verdad.

—

Marzo 23 de 1861.

Poner a un enemigo en ridículo, es matarle.

—

Desgraciados los hombres que miran a sus subordinados como *medios* para llegar a sus *fines*. Oh, y ¡cuántos hay de esos que pretenden ser grandes hombres, que consideran a las criaturas de Dios como un pedestal, y como carne de cañon!

—

Cada uno de los hombres es hechura de la mano de Dios y tiene el innato derecho de funcionar como agente independiente y libre en el círculo social. El que desconoce esta *individualidad* de sus semejantes, es y será siempre un déspota.

—

Los que se han arrogado la mision de conmover al mundo, no han considerado nunca a los hombres en masa, sino como cosas. En los tiempos en que estaban en uso los sacrificios humanos, esos señores eran colocados en el número de los dioses, pero hoy no son considerados sino como *flagellum Dei*.

—

Abril 6 de 1861.

¡Cuántas veces sucede que los negocios mas graves dependen de la disposicion de los humores! Determina los acontecimientos las mas de las ocasiones la hora en que se ha recibido una órden ó un despacho importante segun que se está de buen ó mal humor, que se tiene hambre, ó que, acabando de comer el estómago está satisfecho.

Abril 14 de 1861.

Cuando a los jóvenes alienta una ambicion devoradora, es la oportunidad de encargarles un negocio susceptible de gran desarrollo, y entónces su actividad tomará una direccion útil y fecunda.

—

La ambicion es como el aeronauta. Hasta cierto punto la ascension es agradable y hace gozar de una vista espléndida y de un panorama inmenso. Pero cuando se sube mas, sobreviene el vértigo, la vista no alcanza a ver sino brumas confusas, el aire se enrarece y crece el riesgo de dar una gran caida y de romperse la nuca.

—

La tenacidad es la gran palanca de la ambicion.

—

Mayo 16 de 1861.

Los que invocan derechos, deben respetar las leyes.

—

Mayo 27 de 1861.

Las cosas bien hechas, son las que al quedar consumadas parece que llevan mucho tiempo de existir.

—

Tarda mas el cuerpo en descomponerse, que la memoria del muerto en borrarse.

—

Por desgracia en el arte, domina mas la moda que los principios.

—

¿Qué cosa es Dios? La fuerza que da a la materia movimiento,

organizacion y unidad. Cuando caemos bajo la mano de ese poder, Él dispone a su agrado de la materia que ha tomado forma en nosotros, y nunca nos seria posible emanciparnos de su poderosa atraccion. Ceder a ella es un deber, cuyo cumplimiento es la felicidad, al tiempo mismo que es la sabiduría.

—

Estudiar el sistema de la creacion es aspirar a la sabiduría y a la felicidad: es la tentativa de reducir a un sistema la eterna trasformacion de la materia. La experiencia y la investigacion pueden conducir a entrever ese sistema; pero no es dado a ningun hombre llegar á abarcarlo, a comprenderlo todo.

—

El que pudiera abrazar todo el sistema de la creacion, poseeria la felicidad, porque cesarian en él las inquietudes que causan las graves cuestiones, cuya solucion hallaria en el conocimiento de las leyes primordiales del universo.

—

Julio 23 de 1861.

La edad mas tonta es la que pasa entre los juegos de la infancia y del amor: es la edad de la curiosidad y de la aspiracion insustanciales.

—

Julio 25 de 1861.

Fuerza y poder, al cabo de cierto tiempo se convierten en derecho.

—

Los principios políticos no son aplicables a otro país que al nuestro.

—

Agosto 22 de 1861.

Los menores signos de la voluntad de los príncipes se tienen

muy en cuenta, y esta es una circunstancia muy preciosa que les ayuda al desempeño de su cometido.

—

Agosto 25 de 1861.

La exageracion del principio de nacionalidad ahoga la verdadera libertad.

—

Setiembre 10 de 1861.

El arrepentimiento es debilidad, la conversion es fuerza.

—

Setiembre 13 de 1861.

Los pueblos no han sido creados para los soberanos, sino los soberanos para los pueblos.

—

Setiembre 22 de 1861.

Las pequeñas ambiciones hacen caer a los que las abrigan bajo el yugo de los hombres mas hábiles.

—

Setiembre 26 de 1861.

Constitucion implica oposicion.

—

Setiembre 29 de 1861.

Los climas templados son funestos al desarrollo de las grandes inteligencias: son necesarios el frio para templar la inteligencia meditabunda y creadora; el calor para inflamarla.

El bienestar social enerva la actividad intelectual.

—

Noviembre 17 de 1861.

Solamente los beneficios verdaderos pueden hacer perdonar el agravio, involuntario pero punzante, de una fortuna que no hemos adquirido por nosotros mismos.

—

Diciembre 3 de 1861.

Nada hay mas chocante que una mujer muy acicalada, rezando su rosario.

—

Las mujeres tienen en lo general, mas tacto, imaginacion y finura que los hombres, pero nada de lógica ni de razon: discutir con ellas es perder el tiempo.

—

La prueba de que los hombres son superiores a las mujeres, está en el trabajo que éstas se toman para imitarlos, sin que suceda a la inversa.

—

¿Qué cosa es un filósofo práctico? Una alma emancipada del yugo de las pasiones, que contempla con calma las tempestades de la vida, las analiza para estudiarlas despues, pero no se deja arrastrar por ellas y no sale jamas de su equilibrio y de su tranquilidad victoriosa.

—

Vencer sus pasiones es el primer paso en el arte de gobernar.

—

Diciembre 9 de 1861.

La moda, que se apoya en nuestras debilidades, tiene la pretension de ser la regla de la belleza y del gusto.

—

Diciembre 11 de 1861.

En la soledad es donde el alma alcanza pensamientos sublimes.

Diciembre 16 de 1861.

Triste cosa es para las religiones que muchas veces se les abrace y se les abandone por ventajas pecuniarias.

—

Diciembre 18 de 1861.

Ser leal, es ser hábil.

—

Enero 2 de 1862.

Los que se llaman ateos no suprimen a Dios, sino porque les incomoda y turba sus conciencias.

—

El racionalismo, llevado muy léjos, así en la ciencia como en la vida, produce la reaccion, ó cuando ménos la inmobilidad, porque excluye la hipótesis y el movimiento de adelanto, y ahoga así el gérmen tímido de toda novedad.

—

La nueva escuela de los *nihilistas* nada producirá por sí misma, é intimidará muchas veces a las otras en sus esfuerzos para marchar adelante.

—

Enero 12 de 1862.

El que no sabe odiar, no sabe amar.

—

Las naturalezas enérgicas no tienen mas que amigos ó enemigos.

—

La indiferencia pública es el primer síntoma de decadencia de una grandeza que declina.

—

Enero 13 de 1862.

No hay cualidades sin pasiones.

Abril 25 de 1862.

Las naciones que dominan no aprenden lenguas extrañas, sino que obligan á las naciones mas débiles a aprender la suya. Solamente cuando una nacion empieza a declinar, empieza a balbutir los idiomas extranjeros: testigos los romanos respecto del griego.

—

El rasgo distintivo de la fatuidad, es referir á sí mismo las cosas mas remotas y mas extrañas, y persuadirse de que es el centro de todas ellas.

—

Bruselas, Mayo de 1862.

Cuando se ha visto mucho al mundo y a los hombres en él, se siente una singular aversion hácia la especie a que pertenecen.

—

Humillarse y dominar son las dos ocupaciones del hombre en sociedad: ni la una ni la otra dan ni libertad ni independencia; bienes que solamente se encuentran en la soledad, léjos de la especie humana.

—

El mejor amigo, y en consecuencia la mejor sociedad que se puede tener, es uno mismo: todo el que funda su existencia en el comercio con los demas, depende de ellos.

—

En la soledad se tiene ocasion de conocerse á sí mismo; punto al que jamas se llega en medio de la agitacion del mundo.

—

La verdadera libertad no existe sino bajo la forma individual.

—

En la soledad desaparecen las pequeñas preocupaciones, el pensamiento toma una direccion mas elevada, y se mueve en un círculo mas vasto y mas libre.

Una pluma del mundo [illegible]. Y esta sola palabra los [illegible]
No una pluma que [illegible] la naturaleza el espíritu se [illegible]
y [illegible].

—

Miramar. Agosto 30 de 1862.

¡Cuántos deben su reputacion de hombres de talento a una série de felices casualidades.

—

Al *escribir* la *historia de* un soberano, deberia darse al fin el *resúmen de* las *contribuciones* que hubiese impuesto a su pueblo.

—

Las bayonetas dirigidas hácia afuera, son armas defensivas: dirigidas hácia dentro, no pueden servir sino para el suicidio.
No se sigue, sino al hombre capaz de mandar.

—

Son vuestro espíritu de acero, vuestro corazon de oro puro, vuesta alma de diamante.

—

Siempre claro y verídico.

—

Las naciones viejas padecen la enfermedad de los recuerdos.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO.

ÍNDICE

DEL TOMO SEGUNDO

PÁGINAS.

ARGELIA

CAPITULO PRIMERO.—Argel..... 5

ALBANIA

CAPITULO SEGUNDO.—Un rincon de la Albania..... 43

MAS ALLÁ DE LA LÍNEA

CAPITULO TERCERO.—1859 y 1860..... 85

AMERICA

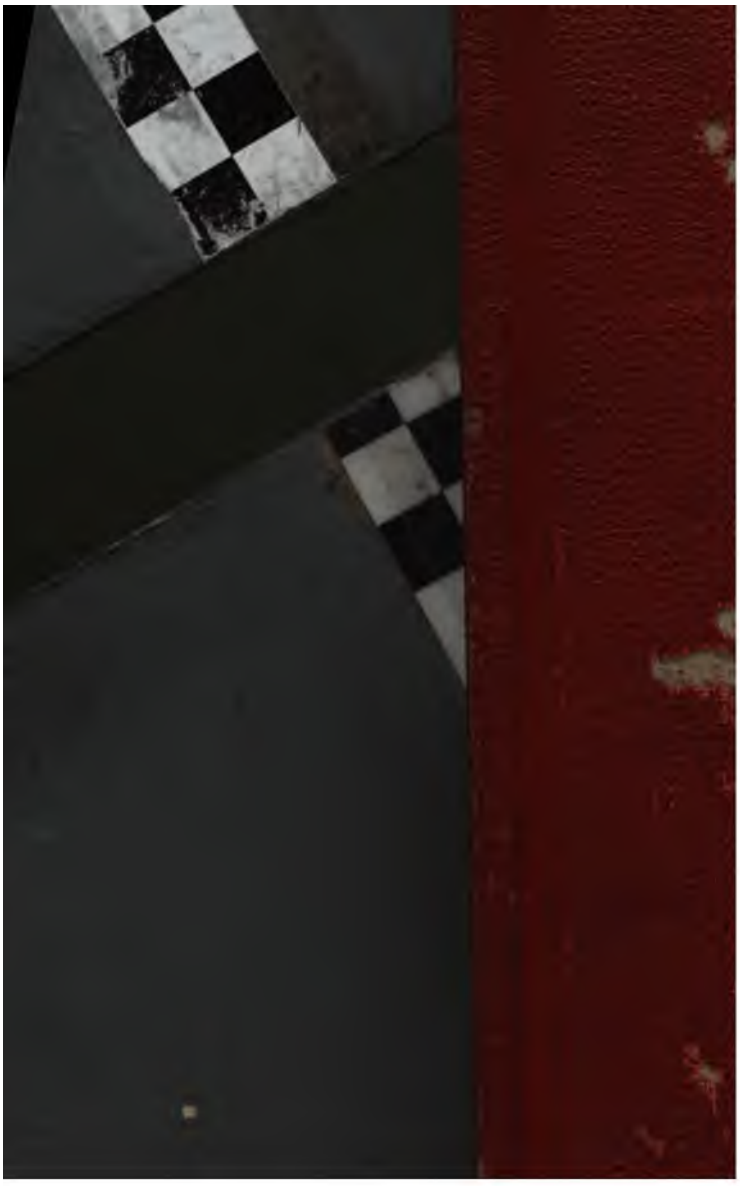
CAPITULO CUARTO.—Bahía y el Brasil..... 113
CAPITULO QUINTO.—Mato Virgem..... 161

AFORISMOS

CAPITULO SEXTO.—1851-1862..... 203

be returned o
mped below

3 6105 010 455 082

STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
STANFORD AUXILIARY LIBRARY
STANFORD, CALIFORNIA 94305-6004
(650) 723-9201
salcirc@sulmail.stanford.edu
All books are subject to recall.
DATE DUE

JUN 08 1999
MAY 08 1999